La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión

pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social
pensamiento social

Barrington Moore

Instituto de Investigaciones Sociales

8687 RC

La colección Pensamiento Social es un esfuerzo de la Universidad Nacional Autónoma de México, a través del Instituto de Investigaciones Sociales, por hacer accesibles, al público mexicano y a los universitarios en particular, los textos de los pensadores clásicos contemporáneos y de los más importantes debates de las ciencias sociales.

En la historia de todos los pueblos, encontramos momentos en los que los grandes grupos sociales aceptan situaciones humillantes e injustas, y momentos en que no las aceptan y se rebelan. Éste es un libro que indaga por qué, algunas veces, la gente soporta ser víctima de su sociedad, y por qué en otras ocasiones se rebela y trata de hacer algo para cambiar esa situación.

Se habla aquí de los pobres, de los que no tienen nada: ni poder, ni educación, ni propiedad. Se trata de descubrir cómo se explican su circunstancia y, sobre todo, cuáles son las razones más profundas de su comportamiento y sus ideas sobre la justicia y la injusticia.

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

LA INJUSTICIA
BASES SOCIALES
DE LA OBEDIENCIA Y LA REBELIÓN

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES SOCIALES
COLECCIÓN PENSAMIENTO SOCIAL

BARRINGTON MOORE JR.

LA INJUSTICIA BASES SOCIALES DE LA OBEDIENCIA Y LA REBELIÓN

Traducción
SARA SEFCHOVICH

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉX
MÉXICO 1996

Título original en inglés:
Injustice, The Social Bases of Obedience and Revolt, 1978
M.E. Sharpe Inc., Wuite Plans, New York

Primera edición: 1989
Primera reimpresión: 1996

DR © 1996. Universidad Nacional Autónoma de México
Ciudad Universitaria, 04510 México, D.F.

Dirección General de Publicaciones

Impreso y hecho en México
ISBN 968-36-4643-3

También este libro es para E.C.M.

ÍNDICE

PREFACIO

PRIMERA PARTE
EL SENTIMIENTO DE INJUSTICIA
Algunas constantes y variables

CAPÍTULO UNO
ELEMENTOS RECURRENTES EN LOS CÓDIGOS MORALES

1. Puntos de partida 17
2. La autoridad y el desafío a la autoridad 28
3. La división del trabajo 42
4. La distribución de los bienes y sevicios: permutas de la igualdad 47
5. Observaciones a modo de conclusión 55

CAPÍTULO DOS
LA AUTORIDAD MORAL DEL SUFRIMIENTO Y LA INJUSTICIA

1. Observaciones preliminares 59
2. El ascetismo 60
3. Los intocables 64
4. Los campos de concentración 72
5. Acallar el sentimiento de injusticia 83

CAPÍTULO TRES
EL RECHAZO DEL SUFRIMIENTO Y LA OPRESIÓN

1. Los problemas 89

2. Aspectos culturales y sociales 91
3. La autonomía moral y la personalidad humana 97
4. Las interpretaciones freudianas 114

SEGUNDA PARTE
UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA.
Los obreros alemanes de 1848 a 1920

CAPÍTULO CUATRO

PRÓLOGO 125

CAPÍTULO CINCO
LOS TRABAJADORES ALEMANES EN LA REVOLUCIÓN DE 1848

1. El conflicto de principios durante la modernización 131
2. Tensiones en los gremios 133
3. El proletariado 138
4. Diagnósticos articulados 147
5. El comportamiento de los trabajadores en el período revolucionario 157

CAPÍTULO SEIS
LAS TENDENCIAS SOCIALES Y CULTURALES ANTES DE 1914

1. Introducción 173
2. Tamaño y composición de la fuerza de trabajo industrial 175
3. Los salarios y la concepción de los trabajadores sobre la relación salarial 184
4. La élite y las masas entre los trabajadores 189
5. La común exposición al infortunio 194
6. Las relaciones con sus superiores y con otros trabajadores 199
7. Algunas raíces de la cultura de la clase obrera 202
8. Las imágenes del futuro 205
9. La acción política y la económica 212
10. La identificación con el imperio 216

CAPÍTULO SIETE
MILITANCIA Y APATÍA EN EL RUHR ANTES DE 1914

1. Significación y carácter del Ruhr 221
2. Los mineros del carbón 226
3. Los trabajadores del hierro y del acero 247
4. Consecuencias de las diferentes experiencias históricas 258

CAPÍTULO OCHO
LA REVOLUCIÓN REFORMISTA DE 1918-1920

1. Antecedentes generales 263
2. El duelo entre el PSD y los radicales 272
3. Una nota sobre los *Consejos*, los *consejos* y los consejos entre 1918 y1920 297

CAPÍTULO NUEVE
EL IMPULSO RADICAL

1. Aspectos generales 301
2. El Ruhr entre la guerra y la revuelta 312

TERCERA PARTE
PERSPECTIVAS GENERALES

CAPÍTULO DIEZ
LAS REVOLUCIONES RUSA Y ALEMANA:
UNA COMPARACIÓN 339

CAPÍTULO ONCE
LA SUPRESIÓN DE LAS ALTERNATIVAS HISTÓRICAS:
ALEMANIA 1918-1920

1. Algunas consideraciones generales 357
2. Una no-decisión fundamental: el PSD y el ejército 362
3. ¿Era posible una política diferente? 365
4. ¿Por qué no se intentó una política de este tipo? 371

CAPÍTULO DOCE
ASPECTOS REPRESIVOS DEL AGRAVIO MORAL: EL EJEMPLO NAZI

1. El problema 377
2. ¿Quiénes eran los nazis? 379
3. Formas y orígenes del agravio moral nazi 389
4. Radicalismo de "derecha" y de "izquierda": semejanza y diferencias 397

CAPÍTULO TRECE
EL RELATIVISMO MORAL

1. Aspectos evaluativos y descriptivos 411
2. La autoridad Racional y la Predatoria 416
3. Principios de Distribución 425
4. La Explotación 430

CAPÍTULO CATORCE
LA INEVITABILIDAD Y EL SENTIMIENTO DE INJUSTICIA

1. Observaciones introductorias 433
2. La personalidad individual 437
3. Aspectos sociales 442
4. El problema de la identidad nacional 457
5. Definiciones culturales de lo inevitable 462
6. El tiempo y el sentimiento de justicia 468
7. La expropiación del agravio moral 472

CAPÍTULO QUINCE

EPÍLOGO: LA REPROCIDAD COMO HECHO, COMO IDEOLOGÍA Y COMO IDEAL 477

PREFACIO

Este libro quiere indagar por qué con tanta frecuencia las personas soportan ser víctimas de sus sociedades y por qué en otras ocasiones se encolerizan y tratan con toda su pasión y todas sus fuerzas de hacer algo respecto de su situación. La atención se dirige sobre todo a la gente que está más abajo en la escala social, es decir, a aquellos que no tienen o tienen muy pocas propiedades, ingresos, educación, poder, autoridad o prestigio. Se trata de descubrir cómo se siente la gente respecto a su vida y cómo se explica las circunstancias de ésta. Al mismo tiempo, se busca conocer las razones más profundas de su comportamiento: ¿cuáles son sus ideas sobre la injusticia —y por lo tanto sobre la justicia— y de dónde vienen?, ¿hay en esas concepciones algún fondo central de características comunes o por lo menos ampliamente compartidas?; de ser así, ¿por qué? ¿Cómo y por qué han cambiado esas nociones entre los diferentes grupos de trabajadores y cuáles han sido las principales tendencias históricas que han influido sobre ellas y pueden dar cuenta de esos cambios?

Durante un tiempo pensé en considerar este libro como un estudio sobre el agravio moral, convirtiéndolo en un análisis de algunas de las condiciones sociales e históricas en las cuales aparecía o no. Muchos de los elementos de ese interés original siguen presentes en el libro, pero después de trabajar con las evidencias obtenidas respecto a cómo los desposeídos verdaderamente se sentían o se comportaban, llegué a darme cuenta de que la expresión "agravio moral" tiene una carga muy fuerte del sufrimiento propio del intelectual que trata de interpretar, juzgar y cambiar al mundo, o sea, que tiene demasiado sabor a sermón. Sin duda, la gente con escasa educación o pocos refinamientos también es capaz de sentir coraje, pero la palabra "moral" lleva implícito un tono de condescendencia y de introspección que hace que se pierda precisamente el tono y la concreción de mucho del coraje popular. Al mismo tiempo, sí hay un componente definitivamente moral en este coraje, de modo que la "injusticia", o por lo menos el sentimiento de injusticia, sí capta de manera más exacta el tono y el contenido de estas expresiones.

La primera parte es un intento preliminar por encontrar cuáles son los elementos centrales y recurrentes que pueden encontrarse en las concepciones de la injusticia y por dar cuenta de sus variaciones más extremas.

El primer capítulo examina una gama lo más amplia posible de sociedades humanas, buscando la recurrencia de aquellas situaciones que las personas consideran por lo general como inequitativas e injustas. Los siguientes dos capítulos investigan en dos direcciones opuestas, para conocer las principales desviaciones posibles de un sentido de la justicia y de la injusticia

que pueda ser potencialmente universal. El segundo pretende, a través del estudio de ejemplos extremos de la aceptación de situaciones injustas o humillantes, descubrir los mecanismos psicológicos y sociológicos que ahogan el sentimiento de injusticia. El tercer y último capítulo de la primera parte hace, por así decirlo, la inversión de esto, es decir, trata de localizar e identificar aquellos mecanismos sociales y psicológicos por medio de los cuales los seres humanos llegan a rechazar la injusticia o, al menos, a definir su situación como injusta y a hacer algo al respecto; de modo que, aunque esta parte incluye una buena cantidad de materiales históricos, no propone una ahistoricidad inocente, sino que la advierte de manera explícita.

La segunda parte introduce dimensiones y consideraciones históricas. Si bien es cierto que cada vez está más cercano el momento en que será posible y más provechoso hacer una historia comparativa de los obreros industriales en occidente —y no sólo de los movimientos laborales de una parte de los trabajadores— en el momento en que yo empecé a trabajar en este libro, hace más de diez años,* [1] la mayor parte de las fuentes secundarias sobre el tema eran libros sobre lo que los teóricos *pensaban* que las masas de trabajadores podían sentir; o si no, eran recuentos muy detallados de la historia de los movimientos laborales nacionales. Esto no quiere decir que no haya algunas excepciones notables, como el libro de E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* o el de Carl Schorske, *German Social Democracy (1905-1907)*, que arrojan mucha luz sobre ciertos aspectos de la cuestión que nos interesa. Pero estos estudios eran escasos y aislados. Sin embargo, pronto me fue evidente que existía la posibilidad de aprender mucho escarbando en la literatura disponible sobre un país y a partir de ahí hacer un esfuerzo por descubrir las condiciones de vida de los diferentes tipos de obreros y de cómo ellos respondían a esta situación. Incluso podían ser posibles las comparaciones para tipos distintos de obreros dentro de un mismo país.

Una vez que tomé la decisión de apegarme a la literatura de un solo país, la elección natural tenía que ser Alemania, pues en él se combinaban una serie de razones muy precisas. Sin pretender afirmar que la historia de la clase obrera alemana es el prototipo, sí podemos sin embargo observar que algunos de los acontecimientos más importantes que les han sucedido a los obreros de otros países también han sucedido en Alemania y de forma mucho más intensa. Por ejemplo, los gremios fueron mucho más importantes en este país que en ningún otro lugar de Europa occidental, y su decadencia, así como la creación de nuevas formas industriales de organización, produjeron problemas particularmente severos y reveladores para nosotros. En segundo lugar, antes de 1914 Alemania contaba con una planta industrial muy desarrollada para la época y había podido integrar a sus obreros al orden capitalista en un grado que sorprendía incluso a los marxistas más radicales.

* Nota de la T.: La primera edición de este libro en inglés es de 1978, por lo que cuando la traducción vea la luz en español habrán pasado más de diez años.

[1] Un investigador publicó un estudio *de este tipo* cuando yo estaba a punto de terminar mi libro. Se trata de Peter N. Steams, *Lives of Labor*, Nueva York, 1975. En razón de su fecha de publicación, pude hacer muy poco uso de él.

Pero también había fuerzas que trabajaban en contra de esa integración capitalista, y además, el país había pasado por dos experiencias revolucionarias: la de 1848 y la de 1918-1920. Quizá por el hecho de que ambas fracasaron me pareció particularmente tentadora la posibilidad de aprender algo nuevo. También es importante que las fuentes primarias sobre este país, aunque están lejos de ser completamente satisfactorias, son especialmente ricas en cuanto al tipo de datos que se requiere para las cuestiones que aquí nos interesan. Así por ejemplo, hay muchas más autobiografías de obreros de las que aparentemente existen para Inglaterra, los Estados Unidos, Francia y Rusia, que son los otros países cuyos idiomas puedo leer. Hay también algunas investigaciones sociológicas sobre la vida en las fábricas anterior a 1914, y hay incluso una investigación, bastante primitiva, en muchos aspectos, pero muy reveladora sobre las actitudes de los obreros. Todas estas fuentes, si se las utiliza con cuidado crítico, nos pueden decir mucho sobre cómo pensaba y sentía una buena parte de los obreros respecto de los problemas de su época, así como sobre las categorías y conceptos con los cuáles diagnosticaban su situación, las formas de cooperación y de antagonismo dentro y fuera del trabajo y otras cuestiones similares. Para insertar toda esta información dentro de su contexto general y para verificar su carácter representativo, me resultaron muy valiosos los informes sobre los censos, así como los del Servicio de inspección de las fábricas, ninguno de los cuales había sido, hasta hoy y hasta donde yo sé, objeto de análisis e interpretación crítica.

La explicación que se da en la primera parte del libro de los elementos centrales que conforman las concepciones de la injusticia y su relación con los aspectos recurrentes de la división del trabajo, así como del rango de variaciones posibles en la voluntad humana para soportar relaciones sociales opresivas, dio lugar a una serie de preguntas que era necesario hacer a los materiales sobre Alemania, así como también a varias respuestas posibles. No era mi intención la de forzar los hechos de la historia alemana mediante un tamiz conceptual que me permitiera "probar" las hipótesis. Los hechos sociales tienen entre sí una relación establecida tal, que un procedimiento de este tipo los destruiría. Es tarea del investigador explicar este modelo de relaciones mediante una atención crítica y cuidadosa a las evidencias. Es necesario proceder con delicadeza y paciencia, poniendo atención a los signos contradictorios, de la misma manera como el médico, antes de dar su diagnóstico, trata de comprender el estado de los órganos y tejidos del paciente humano vivo y de buscar el conjunto de modelos que indique un cierto estado de salud o una enfermedad específica. En los dos tipos de investigación hay momentos en que son necesarias la disección y las hipótesis, pero en ninguna parte se acercan lo suficiente.

Más aún, sólo una noción tradicional y conservadora de la "relevancia" exige que todo el conocimiento que vale la pena sea relevante para la acción política o para la teoría científica, o bien para ambas. La investigación histórica puede tener otros propósitos, sin por eso caer en la labor del anticuario puro, es decir, en la producción y distribución de admirables ancestros de un pasado útil, uno de los cuales consiste en descubrir y evaluar las principales

relaciones causales en una cadena de acontecimientos que haya tenido consecuencias poderosas en todo el mundo. Lo que los trabajadores alemanes trataron de hacer durante el siglo diecinueve y el veinte y lo que no pudieron hacer, e incluso lo que ni siquiera les interesó hacer, constituyen una serie de acontecimientos relacionados con consecuencias en este orden de magnitud. Éstos son datos importantes que tienen sus propios patrones de relaciones causales y que tienen implicaciones fundamentales para los problemas que se tratan en este libro. Por último, la investigación histórica permite, y es más, casi obliga, a darse cuenta de ciertas cuestiones (y a hacer las preguntas pertinentes) que no se podrían observar en un análisis estático.

La historia alemana durante el período que estamos considerando —desde la Revolución de 1848 hasta la toma del poder por Adolfo Hitler en 1933— fue de pugna entre las fuerzas conservadoras —que incluyen la reacción de masas en la forma del Nacional Socialismo—, liberales y revolucionarias radicales. He tratado de comprender y retratar lo mejor que pude las vidas cambiantes de los obreros que vivieron esta época y esta pugna, poniendo atención tanto en el grado en que estaban o no conscientes de ese proceso, como en la naturaleza de sus contribuciones al mismo.

La tercera parte del libro es una vuelta a los problemas más generales que se trataron en la primera parte, junto con un intento por tratar los aspectos metodológicos más sustantivos que surgieron precisamente a través de la perspectiva histórica. El paso a un nivel más complejo de generalidad se ha dado, deliberadamente, de manera gradual. El décimo capítulo investiga aspectos seleccionados de las revoluciones de 1917, con el fin de explicar las diferencias y similitudes significativas en el comportamiento de los obreros rusos y alemanes durante las crisis que se sucedieron al término de la primera guerra mundial. En este punto, el análisis plantea la pregunta de las alternativas históricas suprimidas, precisamente al tratar de discernir cuáles otras posibilidades se abrieron en el contexto alemán de la derrota y de la agitación revolucionaria entre 1918 y 1920.

El capítulo doce toma al Nacional Socialismo como el ejemplo extremo de las tendencias más represivas y agresivas en las concepciones populares o de masas de la injusticia, con el fin de analizar y comprender las causas más generales de dichas tendencias. Por último, los tres capítulos finales, incluyendo el epílogo, tratan de zanjar la cuestión de los aspectos gemelos del relativismo moral o de la negación de una concepción universalmente válida de la injusticia y de cómo la gente llega a darse cuenta de ella y a luchar en su contra. Esta parte del trabajo se basa en las evidencias y las consideraciones teóricas que surgieron hasta ese momento en el propio libro y también sobre otros recursos intelectuales adicionales que pude utilizar.

Sin ocultar mis propias preferencias morales o las razones que tengo para ellas, he tratado a lo largo del libro de construir argumentos que queden abiertos para ser refutables mediante la evidencia y la lógica. Y respecto a la postura intelectual que este libro sostiene, basta con decir aquí que soy tan escéptico respecto a la catástrofe como destino humano inevitable, cuanto

lo soy respecto a la utopía; y peor aún, soy todavía más escéptico sobre la necesidad de la primera como preludio a la segunda.

Al escribir este libro me he abstenido de la práctica tan común de solicitar a los colegas que lean y critiquen el manuscrito, lo cual sin duda nos resultará oneroso tanto a mí como al lector, pero tengo la impresión de que esta práctica se está volviendo demasiado pesada, lo cual no quiere decir que quiera quedarme yo solo con todo el crédito de los posibles méritos que pudiera tener el libro, mientras que sí soy responsable de sus defectos. Hay varios investigadores de quienes tomé de manera deliberada algunas ideas y que estuvieron muy pendientes de mí para ver cómo las integraba y con qué sentido. (Mi colega John Rawls ha aceptado de buena gana y con inteligencia mi negativa a leer su libro *Teoría de la justicia* hasta que terminara yo mi trabajo sobre la injusticia, para que sus rigurosas categorías filosóficas no influyeran inconscientemente en mis esfuerzos por entender de la manera más exacta posible las formas de reacción popular a las experiencias de la vida.) Debido en parte a que estas deudas no siempre quedan claras a partir de las citas, quisiera agradecer aquí, sin por eso culparlos para nada de mis deficiencias ni tampoco, como resultará obvio para quienes conocen sus trabajos, sin por ello querer decir que están de acuerdo con las ideas expresadas en este libro, a Herbert Marcuse, E. P. Thompson, George C. Homans, Robert Paul Wolff, Gabriel y Joyce Kolko. Sin su estímulo y apoyo nunca hubiera intentado siquiera escribir este libro. Y sin el de Elizabeth Carol Moore nunca lo hubiera terminado. Y esto es sólo una parte de todo lo que ella ha significado en la vida de este autor. El resto, si pudiera decirlo de manera adecuada, no sería publicable.

Mi buen amigo Adam Ulam, director del Centro de Investigaciones sobre Rusia en Harvard me ha dado un generoso apoyo moral tanto para escribir este libro, como para escribir otros que poco o nada tuvieron que ver con ese país. Por más de dos décadas, Rose Ti Benedetto ha mecanografiado y vuelto a mecanografiar mis manuscritos. A pesar de las múltiples demandas sobre su tiempo, siempre fue una fuente de alegría y de ayuda para mi esposa, para mí y para mis alumnos.

Como autor hice el mayor esfuerzo posible para no imitar a Heráclito, el famoso filósofo griego que sirvió de inspiración a Marx. Según uno de sus estudiosos más destacados, era un aristócrata en política que escribía en un estilo difícil, sólo comprensible para unos cuantos. En su vejez se retiró a los bosques después de depositar su libro en el templo de Artemisa. A mí me parece que algunas de las diferencias más importantes entre mi método y el suyo, se deben precisamente a los esfuerzos de Elizabeth Moore y de Arnold C. Tovell, director editorial de M. E. Sharpe editores. Deseo agradecer a Joyce P. Tovell por su especial cuidado en la edición de este libro y a mi editor por su buena voluntad para publicarlo sin la garantía de mercado que aseguran los libros de texto, y por hacerlo en un formato a la vez atractivo para los lectores no especializados y útil para los investigadores.

PRIMERA PARTE

EL SENTIMIENTO DE INJUSTICIA

Algunas constantes y variables

CAPÍTULO UNO

ELEMENTOS RECURRENTES EN LOS CÓDIGOS MORALES

1. *Puntos de partida*

Hace mucho tiempo, en aquellos días felices cuando los investigadores de los problemas humanos estaban seguros de su campo, era posible establecer una rígida distinción entre un sistema político y social basado en la fuerza y el fraude, y uno basado en la actividad racional y la justicia. Aunque fuera bastante difícil encontrar un ejemplo empírico convincente de una sociedad justa, esta distinción resultaba lo suficientemente elemental y obvia como para fundamentar un debate político inteligente. Para fines del siglo XIX, la certeza se había desmoronado por la embestida de ideas que hoy día se han vuelto parte del acervo intelectual que se puede transmitir en períodos de cincuenta minutos en muchas de nuestras universidades. Los antropólogos debilitaron nuestra seguridad desde el momento en que nos mostraron tal diversidad de costumbres y creencias humanas, como para hacer que cualquier idea de un solo modelo moral y un solo juicio político parecieran una racionalización elemental de una pequeña etapa de la historia europea. Por extraño que parezca, fue el filósofo Herbert Spencer, ejemplo perfecto del provincialismo victoriano, quien seleccionó entre los escritos de los antropólogos e historiadores uno de los argumentos más inteligentes en favor del relativismo moral para presentarlo en la introducción de su libro *Social Statics* (1850). Spencer es hoy nada más una curiosidad intelectual y el lector moderno puede aprender en fuentes más aceptables que los conflictos sobre los valores, o los supuestos básicos sobre el bien y el mal en la organización de las relaciones humanas, son asuntos en los que la ciencia no se puede poner de acuerdo, porque ella se preocupa por la forma en que son las cosas y no por la forma en que deberían ser. Para que tal punto de vista no tuviera efectos demasiado corrosivos sobre las creencias morales tradicionales, se podría agregar una cláusula de salvación en el sentido de que, en una democracia, uno tiene la obligación como ciudadano de asumir una posición frente a las cuestiones políticas y éticas, pero que no debe hacerlo en tanto que sea investigador o científico.

Así pues, es imposible volver a tener las viejas certezas, por lo menos en la forma en que antes existían, a pesar de lo cual hay bases para creer que tal cantidad de códigos morales puede encubrir una cierta unidad de forma

original, y también una corriente histórica cuya dirección única es bien posible de discernir, y que las variaciones del modelo que sufren modificaciones históricas prolongadas son explicables en términos generales. En síntesis, se puede creer que, después de todo, es por lo menos posible que los asuntos humanos tengan algún sentido.

Podríamos empezar a buscar el sentido tomando el ejemplo de un tipo de situación que este libro va a analizar repetidamente. Se trata de un caso muy simplificado y también hipotético. Supongamos que un hombre golpea a otro con la suficiente fuerza como para lastimarlo. ¿Qué siente la víctima? Sin duda sentirá dolor físico, pero sabemos que la tolerancia al dolor varía mucho por una serie de razones que convendría tomar en cuenta,[1] lo que no haremos en detalle, pero tampoco olvidaremos. Si la víctima tiene razón para creer que el golpe se le dio porque hizo algo malo, entonces podría hasta sentir alivio al quitarse ese peso de encima con tanta facilidad, y después podrá o no quedar un residuo de coraje como parte de la misma respuesta a los castigos que se sienten merecidos. Pero ahora cambiemos un poco el ejemplo para hacerlo más concreto y considerar un sentimiento diferente.

El hombre que da el golpe es un policía blanco en una ciudad de Estados Unidos y la víctima es un negro educado que no estaba haciendo nada más que ocuparse de sus propios asuntos en forma perfectamente pacífica. En una situación así, el hombre negro seguramente sentirá un agravio moral porque el golpe y la herida fueron absolutamente injustificados e inmerecidos. ¿En qué sentido fue injusto el golpe?, ¿qué significa realmente la palabra injusto? Dicho de manera sencilla, significa que el policía blanco no tenía ningún derecho a hacer lo que hizo. Si el episodio hubiera sucedido en una comunidad ideal, racialmente integrada, todo el mundo estaría de acuerdo con el hombre negro, pero me temo que no existe una comunidad así, aunque algunas se acerquen a serlo. En la mayoría de las ciudades norteamericanas, el hombre negro se sentiría agraviado porque el policía violó una regla que según él debería ser la que gobernara las relaciones sociales decentes.

Es evidente que las reglas sociales y su violación son componentes fundamentales del agravio moral y del sentimiento de injusticia. En su sentido más esencial, es coraje hacia la injusticia lo que uno siente cuando otra persona viola una regla social. Aquí encontramos dos posibilidades. Una persona se puede enojar porque cree que las reglas existentes están equivocadas y que deberían aplicarse otras. En la vida real, esas situaciones por lo general toman la forma de desacuerdos con lo que efectivamente significa la regla, pero para hacer más sencillo el texto, por ahora las dejaremos de lado. Sin reglas que gobiernen la conducta social no podría haber sentimientos como el agravio moral o el de injusticia. De la misma manera, la conciencia de la injusticia social no sería posible si los seres humanos pudieran aceptar todas las reglas, cualesquiera que fueran. Es evidente que hay algunas limitaciones

[1] Véase Ronald Melzack, *The puzzle of pain*.

en la forma de ser de las reglas morales y, por lo tanto, en las formas posibles del agravio moral también hay una gran diversidad de posibilidades. ¿Cómo explicar ambas cosas?

Dado que en efecto hay rasgos recurrentes o constantes en el agravio moral, ello significa que necesariamente derivan de la interacción entre ciertos aspectos más o menos constantes de la naturaleza humana y de imperativos igualmente recurrentes que surgen del hecho mismo de que los seres humanos deben vivir con otros, es decir, en una sociedad humana. Se encuentra uno entonces con enormes dificultades para conocer las características generales de la naturaleza humana y de la sociedad, de una manera que se pueda sostener científicamente y que al mismo tiempo no sea superficial o trivial, pues se corre el riesgo de equivocarse o de banalizar las cosas, o bien de ambos. Sin embargo, debe correrse el riesgo, porque la posición que se tome frente a estas cuestiones —ya sea de manera consciente o inconsciente— tendrá enorme influencia en la manera en que se han de plantear los problemas siguientes, y a través de ellos, sobre los hallazgos que surjan.

La primera dificultad se debe al hecho de que en la naturaleza humana es imposible observar nada que se pueda considerar puro, innato o biológicamente determinado, sin la contaminación de las influencias sociales, o al menos alguna forma de conducta que sea significativa para entender el agravio moral en el sentido de una injusticia social.[2] Sin embargo, es obvio que los seres humanos tenemos algo que se puede considerar como necesidades innatas, pues no somos una placa en blanco sobre la cual es posible imprimir cualquier clase de personalidad, como parecen creer muchos padres de recién nacidos.

Negar cualquier posibilidad de conocimiento sobre lo que parece tan obvio como esto, es decir, la existencia de una naturaleza humana innata, parece ser sólo un afán de perfeccionismo científico. Una manera de conseguir los indicios adecuados podría ser la observación cuidadosa de los deseos y necesidades que son comunes a la mayor parte de las sociedades conocidas y así inferir que tienen su origen en la naturaleza humana innata. Podemos entonces preguntarnos ¿qué es nocivo para los seres humanos? Dado que nuestro problema general es dar cuenta de aquellas situaciones en las cuales ocurre o no ocurre (o está presente en un grado muy bajo) el agravio como respuesta al daño, sería útil empezar a trabajar con una idea de aquellas cosas que efectivamente son perjudiciales para los seres humanos.

Obviamente, la incapacidad para satisfacer ciertos requerimientos físicos es muy perjudicial. En orden de importancia, éstos son el aire, el agua, el alimento, el sueño, el techo en el sentido de protección contra los extremos del

[2] La conducta de los niños pequeños, en la medida en que apenas está expuesta a las influencias sociales, no nos resultaría útil en este caso, aún si estuviéramos seguros de que dichas influencias no han entrado a través de factores como el tipo de alimentación que tuvo la madre durante el embarazo. Los pocos casos de seres humanos que han podido sobrevivir sin ningún cuidado humano, tampoco nos dan información útil, porque obviamente esas personas no tuvieron la oportunidad de adquirir las capacidades necesarias para vivir en sociedades humanas.

frío y el calor, y la gratificación sexual. La imposibilidad de satisfacer estas necesidades provoca sufrimiento en cualquier ser humano al punto de que, excepto en el caso de la gratificación sexual, el privarse de ellos conduce a la muerte. Y sin la reproducción heterosexual —a menos que o hasta cuando un sustituto satisfactorio pueda ocupar su lugar— la sociedad humana se terminaría. La enfermedad y el maltrato físico —por ejemplo la tortura— son definitivamente dañinos, a pesar de que, como pronto veremos, en ciertas circunstancias los seres humanos se torturan a sí mismos.

Pero si dejamos de lado las necesidades físicas, que siempre se satisfacen en formas elaboradas culturalmente, los psicólogos y antropólogos estarían de acuerdo en que la falta de amor y de respeto de parte de los demás seres humanos también es nociva para el individuo. Es más, hay una serie de respuestas favorables cuya ausencia podría ser en alguna forma dañina; por ejemplo, la diferenciación. Sospecho que el deseo de diferenciarse es universal, puesto que tantas culturas inventan o embellecen las formas de la envidia, mientras que otras culturas las condenan o las tratan de suprimir. Otra noción que no ha recibido la debida atención es la del aburrimiento, que también es nocivo.

Por último, la inhibición de la agresión contra objetivos que son peligrosos (ya sean naturales o humanos), resulta sin duda dañina, puesto que la persona reprimida se vuelve más vulnerable y por lo tanto una víctima fácil. No se gana mucho si queremos resolver la cuestión de si la agresión es o no un instinto humano innato. Baste por ahora con apuntar: 1) que no se conoce sociedad humana en la que no aparezca la agresión en alguna forma y 2) que la diversidad y amplitud con que se puede expresar esta agresividad y con que puede dañar a otros seres humanos es extraordinaria y va desde una mirada hostil hasta el exterminio de toda una población. Por eso, debido al amplio espectro de posibles efectos que tiene, no me parece útil discutir la agresión en términos de instinto, y más bien me parecería útil pensar en ella como una especie de capacidad humana que se pone en acción gracias a una gran variedad de razones y formas y con una enorme diversidad de consecuencias que dependen de las circunstancias específicas, de modo que las causas sociales permiten explicarla mejor que las demasiado elásticas capacidades biológicas. Y de nuevo no se trata de un asunto cuya solución pueda hallarse en este libro.

Como hipótesis de trabajo propongo una concepción de la naturaleza humana innata en el sentido de que es *previa* a cualquier influencia social, pero no necesariamente inmune a ella, y para la cual no sólo resultan nocivas las privaciones físicas, sino también las psíquicas, sobre todo la ausencia de respuestas humanas favorables, el aburrimiento y la inhibición de la agresión. Para que esta idea sea válida debe llevar implícita la existencia de una "moralidad natural", en el sentido de que algunas preferencias morales, particularmente las negativas, no son simplemente consecuencia del condicionamiento y entrenamiento sociales, y sin embargo los seres humanos tratarán de evitar el tipo de situaciones que las implican. Si se observa más de cerca,

verá que no hay mucha diferencia si se describe esta conducta en términos de evitar lo negativo o en términos de búsqueda de objetos positivos, puesto que además de la satisfacción de las necesidades físicas, los seres humanos buscan una cierta variedad y un cierto desafío en sus vidas, así como respuestas favorables (incluida la diferenciación) de otros seres humanos y oportunidades para descargar la agresión, una capacidad humana que si bien no es instintiva, sí se despierta por una serie de frustraciones que deben expresarse de algún modo. Hasta este momento hemos podido evitar el empleo de un término muy resbaloso y cargado que es el de "salud", pero es claro que la agresión contra el verdadero peligro podría considerarse sana y que su represión o inhibición sería una forma de patología, pues después de todo, el animal humano posee notables poderes de pensamiento lógico y los puede utilizar para la consecución de cualquier objetivo.

El principal valor que tiene cualquier concepción de la moralidad natural radica en que lleva implícita la idea de que los códigos morales, el agravio moral y por lo tanto también el sentimiento de injusticia social, tienen raíces profundas en la biología humana. Ésta no sólo pone límites a las formas que pueden asumir los códigos, sino que también les da cierta dirección e impulso. El optimista político cree que es posible crear un orden social basado casi exclusivamente en la moralidad natural, mientras que el positivista —de entre los cuales Freud es el ejemplo más conocido, aunque no el más convincente— cree que esta esperanza es sólo una ilusión. Sin embargo, éste no es el momento para resolver dicho problema y espero que este libro en su conjunto sirva para clarificar algunos de los aspectos fundamentales al respecto. La razón por la cual sí conviene llamar la atención sobre esto es para tener siempre presente que, si bien puede ser imposible encontrar seres humanos completamente sanos, de todos modos vale la pena vivir en sociedad, aunque algunos de sus aspectos estén destinados a ser nocivos para algunos seres humanos.

Podríamos entonces preguntarnos lo siguiente: si la sociedad humana es nociva para alguien, entonces ¿por qué existe? La respuesta más obvia y simple es que, en razón de la división del trabajo, sólo es posible en y mediante la sociedad, que los seres humanos aumenten su capacidad para adaptarse y controlar el medio ambiente, de modo que aunque resulte obvia y simple, esta respuesta también resulta cierta. Sin la invención de la sociedad humana, el *Homo sapiens* ya se habría extinguido hace mucho tiempo, pues en tanto que espécimen biológico, las capacidades del hombre individual para enfrentarse al medio ambiente son bastante poco impresionantes, mientras que las capacidades colectivas de la sociedad humana han llegado hoy día a un punto tan alto que incluso pueden destrozar todas las formas de vida. Con cualquier criterio que se considere, éste es un logro muy importante y, sin embargo, a lo largo del camino el precio ha sido alto y los beneficios están lejos de haberse distribuido equitativamente. Vivir y trabajar con otros seres humanos da lugar a una serie de demandas sobre la conducta humana y sobre los sentimientos. Una cosa es ser un cazador solitario completamente dependiente, para la propia supervivencia, de lo que se pudo cazar con las

manos y la ayuda de algunas herramientas simples, y otra cosa es ser miembro de una tribu de cazadores primitivos con todas las reglas sobre quién desbroza el terreno y dirige el juego, quién se arriesga a matar a los animales feroces, cómo se divide lo obtenido, etcétera. La necesidad de cooperar con los otros seres humanos produce un sistema de causación nuevo y distinto para el comportamiento humano. Pero por supuesto que la causación social tampoco funcionaría sin algunas de las cualidades y capacidades que proporciona la naturaleza humana innata. Esto se debe entender en sus propios términos, pues la causación social —queriendo decir con esto de una manera rápida y no muy precisa el hecho de que hay muchos seres humanos en el mundo con quienes es necesario ponerse de acuerdo— junto con los factores biológicos o innatos, crea la verdadera naturaleza humana que podemos observar y estudiar; y es en este sentido en el que el hecho de vivir en sociedad genera los códigos morales. Pero decir esto puede llevar a conclusiones erróneas, porque más bien son los individuos concretos quienes crean los códigos morales. La mayor parte del tiempo algunos individuos crean los códigos morales para obtener sus propias ventajas particulares, en detrimento de los otros seres de la sociedad; pero a pesar de esto, hay un cierto momento en el que cada persona, en cualquier sociedad, tiene que marchar con los demás; si no, cada quien iría por su cuenta.

Para decirlo de otro modo: siempre surgen algunos problemas cuando cierto número de seres humanos intentan vivir juntos y reproducirse. Estos problemas se pueden reunir bajo el concepto general de problemas de coordinación social, y se pueden dividir en varias partes. Existe primero el problema de la autoridad. En sociedades muy pequeñas y simples, ésta apenas va más allá del asunto de quién es el que dice cómo se hacen las cosas y quiénes son los que obedecen. Viene después el problema de la división del trabajo, o sea, de quién va a realizar cada tarea, cuándo y cómo. Luego viene el problema de asignar los recursos disponibles en la sociedad y distribuir entre sus miembros los bienes y servicios que fueron producidos colectivamente. Según Marx, o al menos, según algunas lecturas de Marx, las relaciones sociales de producción e intercambio no siempre determinan el sistema de autoridad que prevalece, pues las líneas de causación pueden ir en distintas direcciones.

En un sentido, estas tres divisiones del problema de coordinación social (autoridad, división del trabajo y asignación de bienes y servicios) tienen una especie de arbitrariedad cartesiana. En muchas sociedades iletradas, los tres aspectos van tan unidos que es fácil entender de manera equivocada cómo funciona la sociedad cuando somos demasiado precisos al distinguirlos; y sin embargo, sigo sosteniendo que los tres existen en cualquier sociedad y que para sus miembros lo imperativo es encontrar alguna solución a los tres, ya que de otra manera la sociedad dejaría de existir. En este sentido, es legítimo hablar de los imperativos sociales que conducen a los imperativos morales y a través de éstos a la ofensa moral y al sentimiento de injusticia social. Al emplear las palabras "necesidades sociales" o "imperativos sociales", no necesariamente estamos poniendo los intereses egoístas de una clase o de un

grupo bajo el rubro de un lenguaje que parezca objetivo, pues el fracaso para cumplir con una genuina necesidad o imperativo social tiene por consecuencia que *todos* los miembros de la sociedad sufran intensamente, aún cuando ese sufrimiento no se distribuya equitativamente.

La expresión "necesidad social", y su versión más fuerte, "imperativo social", son al mismo tiempo tan resbaladizas y tan esenciales en el discurso razonado sobre los problemas humanos que aún cuando se empleen otras palabras para expresar la misma idea general, es necesario detenerse brevemente para comentar qué es lo que significan. Hasta donde yo lo veo, "necesidad social" contiene tres elementos. El primero es una noción de causación con el orden temporal ordinario revertido: algo muy malo va a pasar en el futuro si no se satisface la necesidad. Hay también y en segundo lugar un elemento de elección inevitable. La sociedad puede satisfacer una necesidad o fracasar en ello. Si la satisface, puede hacerlo en más de una forma; por ejemplo, puede satisfacer a alguna gente en la sociedad si se hacen las cosas de una manera, y si se hacen de otra, satisface entonces a otro grupo. Ambos grupos pueden afirmar que su manera es la que satisface la necesidad "real" de la sociedad como un todo, y esto es, de manera bastante simplificada, la fuente más común de distorsión ideológica. Y si un investigador continúa preguntando "¿por qué esta necesidad particular o este imperativo existen para este grupo particular o para esta sociedad específica?", encontrará que la respuesta ya incluye, en cierto nivel, un juicio ético.

Tómese por ejemplo la proposición de que en todas las sociedades industriales, incluyendo las socialistas, resulta esencial separar un alto porcentaje de los bienes y servicios que se producen para gratificar a quienes cumplen con las funciones de la administración. Para mostrar la estructura de este argumento, supongamos que esta proposición es verdadera y que es posible mostrar empíricamente lo que quiere decir la palabra "alto", que por supuesto es bastante ambigua, pero no importa. *Si* quienes se oponen a las remuneraciones altas para los ejecutivos fueran hechos a un lado, aún sería posible debatir racionalmente su juicio porque uno se podría preguntar, con cualquier criterio ético, si los costos de establecer tal sociedad no serían demasiado grandes en términos de sufrimiento humano.

Pretender que quienes usan la frase "necesidad social" o alguna expresión similar, tengan todo el tiempo en mente esas consideraciones, sería como aconsejar la perfección, pero vale la pena recordar que ellas existen y que todas las clases de presuposiciones empíricas y filosóficas se hallan ocultas detrás de cualquier uso posible. La mejor forma de estar en guardia consiste en asegurar que sabemos con suficiente claridad cuáles son los seres humanos que estamos tomando en consideración cuando nos viene la idea.

Teniendo presente esto, es posible volver a la afirmación —e incluso ampliarla un poco— de que las personas que viven en cualquier sociedad deben resolver los problemas de autoridad, de división del trabajo y de distribución de bienes y servicios. Esto lo lograrán en parte poniendo en práctica principios rudos, pero eficaces, de desigualdad social, y enseñando a los otros, con mayor o menor éxito, a aceptar y obedecer dichos principios. Éstos crean

sobre la marcha un contrato social implícito y algunas veces explícito. Y hay muchas formas de lograrlo. El miedo, la fuerza y el fraude no son la base de ninguna sociedad humana, aun cuando su papel ha sido decisivo a través de la historia conocida de las especies, ni tampoco por eso son las sociedades solamente sistemas más elaborados de intercambios, sino que son una mezcla de cohesión e intercambio. Las proporciones de los dos ingredientes varían mucho en cada caso. No son las mismas en las islas Trobriand que en las sociedades industriales modernas. Las formas de extraer la plusvalía de la población y de convertirla en cultura con el consentimiento, si es que no necesariamente el consejo, de las clases bajas, es muy diferente en los dos casos.[3] Para hacer las cosas un poco más complicadas, los seres humanos tienen una forma de cambiar el valor que ponen en los distintos artículos con que contribuyen al sistema de intercambios. Así, se enseñan uno a otro que el valor de la contribución de un ser humano tiene que ver con el color de su piel, y después pueden enseñar que esto no es cierto. En los dos casos de esta enseñanza hay una buena dosis de coerción. Hay límites hasta los que puede llegar este proceso de educación, pero no es fácil saber cuáles son.

Aún en las sociedades más simples, y aunque sea de forma muy rudimentaria, hay algunos principios de desigualdad social. Aparecen por ejemplo en la división del trabajo por sexos. Podría ser que esta proposición no se comprobara si encontramos una sociedad en la cual el trabajo de los hombres y las mujeres, aunque fuera diferente, fuera considerado igual en cada una de las formas posibles que puede tomar, desde conseguir combustible hasta encontrar los alimentos y comerlos. Pero es prácticamente imposible encontrar una sociedad así.[4]

Éste no es el lugar para entrar en una discusión general sobre cuáles pueden ser estos principios o sus posibles variedades, según tiempo y lugar. Algunos principios pueden ser bien discernibles en la forma de funcionamiento de cualquier sociedad, incluso en una muy simple de tecnología rudimentaria. Pero en una sociedad más grande y compleja, parecería natural esperar que los diferentes sectores de la población debieran lealtad a principios diferentes y que hubiera diferencias en el grado en el que las distintas personas estuvieran conscientes de esos principios o los pudieran expresar en palabras. En este capítulo nos interesa dar cuenta del debate sobre la cuestión de si se puede encontrar temas recurrentes en lo que se refiere a las *quejas* sobre la existencia de estos principios o sobre la manera como ellos funcionan en la práctica. No es posible elaborar ninguna hipótesis sobre si existen quejas recurrentes o sobre si están justificadas en algún sentido. Las sociedades humanas pueden o no tener ciertas características que son intolerables, o casi, y al mismo tiempo, inevitables.

[3] Sobre la extracción de plusvalía en las sociedades iletradas, incluso aquellas con sistemas hereditarios de estratificación social, véase Paul Radin, *Primitive Religion*, cap. 3, y también las observaciones críticas de Raymond Firth en *Primitive Polynesian Economy*, 171-2.

[4] Una encuesta muy útil, aunque algo vieja, con datos antropológicos, se puede encontrar en Gunnar Landtmann, *The origin of inequality of the social classes*, caps. 1-3.

La palabra "sociedad" ha surgido ya varias veces hasta este momento y por eso sería útil decir algo sobre los peligros analíticos que pueden estar detrás de su uso. No es difícil estar de acuerdo en que la vieja Atenas era una sociedad y que también lo era la antigua Esparta. Los habitantes de cada una de esas ciudades-Estado vivían bajo un conjunto de instituciones fácilmente identificables que eran completamente distintas las de una de las de la otra. Por supuesto que no todos los habitantes se conocían personalmente, pero tenían tratos constantes que, aunque muy frecuentemente estaban cargados de conflicto, sólo de vez en cuando se convertían en verdaderas erupciones de violencia. Éste es el sentido en el cual hasta ahora se ha empleado la palabra "sociedad" y en el que se utilizará en adelante lo más que sea posible. Así, "sociedad" se refiere a un amplio cuerpo social de habitantes de un territorio específico que tienen un sentimiento de identidad común, viven bajo un conjunto de acuerdos sociales distintivos y lo hacen con un grado de conflicto que siempre está cerca de la guerra civil.

En este sentido, la Grecia clásica *no* era una sociedad, aunque resulte útil pensarla como un sistema social —algo que es completamente distinto de una sociedad— compuesta de ciudades-Estado que tenían su propia dinámica interna y que competían entre sí. Incluso cuando se hace esto, es necesario tener cuidado y pensar en las "necesidades" de grupos muy concretos y políticamente activos en Atenas, Esparta y otras ciudades. También hay buenas razones para afirmar que este sistema griego imponía restricciones políticas —y aquí podemos decir que amorales— sobre los actores políticos de estas ciudades-Estado.

La cuestión que queda clara es que en toda sociedad, excepto quizá en algunas completamente aisladas, las reglas de moralidad que funcionan no derivan sólo de ella misma, sino de un contexto que incluye a otras sociedades. Este hecho puede en ocasiones llevar a presiones de conflicto y ambigüedad que deben tomarse en consideración. William Graham Sumner ha sido reconocido por la distinción que establece entre el grupo de adentro y el grupo de afuera. Esto es útil, aunque demasiado extenso. En las distintas situaciones, los diferentes individuos de la misma sociedad pueden establecer fronteras diversas. ¿Cómo hace un ciudadano norteamericano que es el poderoso ejecutivo de una corporación internacional para establecer las fronteras y en relación con cuáles decisiones? Confieso mi ignorancia sobre la posible respuesta. En algunos grupos, no muy cultos, que tienen por dentro feudos, es muy difícil decidir cómo y dónde se fija la frontera entre el "ellos" y el "nosotros", y sobre cuáles bases.[5]

Pero volviendo a nuestro tema central, espero que estas observaciones hayan sido suficientes como para demostrar que tanto las reglas sociales como el coraje contra ellas tienen un doble origen y no se les puede entender solamente en términos de la naturaleza humana innata o de la dinámica social. Idealmente, necesitaríamos un perfecto conocimiento de las dos, cosa que

[5] Para un buen debate teórico sobre este tema, véase Marshall Sahlins, *Stone age economics*, cap. 5.

nunca llegaremos a tener. Y al mismo tiempo, siempre habrá, sin duda, lugar para mejorar nuestra comprensión de la única naturaleza humana que podemos observar: aquella que se ha modificado y moldeado por los imperativos de la propia vida en los diferentes tipos de sociedades humanas. En este sentido, la naturaleza humana es elástica en un alto grado y, desgraciadamente, la capacidad humana para soportar el sufrimiento y el abuso es impresionante. Sin duda, en este hecho radica el centro mismo de los problemas que vamos a investigar en este libro. En un sentido un poco distinto está la capacidad de *crear* los problemas, puesto que la respuesta al abuso es mucho más que un simple reflejo. Si la capacidad de soportar el abuso es tan grande, ¿en qué condiciones y por qué en cierto momento los seres humanos dejan de soportarlo? Con este problema nos encontraremos más adelante. Este capítulo nos informa sobre una serie de situaciones que los seres humanos, en un amplio espectro de sociedades, consideran como inequitativas e injustas.

En su mayor parte, la investigación toma la forma de una serie de sondeos en sociedades "exóticas", tanto letradas como iletradas, elegidas para encontrar la mayor variedad posible de situaciones morales y de reacciones. Si además surgen similitudes dentro de esta gran red, podremos creer que representan procesos sociales muy difundidos y posiblemente universales. Al mismo tiempo, he tratado de señalar cuáles pueden ser esos procesos sociales y presentarlos en forma ordenada, sin pretender una indebida elaboración teórica. En síntesis, es una búsqueda de soluciones universales para problemas sociales universales.

La investigación no cubre todos los aspectos de la vida humana. Excluye casi completamente lo que los modernos consideraban hasta hace muy poco tiempo la parte privada de la vida: las cuestiones sexuales, los sistemas de parentesco y los hábitos y costumbres de la amistad. La exclusión de estos temas no se basa en la idea de que no sean importantes, lo cual sin duda sería absurdo, sino en el intento de limitar el conjunto de evidencias hasta convertirlo en algo de proporciones manejables. Además, también refleja mi propio interés por las instituciones económicas y políticas de las sociedades supuestamente civilizadas, así como la relación entre estos aspectos. En muchas sociedades iletradas, estas instituciones no se distinguen de las otras. Ya los antropólogos han señalado que los intercambios económicos están íntimamente relacionados con el parentesco y la religión y lo mismo es cierto para la política. Sin embargo, los grandes problemas de la autoridad, la coordinación social, la división del trabajo y la distribución de bienes y servicios existen tanto para las sociedades de la edad de piedra como para las modernas sociedades industriales, de modo que estas categorías tan amplias pueden darnos una base de comparación a través del tiempo y el espacio y pueden permitir que la investigación se realice de manera más ordenada.[6]

[6] Como en toda investigación sociológica e histórica, el principal peligro consiste en que es demasiado fácil encontrar lo que uno está buscando y con eso construir explicaciones plausibles.

Sin confiar demasiado en procedimientos mecánicos para lograr objetividad, de todos modos sería útil explicitar algunos de los criterios que sirven para distinguir aquellas situaciones humanas que posiblemente son universales, de aquellas que son específicas de una determinada cultura o época histórica. Propongo el siguiente conjunto de criterios como una forma de identificar las situaciones potencialmente universales que generan como respuesta el agravio moral y el sentimiento de la injusticia social. Para ser potencialmente universal, la situación debe tener todas las siguientes características:

1. Que la situación en general produzca agravio en la cultura occidental moderna. En este punto, no hay necesidad de insistir, puesto que la reacción será reconocida por los lectores occidentales. Si a nosotros nos parece una situación extraña o incomprensible, es obvio que no será candidata a la universalidad.

2. Que la situación también produzca una respuesta de agravio moral en algunas sociedades no occidentales, tanto las iletradas que describen los antropólogos, como las de civilización refinada, por el estilo de China o la India; es decir, parece razonable afirmar que si un tipo determinado de relación social o de conducta humana produce agravio moral en las diferentes civilizaciones de Europa, Asia y de un conjunto de sociedades iletradas, entonces posiblemente estemos en la pista de una característica pan-humana o universal.

3. Que en una situación en la que podríamos esperar que la respuesta fuera de agravio moral y eso no suceda (el ejemplo podría ser una cruel variación de la esclavitud) podamos también encontrar los mecanismos sociales y psicológicos que permitan tomar ventajas de la elasticidad de la naturaleza humana para reprimir el agravio y la afrenta.

Una investigación con pretensiones científicas debe especificar el tipo de evidencias fácticas que invalidan los argumentos del autor. Así, cuando se trate de evidencias claras en contra de los puntos de vista que aquí se sostengan, se le dará la forma de ejemplos específicos de comportamiento humano: 1) a lo que nosotros, como occidentales educados, podríamos esperar "naturalmente" como una reacción de agravio moral y una consideración de injusticia social; 2) cuando la evidencia no muestre ningún signo de tal respuesta, es decir, que la gente normalmente considere esas situaciones como normales y naturales y 3) cuando no hubo indicaciones de ningún mecanismo social o psicológico que pudiera inhibir o desalentar tal respuesta.

No creo que las reglas metodológicas mecánicas proporcionen nada que sirva como salvaguarda adecuada contra esta tendencia normal hacia la obstinación. Al contrario, la confianza en las reglas mecánicas servirá para intensificar esta tendencia, porque el investigador presta tanta atención a las reglas que los asuntos más importantes y las explicaciones que se basan en maneras diferentes de pensar terminan por desaparecer. La mejor salvaguarda consiste en permanecer lo más vigilante y escéptico posible y mantener la mente abierta a la posibilidad de interpretaciones alternativas, sobre todo aquellas que van en contra de la propia naturaleza del investigador o de sus inclinaciones políticas. Para este fin resulta útil mantener lo más variada posible la cuota de lecturas generales y profesionales. Ésta es la principal precaución que yo utilice. A los críticos les corresponde decir lo demás.

En los siguientes capítulos, la investigación va a ser ahistórica e incluso transhistórica, de manera deliberada. Pero antes de proceder a ella y para indicar el método de invalidación de las proposiciones que se va a utilizar aquí, primero mostraré muy esquemáticamente una forma distinta y más histórica de enfocar el problema. En las siguientes dos partes del libro intentaré reunir estos dos puntos de vista.

Es posible sostener que el agravio moral y el sentimiento de injusticia social tienen que ser descubiertos y que el proceso de ese descubrimiento es fundamentalmente histórico. Desde esta perspectiva se puede, por ejemplo, pretender que a un griego del siglo quinto nunca se sentiría agraviado por la esclavitud ni la definiría como injusta. El proceso de cambio histórico no puede llegar hasta este punto. Como dudo mucho de que los esclavos griegos se sintieran así respecto de su condición —Aristóteles mismo muestra señas de esta moral nauseabunda—, no comienzo con esta idea, pero sí creo que hay mucho mérito en la concepción de algún proceso histórico de descubrimiento moral.

2. *La autoridad y el desafío a la autoridad*

Los seres humanos usan a la autoridad para coordinar las actividades de un gran número de personas. Ella penetra en todas las esferas de la vida social y existe en todas las sociedades conocidas, hasta en las primitivas que carecen de jefes formales, aunque sea en un grado menor. Sin embargo, la autoridad no constituye el único medio a través del cual los seres humanos pueden organizar las diarias actividades de un gran número de personas para que la sociedad exista. Dado que el problema general es el de la coordinación, es necesario comenzar con una breve mirada sobre aquellas formas de ésta que no implican autoridad. Precisamente ellas nos pueden decir algo sobre la autoridad y las reacciones morales contra ella.

Existe, además, la coerción pura, que se distingue de la autoridad por la ausencia de cualquier obligación moral de obedecer. Ésta es difícil de encontrar en su forma pura, lo mismo que la autoridad que depende solamente del sentimiento de obligación. Quizá ninguna de las dos existe en forma absoluta. Luego viene la institución del mercado que, sobre todo en los tiempos modernos, tiene la gran ventaja de coordinar la producción y distribución de bienes y servicios entre un número ilimitado de personas que no se conocen entre sí. Pero los resultados de esa coordinación con frecuencia son moralmente ofensivos, sobre todo para aquellos grupos que recientemente se han visto obligados a establecer relaciones de mercado, puesto que las personas de culturas distintas entran en esta situación con muy diferentes supuestos éticos. Por último, está también la costumbre que hace que grupos relativamente pequeños de gente produzcan reglas para sí mismos y vivan más o menos adaptados a ellas. La regularidad y el orden que se den a partir de esa conducta vendrán de la vigilancia mutua y de la negociación, como veremos.

pronto en relación con lo que aquí llamaremos el contrato social implícito. Esta es una característica muy importante si se desea descubrir y explicar las ideas y conductas recurrentes sobre lo que constituye el abuso de autoridad. Dichos abusos de autoridad, así como todas las características comunes que tienen, son el meollo del problema que deberá investigarse en esta sección. Sólo que antes de hacerlo convendría poner atención en algunas formas del orden social en las que la autoridad es prácticamente inexistente,[7] no sólo para ver cómo funcionan, sino sobre todo por lo que aquí nos interesa, que es ver cómo los errores pueden producir agravio moral. El tipo de agravio que surge sin la autoridad o antes de ella, permea a las sociedades con sistemas de autoridad más desarrollados.

Los seres humanos pueden arreglárselas para vivir en sociedad sin nada de lo que podemos reconocer como autoridad política. Aún en las que la tienen, es imposible recurrir a ella más que para una parte de las fricciones y disputas que son parte de la vida diaria siempre que los seres humanos viven juntos. Si bien los acuerdos económicos son uno de los principales factores que influyen en la intensidad e incidencia de las disputas, ninguna sociedad está libre de ellas. Aún las sociedades sin escasez tienen muchos pleitos y agrias disputas, y sólo es posible mantenerlos dentro de sus límites con una serie de instrumentos sociales tales como la represión, la humillación o el aislamiento temporal de cualquier persona que amenace con volverse problemática. Por otra parte, en muchas sociedades el orden y la paz que pueden existir son muy precarios. Un grupo o un individuo se pueden enojar tanto como para matar a otra persona o personas y el resultado seguramente va a ser un fuerte deseo de venganza, y la forma institucional que ésta tomará seguramente será el baño de sangre que encontramos en varias partes del mundo.

El deseo de venganza —reprimido aquí, estimulado y elaborado allá— ha tenido eco en una amplia porción de la experiencia humana. Venganza significa represalia y significa también la reafirmación de la dignidad y del valor humanos luego de que se les ha hecho algún daño o lesión. Ambos son los sentimientos básicos que están detrás del agravio moral y del sentimiento de injusticia. La venganza es una forma de emparejar las cosas, que por supuesto nunca funciona completamente. Y es que no existe la reparación completa de las heridas infligidas. La venganza puede ser la forma más primitiva del agravio moral, aunque también es contemporánea y se la puede encontrar en órdenes sociales de todo tipo: en aquellos que están bajo una autoridad política (o a pesar de ella) que influye en lo que se hace, tanto como en culturas que prácticamente no tienen autoridad.

Hasta aquí me he abstenido de intentar definir a la autoridad, debido a que me he referido a situaciones en las que no existía. En general, la auto-

[7] Para un análisis muy sugerente, aunque algo general y abstracto, véase Michel Barkun, *Law Withouth Sanctions: Order in Primitive Societies and the World Community*; Robert Knox Dentan, *The Semai: a Nonviolent People of Malaya*, sobre todo los caps. 6 y 7. Este libro proporciona un relato muy instructivo sobre una sociedad con sanciones mínimas. Hay varios libros más que no citamos aquí.

ridad es una de esas cosas que más fácilmente notamos después de observar situaciones en las que no existe, o dicho de manera más precisa, en las que apenas existe. La venganza sangrienta, con su círculo repetido infinitamente, es un buen ejemplo de esto. Puede seguir existiendo cuando no hay autoridad que la suprima y proporcione otras soluciones al problema del orden social.

La autoridad es un reflejo del hecho ya mencionado de que la sociedad humana es, en buena parte, un conjunto de acuerdos a través de los cuales algunos seres humanos se las arreglan para extraer plusvalía económica de otros seres humanos, y para convertir esto en cultura; y también del hecho de que la extracción del excedente no es todo lo que hay en las sociedades humanas y tampoco es la única fuente de cultura. La autoridad implica obediencia sobre la base de algo más que el simple miedo o la coerción, de modo que es necesario ver qué es lo que más pesa en la práctica.

Aunque las teorías tradicionales sobre el contrato social hoy día más bien parecen desacreditadas para los científicos sociales, contienen una importante percepción que se sostiene sobre abundantes evidencias que cada vez llaman más nuestra atención.[8] En cualquier sociedad estratificada —del tipo de las que vamos a hablar casi siempre de aquí en adelante— hay un conjunto de límites sobre lo que pueden hacer tanto quienes ponen las reglas como quienes las obedecen, es decir, los grupos dominantes y los subordinados. También hay un conjunto de obligaciones mutuas que unen a los dos. Estos límites y obligaciones no están establecidos en constituciones formales ni en contratos escritos, pero en las sociedades que sí tienen esa parafernalia se pueden establecer algunas de esas especificaciones, aunque no necesariamente las más importantes.

Afirmar que hay un contrato social que es más implícito que explícito, es decir, un conjunto de entendimientos mutuos no verbalizados, no aclara la situación de manera muy precisa. Más bien, diciéndolo así, suena como si existiera una especie de esquema platónico con el que todos los miembros de la sociedad estarían de acuerdo a excepción de los políticamente sordos o de los socialmente torpes, de modo tal que cualquier buen antropólogo o sociólogo podría producir buenas copias del esquema si escuchara a una cantidad suficiente de informantes. Lo que sin embargo sucede es la continua indagación, por parte de los dirigentes y de sus súbditos, para encontrar cómo salirse con la suya, es decir, que ponen a prueba y descubren los límites de la obediencia y la desobediencia, límites que nadie sabe cuáles son exactamente, hasta que los descubre por la experiencia, si bien ambas partes pueden anticiparlos con bastante exactitud. Cuanto más estable es una sociedad, más pequeño es el espectro dentro del cual tiene lugar

[8] Como ejemplo, véase E. P. Thompson, "The moral economy of the English Crowd in the Eighteenth Century".

esa prueba y ese descubrimiento. Cuanto menos estable es la sociedad, más amplios y más difusos son los límites. Pero siempre hay límites, pues de lo contrario no habría sociedad.

En este sentido, los términos del contrato social están siendo siempre renegociados. Los dirigentes saben que hay ciertas restricciones a su poder más allá de las cuales no esperan obediencia (esto probó ser cierto incluso en los campos de concentración nazis). Y puesto que para seguir siendo dirigentes requieren de súbditos, también éstos tienen normas para aprobar y condenar, pues ellas son las que constituyen el origen de los límites. En su debido momento llegaremos a la cuestión de cómo y por qué surgen y cambian los patrones de condena. Por ahora baste con apuntar que existen esas obligaciones mutuas y esos límites y que su existencia se manifiesta y descubre en la prueba constante que cada uno hace de las reacciones del otro.[9]

Dirigentes y súbditos son términos generales, simples y demasiado abstractos para designar individuos, o más bien, a grupos de individuos. De un lado del espectro —digamos, en un Estado industrial moderno— son mucho más complejos y están más diferenciados de lo que por lo general denotan los términos. En el otro extremo del espectro —una sociedad iletrada sin la institución de los jefes— los términos parecen demasiado complejos como para denotar una diferenciación entre los que mandan y los que obedecen, distinción que por lo demás no existe en forma permanente. No tengo la intención de estirar el idioma inglés tanto como para quitarle su forma reconocible, y todo con el fin de crear uniformidades pseudo-sociales. Las diferencias existen y las sociedades iletradas quedan fuera del espectro de los fenómenos que vamos a analizar ahora. Según se indicó al principio, su tipo de contrato social puede funcionar casi sin autoridad; sin embargo, es claro que existe un contrato social, en la forma hasta ahora descrita, en numerosos niveles de autoridad dentro del Estado moderno. Así por ejemplo, esto es notable en las relaciones entre patrón y empleado y también en aquellas sociedades en las que no hay un Estado formal, sino alguna actividad

[9] Las concepciones explícitas del contrato social se dan en mitos y tradiciones bastante separados en el tiempo y el espacio. Pongamos un ejemplo al azar tomado de África, según lo relata Max Gluckman en *The Ideas in Barotse Jurisprudence*, 29-30. Según el mito de la creación de los barotse, el pueblo estableció un reino al que ellos mismos se obligaron a rendir tributo. Según este investigador, se trata en el mito de "una idea de contrato entre el rey y el pueblo". En una interpretación de las antiguas teorías políticas y de las instituciones sociales en el subcontinente indio, Charles Drekmeier, en el libro *Kingship and Community in early India*, p. 245, sostiene que "El contrato gubernamental hindú, como el budista, era en esencia un intercambio de impuestos para protección y la autoridad del rey estaba limitada por la ley sagrada". Otro texto incluso llega más lejos al describir al rey como el sirviente asalariado del pueblo. En algunos libros se señala el derecho de los súbditos de destronar a un rey injusto e irresponsable, aunque este tipo de afirmaciones es más raro. Sin embargo, concepciones así de explícitas y organizadas no son universales. Sería difícil esperar algo parecido, por ejemplo, de los griegos. En la *Odisea* de Homero, encontramos las difíciles negociaciones entre seres humanos particulares y dioses particulares dirigidas en ocasiones contra otros dioses por objetivos muy concretos y limitados. Puede haber un contrato social implícito en el sentido de un conjunto de reglas según las cuales vive la mayoría de la gente, sin que ello necesariamente se exprese en un mito.

que requiere de una organización bien sostenida y de cooperación, como en los grupos de cazadores y en la práctica de los jefes guerreros temporales.

Hay una serie de presupuestos comunes compartidos por un gran número de sociedades y subsociedades, como las mencionadas hasta ahora en esta forma de contrato social. Los sistemas de autoridad por lo general especifican: 1) por qué las personas que tienen la autoridad tienen esa posición y 2) cómo la obtienen. Con frecuencia hay una ceremonia que, en el caso de los dirigentes políticos, es muy elaborada, para señalar la entrada de esa persona a dicha posición. Por supuesto que los modos de selección varían mucho, desde el reinado hereditario hasta la selección por la suerte. En este sentido, el contrato social se parece a una forma en blanco, del tipo de una solicitud de empleo o de pago de impuestos, en la que se puede insertar una serie limitada de valores o datos.

En cualquier sociedad, la violación de los procedimientos imperantes para la selección de las autoridades seguramente provoca agravio. Los intentos por imponer principios nuevos, en lugar de los ya existentes, generan indignación moral y disturbios políticos. Los nuevos principios también se pueden introducir como intentos para corregir violaciones o supuestas violaciones que se cometen en la práctica existente.

Hay algunas obligaciones mutuas que unen a los gobernados con los que gobiernan, a aquellos que ejercen la autoridad con los que están sujetos a ella. Estas obligaciones tienen el sentido de que 1) cada una de las partes está sujeta al deber moral de llevar a cabo ciertas tareas como parte del contrato social implícito y 2) el fracaso de cualquiera de las partes para cumplir con esa obligación constituye la base para que la otra parte se oponga a la ejecución de su tarea. Cada una de las partes encuentra justificación moral y apoyo para su propio sentimiento de agravio y de enojo, por el supuesto fracaso de la otra parte para cumplir adecuadamente con su trabajo. Carlos I de Inglaterra acusó a sus opositores en el parlamento de violar las leyes del imperio y se trató de colocar a sí mismo como el protector de las libertades de los súbditos, pero hubo en ese país quien se preguntó si Inglaterra necesitaba para algo al rey. En tiempos de la China imperial, los rebeldes acusaron al emperador de que no cumplía adecuadamente con sus tareas y afirmaban que por tanto había perdido el mandato del cielo. Si hubieran ganado, ese mandato habría descendido sobre ellos, pero como perdieron, quedaron en los libros de historia como bandoleros que trataron de convencer a la población de que olvidara sus obligaciones hacia el emperador, aunque uno de los líderes rebeldes llegó tan lejos como para amenazar con sorprendente cinismo al enviado del cielo, acusándolo de ser parte de una pandilla fraudulenta para embaucar a las masas.[10] Esto no hubiera sucedido antes de la intrusión de las ideas occidentales pues ningún rebelde chino hubiera dado el paso tan radical de preguntarse si de plano necesitaban para algo a un emperador. Ahora bien, los chinos de la época preindustrial no llevaron su desafío tan lejos como los ingleses de la Inglaterra preindustrial, pero

[10] Vincent Y. C. Shih, "Some Chinese Rebel Ideologies", p. 214-5.

de todos modos en ambas sociedades —como en muchas otras— encontramos un sentido bastante claro de la existencia de obligaciones mutuas, que además surge de manera más clara en tiempos de disputa, cuando se despiertan pasiones morales en las dos partes.[11]

En términos muy generales, estas obligaciones se pueden resumir en tres sectores perfectamente diferenciados, aunque con relación entre sí. La primera, y quizá la más esencial, es la obligación del dirigente de dar protección a sus subordinados sobre todo de los enemigos externos. Ésta no sólo se aplica al jefe de Estado, sino también a niveles inferiores de autoridad. A este respecto convendría llamar la atención sobre un sentimiento, bastante difundido, de que el dirigente debe en cierto sentido ser miembro del mismo grupo, es decir, que tal persona debería tener suficientes rasgos culturales en común con sus súbditos como para permitirles identificarse con él. No hay razón para atribuir este sentimiento a nada parecido al instinto del rebaño o a la aversión innata a todo lo que es extraño. Los extranjeros por lo general son conquistadores que "nos" han oprimido o a los que "nosotros" pudimos oprimir y explotar —esclavos, inmigrantes o víctimas de "nuestra" conquista. Si el extraño es un igual, como en el caso de los refugiados cuyas habilidades tienen aprecio social, ese individuo es entonces un competidor potencial. Si bien hay instancias para buscar un protector extranjero que sea poderoso, para los súbditos éste es un signo de debilidad y una situación que en sí misma resulta desagradable.

Desde el punto de vista de esta investigación, lo más interesante de las obligaciones del jefe tiene que ver con el mantenimiento de la paz y el orden. El sentido de esta función consiste en aplacar todo tipo de disputas que pudieran surgir entre los súbditos y entre éstos y el jefe, en una forma que todas las partes consideren justa.[12] Lo que nos interesa de la cuestión es si existen o no concepciones transculturales y transhistóricas de lo que es justo, o si son tan históricamente específicas y tan culturalmente limitadas como para que cualquier generalización sea imposible o poco fructífera. Pronto daremos algunas razones para sostener que sí hay concepciones generales de lo que es una conducta incorrecta o injusta, y por lo tanto, de la conducta adecuada

[11] En las sociedades iletradas, las obligaciones de quienes tienen la autoridad son muy fuertes. Max Gluckman observa que, por lo general, en las sociedades tribales se espera que el jefe socorra de manera directa a todos los necesitados, lo cual es muy distinto de la ayuda impersonal que se dé a través de las modernas agencias de beneficencia. Entre los barotse de África que él estudió, la obligación más pesada del rey consiste en proporcionar por lo menos un lugar de residencia y un poco de tierra arable a todos sus súbditos. Véase su libro *Barotse Jurisprudence*, 6, 80. Respecto a lo que sucede cuando la autoridad fracasa en cumplir con sus obligaciones o con las expectativas, no he podido encontrar información en los textos de antropología, pero el libro de Leopold Pospisil, *Kaupauku Papuans and Their Law*, 244-5, informa de un caso, que luego analizaremos ampliamente, en el cual es obligación matar al jefe que no cumple con lo que se espera de él.

[12] En respuesta a los esfuerzos centralizadores de Shih-Huang-ti (de la dinastía Chin), constructor de la gran muralla china, un rebelde del año 206 a. C. consideró como parte de su programa lo que se puede tomar como la definición mínima de la legalidad y la justicia: "Sólo habrá tres puntos en la ley: el que mata, morirá; el que lastima a otros o le roba al pueblo deberá retribuirlo. El resto de la ley china debera ser derogada". Véase Shih, " Rebel Ideologies", 159.

de los dirigentes. Sin embargo, éstas sólo tendrán sentido si vemos todo el espectro de las obligaciones que se dan entre el dirigente y los dirigidos, así como las formas y consecuencias que pudiera tener su violación.

La tercera obligación del dirigente consiste en comportarse de manera tal que contribuya a la seguridad material —decir prosperidad material significaría dar demasiado énfasis a la acumulación de la riqueza— de los súbditos. Las formas que puede tomar esta obligación pueden variar, desde la magia de Lovedu, reina de la lluvia, que es una misteriosa y secreta dirigente de una de las tribus Bantúes, hasta los esfuerzos de los presidentes norteamericanos para evitar una depresión. La idea del siglo diecinueve de que la sociedad no tenía responsabilidad sobre el bienestar de la población, y que era inútil y hasta inmoral esperar que el jefe de Estado tomara medidas ejecutivas para contrarrestar las amenazas al bienestar popular, nos parece hoy una aberración histórica. En Inglaterra, donde la idea tuvo su expresión más clara, no se le tomó muy en serio en la práctica.

Así, la contribución que se espera del dirigente termina por ser la de la seguridad: contra el pillaje por parte de propios y extraños, contra las amenazas sobrenaturales, naturales y humanas que se pudieran cernir sobre el suministro de los alimentos y otras bases materiales de la vida diaria. A cambio de eso, el súbdito está obligado a la obediencia de todas aquellas órdenes que sirvan a esos fines, como contribuir a la defensa común (que sólo es inexistente en las pocas sociedades que no conocen la guerra), así como hacer contribuciones materiales para el sostenimiento de los jefes que por lo general no se meten de modo directo en la producción económica. Por último, se espera de los súbditos que también hagan alguna contribución, a través de sus propios acuerdos sociales, al mantenimiento de la paz.

Sin duda, hay variaciones sobre estos temas, y el grado en que éstas se dan es amplísimo. Hay bases para ser escépticos respecto de cualquier consideración sobre estas obligaciones mutuas, que por lo general se clasifican en un sistema general que reparte de modo equitativo las cargas sobre aquellos que tienen la autoridad y los que están sujetos a ella, consiguiendo una relación armoniosa entre las partes y las funciones del orden social. Sin embargo, vale la pena observar que para muchos seres humanos, sobre todo para aquellos que están en la base de la pirámide en las sociedades estratificadas, el orden social es algo bueno por su propio derecho, algo por lo que con frecuencia estarían dispuestos a sacrificar otros valores. Detestan la interferencia violenta y caprichosa de cualquiera sobre su vida diaria, ya sea si ella viene de bandoleros, fanáticos religiosos, políticos o agentes del poder. Por lo general la gente apoya, aunque en parte también le tema, a un líder político que le promete paz y orden, sobre todo cuando puede hacerlo bajo una bandera de legitimidad, según se le define en ese tiempo y lugar.[13]

[13] Una historia célebre sobre una antigua utopía china del libro de los ritos, citada por Jean Chesneaux en "Les traditions egalitaires et utopiques en Orient", p. 90, afirma que hubo una época en que no había ladrones ni bandoleros y las puertas de las casas se dejaban abiertas. Los historiadores de Europa señalan, por el contrario, el sufrimiento de los pueblos de Francia,

El contrato social inherente a las relaciones de autoridad, siempre está siendo puesto a prueba y renegociado, y en las revoluciones puede derrumbarse casi completamente.[14] A modo de hipótesis podríamos afirmar que hay ciertas formas de violacíon de este contrato que por lo general producen agravio moral y un sentimiento de injusticia entre quienes están sujetos a la autoridad. Que encontremos ese agravio se debe al funcionamieno de ciertos mecanismos represivos, pero esta situación la examinaremos en el siguiente capítulo. En las relaciones de autoridad, las situaciones arquetípicas de esa violación son aquellas en las que el dirigente no hace su trabajo de manera adecuada, es decir, no proporciona seguridad ni busca su ventaja personal a expensas del orden social.

Antes de pasar a un análisis más detallado, convendría hacer algunos comentarios adicionales para aclarar ciertos aspectos. Los sentimientos populares no hacen la cuenta de la conducta de sus dirigentes. Cuando mucho, existe una tendencia a desconfiar o a no gustar de aquellas autoridades que dirigen apoyándose demasiado en los libros.[15] La imagen positiva de la autoridad tiende a ser la figura paternal ceñuda y austera, cuyas raras explosiones de cólera revelan precisamente su poder para proteger e intimidar a "nuestros" enemigos, pero cuyas flaquezas humanas también permiten el perdón de "nuestras" transgresiones.

La raíz de esta concepción paternalista de la autoridad y el origen de su recurrencia probablemente radican en las experiencias de la niñez. Dado que el niño comienza la infancia completamente dependiente de los padres, que también son la fuente primaria de todas sus gratificaciones, es posible que su autoridad también tenga un componente benigno. La autoridad de los padres se extiende a todas las actividades en la vida diaria de un niño: las formas y tiempos para comer, excretar, jugar y dormir. Aquella autoridad que funciona para algo específico, es decir, la que se limita a una esfera particular de la vida, es algo que el niño encontrará más tarde (si es

Alemania, España y otros durante los periodos de anarquía y de luchas religiosas, y su deseo de apoyar a un poder fuerte que pusiera término a tal sufrimiento. Como lo demuestra Eric Hobsbawm en su libro *Primitive rebels*, el ladrón que consigue ganar un poco de apoyo local, lo hace *en contra* de una autoridad central débil y caprichosa. Es obvio que cuando un líder político organiza su propio cuerpo armado en una situación caótica, atemorizará a la población y la obligará a apoyarlo. Buena parte del apoyo revolucionario "del pueblo" es obviamente fabricada y resultado de la pura y simple intimidación. Pero un programa revolucionario puede conseguir gran apoyo popular cuando sus competidores son todavía peores.

[14] Las cadenas locales de autoridad del *ancién régime* o de la revolución por lo general consiguen mantenerse aunque sea precariamente hasta que se establece el nuevo orden.

[15] Hay algunas bases para sostener la tesis de que el *Homo sapiens* es en esencia un anarquista, o por lo menos un liberal en el sentido tradicional. Incluso ahí donde la autoridad parece estar completamente legitimada y aceptada, encontramos algún signo de desconfianza o de hostilidad. Según Glucksman en *Barotse Jurisprudence*, "todos aman a un príncipe hasta que lo hacen rey; entonces, todos lo odian". La autoridad siempre implica un grado de restricción y, por lo tanto, de frustración. Por otra parte, como ya dijimos, es una fuente de seguridad. Así pues, los seres humanos siempre desean la autoridad al mismo tiempo que la rechazan y desconfían de ella.

que lo encuentra). De hecho, solamente en algunos aspectos de la vida industrial moderna se ha desarrollado en alto grado esta forma de autoridad.[16] Hoy día, la autoridad del patrón sobre el empleado se reduce cada vez más a las horas de trabajo y a los comportamientos que tienen que ver directamente con él, y en muchos casos, tal autoridad produce indignación moral si se extiende a otras cosas, como por ejemplo, al estilo del peinado o del vestido (pues ello puede reflejar la intromisión de la sexualidad en una esfera formalmente desexualizada, como es la de las relaciones laborales), y por supuesto, al color de la piel o a las creencias religiosas. Pero esta corriente racionalista e individualista hacia la autonomía personal va contra los poderosos impulsos que derivan de las experiencias de la niñez, y que exigen una autoridad completamente envolvente, con la seguridad que supuestamente proporciona. La exigencia de una autoridad difusa, de tipo paternalista, nace de las experiencias de la niñez, que permiten explicar por qué resulta tan terriblemente difícil para los seres humanos creer que la autoridad prevaleciente es, en sí misma, cruel y diabólica —como en el caso de Job o en el del comportamiento de más de una de las víctimas del terror estalinista—. Hay, por supuesto diferencias en estas consideraciones, pues no todas ellas se pueden explicar en términos de las experiencias de la infancia. Por ahora no necesitamos más que recordar que hay una tendencia humana, muy difundida, a interpretar las cláusulas del contrato social implícito como si hubieran sido establecidas más bien para beneficio de los dirigentes, y lo que haremos será tratar de explicar algunas de las razones de esta tendencia.

Si estas observaciones tan generales nos ayudan a entender las tendencias populares y plebeyas hacia lo conservador, ¿qué podemos esperar de la respuesta contraria, es decir, la que considera la conducta de los superiores como injusta y a la que hay que oponerse? La obediencia implica el control de los impulsos y es bien válido suponer que esto a su vez implica algún grado de insatisfacción y, en casos más graves, de verdadero dolor. Podríamos sostener, con bastante seguridad, que las formas menores de la subversión se pueden encontrar hasta en las formas más suaves de la autoridad humana. La situación general señala los límites de la obediencia más allá de los cuales los actos de la autoridad resultan caprichosos, opresivos e injustos. Las actitudes populares hacia la autoridad lógicamente pasan por la ambivalencia y en muchas culturas —no en todas— podemos encontrar una fuerte tendencia subterránea hacia la igualdad, la resistencia y la desconfianza de todas las formas de subordinación de un ser humano a otro.[17]

[16] Para un buen debate sobre un ejemplo de autoridad paternalista difusa, véase J. J. Maguet, *The Premise of Inequality in Ruanda*, 161-2, 168-9. La aceptación de la desigualdad aseguró la paz interna durante muchos años. Sin embargo, recientemente el sistema terminó en un asesinato masivo perpetrado por el estrato dominante, probablemente debido a los efectos del exhibicionismo europeo y al aumento en la lucha por los recursos. Véase sobre esto el *New York Times* del 31 de mayo de 1972 y del 6 de junio de 1973.

[17] El llamado de la propaganda de otro rebelde chino resume bien las demandas de más de una población preindustrial: "Li Tsu Cheng no mata ni desea riqueza, no insulta a las mujeres y no saquea. Él sólo va a comprar y vender en justicia y liberará al pueblo de todos los impuestos,

Ahora veamos las violaciones específicas al contrato social. La negligencia para cumplir con el deber que tienen las autoridades respecto de la protección es bastante obvia y no le dedicaremos demasiada atención. La traición a los súbditos es otra violación, y puede suceder en cualquier forma de lucha, desde los actos directamente militares hasta la corrupción —real o supuesta— de algún líder sindical, en el caso de alguno de los conflictos económicos modernos. Cuando estas violaciones son muy severas —y por supuesto que existe toda la gradación posible— el castigo para el dirigente es la pérdida legal del derecho de gobernar, y para el súbdito, la pérdida de los derechos de membresía en la sociedad, si no es que algo peor. No tiene sentido extendernos sobre el sentimiento de injusticia que eso provoca. Los rebeldes chinos bajo los Sung acostumbraban pagar tributo a los bárbaros en un esfuerzo por desacreditar a la dinastía, y todo ello de una manera que sería perfectamente comprensible en las sociedades occidentales. Los dirigentes que no pueden proteger a su propia sociedad, o aquellos a los cuales el fracaso en la guerra ha desacreditado, serán los que perderán legalmente el derecho a gobernar. En algunas ocasiones, los reveses militares o la simple y pura incompetencia han sido el preludio a los estallidos revolucionarios.

Las consecuencias son más diversas y sorprendentes cuando los dirigentes fracasan o son incapaces de controlar sus propios instrumentos de poder y se les escapa el mal uso deliberado que se haga de ellos. Se puede afirmar con bastante seguridad que ninguna población carece de resentimiento y de agravio cuando sus propias tropas cometen actos de pillaje, que por cierto es otro de los temas recurrentes en las rebeliones chinas. Pero no siempre sucede que el pillaje y el saqueo produzcan una fuerte reacción. Por ejemplo, hubo poca respuesta frente a los abusos y la brutalidad en la guerra de treinta años en Europa. De la misma manera, está bastante extendido el sentimiento de que quienes tienen autoridad no deben castigar a quienes están sujetos a ella, excepto por alguna ofensa bien definida, y esto se ha dado lo mismo en China que en Occidente. Por otra parte, como todo mundo sabe, el castigo arbitrario se ha ejecutado no sólo en las dictaduras modernas y en sus campos de concentración. Si bien el miedo y la impotencia pueden ser responsables de la ausencia de una resistencia abierta, necesitamos entender con más claridad cuáles son los factores que producen estos sentimientos. El terror abierto y aplastante que ejercen las autoridades no sirve como explicación suficiente, porque los seres humanos en esa situación emprenden de vez en cuando actos de resistencia, aunque objetivamente no tengan ninguna esperanza de triunfar. Sin embargo, por el momento esto no nos concierne. Lo que sí queremos señalar es que, a pesar del amplio espectro que existe en el campo de la sensibilidad, cada cultura parece tener por lo menos alguna definición de la crueldad arbitraria por parte de quienes tienen la autoridad.

él va a distribuir el dinero de los ricos entre el pueblo". Como señala Shih, que es quien cita este párrafo en "Rebel Ideologies", p. 208, no resulta sorprendente que al gobierno Ming le fuera tan difícil negociar con él.

El mal uso que hagan los dirigentes de los instrumentos de violencia contra sus propios súbditos es una violación extrema de su obligación de mantener la paz. Una parte fundamental de esta obligación es, como hemos visto, resolver los pleitos entre los súbditos, y esta obligación, que incluye la administración de justicia, es sin embargo mucho más amplia, puesto que se extiende más allá de los acuerdos formales que normalmente se asocian con este término y con parte de la autoridad legítima, en cualquier parte donde exista. Una de las tareas normales del jefe de talleres en una industria, de un oficial en los servicios militares o de un administrador en una jerarquía burocrática, es la que consiste en resolver los desacuerdos y riñas entre sus subordinados. Es más, el derecho de intervenir en las disputas es una de las prerrogativas de la autoridad más celosamente cuidadas y deseadas, tanto en la burocracia como en otras de sus formas.

Hay una tendencia constante a que los que tienen la autoridad inviertan este proceso en su propio beneficio y por tanto se da una tendencia correspondiente de parte de los súbditos a resistir a la autoridad, evadirla o bien oponerse a ella.[18] En este punto de nuestra investigación, lo principal es preguntarse si encontramos algunos patrones comunes en esta oposición. Si no se piensa mucho, parece imposible que alguien que haya crecido en la tradición greco-judáica o que haya recibido la influencia de la ley romana, pueda sentir que ha llegado a un acuerdo injusto, pues el tema común al respecto es, según creo, la violación de la reciprocidad. La autoridad obtiene una ventaja y causa un daño al individuo agraviado sin que ello conlleve una justificación real en términos de lo que puede ganar la sociedad como un todo. Cuando David, con tal de conseguir a Betsabé por esposa, envió al marido de ésta a una muerte segura, llevó a su máximo ejemplo este tipo de situación y quizá por eso es tan famoso el caso y se ha vuelto paradigmático, de forma tal que, aunque sea más abstracto y menos dramático, es fácil reconocer los mismos elementos esenciales en las quejas de los rebeldes chinos de que los ministros usaban su poder para censurar a los enemigos y promover a sus parientes y de que los delitos quedaban sin castigo cuando se tenía contactos personales.[19] Una violación similar sucede cuando los dirigentes imponen a la población privaciones materiales demasiado severas, en aras de propósitos que éstos no comparten porque están demasiado alejados de

[18] Uno de los orígenes de esta oposición, sobre todo en las sociedades estratificadas, es la tendencia de aquellos que están sujetos a una autoridad más alta a perpetuar los modos tradicionales de manejar sus propios conflictos o a desarrollar nuevos. Gluckman, en *Barotse Jurisprudence*, p. 212, da un ejemplo interesante que muestra cómo las interferencias pueden producir enojo: se trataba de un caso de asesinato en el que intervino el rey y ordenó a los parientes del muerto aceptar una compensación porque todo había sido un accidente. El padre del muerto se negó a esto y quería matar al asesino. Entonces el rey ordenó la ejecución del padre, quien sin embargo consiguió escapar. Según Durkheim, por lo general la reacción de agravio moral sirve para restaurar el orden social, pero es necesario tomar en consideración de quién es el orden que está en juego. En buena medida, parece que los esfuerzos de los grupos subordinados por hacer funcionar sus propias reglas con las cuales calmar los conflictos internos, representan también intentos por mantener un cierto grado de independencia respecto a la autoridad superior.

[19] Shih, "Rebel Ideologies", p. 197.

su modo de vida y de sus intereses. Una rebelión china en época de Sung, de la que ya hemos hablado, encontró su justificación en la insufrible miseria que impusieron los dirigentes con tal de conseguir a cualquier precio plantas extrañas y piedras preciosas.[20] Un recuento hostil de la rebelión relata un episodio que tiene todo el aroma de la universalidad: "Entonces (Fang-la, el jefe de la rebelión) aprovechándose de (los sentimientos) de la gente, que estaba sufriendo lo indecible, reunió secretamente a los pobres, a los empobrecidos y a los desocupados y para ganárselos les dio limosnas. Cuando ya estuvo seguro de su apoyo, mató unas reses, preparó vino y llamó a los más perversos a un festín. Después de las primeras copas se levantó y dijo: 'hay un solo principio que sostiene al Estado y a la familia. Si los jóvenes tuvieran que arar y tejer trabajando muy duro todo el año y cuando ya hubieran acumulado granos y tejidos llegaran sus mayores y les quitaran todo para derrocharlo, y por si eso fuera poco, encima los vapulearan por la menor ofensa, sin mostrar ninguna piedad ni frente a la tortura ni a la muerte, ¿a ustedes les gustaría?' 'Por supuesto que no', respondieron todos".[21]

El aroma de universalidad viene del parecido que encontramos en el hecho de que cualquier conjunto de súbditos tiene ciertas ideas respecto a las tareas y obligaciones que les corresponden a los dirigentes, así como a los objetivos que tiene la autoridad, de modo que su violación flagrante dará lugar a un sentimiento de agravio moral y de injusticia.

Hay algo más que podríamos decir respecto a las actitudes populares hacia una forma particular del mal uso y la mala apropiación de los recursos, que es el soborno. El diccionario lo define como un regalo o promesa de recompensa con el objetivo de corromper el juicio o la conducta, y como tal, es probable que exista en todas las sociedades humanas, incluyendo las iletradas, que no cuentan con instituciones políticas formales, dado que todas las sociedades humanas tienen reglas morales cuya sola existencia implica hasta *cierto* punto la existencia de juicios contra los deseos de algún miembro de la sociedad. En este punto, también la investigación y el análisis muestran contradicciones muy reveladoras. El soborno es una forma moral no aprobada de reconciliar la fuerza irresistible de *X* con los objetivos inamovibles de *Y*, que se oponen a sus deseos. En esta fórmula, *X* y *Y* pueden ser los dirigentes o los dirigidos. En la China anterior al siglo XX, la supuesta corrupción y el soborno eran temas recurrentes en las rebeliones. En las ciudades norteamericanas del siglo XIX, bajo el mandato del jefe, el soborno era la forma mediante la cual las clases bajas y los inmigrantes mitigaban los rigores de la ley. Ésta era entonces una herramienta en sus manos, en lugar de ser algo que les produjera enojo, y por eso el soborno ha sido considerado como el sustituto norteamericano de la lucha de clases.[22]

[20] *Idem*, p. 179.

[21] *Idem*, p. 183

[22] Quizá se ha romantizado este aspecto. En sus orígenes, el soborno seguramente fue la extracción de pequeñas sumas a los pobres a cambio de algunos favores, tales como conceder licencias para usar las carretillas o indulgencias en delitos menores. Este tipo de soborno parece

Por lo que se refiere al ancho mundo, un gobierno moderadamente honesto es una invención histórica bastante reciente, de modo que aunque las actitudes morales hacia el soborno y hacia los que en él participan varíen mucho en tiempo y espacio (social y geográficamente), sí parece haber un núcleo común de actitudes negativas hacia él.

Para terminar con esta parte del debate quisiera proponer una cuestión muy general: ¿tienen los seres humanos la sensación de que ciertas formas de castigo son injustas? Podemos definir como castigo injusto a aquél que produce una reacción de irritación, bien porque es inmerecido, bien porque es excesivamente severo o cruel, o bien por alguna combinación de estas razones. A la luz de la diversidad, ingenuidad y crueldad que los seres humanos han mostrado para castigar y torturar a los otros, a primera vista parecería absurdo argumentar que pudiera existir algo que siquiera remotamente se pareciera a una concepción universal del castigo injusto; pero hay bases para afirmar que esta diversidad se podría reducir a una serie de principios simples, aunque relacionados entre sí.

En esta ocasión será mejor comenzar con un ejemplo concreto a partir del cual se podrán inferir las generalizaciones. Entre los papúas de Kapauku, lo peor que le puede suceder a una persona es caer en una cárcel de blancos. Cuando un astuto antropólogo preguntó cuál era el problema con estas cárceles, uno de los nativos le contestó que en ese lugar la sustancia vital del hombre se deterioraba y entonces él moría:

> Antes sólo matábamos a la gente muy mala, pero ahora podemos ir a la prisión sólo por robar o incluso por pelear en una guerra. Uno muere si lo alcanza una flecha, pero en la cárcel se sufre antes de morir. Uno se tiene que quedar en un solo lugar y debe trabajar aunque no lo desee. La cárcel es de verdad la peor cosa. Los seres humanos no deberían actuar así. Es lo más inmoral.[23]

Otras muchas evidencias reunidas por este antropólogo, que aprendió el idioma del lugar y se convirtió en un miembro aceptado de esa comunidad, muestran que la esencia del sentimiento de humanidad es para ellos la autonomía, la independencia, la libertad y la oportunidad de adquirir riquezas e influencia, de modo que cualquier restricción sobre ellas —por ejemplo, la cárcel del hombre blanco— es considerada como violación a esta concepción.

Dentro del espectro de las ideas que hasta ahora conocemos que tienen los papúas de Kapauku sobre la humanidad, así como las que tienen los capitalistas norteamericanos del siglo XIX, encontramos que son extremistas en el énfasis que ponen sobre las cualidades individuales a expensas de las de cooperación, pero esto no es importante ahora para nuestro problema. Lo que nos resulta revelador e instructivo de este ejemplo es la interconexión entre una concepción específica de lo que es humano y las convicciones sobre lo injusto de ciertas formas de castigo, las cuales, cuando

más bien la extorsión que hacen los menos pobres a los más pobres y constituye un acuerdo que salva a la plutocracia del problema de gobernar.

[23] Pospisil, *Kapauku Papuans*, p. 77.

se violentan, evidentemente provocan el agravio moral. En esta sociedad hay castigos que uno no debería infligir a otros seres vivos porque son demasiado dolorosos y humillantes.

Estos sentimientos están muy extendidos. Los castigos que se rechazan cambian de acuerdo con las distintas concepciones de lo humano. En muchas sociedades con sistemas de clase y casta, existen sistemas codificados de castigos adecuados a cada una de ellas, puesto que se considera que cada nivel representa un grado o forma diferente de humanidad. En general, entre menos "humana" sea la víctima, más cruel y doloroso es el castigo que se puede justificar. Las clases altas representan lo "verdaderamente" humano, mientras que los que están abajo, como los esclavos, son los que están más apartados. Estos códigos también regulan y corrigen las conductas entre individuos de diferentes estratos, e infligen serios castigos a los miembros de estratos inferiores que atacan a sus superiores, y castigos leves en el caso inverso. La crueldad hacia los estratos bajos encuentra su justificación en la idea de que, en cierto sentido, no son verdaderos seres humanos. Principios similares se dan en el combate. Ahí donde el enemigo se define como inhumano o inferior, las crueldades más severas pueden aparecer como justificadas moralmente, y no producen irritación. Por su parte, los códigos aristocráticos pueden definir a los jefes enemigos como aristócratas a los que en lo posible se debe perdonar. Homero relata la conducta de Aquiles cuando arrastraba el cadáver de Héctor en el polvo, frente a las murallas de Troya, y lo considera como algo repulsivo que fue consecuencia de su ira por la muerte de Patroclo, su amigo más íntimo. En nuestros tiempos, los individuos más sensibles sienten agravio e irritación por las crueldades que cometen los soldados norteamericanos o que jueces y cárceles cometen contra los negros y los pobres, puesto que ahora se considera que todos los seres humanos comparten algunas cualidades esenciales.

Las razones para cambiar las definiciones sociales de lo que es y de lo que no es humano, y de las varias gradaciones que hay en medio de esos dos extremos, son demasiado complejas y están poco entendidas como para intentar aclararlas aquí. Baste con proponer la idea de que la mayoría, y quizá todas las sociedades humanas, tienen alguna definición sobre esto que refleja su orden social particular, y que el carácter de esta definición pone límites en la forma y sobre todo en la severidad del castigo que los miembros de la sociedad consideran moralmente correcto. De nuevo debemos hacer hincapié en que es posible exceder los límites y en que en cualquier sociedad grande es posible que haya más de una definición. Sin embargo, la transgresión de dichos límites puede producir un agravio moral y un sentimiento de injusticia.

Preguntarse si un castigo es merecido o inmerecido, no es lo mismo que preguntarse si es cruel, inhumano o excesivo, aunque a los occidentales modernos les gustaría aplicar el término injusto en ambos casos. Las personas sujetas a la autoridad podrán aceptar una regla determinada y creer que su violación merece un castigo, pero al mismo tiempo pueden considerar que

la forma particular que toma ese castigo es algo que ningún humano debería infligir a otro, e incluso podrían rechazar la regla misma.

Es posible distinguir dos formas básicas de esta situación. O la autoridad impone un castigo por la violación de una regla o norma que es aceptada por quienes están sujetos a ella, o bien impone un castigo de acuerdo a una regla que ya no es completamente aceptada por esos mismos. Ambas situaciones son parte de la continua prueba a que está sometido el contrato social, implícito o explícito, que tiene lugar donde sea que exista la autoridad. Precisamente por el hecho de que este proceso es continuo, resulta familiar hasta para el observador o el participante más casual de las relaciones humanas, de modo que no es necesario analizarlo más. Como los que tienen la autoridad rara vez pueden controlar cada uno de los aspectos de la forma en que se cumple una tarea, los subordinados terminan por realizar sus propias prácticas, gracias a lo cual, con el paso del tiempo, adquieren la autoridad moral necesaria. Se trata de un desafío a la autoridad moral de los dirigentes y a los modos acostumbrados de comportamiento que los subordinados han creado para proteger sus propios intereses frente a sus superiores, así como la integridad de su propio grupo social, y que por lo general produce una reacción de agravio moral (esto también es cierto cuando el desafío viene de un miembro del propio grupo subordinado; como en el caso del trabajador que es una maravilla y que se extralimita en las normas informalmente establecidas de producción).

En Inglaterra, durante el siglo XVI, los campesinos se enojaban porque su señor rompía la costumbre del feudo y desafiaba los viejos derechos. Entre los habitantes de las aldeas, durante los siglos XVIII y XIX, hubo muchos disturbios conforme los artesanos percibían, en el avance de la industria capitalista, un ataque a sus derechos y privilegios tradicionales. Puesto que cualquier sociedad que no es absolutamente estática, por definición tiene reglas cambiantes, poco se podría ganar en este punto si agregamos más ejemplos de otros tiempos y culturas. Por ahora es suficiente con decir que, en ausencia de mecanismos contrarios suficientemente poderosos, habrá una reacción que podemos reconocer como un juicio de injusticia social, siempre que un castigo: 1) viole la concepción prevaleciente de lo que es o debe ser un ser humano; 2) viole la regla o norma aceptada por aquellos que están sujetos a la autoridad que inflige el castigo, o al contrario; 3) tenga lugar de acuerdo con una regla o norma que aquellos que están sujetos a la autoridad han llegado a considerar que ya no es válida o que ya no tiene efecto. Si el argumento esbozado es correcto, podemos concluir que cada sociedad humana tiene una concepción del castigo injusto y una forma específica de decidir por qué lo es.

3. *La división del trabajo*

Toda sociedad humana conocida muestra una división del trabajo. En algunas sociedades iletradas ésta se da sobre todo entre los sexos, con poca es-

pecialización en las líneas ocupacionales. Esto lo podemos aprender en más de un libro de texto de antropología y sociología, aunque éstos probablemente no agreguen que en ninguna sociedad humana la división del trabajo resulta completamente satisfactoria para todos sus miembros, lo que yo sin embargo creo que es una hipótesis aceptable como punto de partida para el análisis. Incluso en una sociedad iletrada, con una economía muy simple y con abundantes recursos, no todas las tareas son igualmente atractivas todo el tiempo. En economías más complejas las diferencias se vuelven muy notables. Así, tanto en la división del trabajo como en el caso de los sistemas de autoridad, estamos frente a un contrato social implícito sujeto a prueba y renegociación continuas.

Este contrato social sirve para regular un conflicto inherente e inevitable, si bien su intensidad varía mucho en el tiempo y el espacio. Se trata de un conflicto entre: 1) las demandas y los requerimientos del trabajador o de la unidad doméstica individual por tener alimento, ropa, techo y una parte de las amenidades y placeres de la vida; 2) las necesidades de la sociedad como un todo,[24] y 3) las demandas y requerimientos de los individuos o grupos dominantes.

No sólo hay un conflicto de intereses entre los individuos y los requerimientos del orden social, aunados a los de la clase dominante, sino que también hay un cierto grado de armonía sin el cual sería imposible que el contrato social funcionara. De hecho, algunos de los dispositivos sociales más importantes son aquéllos mediante los cuales la sociedad más amplia consigue que los individuos den forma a sus intereses y los definan de manera que les permitan aceptar con placer su parte en el contrato social, aun cuando las compensaciones materiales directas sean escasas.

Es posible organizar de manera preliminar las principales formas conocidas del contrato social que regulan la división del trabajo, de acuerdo con el grado de obligatoriedad y persuasión inherentes en el acuerdo. Es de suponer que entre mayor sea dicho grado de obligatoriedad, menos exitoso será el acuerdo y menos genuino será el contrato, pues éste señala la aceptación de las obligaciones recíprocas por parte de los agentes humanos libres y racionales. Según esta suposición, la esclavitud en sus formas más severas, en las minas y en el campo, se situaría en la base de la escala, y la obligatoriedad pura sería el aspecto más importante de esta relación. No hay menos de esta obligatoriedad hoy dia, cuando una persona tiene que elegir entre la muerte por hambre y tomar un trabajo con salario muy bajo y muchas horas agotadoras. Ésta fue la situación clásica en algunas fábricas a principios del siglo XIX en Inglaterra y en las plantaciones algodoneras de los Estados Unidos después del fin de la esclavitud. En muchas de las regiones económicamente atrasadas del mundo hoy día, la situación es similar, aunque con una diferencia significativa: hay una posibilidad de escapar por la vía del

[24] Sobre la dificultad en el uso de este término, véanse las últimas seis páginas del apartado número 1.

mercado de trabajo y la migración. Si volvemos a la Grecia antigua podemos poner cerca del lugar más alto de la escala la situación de un hombre como Eumaio, el que cuidaba a los puercos, que es quien recibe a Odiseo cuando éste vuelve a Ítaca en ropas de pordiosero. Homero lo pinta como responsable de una tarea importante, orgulloso de su maestro y completamente identificado con los intereses de éste. En el mundo actual la situación del trabajador muy especializado es similar, excepto que la identificación y el orgullo derivan más bien de la tarea misma.

Detrás de estas variaciones y cambios es posible detectar ciertas características recurrentes. Hay un patrón que se repite en la forma en que las sociedades muy separadas en el tiempo y el espacio evalúan diferentes tipos de trabajo.

Los funcionarios políticos, religiosos y militares se colocan cerca del punto más alto de la escala en todas las sociedades estratificadas de Europa y Asia y también en algunas sociedades estratificadas de las iletradas de América y de África, tales como los incas del Perú y los habitantes de Dahomey. El poder económico por lo general también significa la ocupación de un lugar prominente, si bien en ciertos casos de mala gana, como en la China Imperial. En las sociedades preindustriales, la riqueza es casi siempre un producto que deriva de las altas posiciones a que conducen las actividades políticas y religiosas y algunas veces las militares. Si bien las revoluciones comerciales e industriales hicieron mucho por invertir esta situación, durante el siglo XX ha habido una fuerte tendencia de parte de la vieja relación para reafirmarse una vez más. Lo común a todas estas tareas —si se las evalúa positivamente— es, en primer lugar, el control principal, si es que no completo, de las actividades de otros seres humanos, y en menor grado de las habilidades, sobre todo las mentales.

Las tareas y funciones sociales que tienen una evaluación negativa contrastan con éstas en el hecho que implican: 1) una falta de control sobre otros seres humanos, y en su lugar la insubordinación; 2) una falta de cualquier habilidad manual, excepto las más rudimentarias y las que se adquieren con rapidez; 3) un trabajo que es repetitivo y por lo tanto poco interesante, además de arduo; 4) en algunos casos, trabajos que requieren contacto con excrementos, cosas podridas, suciedad y muerte. Para alguien de un nivel social alto, el cumplimiento de tales tareas constituye una degradación o un insulto. Sólo si se considera que el castigo es justo —es decir, sólo si esa persona ya pasó por la degradación y acepta la responsabilidad por los actos que la motivaron— entonces el individuo no mostrará la forma extrema del agravio moral o del *areté* (es decir, del sentido innato de la propia excelencia) injuriado. Este tipo de situación parece poco problemática, pero ¿qué sucede con las personas en las posiciones más bajas, que son las que nos preocupan en este estudio?, ¿tienen ellas sus propias versiones del *areté* ?

Creo que el agravio, o al menos el descontento, están latentes aquí, cuando no expresados abiertamente, y esto lo voy a sostener como hipótesis. En las evaluaciones negativas (y en las positivas) de las diferentes tareas hay bases para suponer que existe una naturaleza humana innata que ahí se refleja;

pues nadie desea realmente hacer estos trabajos y ellos constituyen una violación de algún sentido innato que tienen los animales humanos sobre lo que quieren ser. La razón principal que hay detrás de esta idea es que por lo general los seres humanos evitan esas tareas siempre que pueden y sólo las llevan a cabo cuando se les obliga, y al mismo tiempo, se trata de tareas que han sido "socialmente necesarias" en un amplio espectro de sociedades y no ha sido pequeña la cantidad de obligaciones "voluntarias". En el próximo capítulo vamos a analizar un caso extremo de obligación voluntaria, que es el de los llamados Intocables en el sistema de castas hindú, todo ello con el fin de comprender con mayor claridad los factores que producen este fenómeno. Como ya señalamos, el descubrimiento de un solo caso que fuera verdaderamente voluntario, invalidaría la hipótesis, puesto que sólo se puede suponer que es válida cuando no hay ninguna indicación de resistencia a emprender estas tareas, así como ninguna indicación de que la gente en las sociedades desearía asumirlas para evitarle el dolor a los individuos que las llevan a cabo.

Hay dos aspectos más de la división del trabajo que pueden despertar el agravio moral y el sentimiento de injusticia social, y que también parecen ser universales: las concepciones de propiedad y las sanciones contra el holgazán. En toda sociedad tiene que haber una especie de relación entre los seres humanos que gobierne el acceso a los medios de producción y a su uso; por ejemplo, la tierra y otros recursos naturales, así como las herramientas y otros medios físicos para trabajar.[25] Podríamos asegurar que ninguna de las formas de relación inventadas hasta ahora ha resultado completamente satisfactoria para todos aquellos que tienen que ver con el asunto y que siempre ha habido algún grado de conflicto entre ellos. También es muy posible que una violación a tal tipo de relación sea considerada injusta y provoque el enojo y el agravio de la parte ofendida. Cualquier ataque a esta relación entre los seres humanos y los medios de producción se constituye en un ataque a la persona, tanto si se trata de un individuo como si se trata de una colectividad —ya sea una corporación capitalista o un Estado socialista. Este último es de hecho uno de los más fieros defensores de la propiedad—, la propiedad socialista.

[25] Los antropólogos modernos quieren restar importancia a los derechos de propiedad entre los pueblos iletrados, sobre la base de que en las sociedades simples tierra, alimentos, agua, herramientas, armas, ornamentos y prácticamente todo —como lo afirma Morton Fried— está "inmediatamente disponible para todos o es tan móvil que evita problemas de posesión. Así de clara es también la cuestión del robo (... pues) de hecho en una sociedad simple e igualitaria, apoderarse de algo antes de que sea ofrecido es similar al robo". Véase Fried, *The Evolution of Political Society*, p. 74-5. Esta afirmación, aunque se sostiene sobre algunas evidencias, es bastante exagerada. Véase Gluckman en *Barotse Jurisprudence*. p. 151, 162-3, respecto a los derechos de propiedad y las relaciones de posición (*status*) en la sociedad de los barotse. En una amplia colección de casos presentada por Edward Westermack, uno de los últimos maestros de la escuela evolucionista en antropología, encontramos que en varias sociedades simples hay sanciones muy severas —que en algunos casos pueden llegar hasta la muerte— cuando se trata de robo a los propios miembros del grupo. Véase Westermack, *The origin and development of the moral ideas*, II, p. 4-12.

Si dedicamos nuestra atención a las clases bajas, que por supuesto tienen derechos de propiedad menos favorables que las élites (incluso en la práctica de las sociedades socialistas), encontraremos con mucha frecuencia la idea de que cada individuo debería tener "suficiente" derecho a la propiedad como para desempeñar un papel "decente" en la sociedad. Las palabras "suficiente" y "decente" se definen en términos tradicionales. Así, un campesino debería tener suficiente tierra como para mantener su hogar y permitirle tener un lugar respetable dentro de su comunidad campesina; un artesano debería tener derecho de propiedad sobre las herramientas de su negocio y suficientes compradores (consumidores, como diríamos hoy) como para desempeñar un papel en su comunidad urbana. Siempre y donde un incremento en las relaciones comerciales amenaza este tipo de independencia, se produce un sentimiento de injusticia que por lo general se dirige a sus acreedores.

Las quejas de Hesiodo sobre los "juicios amañados" se han repetido por siglos y las podemos encontrar entre los pequeños comerciantes y agricultores a los que la expansión capitalista pone contra la pared, y pueden tomar una coloración "de derecha" o "de izquierda", dependiendo de las circunstancias inmediatas. Es importante darse cuenta de que en este enojo hay mucho más que el simple y puro interés material. Esta gente está agraviada moralmente porque siente que toda su vida está amenazada injustamente. Apenas es necesario agregar que esta forma de agravio moral no siempre es políticamente efectiva y que, más bien, casi siempre termina en la desesperación más inútil, con o sin elementos de ira.

Es posible que en todas las culturas, aquél que elude su deber y que es holgazán, es decir, el individuo que se niega a cumplir su parte en las tareas comunes y que vive de las labores de los otros, constituya un modelo social negativo, *siempre y cuando esa persona sea pobre*. Esto es cierto aún en sociedades como la de los lovedu, en África, que demuestran la actitud menos compulsiva hacia el trabajo que se pueda imaginar.[26] La persona que se ve privada de su propiedad por fuerzas sociales impersonales, con frecuencia es la más deseosa de imponer sanciones sociales muy severas contra el holgazán, aún cuando también éste, igual que ella, sólo esté sufriendo a consecuencia de las mismas fuerzas sociales impersonales.[27] Esto es perfectamente comprensible pues el dueño de una pequeña propiedad, e incluso el trabajador que desesperadamente se aferra a un trabajo (y recuérdese que tener un trabajo se considera popularmente como un derecho de propiedad) resiente y teme llegar a caer en las filas de los desempleados, y más aún, de los que no tendrán ninguna posibilidad ya de empleo. Y al contrario, si se tiene riqueza, la holgazanería puede ser objeto de envidia o de escarnio leve, si no es que se la ignora por completo.

[26] Eileen J. Krige y J. O. Krige, *The realm of a Rain Queen: A Study of the Pattern of Lovedu Society*, p. 53-4, 284.

[27] Sobre esta situación y su recurrencia en diferentes formas en los distintos momentos de la sociedad europea, véase Svend Ranulf, *Moral Indignation and Middle Class Psychology*.

Entre los papúas de Kapauku, el rasgo negativo es muy parecido al de su contraparte en una pequeña comunidad norteamericana del siglo XIX: el del hombre que no trabaja, que hace trampa con sus obligaciones económicas y que viola las costumbres sexuales para aprovecharse. Una persona así puede provocar un agravio moral entre la comunidad que llega al punto en que los "ciudadanos importantes" terminan por pedir la pena de muerte para ésta cuando viola repetidamente alguna norma.[28] A primera vista los esquimales del norte de Alaska parecen muy diferentes. En tiempos de escasez de alimentos, el cazador y su familia (aunque éste hubiera tenido éxito en su empresa) son capaces de quedarse con hambre pues en su generosidad entregan todo lo que tienen, de modo que los flojos y los perezosos pueden pasarse la vida pidiendo limosna. Sólo que para hacerlo deberán hacer frente a la opinión pública. También aquí "el mayor pecado es la holgazanería" y la dependencia continua de los demás se considera degradante y humillante.[29] Si bien el espectro de sanciones contra el flojo es muy considerable, ese tipo de individuos nunca es, hasta donde mi limitado conocimiento llega, un modelo positivo. En lugares como la India, donde los limosneros constituyen modelos socialmente aprobados, se espera que cumplan funciones religiosas. Incluso las teorías y prácticas igualitarias incluyen algunas nociones sobre el hecho de que todo individuo debe cumplir su parte en los esfuerzos, o al menos intentar hacerlo.

La hostilidad que todos sienten hacia el holgazán no contradice la tesis de que por lo general a los seres humanos no les gusta el trabajo y más bien, al contrario, refleja la necesidad universal del mismo, que ha caracterizado a la sociedad humana hasta hoy, así como las diversas formas en que se ha internalizado esta necesidad hasta convertirse en parte de la personalidad moral de la mayoría de los individuos. Una de las raíces más profundas del agravio moral es la de ver a alguien que se sale con la suya cuando rompe con una regla moral que a uno le ha costado tanto sufrimiento cumplir y convertir en parte del propio carácter.

4. *La distribución de los bienes y servicios: permutas de la igualdad*

En toda sociedad los métodos en uso para colocar entre sus miembros los recursos, bienes y servicios, están muy relacionados con la división del trabajo y con los métodos de producción prevalecientes. No es claro para nada que los últimos de éstos determinen a los primeros, si bien los métodos de producción de que se dispone pueden poner límites a las posibles formas de distribución. En el feudalismo occidental, por ejemplo, la producción estaba organizada en torno a formas que aseguraran un flujo de bienes y servicios para aquéllos que estaban en guerra. Era ésta la consideración que

[28] Véase el interesante relato en Pospisil, *Kapauku Papuans*, p. 223-4.
[29] Robert F. Spencer, *The North Alaskan Eskimo*, p. 164-5, sobre todo 130-1, 142, 155.

gobernaba la propiedad de la tierra y su cultivo, y a través de éstos, muchos otros aspectos del orden social.

En los sistemas de distribución es posible encontrar evidencias de la existencia de los dos principios contradictorios que ya hemos encontrado en relación con la división del trabajo. Uno es la idea general de la igualdad basada en lo que necesitan las unidades de consumidores. Se trata de un sentimiento según el cual cada persona y cada hogar deben recibir lo "suficiente" El otro es el principio de desigualdad, basado en la jerarquización del valor que se asigna a las distintas tareas y funciones sociales. Los intentos por reconciliar ambos principios toman la forma de nociones sobre la justicia distributiva en las cuales la gratificación extra viene de la inversión extra que se hizo de esfuerzo, habilidad o cualquier capacidad que se requiera para el cumplimiento de una tarea. De modo que, al final, prevalece alguna concepción de igualdad o de emparejamiento de las cosas. Pero antes de llegar a esta conclusión, convendría mirar de cerca las distintas formas de igualdad y desigualdad, así como sus justificaciones y el grado de su aceptación popular. La violación de cualquiera de ellas puede ser causa de agravio moral y de ruptura del contrato social.

Las ideas de igualdad y sus prácticas, por lo general florecen ahí donde el abasto es precario y cualquier individuo puede, en un momento dado, no tener lo suficiente. Los sistemas de racionamiento en las sociedades modernas son un ejemplo de esto. En el otro extremo de la escala tecnológica están las tribus que viven de la cacería y que siempre tienen una regla según la cual lo capturado se debe dividir en partes iguales dentro de un grupo particular. Por ejemplo, entre los semai, tribu aborigen de la Península Malaya, el cazador que capturó al animal no recibe ninguna porción extra, y ni siquiera el agradecimiento de los demás, y todo se divide en partes lo más iguales que sea posible.[30] Así pues, la igualdad parece funcionar de lo más bien en éstas y otras sociedades, aunque no siempre es así. Por ejemplo, entre los siriono, una tribu en Bolivia cuya tecnología para la caza es bastante pobre, la distribución de la carne se limita a la familia extensa, porque el abasto rara vez es abundante. Y casi siempre alguien siente que fue engañado. Los hombres acusan a las mujeres de guardar la carne o de comérsela cuando ellos no están presentes, o bien de consumir más de lo que les toca. Hay pleitos frecuentes, y entre más grande es la presa, más arisco es el cazador.[31]

La igualdad tiene sentido como forma de asegurar la sobrevivencia del grupo. Cualquier cazador sabe que cazar significa correr un riesgo, es decir, que se puede volver con las manos vacías, en cuyo caso está bien contar con otra fuente de abasto. Pero, como acabamos de ver, estos acuerdos están sujetos a tensiones. Entre los maoríes, acostumbrados a dividir todo el pescado que consiguen cuando los pescadores recogen sus redes, hay algunos muy pobres que en el desorden general se llevan algunas piezas de más escondidas bajo las ropas. Esta conducta resulta vulgar e inmoral para los miembros

[30] Dentan, *The Semais*, p. 48-9.

[31] Allan R. Hollmberg, *Nomads of the Long Bow: The Siriono of Eastern Bolivia*, p. 154-5.

de la comunidad que tienen mejor posición. Este ejemplo es quizá el más ilustrativo, entre los que conocemos, sobre la perpetua renegociación del contrato social.[32]

La igualdad como forma de seguro social muestra similitudes con un conjunto muy difundido de creencias y prácticas que podríamos agrupar y denominar el "tabú del perro en el pesebre", cuya esencia consiste en creer que el retener de forma privada y personal, sin utilizarlos, recursos de los cuales no hay suficiente cantidad y que los otros necesitan, es inmoral y constituye una violación de los más altos derechos de la comunidad. Entre otras cosas, esta creencia o sentimiento es lo que está detrás de la hostilidad generalizada que se siente hacia el acaparador y el especulador, y que existe de formas muy diversas en muchas sociedades iletradas.[33] Es probable que cualquier norteamericano que haya caminado por calles y calles en busca de una casa, y que por fin encuentre una vacía, que sin embargo no está en el mercado de compra, venta y renta, pueda reconocer este sentimiento del que hablamos.

Tanto el tabú mencionado como la menos difundida regla de igualdad como una forma de seguro social amplio contra la mala suerte, dependen para su efectividad de la posibilidad de identificarse uno mismo con la persona necesitada. Ahí donde las circunstancias sociales hacen que la identificación sea difícil o imposible —como en algunos aspectos de la relación entre amo y esclavo—, puede ser que este sentimiento sea muy débil o de plano esté ausente. Por eso tiene razón Edmond Cahn cuando insiste en subrayar la importancia que tiene la empatía para el sentimiento de injusticia y agravio.[34] Lo que hace que el tabú mencionado esté tan difundido es que es bastante seguro que periódicamente existirá alguna forma de carencia en casi todas las sociedades y que hasta los individuos más protegidos de las clases dominantes pueden sufrir esta experiencia en algún momento de sus vidas.[35]

Sería un error afirmar que todas las formas de desperdicio social provocan indignación moral. Veblen, en su libro *Teoría de la clase ociosa*, llamó la atención sobre las diversas formas de desperdicio social que tienen las clases altas y que supuestamente cuentan con la aprobación general. En la bien co-

[32] Véase Firth, *Polynesian Economy*, p. 285.

[33] Para algunos ejemplos, véase Raymond Firth, *Primitive Economics of the New Zealand Maori*, p. 148; Firth *Polynesian Economy*, p. 149; Krige y Krige, *Rain Queen*, p. 68. Pospisil en su libro *Kapauku Papuans*, p. 181-2, describe un caso concreto muy interesante en el cual los derechos de parentesco daban al propietario derecho a negar permiso para cortar un árbol destinado a construir una canoa. Pero el ejercicio de ese derecho se consideraba poco ético.

[34] Véase su artículo "Justice" en *International Encyclopedia of Social Sciences*, 1968, vol 8, 346-7.

[35] El autor empezó a reflexionar sobre los temas que lo llevarían a este libro después de observar en un muelle de la costa del Maine un agrio pleito entre los dueños de los pequeños yates. Uno de ellos estaba entrando a puerto a exigir su cuerda para amarrar —que es un bien escaso en ese lugar— después de haberla dejado vacante y sin utilizar durante mucho tiempo, lo que precisamente el otro había aprovechado para tomarla. Después de manifestar airadamente su sentimiento de injusticia, el intruso abandonó la cuerda. Hasta donde pude juzgar, el sentimiento de los habitantes del lugar no estaba del lado de la propiedad privada precisamente ahí donde en otras cosas era el centro mismo de este modo de pensar.

nocida institución del *potlacht*, hay una destrucción deliberada de la propiedad valiosa cuyo único fin consiste en validar un alto nivel social. El primer ejemplo de Veblen es, por supuesto, Estados Unidos, que tienen muchos recursos para desperdiciar. El *potlacht* se produce en lugares de abundancia, mientras que el mencionado tabú del perro en el pesebre se aplica al contrario, en lugares de escasos recursos. Es obvio que no es necesario insistir en que la escasez es, en parte, una cuestión de definición social, y en parte un hecho objetivo que nada tiene que ver con la pura percepción social.

Las justificaciones de la desigualdad por lo general se sustentan sobre alguna capaciad o función especial que posee el grupo privilegiado y que supuestamente es al mismo tiempo escasa y valiosa para la sociedad como un todo. Estas funciones y capacidades pueden incluir, por ejemplo, la de conseguir la lluvia, la de negociar con los dioses los aspectos más impredecibles y aterradores del medio ambiente, o bien pueden tomar formas más difusas de superioridad moral y mental que supuestamente son las adecuadas para las clases que gobiernan, razón por la cual el estrato dominante reclama sus derechos sobre una parte mayor (mucho mayor: la parte del león) de lo que la sociedad produce.[36] En lo que va de la experiencia humana, la mayor parte del tiempo esta extracción de los excedentes ha tenido lugar sin objeciones abiertas y se le ha considerado como algo que así es y así debe ser. Pero esto no quiere decir que se acepten las desigualdades de la distribución, y ni siquiera que se esté dispuesto a aceptarlas. Hay muchos indicios de que existe una enorme resistencia de parte del pueblo hacia los brahamanes, que son los beneficiarios de lo que seguramente es el sistema más viejo, menos coercitivo y mejor asegurado entre todos los del mundo en lo que se refiere a la organización de la desigualdad. Hay un proverbio indio que dice que hay tres chupasangre en el mundo: el mosco, la chinche y el brahamán.[37]

Las desigualdades en la riqueza son bastante comunes en las sociedades iletradas y ahí donde ocurren forman parte del orden aceptado de las cosas. De un rico se espera que cumpla alguna función social útil y que sea lo que podríamos llamar magnánimo. En lugar de presentar una serie de ejemplos sobre esto, sería más útil resumir las evidencias de uno que es muy revelador. Entre los papúas de Kapauku adquirir riqueza es uno de los objetivos centrales de la actividad humana, lo que por otra parte resulta muy poco frecuente entre las sociedades iletradas con una tecnología muy simple. Como ya dijimos, además son tan individualistas como el mejor de los hombres económicos y la cooperación entre ellos es mínima. Su justificación para la propiedad privada radica en la frase de que "dos personas no pueden

[36] Sería conveniente tener cifras más precisas sobre la distribución del producto social en una diversidad de sociedades preindustriales y, si fuera posible trabajarlas, sospecho que los resultados mostrarían una proporción muy importante del producto social que va a parar a manos de las clases dominantes, más de lo que nos imaginamos, poque nosotros tenemos hoy ya internalizadas nociones modernas sobre la igualdad. Al estudiar historia agraria comparada, pude darme cuenta de que casi cada especialista sobre un país creía que la propiedad o el control efectivo sobre la tierra estaba muy concentrado en el país sobre el que escribía.

[37] L. S. S. O'Malley, *Popular Hinduism: The religion of the masses*, p. 191.

trabajar juntas porque tienen formas distintas de pensar". Pero una vez que acumulan capital (sobre todo en forma de cerdos) aparecen las obligaciones sociales: "La única justificación que hay para volverse rico es la de adquirir la capacidad de redistribuir la propiedad acumulada entre los menos afortunados". La generosidad resulta ser así el valor más alto en esta cultura, y un hombre que no vive según ese ideal ofende a la comunidad y será excluido y condenado al ostracismo e incluso se le podría condenar a muerte. En casos particularmente flagrantes, la obligación de dar muerte recae sobre el propio hijo, hermano o primo del sentenciado.[38]

El antropólogo Leopold Pospisil informa de un caso de ejecución en el que los propios aldeanos convencieron a un pariente de dar muerte a un hombre que no había compartido su propiedad en proporción a su fortuna. Al hijo se le prometió un cerdo y algo de efectivo por su participación en el acto, y él fue el primero que lanzó las flechas de bambú al cuerpo de su padre. Después de la ejecución, los parientes construyeron un ataúd para el cuerpo, regaron ceniza y se la untaron sobre la cara para expresar su pena por el acto que tuvieron que cometer. Para evitar la venganza de la sombra del muerto, tomaron la precaución de dormir dos noches en los matorrales. Por último, dieron muerte a uno de los cerdos que eran del finado y distribuyeron la carne entre todos los que vinieron a ver, y luego dividieron las propiedades entre todos ellos.[39]

Este ejemplo muestra cómo un alto grado de desigualdad puede no sólo ser aceptable, sino incluso considerado deseable, siempre y cuando termine por contribuir al bienestar social, según como éste se considere y defina en esa sociedad. Lo mismo sucede con una serie de respuestas populares y plebeyas a la magnificencia y exhibición de riquezas de las clases dominantes en sociedades más claramente estratificadas. Casi todos los dirigentes y casi todas las clases gobernantes, incluyendo las recién llegadas luego de una revolución, han hecho uso de la ostentación y el exhibicionismo, y esto parece extraño porque sólo sirve para afirmar —como un ritual de desigualdad— la pompa, circunstancia, dignidad y muchas veces la belleza, es decir, aquellas cosas que precisamente separan a unos seres humanos de otros.

Hay dos factores que son significativos que convierten ese exhibicionismo en un hecho no sólo aceptable, sino incluso deseable. En primer lugar, las masas tienen que creer que las élites cuyo exhibicionismo ellas disfrutan están cumpliendo un propósito con el que ellas mismas están de acuerdo. De ser así, entonces también aprueban el exhibicionismo, y si no, no lo aceptan. Así pues, aunque el exhibicionismo puede generar aprobación, su poder es limitado. Por ejemplo, cuando Inglaterra comenzó a perder su autoridad en la India, se volvió necesario —o al menos aconsejable— reducir la pompa de las visitas reales. Un gobierno no puede —ni siquiera uno de los modernos— ocultar los efectos de una derrota militar con desfiles de victoria

[38] Pospisil, *Kapauku Political Economy*, p. 1522-3. Sobre el individualismo y sobre la generosidad véase, del mismo autor *Kapauku Papuans*, p. 79-80.
[39] *Kapauku Papuans*, p. 78, 80, 244-245.

y arcos triunfales.[40] La otra condición parece ser alguna forma de identificación con la élite: la gente percibe al exhibicionismo como una manifestación de la grandeza en razón de los logros obtenidos por *su* sociedad.[41] En este punto tenemos que ser muy cuidadosos, porque no hay mucha información confiable (y en cambio, sí hay un poco de romanticismo) sobre las formas en que la gente común sentía en tiempos anteriores al nuestro. De todos modos, sí hay algunas evidencias. Desde la época de Pericles —y seguramente antes también— los grupos dominantes y los dirigentes utilizaron el arte y el exhibicionismo con el propósito explícito de crear formas de identificación, y no parece muy creíble que hubieran dedicado tanta energía a este esfuerzo sin alguna seguridad de que políticamente valía la pena hacerlo. También existen algunos testimonios de "gente pequeña" que muestra un orgullo colectivo por los avances arquitectónicos de su comunidad.[42]

Ahí donde los dirigentes han fracasado en el cumplimiento de su tarea, que es sobre todo la de proporcionar seguridad y protección, y ahí donde parece evaporarse la posibilidad de identificación con el orden social a través de los dirigentes —cosa que puede suceder por muchas razones diferentes, incluyendo (aunque no solamente) los cambios en las relaciones sociales de producción— el exhibicionismo parece provocar muchísimo coraje. El radicalismo revolucionario es un buen ejemplo de esto. Podemos percibir con bastante claridad cómo en el curso de la Revolución Francesa se fue dando, en las clases bajas, un proceso de descrédito de la monarquía (y de sus sucesores revolucionarios moderados) y de una parte importante de la nobleza, que se fueron convirtiendo en figuras que aparecían como parásitas o como explotadoras, o como ambas cosas a la vez. Podemos recordar cómo los *sansculottes* dirigieron mucho de su veneno hacia los especuladores y acaparadores, que son las formas clásicas que toman las clases altas parásitas en las mentalidades populares, y que no tienen ninguna de las características redencionistas que tienen en un sistema paternalista.[43]

En relación con esto, convendría explorar el grado de variabilidad y de cambios históricos en las concepciones populares del "verdadero" trabajo como opuesto a la diversión, al trabajo improductivo, al exhibicionismo ceremonial y a otras cosas por el estilo. El elemento constante seguramente tendrá que ver con el trabajo manual que resulta productivo para los otros. Las actitudes hacia la habilidad manual varían considerablemente, como se ha demostrado en el caso de la posición del herrero, que es un marginado en

[40] Una encuesta vieja, pero todavía útil sobre el papel social que cumplían los espectáculos en el imperio romano, se encuentra en Ludwig Friedlander, *Roman Life and Manners under the Early Empire*, II, cap. 1.

[41] Omito aquí cualquier consideración sobre el exhibicionismo como intento de intimidación, dado que el problema que estamos tratando no es el del miedo, sino el de la aprobación moral versus el agravio y el juicio negativo.

[42] Véase por ejemplo Alain Lottin, *Vie et mentalité d'un Lillois sous Louis* XIV, p. 209-11.

[43] Albert Soboul, *Les Sans-coulottes parisiens en l'an* II, p. 412-13, 421-23. Respecto a los acaparadores, véase Albert Mathiez, *La vie chère*, sobre todo pp. 520-22.

algunas sociedades africanas y un dios —aunque imperfecto— entre los griegos. Como lo muestra el término medieval europeo "misterio", que quiere decir oficio —e inclusive los dos sentidos mismos de esta palabra— hay una corriente de miedo unida al respeto (que en las clases superiores se une a lo contrario, al desdén) hacia ésta, que es una habilidad manual muy especial. Gobernar parece significar un "verdadero" trabajo desde el punto de vista del súbdito, o por lo menos una forma aceptable de actividad, siempre y cuando produzca los resultados esperados en lo que se refiere a seguridad y protección.

Es importante recordar que los estratos altos siempre gozan de enormes ventajas para imponer sus demandas, o sea, los que definen qué es lo socialmente necesario. Pero esas demandas pueden ser ciertas en un tiempo, y falsas en otro (por ejemplo, cuando una forma específica de habilidad militar se vuelve obsoleta). Independientemente de su verdad o falsedad, las demandas pueden ser aceptadas o rechazadas entre segmentos influyentes de otros estratos sociales. Ahora bien, una vez que los seres humanos han aprendido a aceptar como un hecho la existencia de ciertos arreglos sociales, y a considerarlos como la forma en que funciona el mundo, es muy difícil que acepten cambiarlos. La satisfacción emocional que da la creencia en una función socia. específica, puede incluso pasar por encima de su verdadero valor durante largos períodos de tiempo, lo cual de todos modos es muy difícil de determinar, porque ¿cómo se puede estar seguro de que los burócratas, capitalistas, funcionarios de partido y militares no están desempeñando una labor socialmente necesaria? Solamente cuando se haga del todo patente el carácter obsoleto de un grupo dominante —porque éste fracase en su competencia ante otra sociedad y cultura— será posible que pierda su legítimo derecho de apropiarse del excedente que obtiene de la población. Esto es lo que le sucedió a la burocracia zarista, a la clase educada en China y a los caballeros armados de la Europa medieval.

Las nociones populares de la justicia distributiva constituyen un intento por resolver el conflicto inherente a las demandas sobre la igualdad y la desigualdad. Al examinar las reacciones humanas a la distribución de los recursos en una amplia diversidad de situaciones contemporáneas, George Homans formuló lo que considera que son las reglas que el hombre trabajador común y corriente aplica a la justicia distributiva. En el lenguaje que he venido utilizando hasta aquí, estas reglas constituyen los términos básicos del contrato social implícito. El elemento central es lo que requiere analizarse ahora. Es, como afirma Homans, "una curiosa mezcla de igualdad dentro de la desigualdad". Los seres humanos —dice el autor— buscan una relación proporcional entre lo que invierten en una tarea y los beneficios que reciben por desempeñarla. La diferencia entre lo que invierten y lo que reciben, se llama "ganancia" o beneficio neto de una acción particular. Mientras los beneficios o tasas de ganancia sean suficientemente equitativos dentro de un grupo, la gente sentirá que está recibiendo un trato justo. La persona que hace una gran inversión, deberá recibir una gran ganancia, mientras que aquélla cuyas inversiones son pequeñas no tendrá derecho a

esperar más que un pequeño beneficio. El descontento se produce cuando se violan las reglas de la justicia distributiva. El resentimiento aparece con mucha facilidad cuando personas que hacen el mismo tipo de trabajo ven que los que están a su lado reciben mayores beneficios.[44]

Es bastante plausible la tesis según la cual los seres humanos tienen una fuerte inclinación a desarrollar una concepción muy general sobre la relación justa y proporcional entre lo que invierten en una tarea y la ganancia o beneficio que deben obtener por ejecutarla. Como ya se dijo, el esfuerzo frustrado puede ser el origen del agravio moral. Volveremos sobre esto más adelante. Pero en todas las sociedades que viven de la caza de animales salvajes, este tipo de rabia tiene poco sentido, pues la conducta de la presa es muy errática. Como hemos visto, en esas sociedades hay una tendencia a desarrollar principios igualitarios como una forma de seguro. En otras sociedades, como los lovedu, la noción misma de calcular una relación entre esfuerzo invertido y ganancias, significaría para sus miembros algo muy bajo, aunque por sí misma esa evidencia no es decisiva, pues a largo plazo cualquier alejamiento de la justicia distributiva también puede significar algo que tenga un aroma de explotación. Pero lo dudo mucho. Más bien la actitud que prevalece, tanto en las sociedades letradas como en las iletradas, es una especie de modelo vago y habitual de magnificencia que tiene que ver con una relación específica de posición. Las negociaciones en gran escala sobre estas cuestiones son una forma moderna, si bien también se pueden hallar algunas en formas anteriores de sociedad. El desarrollo de las artesanías y el comercio podrían ser un prerrequisito para la aparición de la cuestión moral como tema dominante.

Es mas, incluso en una sociedad occidental moderna, la idea de justicia distributiva puede no siempre surgir de manera espontánea. He conocido un ejemplo bastante revelador en el que sucede exactamente lo contrario. Se trata de una investigación sobre una institución correccional en Noruega cuyos resultados —aunque no todos nos incumben aquí— han trascendido a la propia y limitada situación. Los presos recibían un trato bastante suave con propósitos terapéuticos, y sin embargo —y esto es perfectamente comprensible— la situación les desagradaba y sacaban su resentimiento en la forma de quejas continuas sobre cómo los trataban los custodios. *Cualquier* tipo de crítica que pudieran inferir de su experiencia previa les servía como base para hacer las quejas, con la expectativa justificada de encontrar eco entre el personal puesto que el grupo de custodios compartía en buena medida con los internos el mismo conjunto general de normas y valores.

Si algunos presos conseguían ventajas y hacían progresos en el camino de la rehabilitación, usaban críticas basadas en un modelo de igualdad absoluta y mecánica que comparaba de manera desfavorable la vida en la institución con la vida en una prisión normal; según ellos, en esta última la vida era más

[44] Véase George Caspar Homans, *Social Behavior: Its Elementary Forms*, sobre todo p. 30-1, 247-50, 252-53.

justa porque todo mundo era absolutamente igual. También había quejas de que la institución correccional no les proporcionaba ningún beneficio por logros y que la buena conducta no se tomaba en cuenta.[45] En situaciones como ésta, un resentimiento generalizado evita la adopción de cualquier criterio que pudiera hacer que la conducta de los encargados de los permisos y castigos apareciera como justa y equitativa. Por lo demás, sería difícil afirmar que este tipo de situaciones solamente se da en las prisiones noruegas. Como lo señala Homans, las ideas sobre la justicia distributiva, aun si son sostenidas por muchos, no proporcionan por sí mismas una base para la solución pacífica y racional de las disputas sobre la distribución del producto social. Él lo pone así: "Aun si la gente está de acuerdo en que el beneficio debería de ser proporcional a la inversión y contribución, puede no estarlo en su visión de lo que legítimamente constituye la inversión, la contribución y el beneficio, y sobre cómo deben clasificarse las personas y los grupos en relación a estas cuestiones". Por ejemplo, como lo señaló este mismo autor, ser negro o ser mujer en comparación con un varón blanco, puede en algunos grupos disminuir el valor de la inversión. Sólo cuando las personas están de acuerdo en el valor de lo que invierten en una tarea, en comparación con otras, pueden estar de acuerdo con la escala de beneficios;[46] es decir que los principios básicos de la igualdad social están, buena parte del tiempo, corriendo riesgos; y las disputas sobre ellos son una de las principales causas del agravio moral y del sentimiento de injusticia social.

5. *Observaciones a modo de conclusión*

Si hay tanto desacuerdo sobre los principios de distribución, ¿qué sucede con los conceptos de universales morales? En un esfuerzo por darle sentido a los asuntos humanos, parecería inteligente abandonar toda esta línea de pensamiento porque, incluso si existieran uniformidades, éstas en apariencia no podrían servir para establecer preguntas serias, de modo que cualquier uniformidad que se encuentre termina por ser intelectualmente trivial. Pero hacer esto sería prematuro porque, después de todo, ¿cuáles son algunas de las razones para la variación y el desacuerdo que Homans pudo señalar de manera tan efectiva? ¿Por qué, por ejemplo, han aceptado los negros y las mujeres darle un menor valor al esfuerzo que invirtieron en una tarea?, y ¿qué tanto realmente lo aceptan? No es necesario ser demasiado radical para reconocer la significación que tienen los mecanismos represivos, y sobre todo los auto-represivos, del tipo de los que vamos a examinar en el siguiente capítulo. No hay motivo para ignorar el hecho de la variación, pues las razones para que se produzca tienen un peso importante sobre la validez de cualquier concepción de universalidad.

[45] Thomas Mathiesen: *The Defences of the Weak: a Sociological Study of a Norwegian Correctional Institution*. p. 154-57.
[46] Véase Homans, *Social Behavior*, p. 250-1

Antes de entrar a analizar estas razones, debemos echar una mirada sobre los tipos de agravio moral y de juicios sociales que nuestras investigaciones han encontrado en una gran variedad de tiempos y lugares, a fin de ver si la evidencia cae en algún tipo de patrón inteligible. ¿Hay acaso temas subyacentes de los cuales sería legítimo inferir una tendencia hacia un sentido pan-humano de la injusticia?

En aquellos aspectos de la vida social seleccionados para la investigación en este libro, se puede tomar un buen ejemplo sobre la recurrencia de ciertos problemas y cuestiones que surgen del hecho básico de que los seres humanos que tienen ciertas propensiones innatas deben, de alguna manera, vivir juntos. Aun si los problemas de autoridad, división del trabajo y distribución de bienes y servicios varían mucho de una época a otra, de todos modos se puede reconocer una cierta similitud que nos permite hablar de un patrón común; pero ¿qué sabemos de su resolución?, ¿hay algún espectro de soluciones que pueda disgustar a los seres humanos?

Hay indicaciones de que el fracaso de la autoridad para cumplir con sus obligaciones, expresas o implícitas, de proporcionar seguridad y organizar los propósitos colectivos, provoca algo que se puede reconocer como agravio moral por el hecho de ser tratado con poca justicia. La venganza aparece como un motivo previo a la autoridad organizada que sirve a un propósito colectivo similar, y es también un motivo que se produce bajo una autoridad política organizada, que ejerce influencia sobre la forma que puede tomar dicha autoridad, como sucede con la demanda de un castigo "adecuado". Algunos de los fracasos más importantes de la autoridad son aquellos que tienen que ver con el control de los instrumentos de poder, la incapacidad para mantener la paz, las demandas y extorsiones que vayan en contra de o excedan la definición operante de los propósitos colectivos, y los castigos que violen el sentido de lo que deberían ser los seres humanos. En la división del trabajo hemos encontrado indicadores de que hay una zona de acuerdo considerable, que atraviesa el tiempo y el espacio, respecto a lo que constituye formas deseables e indeseables de trabajo. Si bien sería demasiado pretender que siempre hay agravio moral ahí —puesto que hay que cumplir con las formas poco placenteras del trabajo—, la base para este tipo de relación parece estar presente o ser una forma latente de agravio moral que los mecanismos sociales y psicológicos pueden o bien provocar o bien suprimir.

Luego viene la tan extendida indignación moral hacia el que elude sus deberes militares, aunque ésta también varía mucho en intensidad. Y finalmente, el punto en el que la división del trabajo se relaciona con la distribución del producto social: hay indicios de un sentimiento muy difundido de que la gente, aún los miembros más humildes de la sociedad, debería tener suficientes recursos y medios como para hacer su trabajo dentro del orden social, y de que hay algo moralmente equivocado e incluso ultrajante cuando esos recursos son imposibles de conseguir (ideas diferentes se aplican a aquellos que no se definen como verdaderos miembros de la sociedad y que solamente desempeñan trabajo para ella, como los esclavos, aunque la concepción de esta posición es muy cambiante y confusa). En la distribución

de los recursos de una sociedad (tanto productos materiales como servicios) existen principios de repartición igual y desigual. La violación de cualquiera de ellos puede ser motivo de agravio. También lo es la violación de lo que he llamado el tabú del perro en el pesebre. Quizá hay más regularidad en esto de lo que a simple vista parece, al punto en que diferentes principios se pueden aplicar a distintas circunstancias o pueden revelar alguna relación más regular con los cambios históricos.[47]

Este resumen de los tipos de situaciones que llevan al agravio moral y al sentimiento de injusticia no exhibe demasiada belleza arquitectónica y esto no es sorprendente. Los seres humanos comunes y corrientes no son filósofos preparados para sacar implicaciones de primeros principios ni conclusiones consistentes. En el transcurso de la investigación sobre las formas recurrentes del agravio moral y de lo que la gente común considera como socialmente injusto, las evidencias mostraron repetidamente la existencia de requerimientos contradictorios que los códigos morales deberían de satisfacer, junto con signos de ambivalencia fundamental hacia las reglas y regulaciones sociales. Hay buenas razones por las cuales los seres humanos no pueden tener el pastel y al mismo tiempo comérselo. Pero lo que no hay, son razones por las cuales no puedan *desear* ambas cosas, de modo que es posible que haya una corriente subyacente de quejas y de oposición hacia cada código moral, descontento que al menos potencialmente puede ser causa de variación y de cambio.

Los orígenes de la similitud y recurrencia que, al menos provisionalmente, podemos atribuirle a los tipos de situaciones que enfrentan los seres humanos en sus esfuerzos pocas veces satisfactorios por vivir juntos, revelan, según nuestras investigaciones, una tendencia hacia las negociaciones sobre el contrato social que oscilan en torno a acuerdos en que los valores que se intercambian pocas veces son equivalentes. Por ejemplo, los subordinados desean seguridad y protección a cambio de la garantía de legitimar la autoridad de sus superiores. Las principales causas de la variación vienen de la forma en que la gente percibe y define el valor de aquello con lo que contribuye a las relaciones sociales y de lo que obtiene por eso. Mediante ciertos mecanismos sociales y psicológicos, no todos los cuales derivan del hecho de la dominación, los seres humanos pueden enseñarse entre sí —y lo que es más importante, aprender ellos mismos— a poner un valor bajo a su propio valor, a aceptar el dolor y la degradación como moralmente justificados, y en algunos casos incluso a elegir el dolor y el sufrimiento. Sociedades enteras pueden en ciertos momentos educarse a sí mismas en una ética de sumisión. Los semai han convertido en virtud la timidez y para ellos esto ha llegado tan lejos porque ha mostrado ser una manera efectiva de enfrentarse a vecinos más fuertes e intrusos. En el próximo capítulo voy a especificar, a través del análisis de una diversidad de ejemplos extremos, algunas de las formas y causas principales de esta autodevaluación y aceptación de la autoridad

[47] Sobre este aspecto véanse las sugerencias de Ephrain Yutchman, "Reward distribution and work-role attractiveness in the Kibbutz", p. 592-94.

moral del sufrimiento. Invirtiendo el foco de interés, trataré de especificar también los procesos a través de los cuales los seres humanos tratan de sobreponerse a la autodevaluación y a redefinir hacia arriba el valor de su contribución real o potencial al orden social, así como de aquello que merecen recibir de la sociedad. En este punto, después de abrirnos camino hacia una concepción general de un contrato social recurrente y de las principales formas y razones para sus desviaciones —incluyendo los esfuerzos para abolirlo y elaborar uno nuevo—, en la siguiente parte veremos algunos de los componentes históricos de la forma en que los seres humanos definen y redefinen el trato que consideran aceptable o inaceptable de parte de sus superiores sociales.

CAPÍTULO DOS

LA AUTORIDAD MORAL DEL SUFRIMIENTO Y LA INJUSTICIA

1. *Observaciones preliminares*

El capítulo anterior investigó los rasgos constantes en las respuestas humanas a la injusticia y sugirió cuáles podrían ser algunas de las razones para el enorme espectro de variaciones posibles. En este capítulo y en el siguiente, trataré de entender algo de lo que sucede en cada uno de los extremos del espectro de variaciones: desde el agravio moral hasta la sumisión moral. Durante los disturbios de los años sesenta y principios de los setenta, aparecieron en Estados Unidos una serie de libros que con variaciones, llevaban siempre el título de *Por qué los hombres se rebelan*. En este capítulo me interesa buscar exactamente lo contrario: por qué los hombres y las mujeres no se rebelan o, poniéndolo de manera muy tajante, la cuestión central será: ¿qué les debe suceder a los seres humanos para que lleguen a someterse a la opresión y a la degradación?

Plantear una cuestión de este tipo podría parecer el máximo posible de irresponsabilidad moral, pues excepto para los torturadores y los oficiales de la policía secreta, ¿quién quiere ahora tener más conocimientos sobre este tema? Creo sin embargo que hay una buena respuesta: hasta que no entendamos por qué la gente acepta esas situaciones, será imposible entender cómo puede resistirse a ellas o incluso cómo podemos ayudarla a hacerlo. Así pues, detrás de esta preocupación radica una más general: desde un punto de vista según el cual, los seres humanos reconocen el dolor y, hasta donde pueden, lo evitan, la conducta que vamos a examinar es en última instancia extraña y enigmática, y las evidencias que parecen cuestionar esta idea básica no son algo que se pueda ignorar fácilmente.

Debido a que la problemática en este capítulo es algo diferente, también lo es el método de investigación. En lugar de tomar ejemplos de un número dado de sociedades diversas en busca de las situaciones recurrentes, aquí se emprenderá la tarea con el análisis de un tipo específico de comportamiento humano, y esto se podrá hacer mejor si se escudriñan con detalle algunas manifestaciones particulares de éste, examinando el contexto y las respuestas desde varios puntos de vista, hasta que surjan algunas explicaciones que echen luz sobre el problema en general. Cada uno de los tres ejemplos elegidos, presentan en primera instancia un desafío a nuestras hipótesis: muchos

de los Intocables hindús parecen enorgullecerse de su actitud servil y de su trabajo degradante, en lugar de resentir la situación, algunas de las víctimas de los campos de concentración se identifican con sus torturadores, y un buen número de prisioneros en situaciones similares resienten y castigan a aquellos de sus compañeros que intentan resistir a la autoridad de los guardias. Un elemento común que une a estos tres ejemplos es que la sumisión y el sufrimiento les llegan a esas personas con un aura tan poderosa de autoridad moral, como para incluso darles orgullo y placer de su dolor. Sin embargo, la dinámica psicológica no será nuestra preocupación central,[1] sino que trataremos de entender los factores sociales y culturales que crean estos sentimientos.

2. *El ascetismo*

Al analizar las prácticas del ascetismo es importante observar, antes que nada, que el sufrimiento que producen es primordialmente físico. Definitivamente, no se trata de un sufrimiento psíquico en forma de degradación o daño a la autoestima del individuo, como puede suceder entre los Intocables hindúes. Los practicantes del ascetismo son objeto de veneración, curiosidad e inclusive de notoriedad. A diferencia del papel del Intocable, el del asceta es una elección personal, pues por lo general los seres humanos se convierten en ascetas "voluntariamente" (aunque en el caso de los monjes cristianos en sus formas más antiguas y puras, eran las presiones sociales las que obligaban al individuo a mantenerse en el papel).

Para un occidental moderno, las torturas autoinfligidas de los ascetas hindúes parecen cosa extraordinaria, pero en la India esta práctica es muy antigua y ya las Leyes de Manú contienen una larga y animada cita sobre ellas, en la que, sin embargo, se presentan más bien como recomendaciones que como descripciones de una conducta real.[2]

Entre las prácticas más conocidas que se han observado recientemente, están la de acostarse o sentarse sobre clavos; la de utilizar sandalias con clavos; la de mantener un brazo rígidamente levantado hasta que se atrofia; mantener una mano cerrada hasta que las uñas crecen a través de ella; colgar la cabeza sobre el humo de una hoguera o sentarse entre "cinco fuegos". En esta última, el asceta se sienta entre cuatro hogueras, una en cada esquina de un cuadrado, con el sol feroz sobre su cabeza a modo de un quinto fuego.[3] La que sin duda es una de las prácticas más extremas, es la que lleva a cabo un adorador fálico de Shiva, que según cuenta un observador inglés de principios del siglo XIX, era así: el devoto ha prometido "cada año meter un

[1] En parte por que lo que se sabe o sospecha sobre este problema se ha vuelto muy conocido a través del merecidamente célebre trabajo de Anna Freud *Das Ich und die Arbwehrmechanismen*

[2] James Hastings, editor, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, 11, 89-90.

[3] L. S. O'Mailley, *Popular Hinduism, The Religion of the Masses*, 208.

enorme anillo de metal en la parte más suave de su cuerpo" y de ahí colgar una larga cadena que se arrastre a lo largo del suelo. Cuando esta observación se llevó a cabo, el hombre llevaba el séptimo anillo y como la herida era reciente y dolorosa, cargaba la cadena sobre su hombro.[4] El mismo autor cuenta haber visto a un asceta que vivía sobre una cama de clavos y que de tiempo en tiempo era colgado con la cabeza hacia abajo sobre un fuego mientras su ayudante lo mecía como péndulo, de atrás para adelante, por un período de tiempo que en esa ocasión fue de veintisiete minutos. Otros ascetas de la India simplemente viven de modo muy austero, regalan sus propiedades, se sostienen con una dieta alimenticia absolutamente mínima y van por el campo pidiendo limosna. Hay quienes deciden vivir en un lugar y lo convierten en sitio de peregrinaciones, por considerárseles hombres sabios. También son bastante comunes las mujeres ascetas, aunque las fuentes conocidas dicen menos sobre ellas y aunque los ejemplos extremos de torturas autoinfligidas parecen más bien practicados por los hombres. Como seguramente imagina el lector, hay datos que indican que también se hacen trampas. Oman informa de una fuente hostil, según la cual un asceta que se sentó en una cama de clavos se había puesto placas metálicas en las nalgas, pero así mismo cuenta que vio los zapatos de madera de un asceta que "estaban por dentro llenos de puntiagudos clavos".[5]

Si bien los ejemplos hasta ahora expuestos son particularmente impresionantes, muestran en forma muy intensa lo que ocurre en todas las formas de ascetismo, incluyendo las cristianas. Un tema recurrente es el escape de la diaria y pesada rutina de la vida a tráves de la represión de los deseos e instintos. En el ascetismo cristiano este aspecto es tan conocido que no requiere más comentario. En la India, tomó la forma de un esfuerzo por escapar del círculo infinito de nacimiento y renacimiento y por supuesto, era un intento por deshacerse de todas las esperanzas, miedos, aflicciones y deseos de la vida terrenal.[6] Al contrario de lo que ocurre en la cristiandad, la idea de expiación del pecado parece no haber desempeñado ningún papel en el ascetismo hindú.[7] En el contexto del sistema de castas, la idea de escapar de las demandas de la rutina del orden social tuvo consecuencias igualitarias. Así, encontramos una importante secta ascética a la que podían pertenecer todos los hindúes, incluidos los udras y los marginados. Durante las festividades de primavera, los individuos de las castas inferiores se convertían temporalmente en miembros de una secta, solamente mientras duraban los festejos, y en ese tiempo se infligían torturas tales como pasarse gruesas varas de metal a través de la lengua. Pero a cambio de eso, todos los miembros de la secta podían comer juntos y aceptar comida de cualquier hindú. Entonces rechazaban los símbolos externos del hinduismo, tales como el cordel sagrado y el mechón de pelo.[8] De acuerdo con las Leyes de Manú, los privilegios de

[4] John Campbell Oman, *Mystics, Ascetics and Saints of India*, 99-100.
[5] *Idem*, 45-6.
[6] *Idem*, 170.
[7] *Idem*, 21,100.
[8] *Idem*, 153-4.

un asceta sólo los podían tener los nacidos dos veces.[9] Esto indica que el ascetismo no era una forma de renuncia impuesta sobre las clases bajas por las dominantes. Algo en común entre el ascetisino hindú y el cristiano fue la idea de evitar las cargas sociales poco placenteras inherentes al matrimonio y a la propiedad.

Otro de los temas centrales particularmente prominentes en el ascetismo hindú es la agresión en contra de sí mismos en aras de la venganza y el control sobre el mundo externo. Según un estudioso occidental, el ascetismo constituye para el individuo "la forma de conquistar los poderes del universo y del macrocosmos mediante la completa humillación de su reflejo en el microcosmos, que es el propio organismo (...) Lo que representa es la expresión de una voluntad extrema de poder, de un deseo de conjurar las ilimitadas energías que se ocultan o almacenan en la parte vital inconsciente de la naturaleza humana".[10] En las leyendas y tradiciones hindúes, hay varias indicaciones de que se consideraba peligrosos a los ascetas. Cuando uno de ellos por fin moría, "toda la naturaleza se aliviaba y regocijaba". Según un relato del *Mahabarata*, un asceta adquirió un feroz deseo de venganza por los males sufridos por sus ancestros, de modo que se puso a soportar las penitencias más terribles por su decisión de destruir con su propia mano a todas las criaturas del mundo. Sólo la intervención de las almas de sus antepasados lo persuadió de desistir de su intento. En muchas de la leyendas hindúes, la rígida austeridad, la autonegación y el sufrimiento, constituyen la manera más efectiva de obtener lo que se anhela, pues así es posible obligar a la voluntad incluso del ser supremo. Este aspecto del ascetismo se parece a las prácticas mágicas primitivas que encontramos en todo el mundo y pueden incluso derivar de ellas. Haciendo un paralelismo bastante burdo con la historia de la crucifixión, el ser supremo hindú soportó penitencias autoinfligidas durante miles de años a fin de obtener la soberanía sobre todas las criaturas. Demonios ascéticos eran capaces de aterrorizar al universo a través de su práctica de mortificaciones autoinfligidas.[11]

Uno de los componentes de esta corriente agresiva fue el miedo a la sexualidad. La tentación interfería con el ascetismo y era una de las mayores amenazas para el asceta. Siempre que Indra, el celoso rey de los dioses, veía una amenaza a su soberanía cósmica proveniente de la fuerza de algún poder espiritual asceta, enviaba a una damisela increíblemente bella y divina a intoxicar los sentidos del atleta espiritual. Si ella triunfaba en su cometido, el santo descargaba en una noche sublime o en un rapto de pasión toda la fuerza física que había acumulado durante toda su vida.[12] También en el

[9] Hastings, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, 11-89.

[10] Heinrich Zimmer, *Philosophies of India*, 400, nota 102.

[11] Oman, *Mystics*, 21-3, 25-6. Vale la pena anotar que estas formas extremas de ascetismo agresivo levantaron críticas dentro de la corriente principal de la tradición hindú. Véase Zimmer, *Philosophies of India*, 399-400.

[12] Zimmer, *Philosophies of India*, 536-7. Este autor señala que los romances y épicas de la India están llenos de historias de hombres sagrados que mostraban gran irritabilidad a la menor provocación.

cristianismo hay escenas de castración cuyo fin es la salvación y la búsqueda del retorno a Dios.[13]

Sin embargo, hay algunos contrastes importantes entre el cristianismo y el ascetismo hindú. En el caso de San Francisco de Asís, es difícil referirse a alguna agresión abierta o a la búsqueda de control del universo, pues en el ascetismo cristiano el esfuerzo quiere aliviar la miseria de los otros a través de la caridad, y esto desempeña el papel fundamental y está completamente ausente del ascetismo hindú. En cambio, la caridad sí ha sido una de las virtudes prominentes dentro de la corriente principal de la tradición religiosa hindú.[14] Sin embargo, tanto una como la otra hacen hincapié en el rechazo a las cargas de la vida ordinaria en la sociedad humana, en favor de una búsqueda intensa de las experiencias menos placenteras y más dolorosas. Incluso San Francisco se obligó a sí mismo a soportar el contacto con los leprosos, por quienes en épocas anteriores de su vida había sentido una particular aversión.

Tres temas relacionados entre sí surgen de esta investigación sobre las prácticas ascéticas. El primero es la renuncia a o el escape de las obligaciones sociales. El segundo es la agresión contra sí mismo, incluyendo la represión a la sexualidad, en aras de un objetivo tal como la salvación personal o el control sobre los poderes del universo. El tercer tema, especialmente prominente en la cristiandad y de donde precisamente deriva la palabra ascetismo (del griego *askesis*: ejercicio, práctica, entrenamiento), es la preparación para las experiencias dolorosas que el individuo puede esperar que le sucedan en algún momento (aquí, el ascetismo se acerca a los ritos de iniciación, algunos de los cuales, sobre todo en las sociedades guerreras primitivas, son particularmente dolorosos y mutiladores. Dichos ritos difícilmente son voluntarios en aquellas sociedades en que los jóvenes varones normales deben someterse a ellos a cierta edad). El elemento común en los tres temas es el esfuerzo por enfrentarse a un sufrimiento que resulta inevitable a través de la forma de infligirse dolor uno mismo.

Es obvio que el ascetismo presupone un clima social e intelectual específico. En una era secular con tecnología poderosa, es poco probable que los seres humanos se interesen por las prácticas ascéticas, a menos que dicha tecnología fracase en satisfacer los deseos humanos.[15] El sufrimiento autoinfligido es una respuesta posible a un alto nivel de frustración producido por la incertidumbre respecto al medio ambiente natural y social, así como por la incapacidad para controlarlo. El ascetismo se difunde primero entre las clases que no están en la parte más baja de la escala social, pues la desesperación sobre la posibilidad de la felicidad en esta tierra y un

[13] Véase la discusión en Peter Nagel, *Die Motiverung der Askese in der Alten Kirche und der Ursprung der Mönchtums*, 48-50.

[14] Sobre el abandono de la propiedad en aras del amor por el prójimo en el cristianismo, véanse los comentarios de Nagel en *op. cit.*, p. 75-6.

[15] Ésta puede ser una de las razones para la mezcla incongruente de hedonismo y ascetismo que hay en algunos círculos de la izquierda; por ejemplo, en ciertas modas respecto a la comida.

ambiente religioso que estimule dicha desesperación son prerrequisitos básicos, y más aún, otra parte del ambiente intelectual podría ser la distinción entre el alma y el cuerpo, que está muy difundida en las creencias populares de todos los niveles de civilización.

Con su énfasis en la vuelta a las formas más antiguas y simples de la vida y con su espíritu anticomercial y antiurbano, el ascetismo puede ser visto como una reacción típica —si bien no inevitable— al cambio social y a la tensión en épocas preindustriales. Se trata de una forma negativa de la utopía, un escape de la vida por medio de la supresión del deseo en lugar de su satisfacción, y existe también como parte de aquella —incluso en sus formas modernas— nacido quizá de la conciencia de que los deseos nunca se pueden satisfacer del todo. El ascetismo constituyó una importante corriente dentro del anarquismo del siglo XIX, sobre todo en su variante española y, como ya se dijo, incluso en las revueltas juveniles modernas ha iluminado con su modo de ser el aspecto de la represión sexual. En su rechazo a las obligaciones que impone la vida social, el ascetismo muestra afinidades con los movimientos revolucionarios modernos. Esto mismo puede ser cierto respecto de las ideas de una preparación rigurosa con vistas a las crisis futuras y de la autonegación como forma de control sobre el mundo. El ascetismo es también un sustituto funcional de la revolución, puesto que acepta al sufrimiento como inevitable en esta vida y dirige hacia adentro la hostilidad que éste provoca, contra el yo, en lugar de hacia afuera, contra las causas sociales.

3. *Los intocables*

Los ascetas se autoimponen sus propios sufrimientos. Su miseria es su propia elección cuyo fin es conseguir objetivos más amplios. La situación exactamente opuesta ha sido el caso de las castas hindúes conocidas como los Intocables.[16] Ahí no hay elección posible. El individuo nace en esa casta y su membresía es hereditaria. Y sin embargo, hay en toda esta organización un elemento bastante revelador de pseudoelección. Las clases dominantes han tratado de hacer que la situación del Intocable parezca resultado de sus actos individuales, es decir, que uno de los ancestros de éste trató mal a una persona de una casta alta, no le guardó el respeto necesario y por lo tanto su alma sufre el castigo al reencarnar en un Intocable. De modo que, para que la injusticia sea aceptable, debe parecer justicia.

En términos correctos, si bien coloquiales, la tarea consiste en describir lo que deben soportar los Intocables y —otra más difícil— dar cuenta de si

[16] Aparentemente no hay ningún nombre que no esté cargado de sobretonos o implicaciones hirientes. Así, "Harijans" es condescendiente y por lo tanto ofensivo; "Castas de servicio" podría ser el menos insultante, si bien también suena a una burocracia condescendiente. Por eso utilizo el término "Intocable", el cual tiene la virtud de describir una situación que desafortunadamente aún existe.

realmente lo soportan.[17] En sentido estricto, ellos llevan a cabo las tareas más desagradables de la sociedad india, así como una gran cantidad de labores muy duras: limpian las letrinas y sacan los excrementos, y estas tareas muchas veces obligan a trepar hasta los lugares donde éstos se tiran y llevarlos en forma de paquetes. Además, son barrenderos que se encargan de limpiar las calles, de quitar los esqueletos de los animales muertos y, por extensión, también trabajan las pieles. En un momento de la historia, parecía que las funciones de recoger la basura eran las principales que cumplían, pero durante mucho tiempo también fue importante su contribución al abasto de trabajadores agrícolas. Ahora bien, aunque hay diferencias en la forma en que se les trata, dependiendo tanto de la práctica local como de la ocupación exacta que cumple una casta de Intocables, el siguiente relato publicado en 1920 no parece muy exagerado:

Los Chamares, Intocables que son muy numerosos en el norte y centro de la India, aunque también los hay en otras partes del país, son los que ocupan las posiciones más degradantes en la vida de la comunidad. Las clases altas los miran con aborrecimiento y disgusto. Los barrios de Chamares están llenos de toda clase de inmundicias. Su sucio modo de vida es proverbial, de modo que, excepto cuando es absolutamente necesario, un hindú que vive limpio no visita la sección de la aldea donde ellos viven. Su nombre mismo los relaciona con esqueletos de ganado, pues ellos no sólo separan la piel de los animales muertos, sino que también se comen su carne y la profanación y degradación que resultan de estos actos es imposible de superar.[18]

En relación con esto, vale la pena observar que, aunque hay diferencias culturales en las definiciones de limpieza y de suciedad, tal como lo muestra el trato distinto que se da a quienes trabajan la piel en la civilización occidental y en la hindú, también hay una serie de importantes acuerdos que ambas tienen en común. Ya tendremos ocasión de mostrar de manera más clara lo que en concreto quieren decir los conceptos hindúes de desagrado y suciedad, y lo que eso significa en términos humanos.

En el intento por explicar por qué los Intocables soportan esta situación, excluimos ante todo la fuerza militar y policiaca o el uso del terror abierto, pues no hay indicios en las fuentes estudiadas de este tipo de sanciones. Pero entonces, ¿qué otros mecanismos sociales y psicológicos producen esta conducta tan absolutamente sumisa? Una explicación parcial surge de ciertas

[17] Un marginado sufre incapacidades muy similares a las de un Intocable. Según algunos relatos modernos, muy parecidos a los más antiguos, como los de Crooke en el libro de Hastings, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, los dos casi siempre van juntos. Pero en sentido estricto, uno *se convierte* en marginado por violar los tabúes de su propia casta, y así paga la pena que por lo general le es infligida por un Consejo de castas y que consiste en ser expulsado de aquélla en la cual nació. Dentro del orden social hindú, tanto los Intocables como los marginados están cerca de ser no-personas. Los primeros nacen en esta posición y los segundos caen en ella. Fuera de la India hay grupos similares como los *Eta*, un estrato de marginados en la sociedad japónesa premoderna. Como la literatura sobre los Intocables es mejor, voy a dedicar el análisis a este grupo.

[18] Esto es una paráfrasis y una síntesis de lo que aparece en George W. Briggs, *The Chamars*, 20.

evidencias de que los Intocables aceptan y absorben las creencias dominantes hindúes (el Karma) respecto al destino y la transmigración de las almas. Hay muchas evidencias de que han aceptado las creencias sobre la suciedad que es una de las bases del sistema de castas.

Para nuestros propósitos, las concepciones primarias en el famoso conjunto de creencias hindúes sobre el destino humano y la transmigración de las almas, pueden describirse como movilidad social hacia arriba por buena conducta, la cual se pospone hasta la vida siguiente. Y al contrario, la sanción por mala conducta definida de manera muy amplia como el fracaso para mostrar el respeto adecuado a las castas superiores, es la movilidad hacia abajo en la próxima vida. De modo que el mal y la mala fortuna en esta vida se deben a transgresiones, sobre todo las que se hubieran hecho en contra de los brahamanes en una vida anterior. Y por otra parte, según estas creencias, el individuo acepta su suerte con paciencia y cumple con las obligaciones de su casta, puesto que el beneficio vendrá cuando su siguiente reencarnación se haga en el seno de una casta superior. Hay bases para sustentar escepticismo sobre el grado hasta el cual los Intocables efectivamente creen en estas ideas, especialmente por el hecho de que en gran medida, están excluidos de la "alta" cultura hindú. Y por otra parte, también hay evidencias de la aceptación de estas creencias.[19]

Una evidencia más convincente sobre la internalización de los patrones morales de la sociedad, cuyas víctimas son ellos, viene precisamente de ciertas prácticas entre los Intocables en relación con la suciedad. La creencia en ésta es uno de los pilares más importantes del sistema de castas, y refuerza las diferencias económicas y políticas, aunque no coincide con ellas. El sistema de castas hindú ha sido organizado idealmente —y en buena medida también en la práctica— como una serie de graduaciones de posición entre los conceptos opuestos de la pureza y lo sagrado por un lado, y los de degradación y suciedad por el otro. En la sociedad hindú, como en cualquier otra, la suciedad es una categoría política y religiosa, que se refiere a "un asunto fuera de lugar" o a algo que debe ser evitado. Así pues, la suciedad sirve para ocultar los aspectos poco placenteros del orden social de las castas dominantes y para reforzar estos aspectos en su beneficio.[20]

Entre los propios Intocables hay fuertes divisiones que establecen varias subcastas. Éstas distinguen entre diferentes grados de suciedad real o potencial. Los miembros de castas separadas de Intocables no comen juntos ni toman agua uno del otro y tampoco permiten el matrimonio entre sí. Todavía en 1960, el gobierno de la India consideró necesario no sólo construir pozos separados para los Intocables dentro de las aldeas, sino incluso construir pozos separados para las diferentes castas de Intocables.[21] De la misma

[19] *Idem*, 200-1. Hazari, en *Untouchable: The Autobiography of an Indian outcast*, 4, 16, 18, 33-4, 36, 65 da una serie de referencias más concretas sobre la aceptación de esas creencias. Los yoguis eran una fuente de transmisión de esas doctrinas a los Intocables (véanse 18, 36).

[20] Véase Mary Douglas, *Purity and Danger: An analysis of the concepts of Polution and Taboo*.

[21] Harold R. Isaacs, *India's ex-Untouchables*, 29,52.

manera, algunas castas de éstos tratan de mejorar su posición imitando las costumbres y tabúes de las castas altas. En algunas partes de la India, esta forma de automejoramiento colectivo ha llevado a una situación en la que por encima de los Intocables impuros están los Intocables puros, que han dejado de comer carne de res y otros alimentos sucios.[22] Aunque estas prácticas demuestran que los mismos Intocables aceptan aunque sea algunos de los patrones morales más importantes de la sociedad dominante, el esfuerzo para mover hacia arriba la escala muestra que no es lo mismo aceptarlos que estar satisfechos con su aplicación en la práctica.

Por sí mismo, este conjunto de creencias resulta insuficiente para explicar por qué los Intocables aceptan su posición. Quizá sería más esclarecedor saber, en primer lugar, de dónde salieron estas creencias y más aún, cómo se logró que ellos las aceptaran. Seguramente nunca tendremos respuestas a estas preguntas, pues se han perdido en las profundidades de la historia.[23] Por otra parte, hay bastantes evidencias de que existen sanciones concretas a través de las cuales se inculcan y sostienen estas creencias —o al menos las conductas apropiadas— entre los Intocables. Uno de los principales propósitos de dichas sanciones consiste en evitar que en lo individual alguno de ellos adquiera un sentido de autoestima que pudiera desafiar la autoridad de las castas superiores. Igual que las viejas regulaciones militares, la etiqueta de relaciones entre las castas sirve para demarcar una cuidadosa separación entre las acciones permisibles y las prohibidas, es decir: nunca se debe traspasar el punto en el cual serían verdaderamente peligrosas para los grupos dominantes. El margen de seguridad en las relaciones con los Intocables es en sí mismo un indicador de la naturaleza potencialmente explosiva de la situación.

En épocas anteriores y en diversos lugares de la India, los Intocables no podían entrar a las calles y caminos que utilizaban las castas, y si lo hacían, debían llevar escobas para barrer las huellas que dejaban en el polvo. En otros sitios, no podían contaminar la tierra con su saliva, por lo cual tenían que cargar una caja amarrada alrededor del cuello para mantener limpia la tierra reservada a los escupitajos de las castas. Había también lugares en los que un Intocable tenía que gritar advirtiendo que iba a pasar por una calle para que el hombre puro que pasaba por allí se pudiera quitar antes de contaminarse con la sombra de aquél. Hubo sitios en los cuales había leyes rigurosas que limitaban el tipo de casa en la cual podían vivir los Intocables, así como el tipo de ropa interior que podían vestir. Eran muy comunes las prohibiciones para entrar en algún templo o a la casa de algún miem-

[22] G. S. Ghurye, *Caste, Class and Occupation*, 228.

[23] Sabemos que el sistema de castas, incluyendo la intocabilidad, existía desde hace mucho tiempo, desde la época de las Leyes de Manu, en una forma no muy diferente de la de los tiempos modernos. Para algunas citas textuales sacadas de estas leyes y que confirman este punto de vista, véase Hastings, *Encyclopaedia of Religion and Ethics*, II, 955; III, 234. La tesis de la antigüedad sobre la intocabilidad ha sido puesta en duda por muchos Intocables hoy día, pero yo creo que esto es incorrecto.

bro de casta o a cualquier otro lugar, e incluso para la utilización de agua sacada del pozo de la aldea.[24]

Si queremos interpretar el significado de estas sanciones para la vida cotidiana, debemos ser muy cuidadosos, pues mostrar sólo la lista de castigos y sobre todo la de los más llamativos en las distintas regiones del país, podría dar una impresión exagerada de las cosas. En su autobiografía, Hazari el Intocable hace manifiesta, sin ningún resentimiento —por lo menos no en la infancia— su aceptación de esta "estación en la vida".[25] Pero ya hacia la mitad de su existencia, al relatar su historia, aparece un episodio que le resulta humillante:

> Una mañana pasaba yo por esta calle tan angosta cuando vi a unos niños de clase alta que venían hacia mí. En cuanto me vieron se pegaron a la pared mientras uno de ellos gritaba que se alejaran del Intocable. Esto me afectó profundamente, quizá porque estaba yo muy débil por haber estado enfermo, pero por primera vez en mi vida me di cuenta de que sentía dentro de mí un enorme coraje.[26]

Aunque no tenemos tanta información sobre las reglas de etiqueta para los Intocables como la que tenemos sobre las de los esclavos en el hemisferio occidental, me atrevería a decir que no insensibilizan la conciencia de inferioridad en la personalidad de los Intocables de una manera tan dolorosa como sucedió con los esclavos. Y por más que su situación no es para nada envidiable, los Intocables no son esclavos, o por lo menos, no lo son en la mayor parte de la India. En las zonas rurales, que es donde habitaba la mayoría de la población en los tiempos premodernos, los Intocables eran sirvientes hereditarios. Por ejemplo Hazari, que era miembro de la casta de los que barrían los caminos, limpiaban las letrinas y recogían a los animales muertos. En su relato nos muestra de manera muy concreta las relaciones con aquéllos para quienes él y los de su tipo trabajaban. La familia de su padre había servido en la casa de unos terratenientes por muchas generaciones durante varios siglos. Según la ley no escrita, si alguno de los Intocables quería abandonar la aldea, primero tenía que encontrar otra familia de Intocables que quisiera ocupar su lugar. Las castas altas no tenían posibilidad de elegir quién debía trabajar para ellos. Si la familia de Hazari hubiera querido, hubiera podido vender el derecho de trabajar en su calle a otra familia de su misma casta. Pero estas ventas eran poco frecuentes, porque significaban perder los derechos de nacimiento y la reputación familiar.[27]

Ése era, y en muchos aspectos sigue siendo, el sistema económico en el cual esta etiqueta estaba enclavada y que servía para sostenerlo. Cada aldea constituía un sistema bastante independiente de intercambio de bienes y servicios, regulado a través del sistema de castas. Si bien no hay acuerdo

[24] Isaacs, *India's ex-Untouchables*, 27-8.

[25] Véase, *Untouchable*, 41, 51, 66, 69.

[26] *Idem*, 91. Es imposible saber con exactitud qué edad tenía el hombre cuando sucedió este episodio, pero por el contexto parece que entonces era un adolescente.

[27] *Idem*, 5, 8-9.

entre los académicos sobre esta cuestión, yo creo que es apropiado designar a este sistema como una forma de reciprocidad de explotación. Y digo de explotación, porque el peso mayor de las obligaciones recaía sobre las castas inferiores, sobre todo los Intocables, mientras que los beneficios de los derechos iban a las castas dominantes. Y sin embargo, se trataba de un sistema de derechos y deberes que era considerado legítimo, incluso por las víctimas. Así por ejemplo, había reuniones de Intocables en las que se castigaba, según sistemas propios, a aquellos miembros que no cumplían con sus obligaciones.[28]

Aunque tenemos pocas evidencias respecto al impacto de estas sanciones en la personalidad de los Intocables como individuos, de todos modos podemos intentar hacer dos generalizaciones. El impacto del sistema era profundo en el sentido de que ellos *sí* aceptaban la legitimidad de su situación y de las obligaciones que tenían que cumplir. Y sin embargo, es muy posible que nunca lo aceptaran completamente, pues hay bastantes indicadores de ambivalencia y agresión sobre los que volveremos más adelante. De todos modos, estos datos están en cierto modo contaminados, pues con la modernización han decaído las normas tradicionales. En efecto, las influencias externas y las presiones económicas han generado, entre un número cada vez mayor de Intocables, una serie de presiones psicológicas muy difíciles de sobrellevar. Y sin embargo, si no tomamos en consideración los rasgos demasiado obviamente modernos, y combinamos lo que resta con los hechos conocidos sobre épocas anteriores, nos será posible vislumbrar algo del significado social y personal de ser Intocable.

En su consejo al hijo, el padre de Hazari resumía la ética tradicional del "buen sirviente":

> "Nunca robar, nunca jugar, nunca decir mentiras que puedan herir a otras personas, nunca despreciar ningún trabajo por sucio que sea, nunca tomar a la mujer del prójimo, beber con moderación y siempre dar las gracias a Dios, incluso si sólo se tiene por alimento un pedazo de pan seco y un vaso de agua".[29]

Considerar este tipo de declaraciones como retórico o fingido sería un grave error. Sin duda, existe el orgullo de la resignación, pues si no, ¿qué otra cosa haría tolerable esta situación? Como lo demuestra con mucho detalle Harold Isaacs, actitudes similares han estado muy difundidas incluso en las áreas urbanas, si bien algo modificadas y desafiadas por las nuevas condiciones. Según este autor, grandes masas de gente que legalmente ya no son Intocables, siguen siéndolo no sólo de hecho, sino mentalmente, y viven —como lo dijo un alto político que alguna vez perteneció a esa casta— "en familias psicológicas". Un amigo brahamán le dijo al investigador citado

[28] Para una revisión sistemática de la literatura sobre este tema, véase Pauline Mahar Kolenda, "Toward a model of the Hindu Jajmani System", 11-31. En el artículo de Edward B. Harper, "Social consequences of an unsuccesful low cast movement" en Silverberg (ed.), *Social Mobility in the Caste System in India*, 37-65, se hace un buen análisis histórico de la relación entre la casta de los Intocables y sus patrones en el sur de la India, desde principios del siglo XIX hasta hoy.
[29] Hazari, *Untouchable*, 153-4.

que en una ocasión, siendo muy joven, a la vuelta de la escuela, mientras todo mundo celebraba con júbilo la emancipación del pasado muerto, él encontró a un viejo Intocable parado fuera de la puerta de su casa. "Pase —le dijo—, entre a la casa". El viejo lo miró y le respondió "Quizá *usted* abandonó su religión amo, pero *nosotros* no hemos abandonado la nuestra".

Tampoco es difícil discernir el origen de estas actitudes entre los jovenes. El mismo Isaacs cita una entrevista con un muchacho de veintitrés años, bastante vital, que llegó a la ciudad procedente de una aldea. Su relato contaba que ya se podía mover libremente con otros estudiantes, pero aún no se le permitía entrar a sus casas. Los Intocables podían subir las escaleras hasta las terrazas de las casas de las castas altas, pero no podían entrar ni tomar agua. Su propia familia se lo había advertido: "No toques, no vayas, no hagas esto, no hagas lo otro. Se pueden enojar. Te pueden pegar. Mejor quédate quieto". A lo largo de todos sus viajes, Isaacs sólo encontró a una persona que estaba descontenta con las condiciones ofensivas y humillantes de su vida como Intocable y que llegó a expresar de manera violenta y abierta su rabia. Es interesante notar que este episodio sucedió precisamente cuando el autor asistía a una reunión con un grupo de estudiantes, cuando de repente, un joven se puso a gritar:

> El partido del Congreso está haciendo tontos a los de las castas. ¡Debemos rebelarnos contra todo este sistema! ¡La mitad de los hindúes de casta deben ser asesinados inmediatamente! ¡No puedo tolerarlo más![30]

Al revisar con atención la literatura sobre este tema, no me ha sido posible encontrar ningún caso de revuelta abierta entre los Intocables. En ausencia de un aparato represivo severo —pues nunca hubo nada ni siquiera parecido a la infame *Krypteia*, la policía secreta que en Esparta estaba dedicada a mantener quieta a la servidumbre— se puede afirmar con bastante seguridad que lo que sucedió fue eso que los psicólogos llaman internalización de las normas de la sociedad hindú. Por eso es mejor hablar de la aceptación de la autoridad moral de los opresores. Que hubiera la mínima señal de ambigüedad en esta aceptación no cambiaría las cosas, pues tal ambigüedad existe en toda moralidad.

Veamos pues los distintos indicios que muestran la existencia de sentimientos hostiles. Los textos hindúes que menciona uno de los libros más autorizados, reflejan el miedo sobre qué sucedería si los Intocables se volvieran demasiado poderosos.[31] En la parte norte del centro de la India, los Intocables eran vistos como envenenadores de ganado y en general tenían mala reputación, porque se les consideraba criminales. Hay un autor que ve esto como exagerado, pero sin duda esta fama hacía que se les despreciara.[32] Podemos observar aquí el círculo vicioso que se producía, lo trágico de las

[30] Isaacs, *India's ex-Untouchables*, 33, 60, 161.
[31] A. L. Basham, *The Wonder That Was India*, 145.
[32] Briggs, *Chamars*, 235.

circunstancias que generaban tanta hostilidad hacia los grupos oprimidos y que empeoraban su situación.

En otras partes del país se adjudicaba ciertas características a esta gente: descuidados, ineficientes, ignorantes e incompetentes. De nuevo se observa que tales conductas reforzarían el estereotipo que tenía la casta dominante sobre el carácter de los miembros de las castas inferiores.

Un signo de que llegaban los tiempos modernos fue la negativa de los Intocables a obligar a un miembro individual a cumplir con sus tareas. Por supuesto que esas relaciones son perfectamente compatibles con la continua aceptación del orden prevaleciente. Representan una forma de las conocidas demandas que dentro del mismo orden exigen un tratamiento que permita, aunque sea en grado mínimo, algo de respeto hacia sí mismos.[33]

Puesto que el orden prevaleciente es el único que han conocido, sería poco razonable esperar que pensaran de otra manera. Isaacs menciona el caso de un joven Intocable que en los años veinte se enfrascaba en grandes pleitos escolares cuando se le llamaba por su nombre de casta. En los tiempos actuales, entre los Intocables urbanos ha surgido una respuesta que sin duda es nueva: la insistencia sobre los propios derechos, grandes y pequeños, y en ocasiones el resentimiento abierto hacia el desprecio o los insultos. Los hindúes de casta describen a este tipo de individuos como "orgullosos de ser una casta marcada".[34]

Las circunstancias del momento, lo mismo que las tendencias históricas, pueden obviamente alterar el equilibrio entre la aceptación de la autoridad moral del opresor y las diversas formas de agresión. Estas últimas no necesariamente culminan en un rechazo de dicha autoridad moral, si bien probablemente son un ingrediente esencial del mismo.

Antes de terminar este esbozo sobre los Intocables, convendría revisar algunos de los aspectos institucionales más generales de su situación, que nos podrían ayudar a comprender sus respuestas. Como minoría —aunque se trata de una muy amplia, extendida a lo largo de toda la India— tienen muy poca probabilidad real de derrocar al orden social y de reemplazar a los sacerdotes y terratenientes por los que limpian las letrinas. Y aún si eso alguna vez les pasó por la cabeza, en los libros que yo he leído no parece que tal idea se les haya ocurrido de manera espontánea. Cuando eso sucedió, como en el caso del joven estudiante furioso que menciona Isaacs, lo más seguro es que ello se debiera al contacto con el exterior. Entre las castas inferiores, los recursos para una negociación política pacífica eran extremadamente limitados, pues como otras en posiciones similares, sólo contaban con los servicios que proporcionaban, los cuales podían ser realizados de manera ineficiente y con mala voluntad, y en épocas más recientes podían incluso organizarse colectivamente para no cumplir con ellos; pero los obstáculos para una acción concertada eran enormes y el prospecto de triunfo bastante inseguro.

[33] Harper, "Social consequences of an unsuccesful low caste movement", 48-9, 60-1.
[34] Isaacs, *India's ex-Untouchables*, 43, 133.

No podemos saber cuánta conciencia tenía un Intocable en lo individual sobre estos factores institucionales, e incluso si lo supiéramos, no sería tan importante. La imposibilidad real del triunfo —una forma de realismo que nunca puede ser más que aproximada— no siempre ha evitado que los grupos oprimidos se rebelen (el levantamiento del ghetto de Varsovia contra los nazis es el mejor ejemplo reciente). Sin embargo, debemos explicarnos cuál es la razón por la cual el espíritu de rebelión *no* se produjo en estas circunstancias sociales e históricas específicas. Ya sea porque no se les ocurrió a ellos de manera espontánea , o porque fueron privados de él, o por alguna combinación de estos dos factores, el hecho es que una explicación de este tipo puede parecer ofensiva a quienes ahora militan activamente para que cambie este triste destino; pero si fuera válida, las bases del agravio desaparecerían precisamente porque éste implica la existencia de oportunidades morales que hasta entonces fueron inexistentes.

4. *Los campos de concentración*

En el ascetismo, el sufrimiento aparece como una elección autoimpuesta, debida a la incapacidad para enfrentarse a un medio ambiente peligroso e impredecible. Entre los Intocables, el sufrimiento no ha sido cuestión de elección, sino de destino. Y en contraste con la situación de estos dos, a los prisioneros de los campos de concentración se impuso la crueldad y el sufrimiento con un máximo de violencia y coherción. En esas circunstancias se podía esperar que el sufrimiento pareciera más injusto y no tuviera ninguna autoridad moral, pero no fue el caso. Parafraseando a Shakespeare, algunos hombres buscan el sufrimiento, otros nacen para sufrir y a otros les toca que los hagan sufrir. En cada uno de estos tres casos, un buen número de víctimas siente que el sufrimiento conlleva una autoridad moral, pues lo que es o parece ser inevitable debe también, de algún modo, ser justo.

En el régimen nazi, *algunos* prisioneros de los campos de concentración terminaron por aceptar la autoridad moral de sus opresores, luego de un complejo proceso que trataré de explicar aquí.[35] En algunos campos, esta aceptación llegó a tal punto que hubo prisioneros que trataron de identificarse con los SS, copiando su estilo de vestido (con las limitaciones de lo posible) de una manera que resultaría cómica si las circunstancias no fueran tan trágicas. Si bien la mayoría de los prisioneros no llegó tan lejos, de todos modos sorprende su grado de aceptación. ¿Cómo y por qué se produjeron los diferentes tipos de respuesta?

Si centramos nuestra atención en los aspectos sociales, encontraremos que la respuesta es doble; diríase, diálectica. En su operación sobre los campos

[35] Aunque mi explicación y uso de estos datos difieren de la famosa comparación entre la esclavitud en las plantaciones y los campos de concentración, que hace Stanley M. Elkins en su libro *Slavery: A problem in American Institutional and Intellectual Life*, 104-115, de todos modos su trabajo me hizo darme cuenta de la importancia teórica de esta experiencia humana.

de concentración, los SS trataron en forma deliberada de romper todas las ligas sociales entre los prisioneros y de reducirlos a una masa atomizada, homogénea y totalmente degradada. Y en gran medida consiguieron su objetivo, aunque no pudieron llevar esta política de atomización de la población hasta su conclusión lógica, pues necesitaban aunque fuera la mínima cooperación de los prisioneros para cumplir con las rutinas diarias de llevar a los otros presos a los dormitorios, alimentarlos y obligarlos a trabajar. Más aún, había aspectos de la vida en esa prisión de los cuales los guardias no se ocupaban, de modo que se pudieron establecer redes de cooperación informal que mitigaban algunos de los rigores de esta guerra hobessiana de todos contra todos. La síntesis de estas dos tendencias opuestas, una hacia la atomización y otra hacia la cooperación fue, como veremos, su aspecto más terrible. Los SS pudieron utilizar para sus propios y crueles fines estas redes de cooperación social, que surgían espontáneamente y que de otra manera podían haberse constituido en focos de oposición o de desintegración de la sociedad en el campo. Además, se trataba de individuos diferentes, marcados por experiencias históricas y sociales distintas, que mostraron toda la diversidad de capacidades en su deseo de sobrevivir y en su adopción o rechazo de las estrategias de supervivencia que creó la propia sociedad del campo.

Al entrar en el campo, los prisioneros se encontraban con "ceremonias de bienvenida" de un carácter verdaderamente brutal, que conformaban un conjunto de experiencias que continuaría a lo largo de toda su estancia en ese lugar.[36] Sin embargo, como veremos, la brutalización venía en su mayor parte del comportamiento de los otros prisioneros que estaban en la misma situación. Los traumáticos ritos de iniciación tenían dos efectos muy relacionados entre sí. El primero era la más absoluta degradación, la destrucción del respeto a sí mismo que pudiera tener el prisionero y la extinción de cualquier individualidad o posición que él o ella pudieran haber tenido en el mundo de afuera.[37] La segunda era que los oficiales del campo "procesaran" a los prisioneros para hacerlos lo más parecidos entre sí que fuera posible, dándoles uniformes y números, luego de confiscar todas sus posesiones personales.

Estas acciones eran sólo el inicio de un régimen que privaba a los prisioneros de todo, a excepción de un mínimo de comida y un mínimo de sueño, pues inmediatamente eran puestos a trabajar de manera exhaustiva. Los oficiales controlaban todos los momentos de la vida de los prisioneros hasta el punto de darles tiempo muy limitado y escogido para orinar y defecar. Una de las consecuencias era, por supuesto, la de hacer a los prisioneros completamente dependientes de los oficiales del campo. A partir de los experimentos hechos por psicólogos con animales, podemos concluir que este

[36] Para una buena descripción de estas ceremonias véase Eugen Kogon, *Der SS Staat: Das System der deutschen Konzentrationslager*, 72-9. Hay una interpretación desde un punto de vista sociológico en Elie Aron Cohen, *Human Behavior in the Concentration Camp*, cap. 3.

[37] Para procesos similares en otros conceptos, véase la célebre descripción de los procedimientos de admisión en "Instituciones totales" que hace Erving Goffman en *Asylums*, 14-35.

régimen de privaciones extremas, aunque no totales, incrementaba el hambre y otros deseos de una forma tal que aceleraba los procesos de aprendizaje adaptativo.[38]

Así pues, desde el momento de su llegada a ese lugar, el prisionero estaba sujeto a un régimen de severa y dolorosa privación y de miedo, y quedaba situado como en un limbo. Además de estar expuesto a las continuas y salvajes golpizas de parte de los SS sobre quien les llamara la atención, el prisionero podía ser asesinado por infracciones menores a la disciplina arbitraria e insegura que los regía. ¿Puede acaso el terror a los guardias bastar para explicar la conducta del prisionero y acaso la aceptación de la moral de los SS —cuando eso ocurría— no era más que pura simulación?

Creo que la respuesta es no. Como lo mostraran varios detalles a lo largo de esta exposición, la conducta de muchos prisioneros fue mucho más allá de lo que puede ser una simulación. El condicionamiento, como bien sabemos, puede cambiar las actitudes. Y hay dos consideraciones más en torno a esto. En primer lugar, los prisioneros se acostumbraban a tener miedo. La brutalización embotaba sus sentidos. Y aunque el poder de los SS y su influencia eran muy penetrantes, éstos por lo general aparecían como un huracán y pronto desaparecían, de modo que, en la medida en que el miedo era un componente significativo, la mayor parte del tiempo no era miedo a los SS, sino a los otros prisioneros. Según un dicho popular en los campos, los prisioneros eran sus propios y más terribles enemigos.[39]

Una de las formas más suaves del maltrato entre ellos era el robo. Debido sólo en parte a la competencia feroz por los recursos muy escasos, había un constante rompimiento de las ligas sociales. Cohen cita a una prisionera que afirmaba: "sobrevives tú o sobrevivo yo. Cuando se trata de esto, todo mundo se vuelve egoísta".[40] Como la supervivencia requería de algún grado de cooperación entre los prisioneros, la desintegración social no fue completa. Sin embargo, para muchos de ellos la absoluta falta de privacidad, la imposibilidad total de estar solos, hacía más intolerable la situación. La intimidad a fuerza puede ser enemiga de la solidaridad y la cooperación.[41]

De modo que el miedo y la hostilidad de los prisioneros entre sí no eran sólo consecuencia de una intervención directa o de una política deliberada de parte de los SS. Otro factor que contribuía era el hecho de que había criminales ordinarios que componían una buena parte de la población del

[38] Cohen, *Human Behavior*, 135, menciona el caso de oficiales aliados hechos prisioneros por los japoneses, que en ocasiones no pudieron sostenerse en su negativa a trabajar para el enemigo si se les ofrecía una ración extra de arroz. Esto es condicionamiento y cooptación en su forma más primitiva. Sin embargo, en los campos de concentración el asunto no fue tan sencillo, si bien una pequeña cantidad adicional de comida sí era una gratificación fundamental.

[39] Kogon, *SS Staat*, 372; Bruno Bettelheim, *The Informed Heart*, 186.

[40] Cohen, *Human Behavior*, 123-4 y tambien 136. Hay algunas similitudes aquí con la conducta de los africanos que han perdido sus tierras de caza, según lo afirma Colin M. Turnbull en *The Mountain People*, 135-154.

[41] Según me han dicho, lo mismo sucede algunas veces en las comunas juveniles. Puede entonces que sea más fuerte entre personas de la clase media.

campo, es decir, había un pequeño número de gente "fuera de la ley entre quienes estaban fuera de la ley", reos que querían aprovecharse de otros prisioneros y robarles, lo cual sin duda era suficiente para provocar esta atmósfera de miedo y sospecha.[42] Lo mismo sucede entre la población de las prisiones norteamericanas.

Además de las presiones generadas internamente, la heterogeneidad de la comunidad de prisioneros convertía la cooperación y la solidaridad —y por lo tanto la resistencia— en algo casi imposible.[43] El campo tenía prisioneros de los dos sexos, de todas las edades y de todas las posiciones sociales, desde los miembros de la nobleza más alta hasta los criminales de las clases más bajas. Había también diferentes antecedentes étnicos entre los cuales la hostilidad era feroz, incluida la que tenían entre sí los judíos de diferentes nacionalidades. En Theresienstadt, los judíos checos odiaban a los judíos alemanes. En un momento, uno de los primeros llegó a decir "¡Ahora sí los alemanes van a saber lo que quiere decir *transport*!". (La palabra era un eufemismo para denominar al envío de los priosioneros a los campos de exterminio). Los judíos checos también peleaban contra los sionistas.[44] De modo que ni la represión ni la miseria fueron suficientes para unificar a aquellos que llegaban a esa situación con pasados y expectativas muy distintos.

Las diferencias en el pasado cultural y social tuvieron importantes consecuencias para determinar la respuesta de cada individuo a la vida en el campo de concentración y su capacidad para sobrevivir a pesar de todos los esfuerzos de los oficiales por quebrantar a los prisioneros hasta convertirlos en una masa atomizada. Los que eran apolíticos, de clase media, incluidos los judíos asimilacionistas, fueron los más propicios a desintegrarse y a sucumbir, pues a pesar de que habían sido injustamente hechos prisioneros, no se atrevían a oponerse contra sus opresores ni siquiera con el pensamiento, lo cual, como observa Bettelheim, les hubiera dado el respeto por sí mismos que tanto necesitaban.[45] Muchos de ellos pensaban que todo era un terrible error, reacción que es quizá la más característica de quienes han tenido privilegios.[46] Para muchos alemanes de clase media, la desaparición de los "corsets sociales", es decir, de la etiqueta reconfortante y los títulos de respeto y posición, fue un choque traumático que no pudieron resistir.[47] Para algunos, el sentimiento de ser inocentes y de todos modos tener que sufrir,

[42] Gresham M. Sykes, *The Society of Captives: A Study of a Maximum Security Prision*, 76-8 y 90-1. Una atomización y falta de solidaridad similar entre los prisioneros ocurre bajo el régimen mucho más suave de una prisión noruega, según la analiza Thomas Mathiesen en *The Defences of the Weak*, sobre todo 124, 132, 141. Aquí la situación parece deberse menos a la escasez de recursos tales como los alimentos, que a una negativa generalizada entre los prisioneros de indentificarse con otros prisioneros, puesto que *todos* tienen la etiqueta de que requieren ayuda psiquiátrica y nadie quiere asociarse con alguien que lleve ese estigma.

[43] Cohen, *Human Behavior*, 208-9.

[44] Hans Gunther Adler, *Theresienstadt 1941-1945*, 123 y 303.

[45] Bettelheim, *Informed Heart*, 120.

[46] Alexander Weissberg, un distinguido médico soviético, tuvo la misma reacción cuando lo encarcelaron en la URSS. Véase su libro *Conspiracy of Silence*, 84, 103, 207.

[47] Kogon, *SS Staat*, 367.

competían con otros grupos informales, sobre todo los que se formaban entre los criminales comunes, de modo que surgían severas luchas faccionales entre los prisioneros. Los comunistas aprovechaban su posición para castigar a sus enemigos y premiar a sus amigos y aliados con trabajos más seguros, mejores alimentos y exclusión de las listas de enviados a los campos de exterminio, en las que ponían a sus opositores. Los comunistas y quienes trabajaban voluntariamente con ellos, aceptaban la culpa inherente a las decisiones que condenaban a muchos a la muerte, con la esperanza de salvar a unos cuantos, y supuestamente de mejorar las condiciones en el campo como un todo.[54] Como lo señaló Bettelheim, de esta manera producían las justificaciones típicas y la ceguera social de una clase dominante.[55] Y sin embargo crearon el centro de la resistencia que hubo y que pudo haber dentro de los campos, organizaron la propaganda clandestina y la distribución de las noticias, y además hicieron todo lo que pudieron para minar la confianza y la moral de los SS. Como confiesa Kogon, que era un miembro no comunista de esta élite de prisioneros, no podían influir de manera efectiva en la política, es decir, no podían evitar los transportes de la muerte, y como administradores informales del campo, sus actividades requerían al menos de un grado mínimo de colaboración con los SS. Fue así como se convirtieron en el alma de la élite del campo (*Prominenten*) en Buchenwald y en otros lugares.

Con el tiempo, una parte de esa élite del campo, incluidos los políticos, se volvió corrupta. Alimentos de los que abastecían el campo eran sustraídos y enviados a las familias de la élite de prisioneros. En etapas posteriores de la guerra, algunos miembros de este grupo desfilaban alrededor del campo en trajes bien confeccionados y con pequeños perros amarrados, precisamente en momentos en que los SS ya no calzaban las altas botas, sino los zapatos reglamentarios del ejército. Todo esto ocurría en medio del caos de miseria, inmundicia, enfermedad, hambre y muerte.[56] Así pues, los campos de concentración forzaron a los activistas revolucionarios a asumir un ambiguo papel "reformista". E incluso si los individuos nunca aceptaron la autoridad moral de sus opresores, al mismo tiempo que la combatían, se corrompieron por ella.

La resistencia fue un asunto de la élite de los prisioneros, pues la masa estaba atrapada en otras redes sociales que se formaban y crecían en torno a la pertenencia a un mismo dormitorio o a la asignación a un mismo trabajo. En ambos casos, los SS obligaban a la gente a cumplir tareas que eran imposibles de realizar para la mayoría de los seres humanos, sobre todo considerando que estaban en una situación de desnutrición. Si uno de los prisioneros fallaba, toda su unidad recibía castigo, lo cual generaba una enorme hostilidad hacia cualquiera que por fracasar en su tarea o por debilidad física atrajera la

[54] Kogon, *SS Staat*, 308, 310-15.

[55] Bettelheim, *Informed Heart*, 184-6.

[56] Sobre la élite en los campos véase Bettelheim, *Informed Heart*, 183-6; Kogon, *SS Staat*, 315, 317, 322, 347, 374-6; Adler, *Theresienstadt*, 309-12.

atención de un SS, y esta actitud se intensificaba por el hecho de que era imposible que los prisioneros dirigieran su hostilidad hacia donde debían hacerlo, que era contra los SS. Uno de los síntomas de este alto grado de hostilidad era la rudeza verbal y la inexistencia absoluta de esos lubricantes sociales de las relaciones en la vida diaria que son las palabras "por favor" y "gracias". Cuando un recién llegado las utilizaba, recibía a cambio una andanada de obscenidades.[57]

Por ejemplo, cada mañana los prisioneros tenían que "arreglar" correctamente sus camas, lo cual quería decir rellenar la paja de los colchones para que quedaran tan derechos y lisos como una tabla y poner de tal manera la cobija que todo quedara perfectamente alineado. Algunos SS llegaban a utilizar instrumentos de medición para asegurarse de que las camas habían sido arregladas correctamente. Otros disparaban sus pistolas por encima de ellas para asegurarse de que estaban completamente planas. Y todo esto, además de ir al baño y a lavarse, el prisionero lo tenía que hacer en un tiempo muy limitado. El resultado por lo general era el caos más frenético, tensión, ansiedad, pleitos y golpes entre ellos. Como lo cuenta Bettelheim:

> La cooperación entre unos pocos amigos que existía en la mayoría de las unidades dejaba de tener efecto junto al desorden feroz que reinaba entre la mayoría. Los que dormían en la fila de hasta arriba desarreglaban los colchones de los que estaban abajo y lo mismo hacían otros con los que quedaban a su lado, y así.[58]

La hostilidad era particularmente dura contra los recién llegados. Los viejos prisioneros tenían una especie de orgullo por su fortaleza para haber sobrevivido y haberse convertido en "manos viejas". Pero la razón principal era que el nuevo ponía en peligro a todo el grupo cuando no sabía las reglas del juego. El nuevo podía ser difícil de manejar y por ello podía provocar la ira del SS sobre todo el grupo. Había la misma hostilidad hacia los muy débiles, que se podían convertir en informantes.[59]

Desde la perspectiva de esta investigación, el aspecto más significativo de la organización social de los prisioneros en los campos fue la manera como ésta funcionó para inhibir cualquier acción que oliera siquiera a resistencia heroica (su efecto sobre los comunistas ya había aparecido, y eso que ellos tienen inclinación a menospreciar los gestos heroicos de otros y a pasar por alto sus propios fracasos). Según observa Bettelheim, los SS casi siempre tuvieron éxito en evitar que se crearan héroes o mártires:

> Si un prisionero trataba de proteger a otros y eso llamaba la atención del guardia, se le asesinaba inmediatamente. Pero si la acción llegaba al conocimiento de la administración del campo, todo el grupo era severamente castigado. De esta manera, era el propio grupo el que terminaba por resentirse contra su protector porque sólo les traía sufrimiento.

[57] Bettelheim, *Informed Heart*, 136, 168, 212; Kogon, *SS Staat*, 372.
[58] Bettelheim, *Informed Heart*, 213, 216.
[59] Bettelheim, 170, 171. Kogon, 375.

Bettelheim da un ejemplo concreto. Dos hermanos marchaban de regreso al campo, como parte de una columna que volvía de un trabajo. Encontraron a un oficial SS que les ordenó que se revolcaran varias veces en el lodo, "deporte" relativamente inofensivo que era costumbre entre los SS. Uno de los hermanos perdió sus lentes en una zanja llena de agua al lado del camino. Por ello pidió y obtuvo permiso para buscarlos y se lanzó a ella. Una vez salió sin ellos y se volvió a zambullir otra vez sin éxito. Cuando estaba dispuesto a abandonar la búsqueda, el SS le obligó a zambullirse una y otra vez hasta que murió ahogado o por un paro cardiaco. Quizá porque este ejemplo de sadismo parece haber sido algo fuera de lo común o quizá porque algún civil alemán presenció la escena, el hecho es que se hizo una investigación sobre esa muerte; se llevó a toda la columna de prisioneros ante el comandante del campo para que dieran su versión de los acontecimientos. Uno a uno, todos dijeron que no habían visto nada y que no podían dar ninguna información. Sólo el hermano de la víctima se sintió obligado a hacer algo para vengar esa muerte y dijo la verdad. Esa noche se le hizo comparecer frente a un oficial de menor rango, pero ya para entonces estaba totalmente desesperado, porque era obvio que su declaración no sólo lo había puesto en peligro a él, sino a todos sus compañeros en el grupo de trabajo, quienes temían la venganza de los SS y además temían que su jefe, que era más o menos suave, fuera despedido, lo cual sería un desastre. Habiendo perdido a su hermano ese día, el hombre además temía por su propia vida, por su jefe en el trabajo y por los reproches de sus compañeros. Pero ya era demasiado tarde para retractarse y cambiar su testimonio. Unos días más tarde su cuerpo llegó a la morgue en condiciones muy extrañas. Días después murieron otros miembros de la columna asesinados con inyecciones. En más o menos tres meses, todo el grupo y todos los posibles testigos habían sido eliminados.[60]

Presiones similares para obligar a rechazar cualquier papel de resistencia heroica existen en las prisiones norteamericanas, y sin duda forman parte de la respuesta humana "natural" a la opresión. Por ejemplo, en una prisión de máxima seguridad, cualquier hombre que se ponga a desafiar a los guardias y a afirmar su dignidad frente al insulto es conocido como la "maravilla equivocada", y los otros prisioneros no lo consideran un símbolo aceptable de oposición y valentía, sino que más bien lo tratan como a un tonto, uno que altera el delicado sistema de compromiso y corrupción que es la base de la sociedad en la prisión. Para los demás prisioneros, un individuo de este tipo aparece como alguien que sacrifica el bienestar de todos los demás en aras de sus arranques y berrinches infantiles.[61]

De manera similar, los judíos, tanto dentro como fuera de los campos de concentración, temían que un comportamiento que pudiera identificarse como judío pudiera incrementar el antisemitismo.[62] Bettelheim informa de

[60] Bettelheim, 141, 145.
[61] Sykes, *Society of Captives*, 100.
[62] Cohen, *Human Behavior*, 188-90.

un caso conmovedor de la vida civil alemana que podría ser representativo. Una joven de familia no judía tenía un padre que era un convencido antinazi. De él, a quien adoraba, pudo ella adquirir la fuerza para resistirse a este régimen. Pero la presión de sus compañeros la obligaba cada vez más a ceder en ciertos detalles pequeños y aparentemente inofensivos. En la escuela, por ejemplo, tenía que prometer lealtad al *Führer* y hacer varias veces el saludo hitleriano. Poco a poco empezó a sentir que su padre era causa de un conflicto moral bastante desagradable. Tiempo después, como parte de sus tareas escolares, se le encomendó hacer un censo de las familias en su lugar de residencia, tarea que también parecía inofensiva. Es ahí cuando se encontró con algunas familias judías y se sorprendió al comprender el significado de lo que estaba haciendo. Comprendió que ellos la veían como símbolo del régimen y que la odiaban, y entendió también que su resentimiento contra ellos era exactamente lo que el régimen quería que ella sintiera. Se odió a sí misma por ayudar a mandar judíos a la muerte y después no sabemos cuál fue su salida para este dilema.[63]

En este momento del análisis, podemos empezar a entender cómo se realizaba la identificación con los SS. Lo que a primera vista nos parece extraño y paradójico, que es la aceptación de la autoridad moral del opresor, se puede explicar en términos de tres grupos de causas. En primer lugar, un buen número de prisioneros, en tanto que alemanes "patriotas", compartían ciertos valores con los SS. Cuando en 1938 Bettelheim preguntó a más de cien exprisioneros políticos si creían que la historia de los campos debía de publicarse en periódicos extranjeros, no todos estuvieron de acuerdo en que esto fuera deseable. Según él, casi todos los no judíos efectivamente creían en la superioridad de la raza alemana y se enorgullecían de lo que consideraban los logros del estado nacional socialista, y sobre todo de su política de expansión por anexión.[64] En segundo lugar, como ya hemos visto, existían fuertes presiones sociales sobre los individuos en contra de la resistencia heroica, porque esos actos amenazaban la supervivencia del grupo al que pertenecían. Entre la masa de prisioneros resulta claro que las tendencias hacia la resistencia eran aplastadas. La organización de los comunistas no tomaba en cuenta —ni podía hacerlo— esas presiones. Cualquier *acto* de resistencia no provocaba la aprobación, sino la condena moral del grupo. El pensamiento y la palabra *sub rosa* eran cosa distinta. Además, toda la situación hacía hincapié en que la rudeza era el modelo de conducta, y no difería mucho de la brutalidad de los SS. Por eso no nos resulta sorprendente que algunos de los prisioneros más viejos y más condicionados imitaran a los SS. Muchas veces eran ellos los encargados de deshacerse de los nuevos, a los que consideraban poco aptos, y aunque este proceder era necesario para su propia supervivencia, de todos modos estaba modelado según los cánones de los SS. Y de la misma manera, si bien para protegerse a sí mismos requerían de la eliminación de los traidores, la forma en que se les torturaba lentamente

[63] Bettelheim, *Informed Heart*, 291-3.
[64] *Idem*, 169-70.

y durante días y días hasta la muerte, era copiada de la SS y la Gestapo. Muchas veces, cuando unos prisioneros estaban a cargo de otros en el trabajo, los encargados se comportaban con más crueldad que los mismos SS, y no sólo los que habían sido criminales, sino también los viejos prisioneros. Estos últimos se querían identificar con los SS incluso en la apariencia, a pesar de que estaba prohibido. Así, trataban de conseguir viejos uniformes o de componer las ropas de la prisión de modo tal que parecieran uniformes. Muchos sentían gran satisfacción si durante el diario recuento de prisioneros, a la hora de pasar lista, podían mantenerse firmes correctamente o presentar un saludo garboso. Y también era bastante frecuente que el propio SS pusiera en práctica por un corto tiempo alguna regla sin sentido, por el simple hecho de que le venía en gana y se encaprichaba en ello. Pronto dicha regla era olvidada, a pesar de lo cual los viejos prisioneros seguían cumpliéndola y tratando de obligar a los otros a hacerlo, mucho tiempo después de que el SS ya se había desinteresado del asunto. Por ejemplo, una vez uno de ellos ordenó a los prisioneros que lavaran sus zapatos por dentro y por fuera con agua y jabón. El resultado fue que quedaron duros como piedras. La orden nunca fue repetida y muchos ni siquiera la cumplieron la primera vez, pero algunos de los prisioneros más viejos no sólo siguieron haciéndolo cada día, sino que insultaban a quienes no lo hacían y los acusaban de negligentes y sucios. Según Bettelheim, esos prisioneros estaban firmemente convencidos de que todas las reglas impuestas por los SS eran patrones de conducta deseables, por lo menos en el campo.[65]

Como ya se dijo antes, esta conducta no era universal. Algunos prisioneros tenían la actitud exactamente opuesta y consideraban que todas las reglas de los SS eran ridículas.[66] Si bien la aceptación a los SS y la identificación con ellos sólo parece haberse dado en una minoría de los casos, resulta bastante significativo para nuestros propósitos porque, a diferencia de lo que sucedió en los lugares de adoctrinamiento y en los centros de "lavado de cerebro" para prisioneros de guerra civiles norteamericanos en Corea, en los campos de concentración nazi el fenómeno no fue intencional.[67]

[65] *Idem*, 170-2.

[66] Cohen, *Human Behavior*, 137-8.

[67] Las similitudes y diferencias entre los campos de concentración y los centros de adoctrinamiento para prisioneros de guerra son ilustrativas. En estos últimos también faltaban los alimentos, el sueño y la privacía, aunque no en el mismo grado, lo cual servía al mismo propósito de aumentar el nivel de los deseos, a fin de producir un aprendizaje más rápido. También existía la brutalidad, aunque en menor grado. El primer paso para obligar a un prisionero a cambiar sus creencias era el interrogatorio intensivo sobre su vida de antes, a fin de cuestionar sus viejas creencias sobre sí mismo, y de ser posible provocarle un sentimiento de culpa sobre su conducta pasada y presente como "enemigo del pueblo". Las autoridades de la prisión consiguieron además manipular a los grupos informales a los que pertenecían los prisioneros, de manera bastante similar a la que se llevó a cabo en los campos de concentración, haciéndolos ejercer presión sobre el individuo para que éste adoptara el nuevo conjunto de supuestos políticos. El nuevo prisionero estaba rodeado por otros que ya habían hecho "progresos" en la adopción de los nuevos puntos de vista. En etapas posteriores, el prisionero se veía obligado a buscar las respuestas "verdaderas" que sus interrogadores querían oír, sin saber bien a bien lo

Lo que los datos disponibles no nos permiten saber es si la identificación con el agresor nazi llegó tan lejos como para impedir los sentimientos hostiles hacia los SS, aunque esto parece poco probable. Bettelheim observa que, en general, "la debilidad y la sumisión están cargadas de mayor hostilidad que la sola contraagresión abierta".[68] Es claro que la mayoría de los prisioneros odiaba a los SS, si bien no exactamente de la forma en que podría esperarse. Muchas veces se sentían más profunda y violentamente enfurecidos contra los SS por pequeños actos de crueldad, que por actos que eran mucho más terribles.[69]

Uno de los relatos menciona la ausencia de odio profundo y el hecho de que, para muchos prisioneros, los SS parecían más ridículos que odiosos.[70] Es comprensible que el deseo de venganza fuera poderoso, pero en buena medida tomaba la forma de fantasías. Muchas de las víctimas se dedicaban a hacer planes vagos y poco realistas sobre la posibilidad de hacer una revolución que no dejara nada en pie en el mundo, una vez que estuvieran fuera del campo.[71] Estas reacciones recuerdan a las que fueron las más comunes en las primeras etapas de distintos movimientos revolucionarios.

Así pues, el campo de concentración aparece como algo horrible, pero demasiado fácilmente reconocible como caricatura de más de una sociedad "civilizada". Encontramos la misma jerarquía de clases, la misma competencia por las migajas entre los individuos de los estratos más bajos, la misma emergencia de una élite reformista y arrogante entre aquellos cuyos principios se oponían al régimen, y una diversidad de mecanismos que produjeron, en los estratos subordinados, la aceptación de los valores de los dirigentes. Como veremos, la aparición de esos procesos sociales estará presente en la historia de la clase obrera alemana, y no sólo en la de ese país.

5. *Acallar el sentimiento de injusticia*

Sería un grave error considerar que el campo de concentración es un modelo general de represión. Sin embargo, es válido para el problema que ahora ocupa el centro de nuestra atención: las formas y mecanismos de la autorrepresión. Debido a que el campo de concentración utiliza la mayor cantidad de fuerza, hay buenas razones para considerarla como la menos efectiva de las tres formas que aquí se han considerado.

que buscaban. Este truco resultaba muy efectivo —como lo ha demostrado la experimentación— para establecer nuevas formas de conducta. También se otorgaba las formas tradicionales de gratificación social y material por adaptarse a la nueva doctrina. Por otra parte, el tratamiento parece no haber resultado efectivo por lo menos en tanto el individuo no volviera a un ambiente que confirmara o apoyara su nuevo modo de ver las cosas. Véase Edgar H. Schein, *et. al.*, *Coercitive persuasion*.

[68] Bettelheim, *Informed Heart*, 249.

[69] *Idem*, 129.

[70] Cohen, *Human Behavior*, 197-99.

[71] Kogon, *SS Staat*, 379-80, 384.

El capítulo precedente mostró evidencias para sostener la idea de que *sí* existe algo que podría denominarse como un sentimiento de injusticia recurrente y panhumano, que surge de la combinación de las necesidades de la naturaleza humana innata con los imperativos de la vida social. Como antes ya se había dicho que era posible acallar la demanda por la justicia y por el fin del sufrimiento humano, en este capítulo trataremos precisamente de descubrir las formas en que puede ocurrir tal ocultamiento. Cada uno de los tres casos extremos que aquí presentamos revela ciertos aspectos de este proceso general de autorrepresión.[72] Veamos ahora cuáles son los más importantes de ellos.

Sería un error comenzar por el ser humano individual y concreto. Propongo mejor ver el problema como un proceso de destrucción de la propia estima. Ésta debe ser creada, aun si el deseo de tenerla puede ser innato. En nuestra propia sociedad, que hace énfasis en el logro, la autoestima requiere ser renovada constantemente a lo largo de la vida. Desde el punto de vista de un grupo dominante, lo importante es inhibir cualquier sentimiento potencialmente peligroso y desviar cualquier tendencia innata hacia aquellos tales como el orgullo por hacer trabajos humildes[73] que pudieran sostener el orden imperante. Según la etiqueta de las castas, tal como se le aplica a los Intocables, es posible ver con bastante claridad cómo se pueden crear esos sentimientos. Una variedad difusa e informal de coherción que empieza desde la infancia podría ser el instrumento más efectivo para este propósito.

La etiqueta es una forma de inhibición que enseña a la gente a saber cuál es su lugar. A menos que los individuos deseen aprender, no hay ninguna forma o cantidad de enseñanza que resulte efectiva. Aquí entran en juego las privaciones materiales, originalmente en la forma de hambre. Los modernos prisioneros de guerra, que no pueden resistir la tentación de servir a sus captores a fin de conseguir mayores raciones de alimento, revelan la esencia de esta relación. El hambre incrementa la vigilancia hacia los indicios del medio ambiente social respecto a formas de comportamiento que reduzcan la angustia. Si bien hay una diversidad considerable entre un individuo y otro, el efecto que se produce hace a la gente más deseosa de aprender cómo satisfacer a las personas que están a cargo del medio ambiente. Cuando se han despertado los deseos, se vuelve mucho más difícil la simple retirada de la situación. Un rechazo crítico de las fuentes de gratificación parece casi imposible. El resultado es la aceptación de los códigos sociales y de los patrones que siguen quienes controlan la situación. Ésta es la forma elemental de la cooptación.

[72] Espero que haya quedado claro que este análisis es muy distinto de las interpretaciones críticas contemporáneas sobre la sociedad de consumo en el individualismo avanzado, en donde difícilmente hay sufrimiento físico del tipo que se acepta y respalda en estos tres ejemplos.

[73] No todo ese orgullo debe ser tachado de represión injusta, en tanto no estemos en condiciones de argumentar con seriedad que todas las formas jerárquicas de la división del trabajo son históricamente obsoletas. Véase sobre este problema el debate sobre la autoridad.

Estas consideraciones muestran que es necesario tomar en cuenta las definiciones culturales, las señales y fórmulas ya elaboradas, por el peligro que sienten los individuos al enfrentarse a ellas, sentimiento que adquieren del saber social y de las prácticas que los rodean. Si cada ser humano tuviera que resolver de nuevo cada una de las situaciones, la sociedad humana sería imposible. Las fórmulas culturales definen las necesidades sociales aceptables o inaceptables, el significado y las causas del sufrimiento humano y aquello que el individuo puede o debe hacer —si es que puede o debe hacer algo— respecto del sufrimiento. En el ascetismo, en la casta hindú y en menor medida en los campos de concentración, es posible encontrar un patrón de explicaciones culturales que ahogan el impulso de hacer algo respecto al sufrimiento. La explicación produce este efecto haciendo que el sufrimiento aparezca como parte del orden cósmico, por lo tanto inevitable, y en cierto sentido, hasta justificado. Más aún: estas formas de explicación ayudan a transformar los impulsos agresivos que provocan el sufrimiento y la frustración hacia el propio yo de la persona, es decir, hacia adentro, y esto es más notable en el ascetismo. Pero también es cierto en las creencias hindúes sobre las castas en general: si no se muestra respecto a los superiores en esta vida, en la siguiente no se encontrarán sino penalidades. En los campos de concentración aparecieron los mismos mecanismos entre aquellos prisioneros que precisamente habían aceptado la ley y el orden alemanes sin cuestionarlos, y que explicaban sus sufrimientos presentes como malentendidos o errores en la forma en que esa ley y ese orden eran aplicados a sus casos particulares.

Así pues, las definiciones culturales existentes de la realidad social limitan el espectro de posibles respuestas a esta realidad. Sobre la base de los tres ejemplos utilizados, es posible también distinguir cuatro tipos de procesos sociales que sirven para inhibir los esfuerzos colectivos que se pretendan realizar en aras de identificar, reducir o resistirse a las causas humanas del dolor y el sufrimiento. Apenas hace falta agregar que la acción efectiva contra las causas sociales del mismo debe ser colectiva; y que, aunque no se deben descartar los esfuerzos individuales —puesto que seguramente son mejores que no hacer de plano ningún esfuerzo, excepto cuando se dan a expensas de otras víctimas, como por lo general es el caso—, las actuaciones individuales, que ayudan sólo a una minoría, por lo general no cambian la situación.

Para este sociólogo, el conjunto más impresionante de datos útiles para estudiar estos ejemplos es la manera en que se forma la solidaridad entre los oprimidos *en contra* de aquel individuo que protesta o protege a alguien. Este mecanismo social no sólo ha aparecido en los campos de concentración, sino también en las prisiones comunes, y se le observa en el sistema de castas hindú, en el que, de manera menos abiertamente amenazadora, adquiere la forma institucionalizada de los Consejos de las clases bajas que castigan a sus propios miembros por la infracción de las reglas de casta. Las razones para este tipo de solidaridad son bien claras: cualquier acto de oposición corre el riesgo de provocar represalias, y ésta es una respuesta que amenaza a todo el grupo, de modo que éste hace toda suerte de esfuerzos espontáneos para

defenderse, lo cual sin duda y de manera inevitable sirve para perpetuar y aun para intensificar su sumisión.

Los otros tres procesos sociales son parte del saber común; tanto, que apenas requieren de comentario. Uno de ellos es la destrucción de las ligas y hábitos sociales previos entre aquellos que sufren, al grado de que los individuos se quedan sin ningún apoyo social por parte de otros seres humanos. Esto puede ser el resultado de una política deliberada por parte de los opresores, como en los campos de concentración, o bien la consecuencia de procesos sociales más difusos, que dan lugar a la desaparición de las formas tradicionales de ganarse la vida. Puesto que el papel que desempeña el apoyo social —por mínimo que sea— es fundamental para cualquier acto de crítica o resistencia, no hay necesidad de referirse a él aquí y se le encontrará en otro capítulo más adelante.[74] Tampoco hace falta discutir más sobre la cuestión de la cooptación, ya que sus elementos esencialmente psicológicos ya fueron analizados en relación con el aprendizaje social. En cambio, el último proceso social, al que se podría denominar como fragmentación, sí requiere de un breve comentario.

La fragmentación caracteriza a la situación de la población oprimida o subordinada cuya experiencia histórica previa la hubiera dejado dividida en dos o más grupos en competencia, cada uno con sus propias y distintivas formas de vida. Esas divisiones, que van sobre líneas de clase, etnia, religión y ocupación, muchas veces interfieren con cualquier cooperación, por mínima que sea, por ejemplo, entre los prisioneros de los campos de concentración. Formas similares de fragmentación han sido el obstáculo a la cooperación en otros contextos; por ejemplo, las divisiones étnicas entre los trabajadores industriales en Estados Unidos o el problema de las minorías en el imperio austrohúngaro. Este tipo de fragmentación es contrario al proceso de atomización del que ya hemos hablado, pues implica por lo general la intensificación de las ligas sociales previas, en lugar de su destrucción. Un conjunto de obligaciones, heredadas junto con la hostilidad, encapsulan a la víctima individual al grado de que le es imposible romper sus relaciones y establecer otras con los seres humanos que sufren la misma situación. Demasiado apoyo social o un apoyo que no se adapta a las circunstancias, pueden hacer que una persona se vuelva ineficiente, y con ello le pueden crear tanto dolor como si no tuviera ninguno.

Todos los procesos psicológicos, culturales y sociales hasta ahora revisados, funcionan juntos o separados para crear el sentimiento de que el dolor y el sufrimiento tienen autoridad moral, de que esas experiencias son, hasta cierto punto, moralmente deseables, y de que las propias experiencias aparecen como inevitables. Quizá por eso la conquista de lo inevitable constituya la esencia de las cuestiones que estamos considerando. De ser así, tal conquista debe existir tanto en el mundo real como en el de las emociones, percepciones y razonamientos humanos. Si bien esta pista parece prometedora,

[74] Sin embargo, vale la pena observar que el ascetismo puede producirse como reacción individual o colectiva a la tensión.

habrá límites obvios a cualquier desarrollo en este sentido, hasta después de que examinemos la dimensión histórica. Mientras tanto, podríamos invertir el razonamiento que hemos empleado en este capítulo y considerar los mecanismos sociales y psicológicos que los seres humanos han utilizado o tratado de utilizar para sobrellevar la pérdida de la esperanza frente a la adversidad.

CAPÍTULO TRES

EL RECHAZO DEL SUFRIMIENTO Y LA OPRESIÓN

1. *Los problemas*

En términos de los argumentos presentados en el primer capítulo, sobreponerse a la autoridad moral del sufrimiento y la opresión significa persuadirse a sí mismo y a los otros de que ya es tiempo de cambiar el contrato social. De manera más específica, la gente termina por creer que un conjunto nuevo y diferente de criterios debería de entrar en efecto para elegir a aquellos que tienen la autoridad y respecto a la forma de ejercerla en lo que se refiere a la división del trabajo y a la distribución de los bienes y servicios. Ésta es una manera algo complicada de acercarse al problema. Afortunadamente, quienes trabajan activamente para conseguir los cambios, expresan esto mismo de manera más simple y dicen frases como "trabajadores del mundo uníos", "salario justo para trabajo justo", "tierra para los campesinos", "Libertad, Igualdad y Fraternidad", pues de otra manera, nunca hubiera habido cambios. Pero en cuanto uno trata de discernir lo que realmente ocurrió, así como aquello que los líderes políticos trataron de lograr, y las diferencias entre ambas cosas, entonces ya se vuelve necesario utilizar términos más complicados. Sírva esto como advertencia de lo que queremos decir al hablar de sobreponerse y cambiar un sistema social opresivo.

Para decirlo de manera más técnica, en este capítulo estamos buscando aquellos procesos generales que se dan en el nivel de la cultura, en el de las estructuras sociales y en el de la personalidad individual, cuando ciertos grupos de gente dejan de considerar definitivos sus medios ambientes sociales y se oponen a ellos o los rechazan de manera activa. El proceso principal de la transformación cultural conduce a minar el sitema prevaleciente de creencias que confiere legitimidad, o por lo menos naturalidad, y algún grado de correspondencia a las expectativas comunes sobre el orden social existente.

En cuanto a la estructura social, es la creación de una presencia social efectiva, alguna forma de organización para oponerse a la autoridad organizada, tal como el tercer estado, los negros, etcétera. Como parte de la nueva identidad política, aparecen nuevos diagnósticos sobre las miserias humanas y nuevas medidas para condenarlas. En algunos casos, esa innovación puede llegar hasta el reconocimiento y descubrimiento de la infelicidad, lo que sin embargo es absolutamente diferente de inventarla, ya que en ese caso se pro-

duce una "infusión de hierro"[1] hacia el alma humana que le da el poder de juzgar y de actuar. El proceso culmina en la toma del poder o, más exactamente, en una parte decisiva del mismo y en el eventual establecimiento de un nuevo tipo de sociedad.

El proceso puede ser más o menos pacífico y gradual o relativamente violento y abrupto, aunque nunca ha sido completamente lo uno o lo otro, ni tampoco es algo que ocurra en todos los tiempos y en todos los lugares. No he encontrado prácticamente ningún indicio de esto en las sociedades iletradas.[2] La casi total ausencia de pensamiento crítico y de acción del tipo que se acaba de esbozar resulta bastante sorprendente incluso en aquellos trabajos antropológicos que penetran bastante por debajo de las normas culturales, de las cuales los nativos informan a los extranjeros, para llegar a niveles más profundos. Es bastante probable que este tipo de procesos sociales no sea aparente hasta que los seres humanos hayan alcanzado un nivel de civilización más complejo; y tampoco, por ningún motivo, aparecen en todas partes cuando ya se alcanzó ese nivel. Hasta el siglo XX, éste era un rasgo característico de lo que de manera muy amplia se llama "civilización occidental". Pero situarlo de modo más preciso en el tiempo y en el espacio resulta una exigencia más grande que la que en este punto requieren nuestros argumentos. Estamos en un momento similar al de aquél en que un naturalista trata de esclarecer si existen las jirafas, de modo que por ahora puede dejar de lado el problema de su habitat exacto.

Antes de proceder, es necesario indicar una limitación más sobre lo que puede abarcar esta discusión. No voy a decir absolutamente nada sobre el proceso real de la toma del poder en situaciones revolucionarias y no revolucionarias, debido a que el análisis histórico de la tercera parte va a considerar dos situaciones revolucionarias en detalle. Sin embargo, no estaría mal hacer aquí una breve observación general. Creo que hay una tendencia a hacer demasiado énfasis en las corrientes sociales subterráneas a largo plazo que están por detrás de las explosiones revolucionarias, así como de algunos importantes cambios pacíficos, y de subestimar la importancia del control sobre los instrumentos de la violencia —el ejército y la policía— así como de la significación de las decisiones tomadas por los líderes políticos. Las tendencias a largo plazo sólo brindan tentaciones y oportunidades para los líderes políticos y establecen los límites de aquello que es posible en términos de pensamiento y acción. Aquéllos que han hecho la historia revolucionaria en nombre de Marx, supuestamente reconocen que éste es el caso, al menos de manera más clara que muchos de los marxistas que escriben historia.

En este punto de la exposición, el mejor procedimiento consistirá en analizar cómo se superan los obstáculos sociales y culturales de alguna manera

[1] Recordamos al lector que esta expresión que emplea el autor significa "infundir fuerza", pero la hemos dejado literal (aunque entrecomillada) por el sentido particular que él le da. T.

[2] Para un ejemplo de un informante que tuvo una visión muy detallada y crítica de la forma del funcionamiento de su propia sociedad, véase Napoleon A. Chagnon, *Yanomamö: The Fierce People*, 17, 93-6, 137.

razonablemente sistemática. Mi voluntad objetiva es la de mantener dicho análisis en un nivel de generalización lo suficientemente amplio como para que salgan a la luz las consideraciones más importantes y queden en su lugar, sin por ello necesariamente despegar hasta abstracciones que no tienen sentido. En la tercera parte volveremos sobre muchas de las mismas cuestiones, después de examinar cómo funcionaron algunos de estos procesos durante una parte decisiva de la historia occidental moderna. Por lo tanto, el tratamiento de estos temas será deliberadamente tentativo, esquemático y general. Cuando lleguemos a los aspectos psicológicos y a lo que realmente quiere decir "poner hierro en el alma humana", entraremos a un terreno nuevo y difícil, por lo menos para este autor. El problema de la autonomía moral queda a la vista, y lo mismo la cuestión de cuáles procesos psicológicos están por detrás de la adquisición de un juicio moral independiente. Quienes han estudiado estos problemas de manera empírica, lo han hecho desde puntos de vista muy diferentes y no siempre han llegado a las mismas conclusiones. He elegido, como una estrategia que probablemente nos proporcionará resultados válidos, la de revisar y reinterpretar estas evidencias, y por ello la exposición e interpretación de los procesos psicológicos deberá ser mucho más detallada y extensa.

2. *Aspectos culturales y sociales*

Es muy difícil precisar en dónde y cómo empiezan los procesos de superación de la autoridad moral del sufrimiento y la opresión. Esto se debe en parte a que es poco probable que el principio sea muy visible. De la misma manera, es difícil ver una razón lógica o empírica para conferir un aura de hegemonía causal a los cambios que tienen lugar en cualquiera de las tres áreas que convencionalmente (aunque esto todavía no es muy claro) designaríamos como cultura, estructura social y personalidad. Lo que sí es claro, es que el grado de cambio en una de las áreas está limitado por el grado de cambio en las otras. Las revoluciones industriales no llegan sin cambios a la naturaleza humana, y las revoluciones intelectuales se quedan siendo modas o juguetes de un sistema social poco favorable. Por lo tanto, no importa mucho dónde empieza la investigación, pero puesto que hemos comenzado por observar que en alguna parte, cerca del principio del proceso, seguramente hay algún individuo concreto que tiene dudas sobre la legitimidad del sufrimiento que prevalece, sería más útil observar en primer lugar la naturaleza de la legitimidad.

En el caso de las sociedades estratificadas y civilizadas, es posible distinguir ciertos tipos de reglas que están conectadas con los estratos dirigentes. Por supuesto que no hay una forma pura de ninguna variedad específica de estratos dirigentes, pero sin embargo, las variaciones en el énfasis son suficientemente claras y las categorías teocracia, élite militar, plutocracia y

burocracia no sólo corresponden a realidades observables, sino que aparecen con la dosis usual de mezclas y superposiciones, para cubrir el espectro real de variaciones que la experiencia humana ha proporcionado hasta ahora. Siguiendo esta línea de pensamiento,[3] podemos ver que cada tipo específico de grupo dirigente tiene posibilidad de exhibir su forma particular de vulnerabilidad al ataque crítico, y se puede esperar que cada tipo de estrato dominante tenga su propia forma de contrato social basada sobre sus propios principios específicos de desigualdad social. Esto a su vez acentúa la importancia de cualquier función social que cumplan o afirmen cumplir los estratos dominantes.

Una de las principales tareas culturales que enfrenta cualquier grupo oprimido consiste en minar y hacer explotar las justificaciones del estrato dominante. Estas críticas pueden tomar la forma de intentos por demostrar que dicho estrato no cumple las tareas que afirma cumplir y por lo tanto viola el contrato social específico, pero es mucho más frecuente que tomen la forma de críticas contra individuos específicos de los estratos dominantes que no cumplen con el contrato social. Tal crítica deja invioladas las funciones del estrato dominante. Y sólo las formas más radicales de ella se han propuesto la cuestión de preguntarse si los reyes, los capitalistas, los curas, los generales, los burócratas, etcétera, sirven en algo a algún propósito social útil.[4]

En las sociedades con un fuerte énfasis teocrático, una de las críticas populares más características ha sido la de que los sacerdotes obtienen demasiado, en la forma de bienes materiales, en comparación con los beneficios que afirman producir. Sólo en una etapa muy posterior es posible que haya comentarios escépticos sobre el hecho de que sus rituales no sean efectivos para que crezcan las cosechas, sean abundantes la caza y la pesca, se curen las enfermedades o huya el enemigo. En situaciones de tensión, la gente no está dispuesta a ceder nada de lo que pudiera funcionarle. Por lo general, como han señalado de manera diferente Sumner y Malinowsky, los curas manejan aquellos aspectos de la existencia humana que están más allá del control humano, ya sea porque efectivamente estén más allá de él o sólo porque socialmente se les defina como incontrolables. Mientras exista cualquiera de estas situaciones, es muy probable que siga existiendo en alguna forma la función del cura.

Una élite militar o una aristocracia es más fácil de juzgar y condenar cuando sus miembros fracasan en traer la victoria o la protección, pues ahí la violación del contrato social es obvia para todos. Pero si el régimen puede

[3] Esto deriva por supuesto de Gaetano Mosca, *The Ruling Class*. En sus términos, estoy afirmando que cada tipo de fórmula política tiene sus debilidades específicas.

[4] Vale la pena recordar que el marxismo establece las principales formas de los estratos dominantes, en una secuencia de evolución histórica en la que cada una es eliminada del escenario histórico una vez que se ha cumplido su tarea de llevar a la humanidad a través de una fase específica del camino hacia la mayor libertad. Con su concepto de obsolescencia histórica, Marx trata de contrarrestar los cargos de irrealismo o de blando idealismo que se hacía a las nociones utópicas más estáticas y a su idea de que era posible prescindir de las desigualdades sociales.

mantener el control más allá de los medios de la violencia, podría ser el más difícil de todos para deshacerse de él. El grado en que los obstáculos dependen de la tecnología moderna es algo que nos resulta problemático. Así, sobre la base de un análisis sobre Shaka, el déspota zulú que estableció uno de los regímenes de terror más efectivos de que se tiene noticia sin el uso de cámaras de gas, ametralladoras o guillotina, el sociólogo E. V. Walter afirma que no son los instrumentos de violencia como tales lo que resulta decisivo, sino las técnicas de control social.[5]

Los ataques radicales contra una sociedad militarista toman la forma de ataques contra la ética militar y heroica. Desde Adam Smith, a través de Herbert Spencer y hasta Thorstein Veblen, es posible seguir una corriente de pensamiento que señala al materialismo y al racionalismo como los enemigos de la ética militar y heroica y que establece así una relación entre estos dos y los impulsos de dominación y explotación. Con la decadencia en el siglo XX de las élites preindustriales y la intensificación de la violencia y la opresión, los principios básicos de la moderna sociedad industrial han sido, como toda persona sabe, cada vez más criticados.

A diferencia de las aristocracias militares, y por razones que son obscuras, las plutocracias se las han visto negras para justificarse estrictamente en sus propios términos. Es difícil legitimar la acumulación del dinero como un fin en sí mismo. Quizá porque puede servir a casi todos los propósitos, el dinero, a diferencia de lo sagrado o de la sabiduría, tiene que ser un valor instrumental. Las críticas a la riqueza y las demandas de que ésta sea destinada a usos sociales aprobados, son tan viejas como la escritura humana. Esto no significa que las plutocracias sean inevitablemente vulnerables. Véase por ejemplo la de Venecia, una plutocracia estable si es que se puede hablar de una, y con todo, es la demostración de que es imposible que existan en su forma pura y de que en una plutocracia segura la extracción de la plusvalía económica tiene que ser indirecta y no, como sucedía en la turbulenta Florencia, dependiente de una población subordinada, pues de lo contrario la plutocracia podría ser la forma de orden social cuya legitimidad es más fácil cuestionar. Por el hecho de que la riqueza es un solvente de otros valores —debido a que hace posible comprar las cosas buenas de la vida— muchas sociedades ostensiblemente basadas en otros principios, muestran una fuerte tendencia a convertirse en plutocracias.

Las burocracias del bienestar son algo nuevo y bastante reciente en la historia. De hecho, son variaciones de la plutocracia, puesto que aceptan los mismos fines materialistas, pero sostienen que pueden alcanzarlos con mayor rapidez y mayor equidad. Estas concepciones de la equidad pueden chocar violentamente con la ética plutocrática, incluso cuando se la encubre de paternalismo. En la coyuntura histórica actual, hay dos variantes de esta burocracia. Una es la élite modernizadora en algún país económicamente atrasado, desgarrado por un levantamiento revolucionario y que está compuesta sobre todo por comunistas y socialistas con un fuerte patriotismo nacional.

[5] Eugene Victor, *Terror and Resistance*, 110-14.

Las reacciones críticas frente a esta élite pueden manifestarse afirmando que el liderazgo moderno y no tradicional, no está trayendo bienestar a la población, sino que se lo guarda para sí mismo, de modo que se está convirtiendo en un nuevo estrato dominante. También se podría hacer otra crítica desde la izquierda, en el sentido de que la élite no está modernizando con suficiente efectividad o rapidez. En ambos casos, la acusación va en el sentido de que el régimen está traicionando los ideales de la revolución.

La otra variante se da en los estados industriales avanzados. En ellos el impulso principal se toma hacia la distribución equitativa del producto social. Hasta ahora no se ha desarrollado completamente ningún ejemplo de esto, aunque Suecia se aproxima bastante a él y tanto el *New Deal* como los gobiernos laboristas han hecho intentos por moverse en esta dirección. Puesto que la modernización como tal ya no es una cuestión central en estos casos, las principales críticas populares sólo pueden ir en el sentido de que la distribución no es lo suficientemente equitativa. En los dos casos de la burocracia de bienestar, la única crítica racionalista tiene que ser instrumental, es decir, en el sentido de que el régimen no está haciendo su trabajo de manera adecuada. En estas circunstancias, una crítica más fundamental debe rechazar tanto la ética de la acumulación como la ética del trabajo.

Hay bases para afirmar que todas las formas posibles de este rechazo enfrentan el serio peligro de llegar a un callejón sin salida. La forma izquierdista de la crítica se convierte fácilmente en una religión apolítica de hermandad y amor, mientras que otras de las críticas importantes terminan en general por ser variantes inaceptables del conservadurismo. Una es el esfuerzo por revivir una ética heroica y militar y ya el fascismo ha mostrado a donde lleva. Otra es una visión más moderada que sostiene que, en esencia, es imposible que funcione este tipo de burocracia en un país industrial avanzado, porque el país no lo puede sostener, ya que el sistema destruye la iniciativa y no proporciona suficientes incentivos a la habilidad, es inflexible y termina por destruir, o al menos por debilitar, la producción, hasta el punto que pierde sus mercados (los domésticos tanto como los externos) y por lo tanto pierde también el alto nivel de vida que es prerrequisito de todo el sistema. No se deben desechar estos argumentos como si fueran sólo retóricos, pues sirven para afirmar que la combinación de las presiones institucionales obliga a una sociedad moderna a acumular riqueza y a fomentar la ética del trabajo, y que el castigo, cuando fracasa en ello, es el de la miseria muy extendida, bastante más de lo que sucede cuando unos cuantos pierden sus lujos moralmente sospechosos. Cualquier líder político e intelectual capaz de resolver estos problemas merecería la gratitud de la humanidad actual e incluso podría obtenerla.

Estas observaciones sobre los diferentes tipos de legitimidad y sobre sus bases sociales indican el espectro de aperturas disponibles a los grupos de oposición, así como las causas estructurales de la misma. Para cualquier grupo oprimido, la primera tarea consiste en sobreponerse a la autoridad moral que sostiene las causas de su sufrimiento, y así crear una identidad política

efectiva. Para nuestros propósitos analíticos es útil distinguir tres aspectos sociales y culturales importantes en este proceso. El primero es el que invierte las formas de solidaridad entre los oprimidos para ayudar al opresor. Ejemplos de este tipo de solidaridad es la hostilidad hacia el que se quiere rebelar en las prisiones norteamericanas y las conductas similares en los campos de concentración, en donde los prisioneros se disciplinaban unos a otros para cumplir con la voluntad de los guardias o de los SS. Trastocar este tipo de solidaridad y dirigir el antagonismo hacia afuera, contra el enemigo común, no es una tarea fácil porque incluso la solidaridad que ayuda al opresor proporciona un poco de protección para las víctimas. Tampoco se puede afirmar que todos los obstáculos a la acción colectiva contra los grupos dominantes se deban a las acciones y políticas de las autoridades. En las sociedades modernas, como veremos en la tercera parte, es particularmente importante la fragmentación que surge de una división del trabajo compleja.

El segundo aspecto del proceso es cultural en lugar de social: la creación de patrones de condena para explicar y juzgar los sufrimientos aceptables. Como se vio en el capítulo anterior, los seres humanos pueden aprender no sólo a aceptar, sino incluso a elegir el dolor y el sufrimiento. Si bien siempre queda un sustrato biológico de resistencia hacia las experiencias dolorosas —como creo que sucede—, de todos modos es posible siempre sobreponerse a esas tendencias instintivas a través de varias formas de condicionamiento. Como lo señalé antes, esta capacidad humana para ignorar y aceptar el sufrimiento es esencial para la supervivencia humana y, por lo tanto, cualquier movimiento político contra la opresión tiene que desarrollar un nuevo diagnóstico y un nuevo remedio para las formas de sufrimiento ya existentes. Además, tanto uno como el otro, el diagnóstico y el remedio, tienen que llegar al punto en el que el sufrimiento sea moralmente condenado. Estos nuevos patrones morales de condena constituyen la identidad esencial de cualquier movimiento de oposición.

Como parte de esta nueva identidad basada en una nueva percepción del mal, se desarrolla una nueva definición de los amigos y los enemigos. En cualquier sociedad, a menos que esté completamente aislada y entonces el cambio social de largo alcance sea bastante improbable, las definiciones de amigo y enemigo se tienen que aplicar a las sociedades vecinas, casi siempre competitivas. Se trata de un proceso de redefinición del enemigo externo que es lo bastante difícil como para requerir atención como aspecto separado de la creación de una identidad política efectiva por parte de los movimientos de oposición. El brote de patriotismo de los jacobinos en tiempos de la Revolución Francesa, y el fracaso de la solidaridad internacional de la clase obrera cuando se declaró la primera guerra mundial, vienen a la mente como ejemplos célebres de esos intentos por redefinir al enemigo externo. Y el problema no se reduce nada más a los tiempos modernos. En la historia de las ciudades-estado griegas, el conflicto doméstico entre ricos y pobres, oligarquía y democracia, estaba inextricablemente mezclado con el conflicto entre los diferentes tipos de configuración de ellas. En otros tiempos y lu-

gares, las grandes religiones mundiales y los movimientos sectarios dentro de ellas han contribuido en buena medida a la definición y redefinición del enemigo externo.[6]

En lugar de seguir especulando sobre estos tres procesos socioculturales, en este momento es mejor tenerlos presentes para la investigación histórica de la segunda parte. Son estas cuestiones sobre las que deberemos permanecer alertas al examinar los materiales concretos y los indicios, a fin de encontrar posibles significados sobre hechos a los que de otro modo no les pondríamos atención. Una vez que se haya trabajado sobre los materiales históricos, podremos entonces llegar a otros procesos que por supuesto son importantes y estaremos en una mejor posicíon para explicar estos que hemos esbozado.

Sin embargo, hay un aspecto general de todo el proceso que requiere de comentario antes de pasar a analizar lo que sucede con los seres humanos individuales. Puesto de la manera más cruda, se trata de esto: ¿en verdad a las clase bajas les importan algo los principios vigentes de legitimidad en su sociedad?, ¿qué tanto saben en verdad de estas cuestiones y cuánto les preocupan? Obviamente que la respuesta va a variar en cada caso. En las sociedades preindustriales estratificadas, con un estrato dominante cuyo modo de vida es radicalmente diferente al de los campesinos, la vida en el campo, la aldea y el pueblo sigue en buena medida el curso de sus propios ritmos sociales y mentales, y es muy difícil evaluar cómo esas personas piensan y sienten, aunque tenemos más información sobre cómo se comportan. No sabemos mucho más en el caso de los estratos inferiores de diversos pueblos antes de los tiempos actuales, pero por lo que nos dicen los antropólogos sobre las sociedades iletradas y por lo que podemos inferir de los estudios históricos, hay pocas dudas de que la conducta de los campesinos y artesanos de la era preindustrial se adecuó a *algunos* principios de organización social que se pueden descifrar en forma bastante clara, o dicho de otra manera, son principios de legitimidad. También queda bastante claro que ésos tienen, de alguna forma, que mezclarse con los principios que prevalecen entre los estratos dominantes, y que la naturaleza de esta mezcla tendrá consecuencias significativas para las formas y características del descontento social. Más aún, una distinción rígida entre los estratos dominantes y la masa de la población no es para nada una situación universal de las sociedades preindustriales. En este sentido, Rusia y Japón en el siglo XVIII eran muy diferentes. De modo que, para completar estas observaciones, veremos cómo un intento por evaluar la significación de los principios de legitimidad, inmediatamente nos

[6] Es adecuado incluir aquí una advertencia sobre la tendencia moderna a encontrar formas de protesta social, sustentadas económicamente, detrás de esos movimientos. Si bien casi siempre es posible encontrar un aspecto económico en cualquier movimiento social, tal descubrimiento no puede justificar la afirmación de que una protesta basada en lo económico constituya la parte más importante de la explicación. Para descubrir qué es lo más importante, es necesario calibrar todas las fuerzas en acción y, sobre todo, la base de la evidencia específica; evaluar su importancia relativa, así como la relación entre sí. Esto está lejos de ser fácil, en ausencia de procedimientos experimentales.

lleva a problemas que tienen que ver con las redes y relaciones sociales que unen o no a los grupos dominantes y a los subordinados de la población.

3. *La autonomía moral y la personalidad humana*

En todos los momentos de estos complejos procesos, los individuos humanos concretos tienen que actuar y, de cierta manera, lo hacen. ¿Qué es lo que les da el coraje para romper parcial o totalmente con el orden social y cultural en el que están insertos? Esto es lo que nos preguntaremos ahora.

La respuesta del sentido común es que el dolor de sufrir termina por provocar, tarde o temprano, un acto de desesperación; pero ésta no es una respuesta muy satisafactoria, ya que por sí mismos el dolor y el sufrimiento no proporcionan una explicación adecuada. Como se señaló en el capítulo anterior, el dolor puede anestesiarse y hay situaciones que llevan a los seres humanos a infligirse dolor a sí mismos, mientras que en otras la acción contra el dolor puede ser o parece fútil o amenazadora de un sufrimiento todavía peor.

Ahora, parece ser un ingrediente necesario algo del "hierro en el alma" del que hablamos antes, pero ¿qué quiere decir esto y cómo se consigue? En este punto es donde quiero analizar las respuestas que la psicología moderna puede o no dar a este problema. Sin embargo, antes es necesario tratar de ser más preciso sobre lo que quiere decir el poblema mismo.

Las respuestas más fáciles pueden ser la autonomía moral o la fuerza moral, pero ninguno de estos dos es un concepto satisfactorio. La frase "fuerza moral" no describe por sí sola las cualidades que estamos buscando. Los seres humanos pueden tener la fuerza de sus convicciones y también la voluntad de enfrentar las abrumadoras presiones sociales y al mismo tiempo, se pueden comportar de manera cruel y opresiva. Dado que esta cuestión volverá a surgir cuando se examine la conducta de los soldados nazis que enfrentaron la hostilidad pública, y en ocasiones hasta los golpes de la policía en la República de Weimar, no hay necesidad de referirse a eso aquí.

En cambio, el concepto de "autonomía moral" presenta problemas más complejos desde el primer momento en que reflexionamos sobre él: ¿puede existir la autonomía moral en un universo supuestamente gobernado por la causación universal?, ¿es el concepto de autonomía moral algo más que una pura ilusión?[7] También sobre esto volveremos después, en un contexto más amplio, donde intentaremos probar la concepción de las alternativas históricas suprimidas en el caso concreto de un momento crítico en la historia de Alemania —que es la historia de la sociedad occidental moderna—: cuando el intento por establecer un régimen liberal viable en ese país fracasó después de la derrota y la revolución de 1918. En este punto, trataré de esbozar una

[7] Véase Robert Paul Wolff, *The autonomy of reason: a commentary on Kant's Groundwork of the Metaphysic of Morals*, especialmente 194-222.

posición lo suficientemente sólida como para justificar la pregunta, pero por ahora basta con proponer algunas de las cosas que la autonomía moral puede o no significar.

Para decirlo sin rodeos, la autonomía moral puede no significar la autoindulgencia o el reconocimiento sin dolor de alguna necesidad enorme. No es un acto de autonomía moral negarse a aprender las reglas de la aritmética; no por lo menos en el mundo moderno. Las ideas de "autenticidad", "encontrarse a sí mismo" y "desarrollar las propias potencialidades", que empezaron a ganar popularidad a mediados de los años sesenta, tienen poco que ver con la autonomía moral (o con el cambio social o político) porque esta corriente de pensamiento no puede enfrentar de manera seria y concreta la cuestión de cuáles son las limitaciones necesarias a los seres humanos para vivir en la sociedad o en sus márgenes. La misma palabra "autonomía" es sospechosa, porque tiende a ocultar estas limitaciones que, aunque pueden ser variables, son inevitables. En el otro extremo de la escala, hay una distinguida tradición intelectual que reconoce como limitación inevitable a la libertad humana una que define como reconocimiento de la necesidad. De algún modo parece inadecuado llamar sumisión a cualquier limitación, no importa qué tan necesarias o benéficas sean la autonomía o la libertad. Sin duda todos tenemos el derecho, es más, la obligación intelectual y moral de dudar, más aún cuando resulta que el reconocimiento de la necesidad implica fuertes sacrificios para los otros y una posición privilegiada para aquellos lo suficientemente inteligentes como para reconocer la necesidad.

Sin embargo, parece imposible extirpar de nuestro pensamiento las ideas de autonomía moral y fuerza moral, que, aunque están relacionadas entre sí, son distintas y bien podrían agregar algo a ese "hierro en el alma" de que hemos hablado. También trataremos de buscar las explicaciones para su existencia que nos dan psicólogos de las más diversas posiciones. La primera cualidad, que todavía podemos llamar fuerza moral, lo es en el sentido de una capacidad para resistir a las presiones sociales poderosas y amenazadoras que obligan a obedecer órdenes *opresivas* o *destructivas*. La segunda cualidad es la habilidad intelectual para reconocer cuándo las presiones y reglas son de hecho opresivas. Este reconocimiento puede tomar la forma de un despertar moral en términos de los patrones de conducta existentes y, en mucho, reprimidos. La tercera capacidad, la inventiva moral, es todavía más rara y no tengo mucho qué decir sobre ella. Es la capacidad que consiste en conformar, a partir de las tradiciones culturales existentes, nuevos patrones históricos para condenar lo que existe. Cada uno a su manera, pero eso es lo que hicieron Jesús y Martín Lutero, que fueron innovadores morales. Es posible que esta capacidad exista en algunos seres humanos comunes y corrientes,si bien en un grado mucho menor.

Al acudir a la literatura sociológica para que nos ayude a explicar este conjunto de cualidades, queda clara una cuestión que quizá debía haberse hecho obvia desde antes. Lo que sea que quiera decir autoridad moral, es algo que existe en grados diversos y bajo condiciones más o menos posibles de especificar. Los psicólogos han utilizado diferentes procedimientos y han

comenzado con supuestos generales muy distintos, para llegar a hallazgos que nos dicen bastante sobre de dónde viene esta cualidad, sobre las circunstancias que promovieron su desarrollo en la personalidad humana y, más todavía, sobre aquellas circunstancias que pueden evitar su aparición e incluso destruirla. Intentaré ahora revisar e interpretar algunos de estos hallazgos.

Un lector no especializado que analice esa literatura buscando iluminación, pronto se dará cuenta de que algunos psicólogos hacen énfasis en la significación de las circunstancias concretas y de las situaciones específicas, como las determinantes principales de la conducta humana, y por ello esperan que la mayoría de la gente se porte de la misma manera en situaciones similares. Muchos de esos investigadores utilizan técnicas de laboratorio para inferir sus hallazgos, mientras que otros hacen énfasis en lo que los legos llamarían carácter y personalidad, al distinguir las formas en que los diferentes seres humanos perciben y responden a circunstancias similares externas. Para este último grupo de psicólogos, las circunstancias entran en la corriente de causación como influencias en la formación del carácter y la personalidad. Puesto que las explicaciones del grupo anterior son tanto demasiado simples como demasiado impactantes, lo mejor sería empezar con ellas.

Hay dos grupos de experimentos que se han vuelto famosos fuera de los círculos profesionales, porque presentan demostraciones impresionantes de lo fácil que puede ser crear y manipular presiones de grupo sobre el individuo, de manera tal que éste suprime no sólo las inclinaciones humanas, sino incluso la evidencia bastante poco ambigua de los sentidos. La esencia de los dos conjuntos de experimentos consiste en colocar a un adulto norteamericano común y corriente en una situación experimental ideal en la que las presiones sociales lo fuercen a tomar decisiones en contra de sus inclinaciones racionales y humanas "normales" y esperadas. Casi todos los hallazgos fueron en el sentido de que la mayor parte de la gente claudica ante tales presiones. Sin embargo, los dos experimentos dan también información sobre *algunos* individuos que *no* ceden a las presiones ideales de la situación experimental. Los experimentos también informan sobre las condiciones bajo las cuales esta minoría no cedió y bajo las cuales los resultados generales del experimento se invirtieron. Éste es un aspecto de especial significación para nuestros propósitos, porque proporciona importantes indicios respecto de las condiciones bajo las cuales la autonomía moral puede superar obstáculos severos. Para hacer esto más comprensible, es necesario, sin embargo, decir algo sobre cada uno de los experimentos.

En el experimento de S. E. Asch, diseñado para descubrir algunos efectos de la presión del grupo sobre las capacidades de los individuos para juzgar,[8] se les pidió a los sujetos individuales que emparejaran el largo de una línea determinada con el de tres líneas desiguales. El sujeto se sentaba en un

[8] Véase Asch, "Effects of group pressure upon the modification and distortion of fundaments", en Harold Guetzkow ed., *Groups, Leadership and Men*, 177-90, 185-6.

cuarto junto con un grupo de otras personas, todas haciendo lo mismo, y luego identificaba las tres líneas en voz alta. Si aparentemente los demás que participaban en el mismo experimento eran "otras personas", de hecho se trataba de ayudantes del experimentador. El experimento se realizó varias veces con sujetos distintos.[9] En medio de la monótona tarea de emparejar las líneas, de repente el sujeto encontraba que sus juicios eran unánimemente contradichos por los otros miembros del grupo, que, como sabemos, estaban coludidos con el investigador. En promedio, un 32%, o sea, por lo menos un tercio de las respuestas del sujeto, se volvían equivocadas por las presiones de la mayoría.

Se trataba de situaciones en las que los individuos negaban la simple y llana evidencia de sus sentidos para adaptarse a las opiniones de los demás. Sería muy útil saber si esos sujetos cedían a los modos de pensar de los otros porque pensaban que se trataba de cuestiones sin importancia, y saber también si se portarían de manera diferente en una situación que les pareciera más importante en términos de posibles consecuencias. Pero no es posible descubrir todo al mismo tiempo. Los resultados son lo suficientemente ilustrativos, sobre todo en aquellos casos en que el experimentador hizo algunas alteraciones de las condiciones de experimentación. Por ejemplo, en una ocasión colocó a *dos* sujetos muy ingenuos en el grupo, de modo que la proporción de errores pro-mayoritarios en el juicio bajó a un 10.4%. En otra ocasión, cuando el sujeto real escuchó a uno de los ayudantes del investigador anunciar la respuesta correcta *antes* de que él pudiera hablar, y eso mientras que los demás ayudantes daban respuestas incorrectas, la proporción de errores pro-mayoritarios bajó hasta un 5.5%.

Si bien el experimento hace patente el considerable poder que tiene la presión de grupo, también revela lo que puede disolverla. Un solo aliado puede proporcionar el suficiente apoyo como para permitir que una persona haga un juicio correcto, por lo menos en esta situación tan simplificada. Así por ejemplo, cuando el emperador está desnudo, podemos inferir que debe ser capaz de contar con la imaginación unánime de sus súbditos para proveerlo de un guardarropa adecuado. Naturalmente que sería poco inteligente sacar alguna conclusión demasiado optimista con un solo ejemplo. Aunque no conozco datos experimentales, hay suficientes bases para suponer que la relación funcionaría igual de bien a la inversa: un individuo ya predispuesto a hacer juicios equivocados y sobre todo en cuestiones que le son importantes a él mismo, muy probablemente no necesitará más de un aliado para confirmar su posición incorrecta.

El propósito de la segunda serie de experimentos llevados a cabo por Stanley Milgram, era el de descubrir hasta qué punto y en qué condiciones

[9] Para llevar a cabo un experimento de este tipo, es necesario ocultar su verdadero propósito al sujeto. También es costumbre explicar el propósito inmediatamente después, o al menos lo más pronto que sea posible, y discutir el experimento de manera libre y completa con el sujeto o sujetos. Algunos experimentos, como el siguiente, provocan serios debates éticos. Éste, llevado a cabo por Asch, fue —hasta donde yo pude ver— bastante benigno.

los seres humanos dejaban de obedecer a la autoridad legítima ahí donde sus órdenes se volvian obviamente crueles. En el experimento básico se reclutaba a sujetos voluntarios por medio de unos anuncios en los diarios locales y otros enviados por correo, de modo que se trataba de gente con una gran diversidad de ocupaciones y de pasados educativos. Éstos eran al principio sólo hombres y después ya fueron también mujeres.[10] Lo primero era que dichos sujetos recibían instrucciones en el sentido de que, como voluntarios, tendrían que administrar o recibir choques eléctricos a fin de adquirir la información científica sobre la relación entre el castigo y el aprendizaje, y recibían una síntesis clara y breve respecto a la naturaleza de esta relación, que era parte del engaño necesario para el experimento. El siguiente paso era que el sujeto entraba en un laboratorio montado muy realistamente y en compañía de otro "voluntario" que de hecho era un actor entrenado, cuyo papel consistía en parecer un "estudiante" al cual el sujeto real, en el papel del "maestro", le administraría choques eléctricos cada vez más severos. Además, el sujeto era presentado con un "experimentador" vestido, cual corresponde, con una bata blanca. Éste era también un ayudante del psicólogo y debía desmpeñar el papel de autoridad legítima. La pieza principal del equipo de laboratorio era un tablero lleno de interruptores eléctricos construido muy realistamente, pero que por supuesto era pura pantalla. Había quince botones que iban de los 15 a los 450 voltios, y a intervalos había indicadores de la severidad de la sacudida. Ésta subía en ocho pasos desde"suave" hasta "peligro: choque severo", que era de 375 voltios, y el resto, hasta lo más alto, estaba simplemente marcado con "XXX". Todo el conjunto tenía un aura efectiva de seriedad científica.

Poco después de entrar el sujeto a través de una serie de equipos dibujados, se encuentra ya sentado frente a este aparato, asumiendo su papel de "maestro", mientras que el actor ha asumido el suyo de "estudiante". El "experimentador" instruye al "maestro", esto es, al sujeto real del experimento real, para administrar choques cada vez más severos al "estudiante", cada vez que éste se "equivoca" en el aprendizaje de pares de palabras. Las "equivocaciones" eran por supuesto deliberadas y constituían una parte importante del experimento real. Mientras tanto, el "experimentador" de bata blanca daba instrucciones de manera neutral al "maestro", en el sentido de que continuara con el experimento, aumentando la severidad de los choques después de cada equivocación. Es evidente que el actor "estudiante" desempeñaba su parte perfectamente bien, de modo que, conforme aumentaba la severidad de los choques, mostraba mayor dolor, moviéndose y retorciéndose en su sillón y pidiendo que el "experimento" terminara. (Hubo algunas variaciones en las diferentes formas del experimento.) También el

[10] Me parecen convincentes los argumentos del autor, en el sentido de que la muestra era lo suficientemente representativa para los fines de la encuesta, y el de que aquellos que no lo hicieran voluntariamente es posible que no se comportaran de una manera lo suficientemente diferente como para afectar los resultados generales. Véase Milgram, *Obedience to authority* 170-1.

"experimentador" desempeñaba muy bien su papel, de modo que los dos papeles pudieron ser estandarizados para evitar que influyeran en los resultados. Cuando el actor "estudiante" comenzó a mostrar mayores signos de incomodidad o de dolor, el inocente sujeto "maestro" comenzó a mostrar resistencia a continuar aumentando los choques, pero el "experimentador" le informó que el experimento *requería* que los continuara administrando y agregó: "aunque pueden ser dolorosos, no se hará ningún daño permanente a los tejidos, así que por favor continúe".

Los sujetos que desempeñaron el papel de "maestros", creían que de verdad estaban infligiendo dolor a un extraño en aras de la experimentación científica. El propósito de Milgram era ver hasta qué punto el sujeto rompería con el pseudoexperimento, negándose a obedecer las órdenes del "experimentador" de administrar choques cada vez más severos. Sobre la base no sólo de la información general, sino también de entrevistas previas a una gran diversidad de personas, incluyendo a un grupo de psiquiatras a los que preguntó qué tan lejos imaginaban que eran capaces de llegar las personas en este tipo de situaciones y qué tan lejos serían capaces de llegar ellos mismos, Milgram esperaba que la mayoría de los sujetos romperían y desobedecerían en un momento bastante temprano de la administración de los choques, y sin embargo —y para su sorpresa y horror— la mayoría de los sujetos llegaron hasta el fin o casi, es decir, llegaron a administrar toda la fuerza de los choques marcados con "XXX".[11]

Para poder descubrir si la obediencia a la autoridad del "experimentador" era la causa real de este colapso en la autonomía,[12] Milgram incluyó un buen número de variaciones sobre las formas básicas del experimento que aquí relaté. Resulta muy convincente su evidencia de que la situación de autoridad producía la obediencia, y si bien esto es importante por sí mismo, sin embargo no es lo que estamos buscando, pues más bien tratamos de encontrar qué sucede con la desobediencia, y particularmente con aquella que tiene principios. Las variaciones crearon situaciones en las cuales la obediencia a las instrucciones del "experimentador" disminuía de manera considerable o de plano desaparecía. Éste es el aspecto más importante del experimento en lo que se refiere a nuestros propósitos.

[11] Después de esto, el grupo de experimentadores deshizo el engaño y en el curso de una amplia discusión informó a los sujetos sobre el verdadero propósito del experimento. Estas discusiones y otras formas de seguir el punto de vista de los sujetos sobre su propia conducta, proporcionaron algunos de los datos más valiosos.

[12] Véase *idem.*, p. 133, para el empleo del término "autonomía". A riesgo de haber pasado por alto algo, nunca vi que el autor empleara el término "autonomía *moral*", más bien en algunos lugares se refiere al "juicio moral", pero se trata de cuestiones sin importancia. El experimento es una imaginativa investigación sobre la capacidad humana para tener juicios morales y acciones independientes, que es lo que estamos analizando aquí. Sin embargo, hay una situación de la vida real que merece atención. Como lo señala el propio Milgram (175), los experimentos no estudian la obediencia forzada de los oprimidos. Los sujetos eran voluntarios pagados. Y con todo, la distinción no es tan grande como supone el autor, pues había elementos coercitivos para el sujeto individual en la situación experimental, y además, en la vida real los grupos oprimidos por lo general aceptan un cierto grado de legitimidad de sus opresores.

Antes de analizar estas variaciones, vale la pena señalar que hubo por lo menos un caso de negativa a seguir adelante con el experimento básico y que parece haberse basado en objeciones de principio contra el hecho de provocar sufrimiento. Se trataba de una mujer con una profesión paramédica que había crecido en la Alemania nazi y acababa de inmigrar a Estados Unidos, pero no se pudo hacer mucho con esto a pesar de lo interesante que era. En general, la conducta de las mujeres no difirió de manera significativa de la de los hombres.[13] Hubo muchos alemanes que no adquirieron ninguna aversión hacia la crueldad en razón de sus experiencias bajo el régimen nazi. Incluso esta mujer no se detuvo hasta casi la mitad del experimento, en el punto en que decía "choque muy fuerte"; y con todo, su negativa a seguir adelante a pesar de la orden explícita del experimentador, fue una decisión calmada pero firme: la de no aceptar responsabilidad por hacer daño. Por excepcional que pueda ser, evidentemente es posible una conducta moral autónoma.

En la forma estandarizada del experimento, el individuo se encontraba completamente solo para enfrentarse a la autoridad, es decir, a aquella que se refiere a la ciencia, y particularmente la que está cercana a la ciencia médica, la que por lo general se percibe como benigna (los experimentos se llevaron a cabo entre 1960 y 1963. Si se los hubiera realizado a principios de los setenta, entre una población de estudiantes universitarios, los resultados hubieran sido muy diferentes). Es muy posible que los sujetos de Milgram sintieran que la ciencia era benigna, o no se hubieran ofrecido como voluntarios para el experimento. Además, se les aseguraba que los choques no causaban daño permanente a los tejidos. Resistir solitario a la autoridad, y más aún, a una que se define como esencialmente benigna, es una tarea extraordinariamente difícil para cualquier ser humano; en cambio, con apoyo social, se vuelve mucho más fácil.

Milgram demostró muy bien esto en una de las variantes de su experimento, en la que proporcionó al inocente "sujeto" dos "maestros" adicionales que eran sus ayudantes, los cuales en ciertos momentos, primero uno de ellos y luego el otro, se negaron a seguir obedeciendo las órdenes del "experimentador". Entre todas las variaciones del experimento básico, la de proporcionar apoyo social fue sin duda la más efectiva para contrarrestar la autoridad del "experimentador".[14] Con el apoyo de sus pares, la sospecha que pudiera tener el sujeto inocente sobre si estaba haciendo algo malo, podría salir a la superficie y formar la base para la acción. Hay incluso casos —como lo revelaron las entrevistas subsecuentes— en que la idea misma de desobedecer se le ocurría a dicho sujeto por observar a otros que lo hacían. Por ello es posible preguntarse si este tipo de conducta verdaderamente representa una autonomía moral.

Hasta ahora los hechos, tal como resultan del experimento, se pueden interpretar así: la autonomía moral pura, en la forma de resistencia solitaria

[13] *Idem*, 63. Para casos individuales, 84-5.
[14] *Idem*, 116-21, sobre todo 118.

hacia una autoridad aparentemente benigna, es muy excepcional. Y en cambio, con el apoyo de los pares, el mismo tipo de resistencia aumenta mucho. Estos hechos derivan de lo que se puede observar en el mundo real y nos iluminan sobre por qué sucede. Lo que además revelan los datos es la significación que tiene el apoyo moral para un razonamiento moral correcto.[15] Incluso con apoyo social, el individuo tiene que reconocer la naturaleza del razonamiento y actuar de acuerdo con ella.

Otro conjunto de variaciones ingeniosas sobre el mismo experimento básico consistió en cambiar el grado en el que el sujeto que administraba el choque podía tener conciencia del sufrimiento y de las quejas de las "víctimas" En un extremo, dicha"víctima" quedaba fuera de su vista en un cuarto adyacente, de modo que las respuestas aparecían señaladas con luz en una caja especial frente al "maestro". Cuando se llegaba a los 300 voltios, las paredes del laboratorio resonaban con los golpes de protesta que daba el "estudiante". En el otro extremo de la variación, era necesario que el "maestro" presionara la mano del "estudiante" sobre una plataforma de choque, también de mentiras. Entre estos dos extremos había dos pasos intermedios que no voy a describir. La obediencia a las órdenes del "experimentador" decaía agudamente conforme aumentaba la proximidad con el "estudiante-víctima" y al contrario, mientras éste estaba lejos de la vista, el 65% de los sujetos obedecía. Así, en el caso de la mano, sólo el 30% obedeció cuando se trató de presionarla, y de manera similar, disminuyó fuertemente la intensidad del choque que los sujetos estaban dispuestos a administrar.[16]

Si lo interpretamos en términos de situaciones de la vida real, estos datos muestran que una voluntad para obedecer órdenes legítimas, pero opresivas, puede disminuir rápidamente si la situación permite o requiere una conciencia del sufrimiento de la "víctima", porque eso provoca la identificación con ella. Esto no es sorprendente. Los que están a cargo de mantener el orden en una población hostil, por lo general se encargan de que sus subordinados tengan un mínimo contacto con aquellos a quienes controlan. El aspecto más provocador del material estudiado radica en que demuestra el gran poder que esa empatía podría tener en circunstancias adecuadas. Es necesario recordar que la desobediencia a esas variantes del experimento seguía siendo un acto solitario que se hacía en oposición a una figura de autoridad definida como benigna, con la cual el sujeto había adquirido una obligación por el hecho de voluntariamente tomar parte en el "experimento" y por el hecho también de que se le aseguró que la "victima" no corría peligro real. Entre más se piensa en la situación, con la ventaja que da la distancia, más sorprendente resulta que hubiera desobediencia y más aún que ella

[15] Es correcto siempre y cuando se acepte las premisas de la racionalidad humana, pero por supuesto que es perfectamente posible rechazarlas sobre bases lógicas y afirmar que los seres humanos deben ser estúpidos y hacerse daño entre sí. Aunque obviamente hacen esto con bastante frecuencia, pero la cuestión de si ello les resulta bueno o malo ya no es lógica, sino empírica.

[16] *Idem*, 32-6 sobre todo la tabla 2.

ocurriera en escala tan amplia. Es evidente que la empatía puede penetrar obstáculos muy poderosos en las condiciones correctas. Si combinamos los resultados hasta ahora analizados con el material sobre las consecuencias de la rebelión de los pares para minar la autoridad, podemos hacer una interpretación del experimento bastante diferente a la de Milgram, cuyo énfasis está puesto sobre los peligros inherentes a la tendencia humana hacia la obediencia.

Esto, sin embargo, es una cuestión que trasciende en mucho a este experimento tan limitado, aunque excepcional. Aquí resultaría más adecuado comentar algunos aspectos. En la situación artificial de laboratorio, la empatía que resultó efectiva requirió del contacto físico cercano, y casi seguramente de otros factores difíciles de especificar con exactitud. Pero la experiencia cotidiana basta para mostrar que la asociación cercana con otra persona —para no mencionar el contacto físico— es poco efectiva por sí misma para crear una identificación, y más todavía, es exageradamente fácil destruir, a partir de una experiencia, la conciencia que se pueda tener de que otro ser humano está sufriendo del mismo modo que podría sucedernos a nosotros. La práctica tan difundida de la tortura basta para demostrar esto. Por último, aun si existen conocimientos sobre la diversidad de condiciones que crean y destruyen esa identificación con otros seres humanos, no nos serían muy útiles, pues por sí mismo el amor, que es identificación, la empatía o como sea que se le quiera llamar a esa emoción o serie de emociones fugaces, nunca bastarán para estar lo suficientemente cerca de lograr que una sociedad humana se mantenga unida y funcione, y aunque bajo ciertas condiciones pueden ser muy poderosos, no sirven para llevar alimento y agua a las ciudades o para levantar la basura de las calles.

Las otras variaciones en el experimento de Milgram se refieren a limitaciones en la calidad y el grado de la autoridad, pero puesto que sólo de manera indirecta inciden en el problema de superar la autoridad moral de la opresión, sólo nos será posible comentarlas brevemente. La variación más significativa incide de manera importante sobre la noción de que los seres humanos tienen como características innatas la crueldad y la agresividad. En un cierto momento en el curso de los experimentos, surgió la idea de que los sujetos pudieran simplemente gozar al infligir choques a víctimas inocentes. Dos variedades del experimento pusieron a prueba esta idea. En una, el "experimentador" de la bata blanca abandonó el cuarto y dio las instrucciones por teléfono. El resultado fue que al estar él ausente, la obediencia disminuía de manera notable. En la otra, el "experimentador" daba instrucciones que permitían a los sujetos elegir cuál era el grado de choque que deseaban. La gran mayoría de ellos elegían el nivel más bajo posible del aparato.[17] Es claro que esos sujetos —con algunas excepciones individuales— no tenían inclinación a infligir daños a personas inermes. Tenía que estar presente un representante de la autoridad legítima y tenía que dar órdenes

[17] *Idem*, 59-62, 70-2.

explícitas para obligarlos a que cumplieran. Si los dejaban solos, es decir, si se les *pudiera* dejar por sí mismos, seguramente que los seres humanos se comportarían de manera menos humana y racional hacia los otros.[18] Las otras variaciones apuntan hacia una conclusión similar. La obediencia disminuyó en grados diversos, a veces de manera muy abrupta, cuando fueron alteradas las formas institucionales de la autoridad, cuando dos figuras de autoridad daban órdenes contradictorias o cuando la autoridad se transfería a una "persona ordinaria", en lugar de ser la del "experimentador" de bata blanca. En esta última, varios sujetos se levantaron y amenazaron verbalmente y hasta con la fuerza física para defender al "estudiante-víctima".[19] Si bien estos hallazgos también son sugestivos en muchos de sus detalles, no van en contra de lo que normalmente se espera de la conducta humana, en nada parecido a lo que se encontró en otros experimentos.

He dado cuenta del trabajo de Milgram con bastante extensión y lo he reinterpretado porque es de lo más relevante que se ha hecho para las cuestiones que estamos considerando. Se trata de un trabajo excepcional en términos de su capacidad para definir los problemas y para idear un procedimiento que arroje evidencias pertinentes. Si se le examina cuidadosamente, este conjunto de experimentos en psicología social, junto con los de Asch, indica que hay tantos modos de deshacer una atmósfera social opresiva que ahogue la autonomía moral, como maneras hay de crear tal atmósfera. Las puras capacidades humanas y su manipulación técnica parecen ser neutrales. Los obstáculos a la autonomía moral vienen más bien del hecho de que las oportunidades para controlar esta atmósfera están distribuidas de manera desigual en las sociedades organizadas jerárquicamente. Por razones diferentes, las oportunidades también son reducidas en las pocas sociedades que quedan sin jerarquía y estratificación social.

Para una buena cantidad de críticos de la moderna sociedad industrial, afirmar que las oportunidades de controlar la atmósfera social están "desigualmente distribuidas", sería algo grotesco y cómico. Siguiendo una tradición crítica bien conocida, la tecnología moderna y los medios masivos han hecho posible la manipulación de las actitudes humanas en una escala hasta ahora nunca imaginada. De esta manera, supuestamente han ayudado a destruir incluso la posibilidad de juicios independientes, tanto morales como políticos, en las sociedades industriales avanzadas. Echemos una mirada sobre lo que puedan decirnos al respecto las investigaciones de los psicólogos sociales contemporáneos.[20]

[18] La representatividad de la muestra incide aquí. Milgram en *Idem*, 170-1, informa que los experimentos fueron repetidos en Princeton, Munich, Roma, Sudáfrica y Australia, y en general arrojaron tasas algo *más altas* de obediencia. No es claro si las variaciones descritas eran parte del procedimiento experimental llevado a cabo en el curso de las repeticiones, pero hay suficiente evidencia de otras fuentes sobre la conducta humana y racional como una práctica en sociedades seguras y relativamente aisladas, como para garantizar la generalización.

[19] *Idem*, 93-9, 66-70, 105-7.

[20] Para un desafío planteado desde otro punto de vista, véase Walter, *Terror and Resistance*.

La impresión principal que producen esos estudios es que la población norteamericana no está dominada ni tiene el cerebro lavado por los medios. La gente, por lo general, no presta atención a lo que éstos tienen que decir, si para empezar no está interesada en el tema, como frecuentemente sucede. Los hallazgos de la investigación sobre la mala interpretación popular de los mensajes de los medios y sobre la falta de atención a los mismos, refuerzan la impresión de que la gente común forma sus ideas a partir de sus experiencias inmediatas y no a partir de los medios de masas, o que por lo menos es así en gran medida. Datos similares sobre la falta de actitudes "políticas" indican también que la gente *no* tiene ideas, o las tiene muy esporádicamente, sobre cuestiones bastante alejadas de sus preocupaciones cotidianas. Los acontecimientos dramáticos, tales como el asesinato del presidente Kennedy, sí captan su atención; aunque por supuesto, la gente los interpreta en términos muy personales. Una y otra vez, los que investigan los efectos de los medios destacan la importancia que tienen las predisposiciones emocionales e intelectuales previas del auditorio, así como su equipamiento intelectual, en el sentido de una acumulación de conocimientos, un marco conceptual y un estado de ánimo.[21]

En otras palabras, es imposible inferir el efecto de los medios a partir solamente de su contenido. La información que se da respecto a la atención prestada a las campañas políticas en Estados Unidos, no apoya ninguna idea en el sentido de que exista exposición selectiva hacia los mensajes políticos. La gente, cuando se interesa en cuestiones políticas, presta considerable atención a aquellos mensajes que se oponen a sus opiniones previas. Este hallazgo sugiere que los puntos de vista radicales y no muy respetables se filtran, y que primero atraen la atención precisamente en los márgenes de la respetabilidad. La capacidad para aceptar (o quiza para ignorar) las ideas contradictorias, se observa de manera muy clara en un estudio de una muestra de miembros de un sindicato que eran en su mayoría católicos, mientras que los líderes del sindicato eran comunistas. El periódico local apoyaba el punto de vista de la Iglesia sobre las relaciones americano-soviéticas, mientras que el semanario del sindicato, así como sus dirigentes, apoyaban la línea comunista. Los miembros de base, a quienes no preocupaban estas cuestio-

[21] Para una revisión general de la literatura, véase Walter Weiss, "Effects of the Mass Media on Communication" en Lindzey y Aronson, *Handbook of Social Psychology*, V, 77, 195. Para evidencias en contra de las nociones de exposición selectiva a los medios (por ejemplo, el evitar los puntos de vista contrarios o amenazantes) y la ausencia de evidencias en favor de cualquier efecto persuasivo de los medios, véase William J. Mc Guire, "The Nature of Attitudes and Attitude Change", en *ibid.*, III, 218-9, 227. Para evidencias de que un gran número de personas carecen de opiniones e intereses políticos coherentes y para algunos datos sobre la supuesta tendencia de los medios a reforzar las disposiciones generales previas, véase David O. Sears, "Political Behavior" en *ibid.*, V, 330-1, 349-51, 365. La ausencia de intereses políticos que aquí se afirma puede ser, en mi opinión, un reflejo de la definición que tiene el entrevistador de lo que es "político" y en la que se acentúan los intereses nacionales e internacionales. Por lo general, la gente tiene un diagnóstico y un remedio, por primitivos que sean, para aquellas presiones que le son dolorosas y que siente de manera directa. Hay excelentes datos sobre esto en Robert E. Lane, *Political Ideology*.

nes políticas, ni siquiera se habían dado cuenta de tales contradicciones,[22] pero es muy probable que hubieran reaccionado de manera muy distinta si se tratara de un asunto local muy "caliente".

Así pues, estos hallazgos dejan bastantes dudas respecto a la imagen orweliana de la moderna sociedad industrial como aquella que es manejada cultural e intelectualmente desde uno o algunos lugares centrales. Podemos entonces inferir que los obstáculos frente a la autonomía moral derivan más bien de causas materiales, como la inequitativa distribución de la riqueza y del poder.

Cuando uno cambia su interés de las presiones de grupo e institucionales sobre el individuo maduro, hacia los estudios sobre cómo el individuo humano *se vuelve* maduro y adquiere carácter o personalidad, la primera impresión es la de que hay un desacuerdo sin esperanzas entre las diferentes escuelas de psicología. Es en este punto donde las circunstancias externas, permiten ver su importancia como determinantes de la conducta moral en un momento dado del tiempo, a la vez que se plantean las limitaciones de un enfoque intemporal limitado a las técnicas de laboratorio. En uno de los extremos, el lector curioso encontrará escepticismo ante la posibilidad de que pudiera existir nada que ni remotamente se pareciera a la autonomía moral. La razón principal que subyace a este escepticismo es la creencia en la exagerada importancia de las situaciones específicas y concretas, con sus premios y castigos, como determinantes principales de toda la conducta humana, incluyendo la que se puede calificar de moral.[23] Esta cuestión es fundamental. Si no hubiera continuidad o, por lo menos, un patrón discernible en la conducta de la mayoría de los individuos, no podría existir nada parecido siquiera a la autonomía moral.

Con todo, hay algo sospechoso en este énfasis en la fuerza de las circunstancias, por poderosas que éstas sean, sin duda. La observación común de la vida de la gente que conocemos desde hace mucho tiempo, revela un patrón característico en la forma en que reacciona ante las circunstancias. Algunas personas se despiertan frente a los desafíos y tratan de superarlos, mientras que otras los eluden. Algunas personas están inclinadas a decir la verdad aún cuando ella sea embarazosa, mientras que otras mienten para tratar de salir adelante en situaciones de mínima dificultad.

Este conocimiento tan común está profundamente incrustado en el lenguaje en los términos que se utilizan para describir el carácter y la personalidad humanos. Es más, ese tipo de conocimiento puede ser una de las guías más peligrosas que puede tomar el pensamiento serio sobre los seres humanos, puesto que está lleno de prejuicios, falsas inferencias, estereotipos, mistificaciones, etcétera. Sin embargo, los esfuerzos para ganar precisión científica con el propósito de superar estos defectos, pueden imponer sus propias

[22] Walter Weiss, "Effects of the Mass Media", 87-9, 114-6, 159, 161.

[23] John Finley Scott, *Internalization of Norms; A Sociological Theory of Moral Commitment*, sobre todo 35-8 y la nota 116 donde el autor trata al agravio moral como real y explicable en términos de la teoría del aprendizaje.

anteojeras y limitar la exactitud de la visión. Creo que: 1) la resistencia a conceptos tales como la internalización de las normas (que difícilmente es un agregado elegante a la lengua inglesa), y 2) el énfasis sobre las circunstancias como *las* determinantes de la conducta humana, pueden venir de una inmersión exagerada en la atmósfera del laboratorio o de una fe ilimitada en el poder de éste para dar cuenta de la conducta humana.

En el laboratorio , es posible crear situaciones artificiales que limiten de modo muy severo las formas posibles en que puede reaccionar un sujeto; pero esto resulta necesario para probar una teoría. El psicólogo experimental desea limitar el espectro de formas posibles de conducta, como en los experimentos de Stanley Milgram que analizamos antes, a fin de encontrar cuál es la causa de que: si la crueldad deriva de la obediencia o de algún otro factor, por ejemplo, de las tendencias agresivas innatas. Sin embargo, no se puede confundir las significaciones artificiales y necesarias del laboratorio con muchas situaciones importantes de la vida real;[24] es más, en el laboratorio el investigador sólo puede observar un pequeño segmento de la conducta de un individuo y en un lapso breve de tiempo. Además, en el laboratorio no hay forma de observar los procesos de crecimiento, que duran muchos años, y tampoco es posible utlizar las técnicas para controlar y modificar las condiciones que influyen en esos procesos, de modo que los requerimientos del laboratorio pueden ocultar las continuidades y similitudes que existen en los períodos largos de tiempo. Las realidades humanas, y las otras, no están necesariamente organizadas de una manera tal que sean fácilmente accesibles a las formas más precisas de verificación. Una definición de verdad científica que hace demasiado énfasis en el método de verificación puede estar tan equivocada como cualquier concepción mística de la verdad, es decir, como algo que sólo se consigue tragando pedazos de infinito durante los momentos de gloria inefable.

En el extremo opuesto de este escepticismo respecto a la posibilidad misma de la autonomía moral, se encuentran los psicólogos que sostienen la concepción de una tendencia innata, que muestran en diversos grados todos los seres humanos, hacia la autonomía moral. Dos importantes tratradiciones convergen en esta afirmación. Una deriva de los trabajos de Sigmund Freud y aplica sus categorías, aunque con considerables variaciones y modificaciones, y la otra aparece en el trabajo de Jean Piaget y de aquellos que se han ocupado de ampliar y pulir sus teorías. Los investigadores que trabajan en cada una de las dos líneas, han desarrollado hasta ahora un cuerpo considerable de hallazgos empíricos[25] que analiza-

[24] Incluso en la investigación de laboratorio, los resultados por l ¿eneral son estadísticos y casi siempre hay excepciones a las relaciones descubiertas, pero si tales resultados son ambiguos, los hallazgos no se toman en cuenta. Sería más útil encontrar las razones de esta ambigüedad, en lugar de simplemente descartarla.

[25] La convergencia es más impresionante en Robert F. Peck *et al.*, *The Psychology of character development*, que es un estudio básicamente freudiano (con algunas referencias a Piaget) sobre el desarrollo del carácter adolescente, llevado a cabo entre estudiantes de secundaria en

remos ahora, no sin antes colocarlos en su contexto teórico, mostrando los puntos principales de convergencia entre ambas.

Para las dos teorías, el foco de interés y de investigación radica en ciertos procesos del crecimiento humano y de la maduración psicológica. Si bien Piaget y Lawrence Kohlberg tienen poco que decir sobre la infancia, su posición general es consistente con la imagen freudiana del niño como un pedazo de protoplasma centrado en sí mismo. Lo que es sorprendentemente parecido es el momento final, pues las dos escuelas ven el desarrollo humano como yendo siempre hacia adelante, aunque no necesariamente por eso logre una estructura de carácter y una personalidad moralmente autónomas. Cuando los seres humanos alcanzan su potencialidad completa (y si lo logran), son capaces de dar y recibir afecto y también de percibir y aceptar las reglas morales no como algo que les entrega la autoridad superior, ya sea divina o humana (desde el punto de vista freudiano, esta obediencia nunca desaparece del todo), sino como un conjunto de reglas aceptadas de manera libre y racional, que están sujetas a una crítica también racional, así como al cambio, y todo en aras de vivir juntos en la sociedad humana.[26] Ambas tradiciones hacen énfasis en la capacidad para la elección crítica y racional como la base para la obediencia y la desobediencia por principio, considerando a ésta como la última etapa del desarrollo, y colocan a las formas más emocionales de ésta como etapas específicas del camino hacia la madurez. La tradición freudiana dedica más atención y proporciona más penetración en lo que se refiere a la aceptación o rechazo emocional de la autoridad, mientras que Piaget y los que utilizan sus conceptos acentúan los aspectos más estrictamente cognoscitivos.

Aunque la etapa final de la autonomía moral muchas veces suena en estos escritos más como un ideal que como una realidad, en las dos tradiciones encontramos suficientes evidencias como para sugerir una aproximación razonable a la realidad. Para los propósitos de nuestra investigación, es más importante el camino que el destino final, mientras que para todos los investigadores el camino es sólo una serie de etapas y es el número y la descripción de éstas lo que varía mucho, según los intereses de los diferentes investigadores y según lo que deseen enfatizar.[27] La característica común en la concepción de las etapas es la tesis de que cada fase del crecimiento se construye sobre los logros de la etapa precedente; o, al contrario, es obstaculizada por los fracasos para completar las fases precedentes. Los seres humanos nunca completan todas las etapas. Los retrocesos limitados y las

una ciudad americana pequeña, y en Lawrence Kohlberg, "Stage and sequence: the cognitive-developmental approach to socialization", en David A. Goslin, ed. *Handbook of Socialization Theory and Research*, 347-480, que es un intento por aplicar las teorías de Piaget a un contexto transcultural.

[26] Véase el concepto de "moralidad racional-altruista" en Peck *et al.*, *The psychology of character development*, sobre todo 166, 171-7, y la etapa 6 del desarrollo moral de Kohlberg, la de la "conciencia" o de orientación de principios en "Stage and sequence", 376.

[27] Kohlberg, "Stage and sequence", 377, da una lista de las etapas propuestas por diez estudios hechos desde diferentes puntos de vista entre 1908 y 1966.

regresiones son posibles y aunque el proceso completo se detenga, de hecho la falta de crecimiento o su deformación es mucho más común que el paso con éxito hasta la madurez. Sin embargo, aquellos que trabajan dentro de esta tradición, afirman que los procesos de maduración psicosexual y moral muestran características universales que surgen de la interacción entre las necesidades humanas en desarrollo y las capacidades y experiencias universales que derivan del hecho de vivir en la sociedad humana.

Al acercarnos a temas y estudios más específicos, podemos empezar con una tesis bien establecida sobre la infancia, que también proporciona un ejemplo negativo particularmente ilustrativo. Es evidente que un medio ambiente de infancia en el cual está ausente el afecto y donde el castigo es brutal, frecuente y errático, puede dañar la psique humana a un grado que termina por ser imposible de reparar. Para una persona que crezca en un ambiente así, la autonomía moral es un prospecto bastante improbable. En *Children who hate*, Fritz Redl y David Wineman hacen un recuento vivo y conmovedor de un intento de rehabilitar a un grupo de niños con esa característica, sacados de un barrio muy pobre. Estos jóvenes mostraban frecuentes e incontrolables explosiones de hostilidad entre sí y hacia los adultos, que eran personas de buen corazón y comprensivas, y hacían lo mejor que podían para cuidarlos dentro de un ambiente experimental que era tan blando, como duro había sido el pasado de esos niños.

Estas explosiones de hostilidad surgían de la circunstancia de que estos jóvenes no habían adquirido nada más que un control superficial sobre sus impulsos y deseos, de modo que siempre que se frustraba alguno de ellos, el chico perdía la calma; incluso ante la menor frustración, de esas que son inevitables en la vida diaria, como tenerse que detener en un semáforo en alto, se podía desatar una ola de berrinches. Al mismo tiempo, los niños habían adquirido un vocabulario de obscenidades lo suficientemente rico como para hacer creer hasta a un adulto que poseían una amplia experiencia del mundo, y mostraban un notable ingenio para atormentar a los adultos que se hacían cargo de ellos.[28] No es necesario señalar que el tratamiento opuesto, el de la indulgencia total ante todos los impulsos y deseos, ni es practicable ni puede conducir a consecuencias deseables.

Hay otros estudios que confirman o amplían estos hallazgos, proporcionando evidencias sobre el tipo de crianza que favorece la autonomía moral y el que tiende a producir lo que se conoce como la personalidad autoritaria. El carácter racionalista-altruista que describe Robert F. Peck es el resultado de una crianza muy consistente, con mucha confianza y afecto (veremos pronto algunas razones para creer qué este estudio puso demasiado énfasis en la cuestión de la consistencia). Los padres se reservaban de manera firme y definitiva el derecho de tomar decisiones finales, cuando creían que esto era

[28] Redl y Wineman, *Children who Hate*, sobre todo el cap. 4. Colin M. Turnbull en *The Mountain People*, informa de una incapacidad similar para inducir el propio control y la atención hacia los otros, incluyendo los propios hijos —a los que se deja en los quicios de las puertas para que se mueran de hambre— entre los iks, una tribu africana cuya organización social se desintegró con la pérdida de sus terrenos de cacería.

necesario, y por otra parte, conforme el niño crecía y se volvía más capaz en sus juicios, los padres lo estimulaban y esperaban que tomara la responsabilidad de un número cada vez mayor de decisiones. En otras palabras, las familias no estaban "centradas en el niño" (en aquellas que sí lo estaban, los niños por lo general no podían desarrollar nada más allá de una moral de simple comodidad), y había castigos, pero eran suficientemente blandos y nunca constituían una expresión ni directa ni encubierta de hostilidad paterna. Ahí donde la hostilidad era más frecuente o se expresaba más libremente, una de sus consecuencias era la de regresar el desarrollo moral a una etapa más temprana y más cercana al tipo de personalidad autoritaria; la característica principal de tal personalidad es una fuerte dependencia de las fuerzas externas de la autoridad convencional, que se combina con actitudes de castigo hacia la "debilidad" y la inmoralidad.[29]

La idea de que el castigo puede por sí mismo ser un poderoso estímulo para el aprendizaje es hoy, en contraste con doctrinas anteriores, parte del *corpus* aceptado de la psicología, y cuenta con una buena cantidad de apoyo experimental, para no mencionar el del siempre presente sentido común humano.[30] También hay indicadores de que las formas de disciplina directamente punitivas, basadas en acciones físicas o verbales, no podrán inducir a un control autónomo sobre la conducta en niños pequeños, como lo haría una combinación del retiro del afecto y de la explicación de las razones de ese retiro. La explicación que se ha dado a esto hace énfasis en el papel que desempeña la ansiedad, misma que se produce por el retiro del afecto paterno y que depende poco de la presencia constante o de la proximidad física, y es posible por lo tanto, que se vuelva parte de la personalidad, a diferencia de la ansiedad que se genera por el castigo físico directo infligido por los padres.[31]

Aún más sorprendente es encontrar evidencias de que la consistencia rigurosa en la aplicación de los castigos y las recompensas puede no ser la manera más efectiva de enseñar algún patrón particular de conducta. Es más posible que se establezca de manera firme una respuesta a lo que podríamos llamar "parte de la personalidad", si los castigos para este tipo de conducta son algo erráticos.[32] Si se reflexiona sobre esto, no resultará difícil discernir que lo que cualquier gente llamaría "firmeza de carácter" se produce más bien por una gratificación intermitente que por una consistente. Para

[29] Peck *et al.*, *Psychology of Character Development*, 177-8. Véase también la 170, sobre la personalidad conformista y la similitud con la personalidad autoritaria según la describe e interpreta T. W. Adorno *et al.* en *The Authoritarian Personality*. Un buen estudio reciente cuyos hallazgos son similares a éste es el de David Mark Mantell, *The Americanism: Green Berets and War Resisters*, sobre todo 48-9, 60, 71-3 que muestra las similitudes en el clima familiar entre quienes se resistían a la guerra, y la personalidad racional-altruista. Puesto que las causas históricas y sociales de las actitudes autoritarias punitivas, en relación con el apoyo popular a los nazis y a los radicalismos de derecha, van a aparecer en el capítulo doce, no abundaremos sobre ello ahora.

[30] Justin Aronfreed, *Conduct and Conscience: The Socialization of Internalizad Control over Behavior*, 60-7, 295-6.

[31] *Idem*, 316-7.

[32] *Ibid.*, 22-6.

decirlo de manera más simple, el proceso anterior es biológicamente más adaptativo. Un animal que busca agua en un pozo que en ocasiones se seca, está recibiendo gratificaciones intermitentes y erráticas a su conducta. Dejar de visitar ese pozo una o dos veces después de que lo encontró seco, sería sin duda una conducta de mala adaptación, y sin embargo, debe señalarse que en apariencia los seres humanos muestran una fuerte preferencia por mantener bajo su propio control los castigos y las recompensas.[33]

El papel que desempeña la inteligencia pura en la autonomía moral ha sido muy señalado en el trabajo de psicólogos de líneas diferentes. Por ejemplo Aronfred atribuye en buena medida la capacidad moral a las capacidades cognoscitivas del niño[34] y hay varios estudios que se han propuesto demostrar el papel que desempeña el "poder cognoscitivo puro en el funcionamiento de la conciencia".[35]

Kohlberg, que ha utilizado en sus investigaciones transculturales las concepciones de Piaget sobre las etapas del desarrollo moral, hace sobre esta cuestión algunas afirmaciones muy provocadoras. Según él, en todas las naciones estudiadas hay diferencias de clase social en dirección de un nivel más alto de desarrollo moral para la clase media. En *cada* clase, los niños mayores y más inteligentes han ido más allá de la línea moral:

> Si el "retardo" del niño de clase baja se explicara por un sistema de valores subculturales diferentes, los niños mayores y más inteligentes de las clases bajas, tendrían que estar más "retrasados" que los niños más jóvenes y más tontos de las mismas clases bajas, puesto que habrían aprendido mejor el sistema de valores de la clase baja,[36] y esto no es lo que muestran los hallazgos.

El procedimiento de utilizar las categorías de Piaget para ponerlas a prueba transculturalmente, ha sido objeto en últimas fechas de críticas severas.[37] Tanto sobre las bases generales como sobre las técnicas, los críticos han llegado a la conclusión de que este procedimiento pone de manifiesto una desviación inherente, por el hecho de que está a favor de las concepciones occidentales modernas de la racionalidad, que injustamente minimizan la capacidad de racionalidad de los pueblos no occidentales y de las clases bajas en nuestra propia sociedad. A mi juicio, las críticas técnicas están bien fundadas, pues en esencia sostienen que las situaciones de prueba son con mucha frecuencia artificiales desde el punto de vista de las personas a las que se somete a ellas, y no pueden provocar o registrar sus propias capacidades. Así, un adolescente negro puede parecer desarticulado e incapaz de pensamiento lógico en una situación de prueba, pero si se le observa en su medio ambiente natural, podría quizá mostrar una capacidad excepcional

[33] *Ibid.*, 36.
[34] *Ibid.*, 66-7.
[35] *Ibid.*, 265-6.
[36] Kohlberg, "Stage and Sequence", 375.
[37] Patricia Teague Ashton, en "Cross Cultural Piagetian Research An Experimental Perspective", 475-506, presenta un resumen muy útil de la literatura sobre el tema.

para manipular el lenguaje y una lógica desconcertante para señalar las hipocresías de los blancos.[38] A mí, sin embargo, no me parece convincente este aspecto de la crítica. Las culturas humanas varían mucho en aquello sobre lo que hacen énfasis, así como en sus logros. Una cosa es negar que las culturas no occidentales sean inferiores, en el sentido de que no podrían equipararse e incluso superar los logros hoy ampliamente conocidos como racionalidad occidental, y otra cosa muy distinta es negar que las diferencias existan o que sean muy importantes. Aunque es posible que el análisis transcultural en la tradición de Piaget haya puesto demasiado énfasis en las diferencias entre los modos de pensamiento modernos y los tradicionales, así como en las diferencias de clase, y que no haya podido hacerle justicia a las formas en que estas diferencias se pueden transformar; de todos modos, llama la atención sobre las diferencias ya existentes para el logro de la autonomía moral, las cuales sin duda son muy importantes, de modo que, combinada ésta con otras teorías, ayuda a explicar esas diferencias y cómo pueden cambiar en el futuro.

4. *Las interpretaciones freudianas*

Si la evidencia supuestamente "fuerte" del laboratorio y de las pruebas se convierte, a la hora del examen crítico, en algo más bien blando, no nos es posible, de todos modos, descartar "tan fácilmente" la reconstrucción de la historia de vida como una forma para comprender el desarrollo psicosexual y sus cargas sobre los juicios morales, e incluso sobre los políticos. Según la teoría psicoanalítica, las influencias más importantes sobre la personalidad humana se producen en los primeros años de la vida. Éste es el período sobre el cual es más difícil tener evidencias confiables, y para hacer las cosas todavía más inseguras, uno de los pocos estudios comparativos de figuras históricas importantes que se han vuelto en contra del sistema de autoridad imperante, nos informa que las experiencias de la niñez temprana fueron lo suficientemente variables como para indicar serias limitaciones al poder explicativo de esas variables.[39]

Si esta fuera la evidencia sólida, refutaría los dogmas centrales de la teoría freudiana y arrojaría fuertes dudas sobre toda la concepción de una personalidad revolucionaria. Pero como está muy lejos de ser así, se puede tener más de una interpretación, como lo veremos en seguida. Mientras tanto, nos parece una estrategia mejor la de retener la noción de una personalidad revolucionaria, en el sentido de que es la que muestra una mayor inclinación

[38] Sobre los límites de las pruebas y una fuerte crítica al concepto de déficit cultural, que sin embargo reconoce las diferencias culturales, véase Michael Cole y Jerome S. Bruner, "Cultural Differences and Inferences about Psychological Processes", 867-76.

[39] E. Victor Wolfenstein, *The Revolutionary Personality: Lenin, Trotsky, Ghandi*, 303-4, informa sobre la ausencia de patrones claros en las fases oral y anal en estos tres sujetos.

a resistirse a la autoridad. Es probable que esa inclinación tome una gran diversidad de formas y tenga una gran diversidad de causas, pero precisamente es dentro de esas diferencias en donde podremos también encontrar algunas características comunes significativas. Hagamos una pregunta a la literatura empírica derivada de Freud: ¿cuáles son los ingredientes en la personalidad humana que la hacen capaz de resistirse a la autoridad opresiva?[40]

Un ingrediente que tiene sentido en términos generales, es la confianza en sí mismo o, para usar el término neofreudiano, la confianza básica. Para ser atrevido y valiente, para atreverse a enfrentar las presiones sociales opresivas, el individuo debe tener una fuerte seguridad o fe en *algún* aspecto de su medio ambiente social. Según los freudianos, la experiencia modelo para el desarrollo de tal confianza es la alimentación de la madre y el tratamiento del infante durante lo que se conoce como la fase oral del desarrollo humano. Una gratificación segura, razonable y afectuosa de las necesidades del niño inerme, supuestamente es de importancia fundamental para desarrollar su confianza básica. En aparencia, esa experiencia no tiene que tomar la forma de una gratificación total, y el elemento del afecto parece ser más importante que la simple satisfacción mecánica de las necesidades biológicas.[41]

Hay también evidencias que muestran la posibilidad de una considerable variación en estos resultados. Lenin, cuyas credenciales como revolucionario están más allá de cualquier discusión, tenía una personalidad muy desconfiada y siempre sospechaba. Muchas veces, aunque no siempre, la sospecha le resultó útil en la práctica,[42] de modo que, sin duda, el sospechar se podría considerar como una característica revolucionaria lo suficientemente común como lo es la suprema confianza en sí mismo. Es probable que las experiencias de la primera infancia hayan sido fuerzas poderosas en el desarrollo de esas cualidades. Si bien estas ideas freudianas muy concretas están abiertas a ser cuestionadas, sin embargo la teoría general dirige nuestra atención a algunas variables significativas.

La segunda cualidad, que se desarrolla después y que podemos llamar el orden y la autodisciplina, incluye la habilidad para controlar los instintos e impulsos en aras de objetivos más amplios y distantes. Según la teoría

[40] Un estudio con un título muy prometedor, el de Peter Seidmann, *Der Mensch in Widerstand* fue una gran desilusión. Los ensayos sobre Sócrates, Erasmo y la resistencia a Hitler del grupo "La rosa blanca", no me ilustraron en nada, mientras que las partes teóricas del concepto de resistencia no eran sino juegos de palabras muy pretenciosos. Por otra parte, hay una sección (159-171) muy rica y sugestiva, en la que el autor hace inferencias a partir de su experiencia clínica para mostrar cómo y por qué los individuos pueden tolerar situaciones intolerables, en lugar de arriesgar lo conocido y las pocas ganacias que pudieran tener de su adaptación neurótica.

[41] Erik H. Erikson, *Childhood and Society*, 219-22.

[42] Wolfenstein, *Revolutionary Personality*, 303. Este autor no incluye fuentes rusas en su bibliografía y no menciona la confianza de Lenin en los espías policiacos. Según Bertram D. Wolfe, en el libro *Three who made a Revolution*, 535, que está citado en la bibliografía de Wolfenstein, había por lo menos tres de esos espías que eran muy cercanos a Lenin, además del más famoso de todos, Roman Malinovsky. Quizá, después de todo, Lenin sí tenía su buena parte de confianza básica.

freudiana, el niño adquiere algunos de los elementos básicos para estas cualidades a través de la disciplina del entrenamiento para ir al baño durante la fase anal. Supuestamente, un entrenamiento demasiado estricto da lugar a un carácter rígido, mezquino y pedante. En la formulación de Erikson, "aguantarse las ganas se puede convertir en una forma cruel de retener o reprimir" más adelante en la vida. Ahora bien, el extremo opuesto puede igualmente ser una descarga hostil de fuerzas destructivas o una forma demasiado relajada de "dejarlo pasar", "dejarlo ser".[43] Alguna forma de entrenamiento entre los dos extremos es la que probablemente da como resultado un tipo efectivo de autocontrol. La adquisición del control sobre los impulsos continúa más allá de la fase anal. El proceso culmina con la incorporación que hace el niño a su personalidad de los patrones tomados de los padres o de otros modelos adultos.

Llegamos así al tercero y más importantes de los ingredientes en el tipo de personalidad que estamos investigando. Se trata de la "conciencia", según el término general utilizado, o el "superego", según el término freudiano. El problema no consiste para nosotros en explicar el superego en general, sino un tipo particular de él. Necesitamos entender el desarrollo de los patrones morales que condenan aspectos significativos de la práctica social aceptada.[44] Las personas con esos patrones no sólo niegan la legitimidad de la costumbre prevaleciente, sino que dedican buena parte de sus vidas y sus energías a activar la resistencia y a intentar cambiar las prácticas existentes.

¿Cómo sucede exactamente todo esto? Se nos ha dicho que a partir de la infancia, las limitaciones sociales sobre la voluntad y las exigencias del niño para satisfacer sus deseos, inevitablemente crean dudas sobre la justicia y la benevolencia que gobiernan las relaciones entre los seres humanos en crecimiento y los ya crecidos.[45] Si bien ese conflicto toma formas especiales y supuestamente se vuelve muy intenso durante la fase del Edipo, por ningún motivo queda confinado a esa etapa. La evidencia que se obtiene a partir

[43] *Childhood and Society*, 222.

[44] Se debe observar que, según el esquema freudiano, la resistencia a las limitaciones sociales puede venir de tres lugares en la psique humana, con consecuencias muy diferentes: 1) del *ello*, una reacción elemental contra cualquier forma de limitación, combinada con una demanda imperiosa por una gratificación inmediata; 2) del *ego*, una evaluación crítica, fría, realista y racional; 3) del *superego*, una condena moral apasionada y sin compromiso. Supuestamente debería ser posible formular el tipo de situación familiar y de proceso de socialización que lleva a hacer un énfasis particular en algunas de estas tres.

[45] Véase Erik H. Erikson, *Young Man Luther*, 255. En lo que sigue, he tratado de extractar y sintetizar aquellos aspectos teóricos que me parecen aplicables a la gente de clase baja a partir de este libro y tambien del de Wolfenstein, *Revolutionary Personality*, así como de dos libros Kenneth Keniston, *The Uncommitted* y *Young Radicals*. El apéndice B (306-10), del segundo, es muy útil para contrastar la etiología de la alienación y el compromiso. También me he basado en Richard H. Solomon, *Mao's Revolution and the Chinese Political Culture*, que tiene una gran cantidad de información sobre cómo un proceso de socialización puede implantar simultáneamente justificaciones morales para la autoridad, fuertes inclinaciones para resistirla y miedos a los posibles peligros inherentes a tales inclinaciones. El estudio de Robert Coles sobre los jóvenes negros y blancos bajo las tensiones del movimiento de derechos civiles, *Children of Crises*, es particularmente relevante, pero requiere de una discusión aparte.

de las biografías de los líderes revolucionarios, más otros detalles, indica que las relaciones con *los dos* padres continúan formando e influyendo sobre la personalidad humana aún bastante entrada la juventud.

Éstos son los factores que supuestamente empujan a un niño hacia la resistencia y a ciertas formas de crítica social. En primer lugar, la ambivalencia del conflicto edípico es muy intensa. En segundo lugar, el niño llega a la juventud sin una resolución satisfactoria de este conflicto. Si otras condiciones son favorables, es decir, si las oportunidades sociales e históricas existen, es posible que el individuo escape a las cargas de la culpa edípica y de la ambivalencia por llevar su conflicto con la autoridad al ámbito social y político.[46] En este punto, hay varias posibilidades. El adulto joven puede rechazar el modo de vida del padre porque parece implicar demasiados compromisos, y sin embargo, puede querer poner en práctica los ideales de éste,[47] o bien puede rechazarlo en favor de algún otro modelo adulto. Por último, si hay un modelo paterno tan fuerte contra el cual luchar, una situación que algunos afirman que es cada vez más característica de la sociedad occidental moderna, la consecuencia podrá ser la pura desorientación y la incapacidad para asumir ningún compromiso.[48]

Una crisis de identidad en esta etapa del ciclo de la vida es un lujo que por lo general no pueden darse los pobres y oprimidos, y ni siquiera los simplemente pobres. Para ellos, hay poca o ninguna posibilidad de elegir su identidad. Si sus padres no les enseñaron desde la infancia su lugar en el orden social, su identidad puede de repente alcanzarlos. Esta es una crisis real, y no la pseudocrisis moderna de los sobreprotegidos hijos de los intelectuales de la clase media. Una orden paterna de dejar de leer y abandonar los sueños de grandeza para mejor conseguir un trabajo en algún taller o fábrica vecinos, puede destrozar las esperanzas para el futuro de un hijo, y es uno de los sucesos que con más frecuencia se relata en las biografías de los obreros alemanes del siglo XIX. O bien el de darse cuenta, de repente, de la situación de sus padres por un desaire o una carencia cuyo significado ilumina la realidad social con una luz muy intensa.

En el estudio de Robert Coles sobre las reacciones de los jóvenes americanos, negros y blancos, ante el movimiento en pro de los derechos civiles, a principios de los años sesenta, encontramos un considerable cuerpo de información sobre cómo la gente joven, la mayoría proveniente de la pobreza, adquirió la fuerza para oponerse a la autoridad opresiva. Debido en parte a su preparación como psiquiatra de niños, Coles supo preguntar lo que para nuestra investigación resulta lo más pertinente. Además de ser un observador bien dotado y cauteloso, no da respuestas planas a las preguntas,

[46] Wolfenstein, *Revolutionary Personality*, 306-8.

[47] El intento por poner en práctica los ideales del padre, sólo puede ser una fuerza motivadora para el cambio ahí donde esos ideales son en buena parte críticos del orden establecido. Es muy difícil, por ejemplo, ver cómo esos ideales podrían tener un impacto subversivo en la ética del buen sirviente de los Intocables hindúes.

[48] Véase Keniston, *The Uncommited* y Alexander Mitscherlich *Auf dem Weg zur vaterlosen Gesellschaft*, 420-1.

pues le merecen la más respetuosa atención. Estas respuestas muchas veces quedan fuera de la tradición freudiana y en ocasiones hasta llevan implícita una crítica a ella. Según mi lectura, el mensaje principal que transmite este libro es el siguiente: un número importante de negros crece teniendo un carácter muy fuerte y es bastante capaz de enfrentarse a la autoridad opresiva, a pesar de que teóricamente en la infancia había tenido las condiciones más desfavorables y hasta dañinas. Hacia el fin del libro el autor hace una pregunta: "¿por qué no todos los hombres negros se vuelven esquizofrénicos?" Sin saber la o las causas de la esquizofrenia, hay razón para creer que unos padres que de manera consistente son desorganizados, frágiles, tensos y temerosos, influyen de maneras diversas en el dearrollo de sus hijos. "Por eso resulta superficial preguntarse por qué no *todos* los hombres negros son esquizofrénicos". La respuesta es que no lo son aun si muchos de ellos vivieron vidas muy pobres y en un clima social y cultural que por lo general los rechazaba, así como en familias con mucha frecuencia inestables y separadas. De alguna manera, millones de negros sobrevivieron a esas tensiones, "si no con destreza, sí por lo menos sin enfermedades mentales que los dejaran mutilados" y aunque es seguro que muchos están cansados, son apáticos e indiferentes, de todos modos muestran una sorprendente capacidad para revivir cuando se les expone a las tendencias del cambio social y político,[49] y más aún, hay quienes muestran una capacidad de recuperación que merece el calificativo de "sana" en cualquiera de sus definiciones, o si no, ¿de dónde vienen esa fuerza y ese ánimo?, ¿y qué experiencias ayudan a producirlos y a conservarlos?

En primer lugar, los negros no han tenido que pasar a través de ninguna experiencia emocional e intelectual complicada para aprender que eran infelices y por qué. El hombre blanco lanzó sobre ellos la identidad negra de manera brutal y directa, al arrancarlos de su tierra natal y hacerlos esclavos. Entonces, no se tuvieron que enojar sino que más bien, tuvieron que aprender a contener su enojo.[50] Desde la niñez y en adelante, los niños negros aprendían que la vida iba a ser difícil en el mundo de los blancos y que ellos debían estar listos para soportarla. El entrenamiento y su pasado son lo que ayuda a explicar que una niña negra de seis años de edad pueda pasar día tras día —cuando se dirige a su nueva escuela no segregada— junto a una banda amenazante de blancos que le gritan obscenidades y le dicen que la van a envenenar.[51] Y es que al mismo tiempo que la familia había preparado a la niña para las experiencias duras y degradantes que sufriría a manos de los blancos, los miembros más viejos le habían dado afectuoso apoyo y comprensión cuando se les enfrentaba.

Si bien los elementos de preparación cultural y de apoyo social a través de la familia son muy importantes, también es claro que esa está lejos de ser

[49] Coles, *Children of crisis*, 346-7. Subrayado en el original.

[50] *Ibid.*, 322.

[51] *Ibid.*, cap. 4. Las amenazas de envenenamiento sí afectaron temporalmente los hábitos alimenticios de uno de los niños.

toda la historia. Los padres no tenían idea de lo que verdaderamente sucedía y es muy probable que nadie lo supiera bien a bien. La inseguridad de todos los actores es uno de los aspectos más significativos y más descuidados de las crisis históricas grandes y pequeñas. Los padres negros no tenían ningún afán ideológico y definitivamente tampoco tenían intención de convertir a sus hijos en mártires de la televisión. Simplemente, creyeron que una escuela no segregada tenía que ser "para toda la gente de color" y no tenían la más remota idea de que su hija tendría que enfrentarse sola a la pandilla. Si lo hubieran sabido, como le dijeron a Coles cuando éste ya se había ganado su confianza, nunca le hubieran inscrito ahí. En otras palabras, esto quiere decir que las circunstancias empujaron a la niña a un acto heroico. Enfrentados de repente con esta obligación, niños negros con todo tipo de personalidades y pasados diferentes hicieron lo mejor que pudieron, y evidentemente, la mayoría triunfó.

En el caso de los jovenes activistas por los derechos civiles, negros y blancos, había un elemento de mucha mayor libertad de elección en la adopción de este papel. Una gran diversidad de experiencias y sentimientos influía en el individuo que lo elegía. Entre los jóvenes negros, un grado limitado de éxito dentro del sistema dominado por los blancos podía llevar a un rechazo culpígeno de los propios privilegios, sobre todo cuando estaban ligados a los compromisos del padre. Su manera de librarse de esto fue uniéndose al movimiento.[52] También en otros casos había un conflicto entre las advertencias paternas de no involucrarse, y otros modelos que les invitaban a una acción positiva, todos los cuales iban en contra de un pasado con un penetrante sentimiento de injusticia. El modelo rechazado podía ser un hermano que no pudo soportar la tensión y se dedicó a la bebida y a las drogas, como en el caso de un joven que "vino de Chicago".[53] En este ejemplo, el modelo positivo fue un maestro moderadamente militante a quien el joven respetaba. En otro caso, un joven de Alabama aseguró que había estado muy satisfecho con la vida hasta que accidentalmente su camino se cruzó con un modelo muy diferente, el de un militante predicador que tenía la reputación de estar loco y que fue asesinado de manera brutal por la policía local. Fue ese hecho el que actuó como catalizador para llevar al joven a las filas del movimiento.[54] En el caso de estos militantes, se podría hablar de una crisis de identidad que se resuelve mediante un compromiso político. No es muy clara la parte que desempeña aquí la madurez psicosexual, aunque bien puede estar presente, pero en este aspecto Coles proporciona pocos datos. De cualquier manera, es bastante claro que los procesos de maduración psicosexual no podrían por sí solos conducir a un compromiso político específico, pero muy probablemente pueden favorecer un resultado de este tipo, si bien se requiere de modelos específicos y de una situación histórica favorable a la elección.

[52] *Ibid.*, 174-87, sobre todo 178.
[53] *Ibid.*, 217.
[54] *Ibid.*, 203-9.

Las vidas de esos jóvenes activistas eran muy demandantes, en ocasiones muy peligrosas y con frecuencia bastante desalentadoras, debido al miedo y a la apatía de aquéllos a quienes trataban de ayudar, aunque también en algunas ocasiones resultaban gratificantes. Para sostener un compromiso de ese tipo se requiere tanto de fuerza moral como de ingenio en un alto nivel. Hasta donde Coles pudo darse cuenta, ningún tipo de persona joven toma como ejemplo al activista, ni tampoco puede explicar la diferencia entre aquellos que fueron capaces de soportar la tensión y los que se derrumbaron.[55] Lo que sí nos da son algunas pistas que vale la pena seguir. Al contrario de la evidencia con que contamos a partir de la información de los campos de concentración, Coles observa que los más ideologizados eran los que menos éxito tenían para soportar la tensión. La diferencia puede tener que ver con la existencia de un rango mayor de alternativas para elegir en una situación más abierta, en comparación con la de los campos, o bien puede tener que ver con el compromiso emocional aunque inseguro del joven comparado con la gente más vieja. Por otra parte, tanto en los campos de concentración como en este tipo de situación, los más ideologizados mostraron una tendencia a mantenerse fuera de los problemas y a persuadir a los otros de hacer los sacrificios físicos necesarios.

El autor nos da más detalles sobre los mecanismos psicológicos necesarios para enfrentarse exitosamente con el peligro. Éstos tienen que ver con prestar atención fría y cuidadosa a los detalles de lo que está sucediendo y evitar la tendencia a tratar con los aspectos más generales del peligro. El hecho de que el peligro fuera compartido y de que existiera el apoyo social, sin duda fue muy útil, y para *hacerlo* útil la gente evitaba hablar de eso, como no fuera para compartir fragmentos de consejos prácticos: "tratamos de mantener la conversación orientada a problemas reales y a lo que podríamos hacer para solucionarlos. Hay mucho con qué entretenernos sin caerle uno a otro con 'observaciones' que dan por resultado quedarse aparte".[56]

Creo que ésta es una respuesta colectiva al peligro, general e incluso panhumana, que se puede encontrar entre los marineros que trabajan para "salvar el barco" en medio de una tormenta, entre los montañistas concentrados en encontrar su camino en una pendiente peligrosa, entre los soldados en el campo de batalla bajo el fuego, etcétera. El heroísmo consiste en olvidarse de ser heroico. Hasta donde yo sé, Freud nunca dijo esto de manera específica, pero aún así es coherente con el tono de agria sobriedad que colorea la mayor parte de su trabajo.

Si el peso del capítulo precedente respecto a los orígenes de la sumisión humana lo hacía parecer muy deprimente, la evidencia en éste sirve para corregir esa impresión. Hay tantos mecanismos que se pueden identificar en un lado, como los que se pueden identificar en el otro. Como hemos visto, un grado muy pequeño de apoyo social es suficiente para destruir la mística de la opresión y del fraude, y para permitir que salga a la superficie

[55] *Ibid.*, 224-6.
[56] *Ibid.*, 226-9.

una respuesta crítica. Más aún, según estas evidencias, la sociedad industrial moderna no tiene el efecto de lavado de cerebro que algunos críticos le han atribuido.

En el nivel de las tendencias y respuestas individuales, sin duda hay bases para creer en una tendencia humana innata hacia la autonomía moral, que se manifiesta a través de los procesos de maduración psicosexual. Las variaciones sobre la inteligencia innata evidentemente van a limitar los alcances del proceso en un individuo determinado, lo mismo que las diferencias en la crianza pueden tener efectos poderosos para hacer que ese potencial se realice o se inhiba. La adquisición de la confianza en sí mismo a partir del cuidado materno afectuoso, desempeña un papel decisivo. Los padres y sus sustitutos pueden enseñar de manera más efectiva retirando el afecto, aunque el recurso ocasional a un castigo más fuerte no es algo que se deba temer. Es importante dar al niño resposabilidades lo más pronto que sea capaz de aceptarlas. A su vez, adquiere tanto la propia disciplina como los patrones de juicio, a través de la resistencia que opone a sus queridos padres. Por encima y más allá de todo esto, la evidencia más estimulante es aquella que muestra cómo la fuerza moral puede echar raíces y florecer, a pesar de condiciones que teóricamente son difíciles y desfavorables.

SEGUNDA PARTE

UNA PERSPECTIVA HISTÓRICA

Los obreros alemanes de 1848 a 1920

CAPÍTULO CUATRO

PRÓLOGO

Hasta este momento, el análisis fue deliberadamente ahistórico y trató de descubrir los elementos recurrentes en la diversidad de los códigos morales, a través de una interpretación del interjuego entre la naturaleza humana innata y los problemas universales que derivan de las necesidades de vivir juntos en la sociedad humana. También se ha intentado aislar los mecanismos sociales y psicológicos más importantes que producen tanto la sumisión a las penalidades socialmente impuestas como la resistencia a ellas. Ahora estamos listos para entender la dimensión histórica de estas variaciones.

No pretendo aplicar la investigación histórica a estas cuestiones, o utilizar la historia meramente para probar las hipótesis. La historia social tiene sus propios patrones de causación y sus propios mensajes, que sólo se pueden discernir si se descifran dichos patrones. Nuestra tarea central, en esta segunda parte del libro, será la de buscar cómo interpretar su significado, en el sentido de lo que transmiten a propósito del cambio de las concepciones de injusticia, y sobre las causas de tales cambios.

En lo que sigue, trataré de mostrar cómo se dieron esos procesos entre los trabajadores alemanes, durante la transición del modo de vida artesanal al del capitalismo industrial avanzado. Por las razones ya mencionadas, el tratamiento se va a concentrar —hasta donde los datos lo permitan— en las vidas y sentimientos de los trabajadores comunes y corrientes y dejará de lado la historia de los movimientos organizados, ya sean políticos o económicos, excepto ahí donde sirva para poner de manifiesto lo que le estaba sucediendo a esa gente. Por supuesto que en ningún sentido se trata de una historia completa. En lugar de eso, la interpretación se va a concentrar en tres periodos de crisis importantes, lo cual se justifica porque, en la vida de las sociedades, lo mismo que en la de los individuos, las crisis arrojan luz sobre lo esencial de la así llamada conducta normal, sobre todo cuando se pone atención tanto a los antecedentes como a las consecuencias de tales crisis.

La primera crisis es la revolución de 1848, que puso de manifiesto la lucha entre los modos de pensamiento y acción precapitalista y capitalista. La segunda es el estallido de la primera guerra mundial, un acontecimiento que liberó de manera aguda a las fuerzas que favorecían y a las que se oponían a la integración de los trabajadores industriales a la variante específica del capitalismo avanzado, que se había desarrollado en Alemania hacia 1914.

La tercera crisis es la revolucionaria, que se dio después de la primera guerra mundial. Fue un momento en que un grupo de obreros alemanes ganaron poder político, pero las políticas que adoptaron sus líderes, aunadas a otros factores, llevaron a un considerable segmento de los trabajadores industriales a una revuelta abierta, que fue la aproximación más cercana a una revolución proletaria que haya sucedido hasta ahora en un país industrial avanzado. Para las crisis de antes y depués de la primera guerra mundial, he dedicado capítulos separados sobre las tendencias sociales en el Ruhr, el corazón industrial de Alemania. Si no se entiende lo que estaba sucediendo ahí, es imposible hacer ninguna evaluación de la vida política de la clase obrera alemana.

Para un telón de fondo que dé cuenta de la cambiante vida de los trabajadores en el siglo XIX y principios del XX, me gustaría que el lector regresara conmigo hasta fines del siglo XVIII y conociera a Ulrich Bräker, autor de una de las primeras autobiografías de un hombre pobre que yo conozco. Nacido en la pequeña aldea suiza alpina de Wattwil en 1735, Bräker comenzó su vida como campesino y se convirtió despues en recluta forzado de los ejércitos de Federico el Grande, luego en trabajador de una salitrera y por fin en tejedor del sistema de maquila, de modo que atravesó por una serie de experiencias bastante comunes a otras personas de origen rural en los países centroeuropeos, en las primeras etapas de la revolución industrial. Con todo, sus experiencias y reacciones no necesariamente fueron las típicas; es más, de hecho no podemos saber lo que quiere decir típico en lo referente a estas cuestiones. Sin embargo, dichas reacciones son particularmente importantes para el propósito de esta investigación, porque muestran cómo las penalidades que se sintieron en este contexto histórico y social específico *no* generaron ninguna hostilidad o reacción crítica al orden social. Por la manera en que Bräker reaccionó a las penalidades y sufrimientos, es posible inferir algunas de las cosas que le sucedieron a la gente de las clases sociales bajas, antes aún de que quisieran reaccionar con hostilidad al mundo que los rodeaba.

No es necesario contar todas las aventuras naturales y no naturales del "pobre hombre de Tockenburg", como se conoció a Bräker en la posteridad.[1] En lugar de eso, llamaré la atención sobre algunas de sus propias explicaciones para su propia desdicha, así como para las injusticias con las que se tropezó y a las que reconoció como tales, sin que nada ni remotamente parecido a un pensamiento revolucionario haya entrado en su astuta y casi incurablemente alegre y profundamente religiosa cabeza suiza.

[1] La autobiografía de Ulrich Bräker se publicó por primera vez en Zürich en 1789 con el título de *Lebensgeschichte und natürliche Ebenthever des Armen Mannes im Tockenburg* (Historia de la vida y aventuras de un hombre pobre en Tockenburg), título que se acortó en ediciones posteriores hasta quedar como *Der Arme Mann im Tockenburg*. Yo utilicé la edición Reclam, publicada en Stutgart en 1965. Para más información, véase: Rudolf Stadelmann y Wolfram Fischer, *Die Bildungswelt des deutschen Handwerker um 1800*, sobre todo las pp. 25-26, 133-136. Las experiencias de Bräker son muy distintas de las que relata Rudolf Braun sobre las zonas densamente pobladas de los alrededores de Zürich, en *Industrialisierung und Volksleben: Die Veränderungen der Lebensformen in einem ländlichen Industriegebiet vor 1800*.

Antes de comenzar la historia de su vida, Bräker afirma con gran orgullo que entre sus ancestros y parientes, a pesar de su extrema pobreza, no había ladrones, criminales, blasfemos, libertinos, calumniadores, renegados ni ningún otro de esos ejemplos de mala conducta para los cuales su repertorio de epítetos es bastante amplio. Bräker no era portador de ninguna contracultura o contramoralidad. No hay ninguna señal de picaresca en su historia de vida, si bien durante el servicio obligatorio en el ejército debe de haberse encontrado con personajes muy picarescos. Quizá el contacto con ellos fue una de las razones del vehemente rechazo de lo que consideraba como gentuza inmoral detrás de él (el término "proletariado" no entraría en circulación durante mucho tiempo todavía). Obviamente que tenía mucho miedo, y con buenos motivos, de caer en esa plebe, es decir, de quedar entre los rechazados de la sociedad en el siglo XIX. Esto le parecía un terrible desastre tanto moral como material.[2]

El principal factor que determinaba si podía ocurrir tal desastre, aun que muy relacionado con los caprichos de la naturaleza, era el de trabajar en el mercado con deudas. Ésta era una situación que prevalecía aun en su remoto pueblo alpino. Cuando niño, el sufrimiento para este hombre tenía la forma del hambre frecuente y del trabajo físico fuerte e ininterrumpido en las tierras de su padre, que en el invierno estaban cubiertas con una espesa capa de nieve. Pero también estaba ahí el aspecto social de la desdicha: su padre tuvo que vender sus propiedades para pagar las deudas y se tuvo que mudar a otro pueblo. Para el niño fue difícil distinguir los aspectos sociales de los físicos. Una enfermedad en la familia significaba una boca improductiva que alimentar; una enfermedad de los animales o una mala cosecha debido al mal tiempo podían significar la ruina y la única respuesta que prometía una forma de salir adelante era trabajar más duro y apretarse más los cinturones.

El niño Ulrich Bräker aprendió de algún modo la lección y bastante pronto. En un momento convenció a su padre de que lo dejara tener un pedazo de tierra para ver qué podía hacer por sí solo. Su padre, que tenía buen carácter, le permitió probar y aunque el experimento fracasó, fue un indicador del espíritu independiente del joven, que le haría salir adelante a través de las más severas pruebas en su vida de adulto. Su matrimonio fue una estrategia económica cuidadosamente planeada, y en este terreno tuvo éxito, aunque no sucedió lo mismo en cuanto a la compañía humana, cálculo de costo-beneficio que vio con anticipación y cuyas consecuencias aceptó con bastante buen humor.

Conforme Bräker maduraba, los aspectos sociales y las causas de la buena y la mala fortuna se volvían más notorios, si bien las causas naturales y las físicas no desaparecieron en ningún caso. No se gana nada si se da cuenta

[2] Como se verá en el siguiente capítulo, este miedo era algo muy común entre los miembros de los gremios en el siglo XIX en Alemania. Sin embargo,en el caso de Bräker, éste no tuvo que ver con la experiencia en algún gremio, puesto que no había ninguno en Wattwil. Como sea, el pánico a precipitarse socialmente hacia abajo tenía un fuerte tinte religioso y seguramente también algo de religioso en sus orígenes.

aquí de todas las altas y bajas de su carrera económica. Baste con unos cuantos aspectos generales que llaman nuestra atención. Uno de ellos es la actitud hacia las deudas que prevalecía en su comunidad. Bräker tiene algunos recuerdos vívidos de la forma en que los vecinos se mantenían informados sobre las deudas de los otros, aunque hipócritamente pretendían ser los mejores amigos. Además se sentía muy mal cuando trataba de cobrar las deudas que los otros tenían con él y se daba cuenta de que sus deudores habían escondido sus más valiosas posesiones. Los de Wattwil estaban sin duda unidos a los otros a través de una red de deudas, sobre las cuales había que mantenerse informados, y por eso existía el chisme permanente sobre las condiciones económicas de los demás habitantes.

Los deudores y los acreedores eran los mismos en lo fundamental. La ausencia de figuras de autoridad o de personas con una posición más alta o más baja en la comunidad, resulta absolutamente sorprendente. Dada la interrelación de las causas sociales con las causas físicas de la desdicha, la necesidad de trabajar muy duro para sobrevivir y, por fin, la manera tan indirecta en la que los de afuera extraían una plusvalía económica limitada de la comunidad —cuestión que inmediatamente pasaremos a analizar—, nos resulta de todos modos sorprendente que, en la palabrería y el filosofar de Ulrich Bräker, no se sientan aromas de revuelta o de subversión. Si hubiera nacido campesino, en una región fértil productora de arroz, en alguna otra parte del mundo, en la que hubiera estado sujeto a los rapaces recolectores de impuestos o a los terratenientes, a lo mejor este individuo emprendedor y agudo hubiera tenido un punto de vista diferente sobre la vida.

Conforme los acontecimientos se desarrollaban, la intrusión de las relaciones de mercado se convirtió en una bendición para Ulrich Bräker, o más bien, fue capaz de convertirlas en una bendición. Como tejedor doméstico en el sistema de maquila, que prefirió a su trabajo en las salitreras, porque éste le parecía muy arduo y sucio, tuvo una fuente de ingresos que le permitió casarse y establecer una unidad doméstica independiente. En otros momentos de su carrera, los "judíos del grano" (*Kornjuden*) junto con el mal tiempo subían los precios de los alimentos, o por lo menos así lo veía él, de modo que se encontraba con deudas muy fuertes y problemas de crédito. En estas ocasiones, sus fantasías eran las de escapar a un mundo que nada tuviera que ver con los textiles de algodón. En 1779 tomó el trabajo de tejedor de telas de algodón para un *Fabrikant* en Glaurus, con lo cual su situación económica mejoró rápidamente. Pero en 1785, un edicto francés que prohibía la importación de telas de algodón le significó otro duro golpe. Para entonces, cuatro años antes del estalllido de la Revolución Francesa, la "economía mundial" del capitalismo avanzado había llegado a la aldea aislada y cubierta de nieve de Wattwil para cambiar la vida de Ulrich Bräker y de miles como él.

Ulrich Bräker no pasó toda su vida en el pueblo relativamente igualitario de Wattwil. Durante su visita involuntaria al mundo de afuera, se encontró con las formas patriarcales más duras y más suaves de la autoridad del siglo XVIII. Lo que es muy revelador es la forma sociológica y psicológica

en que se enfrentó a esto. La actitud básica hacia la autoridad, que había adquirido a través de su relación con sus padres, y sobre todo con el padre, parece haber sido de cálido afecto y de considerable confianza, con un tinte de emulación rebelde, como lo demuestra el episodio del pedazo de tierra. Tampoco tenía experiencia de las formas de ser en el mundo más ancho.

Su salida del hogar cuando era joven, sucedió muy a regañadientes y se debió a que su familia estaba en graves apuros económicos y algunas personas del pueblo convencieron al padre de que mandara a su hijo —casi adulto— junto con ellas a un viaje en el que le enseñarían cómo hacer fortuna. Pero lo que de verdad estaban planeando, era venderlo a uno de los agentes reclutadores de Federico el Grande, y ésta fue la primera desilusión con que se enfrentó cuando estuvo fuera de casa. Pero el golpe no fue demasiado serio, por lo menos no al principio. Al agente reclutador —que era un noble o alguien que vivía como si lo fuera— le gustó Bräker y se lo quedó para que fuera su criado, lo que era un trabajo completo con uniforme, alojamiento y alimento. A Bräker le agradó esta situación, pues se le trataba bastante bien y tuvo la oportunidad de aprender los placeres de la vida de las clases altas de la ciudad, tal como se reflejaban en la vida que podía llevar en este trabajo. Según él afirma, rechazó siempre dichos placeres, lo cual incluso puede ser cierto en parte, pero de cualquier manera eso no tuvo consecuencias, porque la idílica situación llegó pronto a su fin. Presionado para entregar sus bienes en forma de reclutas, el patrón de Bräker rompió su promesa de conservarlo a su servicio y lo entregó a los oficiales del ejército, que pronto lo metieron en la disciplina militar y empezaron a entrenarlo para soldado.

Para Bräker, la experiencia fue traumática: el campesino sencillo que nunca había podido sobreponerse al sentimiento de extrañar su casa, incluso cuando llevaba una vida placentera como criado, se encontraba ahora en un cuartel y sujeto a la disciplina brutal del ejército prusiano. Al darse cuenta de su suerte, la respuesta inmediata fue acudir a la autoridad. Primero pensó que podía recurrir al Rey de Prusia y después a su oficial superior. Por fantástica que nos parezca la idea, tiene sentido. Por el momento, no era posible escapar, y hasta entonces la experiencia que había tenido con la autoridad era favorable. En estas circunstancias, el llamado a un esquema supuestamente compartido de justicia y moralidad, surge como respuesta natural, si bien equivocada; tal respuesta había sucedido muchas veces antes y sucedería muchas veces después de la época de Ulrich Bräker. Cuando por fin supo que su suerte estaba decidida, simplemente llegó a la conclusión de que esa era la forma de ser del mundo: "los grandes preparan estas sopas —se dijo a sí mismo— y los pequeños se las tienen que comer".

Poco después pudo localizar al noble que lo había vendido al ejército prusiano y pudo entrevistarse con él. Su reacción fue la ambivalencia personificada. No podía expresar su rabia hacia la figura de autoridad que lo había traicionado, pero que también lo había tratado con benevolencia paternal. En miniatura estaba revelando el obstáculo clásico contra la respuesta revolucionaria.

Si bien sus experiencias como soldado son muy interesantes, debemos pasar rápidamente sobre ellas. Es obvio que no tenía ni la más remota idea de lo que se trataba la guerra, y tampoco ningún motivo para saberlo ni para preocuparse. La disciplina era dura, la vida en el campo de batalla y las batallas son algo que describe vivamente desde un punto de vista que rara vez se puede encontrar en los trabajos históricos. Su única preocupación era encontrar una oportunidad para desertar y volver a casa a su querido Wattwil. Durante la batalla de Lobositz, el primero de octubre de 1756, pudo por fin desertar de las tropas y de algún modo encontrar su camino hacia Praga, y de allí hasta su pueblo, en compañia de otros suizos. Todo esto lo hizo a pie, que era su único modo de viajar, y vestido con el uniforme de soldado prusiano. No hay nada en su relato que sugiera que esto haya sido una hazaña excepcional. El relato sirve como vívido recordatorio de lo que, después de todo, ha sido, a través de los siglos, una de las respuestas más frecuentes y efectivas del hombre común y corriente a la opresión: la huida.

En este momento, podemos abandonar a Ulrich Bräker y preguntarnos qué tendría que suceder para que se convirtiera en revolucionario. Primero, la idea de hacerlo tendría que ser posible, es decir, ser parte del repertorio cultural de respuestas ya listas con las cuales él estaba familiarizado. Segundo, las causas de su miseria tendrían que aparecer como seres humanos concretos, más que como aspectos de un orden de cosas más o menos inevitable, como es la mezcla de las fuerzas del mercado y de la naturaleza física a las que él se enfrentaba. Para poder actuar, serían necesarias dos condiciones más. Primero, el prospecto de huida y escape a una forma tradicional de seguridad tendría que aparecer como imposible. También tendría que haber, a lo largo del camino, una serie de experiencias que le permitieran sobreponerse a su dependencia afectiva hacia la autoridad paternalista, o dar lugar en él a una actitud completamente diferente hacia las figuras de autoridad.

No hay duda de que hay otros factores que podrían descubrirse con un análisis más profundo de este caso y de otros, pero por ahora con esto basta. Aun si era un suizo alemán, Ulrich Bräker fue un ancestro histórico de muchos de los aldeanos pobres de 1848. Para entonces, ya habían aparecido algunas de las condiciones necesarias para la revuelta, por el paso de los años y por lo que había sucedido desde que Bräker desertara de los colores del rey de Prusia. Hacia 1848, a muchos aldeanos alemanes les parecía que buena parte de la miseria tenía causas humanas identificables, por amarga que fuera la discusión sobre cuáles eran realmente esas causas y qué se podía hacer respecto de ellas.

CAPÍTULO CINCO

LOS TRABAJADORES ALEMANES EN LA REVOLUCIÓN DE 1848

1. *El conflicto de principios durante la modernización*

La conformación de la sociedad industrial capitalista moderna en Europa occidental generó algunos cambios en el contrato social implícito, que fueron el resultado de un conflicto entre los portadores y portavoces de los viejos y de los nuevos principios de la desigualdad social. Este conflicto se dio entre los principios de la jerarquización social, basada en el nacimiento y la adscripción, y los principios basados en ciertas formas de mérito y logro.

En Europa occidental y central, la característica principal del régimen era el sistema de órdenes o estamentos (*états* en francés, *Stände* en alemán). Como en la mayoría de los sistemas de desigualdad social, sus rasgos eran más claros en la cima de la pirámide social, que estaba compuesta por dos estamentos principales: el clero y la nobleza. El Tercer Estado de los comunes era una categoría residual, que se podía rastrear de manera indefinida hasta una vaga línea, que separaba a los miembros respetables de la sociedad de aquellos que no lo eran. En las partes de Europa en que se hablaba alemán, la organización de la sociedad en órdenes distintos parece haber llegado más lejos hacia abajo. Además de la distinción tripartita y convencional entre los tres órdenes de los que pelean, los que enseñan y los que mantienen a estos dos, (*Wehrstand, Lehrstand, Nährstand*) los autores alemanes muchas veces se refieren al *Bürgerstand* o sea a los ciudadanos de los pueblos, al *Bauernstand*, o sea a los campesinos, y en tiempos más recientes a un *Arbeiterstand* o estamento de trabajadores.

Ni siquiera en teoría era el sistema europeo de estados puramente atribuido, un sistema en el que cada individuo nacía en un grupo cuyos miembros masculinos cumplían una función social. No se nacía miembro del clero, sino que uno se convertía en eso, incluso si en la práctica el acceso a sus altos rangos estaba limitado en su mayor parte a personas de familias nobles. Se hacía fuerte énfasis en el hecho de que un individuo nacía en un grupo social de cuyos miembros masculinos se esperaba que cumplieran unas funciones y no otras. Aunque éstas no eran iguales en rango o en estima general,[1] cada

[1] En la medida en que la orden de rango recibió en la práctica aceptación general entre la población, se trata de un problema difícil sobre el que no necesitamos insistir.

función social se consideraba necesaria al cuerpo político y recibía su propia y distintiva forma de honor y de estimación. Eso parece haber sido especialmente cierto en las regiones alemanas, donde las fuentes se refieren frecuentemente a la posición-honor (*Standesehre*). Aquí "honor" significaba orgullo por cumplir con las funciones sociales específicas, aun si ellas eran de las bajas. El honor también implicaba un estilo de vida adecuado, sobre todo en las cuestiones de la casa, el vestido, el alimento y las maneras, así como de la ética y del carácter social general. Sin duda el propósito de la producción económica, cuyos aspectos laboriosos eran tarea de los órdenes inferiores, consistía en proveer de los bienes y servicios necesarios para sostener cada estilo de vida, y una forma de honor social que ponía de manifiesto a la sociedad como un todo.

Aunque existía alguna movilidad, había fuertes sanciones para evitar que los individuos trataran de realizar funciones sociales adecuadas a un orden diferente, y un intento de este tipo se consideraba una violación al honor de la posición. La presión era semejante para evitar el movimiento hacia abajo que hacia arriba y las sanciones venían lo mismo de los miembros de la misma posición que de los superiores e inferiores. La adopción de la ocupación de un inferior por parte de un individuo de un orden más alto, era al mismo tiempo una forma de competencia injusta y una violación del orden de la naturaleza. Sin duda éstas eran dos naciones difíciles de separar para un amplio segmento de la población alemana, todavía en épocas tan tardías como a mediados del siglo XIX. Esos sentimientos eran parte de la corriente popular de agravio moral que explotó en las revoluciones de 1848.

Un sistema completo de estamentos o de órdenes sólo es compatible con una economía bastante estática, y esto es cierto aunque todas las sociedades —incluyendo las variantes capitalista y socialista del industrialismo— muestren tendencias muy visibles para moverse en dirección de un sistema de estamentos. Estas tendencias derivan de los esfuerzos que hacen los grupos organizados para hacer más lentos los cambios sociales y para alterar sus formas, con el fin de evitar las amenazas a su posición en el orden social.

Por otra parte, las economías dinámicas generan continuamente nuevas ocupaciones y nuevas formas de riqueza, que alteran los arreglos prevalecientes del rango social. Las burocracias del absolutismo real, que son el resultado de ese difícil compromiso[2] entre los principios medievales y los modernos de la organización social y política, proporcionaron un impulso considerable en esta dirección, para luego sucumbir a los movimientos revolucionarios. En Alemania, el absolutismo real no cedió hasta la debacle de 1918, y aún entonces su derrota fue incompleta, puesto que el aparato burocrático sobrevivió con pocos cambios hasta la República de Weimar. Aunque el absolutismo real hizo una importante contribución al triunfo de

[2] Para un estudio muy revelador sobre la variante prusiana y sus esfuerzos por reconciliar los principios conflictivos de mérito y posición heredada, véase Hans Ronsenberg, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy*, 1660-1815.

los nuevos principios, el impulso fundamental vino de las clases de comerciantes y fabricantes de manufacturas, y más específicamente de sus voceros intelectuales.[3] En el siglo XVIII y principios del XIX, el agravio moral "burgués" derivó de: 1) el orgullo por ejercer funciones sociales relativamente nuevas; 2) el desprecio por las viejas funciones sociales, como la guerra, la política de dinastías y todo el modo de vida "parásito de los aristócratas", actitudes que se observan con claridad en Adam Smith; 3) el coraje por los obstáculos que se oponían al desempeño de las nuevas funciones y el supuesto fracaso para gratificarlas de manera suficiente, actitud que prevaleció en la Francia del viejo régimen. El individuo cubierto con los derechos del hombre y liberado de todas las trabas "artificiales" de rango heredadas del pasado, debía ahora competir con otros individuos para conseguir la fortuna que merecía. La posición social seguía siendo de manera básica una cuestión de hombres en competencia, de los cuales los mejores derivaban la suya por matrimonio y ascendencia. En una palabra, el mérito determinaría la posición y no el nacimiento.

Si bien esta nueva moralidad —que constituyó la nueva base para el orden social— tenía algunos antecedentes, fue por su escala y por su método de aplicación una genuina novedad histórica, en la medida en que fue la consecuencia de una nueva capacidad para resolver las necesidades y los problemas de vivir en la sociedad humana y a su vez, también generó sus nuevos y angustiosos imperativos que siguen en buena medida presentes con nosotros hoy día.

2. *Tensiones en los gremios*

Para 1848, y en respuesta a estos cambios y desafíos, un segmento considerable de los bajos órdenes en los pueblos alemanes se articuló políticamente por primera vez. Para comprender las formas en que ellos se percibían a sí mismos y a la sociedad que los rodeaba, así como la forma en que diagnosticaban sus propias desgracias, es necesario comprender lo que había venido sucediendo en la organización social bajo la cual vivían; en ese tiempo, sin duda la más importante para la vida diaria de la gente en el campo y en la ciudad era la de los gremios.

Éstos eran parte del viejo orden de los estamentos. Si bien eran criticados por los burócratas reales y, por supuesto, también por los voceros de la derecha de las clases de comerciantes y fabricantes de manufactura —que entonces eran un sector pequeño y fragmentado, pero en crecimiento dentro de la sociedad alemana— de todos modos estaban bien vivos en 1848. Es

[3] Para la época en que las clases manufactureras habían aparecido en escena con toda su fuerza, ya era anacrónico referirse a este impulso como burgués, pues originalmente la palabra se refería a la élite de las ciudades comerciales medievales. Si bien sería útil tener una nueva palabra para sus descendientes históricos, yo no trataré de inventar una.

más, una de las consecuencias algo irónicas de la revolución de ese año fue la prolongación no tan temporal y quizá no tan "artificial" de su existencia.

Los gremios formaban una serie de monopolios locales. En cada ciudad o pueblo todos los miembros del mismo negocio, como carniceros, panaderos, sastres, zapateros, pertenecían al mismo gremio. Cada maestro debía tener un número suficiente aunque limitado de clientes. En la realidad, las cosas no siempre funcionaban de esa manera, puesto que un número suficiente desde el punto de vista del maestro, podía no ser el número que recibiera los bienes y servicios adecuados desde el punto de vista de los consumidores. Por eso desde el principio hubo un grado considerable de conflicto inherente al sistema de gremios. Por otra parte, una proporción importante de los clientes del maestro también eran miembros de un gremio, situación que daba lugar a reglas de vivir y dejar de vivir así como de solidaridad en beneficio de todos.

Dos de esas reglas tenían una fuerza particular: ningún miembro podía traspasar el territorio económico ni las funciones o prerrogativas de otro miembro, y ninguna persona que no fuera un miembro del gremio podía ejercer las funciones económicas que le correspondían a éste dentro de los límites del pueblo o ciudad. De no cumplirse, estas acciones provocaban la indignación moral más vehemente entre los miembros del gremio, y quienes las perpetraban eran conocidos con una diversidad de epítetos burlones: *Bönhasen* (que literalmente quiere decir conejo, intruso, chapucero), *Pfuscher* (también chapucero), *Störer* (intruso, alborotador). La razón para esta vehemencia era que tales intrusos disminuían la calidad del trabajo y por ello amenazaban el honor (Ehre) de los miembros del gremio, de modo que había algo más que lo puramente económico. El honor del gremio implicaba un sentimiento de decencia moral y de pureza, mientras que el intruso llevaba consigo un olor a polución y por ello ese mal debía ser ahuyentado. Había también muchos otros modos en que se podía ofender el honor de algún miembro de un gremio, tales como la imputación de conductas sexuales equívocas por parte de los miembros femeninos de su familia o por métodos más directos, como echar un gato muerto en la cubeta de trabajo de otro hombre. No todos ellos resultan comprensibles para un lector moderno[4] y sin embargo, es claro que las nociones de polución desempeñaron un importante papel en la vida de los miembros de los gremios.

Sin duda que el trabajo manual no era solamente, y ni siquiera fundamentalmente, una forma de ganarse la vida. El trabajo estaba cubierto por toda suerte de reglas éticas y de prohibiciones, puesto que un trabajo duro y una conducta moral, requerían del control estricto sobre los impulsos humanos que por consenso —si bien no por práctica universal— eran considerados como prerrequisitos esenciales para el éxito y la estimación social. Lo mismo que en muchas sociedades primitivas, la significación de esas cuali-

[4] Véase Wolfram Fischer, *Handwerksrech und Handwerkswirtschraft um 1800: Studien zur Sozial und Wirtschaftsverfassung vor der industriellen Revolution*, 52-3.

dades recibía mucho énfasis durante los ritos de pasaje de una etapa a otra en el ciclo de la vida. Había tres etapas en el ciclo de vida de un miembro de gremio. La primera era la de aprendiz, la segunda la de oficial y la tercera y última la de maestro. Sólo por medio del trabajo arduo y honesto podía un joven aspirante esperar pasar de manera exitosa a través de estas tres etapas y convertirse en maestro de gremio y por lo tanto en un ciudadano honorable y honrado de la comunidad urbana. Sin duda que había muchas excepciones a esta norma, pero provocaban resentimiento, agravio moral y un sentimiento de injusticia, sobre todo si había alguien más que estuviera involucrado en ellas.

Así fue como la moral tradicional de los gremios entró en serio conflicto con la nueva moral del mercado de trabajo impersonal que empezó a cruzar las fronteras de manera cada vez más amenazante después del fin de las guerras napoleónicas. Por una parte, había un fundamento común que hacía énfasis en el trabajo duro y el autocontrol como los caminos para obtener el éxito y la estimación, pero por otra parte, ahí terminaba toda similitud. El ethos de los gremios se oponía de manera tajante a la competencia y a la entrada libre a ocupaciones sujetas sólo a la sanción de la oferta y la demanda. Más aún, la ética de los gremios era colectiva, mientras que la nueva ética del capitalismo era individualista y hacía énfasis sobre todo en las virtudes de la competencia y del libre movimiento hacia adentro y hacia afuera de las ocupaciones. La estimación social de un individuo se ganaría o perdería sobre la base de su desempeño en el mercado. Para muchos maestros de gremio, tal idea resultaba inmoral y bastante nefasta.

Como ya se dijo, los gremios eran parte de una organización social que sólo podía funcionar en una economía relativamente estática. En la práctica, esto quería decir una economía en la cual la producción y el consumo de satisfactores de las necesidades básicas era en buena medida un asunto local, llevado a cabo por una serie de unidades independientes. También era una economía en la cual el intercambio a larga distancia se limitaba a algunas mercancías y éstas eran sobre todo las de lujo. En algunos aspectos, tales como el grano que sembraban para exportación los *Junkers**, esas condiciones habían empezado a desaparecer desde muy temprano, en el siglo XVI, y para 1848 se había desgastado mucho.

En comparación con la Inglaterra de la misma época, Alemania era un conglomerado muy atrasado y adormecido de pequeños estados o principados, además de Prusia y Austria, cuya identidad nacional aún estaba por decidirse. Pero en comparación con su propio pasado, que es lo que le interesaba a la mayoría de la gente, se estaban produciendo cambios muy agudos e importantes que se pueden rastrear hasta tres causas interrelacionadas: una población que crecía rápidamente, la intrusión del sistema de fábricas (tanto por la forma de establecer las fábricas que se dio en Alemania como

* Jóvenes aristócratas alemanes, T.

por la difusión de los bienes hechos en las fábricas inglesas que competían con la producción doméstica), y finalmente, las políticas gubernamentales. De modo que había un apoyo mezclado para algunos aspectos económicos de la modernización junto con intentos por reprimir cualquier signo de sus contrapartes políticas del siglo XIX: la monarquía constitucional, el gobierno representativo, la libertad de expresión. Sin embargo, estas cuestiones políticas le preocupaban principalmente a las clases educadas y articuladas.

Lo que preocupaba a los hombres y mujeres trabajadores, además de las importaciones, era la legislación destinada a romper el poder monopólico de los gremios y a abrir oportunidades para que el individuo pudiera elegir su propia ocupación sin la aprobación de éstos y sin pasar por todas las etapas de aprendiz, oficial y maestro. En esta cuestión, la política varió de un estado alemán al otro y fue y vino de manera bastante confusa. Los intentos por limitar los poderes del gremio se dieron desde muy temprano en el siglo XVII, pero la verdadera ruptura en el viejo sistema se produjo como consecuencia de la Revolución Francesa y de la ocupación también francesa. Después de esto, incluso en los territorios de Prusia la sitiuación legal no se volvió uniforme. La *Gewerbefreiheit* o entrada libre a los negocios, existía en muchas regiones, pero no en todas. En 1845 esta libertad se empezó a restringir cada vez más.[5] En relación con esto, es importante recordar que efectivamente existían en los gremios algunas posibilidades de elección, puesto que un joven se podía poner como aprendiz de cualquier maestro de gremio que lo aceptara y con quien sus padres se pudieran poner de acuerdo respecto a la organización y a las tarifas. Vista en conjunto, es posible que la principal consecuencia de la legislación que favorecía a la *Gewerbefreiheit* fuera la de proporcionar una explicación fácil y un blanco de críticas para cualquier cosa que anduviera mal en la economía, por la presión de fuerzas nuevas y con frecuencia incomprensibles.

Algunas importantes distinciones entre las viejas y las nuevas formaciones sociales entre los trabajadores en los pueblos, ya habían empezado a atraer la atención de los observadores de la época antes de 1848. En teoría, las divisiones dentro de los gremios entre aprendices, oficiales y maestros, representaban graduaciones por edad o etapas en el ciclo de la vida, en lugar de algo que pudiéramos llamar clases sociales. En buena medida, ésta seguía siendo la situación en 1848, aunque por razones que plantearemos en seguida, estaba cambiando en dirección de las distinciones de clase, sobre todo para los oficiales. También se estaban gestando nuevas formas de relaciones de trabajo, así como la expansión de otras viejas, tanto fuera como en competencia con los gremios. Una de ellas era la fábrica, llamada *Fabrik*.

[5] Para un resumen breve, véase Rudolf Stadelmann y Wolfram Fischer, *Die Bildungswelt des deutschen Handwerkers um 1800: Studien zur Soziologie des Kleinbürgers in Zeitalter Goethes*, 107-8. El trabajo que cubre un periodo más amplio, y que por ello es muy útil, es el de Heinrich August Winkler, *Mittelstand, Demokratie und Nationalsozialismus*, sobre todo las pp. 40-3. Sobre las relaciones tempranas sobre el Estado y los gremios, véase Kurt von Rohrscheidt, *Von Zunftzwang zur Gewerbefreiheit*.

En 1848, F. W. C. Dieterici, jefe de los servicios prusianos de estadística, definía a las fábricas como establecimientos en los cuales se producían bienes en grandes plantas y *también* a aquellos en los cuales los trabajadores *no* se reunían en grandes unidades, sino que trabajaban en diferentes lugares bajo la dirección de un *Fabrikant* o fabricante, de quien recibían la materia prima y a quien entregaban los bienes terminados.[6] De modo que una fábrica podía ser cualquier cosa, desde lo que una persona moderna reconocería como tal, hasta un pequeño taller con media docena de empleados, e incluso aquello que es ejemplo de lo que los historiadores describen de manera poco elegante pero lúcidamente como el sistema de maquila. Lo que distinguía a las fábricas de los gremios, era el uso del trabajo contratado, distinción que por otra parte, empezó a hacerse borrosa hacia 1848, conforme las relaciones entre los maestros y sus ayudantes se alteraban de manera cualitativa y cuantitativa.[7]

Además de la intromisión del capitalismo, el aumento de la población tuvo consecuencias importantes para los gremios. El número de oficiales crecía —y lo hacia muy rápidamente— en las zonas más modernas, tales como la ciudad de Berlín. En el reino de Prusia, entre 1816 y 1843, el número de maestros en relación al de oficiales y aprendices juntos decreció de 100:56 (100 por cada 56) a 100:76. Para 1846, este número había llegado en Berlín a 100:205. [8] El cambio significaba una reducción en la oportunidad de que oficiales y aprendices se convirtieran en maestros en Berlín y en otros grandes centros industriales. La cima de la escala para el avance empezaba a quedar más lejos, y con ella también el propósito del trabajo duro.

Si bien es necesario no caer en las imágenes románticas del pasado, también es cierto que hay bases para creer que la vieja relación patriarcal entre el maestro, su esposa, los oficiales y los aprendices, había cambiado considerablemente. Antes, los oficiales formaban parte de la unidad doméstica del maestro y éste, junto con su esposa, era responsable de su adoctrinamiento moral así como de su educación en las cuestiones técnicas. El aumento en el número de personas que estaba bajo la supervisión del maestro, junto con la pérdida de motivaciones debida al aumento de las dificultades para obtener el rango de maestro y por fin, la precaria posición del maestro mismo en muchos gremios, seguramente minaron el sentido de dedicación y la voluntad de restringir los deseos de placeres inmediatos. El aumento de la población y el capitalismo, estaban desmoralizando a los gremios y la vida misma de éstos empezaba a parecerse a la que se vivía en las fábricas, al tiempo que también empezaban a aparecer algunos conflictos de interés.[9]

[6] Dieterici, editor, *Mittheilungen des statistischen Buerau's in Berlin*, I (1848), 150.

[7] Véase Karl Abraham, *Der Strukturwandel im Handwerk in der ersten Halfte des 19. Jahrhunderts und seine Bedeutung für die Berufserziehung*, caps. 1-4.

[8] Para cifras de 1843 véase Abraham, *Strukturwandel*, 56. Para 1846 véase Dieterici, *Mittheilungen*, I (1848), 70.

[9] Abraham, *Strukturwandel*, 76, 90-4. Dieterici, en *Mittheilungen*, II (1849), 6-7 comenta sobre cómo se iban pareciendo los gremios y las fábricas.

3. *El proletariado*

Como consecuencia tanto del incremento natural de la población como de la intromisión del capitalismo, aparecieron tanto en las ciudades como en el campo, masas de personas a quienes las organizaciones sociales tradicionales no podían absorber de la vieja manera. Ésta no era una situación histórica nueva. Problemas similares ya habían plagado a la Inglaterra isabelina y a la temprana sociedad medieval tanto en Inglaterra como en el continente, y dejaron un sustancial residuo de pobres y desafortunados. Aun así, no hay razón para dudar de que el problema era más grave en los años anteriores a 1848, pues mostraba elementos nuevos de importancia históricamente decisiva. En los años cuarenta del siglo anterior, el término "proletariado" apenas estaba entrando en uso como parte de una conciencia bastante confusa sobre estos cambios, y su empleo era lo suficientemente vago y estático como para servir a una gran diversidad de propósitos polémicos.

Con todo, son las siguientes características las que muy probablemente formaron la esencia del uso y las percepciones corrientes alrededor de 1848: en primer lugar, los proletarios podían ser habitantes tanto del campo como de los pueblos y las ciudades, y es casi seguro que la capa de hasta abajo de la población rural fuera más amplia que la de las ciudades. En segundo lugar, los proletarios habían sido desarraigados y carecían de un lugar reconocido o al menos completamente reconocido en el sistema existente de posiciones. En ocasiones, se referían a ellos como el Cuarto Estado. Ésta es una razón por la cual un observador de la época en Berlín incluía en su definición del "proletariado puro" a aquellos que se habían entregado a la escolaridad, el arte o cualquier tipo de educación, en un esfuerzo por cumplir con algunas esperanzas modestas. Otro observador incluía a los trabajadores por día, los oficiales, los artesanos independientes marginales y los pequeños comerciantes.[10] La marginalidad era otra característica importante. Se consideraba marginales a quienes de algún modo quedaban fuera del orden de posiciones tradicionales, y también a quienes eran muy pobres. Así pues, había también otro uso de la palabra en el que un margen muy estrecho la separaba de la miseria económica severa. Sin embargo, *no* eran marginales en el sentido de que no desempeñaran un papel significativo en la economía, pues las clases altas dependían de ellos para desempeñar una gran variedad de tareas esenciales a su funcionamiento. Dichas tareas estaban muy mal pagadas y requerían de poca o ninguna habilidad. Por último, los proletarios eran obviamente muy pobres. Tenían poca o ninguna propiedad —es más, en la mayoría en los pueblos seguramente no tenían

[10] Friedrich Sass, *Berlin in seiner neuesten Zeit und Entwicklung*, 249 y véase también 259-60. En la p. 284 hace una estimación de que los proletarios eran 150 000 o "más o menos la mitad" de la población total de la ciudad. Esta estimación y la proporción en la sociedad total parecen muy altas. Véase Dieterici, *Mittheilungen*, II, 4, en donde el total de la población de Berlín para 1846 era de más o menos 408 000.

ninguna— y eran quienes tenían que vivir de su trabajo, mal pagado y posiblemente muy irregular, dependiendo de las altas y bajas de un ciclo de los negocios bastante difícil de predecir.

Las principales variaciones en las definiciones y concepciones del proletariado tenían que ver con la amenaza política potencial que pudiera significar la chusma urbana revolucionaria que era consecuencia del crecimiento de las fábricas. En las discusiones que hacían los educados sobre la "cuestión social", había muchas personas que hacían hincapié en el crecimiento de un proletariado rural y en la ausencia de una relación concreta entre el crecimiento industrial y la aparición de un nuevo estrato social.[11] En el otro extremo, estaban aquellos que como Dieterici negaban que hubiera un peligro proletario real en Alemania, pues en su opinión, el proletariado real sólo podría surgir ahí donde hubiera grandes números de trabajadores en una fábrica, y que estuvieran comprometidos en una obstrucción del trabajo.[12] El énfasis que hace Dieterici en la relación entre la fábrica y el proletariado, es significativa para mostrar que esta concepción no se limitó a Marx y que ya estaba presente en los círculos más respetables.

Las discusiones de la época sobre el proletariado, los que no tenían propiedades y otras cuestiones relacionadas con esto, eran reflejo del hecho de que, durante la primera mitad del siglo XIX, había hecho su aparición en la sociedad alemana un "excedente" de población, entendiéndose que era tal excedente en ese orden social particular y en ese nivel de desarrollo técnico dentro de esa etapa específica del desarrollo histórico. Posteriormente, en el siglo XIX hubo un gran incremento de la población sin que ello significara tensiones sociales serias. La mayor parte de dicho excedente, fue consecuencia de un incremento biológico ordinario. No hay en esta coyuntura signos del tipo de tensiones y cambios institucionales tales como los ingleses de los siglos XVIII y XIX, que sacaron a la gente de sus lugares acostumbrados en el orden social. La alemana era más bien una situación en la que cada vez iba quedando menos espacio en los lugares acostumbrados de la parte más baja de la escala social para un número de gente que se incrementaba con rapidez, sin que hubieran aparecido nuevos lugares que acomodaran a los rezagados. Y esto no sucedería antes de que la industrialización adquiriera su plenitud, después de la fundación del Imperio en 1871, de modo que se puede afirmar que la industrialización resolvió el problema del proletariado en lugar de crearlo. Pero hay mucho más en esta cuestión, como

[11] Carl Janke y Dietrich Hilger, editores, presentan en *Die Eigentumslosen: Der deutsche Pauperismus und die Emanzipationskrise in Darstellungen und Deutungen der zeitgenössischen Literatur* una amplia selección de las discusiones de la época.

[12] Dieterici, *Mittheilungen* II (1849), 10-11. Las tarifas altas y otras medidas para estimular las manufacturas, que iban en contra del flujo natural del capital, producirían —según él— un proletariado, mientras que los negocios que crecían "naturalmente" nunca lo lograrían. Toda su posición es, además de ecléctica, muy curiosa, en el sentido de que los gremios se desempeñaban satisfactoriamente y seguirían haciéndolo si el gobierno no les ayudaba ni los obstaculizaba en aras de la paz y la satisfacción general de Alemania. ¡Esto en pleno 1849! Sería como utilizar a Adam Smith para defender la economía tradicional.

veremos al analizar los levantamientos políticos y sociales de 1918-1920. Por ahora baste con afirmar, y ello es correcto, que la industrialización fue una solución al problema del proletariado temprano y preindustrial.[13]

En el territorio que se convertiría en el Imperio Alemán en 1871, la población creció de casi 25 millones en 1816 a poco más de 34 millones en 1845, esto es, más de un tercio. En otro período de 29 años, entre 1881 y 1910, de nuevo creció un 42%, de cerca de 45 a cerca de 65 millones, y esta vez sin que se hablara en serio de sobrepoblación y sin crisis revolucionaria. Para el segundo periodo, el país se había convertido en industrial y moderno.[14]

En el primer periodo a que hicimos referencia, el agudo incremento en los números produjo un sufrimiento muy severo cuyo impacto fue diverso según la geografía y la estructura social. En el suroeste del país, que es en donde el impacto fue más duro, un campesino podía encontrarse con que su tierra no podía proveer de alimento para más de cinco personas, siendo que eran siete en la familia, de modo que era muy probable que se viera obligado a hacer recortes o incluso a eliminar gastos en los bienes y servicios que le ofrecían los artesanos de los pueblos. En este momento —si es que no antes— los zapateros locales se encontraban con que había demasiados de ellos para el mercado que podían tener y sostener. Mientras tanto, los manufactureros de textiles tenían problemas por la competencia de los bienes ingleses o por la de Prusia, cuyos intereses agrícolas habían estimulado el crecimiento de una red de transportes, así como la consolidación de una amplia zona de tarifas bajas, la *Zollverein*. Para quienes estaban cerca de la base de la escala social la salida que significaba la emigración estaba lejos de su alcance. Mack Walker ha puesto el problema en palabras claras: en un sentido, había muy pocas fábricas, y en otro había demasiadas.[15]

Si había muy pocas, entonces, ¿qué tan grande era el proletariado urbano?[16] Ésta no es una pregunta fácil de responder, aunque tenemos algunos indicadores bastante buenos. Para tener las proporciones adecuadas, veamos primero los datos estadísticos de la clase obrera como un todo.

Por lo menos en lo que se refiere a Prusia, que era el mayor Estado de Alemania con una población de más de 16 millones en 1846 frente a un total de 34.4 millones en 1845 para los territorios que se convertirían en el Imperio,[17] es posible obtener una concepción aproximada del tamaño de los varios componentes de las clases trabajadoras y de sus tasas de incremento para los treinta y tantos años previos al estallido de la revolución.

[13] Véase Werner Conze, "Vom 'Pöbel' zum 'Proletariat' ", sobre todo 123-8.

[14] Datos del *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 35 (1914), 2.

[15] Mack Walker, *Germany and the Emigration 1816-1885*, 47-54 sobre todo 52-3.

[16] Si se define como proletariado a *todos* los trabajadores y luego se agrega a los que vivían una existencia marginal con una propiedad mínima, inadecuada para asegurar una existencia campesina o "bürgerlich", entonces el resultado debería incluir por lo menos al 50 o 60% de la población, según Conze en "Von 'Pöbel' ", p 122. Por razones que expondré más adelante, no creo que sea posible incluir a todos los trabajadores.

[17] Dieterici, *Mittheilungen*, I (1848), 70; *Statistischer Jahrbuch*, vol. 35 (1914), 2.

TABLA 1
AUMENTO EN EL NÚMERO DE TRABAJADORES
(en miles)

	1816	*1846*	*% aumento*
Trabajadores de fábricas de todo tipo	187	554	196
Maestros de gremio más personas autoempleadas	284 (1822)	410 a 449	44 a 58
Oficiales y aprendices	179	346 a 379	93 a 112
Trabajadores comunes no calificados (*Handarbeiter*)	880	1 470	67

FUENTE: F. W. C. Dieterici, editor, *Mittheilungen des statistischen Bureau's in Berlin*, vol. I (1848), 83; en la p. 70, el autor da la cifra más alta para el segundo rubro de 1846 sin dar para ello ninguna explicación. Véase vol. II (1849), 4, 13, 16.

Las características más sorprendentes de la tabla anterior son la tasa de crecimiento tan lenta de los maestros de gremio y al contrario, la tasa tan rápida de los trabajadores de las fábricas. En la práctica, era muy difícil distinguir el número de oficiales y de aprendices del de trabajadores, en lo que entonces se consideraba que era una fábrica, pero también aumentaba rápidamente, a una tasa de casi el doble de la de los maestros de gremio y los empleados independientes (auto-empleados), aunque no tan rápido como el número total de los trabajadores de las fábricas. Estos cambios muestran con suficiente claridad cuál era la dirección que se estaba fijando en las tendencias del cambio social. Sin embargo, no nos dan información satisfactoria sobre el tamaño real del sector proletario marginal y empobrecido. Dieterici [*Mittheilungen* I, (1848), 77] define al sector que aquí hemos llamado de trabajadores comunes no calificados, como trabajadores por día, leñadores, constructores de caminos y vías de ferrocarril, costureras, lavanderas y otros. Constituyen el grupo más grande en la tabla y muchos de ellos probablemente podrían considerarse proletarios en el sentido de que no han sido completamente absorbidos por la economía tradicional.

Los trabajadores en las fábricas representan un problema más difícil. Según Dieterici (*Idem*, 84) sus salarios, por lo menos en Berlín, eran superiores a los de los trabajadores por día y gozaban de una relativa seguridad en el empleo. En otras partes, los trabajadores que estaban en locales con máquinas en una suerte de sistema artesanal centralizado, constituían, en términos de paga y de prestigio social, una élite entre los trabajadores. Con todo, entre los trabajadores de las fábricas había importantes diferencias por región y por tipo de industria. En los textiles, donde el número de mujeres y niños era particularmente elevado, los trabajadores venían de las zonas rurales en donde habían estado empleados principalmente en la industria doméstica. En las minas y la industria del acero, también se les reclutaba principalmente de las zonas rurales; pero en ese caso, entre los que antes habían sido sirvien-

tes y trabajadores por día.[18] Karl Abraham cita datos sobre salarios y horas de trabajo en Berlín en 1846-1847, una época de extrema miseria, en los que se ve que de todos los trabajadores varones, los de las fábricas eran el grupo con salarios más bajos.[19] Quizá lo más juicioso podría ser afirmar que los trabajadores de las fábricas eran absorbidos en el nuevo orden social, pero muy cerca de la parte inferior de la pirámide.

Una evidencia bastante útil sobre quiénes fueron los proletarios, se obtiene de los datos oficiales sobre impuestos en Prusia. Resulta bastante sorprendente darse cuenta de que ya existía lo que parece un impuesto progresivo sobre los ingresos, puesto que se lo dividía en doce niveles y se incluía en ellos a los trabajadores por día quienes, según las estimaciones de Dieterici, ganaban alrededor de cien táleros al año.[20] La clase de hasta abajo o la número doce, estaba compuesta por personas sin ninguna propiedad, en cuyo caso el impuesto se cobraba a los individuos y no a las unidades domésticas. En 1848 había 3.4 millones de personas en esa situación.[21] Seguro que ellos eran proletarios, en cualquier acepción que se le dé a esa palabra. En una población total de cerca de 16 millones, conformaban algo más de una quinta parte. Pero es muy difícil que aun la burocracia prusiana fuera capaz de localizar y cobrar impuestos a *todo* el proletariado, de modo que fácilmente pudieron ser cinco millones, aunque esto es sólo un cálculo. Si revisamos otra vez la tabla número 1, no nos será muy difícil encontrar 1.2 y probablemente hasta dos millones, como el número de proletarios que seguramente estaba trabajando en ciudades y pueblos.

Éstas son sin duda aproximaciones muy gruesas, pero suficientes para establecer que una importante proporción de la población alemana era muy pobre para las pautas de la época y estaba socialmente desarraigada. Werner Conze ha afirmado que más de la mitad estaba en esa categoría. Mis cálculos en cambio muestran que era menos de un tercio el que pertenecía a ese grupo y que la proporción urbana debe haber sido de más o menos entre un octavo y un décimo del total de la población. Así pues, con cualquier definición que se tome de proletariado urbano, ésta era una pequeña minoría de la población total de Alemania, mientras que la gran mayoría de los trabajadores manuales en los pueblos y ciudades no sólo sufrían penurias materiales, sino que también eran víctimas de las más diversas formas de desubicación social, como las que ya se han descrito antes.

Hay algunos indicadores de la situación material cambiante de los extremadamente pobres. Dieterici nos proporciona una lista del consumo anual *per cápita* de algunos productos importantes para la alimentación y el vestido, que incluyen la cantidad y el precio de lo consumido para los años 1822 y 1846. En el primero de éstos, el gasto total de consumo habitual fue

[18] Wolfram Fischer, "Soziale Unterschichten in Zeitalter der Frühindustrialisierung", 427-8.

[19] Abraham *Strukturwandel*, 136-7. Las costureras, tejedoras y modistas recibían alrededor de la mitad de los salarios que se pagaban a los hombres en las fábricas.

[20] *Mittheilungen*, I (1848), 105.

[21] *Ibid.*, 111.

de más de 18 táleros y para el segundo se había elevado en un 44%, hasta más de 26 táleros.[22] La conclusión de Dieterici de que el estado general del bienestar se elevó en este mismo porcentaje, es obviamente absurda, pues según sus propios datos, la cantidad de cada producto que se consumió permaneció casi constante y sólo los precios se incrementaron. El consumo *per cápita* de granos fue el mismo en 1822 que en 1846, pero el precio casi se duplicó. El de carne se elevó ligeramente de 33 a 35 libras, mientras que el precio aumentó de 2.5 *groschen* de plata a 3.25 por libra. Por extraño que parezca, el consumo de cerveza disminuyó y también su precio, mientras que el consumo de azúcar y café se incrementó de manera significativa con una pequeña caída en los precios, pero constituían un producto menor en el presupuesto. El único producto importante cuyo consumo aumentó de manera significativa y con cierta baja en el precio, fue el algodón. En 1822, el consumo anual era de siete varas con un precio de ocho *groschen* de plata cada una. Para 1846, el consumo anual era de 14 y el precio había bajado a seis. Otros productos fluctuaban entre límites relativamente estrechos en relación a la cantidad que se consumía y al precio.

Debido a los métodos bastante primitivos para reunir los datos estadísticos con que se contaba a principios del siglo XIX, sería tonto tomar estas cifras demasiado literalmente. Sin embargo, sí sirven para derivar algunas inferencias muy generales. Los precios de los alimentos se elevaron de manera importante, si bien el consumo anual promedio permaneció constante. Es bastante poco probable que sucediera lo mismo con el consumo de los muy pobres. El poder real de compra disminuyó y los muy pobres ya lo tenían tan pequeño que no pudieron enfrentarse a esta disminución.

Desgraciadamente no contamos con ninguna biografía o material similar de primera mano sobre el proletariado urbano alemán de alrededor de 1848, del tipo de los que luego fueron bastante abundantes en el final del siglo XIX, y por ello no podemos tener una visión interior directa de su situación de vida y de lo que sentían sobre ella. Todo lo que tenemos son análisis generales de la situación económica y social, según autoridades secundarias, y un número muy limitado de observaciones hechas por personas de las clases sociales altas. Aunque había muchos debates en los círculos educados sobre la "cuestión social" y la situación del proletariado, éstos aparecen en su mayor parte como muy teóricos y generales, sin base en la observación directa.[23] El único esquema de la época sobre la existencia proletaria o cuasi

[22] *Ibid.*, 11 (1849), 12. Rudolph Strauss en *Die Lage und die Bewegung der Chemnitzer Arbeiter in der ersten Hälfte des 19 Jahrhunderts*, 252, menciona que dos táleros a la semana eran el pago típico para *Erdarbeiter* (los que cavaban zanjas y otros por el estilo), de modo que la estimación de Dieterici sobre los 100 táleros al año de ingreso para los trabajadores por día es una aproximación bastante razonable. Esto significa que más de un cuarto del ingreso se requería para las necesidades de alimento y vestido.

[23] Wolfram Fischer en "Soziale Unterschichten" proporciona un resumen interpretativo bastante útil de la información disponible sobre su situación y modo de vida. Véase Jantke y Hilger, *Die Eigentumslosen*, para las afirmaciones que se hacían en la época y que muestran las diversas percepciones que estaban en boga entre las clases educadas.

proletaria urbana con el halo de la experiencia real por detrás, viene de los escritos de un representante de la nobleza terrateniente en Alemania Oriental: Herrmann Graf Zu Dohna.[24] Aunque su informe sobre la situación de los jóvenes aprendices urbanos está saturado de ideas conservadoras, también es bastante preciso sociológicamente, por la forma en que hace énfasis en la interrelación entre la situación social y la personalidad o el carácter, de modo que, a través del tono conservador, no es difícil discernir lo que estaba sucediendo. Además, este escrito nos resulta particularmente valioso por la luz que arroja sobre la manera en que el mundo del artesano se estaba convirtiendo en el mundo del proletario, y por ello sería útil presentar aquí un resumen más o menos amplio y una paráfrasis de sus observaciones.

El conde Zu Dohna centró su mirada sobre preocupaciones característicamente conservadoras: la disminución aparente del compromiso de trabajar mucho y la pérdida del respeto a la autoridad entre las clases bajas, a pesar de lo cual no se dedicó sólo a lamentarse de la situación, sino a tratar de explicarla. Según él, en los tiempos que corrían, era menos común que el maestro del gremio pudiera mantener a los aprendices en su hogar, de modo que mejor les daba dinero para su cuarto y alimentación y él sólo se ocupaba de su trabajo y no de su bienestar personal. En esas circunstancias, era muy difícil que el aprendiz creciera siendo un oficial ordenado y capaz (*Tüchtig*) y no había mucho que el maestro pudiera hacer al respecto, ya que como estaba luchando contra la competencia, tenía que utilizar toda su fuerza para su propio trabajo y no podía permitirse dedicar mucha atención al de otro. Así que, dónde y cómo pasaba sus noches y sus domingos el aprendiz, era algo que el maestro no podía saber.

Aún cuando el aprendiz hubiera recibido una buena educación en la casa del maestro, podía entrar al mundo como trabajador libre a una edad en la que no sabía cómo usar su libertad. Además, necesitaba compañía y su posición aislada le obligaba a juntarse con alguien. Como no tenía dinero para vivir solo, necesitaba encontrar un lugar dónde dormir compartido con otros. Entre toda esa gente, unos encima de otros, siempre había ejemplos malos y los caracteres más débiles los seguían. El pequeño grupo de los que se portaban bien se volvía cada vez más pequeño, se aislaba de los otros y perdía su influencia sobre ellos.[25] Para este tipo de personas era muy difícil planear sus gastos con suficiente anticipación, puesto que nunca sabían exactamente cuánto iban a ganar, y esto era cierto incluso cuando el pago alcanzaba a durar todo el año. Lo que aparentemente tenía en mente el conde Zu Dohna al decir esto era tanto la incertidumbre del empleo presente como la de los prospectos futuros. Por ello, sigue diciendo, esta gente tenía una gran tendencia a disfrutar el momento, lo cual la hundía y la dejaba en

[24] Véase su "Über das Los der freien Arbeiter" en Jantke y Hilger, *ibid.*, 244-5.

[25] Estas observaciones serán confirmadas posteriormente en varias de las autobiografías de los líderes socialistas que empezaron siendo artesanos y que contienen retratos muy vivos de la suciedad, el alcoholismo y el lenguaje grosero que usaban los oficiales en los lugares donde aquéllos habitaban.

una situación en la que ya no era libre. La paga de toda la semana se consumía los domingos y el resto del tiempo se las tenía que arreglar con un mínimo de comida, y debido a esta pobreza alimenticia le faltaban fuerzas. Si además consideramos que eran empujados de un lugar a otro, sin la vigilancia del maestro y sin el amor de nadie, entendemos por qué muchas veces se dedicaban a robar. Y si en este momento de su vida se casaban, seguramente encontrarían que las obligaciones familiares eran caras y muy demandantes, de modo que seguramente se refugiarían en el alcohol y de nuevo estarían en la posibilidad muy real de ser empujados al crimen y de que sus hijos fueran criados en ese ambiente. Un trabajador así no estaba acostumbrado a mirar hacia adelante, hacia una mejoría real y permanente de su posición y sólo tenía como prospecto futuro el de permanecer hasta la vejez siendo un trabajador. ¿Por qué entonces no utilizar su salario para gozar de los placeres inmediatos? Acostumbrado como estaba a vivir al día, dejaba los problemas del mañana a la voluntad de Dios. Todas estas observaciones sirven también para los negros de las ciudades norteamericanas en el siglo XX. El conservador conde debe haber sido de los primeros en darse cuenta de los efectos que tenía la pobreza moderna sobre la personalidad humana.

Algunos trabajadores volvían a la tierra en las épocas de invierno, a fin de ganar un poco de dinero cortando madera o haciendo alguna labor parecida. Sin embargo, la paga era pequeña comparada con lo que obtenían durante el verano, de modo que preferían no trabajar y dedicarse a los excesos que habían aprendido precisamente en esta temporada. En los primeros días de la primavera volvían a conseguir trabajo en diversos tipos de obras y construcciones, pero para entonces ya no les quedaban ni fuerzas ni moral, al punto en que se lanzaban a la bebida, al juego y otras cosas similares. Al perder su trabajo, engrosaban las filas de los vagabundos, limosneros y criminales. De ahí las obras públicas que el Estado promovía para dar trabajo a quienes, por no tener pan, multiplican el número de pobres y criminales pues constituyen la semilla de la que éstos nacen.[26]

Las observaciones del conde Zu Dohna explican con agudeza algunas de las razones por las cuales un considerable sector de la población era reacio a la disciplina y al trabajo duro en esta coyuntura histórica. La causa más importante parece haber sido la falta de gratificación o incluso de posibilidades de gratificación que permitiera el autocontrol en la nueva situación. En esas condiciones, la experiencia del fracaso personal en el esfuerzo por tener éxito por la vía del propio y duro trabajo, puede resultar bastante destructiva y las frustraciones de una existencia de este tipo pueden fácilmente llevar al escape por la fantasía, al alcohol, al sexo y a las palabras iracundas que van de la mano con un comportamiento bajo. Las sanciones del grupo refuerzan estas conductas, pues quien se comporta de otra manera corre el riesgo de ser rechazado por sus únicos posibles asociados. Estas sanciones se parecen a aquellas que se les aplicaba a los que pretendían ser héroes en los cam-

[26] Herrmann Graf Zu Dohna, "Über das Los", 244-9.

pos de concentración y en las cárceles, y su propósito es similar: preservar y validar para el grupo las únicas satisfacciones mínimas (el alcohol y otras por el estilo), de las que de manera realista puede disponer. El papel que desempeña la dependencia es igualmente significativo. No hay necesidad de una autodisciplina ahí donde otro es el nominalmente responsable de lo que uno hace. Incluso si la responsabilidad del superior se ha vuelto mínima y si la satisfacción que le produce al dependiente es igualmente pequeña, la dependencia misma es sin duda muy real.

Estas consideraciones nos ayudan a explicar un conjunto de factores que a primera vista parecen bastante paradójicos. La mayor parte de las clases trabajadoras alemanas en las ciudades sufría severas penurias materiales y pasaba por un proceso de desarraigo social en gran escala, y con todo, con excepciones muy contadas, estaba políticamente desarticulada. Quienes más sufrían eran los que menos tenían qué decir sobre y en contra de su sufrimiento. Decir que estaban desarticulados no quiere decir que no hacían nada. De tiempo en tiempo armaban barricadas (cosa rara en la variante alemana de los disturbios de 1848), pero no crearon nada o muy poco de un diagnóstico independiente sobre su propia situación, ni lograron desarrollar ninguna organización sostenida desde la cual luchar para cambiarla. A este respecto, su conducta es todo menos única, pues en la historia de las clases trabajadoras en otros países, por lo general aquellos que están en las peores condiciones son los últimos que se organizan y dejan oír su voz. Quienes están hasta abajo de la escala social son los últimos que se enteran de las noticias de que ha habido un cambio en la capacidad de la sociedad humana para hacer frente a las miserias de la existencia.

Merecen nuestra atención otras razones que explican la ausencia de una conciencia espontánea y claramente articulada de su posición en este sector y en esta época. En tanto que personas sin educación, los prolétarios y cuasiproletarios de la primera mitad del siglo XIX tenían muy poca experiencia de la palabra escrita o hablada como arma política. Entre las cataratas de palabras que son parte de toda revolución, probablemente ellos se sentían incómodos y hasta un poco desdeñosos, como les sucede en algunos casos a sus descendientes históricos. En su vida diaria, los golpes y las amenazas eran algo muy común, pero no las palabras, que se juntaban en formas muy complicadas y en larguísimos discursos que no entendían a menos que tomaran la forma del teatro, lo cual sucedía en algunas ocasiones. Las canciones son otra cuestión y requieren de un estudio aparte, pues en ellas las imágenes que formaban su visión del mundo, así como el diagnóstico y el remedio para su condición, podían muy bien reunirse en un todo coherente y servir como representaciones colectivas durkheimianas en por lo menos una oleada temporal de unidad social.

Viene a la mente la famosa canción de los tejedores durante su revuelta en Silesia en 1844, como un ejemplo significativo que expresa el odio sanguinario hacia los nuevos capitalistas y su explotación, que en este caso había tomado la forma de un sistema de maquila. El título era *Das Blutgericht* (literalmente, el juicio de sangre) y se cantaba con la melodía de *Es liegt ein*

Schloss in Österreich. Las estrofas finales atacan al *fabrikant* por asumir aires de aristócrata. Evidentemente, la nueva forma de explotación era condenada en las mentes populares, sobre la base de relaciones sociales derivadas de experiencias pasadas. No es éste el primero ni el único caso en que ese pasado, filtrado a través de las memorias del pueblo, proporcionó una medida para condenar el presente. Reproducimos aquí algunas estrofas que ya han sido citadas muchas veces, pero que vale la pena repetir:

Ich sage, wem ists wohl bekannt
Wer sah vor 20 Jahren
Den ubermütigen Fabrikant
Mit Staatskarossen fahren?

Sah man dort wohl zu jeder Zeit
Paläste hoch erbauen?
Mit Türen, Fenstern, prächtig weit
Ists festlich anzuschauen! [27]

4. *Diagnósticos articulados*

Si políticamente el proletariado estaba desarticulado, en el caso de los trabajadores que aún tenían un lugar reconocido en el orden preindustrial, estó no sucedía así. Bajo las presiones del capitalismo usurpador, los miembros de los gremios, tanto los maestros como los oficiales, encontraron una forma de expresarse. Pero aún así, la proporción de los que participaban en la formulación de las quejas, programas, demandas y pedidos —actos que en la Alemania de entonces eran revolucionarios— era mínima. Los registros del Congreso de artesanos alemanes que tuvo lugar en Frankfurt entre el 14 de julio y el 18 de agosto de 1848, proporcionan información importante sobre cuántos de ellos se volvieron activos, así como sobre su percepción de la situación del momento. El Congreso se reunió al mismo tiempo que la Asamblea Constituyente en Frankfurt, pero el resultado fue que aquél no tuvo éxito en sus esfuerzos por presionar a ésta en favor de los maestros del gremio.

En 1846, como ya lo señalamos en la Tabla número 1, entre 410 y 449 millares de maestros de gremio eran empleados independientes (autoempleados) sólo en Prusia. Detrás de llos, había generaciones de experiencia organizativa para resistir las presic es de los gobiernos y ejercer a la vez formas propias de contrapresión. Eran, pues, el sector mejor educado y más articulado de las clases trabajadoras alemanas en la época, de tal forma que

Yo digo, ¿quién ha de saber, quien ha visto desde hace veinte años, al fabricante ensoberbecer andar en las carrozas del estado? ¿Se habrá visto allá a toda hora palacios erigirse altamente ¡Con portales, ventanales y pomposa alcoba es de mirar solemnemente! (T.)

[27] La canción aparece impresa al final de Wilhelm Wolff, "Das Elend und der Aufruhr in Schlesien", que aparece en sus *Gesammelte Schriften*, 38-63.

si de algún grupo hubiera podido esperarse una amplia participación "democrática" para exponer sus agravios, era de ellos. El Congreso de artesanos trató de erigirse en vocero representativo de por lo menos todos los maestros, pero sólo había 116 nombres anexados a las propuestas originales, sobre las cuales se pusieron de acuerdo luego de mucha discusión.[28] De éstos, por lo menos seis nombres se pueden reconocer de personas que no eran maestros y ni siquiera estaban relacionadas con gremios posibles de identificar. Esto nos deja un total de 110 personas políticamente activas en una coyuntura histórica crucial, dentro de la mejor parte del medio millón de personas que componían el total de una sola región alemana. También había muchas peticiones individuales enviadas por maestros de gremios al Congreso, que las transmitía a la Asamblea Nacional.[29] Incluso con estas calificaciones, es claro que los voceros activos de los intereses gremiales eran una minoría muy pequeña.

Los debates de la sesión inaugural del Congreso muestran una conciencia respecto a este problema y arrojan más luz sobre su carácter. Aquellos que estaban presentes, sentían preocupación sobre su propia legitimidad e identidad política. Al mismo tiempo, algunos sentían que estos asuntos deberían dejarse para después, a menos que apareciera alguna oportunidad para acciones decisivas, lo que constituía el típico dilema revolucionario. Uno de los primeros oradores afirmaba preocupado que era muy pequeño el número de delegados que habían llegado. A esta observación le respondieron que lo importante era entrar en materia, pues lo que contaba no era el número sino el espíritu (*Geist*) de la discusión, así como las conclusiones a que se llegara. Más limitaciones a la representatividad aparecieron de la propuesta de que la moción de los delegados fuese suficiente para terminar un debate sobre cualquier asunto, lo cual levantó objeciones, puesto que la parte sur del país estaba poco representada debido a que la noticia del Congreso apenas se había hecho pública el 9 de julio, es decir, pocos días antes de que éste se iniciara, y en cambio el norte del país estaba sobrerrepresentado.

Algo aún más significativo fue que los delegados —por lo menos al principio— se sentían inseguros de su identidad política y de a qué o a quién efectivamente representaban. Aunque el comerciante, y sobre todo el *Fabrikant*, surgirían como los principales villanos en el drama económico alemán, se produjo una seria discusión sobre si tales personas podrían ser excluidas de un Congreso llamado a resolver la "cuestión social" (como hemos visto, algunos maestros habían terminado por parecerse a los dueños de las fábricas y otros eran bastante activos en el comercio). Por otra parte, el problema de si incluir o no a los oficiales produjo un debate todavía más largo y fuerte. Como lo dijo después uno de los delegados, ¿qué hacen los oficiales además

[28] *Entwurf einer allgemeinen Handwerker-und Gewerbe-Ordnung für Deutschland, Berathen und beschlossen von dem deutschen Handwerker-und Gewerbe-Congress zu Frankfurt am Main in den Monaten Juli und August 1848*, 23-4.

[29] Para detalles, véase P. H. Noyes, *Organization and Revolution: Working class associations in the German Revolutions of 1848-1849*, cap. 7.

de pedir más dinero y menos horas de trabajo? Otros hablaban de los aprendices como personas que de hecho trabajaban para los capitalistas y por lo tanto arruinaban a los gremios, y unos más tomaban la posición de que era injusto e incorrecto excluir a los aprendices del Congreso puesto que eran parte integral del sistema gremial. La solución que por fin se adoptó siguió la propuesta de un delegado, quien dijo: "Deberíamos decir a los diputados de los oficiales que se vayan tranquilos a sus casas y esperen las noticias y es más, que esperen convencidos de que los maestros tomarán en cuenta sus intereses". Sólo 13 de los 49 delegados presentes en esta decisión fundamental votaron por la admisión de los oficiales.[30]

En las crisis políticas, una parte importante de la forma en que la gente se autodefine, consiste en definir quiénes son sus enemigos. Esto sin duda era cierto entre los maestros de gremio. Si se revisan las primeras veinte páginas de las asambleas de Frankfurt y se hace una lista de quién y qué es lo que estuvieron de acuerdo en considerar como enemigo, se verá que el resultado incluye a todos los sectores de la sociedad alemana, con la importante excepción de los campesinos: los comerciantes, el capital, el *Fabrikant*, los oficiales, los burócratas y también una abstracción fantasmal: el dominio del dinero. Cualquiera que pareciera capaz de hacer dinero sin un trabajo físico duro, era automáticamente considerado sospechoso, idea que por lo demás es muy antigua. Como se observó en el primer capítulo, el especulador, en tanto que era la persona que poseía recursos valiosos pero no los utilizaba ni los consumía, fue el que produjo siempre y en una gran diversidad de culturas la mayor indignación moral.

El programa de propuestas (*Entwurf*) que se elaboró como respuesta a estas discusiones y se presentó a la Asamblea de Frankfurt, puso esa enorme y diversa colección de enemigos en un contexto más teórico, en la forma de diagnósticos sobre las enfermedades que supuestamente afligían a la sociedad alemana (que, lógicamente, estaba formada sobre todo por los maestros), y proponía también algunos remedios. Los principales demonios o enemigos eran tres. El primero, sin que ello nos sorprenda en absoluto, era la competencia (*Concurrenz*). Los maestros aceptaban que había una competencia que podía ser legítima, puesto que evidentemente las corrientes modernas de opinión eran demasiado fuertes como para lanzarse en un ataque frontal; pero había también la competencia deshonesta que de manera continua iba ganando terreno sobre la honesta. (Esto es algo que todos los hombres de negocios han creído siempre en los tiempos modernos. La misma idea surge en los primeros días del *New Deal* norteamericano.) Era ésta una cuestión respecto de la cual los maestros sentían una particular amargura. El capitalista que se dedicaba a la usura con el poder de trabajo del pueblo, era responsable de la aparición del proletariado y de la sobrepoblación. Por su parte, los hombres de Estado, al estimular la libertad de ingresos o el comercio (*Gewerbefreiheit*) estimulaban la producción por la producción misma, sin

[30] *Verhandlungen des ersten deutschen Handwerker-und Gewerbe-Congresses*, 19, 22-3, 40; para lo que tiene que ver con los aprendices y para otros asuntos mencionados en el texto, véase 1, 5, 10, 13.

darse cuenta, por su compromiso con una teoría falsa (a los falsos teóricos aún no se les llamaba despectivamente "intelectuales"), de que el consumo no era la consecuencia necesaria de la producción y de que cuando la mayoría de los ciudadanos se volvían pobres, éste se terminaba y todos sufrían. Era bastante obvio que los maestros de gremio, o al menos muchos de ellos, sentían que tanto el *Zeitgeist*[*] como el gobierno, estimulaban a sus enemigos y provocaban su ruina, y que los líderes de las clases medias que podrían reemplazarlos serían todavía peores.

Desde su punto de vista, este balance era bastante realista. Lo que ellos querían, a modo de remedio, era un mayor poder del Estado, medidas para preservar su papel moral, social y económico, es decir, querían una vuelta a la situación precapitalista con una cierta dosis de arreglos así como con medidas para restringir el número de aprendices y cerrarles el acceso a los gremios. Este aspecto de los remedios propuestos es un resultado natural de su diagnóstico y de su situación general, y por ello apenas si requiere comentario. Tampoco sorprende que soliciten tarifas altas para todos los productos de la industria alemana, aunque vale la pena llamar la atención sobre el hecho de que, en este punto, podían tener importantes aliados entre los capitalistas y los "teóricos". Lo que sí resulta sorprendente es encontrar, entre su lista de medidas para mejorar la situación de los artesanos alemanes, varias propuestas extremadamente "modernas": un impuesto progresivo sobre los ingresos y la propiedad; un mejoramiento del sistema educativo con educación gratuita; un sistema común de pesos y medidas, así como de moneda, para todo el país; la obligación del Estado de velar porque todas las personas físicamente capaces pudieran encontrar trabajo en empresas públicas tales como ferrocarriles, caminos, canales, etcétera, y también la obligación del Estado de hacerse cargo de aquellos ciudadanos carentes de medios por enfermedad o mutilación accidental y que por lo tanto estuvieran incapacitados para trabajar.

Aún pasaría mucho tiempo antes de que los estados industriales modernos aceptaran estas obligaciones, y por supuesto aún hoy no están totalmente aceptadas. Por ello resultaría injusto e incorrecto calificar al programa de los maestros de gremio como puramente reaccionario y egoísta, pues en él había muchas cosas que podían despertar reacciones de simpatía incluso entre los trabajadores de las fábricas, aunque también es cierto que estaba bañado de una mezcla de nostalgia e interés egoísta. Atrapados entre dos épocas históricas, los rangos más altos entre los artesanos miraban ansiosos hacia atrás, a aquellos tiempos que terminaban, y buscaban suavizar el impacto de la nueva época que se estaba gestando alrededor de ellos.

Por su parte, los oficiales excluidos por los maestros, tuvieron su propio Congreso también en Frankfurt, del 20 de julio al 20 de septiembre de 1848. Los delegados, en este caso, representaban mucho más a la zona sur del país,

[*] El espíritu de la época. (T.)

a pesar de lo cual se puede decir justificadamente que era correcta su pre tensión de hablar a nombre de "un grupo general de trabajadores alema nes". No conocemos las discusiones que llevaron a esa afirmación, pues no sobrevivieron sus actas, pero la declaración es en sí misma interesante, por que presenta una capa espontánea de optimismo revolucionario que cubría la desesperación más básica, sin que ninguno de los asistentes hubiera estad contaminado por alguna de las ideas marxistas que habían sido importadas de Berlín por Stephan Born.[31]

No nos sorprende que su diagnóstico de lo que estaba mal en la histo ria, sea parecido al de los maestros. Hay quejas similares sobre el domini arbitrario del capital (*Willkührherrschaft des Capitals*), la misma angustia so bre los derechos inalienables del trabajador, entre ellos a una vida decente los cuales, según pensaban, habían sido sacrificados a la usura, el juego y e fraude, de modo que el trabajo honesto debía recuperar el honor (*Ehre*) que merecía.[32] El libre comercio, la competencia y toda la ética individualista del capitalismo moderno, en la cual las palmas de la victoria siempre se otor gan a la actividad y al mérito, no eran más aceptables para los oficiales de l que lo eran para los maestros, e incluso para la mayoría de los proletarios, a excepción de unos cuantos trabajadores relativamente favorecidos en las fábricas.

Al mismo tiempo, es evidente que los oficiales no veían en el pasado un época de oro de los gremios, de la misma forma en que la veían los maestros. Para ellos, la época histórica que el capitalismo estaba destruyendo era la del monopolio, en la cual había mil obstáculos en el camino de quien quisier ganarse la vida honradamente por medio del trabajo manual asiduo. En mu chos lugares, el número de maestros estaba restringido por limitaciones ar tificiales, ya fuera porque el derecho a serlo era hereditario, o porque estaba ligado al uso de ciertos edificios. Este derecho se ganaba con un examen produciendo un ejemplo de la artesanía de que se tratara (Meisterstück), sólo en teoría; en la realidad eso significaba un gasto que sólo los ricos podían ha cer para volverse maestros. Todas estas críticas eran moneda corriente desde hacía mucho tiempo entre los oficiales progresistas y entre los teóricos "bu gueses". Según el documento, cuando la gente adquiría conciencia de qu había nacido con los mismos derechos y de que los monopolios habían sido creados con fraudes y poder, decidía que podía arrancarse las cadenas.

Sin embargo, en lugar de obtener la libertad, el resultado fue la comp tencia irrestricta, la no libertad de trabajo, situación en la que los ricos se volvían más ricos y los pobres más pobres. El *Mittelstand* desaparecía y el *Arbeitstand* se pasaba al grupo de los pordioseros.[33] No era la libertad, sin

[31] Para el pasado, véase Noyes *Organization and Revolution*, 204-7.

[32] *Beschlüsse des allgemeinen deutschen Arbeiterkongresses zu Frankfurt am Main, gefasst in den Monat Juli, August und September, 1848*, sobre todo 444.

[33] Éste es sólo un indicador del grado en el cual la noción de estamento o de orden aún p meaba a las categorías del pensamiento y el habla alemanas. En el documento citado de los trabajadores, *Stand* puede aparecer en la misma oración con el término *Klasse*. Esta mezcla

una caricatura (*Zerrbild*) suya lo que apareció, en la cual la regla era que "A aquel que tiene, le será dada y a aquel que no tiene le será quitada, incluso si la tiene". Así pues, los oficiales se negaban a identificarse con un *liberalismo* que buscaba imponer una servidumbre peor que la de la época del monopolio de los gremios, pero al mismo tiempo rechazaban con igual vehemencia las nociones igualitarias que habían empezado a circular a partir del socialismo y el comunismo franceses y alemanes. Esto es muy revelador, pues lo que ellos veían en un sistema igualitario era que el haragán recibiría la misma gratificación que quien trabajaba duro. El esfuerzo no remunerado aparece para ellos como una preocupación central, como también lo era para otros grupos.

Esta preocupación se observa con más claridad en su imagen de un futuro deseable, que sigue al diagnóstico del pasado y el presente perniciosos. Su característica principal es que no el *Kapital* (en esta ocasión con K) sino la asiduidad y la habilidad debían determinar el éxito de toda la población productiva (*schaffenden*). Aquí parece haber un eco de la distinción entre el trabajo productivo y el improductivo, que se había difundido en otras partes de Europa como arma polémica tanto en contra de los especuladores como de los burócratas parásitos.[34] A fin de cuentas, querían lo mejor de los dos mundos: una sociedad en la cual el éxito dependiera de la laboriosidad y la habilidad, y al mismo tiempo permitiera libertad de movimiento (*Freizügigkeit*), y también el fin de las concesiones especiales y de los privilegios, al tiempo que se asegurara que todos y cada uno de los miembros de la sociedad civil, tendrían un lugar seguro en el cual ganar su sutento, adecuado a su capacidad de trabajo (*einem jeden Glied der bürgerlichen Gesellschaft die seiner Arbeitskraft angemessene Erwerbsphäre gesichert*).[35] Seguramente fueron estas esperanzas las que permitieron a los oficiales proclamar que la nueva organización general de trabajadores que esperaban crear estaría abierta a cualquier persona de más de 18 años de edad que deseara asumir la tarea de mejorar la situación de la clase trabajadora y restaurar la posición del *Mittelstand*.[36] Es obvio que aquí esta palabra no se refiere a la próspera burguesía capitalista, sino que tanto *arbeitende Klasse* como *Mittelstand* aparecen como categorías vagas que incluyen a toda la gente comprometida en un trabajo honesto. Como una categoría aparte, a todos aquellos de otros estamentos que simpatizaran con los trabajadores y con sus objetivos, tales como artistas, comerciantes, artesanos (*Handwerker*) e incluso *Fabrikanten*, se

lingüística refleja la situación histórica en la cual el orden hereditario aún estaba entreverado con las clases sociales económicamente determinadas o en la cual la gente estaba cambiando de un principio de desigualdad social a otro.

[34] Véase *Beschlüsse*, 450-52. Ellos también hacen la objeción común a la igualdad: la de que llevará a una aburrida uniformidad, puesto que las necesidades humanas son diferentes en cada caso. También los *sansculottes* eran muy vehementes en su ataque a los especuladores y a los aristócratas, pero la distinción entre las actividades útiles y las inútiles estaba mucho más difundida en el siglo XVIII y es sin duda más vieja.

[35] *Beschlüsse*,455.

[36] *Ibid.*, 449.

les permitiría, e incluso estimularía, a unirse. Pudo también ser que este respeto para el trabajo y el deseo de una reconciliación social permitieran a los oficiales, lo mismo que a los maestros, abogar por ciertas formas "modernas" de bienestar social, tales como los trabajos públicos, la eliminación de la pobreza involuntaria, el salario mínimo adecuado y la educación gratuita.[37]

¿Cómo se conseguirían esos objetivos algo utópicos? La *Beschlüsse* entra en detalles mínimos sobre la estructura de la propuesta de formar una organización general de los trabajadores, que podemos pasar por alto puesto que se quedó en el papel, aunque Stephan Born pudo empezar otra que sí existió durante dos años, si bien con objetivos más limitados y más estrictamente de la clase obrera. Las otras propuestas de los oficiales tenían una forma neoanarquista de federalismo, y había otras para la representación de los trabajadores en la organización del Estado. Pero no se crea que eran del todo irreales, sino que hacían hincapié en la dificultad de las tareas que les esperaban y en la conciencia que tenían de que casi todos se opondrían a ellas.[38]

Sin embargo, señalar los aspectos irreales del programa, significaría no sólo ser condescendientes, sino también ingenuos. Las declaraciones de los maestros y de los oficiales revelan una *prise de conscience*• bastante difundida en contra de las características feas y represivas de la nueva sociedad capitalista que crecía a su alrededor. Lo que es muy difícil de saber es hasta dónde eran esas ideas su propia creación espontánea. Los elementos principales que utilizaban unos y otros en el marco conceptual, sobre todo la crítica a la competencia y el papel de los gremios en la organización de la producción económica y del intercambio, evidentemente habían sido utilizados entre la gente educada desde hacía algún tiempo y eran parte de la moneda corriente y de la polémica del día.[39] Es bastante posible que los maestros y los oficiales tomaran prestadas sus herramientas conceptuales, pero este préstamo fue selectivo y más bien fue su propia experiencia la que les proporcionó el material en bruto para los conceptos.

El rechazo a la competencia llegó a convertirse en una furiosa embestida contra el mercado, considerado como el principal mecanismo para determinar la suerte de los seres humanos. La competencia les servía a aquellos sectores de la burguesía que tenían los medios para competir y que estaban resentidos de la ayuda especial que daba el Estado a ciertas formas de empresa económica (y no a aquellas que les eran útiles, como las vías de ferrocarril) y también por la interferencia estatal, pero tenía poco que ofrecer a los trabajadores, cuyo miedo principal era el de ser empujados a convertirse

[37] *Ibid.*, 456.

[38] *Ibid.*, 452-3. El papel de Born se analiza más adelante.

• Toma de conciencia (T.)

[39] Para citar sólo dos ejemplos, véase el impresionante análisis de la *Concurrenz* en Sass, *Berlin*, 261-3; y también la amplia discusión de Dieterici en *Mittheilungen*, II(1849) núm. 1, en donde el jefe de los servicios de estadística de Prusia trata de hacer una refutación con números a las quejas de los maestros y a su explicación de los problemas presentes.

en proletariado, ya fuera como trabajadores de fábrica o como trabajadores por día y no calificados. El ataque a la competencia, que después los intelectuales impulsaron, ganó mucho terreno entre los trabajadores y conforme el capitalismo tenía dificultades, incluso entre los propios capitalistas. Las ideas derivadas de las experiencias de los oficiales terminarían por encontrar amplios y efectivos ecos políticos, si bien no en su mismo tiempo ni con el mismo ropaje intelectual.

Si ponemos esta cuestión en un contexto histórico más amplio, podremos darnos cuenta de que esta contraofensiva en contra de la competencia y los sufrimientos producidos por el nuevo capitalismo —incluso si tenía fuertes motivos egoístas y no era la expresión de los intereses de los más severamente afectados— era un ataque muy significativo sobre las nuevas explicaciones del sufrimiento, la nueva moralidad y la nueva "inestabilidad" del capitalismo competitivo. Antes ya se había dicho que la capacidad de romper la inevitabilidad resulta crucial para sobreponerse a la autoridad moral de la opresión, y esto es exactamente lo que estaban haciendo los artesanos alemanes.

Esta tarea de algún modo había sido facilitada por sus predecesores, precisamente aquéllos a quienes estaban ahora atacando. Al proporcionar una explicación esencialmente secular al éxito mundano y a la miseria, los primeros voceros del individualismo y del capitalismo ayudaron a hacer pedazos cualquier posibilidad de defender la distribución prevaleciente de la miseria humana en términos del orden divino e inalterable del universo. Antes de eso, en los tiempos medievales y en los primeros tiempos modernos, los diagnósticos sociales se basaban en la Biblia y tomaban la forma de argumentos sobre lo que verdaderamente era el orden divino. Para Thomas Münzer, tantas veces citado como uno de los primeros críticos sociales radicales, las cuestiones sociales y políticas aparecían como periféricas y la mayor parte de lo que hablaba era teología. En la época de este hombre, difícilmente era concebible un ataque directo a los problemas sociales basado en la premisa de que estaban sujetos a demandas populares y a una política pública con apoyo popular. Lo mejor que se podía esperar era una salida utópica hacia una comunidad "genuina" construida de acuerdo a lo que "de verdad" decía la Biblia. Esta corriente de pensamiento todavía subsistió entre los socialistas utópicos que florecieron en Francia poco antes de 1848. Los artesanos alemanes trataron de romper con la inevitabilidad de forma completamente distinta, haciendo un diagnóstico casi enteramente secular y proponiendo un remedio igualmente secular. Nada de esto hubiera sido posible si sus enemigos capitalistas no les hubieran forjado las herramientas para ello.

Al acentuar la importancia del análisis secular, no debemos perder de vista sus componentes morales. Los artesanos sentían agravio moral por el ataque a sus derechos como seres humanos. La pérdida de los viejos derechos que ellos suponían tener, constituyó la esencia de sus quejas. Desde su punto de vista, estos derechos se basaban sobre todo en su contribución secular al orden social, por lo que habían estado produciendo y por las maneras en

que habían llevado a cabo esta producción. El mismo sentimiento de injusticia estaba detrás de sus esfuerzos, y los de otros trabajadores, por encontrar nuevas formas de obtener derechos y respeto como seres humanos tanto dentro como en contra del orden social prevaleciente.

Esos fueron los diagnósticos y los remedios que los registros históricos señalan como los que circulaban entre los artesanos durante la crisis de 1848. ¿Qué razones tenemos para considerar esas ideas como simples brotes surgidos de algunos agitadores?, ¿de dónde venían las ideas y hasta qué grado fueron ganando popularidad entre los artesanos y en círculos más amplios de la clase trabajadora?, ¿cómo sucedió esto?

Para responder a estas cuestiones, es necesario empezar revisando la situación general. Las clases obreras urbanas estaban divididas en una serie de grupos, algunos de ellos definidos más claramente que otros, por ejemplo los maestros, oficiales, aprendices, trabajadores de fábricas y ciertos tipos de trabajadores no calificados. En estos grupos, los individuos enfrentaban situaciones similares a sus situaciones de vida. Algunas de ellas, tales como la falta de estimación pública, eran comunes a muchas personas. Incluso los maestros de gremio tenían más estimación en algunas formas de la retórica pública, sobre todo en la conservadora, que en la política pública (y especialmente en los proyectos políticos de los revolucionarios de clase media), de modo que los maestros también eran un grupo de excluidos y, sin duda un grupo descontento. Cualquier afirmación pública que contradijera esos hechos de la experiencia diaria, difícilmente resultaba efectivo, y más aún, los autores de declaraciones y programas sólo eran representativos porque eran elegidos, aunque ello fuera por un procedimiento burdo, y contaban con una adhesión política efectiva, ya fuera porque vinieran de su misma posición social o porque prestaran cuidadosa atención a los sentimientos populares. En esta situación tan fluida, no ponían sus nombres (no podían hacerlo) en afirmaciones que no tuvieran sentido para sus seguidores, pues si lo hubieran hecho, hubieran dejado de ser líderes o, en el caso en que sus puntos de vista resultaran aceptables para algunos seguidores y no para otros, como muchas veces sucedía, el movimiento que dirigían se hubiera dividido.[40]

En este sentido, es adecuado considerar esas afirmaciones como *articulaciones* de las diversas corrientes de pensamiento y de los sentimientos de la clase obrera urbana. Lo son en el sentido de que reúnen, en forma coherente, los sentimientos más vagos y más intensos, así como las explicaciones de las masas de gente ordinaria. Obviamente se ponían juntos de una manera tal que se quería efectiva, a fin de empujar a la gente hacia la acción haciéndole decir: "esto de verdad dio en el clavo. Este tipo sabe de que habla. Éste sí ve lo que nos lastima y suena como alguien que podr

[40] En relación con esto, vale la pena notar que incluso en el momento cumbre de la participación popular en París, durante la Revolución francesa, la asistencia a las reuniones de secciones era muy baja. Albert Soboul, en *Les Sansculottes parisiens en l'an II*, 585-6, cuenta que la mayor parte del tiempo ésta era de 4 a 7% de la membresía, y que lo más que subía era 19%, o sea, menos de un miembro por cada cinco en tiempos de gran agitación.

hacer algo sobre eso". Pensar de otra manera es creer que quienes estaban tratando de ser líderes populares ignoraban deliberadamente lo que la gente quería. Sin duda, algunas veces calculaban mal y también sin duda, los detalles están lejos de ser confiables. Tampoco es de dudar que existían demandas muy exageradas, pero parece bastante justificado tomar los temas expresados con mayor frecuencia como indicadores confiables de los diagnósticos y remedios populares para las quejas más persistentes.

En algunas ocasiones, la mecánica de la relación entre los voceros y los seguidores en esos tiempos turbulentos, se puede ver con claridad y de manera muy reveladora. Stephan Born, que después fue el espíritu detrás de la asociación de trabajadores llamada *Verbrüderung* (hermandad) que tan corta vida tuvo, describe en sus memorias cómo en los primeros días de la revolución se le pidió que tomara la dirección de grupos en varias partes de Berlín: desde sindicatos a punto de establecer una constitución, hasta clubes de librepensadores y otros por el estilo. Hijo de una familia judía de clase media baja, a la que la mala suerte había empujado a la clase obrera, Born se convirtió en aprendiz y después en formador en el negocio de imprenta. En cada uno de sus momentos libres estudiaba, de modo que se educó y aprendió a expresarse en un estilo de exhortación, habilidad que le reconocían los trabajadores que lo eligieron para articular sus sentimientos de injusticia y para encender la maquinaria del cambio social, con el fin de mejorar su suerte. Born estaba interesado en mejorar la situación inmediata de los trabajadores y también —si no es que más— a largo plazo, en una sociedad socialista sobre la cual había aprendido de Marx.[41] Durante el período anterior a marzo de 1848, había un fermento de excitación entre el populacho de Berlín y mucha competencia por su fidelidad por parte de una gran diversidad de oradores. Born parece haber ganado con bastante facilidad en contra de oponentes más radicales, incluyendo a los feroces demagogos estudiantiles.[42]

Los diferentes sectores del populacho urbano tomaban sus ideas de donde las podían encontrar. Mucho antes de 1848 había ya una considerable difusión de la alta cultura alemana en los círculos de artesanos.[43] Su propia experiencia y su situación inmediata determinaban la forma de lo que podían tomar y de lo que podrían hacer con eso. Además, gente de fuera (intelectuales) determinaba en buena medida lo que era posible tomar y repensar. Hay pocos indicadores de una actividad creativa independiente. Los pensadores que se habían educado a sí mismos como Wilhelm Weitling parecen haber tenido poca influencia general. Como consecuencia de las experiencias históricas de Alemania como un todo, las principales ideas "modernas" del siglo XIX —nacionalismo, liberalismo y socialismo— no eran conocidas

[41] Véase Stephan Born, *Erinnerungen eines Achtundvierziger*, 135-6 y Noyes *Organization and Revolution*, 51-4.

[42] Noyes, *ibid.*, 78-80, 101-3, 136.

[43] Stadelman y Fischer, en *Bildungswelt*, 17-9, explican algunas de las formas en que sucedió esto.

por los artesanos y los campesinos.[44] Por su parte, las ideas socialistas y comunistas tuvieron muy poca penetración en los círculos proletarios pues, como ya se observó, el proletariado estaba fragmentado en grupos con ideas muy diferentes y estaba demasiado imbuido de los puntos de vista tradicionales.[45]

El principal grupo popular en el cual enraizaron las teorías marxistas y otras ideas radicales fue el de los oficiales. Y para ello hubo diversas razones. En el curso de su *Wanderschaft* o "vagabundeo" obligatorio, que era un periodo de andar de acá para allá en el cual debían de aprender nuevas técnicas y ampliar su experiencia del mundo, los hombres visitaban muchas veces Francia y Suiza en donde entraban en contacto con esas ideas. Es más, las ideas de cambiar el mundo muchas veces tenían gran atractivo para aquellos que hasta entonces no tenían un lugar firme en la estructura ocupacional y cuyos prospectos a futuro aún eran inciertos o aún no estaban impregnados de los valores éticos de su ocupación (por esa misma razón los estudiantes eran en gran proporción reclutas posibles de los círculos radicales). Aun si los oficiales constituían una gran proporción de quienes se metían en líos con la policía por sus actividades revolucionarias, los radicales eran una fracción infinitesimal en el total de los oficiales.[46] Por último, y esto es fundamental, los aspectos represivos de la burocracia prusiana pegaban más fuerte a los oficiales y a los intelectuales profesionales.[47] Ese fue uno de los factores importantes para que en marzo de 1848 fuera posible que se diera por un corto tiempo una oposición revolucionaria unificada, que abarcaba desde capitalistas hasta intelectuales, maestros de gremio, oficiales, trabajadores de fábricas, campesinos y algunos elementos del proletariado. La revolución, por supuesto, en ningún momento atrajo a todos los individuos de alguno de estos grupos, sino que sólo una pequeña minoría desempeñó un papel activo en ella. Y como cada grupo buscó formular sus propios objetivos, calcular sus riesgos y buscar su propia identidad política, entraron en conflictos entre sí y la revolución se desintegró.

5. *El comportamiento de los trabajadores en el período revolucionario*

Las diversas tensiones de la incipiente modernización, como le llaman eufemísticamente los científicos sociales, son causas reales de un intenso sufrimiento humano, a pesar de lo cual por sí mismas fueron insuficientes para generar un estallido revolucionario en Alemania en los años cuarenta del siglo XIX. Además, lo que ocurrió es que a partir de 1845 se sucedieron una serie de golpes ante los cuales una sociedad en esta etapa de desarrollo

[44] *Ibid.*, 202.

[45] Jacques Droz y Pierre Ayçoberry, "Structures sociales et courants ideologiques dans l'Allemagne prerevoluuonnaire 1835-1847", 223, 227-8.

[46] Stadelmann y Fischer, *Bildungswelt*, 52, 56, 223.

[47] Droz y Ayçoberry, "Structures sociales", 221.

económico era particularmente vulnerable. En 1845 escasearon las papas. Entre 1846 y 1847 hubo severa escasez de granos y en este último año una crisis comercial pasó de Inglaterra al continente, aumentando miedos a la amarga realidad del desempleo.[48]

Ya en abril de 1847 hubo levantamientos esporádicos en Berlín y otras ciudades prusianas, que advertían los serios acontecimientos que estaban por venir.[49] Para la primavera de 1848, la peor miseria económica ya había pasado y los precios de los alimentos empezaban a bajar, pero fue entonces cuando llegó la noticia de que el 24 de febrero Luis Felipe había huido al ver el levantamiento popular en París. Las noticias aún viajaban lentas y erráticas y pasaba mucho tiempo antes de que los acontecimientos tuvieran sus efectos. No fue sino hasta el 15 de marzo de 1848 que las barricadas aparecieron en Berlín.

¡Es tanto lo que se puede aprender del buen relato de una historia! En la secuencia de estos acontecimientos, da la impresión de que la miseria lo inundaba todo, que empujaba a las masas a las acciones revolucionarias. Hay algunos problemas con la cronología de la miseria, y por tanto, la abdicación de Luis Felipe debe ser vista como el motor de la locomotora de la historia, o al menos de la historia alemana, que iba por la misma vía. Con todo, esto no parece ser sino una dificultad menor en la lógica de la explicación.

Sin embargo, ésta es una impresión equivocada. Sin duda que había miseria, tanto en sus formas viejas y conocidas como en otras nuevas e inquietantes, pero el principal elemento era éste: que la inmensa mayoría de aquéllos cuya situación "objetiva" los volvería víctimas de la injusticia, no tomó parte activa en los acontecimientos de la época. Hasta donde nos es posible saberlo ahora, se quedaron quietos tratando de continuar con su vida diaria y en espera de los resultados. Aunque en el siglo XX el grado de participación popular ha aumentado, sospecho que no hacer nada sigue siendo la verdadera forma de acción de la masa en las principales crisis históricas, como ha venido sucediendo desde el siglo XVI. Con esto no se quiere negar la importancia decisiva que tienen los levantamientos populares, pero sí afirmar que no pueden nunca jalar más que a una pequeña parte de la población.

Además de evitar cualquier tipo de actividad que pudiera entrar en los registros históricos, hubo otras tres formas de comportamiento popular durante este período. Una fue la huida como emigración, otra, una serie de intentos por unirse y crear nuevas formas de organización con objetivos económicos y políticos, y la tercera fue la violencia revolucionaria. Antes de analizar cada una de las tres, convendría señalar que las categorías sociológicas y sus modos de interpretación no proporcionan nada que se parezca siquiera a una explicación completa de las diferencias en el comportamiento. Sobre todo en el caso de la violencia revolucionaria, las circunstancias históricas inmediatas y excepcionales desempeñaron un papel muy importante. Sin

[48] Noyes, *Organization and Revolution*, 32-3.
[49] Droz y Ayçoberry, "Structures sociales", 230.

embargo, la advertencia en contra del imperialismo sociológico no debe significar una preocupación epistemológica profunda, pues como lo sabe cualquiera que se ocupe con seriedad de las estadísticas —aunque no así el estudiante de Macaulay— es mejor explicar alguna variación que ninguna.

Con estas observaciones en mente, podemos pasar a ver brevemente la cuestión de la emigración. Después de fluctuar alrededor de la cifra de 20 000 al año durante una década, aumentó mucho a mediados de los años cuarenta, hasta multiplicarse por cuatro o cinco en el año crítico de 1847. Según Max Walker, los emigrantes eran sobre todo de la clase media baja, esto es, eran pequeños propietarios o lo que en los pueblos hubieran sido principalmente los maestros de los gremios. Como ya hemos visto, en la sociedad alemana de la época éste era el sector que miraba hacia atrás en busca de una solución a su descontento y a sus quejas, con lo cual contribuyó como mucho al estallido revolucionario. Al igual que los artesanos rebeldes que estaban tras de ellos, pero a diferencia de los líderes revolucionarios artesanales de la clase media, los emigrantes querían detener el reloj o hacerlo retroceder. Las declaraciones que hacían y que fueron publicadas sobre las razones de su partida expresan la misma hostilidad nostálgica hacia el capitalismo y hacia el poder del dinero y la misma amargura respecto a la pérdida del respeto por el trabajo duro y honesto que aparece en las declaraciones de los representantes de los grupos durante la revolución.[51] La emigración no incluyó a los aprendices o a los trabajadores no calificados. Por lo general, los proletarios no emigraban, dado que la proletarización significaba el fracaso final que impedía incluso el escape. Los trabajadores industriales mal pagados o los desempleados de Sajonia y Silesia rara vez podían juntar suficiente dinero como para mudarse. En cambio, los comerciantes independientes y los artesanos sí emigraban. Según el modelo general, casi no había ninguna emigración de los pueblos grandes y de las ciudades, y quienes se quedaban eran personas que confiaban en sus propias capacidades, que deseaban seguir confiando en el futuro y que tenían alguna propiedad que se podía convertir en efectivo.[52] De estas evidencias resulta difícil estimar el verdadero efecto político de la emigración. Por ejemplo, podría haber quitado de la escena a un buen número de personas que eran fundamentalmente conservadoras y de esta manera hubiera tenido un efecto perturbador. Yo creo que la principal consecuencia fue la de privar a los descontentos —que de todos modos lo estaban por razones conservadoras— de un grupo de apoyo y de líderes potenciales.

Si nos ocupamos ahora de los esfuerzos de los trabajadores manuales para organizarse, encontraremos que tampoco éstos pudieron hacer mucho más que quitarle la nata a la crema activista. La organización con más éxito en términos de números fue la *Verbrüderung* (que literalmente quiere decir "reunirse en la hermandad"); consistió en un intento —dirigido sobre todo por

[50] Walker, *Emigration*, 79-80.

[51] Véase *ibid.*, 130 y 155 para algunas citas de los propios emigrantes.

[52] *Ibid.*, 47, 51.

Stephan Born— de reclutar a todos los trabajadores en una organización nacional, objetivo para el cual llevó a cabo una vigorosa campaña durante el otoño y el invierno de 1848-1849. En diciembre de 1848 realizó un congreso en Sajonia, donde los delegados electos representaban a unos 3 800 trabajadores de diversas partes del reino. No hay números exactos sobre la cantidad de miembros que pudo ganar la organización durante los dos años de su existencia activa. Las cifras de la época varían desde una tan baja como 12 000 hasta una tan alta como 800 000, dato este último seguramente inventado por la policía para justificar la utilidad de su profesión. Una estimación bastante razonable nos da la cifra de 18 000,[53] la cual constituye una muy pequeña proporción de los más de 550 000 trabajadores de fábricas a quienes se dirigía su llamado, y eso para no mencionar al casi millón y medio de trabajadores no calificados que había en la Alemania de la época.

El derecho más importante que tenían que obtener los trabajadores era el de la huelga. Si bien existen antecedentes de algo parecido en acciones más o menos espontáneas desde mediados del siglo en Alemania, este derecho apenas sería descubierto y aún tomaría mucho tiempo hacerlo efectivo y convertirlo en un aspecto reconocido del orden social, lo que no se lograría sino hasta 1918. En todos los países, durante las etapas tempranas del capitalismo, los esfuerzos de los trabajadores para poner en vigor demandas económicas, tenían para los patrones el olor de la sedición y la revuelta, y por ello utilizaban en su contra una combinación de argumentos tradicionales y liberales, como la de que los trabajadores deberían de obedecer a sus maestros y dejar en sus manos la responsabilidad de su bienestar. Éste era el argumento tradicional y patriarcal en contra de los sindicatos y de las huelgas, y según las concepciones liberales, la acción colectiva era una violación de la libertad del trabajador individual para contratarse, así como de su derecho de buscar y determinar su propia suerte. Este argumento sancionaba moralmente la ruptura de la huelga y por ello el poder del Estado lo apoyaba. Las huelgas y reuniones eran ilegales, pero en la medida en que no se las podía evitar, su situación legal era oscura.

Stephan Born cuenta en sus memorias un episodio sobre la huelga de los impresores, que arroja tanta luz sobre la situación de esa época en Alemania como podría hacerlo un trabajo lleno de estadísticas. Entre los obreros de Berlín, en ese entonces, los impresores eran, junto con los que hacían las máquinas, quienes marcaban el paso; diríase incluso que eran los aristócratas de las clases trabajadoras; y sin embargo, su salario era mucho menor y su tiempo de trabajo mucho más largo que el que prevalecía en París, cuyas condiciones Born conocía bien, pues él mismo tenía ese oficio de impresor. (Los modelos de justicia se establecían en parte por lo que era posible conseguir en otros lugares, lo que es una de las maneras en que se desarrolla la concepción de las capacidades humanas cambiantes.) En su primera reunión, los impresores eligieron a Born como presidente y se pusieron de acuerdo

[53] Noyes, *Organization and Revolution*, 290-1, 298, 306.

en poner por delante las demandas salariales y por detrás la amenaza de huelga. En el estado policiaco que existía antes de 1848, esto hubiera sido imposible, pero la situación había cambiado... un poco. Como presidente de los impresores, Born tuvo la idea genial de llamar en persona al ministro de Comercio, para avisarle de la suspensión de labores que pronto ocurriría. Este señor era un manchesteriano puro, que había dejado bien atrás las ideas patriarcales sobre la relación entre empleados y trabajadores y para quien la huelga no era nada fuera de lo común, así que recibió a Born de manera muy cordial, lo invitó a sentarse en una esquina del sillón mientras él tomaba asiento en la otra y ambos discutieron la situación. Después de un rato, el ministro dio la orden de traer a un funcionario que era el impresor en jefe secreto de la corte, caballero que cuando apareció se inclinó más profundamente ante el ministro de lo que el joven Born estaba acostumbrado a hacer. Ambos fueron presentados y se explicó la razón de la visita de Born, lo que dejó a este personaje anonadado al punto de que sólo fue capaz de murmurar unas cuantas palabras incomprensibles. Quizá el alto funcionario esperaba recibir una gran orden de trabajo para su establecimiento, pensó Born; sin embargo, aunque estaba tan furioso, el impresor de la corte no dio una respuesta totalmente negativa a las demandas,[54] a pesar de lo cual los trabajadores se fueron a la huelga. Pero por razones que no nos conciernen aquí, no triunfaron ni consiguieron sus objetivos ni en éste ni en los subsecuentes intentos.

Ya que Noyes nos presentó un informe de primera mano sobre los esfuerzos que hicieron los trabajadores para ocuparse de sus propios intereses durante los años revolucionarios de 1848 y 1849,[55] el análisis de esta cuestión se limitará a algunas observaciones generales basadas en su trabajo. Una serie de mítines de los obreros, que se llevaron a cabo en Berlín después de los levantamientos de marzo, muestran el modelo de las demandas y de las tácticas que iban a seguir los obreros. Buscaban principalmente tanto la ayuda gubernamental como la organización de la clase obrera. El reconocimiento político significaba el apoyo del gobierno a las demandas que de repente, luego de los acontecimientos del mes de marzo, se habían vuelto (más o menos) legítimas, y al mismo tiempo, estos trabajadores trataban de crear por su parte asociaciones que tuvieran el poder y el prestigio que alguna vez tuvieron los gremios.[56]

El término "proletariado" levantaba mucho resentimiento cuando se aplicaba a estos trabajadores. Un periodista que lo utilizó en uno de los mítines fue silenciado y se le obligó a retractarse de la expresión.[57] Lo que sin duda más temían estos trabajadores era que se les forzara a integrarse al proletariado, y lo que buscaban era el respeto a sí mismos, lo que en la práctica significaba el respeto de los demás, y un salario que les permitiera sostener

[54] Born, *Erinnerungen*, 122-7.
[55] Noyes, *Organization and Revolution*, 133,199-202.
[56] *Ibid.*, 77-8.
[57] *Ibid.*, 74.

ese respeto. Un signo de la importancia de esta cuestión del respeto propio, que tanto agraviaba a los conservadores a la vieja usanza, era que ahora los trabajadores querían que se les llamara con el *Sie*[*] en lugar del tradicional *Du*[**] (que se usa igual que el tú francés, para intimar, pero también para llamar a los sirvientes y a los niños). Mientras los intelectuales radicales esperaban que llegara el momento en que toda la humanidad utilizaría el *Du* o su equivalente en señal de camaradería, los trabajadores insistían en que se les llamara con el respetuoso *Sie*.[58]

Desde el punto de vista de nuestra investigación, es necesario hacer énfasis en algunas características del movimiento. En primer lugar, era muy pequeña la cantidad de gente que estaba incluida, varios cientos apenas, aunque en el caso de la *Verbrüderung*, ya se habló de que alcanzaba varios miles, es decir, que en ningún momento tomó parte activa más que una proporción infinitesimal de los trabajadores alemanes. En segundo lugar, la mayor parte de quienes participaron eran de manera muy evidente miembros de la aristocracia obrera, aunque en el informe de Noyes hay por lo menos un caso en el que los obreros no calificados del estampado encabezaron la demanda por salarios más altos, menos horas de trabajo y limitaciones en el uso de la maquinaria.[59]

La línea divisoria entre los trabajadores de los gremios y los de las fábricas era muy borrosa y en ocasiones ambos participaban juntos en las huelgas, muchas veces en contra de sus superiores inmediatos y no tan prósperos, como los maestros de gremio y los patrones de pequeños negocios. Algunas de estas huelgas tenían un tono antisemita, de modo que en este contexto el antisemitismo aparecía como una forma popular de anticapitalismo, puesto que las huelgas se dirigían en contra de los pequeños establecimientos que se pensaba eran propiedad de judíos. Por último, como se podía esperar que sucediera en Alemania, se dedicaba una atención escrupulosa y casi patética a los detalles de la estructura organizativa, así que, aunque las organizaciones fueron efímeras, fijaron un patrón que se seguiría usando en las décadas subsiguientes cuando se afianzó el industrialismo.

Quizá el rasgo más sorprendente de todos estos movimientos de autoayuda que se desarrollaron entre los trabajadores alemanes de los años cuarenta, fue la ausencia de consideraciones sobre las necesidades de la masa de obreros no calificados, el proletariado creciente, y más aún, la falta de una respuesta organizada o articulada por parte del propio proletariado, ya fuera por ese olvido o por su propia situación general.[60] Como ya se dijo, el

[*] Usted (T.)

[**] Tú (T.)

[58] *Ibid.*, 127-8. Leopold Haimson me ha informado que entre los trabajadores de las fábricas rusas antes de la revolución de 1917, prevaleció un deseo similar de un tratamiento humano decente y del uso de la respetuosa segunda persona del plural.

[59] *Ibid.*, 129.

[60] Véase *ibid.*, 220, sobre el Congreso de Berlín de agosto de 1848, que fue quizá la más importante de estas reuniones, a la que asistieron sobre todo trabajadores calificados de la industria.

estrato al que Marx consideró como la vanguardia de la revolución era de hecho el más tranquilo de todos.

¿Quién entonces se involucró en la acción revolucionaria y qué significó esta palabra en dicho contexto histórico? El lector que ha seguido este libro hasta aquí, no necesita que le recuerde que en el repertorio de respuestas del ser humano a las privaciones y a la injusticia, el contraataque agresivo difícilmente se puede predecir como automático o de algún modo "natural". La gente de los pueblos, los más comunes y de clase baja en la Alemania de mediados del siglo XIX, tenían frente a sí serios obstáculos que vencer antes de poder practicar actos revolucionarios. En la Alemania de la época, lo mismo que en la de antes y la de después, había una tradición muy difundida y muy profundamente arraigada de lealtad y sumisión ante la autoridad constituida, sobre todo ante aquella que tenía tonalidades patriarcales.[61] En los pueblos alemanes casi no hubo indicadores de la turbulencia popular, que estuvo bastante extendida en Francia en los siglos XVII y XVIII.[62] En la década de 1830 hubo algunos casos de disturbios y máquinas rotas, sobre todo en el Rhineland prusiano. Algo todavía más característico de la expresión del carácter de los trabajadores hasta 1844, fue la petición que hicieron los artesanos de Colonia al recientemente coronado Federico Guillermo II, solicitándole que "con la sabiduría de Su Majestad", elimine la amenaza de la pobreza que iba junto con la libertad para entrar al comercio.[63] Incluso después de la excitación de los días de marzo de 1848, que habían llegado cerca de la cúspide de la violencia en Berlín, circulaba entre los trabajadores un volante en forma de petición que empezaba así: "Su Serena y Real Majestad y Emperador..." (*Allerdurchlauchtigster König*). Y terminaba así: "Quedamos de usted en la más profunda humildad..." (*In tiefster Unterthänigkeit verharren*). Por supuesto que el contenido se mantenía dentro de estas mismas fórmulas tradicionales y afirmaba que el Estado sólo podría prosperar cuando la gente pudiera satisfacer sus necesidades por medio del trabajo, por lo cual pedían que se estableciera un ministerio compuesto sólo por empleados y trabajadores, para remediar la situación prevaleciente. Este era un paso bastante atrevido para la época y por eso está citado en su totalidad por el más importante historiador alemán oriental del movimiento obrero de 1848, para mostrar el grado de independencia intelectual y política que habían alcanzado los trabajadores.[64]

Las actitudes de los trabajadores variaban mucho en respuesta a las circunstancias locales específicas. El *Fabrikant* era con frecuencia objeto de odio

[61] Los orígenes de este rasgo son oscuros, al menos para mí. El surgimiento de los *Junkers* y el absolutismo de los Hohenzollern seguramente que desempeñaron un papel importante. También pudo haber contribuido el desastre de los *Bauernkrieg* en el siglo XVI.

[62] Véase el excelente estudio de Mack Walker, *German Home Towns: Community, State and General Estate 1648-1871*, sobre todo los caps. 1 y 2. Para Francia véanse las observaciones que hace Pierre Goubert en *Louis XV et vingt millions de français*, 33, 4. George Rude, *The Crowd in the French Revolution*, 20-5; Charles Tilly *et al.*, *The Rebellious Century 1830-1930*, 18-9. No conozco la literatura monográfica.

[63] Noyes, *Organization and Revolution*, 35.

[64] Karl Obermann, *Die deutschen Arbeiter in der Revolution von 1848*, 122.

porque, aunque recién llegado, parecía ser al mismo tiempo el culpable de la ruptura de los modos de vida tradicionales y de sacar ventajas de este colapso a costa de los pobres. Pero esta situación no prevalecia en todas parte. En el Rhineland, la nueva economía mostró fuertes rasgos patriarcales, y en el caso de los mineros, tales rasgos eran herencia de su anterior relación con el Estado.[65] En algunas partes, las barreras patriarcales a la sedición y la revuelta parecían haberse sostenido durante todo el período revolucionario, a pesar de lo cual en su conjunto no fueron muy efectivas.[66] En Berlín el *Fabrikant* no fue el blanco de los primeros actos de violencia, sino que aquí los enemigos fueron el burócrata reaccionario y el militar, que se convirtieron en la causa de los males frente a los cuales incluso muchos *Bürguer* se sentían descontentos. Por último, la violencia de los días de marzo estuvo limitada a Berlín y en Viena se erigieron barricadas y se oyeron algunos disparos.[67]

De alguna manera, a través de una mezcla de provocaciones, se produjo una creciente sensación de resentimiento de lo que a sus ojos era abandono y maltrato y sobre todo, estimulado por las novedades de los acontecimientos en París, un número importante de trabajadores tomó el camino de la violencia. También los campesinos tomaron parte en esto, y la violencia continuaría de manera intermitente hasta la derrota de la revolución en el verano de 1849. Entre los habitantes de los pueblos y ciudades, los artesanos y trabajadores eran sin duda los reclutas más importantes para la violencia revolucionaria. Pero, ¿qué significaba aquí lo revolucionario?, ¿en qué sentido fueron revolucionarios algunos de los trabajadores alemanes?, ¿cuáles trabajadores lo fueron?, ¿qué circunstancias los llevaron a eso y cuáles eran sus objetivos?

Sería mejor dar primero algunas respuestas negativas. No parece posible distinguir entre los rangos inferiores de los gremios y los de los trabajadores de las fábricas. En el curso de las disputas que llevaron a la erupción de la violencia, los trabajadores de las fábricas hicieron demandas a partir de las quejas que surgieron solamente de parte de aquellas personas que trabajaban en el contexto de la organización de los gremios.[68] Durante los días de marzo de 1848, los trabajadores de la maquinaria en Berlín tomaron una parte fundamental en los acontecimientos revolucionarios, pero más tarde ellos mismos saldrían a la defensa de la ley y el orden, y después, inclusive, a desempeñar el papel de mediadores y pacificadores.[69] Sin duda es posible

[65] Para algunos relatos de la época, véase Pierre Guillaume Frederic LePlay, *Les Ouvriers européens*, III, 99, 101, 102-6, 111, 112, 127, 129; Thomas Charles Banfield *Industry of the Rhine: Series II, Manufactures*, 41, 46, 74-8.

[66] Los mineros son un caso especial que se analizará con más detalle después. Aparentemente no tomaron parte en ninguno de los levantamientos revolucionarios. Droz y Ayçoberry en "Structures sociales", 191, mencionan ejemplos en los que las barreras patriarcales efectivamente funcionaron. Sin embargo, Carl Schurz en *Lebenserinnerungen*, I, 173, informa de violentos levantamientos en las principales zonas del Rhineland en mayo de 1849.

[67] Noyes, *Organization and Revolution*, 57.

[68] Strauss, *Chemnitzer Arbeiter*, 261-2.

[69] Oberman, *Arbeiter*, 124; Noyes, *Organization and Revolution*, 155, 273, 278.

encontrar entre las clases urbanas ejemplos sorprendentes de casi todo tipo de comportamiento, desde los llamados a la ley y el orden[70] hasta el pleno pillaje y la rapiña, y de ahí a lo que justificadamente podemos llamar levantamientos revolucionarios. A mi juicio, sería una pérdida de tiempo tratar de construir categorías sociológicas para explicar las diferencias entre un tipo de comportamiento y otro, pues no hay una tendencia reconocible hacia alguna forma particular de conducta que de alguna manera sea característica de los trabajadores urbanos, más allá de las definitivamente obvias (pero aún así importantes). Mostraron muchos resentimientos, pues en efecto tenían mucho de qué resentirse. En un momento dado se comportaban de una manera y en otro lo hacían de manera diferente, y todo en respuesta a circunstancias concretas e inmediatas.

Por su parte, estas circunstancias caen en un patrón que tiene su propio sentido. Los levantamientos que fueron parte del periodo de apertura de la revolución continuaron de manera esporádica y espontánea en el verano y hasta el otoño de 1848. Algunos pillos de la clase obrera andaban escondidos en los bosques de Mecklenburg-Schwering; entraban en las fincas locales y exigían rescates muy altos, hasta de 13 000 táleros, o quemaban casas y abrían cavas de vinos, conductas que difícilmente los podían congraciar con las clases propietarias. En Baden hubo tanto sabotaje a los ferrocarriles, que se les puso bajo protección pública. Las ciudades estaban aún más intranquilas y los disturbios ocurrían con cualquier excusa o sin ninguna. Según un periódico, muchos de los alborotos se producían entre los mismos trabajadores. [71] Una vez que la tapa se botaba, por así decirlo, se dirimían las viejas rencillas entre los grupos dominantes y los subordinados y dentro de las propias clases trabajadoras, al tiempo que se creaban nuevas causas para el agravio y la venganza, conforme el orden social se desintegraba. Mientras tanto, las principales fuerzas del viejo orden, que eran los militares, se habían retirado temporalmente de la escena para reagruparse, aunque regresarían para aplastar a la revolución.

Algunos de estos disturbios tenían objetivos más claros y a largo plazo. Así, hubo un levantamiento popular importante en contra de la Asamblea de Frankfurt en ocasión de su aceptación de una paz bastante impopular a la que dedicaremos más atención cuando tratemos de analizar la significación que tuvo el componente nacionalista en el movimiento de las clases bajas. En Chemnitz, los trabajadores se levantaron en septiembre de 1848, después de que sus expectativas de alivio económico (sobre todo del desempleo), habían sido primero despertadas y en seguida frustradas, y también porque dos de los suyos estaban en prisión y habían sido maltratados por la policía y las autoridades judiciales.[72] Estos disturbios aparecen como el momento álgido de la violencia política, que utilizaron los trabajadores para objetivos muy particulares de la clase obrera. En Berlín, el 31 de octubre de

[70] Según fue publicado por el Congreso de Trabajadores de Berlín. Véase *ibid.*, 218.
[71] *Ibid.*, 256-7.
[72] Strauss, *Chemnitzer Arbeiter*, 290-307.

1848, hubo brotes y revueltas debidos a razones de algún modo similares. Estos disturbios marcan el fracaso final de los trabajadores para apoyar a los movimientos democráticos o de izquierda liberal y constituyen la primera ruptura importante con ellos.[73]

La violencia que siguió fue una defensa en contra de la reacción. El 10 de noviembre de 1848, el general Wrangel entró a Berlín con el ejército y pronto declaró estado de sitio. Hubo entonces una protesta muy limitada e inefectiva, a la cual se unieron dos cuerpos especiales de trabajadores que antes eran de la guardia civil.[74] En abril de 1849, Federico Guillermo IV de Prusia se sintió lo suficientemente fuerte como para desafiar a la Asamblea Nacional de Frankfurt y rechazó la corona imperial que le ofrecía la nueva Alemania. Este acto dio lugar a una breve guerra civil en la que los ejércitos prusianos resultaron victoriosos.

Conforme se sucedían los levantamientos armados a principios de mayo de 1849, algunos trabajadores salieron a la defensa de la constitución burguesa. Según Carl Schurz, hubo un levantamiento en los distritos fabriles de Colonia después de la negativa del rey, y eso a pesar de la enorme fuerza militar que había para oponérseles. Levantamientos similares sucedieron en Iserlohn, Düsseldorf y Elberfeld, en donde la fuerza de defensa local o *Landwehr* no resultó confiable.[75] En Chemnitz, algunos elementos de la clase obrera quisieron formar unidades de defensa militar para ir en ayuda de los insurgentes, cuyo centro de militancia estaba en Dresden. En un principio, los dueños de las propiedades cooperaron, pero pronto empezaron a reconsiderarlo y a encontrar excusas para retrasar la ayuda.[76] Los trabajadores, inclusive los artesanos, proporcionaron una buena cantidad de apoyo espontáneo para la revolución y constituyeron parte de sus tropas; sin embargo, según Noyes, la mayoría de ellos en ese momento ya se había desilusionado de aquélla y se había vuelto hacia adentro. Como habían perdido las esperanzas en la acción política, los que eran activos se volvieron hacia lo que quedaba de las organizaciones que habían creado a fin de salvar lo que se pudiera de los acontecimientos de 1848-1849. Los maestros artesanos hasta este momento tenían ganada la protección legal que buscaban, pero eso de parte de las viejas autoridades establecidas y no de la Asamblea de Frankfurt. Y mientras tanto, los oficiales insatisfechos y los trabajadores más pobres habían llegado hasta la desesperación por conseguir cualquier cosa, ya fuera de los gobiernos establecidos o de la revolución.[77] Con una base de apoyo tan limitada, no nos sorprende que fracasara la manifestación en defensa de la constitución y que con este fracaso terminara la oportunidad de que Alemania entrara en la era de la sociedad industrial bajo los

[73] Noyes, *Organization and Revolution*, 270-1.

[74] *Ibid.*, 279.

[75] Véase Schurz *Lebenserunnerungen*, I, 173-4. El *Landwehr* estaba formado por granjeros, artesanos, obreros fabriles y gente de la industria, y muchas veces se negaba a abandonar familia y trabajo para reprimir insurgentes con muchos de los cuales simpatizaba.

[76] Strauss, *Chemnitzer Arbeiter*, 309-20.

[77] Noyes, *Organization and Revolution*, 316, 322.

auspicios del liberalismo consitucional. El siguiente impulso importante en esta dirección no se produciría sino hasta que la derrota desacreditara al régimen del Kaiser en 1918.

Si revisamos todo el relato, se hace difícil considerar como revolucionario el recurso de la violencia que usaron los trabajadores. Es cierto que hubo unos cuantos ataques esporádicos a la propiedad, que era el fundamento tanto del viejo orden como del que nacía, pero también hay evidencias que indican que la situación de los artesanos y de los trabajadores de las fábricas los ponían de algún modo en oposición a los empresarios capitalistas. Por eso, difícilmente es revolucionario, en el sentido de utilizar la violencia para reemplazar un mecanismo político por otro diferente, con el fin de asegurar la autoridad de una nueva clase social o coalición de clases sociales. Incluso en momentos de fuertes tensiones políticas, las demandas que resultaban de las reuniones de la clase obrera —algunas de ellas muy largas— reflejaban la completa aceptación del orden social prevaleciente. Lo que buscaban era un trato justo como miembros subordinados de ese orden, es decir, tener trabajo, salario suficiente para sobrevivir de acuerdo con el modelo tradicional, protección en contra de la autoridad arbitaria del patrón y recibir un trato respetuoso por parte de los maestros del gremio y de los *fabrikanten*.[78] No hay ninguna señal de que hubiera el deseo, por parte de ninguno de los grupos organizados, compuestos sobre todo por artesanos o trabajadores de fábricas o por los dos, de tomar el poder del Estado y dirigir Alemania según sus propios intereses, lo cual nos resulta poco sorprendente, puesto que eran una pequeña minoría. Sin embargo, podrían haber constituido una buena mayoría junto con los campesinos, pero tampoco he encontrado ninguna señal de que hubiera tal concepción protoleninista, lo cual tampoco resulta sorprendente ya que los pueblos alemanes, por su estructura gremial, se habían alejado por completo del campo, excepto para los intercambios económicos más esenciales.[79]

En aras de un entendimiento más preciso de los sentimientos y las demandas populares urbanas en Alemania en esta época, convendría desplazar la noción de revolución a una posición menos relevante. El objetivo de los artesanos y trabajadores fabriles organizados era obtener aceptación dentro del orden social, es decir, la suficiente estimación por parte de los demás, y una base económica lo suficientemente segura como para permitirles el autorespeto. Convertirse en miembros del proletariado era lo que todos ellos temían. Lo que variaba, de acuerdo con la situación social y económica, eran

[78] Strauss, *Chemnitzer Arbeiter*, 260-9. En la página 266, este autor menciona una reunión a la que asistieron 4 000 personas. Todas las estimaciones de multitudes, incluidas las modernas, son poco confiables. Pero se puede concluir que, para los patrones de la época, esa fue una reunión bastante grande. Este relato, hecho por un autor de Alemania oriental, nos es muy útil porque señala que había un mínimo de influencia de los intelectuales en estas reuniones. En las de Chemnitz, el presidente de la misma fue descrito no como trabajador, sino como un demócrata pequeño-burgués.

[79] Walker, *German Home Towns*, 112-9. El refrán popular era "ninguna mierda de gallina vuela sobre la pared".

las ideas sobre cómo se lograrían esos objetivos. Para el maestro, los grandes problemas eran los precios y la competencia, y la solución adecuada era la ayuda estatal, que equivale a decir que la sociedad debería proporcionar los nuevos servicios. Para otros trabajadores, el problema principal eran los salarios, verdadero símbolo de los tiempos modernos. Y entre ambos grupos había todo un mundo, el de los oficiales y los aprendices, que aún no eran trabajadores fabriles en el sentido moderno, pero que en su propia esfera tenían pocas expectativas realistas de convertirse en maestros, de modo que sus preocupaciones eran una mezcla, y hasta entonces no tenían una conciencia clara de las contradicciones.

Las diversas demandas de los maestros, oficiales, aprendices y obreros fabriles sólo podrían ser consideradas como revolucionarias si se piensa que era imposible satisfacerlas dentro del marco de la organización social entonces existente.[80] Antes de que los acontecimientos se desencadenaran era muy difícil saber qué fuerza sería necesaria para renegociar el contrato social. Por ellos mismos, los estratos urbanos bajos mostraban muy poca inclinación a utilizar la violencia con este propósito, lo cual no quiere decir que fueran incapaces de la ofensiva y de la violencia. Allí donde ésta se produjo en una escala suficientemente amplia, fue donde estaban aquéllos cuyas esperanzas se habían despertado y luego frustrado, como sucedió en los levantamientos de 1849. Para los estratos urbanos en Alemania, el grado en que la crisis se podría considerar una revolución, lo fue sólo en aras de la respetabilidad.

6. *El nacionalismo y los trabajadores*

Ya he llamado la atención sobre la relación que existe entre una conciencia cambiante de las capacidades humanas para suprimir las miserias producidas socialmente y los correspondientes cambios en la definición de los amigos y los enemigos, tanto en el interior del país como fuera de él. Es obvio que a partir de la revolución de 1848 se estaba produciendo una redefinición del significado de lo alemán y lo no alemán entre los trabajadores urbanos. En un estudio muy sugerente, dos distinguidos historiadores afirman que para 1848 ya se había establecido un fuerte nacionalismo entre los trabajadores;[81] sin embargo, es muy difícil discernir lo que realmente estaba sucediendo por debajo del nivel de la retórica ocasional de los líderes.

Los disturbios de septiembre de 1848 en contra de la Asamblea Nacional de Frankfurt por su fracaso para defender las demandas alemanas sobre Schleswig-Holstein, proporcionan el mejor modo para comprender la re-

[80] La línea principal de separación estaba entre los nuevos líderes comerciales e industriales —la nueva burguesía capitalista— y *todas* las formas del trabajo manual, desde el maestro de gremio que buscaba protección, hasta el trabajador eventual empleado por salarios muy bajos.

[81] Werner Conze y Dieter Groh, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung*, 32-40.

lación entre el nacionalismo alemán y los alineamientos sociales durante la revolución. Es más, esos levantamientos no sólo fueron un momento crucial de la revolución, sino que fueron su versión en miniatura, en la que se dio con claridad brutal una redefinición de lo propio y de los amigos y enemigos. En el momento en que sucedió esto, las fuerzas reaccionarias en los lugares de habla alemana ya habían empezado a recuperarse de la confusión y el desorden que sufrieron al principio de la revolución, y por su parte, las organizaciones de demócratas y trabajadores en el sur de Alemania habían sido prohibidas por la policía. En Viena, en la batalla del Prater (23 de agosto de 1848), los obreros que protestaban por la reducción de los salarios en los trabajos públicos habían sido reprimidos con el resultado de 30 muertos y 282 heridos.[82]

En ese momento, sucedió una de esas grandes crisis en las relaciones exteriores, tan frecuentes en la historia de los siglos XIX y XX, que sirvió como pretexto para que tanto los radicales como los conservadores probaran sus armas en la arena política doméstica. Las armas prusianas bajo el rey de Prusia no habían conseguido ayudar a promover las demandas alemanas sobre Schleswig-Holstein, que estaba entonces bajo la soberanía danesa. Por la presión de Inglaterra y Rusia —que agregaba un elemento de "humillación" nacional— el rey de Prusia aceptó en el establecimiento de los acuerdos de Malmö términos favorables a los daneses y desfavorables para los alemanes. La Asamblea de Frankfurt se enfrentó entonces con la alternativa de aceptar o rechazar esos acuerdos.

Como esta Asamblea había comisionado a Prusia para enviar tropas a las provincias, ahora se encontraba en la posición de tener que aceptar la pérdida de un territorio que muchos alemanes, correcta o incorrectamente, consideraban como parte integral de la nueva Alemania que luchaba por nacer, El rey de Prusia no sólo les dictaba ahora su pérdida, sino que a su vez aceptaba el dictado de otros países.

Asi pues, la Asamblea estaba en un dilema. Las noticias de los acuerdos le llegaron el 4 de septiembre de 1848 y en un ánimo de desencanto y consternación, y después de que un orador les recordara sus compromisos anteriores de defender el honor alemán, se negó la noche del día 5 a ratificarlos. Sin embargo, como no tenía fuerzas militares bajo su mando, no había nada que pudiera hacer. El 16 de septiembre tuvo que reconsiderar y aceptar los acuerdos por un estrecho margen de 21 votos: 258 a 237 [83] La consecuencia fue un levantamiento popular masivo, con todo y barricadas, en el curso del cual fueron asesinados por traidores dos de los líderes conservadores de la Asamblea. El senado conservador de la ciudad de Frankfurt llamó tropas para proteger a la Asamblea, en un acto que los reaccionarios —único sector de la sociedad que tenía tropas a su disposición— estuvieron felices de atender. La lucha callejera duró tres días antes de que las tropas prusianas

[82] Noyes, *Organization and Revolution*, 258-9.
[83] Veit Valentin, *Frankfurt am Main un die Revolution von 1848-1849*, 310-11, 313-14.

y austriacas pudieran restaurar el orden.[84] Los elementos respetables ya se habían entregado a los reaccionarios en aras del orden y la propiedad, y no era la última vez que sucedería esto en la historia alemana. En el futuro, la respetabilidad y el nacionalismo, para no decir el chauvinismo, irían juntos y felices. Pero en 1848 la respetabilidad era antipatriótica, aunque no de muy buena gana.

¿Y acaso el otro lado de la moneda, es decir, el movimiento radical, era en esta coyuntura el surgimiento de un nacionalismo espontáneo, popular y plebeyo? Según algunos informes de la época, esto parecía ser así. El detallado recuento de Valentin sobre el levantamiento y sus antecedentes no proporciona apoyo para esta interpretación. Puede ser que hubiera una buena dosis de nacionalismo entre los demócratas radicales, que en esa época gozaban de un amplio apoyo en el sur del país. Por un breve tiempo las noticias del acuerdo de Malmö llevaron al sector radicalmente democrático de la burguesía y al sector plebeyo de las masas a unirse en una combinación que era potencialmente peligrosa para la Asamblea. Pero los demócratas radicales eran reacios a pasar más allá de las palabras hasta la acción revolucionaria, de modo que cuando los elementos plebeyos —o "masas", según se les llama en varios informes— se voltearon a la insurrección, se deshizo la coalición.[85]

La insurrección misma se había estado gestando antes de 1848. La ciudad de Frankfurt era el cruce de todos los caminos y el centro de la política alemana en el sur, en donde las corrientes radicales eran particularmente poderosas. Casi cada orador que hubiera a la izquierda del centro iba en algún momento a esa ciudad donde sabía que podía contar con una audiencia ruidosa y simpatizante. Los principales terrenos para reclutar tal audiencia eran los trabajadores de posiciones inferiores que estaban descontentos. Aquí y allá, entre ellos alguna voz hablaba en el lenguaje del futuro, llamando al proletariado a levantarse y aplastar a sus opresores. Las asociaciones gimnásticas (*Turnvereine*) eran fuentes muy especiales de subversión, y de ellas nació en marzo de 1848 la Unión de trabajadores (*Arbeiterverein*). Mucho antes de los acuerdos de Malmö, la ciudad de Frankfurt había proporcionado grandes audiencias a los oradores radicales antiparlamentarios de varios colores y denominaciones.[86]

Esta corriente antiburguesa y antiliberal que se dio entre las clases bajas en los pueblos y ciudades, hizo su primera aparición en toda Europa en la revolución de 1848. Antes, en las revoluciones puritana y francesa, la línea principal de las demandas populares se había expresado en y a través de las

[84] Véase un breve relato en Obermann, *Arbeiter*, 302-5. Valentin en *ibid.*, cap. 4, hace un recuento muy detallado en el cual me he basado mucho. En su libro *Geschichte der deutschen Revolution von 1848-1849*, II, cap. 3, este autor se apoya en su propio trabajo anterior y no agrega ninguna información importante a los problemas aquí considerados.

[85] Valentin, *Frankfurt*, 314-5; véase también la 292-7, sobre el Congreso Democrático que se llevó a cabo antes.

[86] Sobre el *Turnvereine* y su composición social véase *ibid.*, 277; sobre el uso del término proletariado en esa época véase la 278-80; sobre los orígenes del *Arbeiterverein*, véase la 283; sobre el radicalismo antiparlamentario véase la 285-7.

asambleas parlamentarias. Si bien durante un tiempo esta corriente popular fluyó junto con la de la democracia burguesa radical y algunas veces mezclada con ella, en Alemania los levantamientos de septiembre en Frankfurt pusieron fin a esa cooperación. La razón fue, por supuesto, la incapacidad o la falta de voluntad de la Asamblea de Frankfurt para satisfacer las demandas populares.[87] Esta corriente antiparlamentaria eclipsó a los elementos nacionalistas en la erupción popular y constituyó su significación histórica verdadera. La excitación por los acuerdos de Malmö simplemente proporcionó la chispa que permitió a los sentimientos populares pasar de la retórica a la insurrección. Aunque el presidente del *Arbeiterverein* le dijo a su auditorio el 16 de septiembre que el ala derecha de la Asamblea era culpable de traición al pueblo alemán,[88] no hubo ninguna mención del acuerdo en los discursos de aquéllos como para alborotar a las masas en y cerca de Frankfurt antes del levantamiento.[89] En la Alemania de 1848, el fanático nacionalismo popular aún se mantenía oculto del horizonte histórico.

Con esta observación, no quiero decir que los trabajadores no mostraran interés en el carácter del Estado, pues sin duda lo tenían. Ya antes hicimos mención del rechazo bastante patético de los oficiales a todas las corrientes políticas prevalecientes en favor de alguna forma de federalismo. Esto ellos lo simbolizaban por medio de un rechazo a todas las banderas políticas y con el intento de promulgar una propia. De nuevo, en el programa de doce puntos de los trabajadores de Chemnitz del 22 de abril de 1848, y en el programa de quince puntos de los de Leipzig del 27 de marzo del mismo año, hay varias demandas que tienen que ver con el carácter y la política del Estado, pero el primer punto del programa —que es una demanda para terminar con las barreras tarifarias dentro de Alemania y para ponerlas alrededor del país— es el único que tiene que ver con la relación de Alemania con otros países, y es nacionalista en el sentido de poner los intereses alemanes por encima de los otros. Con base en estos programas —que hemos mencionado porque parecen ser las expresiones espontáneas del interés obrero, incluyendo a los trabajadores fabriles y a los artesanos—[90] queda claro que el sector articulado de las clases trabajadoras alemanas tenía sin duda un fuerte interés por conseguir la unificación del Estado alemán, y que ese Estado lo querían por lo que sentían que podía y debía de hacer por ellos (lo mismo es cierto, por supuesto, para la burguesía). De ahí que su atención se dedicara muy firmemente a los asuntos domésticos, al punto que se puede afirmar que ocuparon del 80 al 90% de la que los trabajadores dedicaron a la política.

[87] Esta cuestión se analiza ampliamente en Noyes, *Organization and Revolution*, 221-161.

[88] Oberman, *Arbeiter*, 303-4.

[89] Valentin, *Frankfurt*, 345-6. En su evaluación final en las pp. 353-4, el autor habla de estos acuerdos como una causa "externa" del levantamiento que se había estado gestando desde hacía mucho tiempo, por razones "internas".

[90] Véase Strauss, *Chemnitzer Arbeiter*, 260-2, 268-9. Sobre todo el manifiesto de otro grupo al que el autor cita en la página 249, en el que artesanos y trabajadores se unieron a empresarios, intelectuales y burócratas y adoptaron una posición mucho más nacionalista, exigiendo una representación unificada y poderosa de los intereses alemanes en los otros países.

Si los hubieran presionado, seguramente que los trabajadores organizados hubieran estado de acuerdo en que estos objetivos domésticos —o la "democracia social" si utilizamos el término que en la época flotaba por toda Europa y que terminaría por convertirse en el nombre formal de un movimiento organizado en Alemania— sólo podrían conseguirse dentro del contexto europeo de la época mediante y dentro de un Estado poderoso. Pero nadie los presionó, e incluso, los trabajadores tenían buenas razones para ser hostiles a los ejércitos existentes y querían reemplazarlos con milicias populares. De modo que sus líderes hubieran quedado en una especie de aprieto sobre los medios para conseguir ese Estado, o quizá hubieran tratado de resolver el dilema con la afirmación optimista de que todas las naciones y pueblos serían hermanos tan pronto como se hiciera realidad un programa social. Sin embargo, la cuestión esencial sigue siendo la misma, y es que, debido en parte a su falta de poder, los trabajadores no tenían que enfrentarse a estos problemas. Lo más que se puede afirmar con cierta seguridad es que ya estaban presentes las semillas del nacionalismo en la clase obrera, así como sus contradicciones y dilemas, y que éstos tendrían suficiente tiempo para crecer.

Aun si se aceptan en su significado literal los informes sobre la participación masiva de la clase obrera en la excitación respecto a Schleswig-Holstein, éstos no muestran ningún signo de expansionismo mesiánico entre los trabajadores alemanes durante el periodo. No hay nada ni remotamente comparable a la explosión de energía popular en la Revolución Francesa (¿y de verdad fue tan popular?) que desde el principio se lanzó a la defensa de la revolución y que llevó a la "liberación" por todo el continente europeo. Desde el cristianismo hasta el socialismo, los grandes movimientos liberadores de la civilización occidental empezaron como ideales panhumanos que se corrompieron al volverse agentes de la nueva represión en el curso del proceso en el que se adhirieron a gobiernos específicos. La transformación es visible en el papado, el imperio napoléonico, el imperio británico, los Estados Unidos, el comunismo ruso y el chino. En 1848, las clases obreras alemanas apenas se habían embarcado en el proceso para seguir esta trayectoria.

CAPÍTULO SEIS

LAS TENDENCIAS SOCIALES Y CULTURALES ANTES DE 1914

1. *Introducción*

Igual que sus camaradas de clase en Francia e Inglaterra, en el momento en que estalló la Primera Guerra Mundial, los trabajadores alemanes marcharon en perfecto orden al carnaval de asesinatos. Hasta el último momento hubo dudas sobre si eso sucedería o no, miedo de que no ocurriera en las clases altas, esperanza de que no ocurriera en círculos de la clase obrera. El acontecimiento en sí mismo significó un golpe cuyas vibraciones aún reverberan, más allá del circuito de los historiadores profesionales. Para algunos, probó que los trabajadores estaban abandonando las ilusiones y la retórica revolucionaria y que bajo la influencia del industrialismo avanzado, estaban aprendiendo las virtudes y los imperativos de la negociación política, al punto de que se estaban convirtiendo en buenos demócratas liberales. Para los moderados, la tragedia radicaba en el hecho de que este proceso de integración democrática no se pudo llevar a cabo a tiempo, como para prevenir una segunda y aún peor tragedia: el ascenso de Adolfo Hitler. Por otra parte, para aquellos que tenían simpatías revolucionarias, este proceso integrativo fue precisamente el que permitió que sucediera la Primera Guerra Mundial y el que evitó la posibilidad de una resistencia efectiva contra Hitler.

A pesar de sus diferencias, tanto los moderados como los revolucionarios inteligentes cuentan en esencia la misma historia: una historia de domesticación del proletariado. Detrás de las dos versiones está la suposición implícita de que existía un proletariado industrial grande y de que hasta cierto punto éste representaba —al menos potencialmente— una seria amenaza revolucionaria.

Pero, ¿acaso sabemos con seguridad que había un proletariado qué domesticar?, o de manera más específica, ¿acaso la industria moderna estaba creando, en algún momento antes de 1914, una masa cada vez más grande de trabajadores con condiciones de vida lo suficientemente parecidas y con

quejas lo suficientemente severas como para empujarla en dirección de convertirse en mechas revolucionarias? O visto desde un punto de vista diferente, ¿acaso la clase obrera industrial se estaba volviendo lo suficientemente grande como para que amenazara con arrollar a las clases propietarias por la fuerza pura de los números, si es que exigía y obtenía el voto? Sin duda sería un error aceptar los alardes de la izquierda o las quejas de la derecha como una evidencia correcta respecto a esta cuestión, pues ambas partes tienen un eje demasiado obvio sobre el cual girar. Las estadísticas ocupacionales y otras, a pesar de todas sus limitaciones, deberían revelar de manera más precisa los contornos básicos de la situación.

Sea lo que fuere que muestren las estadísticas que vamos a analizar más adelante, en este momento de la investigación sería más inteligente eliminar o al menos ajustar el término y el concepto de "proletariado" con todo y sus tonos de revolución en potencia. Esta concepción aún se tiene que poner a prueba y no se le puede dar por supuesta. Es más, la preocupación por ella podría evitar que viéramos ciertas cosas e hiciéramos las preguntas más interesantes. No debemos, pues, dedicar demasiado tiempo a tratar de dilucidar si los trabajadores tenían o no inclinaciones revolucionarias, porque hacerlo forzaría los sentimientos y el comportamiento de éstos hacia categorías predeterminadas que pueden tener poco que ver con su vida y sus preocupaciones reales. En lugar de eso, deberíamos tratar de descubrir cuáles eran esas preocupaciones y quizá encontraríamos que tienen poco que ver con la política y la revolución. Hasta donde sea posible, necesitamos aprender cómo veían sus propias vidas, qué es lo que veían y sentían como mala y buena suerte, como justicia e injusticia y en qué términos se explicaban a sí mismos estas cuestiones. En la búsqueda de respuestas a estas interrogantes, es importante recordar que la historia del Partido Social Demócrata de Alemania (PSD) no es la historia de los trabajadores alemanes de industria.

Entre sus preocupaciones, lo que más nos interesa es entender sus esperanzas y miedos sobre el futuro, incluyendo los estereotipos creados históricamente y los lentes culturales a través de los cuales les eran devueltas las imágenes. Obviamente, sería un error suponer que todos los trabajadores de industria eran iguales en cuanto a las experiencias que vivían y a los sentimientos que compartían, pero sí se puede esperar que algunas de aquéllas y algunos de éstos fueran ampliamente compartidos. El hecho mismo de hablar de una clase obrera en cualquier sentido más allá de un agregado estadístico grueso basado en un cierto tipo de empleo, requiere de alguna evidencia respecto de experiencias compartidas, pues las diferencias pueden ser tan importantes o más que las similitudes, y por lo tanto una de nuestras tareas más importantes será la de localizar y dar cuenta de las principales líneas divisorias.

2. *Tamaño y composición de la fuerza de trabajo industrial*

En 1907, el Imperio alemán llevó a cabo un censo de ocupación en gran escala, cuyos resultados fueron publicados en varios volúmenes durante los años anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial. Con sus numerosas tablas y sus extensos comentarios, estos sobrios volúmenes constituyen una fuente única, aunque poco utilizada, de datos básicos sobre la estructura de la sociedad alemana. Otra fuente muy útil de datos cuantitativos y cualitativos sobre los trabajadores de industria es el conjunto de informes anuales del Servicio de Inspección de las Fábricas (*Gewerbeaufsicht*). Se trata de datos que, complementados aquí y allá con los de otras fuentes, permiten inferir contornos estadísticos preliminares sobre el asunto que nos interesa.

En 1907, la población total era de 62 millones, divididos según las siguientes ocupaciones (en miles):

Agricultura y silvicultura	9 883
Industria y minería	11 256
Comercio y transporte	3 478
Asalariados diversos, incluyendo sirvientes	472
Profesiones libres	1 087
Total (excluyendo al ejército)	26 176
A éstos se les deberían agregar:	
No informaron su ocupación	3 405
Rentistas	1 792
Total	5 197
Gran Total	31 373[1]

Puesto que el total ocupacional arroja una cifra de 31 millones, o sea, la mitad de la población, podemos suponer que la otra mitad estaba compuesta por personas que no eran o no podían ser parte de la fuerza de trabajo (por ejemplo los viejos, los enfermos, los jóvenes, las esposas que no trabajaban, etcétera).

De entre aquellos que estaban en la industria y en la minería, la división ocupacional era como sigue (en miles):

Propietarios independientes	1 977
Trabajadores de oficina	686
Obreros y ayudantes (*Mithelfende*)	8 593
Total	11 256

[1] *Statistisches Jahrbuch*, Vol. 35 (1914), 2, 14-15, Las pequeñas diferencias en los totales aquí y en otros lugares se deben al redondeo de las cifras.

Podemos ver que el número total de obreros y ayudantes es de 8 593 000, o sea, más o menos el 27% de la población de que se tienen cifras.[2] Siendo los trabajadores de industria y minas un poco más que un cuarto de la población económicamente activa, es claro que el proletariado industrial —no importa cómo se le defina— era en 1907 una minoría muy pequeña de la población alemana.

Sin embargo, saber qué tan pequeña era depende de la concepción general que se tenga sobre el proletariado. Hay dos características en las que debe hacerse énfasis en cualquier análisis sobre el tema.[3] Un criterio es el tipo de industria de que se trate, y dentro de ésta es posible hacer distinciones burdas entre los tipos de industria característicos de una economía avanzada moderna y aquellos típicos de una estapa anterior del desarrollo histórico. Otro criterio similar sería el de definir como proletarios a aquellos trabajadores que viven en las grandes ciudades y que son empleados de empresas gigantes. Ahora bien, antes debemos saber qué quería decir eso de "grandes" y "gigantes" en 1914, y luego ya podremos seguir cada uno de los criterios mencionados.

Para el número de trabajadores en los diferentes tipos de industria, sería mejor utilizar las cifras reunidas por el Servicio de Inspección de las Fábricas

[2] *Statistik des Deutschen Reich* (en adelante citado como SDR), Neue Folge, Bd. 211, Berufsstatistik, Arbeitlung X, 175, 6. Para un conjunto completamente diferente de totales sobre los trabajadores antes de la Primera Guerra Mundial, véase Waldemar Zimmermann, "Die Veränderung der Einkommens-und Lebens-Verhältnisse der deutschen Arbeiter durch der Krieg" en Rudolf Meerwarth *et al. Die Einwirkung des Krieges*, 285. Para 1913-1914, este autor da, como total de la clase obrera (*Lohn-und Gehaltsarbeiter*), la cifra de 23 millones. Si consideramos a los miembros de sus familias, nos quedan 44 millones de personas, o sea, 66% del total de la población que entonces era de 67 millones. Y es que la clase obrera de Zimmermann incluye, además de los trabajadores de industria y minas, a los trabajadores agrícolas y asalariados en el comercio y el transporte. Más de una cuarta parte de estas personas eran *Angestellte*, o sea, trabajadores de cuello blanco de quienes no nos ocuparemos en este estudio.

[3] Podríamos buscar todas las referencias al término proletariado en los tres volúmenes de *El Capital* sin llegar a una definición concisa. Lo más que se acerca Marx a una, es en la nota 70 del tomo I, p. 645: "Desde el punto de vista económico, el proletariado no es otra cosa que un trabajador asalariado que genera capital y que es despedido tan pronto como ha cumplido con estos propósitos y pasa a ser superfluo al Señor Capital, como llama Pecqueur a esta persona." Según los artículos respectivos en la *Bol' shaia Sovetskaia Entsiklopediia* (2a. edición), el término proletario describe a *cualquier* trabajador asalariado que por medio de su fuerza de trabajo crea plusvalía para los capitalistas o la burguesía. Vease *Proletariat*, vol. 35, 23; *Rabochin Klass* (clase obrera) en *ibid.*, 436 y *Pribavochnaia Stoimost'* (plusvalía), vol. 34, 459. Sin embargo, en el análisis más amplio sobre "la clase obrera en el capitalismo", vol. 35, p. 437, se hace una referencia al enorme aumento del proletariado durante el siglo XIX en varios países, y sólo se incluye a los obreros de la industria y el transporte. Si las definiciones de por sí no nos resultan muy útiles, difícilmente se puede esperar que además incluyan lo que se supone que sucedería conforme maduraba el capitalismo; por eso, la teoría marxista debe tomarse como un todo. Y por otra parte, es precisamente en este punto en el que ha habido la mayor controversia. Puesto que no estoy haciendo aquí una historia intelectual, sino que mi tarea consiste en encontrar lo que estaba ocurriendo y no lo que Marx y sus seguidores o críticos pensaban que sucedía, he cortado el nudo gordiano desarrollando mis propias concepciones sobre lo que este término quiere decir.

para el año de 1913, que sólo cubren a empresas con diez o más empleados, razón por la cual omiten algo así como a uno de los ocho millones de trabajadores que había, aunque los trabajadores de las empresas pequeñas no son los importantes para esta cuestión. Sería útil, además, agrupar a las ocupaciones en tres sectores principales: el primero corresponde a lo que se convirtió en la industria de guerra. Si en él se incluye a la minería, como creo que debería hacerse, este sector sería sin duda el más característico de una sociedad industrial en ese momento histórico. El segundo es un grupo intermedio y el tercero es un conjunto de industrias civiles que servía sobre todo a los intereses de los consumidores y que antes de la primera guerra tenía el sector menos avanzado en lo que a técnica se refiere. La tabla número dos presenta estos datos.[4] En ella se observa que un 44% de los trabajadores industriales estaban en el sector moderno, en comparación con el 55% en los dos sectores que he agrupado como menos modernos. También es en el sector moderno en el que se dan las mayores concentraciones de trabajadores con ocupaciones similares. Los metalúrgicos y los de la maquinaria constituyen juntos ocupaciones del 25% de los trabajadores y la minería es el 16%. En total, hacen la suma de 3 050 000 trabajadores. Otras concentraciones del 10% o más se pueden encontrar en alimentos y textiles, que suman 1 670 000 trabajadores. En una estimación bastante generosa, sería posible incluir a 4 720 000 trabajadores, o sea algo así como el 64% de todos los trabajadores que por lo tanto pertenecerían a la categoría de proletariado industrial moderno.

Sin embargo, este número es más impresionante por su tamaño que por su significado. En el siguiente capítulo, que se refiere específicamente al Ruhr, corazón industrial de Alemania, veremos con detalle las condiciones que prevalecían entre los mineros y los metalúrgicos. Por ahora, basta con decir que el comportamiento político de unos y de otros fue muy diferente en el período de la preguerra, de modo que éste es sólo uno de los muchos indicadores de que el total de las cifras, aun si se les separa por categorías ocupacionales, coloca juntas a personas cuyas circunstancias y formas de vida eran muy distintas y conducían a actitudes políticas muy diferentes.

Muchas de las diferencias más importantes sucedían *dentro* de una categoría ocupacional dada. La industria de la maquinaria es un ejemplo interesante de esto. El censo ocupacional de 1907 permite ver algunas de las variedades de trabajo que se pusieron juntas en esta categoría:

[4] Aquí sigo mucho a Gerhard Bry, *Wages in Germany 1871-1945*, pero incluyo a la minería en el primer sector. Para más detalles y citas véase el análisis en el capítulo ocho de la primera sección.

TABLA 2
TRABAJADORES INDUSTRIALES EN 1913, SEGÚN INFORME DEL SERVICIO DE INSPECCIÓN DE LAS FÁBRICAS
(en miles)

Categorías industriales	*Número de trabajadores*	*Porcentaje del total para todas las industrias*
Industrias de Guerra:		
metales	680	09
maquinaria	1 173	16
químicos	181	02
aceites y materiales para iluminación	82	01
minería	1 197	16
Total para las industrias de guerra	3 313	44
Industrias intermedias:		
madera	454	06
papel	199	03
cuero	121	02
piedra y barro	648	09
construcción	277	04
miscelánea	18	
Total para las industrias intermedias	1 717	24
Industrias civiles:		
alimentos	714	10
ropa	431	06
textiles	956	13
impresos	200	03
limpieza	56	01
Total para las industrias civiles	2 357	33
Total para todas las industrias	7 387	100

FUENTE: *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol., 42 (1921-1922), 96-7. En las bibliotecas norteamericanas no he podido localizar los informes originales para 1913.
NOTA: El Servicio de Inspección de las Fábricas sólo informó de establecimientos con diez o más empleados. Las diferencias se deben al redondeo de las cifras.

Encontramos 469 000 fabricantes de maquinaria y herramientas, es decir que ésa es la más grande de las subcategorías. Luego siguen 107 000 carreteros y constructores de vehículos, además de casi 90 000 fabricantes de aparatos eléctricos. Había sólo 21 000 trabajadores en las plantas de automóviles y bicicletas. La lista sigue hacia abajo hasta totalizar 15 subcategorías o *Berufsarten der Maschinenindustrie* que incluyen a los fabricantes de relojes (41 000), instrumentos musicales —pianos y órganos— así como a las mujeres que hacían pantallas incandescentes para las lámparas (2 000). Éste es todavía el mundo de los artesanos y aunque ha aumentado la demanda de habilidades especiales, aún tienen poco o nada que ver con el mundo de la gran fábrica y con su monótona atención a las máquinas, que requería de por lo menos un mínimo de habilidad. Esto por supuesto exis-

tía, pero debemos ser cuidadosos para no exagerar su influencia, que bien podría darse en los textiles y en algunas de las nuevas plantas de automóviles, si bien éstas apenas estaban empezando en los años anteriores a la guerra.[5]

El tamaño del proletariado encoge mucho si lo miramos en la gran ciudad. Alemania en 1907 tenía 42 ciudades clasificadas como "grandes" (*Grosstädte*), pues este término se aplicaba a lugares con una población de 100 000 o más habitantes, cifra que nos resulta muy pequeña para los patrones contemporáneos. Si pusiéramos el número de 500 000 como adecuado para una megalópolis de la Europa de preguerra, de esas que Oswald Spengler supo ver con tantos presentimientos, encontraríamos cinco en Alemania: Lepizig, con 505 000, Dresden con 512 000, Munich con 533 000, Hamburgo con 827 000 y Berlín con 2 005 000. Pues bien, ni con mucha imaginación se podría llamar proletariado industrial a la masa de habitantes de las grandes ciudades. De cada 10 000 habitantes que ellas tenían —la mayoría eran lo que aún hoy llamaríamos pueblos— sólo 2 414.5 estaban ocupados en la industria, la minería o la construcción.[6]

Dentro del sector industrial de las grandes ciudades, sólo las siguientes categorías ocupacionales contenían a más de 300 000 personas y por lo tanto se podrían considerar como candidatas adecuadas para ser proletariado industrial:

Metalurgia	332 000
Industria de maquinaria y fabricación de instrumentos	359 000
Manufactura de ropa	483 000
Construcción	419 000
Total	1 593 000[7]

Si la proporción de los que cobraban un salario respecto al número total de personas económicamente activas era de 76% como sucedía para el total de Alemania, eso da un total de 1 211 000 personas que podrían considerarse como trabajadores que formaban parte de los obreros industriales urbanos, y esto arroja sólo un 10.7% del total de trabajadores industriales (11 300 000). Si cada uno de ellos tuviera una esposa y dos hijos, podríamos concluir que con todo y familias darían un total de aproximadamente 3 633 000, es decir, que con menos de cuatro millones esta estimación muestra un proletariado industrial que constituía menos del 6% del total de la población.

Los datos sobre el empleo en las empresas gigantes arrojan una estimación aún más baja, casi de la mitad. Según el censo, en la época se definía a di-

[5] SDR, N. F., Bd. 211, Abt. X, 126.
[6] SDR, N. F., Bd. 220-21, Abt. VIII, 97 (*Gewerbeabteilung B*).
[7] SDR, N. F., Bd. 211, Abt. X, 140.

chas empresas como aquellas que daban empleo a más de mil personas entre quienes se cuenta no sólo a los asalariados, sino también a los propietarios y al personal administrativo y de oficina. Es imposible saber cuántas de estas empresas estaban en las grandes ciudades, aunque lo más probable es que la mayoría lo estuviera. El número de personas que se ganaba la vida en ellas era de 1 378 000 en 1907. Había tres categorías que incluían a la gran mayoría de personas:

Minería, fundición, etcetera	500 000
Fabricación de maquinaria e instrumentos	326 000
Textiles	112 000
Total	1 038 000[8]

Si el 76% de esos eran asalariados, tenemos un total de 789 000, de modo que una definición más estricta del proletariado industrial moderno arroja una cifra más pequeña. Y esto no es todo. El censo citado apunta que las tres categorías industriales mencionadas eran un sector de rápido crecimiento que casi se duplicó desde 563 000 que tenía en 1895, año del censo anterior. Volveremos sobre esto.

Si los trabajadores industriales en el estado industrial más poderoso del continente no estaban en las grandes ciudades, entonces, ¿dónde estaban? La industria alemana antes de la Primera Guerra Mundial era todavía un asunto de los pueblos pequeños, considerados incluso según las medidas de la época. Todas las personas en la industria —y no sólo los obreros— se distribuían como sigue:

En las zonas rurales	2 879 000
En las ciudades pequeñas y medianas	5 569 000
En las grandes ciudades	2 897 000[9]

Estos datos permiten por sí solos explicar la atmósfera provinciana y pueblerina de la política laboral alemana de la preguerra. Y ¿qué se puede decir de las aglomeraciones en las ciudades? En la medida en que convertirse en proletario implicaba una reducción del significado de la habilidad, los datos del censo indican que tampoco este proceso había llegado muy lejos. Entre los casi 8.6 millones de trabajadores industriales, sólo poco menos de cinco millones estaban clasificados como obreros calificados y 3.5 millones como no calificados. La división por sexo era de aproximadamente siete millones de hombres y 1.6 de mujeres.[10]

[8] SDR, N. F., Bd. 220-21, Abt. VIII, 65.
[9] SDR, N.F., Bd. 211, Abt. X, 140.
[10] *Statistisches Jahrbuch*, vol. 35 (1914); SDR, N. F., Bd. 211, Abt. X, 178.

Los obreros varones calificados predominaban en metalurgia, fabricación de maquinaria, trabajo en madera, ropa, producción de alimentos, construcción, imprenta y negocios afines. Éstas eran las ocupaciones en las que, según el censo, el trabajo requería de una buena dosis de preparación artesanal. Los trabajadores varones no calificados predominaban en la minería y la fundición, productos de piedra y de la tierra, químicos, materiales de iluminación e industrias de papel. Éstas eran las principales industrias manejadas por grandes empresas y que para la época estaban marcadas por una fuerte división del trabajo, de modo que el proceso de proletarización era muy visible en ellas. Por último, las mujeres desempeñaban tareas no calificadas en casi todas la ocupaciones industriales. Además, había importantes concentraciones de más de 100 000 mujeres, calificadas y no calificadas, en las empresas que producían textiles, ropa y alimentos.[11]

Podemos terminar esta parte del análisis con una breve encuesta de la evidencia estadística respecto al grado de organización económica y política entre los 8.9 millones de trabajadores industriales. De esta forma, podremos fijar nuestra atención en las uniones, dado que ellas tenían la influencia más importante en la vida diaria de los obreros. Los sindicatos libres que estaban asociados (no siempre en términos muy amistosos) con el PSD eran sin duda los más grandes y poderosos de todos, aunque tenían competidores que representaban otros intentos por influir en los obreros, ya fuera bajo auspicios religiosos, políticos o patronales. Las uniones cristianas eran esencialmente católicas; la Hirsh-Dunker *Deutsche Gewerkvereine* estaba asociada con el partido Liberal y las uniones de patrones —que tenían importante éxito local— también se llamaban a sí mismas *Gewerkschaften*. (En minería, la palabra *Gewerkschaft* tenía un significado especial que reflejaba las viejas tradiciones corporativas.) Y dado que el número de miembros fluctuaba considerablemente en el curso del año, así como a través de los años, además de que los informes sobre la membresía venían de las propias organizaciones, es necesario tomar las cifras con bastante escepticismo, a pesar de lo cual sí nos dicen algo sobre el grado de organización que existía entre los trabajadores. La tabla número 3 nos da cifras de membresía para algunos años seleccionados.

Estas cifras muestran un crecimiento rápido de los sindicatos libres entre 1907 y 1912, después de lo cual hubo un ligero descenso, y ponen de manifiesto una disminución en la parte de los trabajadores organizados que cayó de tres cuartos a poco más de dos tercios en ese mismo período. Las principales ganadoras fueron aquellas uniones asociadas de un modo o de otro con los intereses de los patrones. Vale la pena notar que en 1913, a lo mucho uno de cada tres trabajadores pertenecía a una unión que tuviera una coloración marxista, aunque fuera nominal. Además, algo menos de la mitad de los asalariados industriales no pertenecía a ninguna unión y aún no había una gran reserva de asalariados no organizados detrás de la clase obrera mejor organizada de Europa.

[11] SDR, N. F., Bd. 211, Abt X, 251-3.

TABLA 3
MEMBRESÍA EN LOS SINDICATOS: 1907, 1912 Y 1913
(en miles)

Año	*Sindicatos libres*	*Sindicatos cristianos*	*Deutsche Gewerkvereine*	*Uniones independientes*
1907	1 873	285	109	127
1912	2 583	351	109	303
1913	2 525	342	107	318

Año	*Uniones de paz económica*	*Uniones protestantes*	*Total*	*Sindicatos libres como % del total*
1907	59	—	2 453	76
1912	231	156	3 733	69
1913	280	154	3 726	68

FUENTE: 25, *Sonderheft zum Reichs-Arbeitsblatt: Jahrbuch der Berufsverbände im Deutschen Reiche*, 79.

Para 1912, aproximadamente dos millones de asalariados estaban cubiertos por contratos, es decir, menos de un cuarto del total de los trabajadores industriales. Sin embargo, estos contratos por sí mismos no constituyen un índice adecuado de la fuerza de los sindicatos en ese momento. Así por ejemplo, entre los mineros del carbón, los sindicatos podían tener mucha influencia e incluir a una parte sustancial de la fuerza de trabajo, pero los patrones continuaban negándose a aceptar negociaciones colectivas. La fuerza de los sindicatos libres se concentraba en las empresas pequeñas, en las cuales las condiciones seguían siendo similares a las de un taller de trabajo artesanal. Esta situación era la más común. Antes de la guerra, los sindicatos libres casi no se habían metido en la industria pesada, hierro y acero y productos químicos.[12] En otras palabras, los marxistas aún tenían que ganar su entrada al corazón del proletariado industrial moderno.

El Partido Social Demócrata afirmaba que era el vocero principal de los intereses obreros y que además era el principal portador de las teorías marxistas. En proporción al total de los asalariados, su membresía seguía siendo pequeña, aunque aumentaba rápidamente. En 1907 afirmaba contar con 530 406 miembros, lo cual hubiera significado aproximadamente un trabajador por cada 16, si todos los miembros efectivamente fueran obreros, lo cual obviamente no era el caso, puesto que muchos eran intelectuales. Para 1913, su membresía casi se había doblado hasta cerca de un millón, es decir, 982 850.[13]

Un indicador más útil de la influencia de este partido (el PSD) era su poder para ganar votos. Debe recordarse que para 1890, Engels estaba esperando conocer los resultados de la elección con la misma ansiedad con que

[12] Hedwig Wachenheim, *Die deutsche Arbeiterbewegung 1844 bis 1914*, 565, nota 2.

[13] William Machl, "The Triumph of Nationalism in the German Socialist Party in the Eve of the First World War", 24, tabla 6.

lo haríamos ahora, y le dio a August Bebel instrucciones muy detalladas de cómo telegrafiarle los resultados, separando los distritos electorales, sin utilizar demasiadas palabras o gastar mucho dinero.[14] El año censal de 1907 fue de un revés electoral muy severo para el PSD, pues sólo pudo reunir 3 259 000 votos, es decir, casi el 29% del total. Para 1912 reunió 4 250 000 votos, es decir, casi 35% del total,[15] cifra que es casi la mitad de los trabajadores industriales. Pero si juzgamos a partir de las cifras que nos da el propio sindicato, las cuales muestran alrededor de 1.2 millones de trabajadores afiliados a las uniones no socialistas o antisocialistas (algunos de los cuales de todas maneras pudieron haber votado por los socialistas) tendremos razón en suponer que más de una cuarta parte de los votos del PSD procedieron de fuera de las filas de las clases obreras industriales. Cualquiera que haya sido la situación real, las cifras muestran una vez más que la historia del partido está muy lejos de ser la historia de los trabajadores alemanes.

Si sintetizamos las evidencias estadísticas, veremos que entre más observamos al proletariado industrial moderno y entre más cuidadosamente definimos el término, más pequeña se vuelve la especie. La industria alemana antes de la Primera Guerra Mundial todavía era básicamente provinciana y pueblerina, pues el mundo del artesano sobrevivía en muchas partes al lado y muchas veces dentro de la fábrica. Y aún si ésta no es toda la historia, hay buena cantidad de signos en las cifras que indican que el avance industrial moderno estaba efectivamente creando un proletariado industrial moderno, según cualquier definición más o menos racional que se tenga. En ese momento, éste todavía era un niño y no un gigante amenazador, pero estaba en rápido crecimiento, y cómo se portaría cuando creciera era un asunto que sólo los muy doctrinarios podían vislumbrar con seguridad. Si equilibramos la balanza, la evidencia nos lleva del lado del escepticismo respecto a la existencia de alguna (o ninguna) reserva masiva de sentimiento potencialmente revolucionario ni entre el proletariado preindustrial ni entre el industrial moderno. No pretendo aquí hacer trampas con las estadísticas para que así un actor con significación histórica desaparezca del escenario. Por eso es necesario echarle otro vistazo más de cerca, en las minas de carbón y en los altos hornos del Ruhr, en donde su presencia era sin duda muy visible. Pero debo repetirlo, la tarea consiste en encontrar qué clase de tra-

[14] Sin embargo, Engels conservó su sentido del humor al expresar ante Bebel su miedo de que el PSD pudiera obtener *demasiados* asientos en el Reichstag, pues según él, otros partidos pueden tener una cierta cantidad de necios y hacer algunas cosillas estúpidas sin que nadie los abuchee ("*Kein Hahn Kraht danach*") mientras que nosotros se supone que tenemos que ser genios y héroes. Véase el libro *August Bebels Briefwechsel mit Friedrich Engels* editado por Werner Blumenberg, 379-80. Once años antes, Engels le había escrito al mismo Bebel que la única cosa que deseaba del PSD era que lo dejara en paz para poderse dedicar a terminar sus trabajos teóricos (p. 75).

[15] Maehl, "Nationalism in the German Socialist Party", 23, tabla 2.

bajadores se sentían agraviados y en cuáles situaciones, y no buscar lo que supuestamente deberían sentir según cierta teoría. El problema básico para los trabajadores era, por supuesto, la relación con los salarios.

3. *Los salarios y la concepción de los trabajadores sobre la relación salarial*

Los datos disponibles sobre los salarios reales indican que conforme el desarrollo industrial avanzaba con rapidez después de 1871, mejoraba la situación material de los trabajadores. Hay algunos estudios hechos desde diferentes puntos de vista que están de acuerdo en apoyar esta impresión general. La tabla número 4 muestra cálculos de los índices de salarios reales para ciertos años seleccionados, pero el grado de variación de una estimación a otra exige cuidado. También es importante recordar aquello que *NO* revela el promedio de los salarios reales: las variaciones debidas al desempleo, el efecto de las ganancias obtenidas sobre la esposa y los hijos, o de la falta de esos ingresos sobre la situación material de un determinado hogar, y lo que quizá es más importante, las variaciones de un tipo de industria a otro y las que se deban dentro de una misma industria debido a causas como la habilidad y otras. Los trabajadores vivían de los salarios que efectivamente podían ganar en un determinado tiempo y lugar, y sin embargo, cuando se toman en cuenta todas estas cuestiones, el acuerdo sobre el incremento general para todo el período (1871-1913) de alrededor de 26 puntos, según la estimación más baja, y de 59 puntos según la más alta, sigue siendo muy impresionante. Como base para poder trabajar, partiremos en adelante de la suposición de que es posible inferir que la situación material para la mayoría de los trabajadores industriales estaba mejorando, y no empeorando.

Entonces, ¿cuáles eran las ideas de los propios trabajadores sobre el nivel "adecuado" de los salarios? Por supuesto que no todos los trabajadores tenían la misma idea al respecto. Sin embargo, no es difícil discernir ciertas concepciones recurrentes en las formas deseables o indeseables de pago, de lo que era o no un salario suficiente y, por último, de cuáles formas de desigualdad eran aceptables e incluso justas y deseables, pues por detrás de estas concepciones, los trabajadores industriales tenían sus propias formas de razonar y, en ciertos momentos, sus ideales de justicia coincidieron con los de sus patrones, mientras que en otros entraron en conflicto con ellos.

Lo más importante es entender como punto de partida que para los trabajadores, los salarios eran la manifestación de su dependencia de otras personas y, por lo tanto, un límite a su atonomía. La cantidad que ganaban y el hecho mismo de saber que podían ganar algo más era una de las cuestiones centrales de su vida, y esa es la razón por la cual era tan importante conseguir un trabajo y conservarlo.

TABLA 4
ÍNDICES DE LOS SALARIOS REALES, 1871-1913

Año	*Bry 1913=100*	*Desai 1895=100*	*Kuczynski 1895=100*	*Phelps Brown-Hopkins 1895=100*
1871	74	66	82	72
1880	70	79	79	77
1895	89	100	100	100
1900	98	111	110	108
1905	98	114	108	104
1910	99	119	110	106
1913	100	125	112	109

FUENTE: Dieter Groh, *Negative Integration und revolutionarer Attentismus: Die deutsche Sozialdemokratie am Vorabend des Ersten Weltkrieges*, 40, 85.

Hay aquí diferencias que tienen que ver tanto con la capacidad como con el ciclo de vida. Los trabajadores eventuales, sobre todo en la construcción, pasaban buena parte del tiempo vagando, pues difícilmente podían lograr que sus trabajos duraran, y en general, la manera de conseguirlos era a través de algún conocido ocasional, de modo que de cuando en cuando se quedaban sin trabajo. Esto era sabido y esperado, pero de todas maneras se trataba de una experiencia dolorosa. Los obreros más viejos se enfrentaban además con el fantasma del desempleo conforme disminuían sus fuerzas y habilidades. La dependencia de los salarios era también la razón por la cual, con tal de conseguir unos cuantos centavos más por hora, una huelga se podía convertir fácilmente en un acontecimiento que despertaba fuertes pasiones. Y es que esos centavos, multiplicados por el número de horas durante el año de trabajo, podían significar la diferencia entre la penuria y la respetabilidad.[16] Igualmente, para un patrón que estaba cerca de los márgenes, esto podía representar la diferencia entre ganancias y pérdidas.

Es posible distinguir entre los sentimientos de los trabajadores respecto a las cantidades que recibían y las maneras en que se calculaban y pagaban dichas cantidades. En uno de los primeros cuestionarios de la época, muy útil por la información que proporciona sobre las actitudes de los trabajadores manifestadas en sus propias palabras, unas dos terceras partes de ellos expresan su hostilidad hacia las tarifas por pieza. El refrán que dice "las tarifas por pieza son el puro asesinato" (*Akkordarbeit ist Mordarbeit*) aparece mucho en sus respuestas. Las principales razones que argumentaban al respecto eran que ese método los presionaba demasiado y creaba en ellos una inaguantable sensación de prisa y tensión, y al mismo tiempo, daba lugar a toda clase de rivalidades y pleitos, sobre todo para tener acceso a aquellas materias primas que pudieran trabajarse de manera adecuada y fácil a fin de

[16] August Springer, *Der Andere das bist Du*, cap. 5, sobre todo p. 60. Sobre el sentimiento de dependencia véase también Adolf Levenstein, *Die Arbeiterfrage: Mit besonderer Berücksichtigung der sozialpsycholoqischen Seite des Modernen Grossbetriebes und del Psycho-psycischen Einwirkungen auf die Arbeiter*, sobre todo 133-140, 147-154.

conseguir el producto terminado. Este sentimiento no era universal. Había una importante minoría que sentía que el pago por pieza le permitía ganar más sin preocuparse por la incapacidad o la pereza de los demás trabajadores. Si bien las evidencias no son suficientes como para hacer generalizaciones, creo, con base en las lecturas de estos materiales, que los trabajadores no calificados eran los que por regla general preferían las tarifas por pieza, puesto que de esta manera podían ganar más.[17] La diferencia de actitudes respecto a la cuestión de las tarifas por pieza o el pago por tiempo, refleja un conflicto más profundo entre el deseo de seguridad y al mismo tiempo de oportunidades más abiertas, el cual permea toda la sociedad capitalista, incluyendo a una parte sustancial de las clases obreras. Muchas veces los obreros no sabían, antes del día de pago, cuánto era lo que realmente iban a ganar, porque el sistema de pago por pieza y las deducciones por lo que se echaba a perder eran demasiado complicadas para ellos. O por lo menos, eso es lo que se afirma en la literatura de los sindicatos. También es muy probable que entendieran perfectamente las deducciones, pero que no les gustaran y por eso fingieran que no entendían.[18] Para nuestros propósitos, la diferencia no importa demasiado, porque en ambos casos las deducciones parecen injustas. Más aún, los trabajadores no tenían voz ni individual ni colectiva para determinar cuáles deberían ser las tarifas por pieza. Algunos acuerdos sobre esto eran comunes a las grandes plantas de hierro y acero del Ruhr, y también en otros lugares. En ellas no había discusión sobre los salarios cuando se contrataba a un obrero. Los patrones simplemente anunciaban lo que iban a pagar y la base para las diferentes tarifas. Por lo general, lo hacían colgando un anuncio en un pizarrón. Las reducciones del salario —o aquello que los obreros consideraban como tal porque los avisos eran tan complicados y definitivos y los trabajadores tan lógicamente suspicaces— se anunciaban también de esta manera, y si a un trabajador no le gustaba la decisión, tenía dos posibilidades: podía no tomar el trabajo, o irse de la fábrica si ya estaba empleado.[19]

Es importante destacar que tampoco en esta cuestión eran uniformes las actitudes de los trabajadores. Sólo aquellos que estaban más avanzados —política e intelectualmente— planteaban objeciones bien articuladas, mientras que otros, probablemente aquellos cuya experiencia de la dura autoridad en la vida campesina de la Alemania oriental era más reciente, aceptaban con docilidad los acuerdos, para desaliento de los organizadores sindicales

[17] Véase Levenstein, *Arbeiterfrage*, 19-44. Karl Fischer en su autobiografía llamada *Denkwürdigkeiten und Erinnerungen eines Arbeiters* expresa varias veces angustia por verse forzado a trabajar según tarifas diarias, siendo que ello lo metía en problemas con sus superiores cuando el trabajo era escaso. (Véase 308-317.)

[18] Según afirma Eric Hobsbawm, "La negativa a entender es una forma de lucha de clases", citado por Daniel Field, *Rebels in the name of the Tsar*, 33 del trabajo de aquel "Peasants and Politics", 13.

[19] *Die Schwerreisenindustrie im deutschen Zollgebeit, ihre Entwicklung und ihre Arbeiter*, publicado por la Unión de Trabajadores Metalúrgicos Alemanes, 327-9, con ejemplos citados *verbatim*, véase también 633-4.

que no pudieron obtener derechos y negociaciones colectivas en las plantas del Ruhr sino hasta después de la Primera Guerra Mundial.[20] En otras palabras, a muchos trabajadores debía decírseles cuáles eran sus derechos y no tenían muchas oportunidades para ponerlos en práctica, no por lo menos antes de que creyeran en sus derechos y los convirtieran en sus propios patrones de justicia e injusticia.

Es difícil imaginar una demostración más clara de que el sentimiento de injusticia puede ser adquirido: es una respuesta aprendida e históricamente determinada y no una reacción humana instintiva. Al mismo tiempo, no debemos perder de vista el sustrato más elemental y quizá incluso biológico, pues no hay razón para suponer que el trato autocrático de los patrones no fuera doloroso para los trabajadores. Lo que éstos tuvieron que aprender fue a no sentir dolor y a dejar de sentir que el dolor era una parte inevitable de su existencia.

Las concepciones que han tenido los trabajadores sobre la justicia y la injusticia respecto a la cantidad de sus ganancias, reflejan la ambigüedad y las contradicciones características de este período histórico. Si en este momento se le hubiera preguntado a un obrero alemán cuál era según él un salario suficiente, seguramente hubiera respondido así: que debería alcanzar para que él, el principal ganador del pan en su familia, pudiera conseguir que ésta no pasara hambre ni frío y que tuviera ropas adecuadas a su posición, es decir, que no estuvieran rotas ni sucias, pero que tampoco fueran demasiado elegantes (*vornehm*) como si correspondieran a personas de posición más alta (esta idea es recurrente en los relatos autobiográficos). Como veremos con detalle más adelante, ésta era una época en que apenas empezaban a aparecer señales de la sociedad de consumo y de masas. Era aquél un tiempo marcado por fuertes distinciones sociales, las que por ningún motivo eran en todos los casos objeto de resentimiento. Además, en la concepción del salario suficiente había implícita una idea de seguridad en el empleo y también, por supuesto, un miedo feroz al desempleo. Lo que resulta más sorprendente —a menos que me haya saltado algo entre las muchas evidencias— es la ausencia de signos de desempleo *tecnológico*. Lo más que se encuentra al respecto son afirmaciones generales por parte de ciertos trabajadores de la élite o por ciertos voceros de la social-democracia respecto a que los frutos de la tecnología deberían pertenecer a todo el pueblo y no sólo a los capitalistas ricos. En síntesis, los obreros tenían, en buena medida, una concepción bastante clara de un salario mínimo, al que definían en términos negativos como el suficiente para evitar los desastres personales más frecuentes que sucedían en su existencia.

Aunque privaba una fuerte creencia, o mejor dicho, un fuerte deseo de tener un piso firme respecto a las ganancias, los trabajadores no eran igua-

[20] Los autores de *Die Schwereisenindustrie*, comentan en la p. 329, con pena, que el capitalista de las fundiciones sería capaz de mantener la actitud de ser el jefe en su propia empresa (*Herr im eigenen Hause*) mientras las ideas del moderno movimiento laboral no hubieran ganado lugar entre los trabajadores de la fundición.

litarios en ningún sentido y hacían una clara conexión entre esfuerzo y gratificación. Quizá sería más adecuado decir que percibían y aceptaban una relación entre lo que el trabajador invertía de sí mismo en una tarea, y el pago que consideraban justo, aunque podían tener problemas para poner esta relación en una forma matemática y poco ambigua. Sentían que a un trabajador se le debía de pagar más si su trabajo exigía un mayor esfuerzo, una mayor habilidad o una exposición a peligros mayores. Y así también, una mayor edad exigía un pago mayor. Si tomamos juntas estas consideraciones, nos remiten a una idea según la cual aquello que el trabajador puso de sí mismo en el trabajo *a lo largo del tiempo* debería recibir su justa gratificación. En este sentido, la creencia en la teoría del valor del trabajo era casi una doble naturaleza para los obreros. Lo que les enojaba no era la desigualdad en sí, sino aquella que no tenía relación obvia con estos criterios y que por lo tanto parecía muy arbitraria e injusta. Este tipo visible de desigualdad era, según el testimonio de varios testigos, lo que realmente los hería.[21]

El sistema de cuatro o cinco gradaciones para el pago, que era costumbre en los talleres de trabajo en metal, marcaba mucha desigualdad, según afirman los autores del informe citado sobre las industrias del hierro y el acero. Los trabajadores sentían que este sistema era injusto porque los de las gradaciones inferiores hacían más de un trabajo más pesado por menos pago. Por su parte, los observadores del sindicato sostenían que no era posible eliminar tal sistema porque un gran número de trabajadores de la fundición no tenían más interés que el de moverse un escalón arriba en la escala de pagos. Así pues, ésta parecía ser una situación en que, a los ojos de los trabajadores, las ganancias potenciales de un individuo le permitirían compensar las injusticias del sistema como un todo. Y es probable que este modo de pensar fuera muy común.

En algunas direcciones, la visión de los obreros parece haber sido bastante precisa, de modo que había objeciones constantes al *Lohndrucker* o lo que en español se llamaría ladrones de salarios. Con frecuencia había quejas sobre los trabajadores de origen "extranjero" (lo que muchas veces sólo quería decir que venían de otra parte de Alemania en donde se hablaba otro dialecto) que los patrones importaban para trabajar por salarios más bajos. Esa visión de los obreros, hoy a nuestros ojos, podría parecer muy aguda. Además, las mujeres constituían una parte sustancial de la fuerza de trabajo, y cuando llegó la guerra pudieron reemplazar a los hombres. La idea de que ellas merecían el mismo pago por hacer el mismo trabajo fue apoyada, aunque sólo de manera verbal, por los principales líderes de la Unión de Metalúrgicos en 1916.[22] En las condiciones ordinarias antes de la guerra, las mujeres no

[21] Véase Paul Göhre, *Drei Monate Fabrikarbeiter und Handwerksbursche*, 49, 115-6; *Die Schwereisenindustrie*, 305, 331-3.

[22] Véase el informe sobre las mujeres trabajadoras en la industria pesada en 1915-1916 en *Der Deutsche Metallarbeiter-Verband in Jahre 1916, Jahr-und Handbuch fur Verbandsmitglieder*, sobre todo 21, en donde la Unión declara su apoyo al principio de "el mismo pago por el mismo trabajo" (*Für die gleiche Arbeitsleistung den gleichen Lohn*). Junto a esta meritoria posición estaba la preocupación realista de que el bajo sueldo para las mujeres podría deprimir los salarios de los hombres.

entraban a la fuerza de trabajo industrial excepto para desempeñar una actividad interina, mientras se casaban y les llegaba la maternidad. Se esperaba que la esposa del obrero fuera valorada por su capacidad para manejar el presupuesto familiar. Es posible que el hecho de que esta expectativa tuviera una correspondencia considerable con la realidad de la época, permita explicar el limitado interés en (y el apoyo para) la agitación por los derechos de la mujeres entre la masa de los obreros, agitación que parece haber sido llevada a cabo sobre todo por un pequeño grupo de mujeres.[23]

Por supuesto que las actitudes hacia estos ladrones de salarios que eran los extranjeros y las mujeres, eran coherentes con dos suposiciones: la primera, que en cualquier momento sólo puede haber un número limitado de empleos, y la segunda, que los trabajadores, tanto individual como colectivamente, no tenían control sobre lo que podía ser ese número. Este razonamiento tiene una lógica y un realismo que más de un sociólogo de hoy podría envidiar.

Así pues, respecto al tan debatido asunto de las justificaciones para la desigualdad humana, los trabajadores eran fieles a la concepción moderna según la cual las desigualdades deberían basarse en el esfuerzo individual y en las cualidades individuales demostrables, y no en el nacimiento o en una posición heredada. Pero esta fidelidad era muy limitada. Ellos querían pisar terreno firme en lo que se refería a los salarios y mostraban poca simpatía por la ley de la oferta y la demanda, que era la que determinaba sus salarios, en función de su contribución a las capacidades del patrón para satisfacer y cumplir las demandas del mercado. O sea que no tenían conciencia de que si el negocio del patrón iba mal, eran ellos los que más sufrirían. Todavía a principios del siglo XX no muestran mucho más amor por la *Concurrenz*, es decir por las virtudes de la libre competencia y del logro personal, del que tuvieron sus predecesores durante los levantamientos de 1848. Y ni los propios capitalistas lo tenían. Por eso es que en la Alemania de antes de 1914 muchos trabajadores aprendieron la misma lección que los capitalistas: que la organización y la presión política no podían hacer mucho para mitigar los rigores de una sociedad ostensiblemente basada en el puro mérito.

4. *La élite y las masas entre los trabajadores*

Después de esta breve inmersión en las autobiografías y en las investigaciones sociológicas de la preguerra sobre la vida de la clase obrera en Alemania, podemos darnos cuenta de que existía una élite intelectual que tenía una actitud paternalista hacia lo que veían como la masa de los trabajadores. En los tiempos modernos, muchas veces sucede lo mismo con los

[23] Para un relato muy vivo de su situación, según la percibía una mujer de orígenes proletarios, véanse las últimas partes del libro anónimo *Die Jugendgeschichte einer Arbeiterin: Von ihn selbst erzahlt* que tiene una introducción de August Bebel.

grupos subordinados y oprimidos, cuyos líderes sienten inseguridad sobre si las masas serán capaces de cargar con el peso que supuestamente el destino histórico ha puesto sobre sus hombros. En la Alemania de la época, la distinción se establecía sobre todo entre un estrato superior articulado y un amplio estrato desarticulado de los deliberadamente silenciosos. La mayor parte, aunque no toda, de la información de que disponemos sobre estos últimos viene precisamente de los primeros.[24]

Para aprender algo sobre la mentalidad de los desarticulados, es necesario tener una concepción lo más clara posible de las desviaciones y predilecciones de los articulados, pues de otra manera, el investigador corre el riesgo, bien conocido por los antropólogos y sociólogos de campo, de tragarse las interpretaciones a medio cocinar de los "buenos" informantes profesionales, ansiosos de dejar que el científico social se meta en los secretos ocultos y en las leyes que mueven y gobiernan su parte del orden social. Sin embargo, las relaciones de este grupo con el resto de los trabajadores y sus actitudes hacia ellos nos dicen mucho, aunque sea de manera indirecta, sobre el carácter de la clase obrera industrial como un todo.

August Springer proporciona una buena introducción a esta élite en sus recuerdos del primer contacto que tuvo con los socialistas, que sucedió cuando era un joven que trabajaba en una fábrica de zapatos de un pequeño pueblo bávaro y en la que conoció a un hombre de facciones enérgicas y ojos profundos que hablaba pocas veces, pero cuando lo hacía, era de manera muy fuerte. Como los demás trabajadores parecían infantiles y con una conversación sin razón ni sentido, el socialista se negaba a acompañarlos. Para el joven Springer, éste aparecía como muy varonil, dueño de un juicio claro y decidido, obviamente un modelo para su conducta futura, aunque él nunca se volvió socialista. Otros trabajadores, en cambio, le temían porque les señalaba sus tonterías con palabras muy precisas o con preguntas afinadas que penetraban en sus frases y lemas. Springer describe también cómo los trabajadores intelectualmente más alertas buscaban la compañía de otros como ellos. Algunas veces se encontraban en un mitin y otras en la sala de espera de un médico, y cuenta cómo los otros trabajadores los miraban sorprendidos o con sonrisas irónicas cuando discutían a Gerhart Hauptmann, a Èmile Zola, a Heine o a Schiller. Así pues, aunque se puede afirmar que por lo general los trabajadores ordinarios se sentían incómodos y resentidos en presencia de esta élite, Springer señala que en la suya, por lo menos los socialdemócratas convencidos trataban de ser muy pacientes con sus camaradas más atrasados pues, en su versión popular, el marxismo proporcionaba tanto una explicación de este retraso como una manera de enfrentarse a él.

Según lo describe Springer —con simpatía pero sin creer en él—, el marxismo mantenía una fe total en el hecho de que automáticamente más y más gente sería reclutada por el partido, en razón del desarrollo mismo de los

[24] Hasta donde llegan mis conocimientos, no hay estudios directos que se puedan comparar con el de Eliot Liebow *Tally's corner*, el de William Foote Whyte *Street Corner Society* o el de Lee Rainwater *Behind Ghetto Walls*.

procesos económicos impersonales. La mecanización mostraría que el trabajador calificado ya no era irreemplazable. Las quejas serían cada vez más severas y revelarían de manera aún más clara que el capitalismo destruye a los seres humanos. En cuanto el obrero incorporara estos procesos a la médula de sus huesos, lucharía por preservar su propia humanidad y por eso había que ser pacientes con los compañeros que deseaban algunas pequeñas ventajas, o que querían escapar siendo que esto era imposible; en fin, con los que no encontraban salida para abandonar su posición de asalariados.[25]

Con un poco de envidia hacia los socialdemócratas, Springer confiesa que en ocasiones le parecía muy difícil amar a sus compañeros trabajadores. Su propia visión del mundo tenía la fuerte huella del protestantismo, de modo que se preguntaba a sí mismo si esa imposiblidad de amar se debía a un demonio radical inserto en su naturaleza. Y con todo, podía percibir con bastante claridad algunas de las razones históricas y sociales de la impasibilidad y la pereza intelectual de la masa de trabajadores alemanes en los pueblos en donde él trabajaba: el pasado campesino o pequeño burgués de muchos de ellos, así como las condiciones de la vida en las fábricas, con sus largas horas y sus cortos salarios, que les dejaban pocas energías para preocuparse por algo más que irla pasando de algún modo.[26]

Si algunos de los socialistas convencidos podían ser pacientes con sus compañeros más atrasados, esto no sucedía con todos los miembros de la élite intelectual de los trabajadores. La evidencia respecto a esto se encuentra en una fuente de información arcaica, pero preciosa, sobre las actitudes de la clase obrera, que constituye una mina de datos sociológicos hasta ahora muy poco utilizados: se trata del trabajo de Adolf Levenstein, *Die Arbeiterfrage*, publicado en 1912. Este hombre había sido capataz (*Werkmeister*), de modo que durante muchos años se mantuvo en relación con un buen número de trabajadores socialdemócratas.[27] Aparentemente, él concibió solo la idea de hacer lo que ahora se conocería como una encuesta de actitudes, utilizando preguntas abiertas. Así fue como pidió a los trabajadores que conocía que repartieran los cuestionarios. *Die Arbeiterfrage* contiene los resulatados de 5 040 de éstos aplicados a mineros, obreros textiles y metalúrgicos. El grueso del libro consiste en extractos al pie de la letra de las respuestas, con todo y su lenguaje especial, mal hablado y coloquial y también con sus pasajes ocasionales de prosa elegante. Encontramos aquí un sondeo de la mentalidad de la clase obrera alemana que nos permite prácticamente oír a *algunos* de los trabajadores hablando con sus propias palabras, aunque es el más articulado el que las domina siempre, y deja apenas espacio para las entradas ocasionales, muy reveladoras y atormentadas, de los otros.

Antes de pasar a comentar el contenido de estos informes, convendría llamar la atención sobre algunas de las dificultades que tuvo Levenstein para

[25] Springer, *Der Andere das bist Du*, 39, 150, 1346. Los acontecimientos descritos probablemente ocurrieron alrededor del cambio de siglo, puesto que el autor fue activo en política por un buen tiempo, cercano a la Primera Guerra Mundial, en la cual participó.

[26] *Idem*, 134-5, 149.

[27] Wachenheim, *Arbeiterbewegung*, 520.

reunir su material. Lo presenta de manera tan completa, que resulta más valioso que muchos estudios modernos con sus comentarios técnicos y sus mediciones de la significación estadística, y es que estas dificultades no sólo reflejan la distinción entre la élite intelectual y las masas de trabajadores; también arrojan luz más atrás, sobre el carácter mismo de esta distinción.

Levenstein dividió a sus entrevistados en cuatro tipos, de los cuales sólo uno nos va a interesar en este momento. A diferencia de los otros tres tipos, que escriben largas respuestas a muchas de las preguntas y algunas veces incluso escriben largas cartas para completarlas, los de la *Massenschicht*, o sea los de la masa, respondían con un sí o un no o con alguna respuesta en broma (por ejemplo, una respuesta a la pregunta ¿qué compraría usted si tuviera más dinero? fue, "cuatro mujeres"). Al final de la caracterización del tipo masivo, Levenstein estalló en su frustración para decir que ese mejor se debería llamar el tipo de las almas muertas, o sea, personas que tienen una posición apática hacia todas las expresiones de la vida humana y que bien podrían ser puestas en una jaula para alimentarlas.[28] Esto es una actitud elitista y vengativa, pues ninguno de los obreros encuestados llegó tan lejos, aunque muchas veces sí se acercaron. Cerca de trescientos de sus encuestados, o sea el 64%, es decir, casi dos tercios de su ejemplo, pertenecían a esta categoría de *Massenschicht*.

Todo lo anterior sirve para probar que un buen número de obreros no quería llenar el cuestionario, aunque se lo pidiera un compañero (que obviamente estaba más adelantado que él). La desconfianza, tan normal en la clase obrera, y el miedo a que se metieran con ellos, seguramente tuvieron que ver con el resultado,[29] pero hay buenas razones para pensar que hubo algo más que la pura desconfianza. Cualquiera que haya tenido un contacto, por mínimo que sea, con personas sin educación, sabe que muchos de ellos *tienen* dificultad para poner sus sentimientos en palabras (aunque hay una minoría que despliega una impresionante elocuencia natural). Un buen científico social sabe por lo menos algunas de las razones de esto: la falta de oportunidades, o más aún, el conjunto de las condiciones de vida, que es bastante embrutecedor. Alfred Weber, que era uno de los encargados de las encuestas del *Verein fur Sozialpolitik*, aseguró en 1912 que el hombre atado a la máquina había perdido la capacidad de quejarse.[30] Una persona así —y más aún, en presencia de extraños o de una hoja de papel— no necesariamente es una persona que haya perdido la capacidad de sentir, aunque bien puede haber un importante grado de resignación, un cierto modo de esconder sentimientos que de otro modo serían muy dolorosos. Esto es exactamente lo que nos deja ver el conjunto de respuestas del informe Levenstein: los miembros del tipo masivo sí respondieron siempre a las preguntas más simples, por ejemplo, sobre las formas de pago (el pago por pieza vs. los salarios por

[28] Levenstein, *Arbeiterfrage*, 11.

[29] Una pregunta se refería al consumo de alcohol y cuando algunos trabajadores la veían golpeaban la mesa y gritaban: "¡Ahora también nos quieren quitar el licor!", *ibid.*, 7.

[30] Alfred Weber, "Das Berufsschicksal der Industriearbeiter", 394.

hora) pero permanecieron totalmente silenciosos en lo que se refería a sus esperanzas y aspiraciones.

Llegamos entonces a la cuestión de si es posible utilizar la información sobre los sentimientos de los obreros articulados como evidencia para los no articulados. Si aceptamos que hay aspiraciones más bajas y probablemente un grado mucho menor de confianza en sí mismos y de autoestima, lo cual es posible, en mi opinión, puesto que sus situaciones por lo general son muy similares, veremos que los desarticulados sí tienen sentimientos, pero que se puede inferir razonablemente que en muchos casos son los articulados quienes expresan los sentimientos latentes y quizá no tan latentes del resto. En el transcurso de este capítulo, me apoyaré sobre esta evidencia, pero primero quisiera detenerme un poco sobre las actitudes de la élite.

Por lo menos algunos de los miembros de la élite eran lo que alguien de afuera podría llamar "pedantes hasta el punto del desdén". Por ejemplo, un obrero metalúrgico de Berlín que había viajado mucho decía respecto de sus compañeros trabajadores lo siguiente:

> Son pura masa y yo detesto a esta gente controlada por sus hábitos y sin pensamientos propios, perdiendo el tiempo entre el trabajo y el placer. Yo ya he perdido la fe en su deseo y en su voluntad para llevar a cabo una lucha evolucionista, y mucho menos una revolucionaria.[31]

Quizá este crítico vivió lo suficiente como para sorprenderse de que fueran precisamente los obreros metalúrgicos de Berlín quienes formaran el corazón del movimiento revolucionario después de la guerra, pero el sentimiento que él expresó se escuchó con frecuencia. Hay muchos que se quejaron del letargo, la ignorancia y el egoísmo voraz de las masas, y que expresaron de una manera o de otra sus dudas sobre la posibilidad de que algún día pudieran aprender a comprender su situación. Es posible que estos miembros de la élite intelectual de la clase trabajadora fueran activistas frustrados de los sindicatos o del partido.[32]

Paul Göhre, un pastor protestante que trabajaba en el almacén de una fábrica de herramientas para maquinaria en Chemnitz, y que nos dejó uno de los primeros estudios de campo de la clase obrera, cuenta lo mismo, aunque con más simpatía para con la masa y mostrando algunas de las causas de esta conducta. Los describía como personas sin convicciones sociales ni políticas propias, que además no hacían ningún esfuerzo por ganarse el derecho a tenerlas y que aún se consideraban a sí mismos socialdemócratas y juraban el programa del partido, aunque rara vez leían el periódico del mismo o rara vez iban a sus reuniones.

Dentro del grupo, Göhre encontraba dos tipos. Uno, que le parecía merecedor de más lástima y que era el que estaba demasiado oprimido y lleno de preocupaciones como para ocuparse de la política, y otro, demasiado incapaz, poco pensante o perezoso, formado sobre todo por personas jóvenes entre los 16 y los 20 años. La razón para esto era el amor de los jóvenes al

[31] Levenstein, *Arbeiterfrage*, 108.
[32] *Idem*, 218-9, 297, 317.

placer y la facilidad para satisfacer sus inclinaciones. Así, pasaban su tiempo en los lugares de baile o paseando con las chicas. El interés político surgía más bien después del matrimonio, cuando se enfrentaban a la vida de manera seria.[33] A partir de estas evidencias, resulta claro que muchos de los trabajadores ordinarios estaban en una situación en la que ponerse frenos a sí mismos no resultaba una propuesta muy atractiva. Las circunstancias imponían a esa gente las suficientes frustraciones como para no querer echarse otras más encima. Hay signos muy claros de esto entre los aprendices, antes de 1848. Como en otros tiempos y lugares, la reacción más común era la de sacarle a la vida lo más que se pudiera de placeres inmediatos. Seguramente la hostilidad pedante de la élite de los trabajadores hacia las masas por su "perder el tiempo entre el trabajo y el placer", tenía más que ver con sus propios esfuerzos por controlar esos impulsos.

Sin embargo, la frustración no fue la única reacción. Un minero que según Levenstein era especialmente inteligente, afirmaba que el partido y el movimiento sindical le habían enseñado a entender su situación, y así había aprendido a odiar este mundo de Dios y a sus clases populares, "y un hombre que puede odiar honestamente, también puede tener esperanza, pues si no, ya me hubiera ido de los dos movimientos por puro desprecio a mis camaradas de clase". Por último, también se debe decir que esporádicamente se encuentra uno con personalidades sensibles, que quizá hasta tengan inclinaciones artísticas frustradas, para quienes las maneras burdas y toscas de sus compañeros resultaban ofensivas e hirientes.[34]

5. *La común exposición al infortunio*

Además de esta distinción entre élite y masa, había otras líneas divisorias entre los trabajadores de industria, por ejemplo, las diferencias religiosas, que estaban bastante marcadas en algunas regiones, sobre todo en las tierras del Rhin y en algunas partes de Bavaria. Otra era la división entre aquellos nacidos en la ciudad o el pueblo en donde se encontrara la industria, y los inmigrantes, que eran quienes cumplían con las tareas menos desables.[35] Por fin, había también las diferencias ocupacionales de las que ya hemos hablado. Incluso en las fábricas muy modernas de la Alemania de la preguerra era probable que se encontrara una fuerza de trabajo con numerosas gradaciones de rango y posición, cada una de las cuales se simbolizaba con un uniforme especial.[36] A pesar de estas distinciones, había una serie de calamidades e infortunios a los que estaban expuestos todos los asalariados.

[33] Göhre, *Drei Monate Fabrikarbeiter*, 135-6.

[34] Levenstein, *Arbeiterfrage*, 287, 174.

[35] Springer, *Der Andere das bist Du*, 14-5, 21; véase también Weber, "Berufsschicksal", 381.

[36] Marie Bernays, "Berufswahl und Berufsschicksal" primera parte, 162-3. Para un ejemplo anterior véase Springer, *Der Andere*, 35-6.

Esta exposición común al infortunio resulta muy obvia al leer los recuentos autobiográficos. Claro que no todos los trabajadores estaban igualmente expuestos, y quizá fue una gran mayoría la que nunca sufrió las peores calamidades; pero sin embargo, la naturaleza misma de estas desgracias tiene un significado que sirve para diferenciar a los asalariados industriales más que cualquier otro factor, al grado, incluso, de que es posible hablar de una clase obrera industrial diferente de otras clases.

Si comparamos la situación que prevalecía en 1848 con la rápidamente cambiante de los años previos a 1914, encontraremos un marcado incremento en la "especialización de la miseria", que correspondía en lo general a la creciente división del trabajo. Entre los nuevos trabajadores industriales, hay pocos ecos de aquellas quejas, que eran una parte importante de los lamentos de 1848 de parte de los oficiales, sobre la presión a los pequeños productores. Para 1914 se había difundido mucho la creencia de que era posible *hacer* algo respecto a la pobreza y el infortunio, sin que hubiera desaparecido del todo la idea de que ese "algo" sólo se podría hacer por medio de la cooperación entre las clases. Las uniones patrióticas y las religiosas, así como mucha de la práctica del PSD y de los sindicatos afiliados a él, nos dan bastantes evidencias al respecto. Pero ahora había una intransigencia, que era nueva, en contra de los propietarios y de los patrones. Los trabajadores debían hacer cosas para sí mismos y para el resto de la sociedad, y si había una especialización cada vez mayor en las causas y en los remedios para la miseria, que correspondía a una mayor división del trabajo, sus manifestaciones humanas aún no parecían muy diferentes de las de otras épocas. El miedo a perder la capacidad de ganar dinero y a su cadena de consecuencias, que eran el hambre y la erosión del respeto a sí mismos, no eran tan distintos en 1913 de lo que habían sido tres o cuatro generaciones antes.

Desde el punto de vista de los obreros, parecía haber dos formas principales de miseria: las calamidades y el sufrimiento más o menos "normal". La forma principal de la miseria se configuraba cuando quien se ganaba el pan perdía esa capacidad, debido a tres razones posibles: un accidente, la enfermedad o el alcoholismo muy severo. Cuando ocurría alguna de estas tres cosas, otros miembros del hogar tenían que poner manos a la obra y complementar los ingresos del modo como pudieran. Los primeros dos, la enfermedad y los accidentes, aparecían por lo general como acontecimientos que ocurrían sin que se hallara para ellos ninguna explicación, de modo que eran cosas que sólo se informaban con sus causas inmediatas.[37]

[37] Para algunos ejemplos que informan sin ninguna emoción ni explicación sobre acontecimientos muy dramáticos, véase August Bebel, *Aus Meinem Leben*, 1, 1-20; y la ya citada autobiografía anónima de una mujer *Die Jugendgeschichte*, 1, 5, 6, 23. Moritz Th. W. Bromme cuenta en *Lebensgeschichte eines modernen Fabrikarbeiters*, 65, cómo su padre colocó a la familia en situación proletaria. Hay una explicación, pero está tan personalizada y revuelta con un desfalco menor, que apenas resulta comprensible. Un contraste interesante aparece en Franz Louis Fischer, *Arbeiterschicksale*, 44-5 donde se relata que un minero, obligado al retiro por enfermedad, consigue después de dos peticiones (la segunda directamente al Kaiser) una pensión. Como veremos en el capítulo siete, la situación y tradiciones de los mineros eran muy especiales.

Había empero, por detrás, una institución pública que suavizaba el golpe. Desde el relato de Karl Fischer, que nació en 1842 y que como trabajador no calificado anduvo de un trabajo a otro y vivió la transición de la artesanía a la fábrica, sabemos que era posible para un trabajador ordinario presentarse en un hospital local y recibir gratis, o por una cuota muy baja y adecuada a sus medios, un tratamiento médico decente y humano. Si juzgamos a partir de los relatos biográficos, los trabajadores sabían de esta posibilidad y la daban por sentada. Y sin embargo, esa atención a la salud no tenía nada que ver con la pérdida del poder adquisitivo, de modo que si el trabajador no recobraba dicha salud más o menos rápidamente, el hogar podía verse reducido a una situación cercana al hambre. Pero no hay indicación de que los trabajadores se preocuparan mucho por esto, pues es posible que los problemas mismos de ganarse la vida les evitaran pensar demasiado en ello. Aún así, seguramente cada obrero conocía a otros a los que les había sucedido y, en ese sentido, la posibilidad del desastre les acechaba constantemente como un fantasma.

Las actitudes hacia el alcoholismo eran, en cambio, muy diferentes. Algunas veces otros de los miembros de la familia podían darse cuenta de las desilusiones y penas que habían llevado al jefe de la familia a beber alcohol en exceso, y podían también expresar su comprensión y perdón a pesar de sus propios sufrimientos. En otros casos, la esposa resentía el hecho de que el marido se llevara el dinero, tan necesario en casa, para gastarlo en la taberna, lo cual provocaba violentas escenas en presencia de los niños aterrorizados. En esos casos, la explicación del desastre parecía como algo muy simple y moral: la esposa acusaba al marido de una conducta inmoral que la lastimaba a ella y a los hijos. Una cierta cantidad de alcohol era considerada como adecuada porque para muchos obreros el trabajo era tan agotador que no podían soportarlo sin un poco de licor. Springer informa de una dualidad ética muy interesante en el juicio de los propios trabajadores respecto al alcohol. Algunos de los mejores obreros que conocía eran bebedores empedernidos que gozaban mucho con esta situación y que, si bien conservaban su prestigio como obreros, perdían la estimación social. Los sindicatos llevaban a cabo una fuerte propaganda en contra del alcoholismo, diciéndole a los obreros que si deseaban recibir un trato decente y respetuoso de parte de sus superiores, no podían aparecer como cerdos borrachos.[38] Y aunque beber mucho era algo que se tomaba como un hecho, existía incomodidad y un estigma social en torno a esa práctica. La razón de esto parece obvia: beber mucho, cualquiera que fuera la causa, podía fácilmente convertirse en el primer paso hacia el desastre para el individuo y para quienes estaban cerca de él. Y en esto, las mujeres aparecían en su papel tradicional, como las principales guardianas de la moral.

Perder el trabajo era sin duda un golpe muy severo, pero no se convertía necesariamente en un desastre, a menos que fuera imposible conseguir otro

[38] Springer, *Der Andere*, 107.

empleo durante mucho tiempo. Algunas de las partes más tristes y conmovedoras de las biografías de los trabajadores son las que cuentan las búsquedas de trabajo que terminaban una y otra vez en fracasos.[39] Claro que había una importante diferencia entre los trabajadores calificados y los no calificados. Uno de estos últimos, sobre todo en la construcción, que era una de las grandes áreas de empleo, sabía que cualquier trabajo era temporal. Lo que más importaba de este tipo de trabajos era cuánto se pagaba, porque ello determinaba el margen que quedaba para comprarse algo de ropa barata y arreglárselas en lo que se conseguía un nuevo trabajo.[40] Por otra parte, tanto los calificados como los no calificados estaban atados a un tipo particular de trabajo y se movían de una fábrica a otra haciendo lo mismo en todas partes. De ahí que la contracción en su tipo de industria pudiera ser desastrosa. Hay varios indicadores de que tal eventualidad no desempeñaba una parte importante en las expectativas regulares de los trabajadores alemanes en la preguerra. En el último congreso de los socialdemócratas, en 1913, uno de los oradores citaba horrorizado un informe estadístico oficial que señalaba una tasa de desempleo de 0.66% para toda Alemania, y para la industria de la construcción en Munich, una tasa de desempleo de 8.8%, como ejemplos de lo mal que podía ponerse la situación. Para los estadunidenses que pueden recordar la estimación según la cual un trabajador de cada cinco estaba sin empleo —que era la tasa más alta durante la depresión general de los años treinta— estas cifras parecen muy pequeñas, pero es necesario tener conciencia de las diferencias en las medidas, lo cual de todos modos hace muy difícil medir con precisión.[41]

Entre las miserias "normales", aparece como la más fuerte el miedo a lo que podría suceder en la vejez. Los trabajadores en las grandes fábricas, que formaban el corazón del sistema capitalista, alcanzaban el punto máximo de su capacidad de ganar dinero alrededor de los cuarenta años de edad, luego de lo cual sus ingresos empezaban a caer precipitadamente porque ya para entonces eran demasiado viejos para aguantar el ritmo que se requería, y que no era tanto de fuerza bruta como de capacidad para mantener la atención en condiciones muy monótonas y demandantes. Como lo pone Alfred Weber, la carrera del obrero fabril contrastaba mucho con la del obrero de otras ocupaciones. Por ejemplo, el dueño o gerente de una fábrica apenas empezaba a alcanzar el clímax de su carrera a esa edad. Lo mismo le sucedía a un burócrata, que apenas estaba llegando a los puestos que iba a alcanzar. Incluso un artesano podía esperar muchos años más de trabajo y de estimación social. En cambio, el obrero fabril, en el momento en que sus necesidades es-

[39] *Jugendgeschichte*, 21, 30-1, 37-42.

[40] Karl Ficher, *Denkwürdigkeiten*, 134 y *passim*.

[41] Véase el informe de Joh. Timm sobre las medidas contra el desempleo en *Protokoll über die Verhandlungen des Parteitages der SPD. . . 1913*, 390, 386. Sus cifras para Alemania son muy viejas, pues se basan en el censo ocupacional de 1895, pero es que el censo de 1907 no fue publicado sino hasta 1913-1914. La ausencia de estadísticas al día sobre el desempleo resulta por sí misma significativa y no puede considerarse como evidencia de que el problema no existe.

taban a punto de llegar al máximo y cuando aún le quedaban unos veinte años más de duro trabajo, ya estaba muy gastado y listo para ser arrojado a la basura.[42] El trabajador estaba consciente de esto desde el día en que empezaba a trabajar, aunque muchos seguramente lo reprimían de la manera más alegre y despreocupada que pudieran. "Salir adelante" para un obrero quería decir una intoxicación breve e intensa de juventud y después, en el clímax de la vida, venían las raciones más pequeñas, para terminar quizás en el colapso.[43]

Si bien estos contrastes eran aún más duros para aquellos trabajadores que estaban medianamente calificados, de todos modos se hallaban presentes para todos y sin duda no eran menos intensos en ocupaciones que implicaban riesgos para la salud, tales como la minería. Alfred Weber veía este trabajo de los obreros como la razón principal de su profundo pesimismo y de la alienación del orden social existente. Dicho pesimismo colorea todas las afirmaciones que aparecen en las entrevistas de Levenstein, quien lo refería a su propia suerte, mezclado con sus esperanzas sobre un mundo mejor en el futuro, ya fuera porque en él hubiera un nuevo orden social o porque sus hijos pudieran avanzar dentro del sistema prevaleciente.[44]

Si había miedo sobre el futuro, también había muchas ansiedades sobre el presente. Los relatos autobiográficos están llenos de relatos sobre épocas de hambre y de habitación inadecuada, por ejemplo, cuando familias enteras se aprietan en un cuarto muchas veces sin calefacción y con otras penurias. No hay duda de que se trataba de experiencias muy comunes y dolorosas, sobre todo en las grandes ciudades. Pero, a pesar de lo difíciles que eran de soportar, estas vivencias no aparecen como causa de resentimiento o agravio moral. Excepto y a menos que se diera alguna forma de despertar espiritual, por ejemplo el de una exposición a la propaganda socialista, éstas aparecían a quienes las sufrían como parte del orden natural de las cosas que, como el mal tiempo, debían de soportar. Y si algo se podía hacer al respecto, era buscar un nuevo trabajo. Se esperaba que los miembros jóvenes de la familia hicieran esfuerzos sobrehumanos para aliviar el peso del hogar desde el

[42] En el ciclo vital de los trabajadores, la aparición de los hijos como bocas extra para alimentar podía ser un golpe traumático, sobre todo para la madre, si el padre era un proveedor económico mediocre. La autobiografía de Mortiz Bromme, *Lebensgeschichte*, es muy reveladora de las tensiones que existen en las relaciones personales por la pobreza, si bien su situación particular era muy extrema. Para los hombres y para las mujeres, el matrimonio era una desgracia (206). Su esposa, una buena mujer, en un momento expresa gran cólera contra los niños que le quitan tanto tiempo, energía y dinero. Un día, después de leer en el periódico sobre la muerte de un niño, ella explotó "¡Que suerte para esa gente, ahora sí, el hijo se les murió!", p. 240-41. Véase tambien las pp. 224-5 para otras reacciones similares.

[43] Weber, "Berufsschicksal", 388.

[44] Levenstein encontró entre los obreros textiles una mayoría de aproximadamente tres a uno que deseaba expresar sus esperanzas para el futuro y de poco menos de dos a uno entre los metalúrgicos. Sin embargo, en ambos casos el número de los que no contestaron a esta pregunta fue muy grande. Véase *Arbeiterfrage*, 311, 322. Respecto a la movilidad ascendente para los hijos de los obreros calificados —lo que por lo menos ellos *sentían* como una posibilidad real— véase Bernays, "Berufswahl und Berufsschicksal", segunda parte, 910.

momento en que tuvieran la edad o cerca de la edad para ganar un poco.[45] Pero aun si estas experiencias no aparecen como una causa específica de resentimiento, parece probable que hayan contribuido a esa sensación tan generalizada de insatisfacción que experimentaban los trabajadores respecto al orden social, tema sobre el que volveremos en otros contextos.

6. *Las relaciones con sus superiores y con otros trabajadores*

Las relaciones entre los trabajadores y sus superiores en el lugar de trabajo eran otro asunto. Aquí fácilmente podía salir a la superficie el resentimiento por las injusticias, y eso debido a dos razones muy relacionadas entre sí. A partir de sus experiencias prácticas en el trabajo, los obreros desarrollaban ciertas concepciones sobre la forma adecuada de llevar a cabo su tarea, esto es, de lo que eran los materiales buenos o malos (hay muchas quejas por tener que trabajar con materiales que no "funcionaban" adecuadamente), sobre cómo combinarlos, el tiempo requerido para las operaciones y otras cosas por el estilo. Estas reacciones se daban también entre los obreros no calificados que sabían bien las diferencias entre horadar un piso de piedra o de barro duro, y penetrar en uno de arena.[46] Entonces, como ahora, estas reglas informales de trabajo eran probablemente una mezcla de máximas prácticas sobre los procedimientos más eficientes y efectivos para hacer el trabajo, que protegían al grupo contra las demandas cada vez mayores del patrón[47] y que tenían que ver con las tarifas adecuadas para pagar cada una de las tareas. Las reglas de trabajo eran (y son) parte del contrato social implícito que gobierna las relaciones entre iguales y superiores en el lugar de trabajo.

En la mayoría de las fábricas de Alemania en esa época, las reglas de trabajo eran en teoría prerrogativa de la administración, lo cual era un punto de conflicto con los obreros que supuestamente no deberían tener nada que ver con su formulación y que sin embargo debían de obedecerlas completamente. Pero la práctica real muchas veces suavizaba el antagonismo, porque una cosa era lo que decían las reglas y otra lo que efectivamente sucedía. La personalidad del director era un factor decisivo. En la fábrica en donde trabajaba Paul Göhre, este personaje era muy estricto —casi militar— pero

[45] Para algunos ejemplos véase el libro anónimo ya citado *Jugendgeschichte*, del cual las primeras partes resultan particularmente ilustrativas sobre la vida diaria de la mujer proletaria.

[46] Para las relaciones sociales en el lugar de trabajo, véase Springer, *Der Andere*, 105-9, *Jugendgeschichte*, 34-7, 46-8 (sobre la explotación sexual por los superiores); F. L. Fischer *Arbeiterschicksale* 90-8 (sobre los mineros); Göhre, *Drei Monate*, 45-54, 76-86 (sobre una fábrica de herramientas para maquinaria). También hay información dispersa en otras fuentes, sobre todo en la autobiografía de Karl Fischer (que no se debe confundir con F. L. Fischer, arriba citado) y en las investigaciones de Adolf Levenstein, de las que después sacaremos inferencias más detalladas.

[47] La restricción a la producción por acuerdo común aparece mencionada por K. Fischer en *Denkwürdigkeiten*, 265.

también humano y comprensivo, y sobre todo, muy justo. Además, los capataces vigilaban el cumplimiento de las reglas de una manera suave e inteligente (*klug*) de tal forma que su severidad no se sentía como algo tan doloroso. Cuando el director introdujo reglas nuevas sobre los métodos de producción, las horas y los métodos de pago, la mayoría de los trabajadores se mantuvieron atrás, tímidos e inseguros hasta que se corrió la voz y se pudo formar una "opinión pública". Los que la forzaron fueron unos cuantos socialdemócratas respetados, y eso a pesar de que la propaganda política estaba estrictamente prohibida en el interior de la fábrica. (En una ocasión el director lo había dicho en un alemán coloquial que se puede traducir más o menos así: "A mí me da igual lo de la socialdemocracia. Afuera ustedes se pueden pintar todo lo rojos que quieran, pero adentro no. Aquí yo soy el encargado y el que no obedezca se me larga".) Aunque a varios trabajadores no les gustó la "opinión pública" y aunque a veces iba en contra de sus intereses, era un poder que la mayoría respetaba y ante el cual rara vez tenían objeciones.[48]

Como se señaló en el primer capítulo, el contrato social implícito por lo general está sujeto a prueba y renegociación continua y no todos sus participantes ven como igualmente obligatorios todos sus términos. Es más, es posible que los grupos subordinados sientan resentimiento y agravio moral siempre que los que tienen la autoridad traten de hacer cambios a su favor *que* al mismo tiempo sean incompatibles con las reglas de trabajo de los subordinados. Lo importante de estas consideraciones es que en la situación del trabajo se pueden originar de manera bastante espontánea el resentimiento y el agravio moral, esto es, sin necesidad de "agitadores externos". En el lugar de trabajo hay seres humanos concretos y visibles que aparecen como los responsables de la injusticia, debido a su comportamiento individual. Son injustos porque violan el contrato social que surge de la naturaleza propia del trabajo. Es este aspecto lo que distingue tales situaciones de la angustia más general del hambre y del problema de la vivienda que vimos un poco antes.[49] La naturaleza espontánea de estos procesos en una época anterior a la existencia de la negociación colectiva, y el coraje que podían provocar, se ven de manera muy viva en la patética autobiografía de Karl Fischer de la que vamos a contar algunos episodios.

Fischer impacta a los lectores modernos por ser un individuo excepcionalmente impermeable a los sentimientos de agravio moral. El que su padre de vez en vez le robara dinero de su alcancía infantil es sólo uno de los muchos hechos de su vida que cuenta de manera llana y simple.[50] Hijo tímido de un padre tirano que lo golpeaba muy duro, pasó la mayor parte de su

[48] *Drei Monat*, 75-6, 102. Véase también la 80-1 en donde Göhre apunta que los trabajadores calificados no conseguían nada si les gritaban a sus ayudantes.

[49] Sin embargo, resulta curioso que no encontremos quejas sobre los terratenientes codiciosos. La situación más parecida aparece en un período anterior: en las quejas del aprendiz que vive en casa del maestro y es obligado a cumplir con varias tareas domésticas que no tienen nada que ver con lo que está aprendiendo.

[50] *Denkwürdigkeiten*, 76-7.

vida entre una experiencia terrible y otra, a pesar de lo cual en cierto momento pudo mostrar que era capaz de sentir que se le trataba injustamente. Eso sucedió en una ocasión en que el jefe de talleres no le pagó lo correcto por el tiempo que efectivamente había dedicado a un trabajo. Así también sintió que este mismo hombre y otros obreros trataban de atacarlo y deshacerse de él —pues para entonces ya estaba viejo para ese trabajo— hasta que perdió los estribos y les gritó para aplacarlos.[51] En otra ocasión, al enterarse de que el director del establecimiento no sabía cómo desempeñar su pequeña tarea, le perdió el respeto.[52]

Si observamos las relaciones con otros superiores, nos sorprende descubrir que Fischer, junto con otros trabajadores, no objetara que el ingeniero redujera las tarifas por pieza, porque aún así podían ganar suficiente si trabajaban duro. Pero cuando el contador fijó las tarifas, la reacción fue diferente, puesto que ese hombre sólo se presentaba una vez al año, en época de inventario, y en palabras de Fischer "entendía tanto de este trabajo como una vaca entiende que es domingo". Más áun, para ese personaje, la gente era una "cuestión secundaria" (*Nebensache*) y eso Fischer lo percibía bien.

En todo lo que hasta ahora hemos relatado, el autor no muestra en absoluto hostilidad hacia sus superiores o "jefes", a pesar de que toda su historia es una serie de ejemplos personales de malos tratos; y sin embargo, poco a poco los efectos se van acumulando, y hacia el final de la autobiografía lo encontramos rezando a Dios en la desesperación más total, y es Dios mismo quien le aconseja dejar el molde que estaba haciendo enfrente del maestro y gritar: "¡Quiero ganar cien marcos al mes! ¡Todo aquí está en desorden! (*Hier ist Keine Ordnung*!)", frase muy reveladora que por lo general tiene implicaciones conservadoras. Por esta actitud se le castigó con un cese de catorce días, pero él se sintió mucho mejor. El grito de que *Hier ist Keine Ordnung*! muestra sus sentimientos de coraje hacia lo que pensaba que eran reglas inadecuadas para el buen manejo del lugar de trabajo, y si bien esta rabia se convertiría poco después en más fuerte y dramática, de todos modos, en sustancia no llegó más lejos.

Después de recibir su aviso de despido, Fischer tuvo fantasías de despedir al ingeniero y al director y hasta de tomar la fábrica. Un día, luego de esperar en la puerta al director durante tres horas, pudo meterse a su oficina y preguntarle *por qué* lo habían despedido, a lo que recibió una respuesta muy breve y se le pidió que saliera. Una vez afuera cuenta que "con voz de trueno pronunció el juicio: tú (en el *Du* que se usa para hablar con conocidos) quieres echar a la gente que ha trabajado aquí por mucho tiempo y a la que ni siquiera conoces. ¿Quién te nombró director? ¡Quien quiera que haya sido tendría que responder por eso!" Algunos albañiles que pasaban por ahí y

[51] *Idem*, 277, 281-2.

[52] *Idem*, 268. Véase también la 355, en donde el director aparece como una figura lejana que hace preguntas idiotas y se mete en los modos de trabajo y en la posibilidad de ganar la paga del día. Las dos imágenes del director tienen que ver, con el mismo fundamento, con el respeto o la falta de él.

que lo oyeron gritándole al director, empezaron a golpear con las herramientas, siguiendo el ritmo de sus palabras.[53] Y es en ese momento climático que termina el relato.

La historia de Karl Fischer nos resulta particularmente útil porque no hay en ella ningún signo de adoctrinamiento marxista ni de ninguna otra influencia intelectual subversiva o crítica que hubiera podido teñir de un cierto color sus experiencias. En este sentido, era totalmente espontáneo. En la sumisión casi vacuna a las condiciones de su vida y en su rabia en contra de ellas, la biografía pone de manifiesto precisamente aquello a lo que se tenían que enfrentar los marxistas y las fuerzas que podían despertar. Seguramente hubo miles de Karl Fischer no sólo durante la transición al sistema de fábricas, sino también mucho después. Como tantos antes que él (por lo menos desde 1840) y tantos despues de él, la esencia de su lamento, al menos en los momentos de mayor delirio, tenía que ver con el deseo de un trato humano (*menschliche Behandlung*). Podremos ver con mayor claridad lo que eso significaba, así como sus consecuencias políticas, después de revisar otros aspectos de la cultura de la clase obrera y de las fuerzas que la modelaron.

7. *Algunas raíces de la cultura de la clase obrera*

Entre las fuerzas que modelaron esta cultura, los relatos e informes por lo general acentúan tres: el cambio del manejo patriarcal del taller y la pequeña fábrica al mundo impersonal y burocrático de la gran empresa, la tiranía de la máquina y la dependencia del trabajador del sistema de salarios. Éstas son las raíces de la miseria de los obreros, vistas desde los ojos nada imparciales del historiador de la economía, y no a través de los propios ojos del trabajador. Sin embargo, la percepción que éste tenía de dichos procesos, en la medida tan escasa en que lo podemos saber, era lo suficientemente parecida como para que veamos que obreros e historiadores están hablando de lo mismo. Más allá de esto, hay mucha más diversidad de la que se podría anticipar y algunas reacciones que no esperaríamos.

Efectivamente, sí *hubo* una transformación del manejo patriarcal a uno burocrático, y éste *fue* percibido por lo menos por los trabajadores más inteligentes en el momento en que estaba teniendo lugar. Y aún así, muchos no se dieron cuenta de que este cambio los dañaría. Los entrevistadores en la fábrica de automóviles Daimler y en las grandes empresas textiles descubrieron que muchos de los empleados deliberadamente habían entrado a trabajar ahí porque sus lugares anteriores de empleo les parecían poco agradables y "demasiado pequeños", en el sentido de que se sabían de algún modo encerrados.[54] Cuando August Springer se cambió al nuevo tipo de fábrica, encontró que su propietario no se preocupaba por la opiniones políticas de

[53] *Idem*, 375-8, 388-90

[54] Bernays, "Berufswahl", primera parte, 162.

sus obreros siempre y cuando éstos cumplieran con su trabajo. La consecuencia fue que esa fábrica se convirtió en un refugio para los socialdemócratas.[55]

En lo que se refiere al efecto de las nuevas máquinas, las preguntas de Levenstein dan por respuesta que un gran número de obreros se sentían esclavizados por ellas y exhaustos, aunque también aparece una minoría que gozaba con los movimientos rítmicos de su andar. Algunos sentían que los liberaba de faenas muy difíciles, de modo que les permitía entregarse a toda suerte de pensamientos placenteros,[56] La evidencia también muestra que se deben tener fuertes reservas respecto de las ideas conocidas sobre que la máquina forzaba al trabajador a concentrarse en una pequeña operación del proceso de producción, hasta el punto de que perdía el sentido de su trabajo y la identificación con el producto final. Lo que requerían las máquinas era la atención concentrada hora tras hora y día tras día y seguramente el equipo y las regulaciones de seguridad eran muy primitivos en comparación con los que existen hoy. Paul Göhre apunta, con base en su propia experiencia en una fábrica, que este trabajo era tan demandante para el ser humano como el más duro trabajo intelectual. La necesidad de poner mucha atención en una tarea peligrosa en medio del ruido y el aire enrarecido, y de utilizar la fuerza física durante once horas al día eran sin duda esfuerzos terriblemente agotadores. Sin embargo, Göhre también apuntaba que en esa fábrica relativamente moderna de herramientas para maquinaria, los obreros tenían un sentimiento muy fuerte de que el trabajo que desempeñaban era en equipo, debido a que se trataba de realizar una tarea bastante compleja. Cada individuo, desde el más calificado hasta el menos, sabía bien que el desempeño rápido, exacto e inteligente de su trabajo era importante para el producto final, y de ahí que cualquiera que lo hiciera mal fuera objeto de fuertes reproches por parte de sus compañeros. Además, el hecho de que los obreros de la planta tuvieran poco o ningún contacto con otras partes de la empresa, tales como las encargadas de ventas o los ingenieros diseñadores, hacía que los trabajadores manuales sintieran que el suyo era el "verdadero trabajo", que eran ellos los creadores de las máquinas que estaban construyendo y que por lo tanto eran quienes realmente representaban a la fábrica.[57] La línea de ensamble no era el modelo predominante en la vida fabril alemana antes de la guerra, sino que se trataba de una situación que repetía actitudes asociadas a la época de los artesanos, incluso en el caso del sector más moderno de maquinaria y metales.

La información más útil es aquella que surge como resultado del enorme esfuerzo que hace Levestein por distinguir entre la sensación de privaciones

[55] Springer, *Der Andere*, 103. Como ya dijimos antes, Paul Göhre encontró una situación muy similar.

[56] Levenstein, *Arbeiterfrage*, 45-9, 68, 75, 104-6. Bernays, en "Berufswahl" primera parte, 161-2, informa que los trabajadores cuidaban mucho sus máquinas "para que no se sintieran lastimadas". En las fábricas textiles, las mujeres se sentían como a cargo de un pequeño "reino" en lo que era su lugar de trabajo y con su máquina. Una de las explicaciones más frecuentes sobre esto era que "la gente quiere saber a lo que pertenece".

[57] Göhre, *Drei Monate*, 74, 54, 117.

materiales de los obreros debidas a los bajos salarios, y el sentimiento de infelicidad general debido a la supuesta pérdida de libertad y autonomía en el sistema de las fábricas. Levenstein hacía su pregunta de un modo algo sesgado: "¿Qué le oprime más, el salario demasiado pequeño o el hecho de ser tan dependiente del patrón o de tener tan pocas posibilidades de salir adelante en la vida, al punto que le es imposible ofrecer algo a sus hijos?" Seguramente un lector moderno sentiría bastante simpatía por estos trabajadores del "tipo masivo" que respondían lacónicamente con un "todo me oprime". Y es que se trata de un informe que sin duda es bastante exacto, puesto que la situación en su conjunto les oprimía. Sin embargo, al menos uno de los miembros de este grupo trató de analizar más su situación (con casi todas las palabras mal dichas) cuando afirmó: "Me oprime mucho que puedo hacer demasiado poco dinero y no quiero ser para nada un patriota."[58]

Los trabajadores más articulados trataban de expresar con mucho detalle sus complejos sentimientos. Hay dos temas recurrentes en sus respuestas: uno es la amargura ante la posibilidad de que ni ellos ni sus hijos pudieran escapar a su suerte como obreros, y que estuvieran, como se dice ahora, "encerrados". Con todo, éste era un tema secundario[59] pues el principal era siempre el resentimiento por la falta de autonomía y el sentimiento de que era necesario vender el cuerpo y el alma (por un precio demasiado bajo) para poder ganarse un salario, y que eso al patrón ni siquiera le importaba (en los totales de las respuestas, que deben ser tomados con bastantes reservas, las objeciones a la dependencia eran igual de numerosas que las objeciones a los salarios bajos): Un tejedor de pana en Berlín lo decía de este modo: "A las siete de la mañana la sirena de la fábrica empieza a sonar. Es el silbido del dueño de mi pan, así que me llama igual que el dueño llama a su perro. Cinco minutos después se cierra la puerta de la fábrica y la máquina de checar tarjeta, y allí quedo yo, dentro de la cárcel".[60] Otro trabajador lo ponía así: "Si sólo recibiera yo un poco de atención, pero el *Fabrikant* ni siquiera me da los buenos días." Esta queja es, según Levenstein, la misma, con todas las variaciones posibles, en todas las respuestas de los trabajadores.[61] Una vez más encontramos esa demanda de un trato decente y humano, tema que también es recurrente en sus esperanzas y miedos sobre el futuro.

[58] Levestein, *Arbeiterfrage*, 137. Los llamados al nacionalismo en los círculos del gobierno eran bastante frecuentes y éste es sólo un ejemplo de las muchas expresiones de resentimiento que había hacia ellos.

[59] Esta evidencia debería ir junto con la de Bernays ya citada sobre los sentimientos de los obreros calificados respecto a que sus hijos saldrían de la clase de los obreros fabriles (y en muchos casos así fue). Las actitudes que aparecen en los dos estudios no son consistentes y ello a pesar de que Bernays sólo presentaba a los obreros calificados. Es más, la forma en que estaba planteada la pregunta de Levenstein invitaba a que la respuesta fuera en tono de queja. Pero las cuestiones técnicas sobre las entrevistas en realidad son secundarias. Los seres humanos muchas veces tienen actitudes contradictorias y sólo las circunstancias podrán determinar cuáles saldrán a la superficie en cada discurso o acción.

[60] Levenstein, *Arbeiterfrage*, 133.

[61] *Idem*, 131.

8. *Las imágenes del futuro*

Podemos conocer mucho de lo que los trabajadores de la industria sentían como privaciones dolorosas, a partir de la parte más rica en el estudio de Levenstein, que es la que se refiere a sus fantasías, esperanzas y miedos sobre el futuro. Las preguntas se referían casi siempre a "qué haría usted si tuviera suficiente tiempo y dinero y qué es lo que espera y desea". Las respuestas, además de mostrar lo que sentían y lo que les faltaba, revelan también sus límites, consecuencia de su historia pasada tanto como de su situación presente, sobre lo que *podían* concebir como una vida feliz. Dan ganas de ver, en muchas de estas respuestas, la evidencia de una imaginación históricamente mutilada, pero un juicio así sólo sería condescendiente, pues es muy difícil probar que incluso los intelectuales profesionales hayan sido menos provincianos en sus imágenes de lo que sería un futuro deseable.

En todo caso, entre estos trabajadores de la Alemania de preguerra había tres componentes principales de lo que ellos consideraban una vida feliz. El primero era la visión simple de un presente al que se le eliminaban los aspectos dolorosos. El segundo era un futuro concebido en términos de un pasado rural idealizado o de una visión idealizada de lo que habían visto y oído sobre la vida en el campo. Ésta era la imagen contraria, el reverso de la vida tal como en ese momento era para ellos. Por último, estaba la huella de las ideas socialistas. La proporción de estos tres componentes variaba de persona a persona. En algunas de las respuestas sólo aparece uno y en otras los tres se combinan o mezclan como en un sueño.

Veamos una respuesta de un minero de veintidós años, padre de dos hijos que imagina lo que serían salarios buenos. Está escrita en un lenguaje coloquial con muchos errores y es difícil traducirla sin que pierda su sabor, porque sale directamente del corazón, sin ningún adorno ni imitación de los gustos educados: "Cuando regresara del turno me llenaría de comida y luego me daría una paseada por el bosque, me tomaría unos tragos de cerveza y me echaría en la cama para estar bien a la hora del otro turno. Me construiría una linda casa para vivir en algo que *fuera mío*."[62] La idea de un trabajo diferente o de no trabajar ni se le ocurre a este minero; lo que él quiere es muy simple —y muy necesario y muy humano—: quiere suficiente para comer, un buen descanso nocturno, el pequeño lujo de un vaso de cerveza y un lugar para vivir que sepa que es suyo. Con estas cosas en orden, la vida podría seguir adelante y muy feliz. Me atrevo a afirmar que este joven decía palabras que son válidas para la mayoría de los obreros alemanes de entonces, y también, si dejamos de lado las diferencias en gusto y lenguas, incluso para la mayoría de los seres humanos en todos los tiempos. También es muy posible que en esta sencilla afirmación escuchemos la voz más auténtica de aquellos trabajadores que "perdían el tiempo entre el trabajo y el placer", y que eran la desesperación de la élite obrera algo pedante.

[62] *Idem*, 176.

Afirmaciones muy similares a las de este minero aparecen continuamente en las respuestas. He aquí la de un tejedor de 27 años de edad que ganaba las dos terceras partes del salario de un minero y trabajaba jornadas de diez y media horas, a diferencia de las nueve del minero. Tampoco él podía hablar un alemán correcto: "Dormir poco más en la mañana, chambear de 8 a 1, siesta luego de la comida hasta las cuatro, luego una caminada hasta la cena. Me haría una casita, tendría puercos, gansos, pollos y palomas, y un huertito que cuidaría muy bonito para que siempre pudiera comer mucho."[63] Aunque en este caso las delicias de la vida rural simple son sobre todo gastronómicas, sin embargo lo que aparece con ésta y otras respuestas es que también había un ideal estético. Como era de esperarse, otros trabajadores soñaban con comprarse ropa y verse como seres humanos, o por lo menos respetables.[64]

Hay un caso en el que las esperanzas de poseer una pequeña propiedad, y al mismo tiempo de hacer algo por la organización política, aparecen yuxtapuestas a pesar de toda su incongruencia. Hay quienes exhiben la huella de las ideas radicales mezcladas con otras: "Me ocuparía de cultivarme. 1. taquigrafía, que me gusta muchísimo, 2. ¡Escribir y distinguirse! 3. ¡Leer libros científicos! Un revólver cargado con todo lo necesario que sirva por si nos tenemos que defender. Todo lo necesario para la existencia humana."[65] Podemos terminar esta selección con una afirmación muy impresionante de otro trabajador, un hombre de 29 años, padre de dos hijos: "Tomar a mi esposa del brazo para irnos a caminar. Conseguirme una casita con un lindo jardín."[66]

Además de estas esperanzas por satisfacer los deseos materiales más elementales, como la de tener lo suficiente para comer, aire fresco y un sueño nocturno reparador, una casa bonita y un jardín (similar al objetivo del obrero automotriz de Detroit de tener "una linda casita moderna",[67] muchos trabajadores expresaron fuertes deseos por satisfacer su sed de conocimientos, y eso que convencionalmente podríamos llamar necesidades culturales. Debido al sesgo y al procedimiento de Levenstein, es posible que este tipo de respuesta esté representada más de la cuenta en los materiales que publicó. Buena parte de la supuesta evidencia sobre la sed de conocimientos y la satisfacción cultural, se parece a una serie de resoluciones que alguien toma en año nuevo para que la aprueben los que son "mejores" que nosotros.

Esta interpretación se puede apoyar en un estudio reciente sobre los hábitos de lectura de los trabajadores socialdemócratas en la época previa a la guerra, hasta donde éstos se pueden averiguar en los informes de las biblio-

[63] *Idem*, 189.
[64] *Idem*, 180, 195.
[65] *Idem*, 190.
[66] *Idem*, 178.
[67] Ely Chinoy, *Automobile Workers and the American Dream*, 126.

tecas que prestaban libros a los obreros, así como en los registros de venta de los que le gustaban a la élite intelectual de esta clase. *Die Frau und der Sozialismus* (1879) de Bebel, era el único escrito sobre política y sociedad que gozaba de mucha popularidad y que para 1910 ya llevaba cincuenta ediciones. Además, era la fuente principal de las ideas sobre el socialismo. Pero incluso este libro y otros similares para popularizar las ideas sólo atraían a una élite dentro de la élite. Las bibliotecas de los trabajadores sólo eran utilizadas por una minoría. En 1911, la de los trabajadores de la madera en Berlín destinada a 28 000 miembros, sólo prestó 228 libros de ciencias sociales.

Como no parece haber ninguna diferencia significativa entre lo que los obreros pedían prestado a las bibliotecas y lo que compraban, es imposible afirmar que compraran lo serio y pidieran prestado lo ligero; más bien parece que la mayoría de los trabajadores socialistas —que ya de por sí eran una minoría— era completamente ajena a la teoría socialista y no mostraba interés alguno en la literatura científica del patido. Tampoco hay evidencia alguna de un interés más que irregular en obras más generales.[68]

Sin embargo, sería injusto e inexacto dejar aquí el análisis, porque incluso las resoluciones de año nuevo manifiestan deseos que en este caso tienen que ver con las fuertes presiones de la vida diaria que les eran casi imposibles de soportar. Si ponemos esto de modo más positivo, diremos que no hay ningún signo de anti-intelectualismo entre los trabajadores alemanes de industria, nada que pudiera siquiera corresponder al "ouvrierisme" de los trabajadores franceses. Desde la época de los artesanos y en adelante, hubo, como modelo a imitar, una poderosa tendencia a interesarse en la historia, la literatura, las artes y las ciencias. Es más, por lo menos algunos cuantos trabajadores lograron, después de esfuerzos sobrehumanos, adquirir un grado importante de familiaridad con los productos más sobresalientes del pensamiento humano. Una de las características más comunes de las autobiografías —que, por supuesto, muestra que sus autores son bastante atípicos— es la aparición, a una edad temprana, de un apetito voraz por libros.[69] Es probable que esos trabajadores alcanzaran posiciones importantes en el movimiento obrero y que ejercieran una influencia desproporcionada en relación con el número que sumaban. Hay también varios indicadores dispersos de un interés

[68] Hans-Joseph Steinberg, *Sozialismus und Deutscher Sozialdemokratie: Zur Ideologie des Partei vor dem I. Weltkrieg*, 129-142, sobre todo 130, 137-8, 141. Para una visión más favorable véanse las observaciones que hace Bernays en "Berufswahl", segunda parte, 911-2 en donde la autora expresa el juicio de que los trabajadores calificados tenían un nivel cultural más alto que la pequeña burguesía.

[69] Springer, *Der Andere*, cap. 4. Éste es un libro que contiene un relato muy impresionante de los efectos que tuvieron algunos libros en las mentes de los jóvenes no protegidos por las defensas de la educación. Uno era sobre la Revolución Francesa y el otro sobre Dante. Las consecuencias fueron una intoxicación romántica y el rompimiento permanente con todo lo que pareciera trivial y pequeño burgués en su entorno, así como la formación de patrones críticos con los cuales juzgar al mundo que los rodeaba.

muy difundido por la música y el teatro, así como de un resentimiento hacia la burguesía porque mantenía el monopolio sobre la alta cultura.[70]

Por último, al interpretar las actitudes de los trabajadores alemanes de antes de la guerra en relación a su tiempo libre, es importante recordar que ésa era una época anterior a la de la cultura de masas y los bienes de consumo, y que no había ninguno de los modernos aparatos para el ocio masivo como la televisión, el cine y la radio. Lo que ocupaba ese lugar eran los periódicos y la subliteratura (*Schundliteratur*). También eran muy atractivas las tabernas baratas que no eran mejores en lo que se refería a su salud o desarrollo cultural. Había también otras oportunidades que impactan al lector moderno porque reflejan gustos "no echados a perder". El amor a la naturaleza por ejemplo, es algo muy genuino. Las pocas páginas felices en la autobiografía de Fischer son las que describen los paseos dominicales en los bosques o las horas tranquilas dedicadas a pescar —hasta que lo persiguió el cuidador de la propiedad del noble en cuyos terrenos esto sucedía—. "Sólo ir a dar un paseo por los bosques", es algo que, unido a los verdaderos sentimientos, aparece como un tema importante y recurrente en las respuestas a Levenstein.[71] Puesto que la mayoría de los trabajadores alemanes vivía en pueblos pequeños y aún estaba acostumbrada a utilizar sus piernas como medios de transporte, es posible que tuviera acceso ocasional a los bosques y campos.

Hay algunos indicadores del mundo del consumo de masas que todavía estaba lejos en el futuro, así como de las demandas que podrían abastecerlo, pues en varias ocasiones los trabajadores expresaron sus deseos de tener un reloj, una bicicleta, ropa decente e incluso un baño. Esto ya les parecía ser parte del equipo necesario para una existencia humana decente.[72]

Dormir, comer, dar paseos, una casa propia, incluso leer un libro o ir a un concierto son considerados en la cultura occidental moderna como actos e intereses personales y privados. ¿Cuáles eran los intereses públicos de los trabajadores?, ¿en qué medida efectivamente *tenían* intereses públicos en el sentido de sentimientos bien definidos sobre las acciones que tendría o no que cumplir la sociedad en que vivían?, ¿qué es lo que consideraban público o qué era para ellos la sociedad y cuáles eran sus límites?, ¿era sólo la vecindad y la fábrica?, ¿incluía a todo el país?, ¿incluía a todos los trabajadores del mundo?, ¿o a toda la humanidad?, ¿y cómo se adaptaban dichos intereses por lo público a los privados?, ¿era acaso más fuerte la influencia de lo privado que la de lo público? Si supiéramos las respuestas a estas preguntas tendríamos derecho a afirmar que comprendemos a los trabajadores alema-

[70] Carl Severing, *Mein Lebensweg*, I, 82, 87.

[71] Levenstein en *Arbeiterfrage*, 354-381 dedica toda una sección a los paseos en el bosque y a los sentimientos que tenían los obreros en esos momentos.

[72] *Idem*, 181, 186, 190, 193, 195.

nes, pero por supuesto que no es así. Lo único que sabemos son detalles, destellos parecidos a los que se producen cuando prendemos y apagamos rápidamente una linterna que arroja su luz sobre un cuarto desconocido en una casa extraña. Pero eso es mejor que la oscuridad total; es por lo menos suficiente para permitirnos rondar la cuestión con algo de confianza.

Vale la pena revisar algunas de las estadísticas compiladas por Levenstein sobre la base de su cuestionario. Los resultados son lo suficientemente impactantes como para contrarrestar muchas de las dudas respecto a la confiabilidad no sólo de los cuestionarios como instrumento, sino también del uso bastante primitivo que se hizo de ellos. La tabla número 5 contiene versiones algo condensadas de sus propios resúmenes de las respuestas que recibió a las preguntas referentes a las esperanzas, miedos y fantasías de los trabajadores de industria.

Al interpretar esa tabla, sería mejor dedicar nuestra atención a aquellos temas que dan lugar a un número muy grande o muy pequeño de respuestas. En éstos es posible que el cuestionario efectivamente refleje los procesos sociales reales. Así, es muy notable el gran número de intereses privados, muchos de los cuales son lo que se llama "adecuados", es decir, son lo que se puede esperar que un miembro de la élite intelectual diga a un extraño. Después de concentrarnos sobre este sesgo, ya no será necesario darle más vueltas. Por los demás, fueron los propios trabajadores quienes eligieron los temas, ya que las preguntas eran completamente abiertas. No se les preguntaba si preferían educarse para la agitación política, sino que ésta fue su propia manera de caracterizar esas experiencias. El gran número de respuestas diversas, que de algún modo le parecían a Levenstein únicas, o que por lo menos no caían en los patrones de pensamiento que resultaban aparentes a partir de las otras, da fe de la diversidad y de la naturaleza difusa de las esperanzas y deseos dentro de un sector restringido de la clase obrera.

Así pues, lo primero que observamos es que los trabajadores mencionan espontáneamente sus intereses privados muchas más veces de lo que hablan de cuestiones públicas o políticas, y no sólo los mencionan con más frecuencia, sino que hablan de muchos más, es decir, que utilizan más categorías para dar cuenta de su vida privada que de los asuntos públicos. La vida privada es sin duda lo que más le interesaba a esta gente y no creo que fueran nada raros por esto.[73]

En lo que tiene que ver con los asuntos públicos, muchos expresan su esperanza en una victoria para la Socialdemocracia, pero en dos de cada tres ocupaciones, un mayor número de trabajadores expresó la esperanza

[73] Pero nunca lo sabremos de seguro. ¿Qué es lo que podría revelar un estudio similar, pero más profundo, sobre los atenienses del siglo V en relación a los tan alardeados intereses públicos de los ciudadanos griegos?

de ganar más. Del texto de las respuestas resulta claro que muchos de ellos establecían una clara diferencia entre esperanzas y deseos, las primeras eran expresadas como algo más realista, mientras que respecto a los segundos, lo mismo que a las fantasías, lo que se sentía era que podían dejarse ir en ellos.

TABLA 5
ESPERANZAS Y FANTASÍAS DE LOS OBREROS
SEGÚN LA ENCUESTA DE LEVESTEIN (*ARBEITERFRAGE*).

	metalúrgicos	textiles	mineros
1. ¿Que haría si todos los días tuviera suficiente tiempo para usted?			
Dedicar tiempo a la familia	416	143	
Visitar la naturaleza	108	209	
Agitar para el partido o los sindicatos	177	111	
Educarme más	489	344	
Pintar	117	87	
Respuestas diversas	292	183	
2. ¿Que tipo de cosas se compraría si tuviera usted el dinero suficiente?			
Buena ropa	141	199	
Libros	342	86	
Suficiente comida	65	188	
Buena vivienda	194	151	
Un pedazo de tierra o una casa con terreno	357	187	
Respuestas diversas	500	266	
No respondió a una o a las dos preguntas	214	76	
3. ¿Cuáles son sus esperanzas?			
Ninguna	65	26	253
El triunfo de la socialdemocracia	431	518	438
Ganar más	550	471	590
Respuestas diversas	481		680
Ser feliz (*selig*)			123
El triunfo de la virtud		41	
4. ¿Cuáles son sus deseos?			
Ninguno	65	26	453
Una existencia humana decente	267	136	198
Una vida mejor para los hijos	147	123	236
Ajustar cuentas con los capitalistas	132	75	87
Morir pronto			33
Comer hasta hartarse			72
Ganar más		328	440
Una sociedad y un estado mejores en el futuro	202	148	262
Que la esposa no tenga que trabajar en la fábrica		48	
Prohibir el alcohol	92	42	
Respuestas diversas	338	40	304
La felicidad para todos	118		
Ser independiente	170		
No respondió a una o a las dos preguntas	276	187	0

FUENTE: Levenstein, *Arbeiterfrage*, 198, 212, 213, 222-3, 232-3, 241-2.

NOTA: La lista de respuestas varía un poco según cada ocupación. Un espacio en blanco indica la ausencia de respuesta de la lista de aquellas dadas para la ocupación.

Nos resulta muy interesante que ganar más y el triunfo de la socialdemocracia sean las dos únicas esperanzas o deseos que surgen espontáneamente entre muchos obreros y en ese orden.[74]

Un resultado que merece comentario, es el pequeño número que quiere ajustar cuentas con los capitalistas. El número de los que tienen la esperanza o el deso de ganar más es varias veces mayor, pero sería peligroso inferir de estas cifras que había poco o ningún resentimiento en contra de las clases propietarias que pudiera salir a la superficie en una crisis. El tono de muchas respuestas parece indicar que sí lo había. Al comentar sobre las respuestas, Levenstein afirma que los trabajadores que eran más tranquilos e inteligentes, se alteraban y enojaban muchísimo con él cuando en sus cartas criticaba su lenguaje demasiado fuerte y sus expresiones de odio.[75] Es probable que esas respuestas vinieran de un pequeño segmento de la minoría articulada, con quien llevaba una activa correspondencia mientras hacía su investigación. Pero incluso si éstos eran sólo una minoría, se observa aquí una fibra que había sido tocada en la experiencia diaria y que, si se la estimulaba, podía dar lugar a una reacción explosiva. Lo que las cifras parecen sugerir es que en tiempos tranquilos esta respuesta no surgía espontáneamente con mucha frecuencia, pues las preocupaciones individuales de salir adelante en la vida cotidiana contrarrestaban esta tendencia con facilidad. A este respecto, vale la pena observar que había un número bastante pequeño que deseaba tener más tiempo para dedicarlo al partido y al sindicato. A excepción de un núcleo reducido que estaba muy enojado, no parecían vengativos o amenazadores, siempre y cuando el mundo que los rodeaba continuara en la misma forma. Esperaban, a la larga, la victoria de alguna vaga entidad llamada socialismo o de un mundo mejor en el futuro, pero no tenían planes de hacer mucho para lograrlo. Ése era un trabajo que les correspondía a otros, mientras que ellos estaban demasiado ocupados en tratar de que les alcanzara el dinero. Lo que de verdad querían era tener suficiente dinero para *poder* terminar el mes, vestirse decentemente, comer suficiente y también —por qué no soñarlo— tener una casita en el campo.

El dolor y el sufrimiento deben tener algún propósito, como lo muestran de formas muy diferentes todas las grandes religiones. Los seres humanos no pueden tolerar la idea de que la mayor parte del sufrimiento no conduce a la felicidad, como sea que ésta se defina. Para los trabajadores alemanes, la teodicea terminaba con un lugarcito en el campo, y esto era lo que para ellos quería decir el fin de la explotación del hombre por el hombre, ¿o era la casa en el campo un símbolo para y un reflejo de algo más profundo?, ¿era esa una imagen cruda pero concreta de la seguridad, que pertenecía a un mundo en el que los obreros recibirían un trato humano y decente, es

[74] Si revisamos el conjunto de respuestas nos queda la impresión de que los mineros eran sustancialmente más pesimistas respecto al futuro que cualquiera de los demás obreros. Es bastante probable que hubiera variaciones significativas entre un tipo de trabajo y otro y en los diferentes momentos, pero los datos no son adecuados para hacer afirmaciones sobre estas variaciones.

[75] Véase *Arbeiterfrage*, 283.

decir, un mundo aún marcado por las desigualdades, pero en el cual éstas se suavizarían por el hecho de que los superiores reconocieran que los obreros eran seres humanos? Y como tales, ¿no merecían el mínimo de respeto y consideración que requería una condición humana compartida, así como suficientes gratificaciones materiales por su mucho trabajo que les permitieran salir adelante en su empleo sin los dolores del hambre y del frío? ¿Acaso no podrían esperar cierta indulgencia por sus estallidos esporádicos en busca de placer y satisfacción de sus instintos animales? Si reunimos todas las evidencias que se obtienen de los cuestionarios y biografías, parece que la tan simple idea del trato humano decente es la que las subyace a todas, esto es, que es la suposición implícita (y muchas veces también explícita) que las une.

9. *La acción política y la económica*

Si nos preguntamos qué hacían los obreros alemanes para alcanzar este objetivo, la respuesta más simple que podemos obtener a partir de las estadísticas es que más o menos la mitad de ellos no hacía nada y que una buena parte de los demás no hacía más que pagar sus cuotas a alguna organización de entre las cuales las principales eran el PSD y los sindicatos. Puesto que hay varios análisis excelentes del aspecto organizativo de la vida de la clase obrera, me voy a limitar a hacer sólo algunas observaciones. Es bien sabido que el partido se enfrentaba al dilema de elegir entre su objetivo formal a largo plazo, es decir, el socialismo, y la necesidad de conseguir día a día algunos triunfos que acercaran a más gente y conservaran a sus seguidores. Por otra parte, conviene recordar que las evidencias que hasta ahora hemos analizado nos revelan la existencia de un proletariado masivo del tipo "clásico", cuyos intereses ignoraban los líderes. A la luz de la evidencia sobre la composición ocupacional y geográfica de la clase obrera industrial —de su carácter provinciano aún teñido de las tradiciones artesanales— así como de las evidencias que hemos podido reunir sobre las situaciones cotidianas y la forma en que se sentían respecto a ellas, el partido y su liderazgo nos parecen razonablemente representativos con sus políticas de cautela mezclada con explosiones ocasionales de rabia retórica en contra de las clases propietarias. En los años de la preguerra, es difícil imaginar que más podrían haber hecho, pues una política revolucionaria no hubiera tenido base popular y hubiera sido fácilmente aplastada.[76]

Los líderes del PSD en el período anterior a la guerra eran burócratas y políticos, pero tenían el oído bien afinado para las cosas terrenales. La idea de que ignoraban o no podían proporcionar el liderazgo adecuado

[76] La evidencia apoya la afirmación de Scheidemann hecha en el último congreso del PSD antes de la guerra, en el curso de un debate sobre la táctica de una huelga de masas: "Los trabajadores quieren de vez en cuando una bocanada de aire, quieren de vez en cuando dedicarle un poco de tiempo a su esposa e hijos, y también quieren una que otra vez echarse un buen sueño." *Protokoll. . . SPD 1913*, 334.

a una masa revolucionaria no es sino una exageración polémica. Había una masa que estaba más allá del alcance del liderazgo del partido y de los sindicatos, que era sin duda de tamaño muy considerable y sobre la cual tanto unos como otros se sentían bastante inquietos. Como éste no era un grupo indiferenciado y único, se encontraban dentro de él grandes grupos de trabajadores cuyas reacciones o falta de reacciones obligaban a los líderes del movimiento obrero a tomar ciertas decisiones. La relación entre estos líderes y aquellos a quienes intentaban dirigir aparece, por así decirlo, retratada en miniatura en algunos relatos autobiográficos de los propios dirigentes, en los que los detalles revelan algunas de las características esenciales de la interacción entre los trabajadores ordinarios y sus líderes, y sobre todo en las experiencias que formaban los puntos de vista de estos últimos respecto a sus seguidores reales y potenciales. Puesto que dicha relación se volvió cada vez más importante durante e inmediatamente después de la Primera Guerra Mundial, sería útil echarle una mirada más de cerca.

Para finales del siglo XIX, el flujo de trabajadores no calificados hacia las nuevas máquinas en las grandes fábricas significó —por lo menos en algunas regiones— un fuerte impulso a la variante alemana de los sindicatos de industria, en oposición a las viejas formas de organización que seguían las líneas artesanales. El hecho de que grandes masas de trabajadores fueran puestas juntas en las nuevas fábricas no necesariamente significaba que fueran más fáciles de organizar. Muchas veces se trataba de lugares muy ruidosos, en los cuales la máquina absorbía toda la atención del trabajador y no dejaba oportunidad para la conversación, de modo que mientras estaba en su lugar de trabajo, el obrero estaba más aislado socialmente que en las condiciones de la artesanía. Es claro que la situación variaba de industria a industria, pues en el lado opuesto de la escala cuyo extremo era la ruidosa fábrica textil, estaba la fábrica de cigarros con sus cientos de obreros trabajando en silencio mientras un lector o *Vorleser* les leía en voz alta. Como por lo general se leían materiales con un sesgo educativo y de propaganda, fueron estos trabajadores los que desempeñaron papeles de dirigencia en el movimiento obrero desde sus inicios.[77]

Cualquiera que fuera la diversidad de situaciones, el único recurso de los trabajadores para luchar contra los patrones, siguió siendo el hecho de que sólo si actuaban como una unidad podrían negarse a vender su fuerza de trabajo (para entonces los sindicatos y las huelgas, aunque todavía eran de legalidad dudosa, se aceptaban como hechos de la vida). Para que la huelga fuera efectiva, tendrían que sumarse a ella suficientes obreros, a fin de obligar a la planta a suspender sus operaciones; y además, lo que es más importante, un suficiente número de trabajadores debería desearla y poderla sostener hasta que se arreglaran las cosas con el patrón. Por su parte, los sindicatos, necesitaban fondos para apoyar a los trabajadores mientras duraba la huelga. Si bien éstas son condiciones muy simples y obvias, no lo

[77] Severing, *Mein Lebensweg*, I, 3, 30. Este autor señala signos de identificación con el imperio que también menciona Moritz Bromme y que se analizarán después en el apartado numero 10.

son tanto en su aplicación detallada y práctica a casos específicos, sobre todo para los trabajadores de base, absortos en el calor de la pasión o en las profundidades de la desesperación, de modo que no hay duda de que éstas no eran condiciones tan fáciles de satisfacer.

Las huelgas podían estallar en una de las secciones clave de los trabajadores, lo cual bastaba para cerrar la planta, y las razones podían ser de lo más diversas, por ejemplo, que se enteraran de que la empresa tenía ganancias muy grandes. Pero lo más común era que estallara como reacción a algún acto específico de injusticia cometido contra unos cuantos individuos. Entonces, en las fases iniciales había bastante euforia y excitación, pero al final quedaba una sensación de fracaso y desencanto.

Carl Severing, que entonces trabajaba en una planta de máquinas de coser con 3 000 empleados, lo cuenta de este modo: en una de esas huelgas la euforia era tal, que la decisión de lanzarse a ella precedió a la formulación de las demandas. Como solamente un 10% de la planta estaba organizado, la huelga fracasó en breve tiempo porque los no organizados tuvieron miedo y retiraron su apoyo. Los obreros organizados habían creído que tendrían suficiente para arreglárselas y sostener la huelga, porque en su estusiasmo habían creído en las promesas, pero a la hora de ponerlas a prueba, el optimismo se evaporó.[78] Este tipo de experiencias fueron las que les enseñaron la importancia de organizarse, por los menos a los jóvenes inteligentes y comprometidos con los obreros, como Severing. Y no hay duda de que él aprendió la lección, pues para la siguiente huelga ya era funcionario del partido. En su relato detallado de este acontecimiento, cuenta cómo y por qué le pareció necesario romper la huelga, en contra de los enfurecidos miembros del sindicato, pues según él, las consideraciones más realistas respecto a la fuerza relativa del sindicato y de los patrones, así como de las consecuencias en caso de continuar la huelga, hacían necesario sacrificar a algunos miembros, aún cuando su causa fuera muy justa; de modo que en aras de los objetivos a largo plazo estaba dispuesto a enfrentarse a una masa hostil y a soportar un período de impopularidad.[79]

Experiencias como éstas que aquí se han relatado y que es muy probable que se repitan en cualquier movimiento obrero, eran las que provocaban en la mayoría de los líderes alemanes una desconfianza casi instintiva respecto al entusiasmo de las masas, así como un deseo de enfrentarse incluso a la impopularidad y un desprecio por los demagogos ruidosos. Por eso la frase típica de los funcionarios sindicales era *Lasst Schwatzen*, déjenlos que gesticulen. Tanto entre los líderes como en el sector dirigente de los obreros, esas experiencias provocaban fe y orgullo en la disciplina, entendida como la capacidad para sostener una huelga cuando había empezado, y también como la capacidad para reunir a mucha gente a la hora de las manifestaciones públicas. Además, disciplina también quería decir la capacidad y voluntad para *no* hacer huelga e incluso para *no* hacer manifestaciones públicas

[78] *Idem*, I, 41-7.
[79] *Idem*, I, 94-100.

cuando las condiciones no eran propicias. Y la decisión sobre si lo eran o no, requería de personas con conocimiento de la situación económica no sólo en las industrias específicas, sino en todo el país, y en algunos casos —por ejemplo, en el de aquellas industrias con un importante mercado de exportación— incluso a escala internacional. Estos requerimientos creaban un lugar para los especialistas y los teóricos; es más, para mantener a las masas de obreros informadas, deseosas y capaces de actuar en el momento preciso, se volvió necesario crear periódicos y todo un aparato de información y adoctrinamiento. Estos esfuerzos no tenían siempre el mismo éxito y provocaban cierto descontento entre quienes sentían que las consideraciones estratégicas que se hacían desde arriba ignoraban sus intereses;[80] pero por otra parte, las tendencias centralizadoras recibían bastante apoyo por el hecho mismo de que los obreros sabían bien que, en última instancia, sus empleos dependían de la prosperidad general de la industria alemana. Como funcionario sindical, Severing deseaba cuidar el buen nombre de su marca en el momento en que la competencia de las máquinas de coser Singer se estaba volviendo muy seria.[81]

Fue debido en parte a estas tendencias, que los líderes del movimiento obrero alemán empezaron a adquirir algunas de las características de los generales del ejército o de los jefes de cualquier organización burocrática. El resultado final de la desconfianza generalizada por el entusiasmo de las masas, fue, por supuesto, Stalin, pero para su crédito, la socialdemocracia alemana y los líderes sindicales nunca recorrieron ese camino.

Las consecuencias fueron bastante funestas. Como más de un general, el PSD y los líderes sindicales no querían arriesgar a sus tropas en una batalla cuyos resultados eran inciertos, y el resultado de la mayoría de las batallas lo es. Después de la derrota de 1848 y durante el caos que le siguió, las dudas de los líderes frente al entusiasmo de las masas, les llevaron a considerar que los principales peligros estaban en la izquierda, y a permanecer ciegos frente a los peligros que venían de la derecha, que en poco tiempo se mostrarían como más graves. Pero esto es adelantarse a la historia. En los años anteriores a la guerra, evitaron un ataque frontal al militarismo alemán por miedo a que ello provocara represalias por parte del gobierno y la consiguiente destrucción de lo que con tanto cuidado habían construido. Con esta negativa por parte del movimiento más fuerte de la clase obrera, se cerraba cualquier posibilidad de evitar la guerra por la acción de los trabajadores.[82]

[80] En el próximo capítulo se verán algunos ejemplos entre los mineros del carbón en el Ruhr.

[81] Severing en *Mein Lebensweg*, 1, 89, también expresa su indignación porque los fabricantes franceses de máquinas de coser decían a los clientes que no compraran máquinas alemanas, porque con ello daban dinero a los triunfadores de Sedan.

[82] Debido a su fracaso para enfrentar al militarismo alemán, y en general por su política cautelosa, los líderes de la clase obrera alemana, y la clase como un todo, han sido objeto de críticas severas dentro y fuera de Alemania. Pero pedirles que se comprometieran con lo que parecía ser la posibilidad de un suicidio revolucionario en una forma que no tenía otra razón que la de servir de ejemplo al futuro; era pedir demasiado a cualquier mortal. También es una exigencia que va en contra de una poderosa corriente —aunque no la única— de realismo político

¿Qué tan real era esa posibilidad en Alemania?, ¿acaso los líderes de la clase obrera alemana podían haber actuado de modo diferente en 1914? ¿Qué tan diferentes hubieran resultado las cosas? En última instancia, las preguntas son tan sugerentes como imposibles de contestar, y sin embargo, se puede descubrir algo sobre el grado en el que la clase obrera alemana se identificaba o no con el imperio alemán, y algunas de las razones por las cuales se sentía y actuaba como lo hacía.

Para el estrato más articulado de los trabajadores, había varias razones muy poderosas y obvias para sentir hostilidad hacia el imperio, que representaba el triunfo de las fuerzas conservadoras y reaccionarias para lograr la unificación de Alemania después de la desintegración de los intentos liberales y populares de 1848. Los líderes del movimiento obrero habían reaccionado a este triunfo proclamando su simpatía hacia la Comuna de París, que para los elementos más respetables de la sociedad alemana —y no sólo de ésta— simbolizaba todo aquello que de aterrador y revolucionario tenían las clases bajas.[83] El partido socialdemócrata era estigmatizado como uno de los enemigos del Estado. Bismarck había tratado, sin conseguirlo, de aplastar al partido con las leyes socialistas (1878-1890), y después de su salida del poder, la política del gobierno siguió siendo hostil y desconfiada a pesar del breve flirteo del Kaiser con el movimiento obrero. De modo que para la élite de los trabajadores, el tipo de nacionalismo que había encarnado en el imperio, y sobre todo los gastos militares que éste requería, aparecían en su mayor parte como una manifestación cruda y peligrosa de los intereses egoístas de las clases dominantes.

Por lo demás, esta hostilidad no quería decir que los líderes de la clase obrera alemana no tuvieran sus propias concepciones sobre el patriotismo, que de tiempo en tiempo ponían enfrente para contrarrestar la acusación de que el partido era un movimiento sedicioso.[84] Desde el punto de vis-

y de frío cálculo respecto a las posibilidades en cualquier situación real que atraviesa todos los escritos de Marx y Engels. Después de la guerra, la situación ya era diferente y algunas de las críticas de entonces sí me parecen justificadas.

[83] Werner Conze y Dieter Groh, *Die Arbeiterbewegung in der nationalen Bewegung*, 86-104. Estos autores informan sobre las diferencias en el movimiento socialista durante y después de la guerra franco-prusiana y consideran este acontecimiento, y sobre todo a la Comuna, como el momento en que el movimiento obrero se separó del movimiento nacionalista.

[84] Así lo pone Philipp Scheidemann en 1911: "Para nosotros . . . la patria es el hogar al que nos adherimos con amor, es el lazo que nos mantiene unidos como miembros de una gran comunidad cultural. . . Conocemos y amamos a nuestra patria, pero directamente, porque conocemos no sólo sus bellezas naturales, sino también sus horribles instituciones, y por esa razón somos socialdemócratas. . . y como tales estamos deseando ardientemente arreglar todos los asuntos de nuestra patria para que todos los niños del país no sólo tengan suficiente para comer, sino también, como paisanos que son, gocen de iguales derechos y puedan deleitarse con la patria y con su cultura. Esto es una política nacional en nuestro sentido de la palabra y quien sea que quiera realizar el trabajo nacional así entendido se unirá a los socialdemócratas." Citado en Ursula Schulz, editor, *Die Deutsche Arbeiterbewegung 1848-1919 in Augenzeugenberichten*, 358.

ta de nuestra investigación, se plantea la cuestión más importante de saber qué tan profundamente había penetrado entre los trabajadores la hostilidad de los líderes hacia el imperio. Y ésta no es una pregunta fácil de responder. Pero para empezar, se pueden afirmar con bastante confianza dos cuestiones: como hemos visto, entre los trabajadores había un considerable antagonismo hacia las clases dominantes, pero éste iba dirigido hacia sus políticas domésticas en la medida en que ellas afectaban la vida diaria y los intereses materiales de los trabajadores, mientras que los asuntos extranjeros estaban muy alejados de sus preocupaciones. En segundo lugar, un amplio sector de la clase obrera, aunque estuviera siempre disminuyendo, era apolítico. La única mención de Karl Fischer a propósito de la guerra franco-prusiana, que ocurrió cuando él tenía 30 años de edad, es totalmente de pasada y se refiere a que su jefe había sido soldado en Francia, y por esa razón estaba por encima de él (*darin war er mir über*). Antes de eso, ya había manifestado su falta de interés y comprensión en la política, pues nunca leía periódicos y resentía con terquedad la presión que se le hacía para votar en las elecciones del Reichstag junto con el resto de los empleados. Si juzgamos a partir de sus comentarios respecto a otros trabajadores que deseaban votar como se los indicaba el patrón, veremos entonces que Karl Fischer era más apolítico que el común de los obreros, incluso para los niveles de los años setenta del siglo XX,[85] y sin embargo, había muchos como él, pues todavía tendrían que suceder demasiadas cosas antes de que los trabajadores comunes y corrientes pudieran entender las razones que tenía el PSD en su hostilidad hacia el militarismo.

Moritz Bromme, nacido en 1873 y cuya familia leía en casa periódicos socialistas en la época de las leyes antisocialistas, nos proporciona indicios muy reveladores sobre la incongruente mezcla de ideas que circulaban entre los trabajadores antes del cambio de siglo. En uno de los cuartos de su casa que estaba rentado, los huéspedes tenían colgado el retrato del Kaiser Guillermo, del general Von Moltke (el héroe de la guerra franco-prusiana) y por supuesto de Bismarck. Pero también había retratos de Bebel, Liebknecht, Marx y Lasalle. El autor cuenta el miedo que sintió en una ocasión porque había una fiesta tan ruidosa, que temió que llegara la policía y arrestara a todos los presentes por delitos de blasfemia y lesa majestad.[86] Más adelante cuenta acerca de las canciones patrióticas sobre la guerra franco-prusiana que cantaban los tabacaleros a principios de la década de los ochenta.[87] Es evidente que el *Vorleser* no tenía el monopolio de su atención.

Con el establecimiento del imperio como un interés político, también entraron en juego una serie de fuerzas que ataban a los obreros al orden social prevaleciente. El sistema educativo hacía mucho énfasis en las virtudes patrióticas, y aparentemente eso tenía su efecto incluso sobre los obreros. Carl Severing, cuyos padres eran trabajadores en una fábrica, cuenta en

[85] Véase su *Denkwürdigkeiten*, 397, 291-2.
[86] Bromme, *Lebensgeschichte*, 23, 60, 71-2.
[87] *Idem*, 115.

su autobiografía el episodio de cuando llevó una fotografía de la familia Hohenzollern para enseñársela a su maestro favorito, con lo cual quería afirmar que cuando era estudiante, encabezó la organización de las festividades correspondientes.[88] También August Springer se refiere a esos festivales y desfiles patrióticos, incluyendo el de la batalla de Sedan (que el PSD trató de contrarrestar celebrando el aniversario de la Comuna), como el orgullo de los ciudadanos y la alegría de los jóvenes. En su reflexión sobre los sentimientos populares al estallar la guerra, este autor atribuye el espíritu patriótico a las escuelas y a dichos festivales.[89] Las heridas de la guerra y las noticias sobre los asuntos personales de los gobernantes y nobles también indujeron al brote patriótico entre los obreros aún no tocados por las doctrinas socialdemócratas.[90]

Segun Paul Göhre, en Chemnitz, el *Vaterland*[91] alemán, el Kaiser y el ejército eran objeto de un sentimiento de mucho afecto por parte de los obreros, aunque en este lugar la influencia del partido lo había permeado todo, al punto en que era muy común el chiste según el cual "aquí hasta las máquinas son socialdemócratas". Pero aún así, muchos trabajadores tenían retratos de militares, algo así como postales de colores muy rudimentarias pegadas a sus cajas de trabajo y cerca de sus lugares (hoy día tendrían fotos de mujeres). Göhre habla con muchos obreros a propósito de las cuestiones militares, incluyendo entre ellos a los socialdemócratas. Su relato reproduce muchos detalles de la conversación en donde se muestra que los trabajadores sentían orgullo por los militares, que disfrutaban su período de servicio militar y que tenían impresiones muy favorables sobre los desfiles, uniformes y demás parafernalia. La única persona hostil a los militares que encontró fue, según sus propios términos, un líder socialdemócrata fanático del que no se podía esperar ninguna otra opinión. Una de las razones principales de esta actitud favorable era muy simple: para los trabajadores el servicio militar era el alivio más largo, completo y espléndido de la aburrida vida en la fábrica.[92] La propaganda socialdemócrata sobre la hermandad de todas las naciones caía en terreno absolutamente estéril en Chemnitz, y para ello existían razones muy especiales: la frontera con Bohemia no estaba muy lejana y entre los obreros había muchos checos. Los nativos de Alemania los miraban con tal desprecio que incluso los que eran checos de origen alemán sufrían por el prejuicio.[93]

Si bien las fuerzas externas que producían esta identificación con el imperio eran importantes, hay bases para afirmar que las causas de la identificación surgían espontáneamente entre los propios trabajadores, pues todos ellos deseaban recibir un trato humano y vivir como seres humanos, y esta

[88] Severing, *Mein Lebemnsweg*, I, 11. Este episodio sucedió a fines de los ochenta.
[89] Springer, *Der Andere*, 14-5, 239-41.
[90] *Jugendgeschichte*, 57-8.
[91] La patria. T.
[92] Göhre, *Drei Monate*, 117-22.
[93] *Idem*, 129.

demanda, que aparece desde muy pronto, fue ya en 1848 el sentido de su lucha política y social en la medida en que tomaron parte en ella.

De manera concreta y específica, el trato humano quería decir, para ellos, el mínimo de respeto e interés que se debía a todos los miembros de la comunidad nacional. Los trabajadores sentían que sus superiores se los debían. Trato humano quería decir, también, un mínimo de seguridad para la vejez, es decir, que el trabajador no fuera arrojado al montón de gente cuando su fuerza empezara a disminuir, que era precisamente cuando sus demandas humanas y sus responsabilidades familiares estaban en su punto álgido. Además, quería decir que los salarios debían ser los suficientemente altos como para satisfacer las necesidades materiales en el nivel tradicional de la clase obrera y quizá un poco más arriba, al menos como se le veía en la fantasía, para alcanzar un pequeño lugarcito en el campo o, como se le podría ver de modo más realista, para tener un jardincito a orillas de la ciudad. Por último, quería decir la igualdad política en el viejo sentido liberal, lo que requería del fin del sistema prusiano de franquicias para tres clases, mismo que había ayudado a asegurar el predominio de los *Junkers* y de los intereses comerciales en Prusia e indirectamente en toda Alemania. No existía la idea de tomar las fábricas ni tampoco la de una dictadura del proletariado, y los líderes del PSD, conscientes como estaban de que los obreros eran una minoría, insistían en procedimientos políticos democráticos y afirmaban con mucha razón que eran sus opositores en las clases dominantes quienes tenían inclinaciones fuertes hacia la restauración de las medidas autoritarias.

Así pues, la demanda por un trato humano era de aceptación en el orden social existente, con modificaciones en dirección de una mayor igualdad, pero para nada hacia su derrocamiento revolucionario. De una demanda así, sólo había un corto paso a la voluntad positiva de defender el orden cuando algún enemigo externo aparecía en el horizonte.[94]

La brevedad de este paso y sus funestas consecuencias no eran aparentes para nadie en ese momento, ni para los trabajadores ordinarios ni tampoco para los líderes socialistas que lo dieron. Ni siquiera era claro para aquellos que valiente e implacablemente se opusieron a él, porque todos calcularon mal el poder de la demanda por un trato humano decente y creyeron que tenían a las masas detrás para apoyarlos y sólo tiempo después, cuando la destrucción y los sufrimientos de la guerra dejaron su huella sobre la sociedad alemana, se volvió posible movilizar a un segmento sustancial del grupo obrero para terminar la guerra. Pero esto no sucedería en 1914. Sin embargo, no sería justo utilizar la sabiduría poco confiable que da el conocimiento histórico para criticar a los actores en el drama de 1914, por su fracaso para darse cuenta de que los anhelos de los oprimidos sólo se podrían

[94] Para los obreros articulados, la amenaza rusa era, con mucho, la más importante, porque en ese país no sólo veían un peligro para los logros culturales alemanes, sino que también veían un régimen despótico que aplastaría al movimiento socialista. Sobre estas cuestiones, sus ideas espontáneas no necesariamente estaban en desacuerdo con la tradición marxista que reconoce y aplaude los esfuerzos de un grupo socialmente avanzado para defenderse en contra del ataque de las fuerzas reaccionarias.

satisfacer dentro del marco de un estado nacional y que un mundo de estados nacionales independientes sólo llevaría a la guerra y a los preparativos para la guerra, pues después de todo, ni los revolucionarios modernos ni los liberales modernos habían hecho más que reconocer el dilema y estaban lejos de resolverlo.

Desde la sabiduría que da el conocimiento, también sería un error suponer que el patriotismo de la clase obrera alemana en 1914 fuera una conclusión absolutamente inevitable como culminación lógica de las tendencias sociales subyacentes. Hasta el último momento hubo siempre corrientes en contra: demostraciones masivas de Stuttgart y una edición extra del *Vorwärts* el 25 de julio de 1914 que proclamaba "Abajo la guerra. ¡Arriba la hermandad internacional de los pueblos!".[95] La tensión era fuerte no sólo en los círculos de dirigentes del PSD y en el gobierno, sino también entre amplios sectores del público que incluían a muchos trabajadores. Pero esa tensión se terminó después de que la fracción del partido salió en apoyo del gobierno. Una ola de alivio recorrió a la nación, incluyendo a muchos obreros comunes y corrientes. El dolor enorme que significaba tener las lealtades divididas, había llegado a su fin y al mismo tiempo —si bien, sólo por poco tiempo— los trabajadores parecían haber alcanzado el sueño de ser completamente aceptados en el orden social. August Springer cuenta el rápido cambio en el humor. Poco después de las demostraciones masivas en Stuttgart en contra de la guerra, toda la gente que iba en un trolebús que pasaba por una zona "roja" se puso a cantar "*Deutschland, Deutschland über alles*!" El sentimiento más difundido era que Alemania estaba en lo correcto moralmente y que su existencia misma estaba amenzada. La característica más impresionante que se menciona en varios de los relatos, es la de un sentimiento embriagante de que todos estaban con todos y que todos pertenecían a un gran cuerpo social: Alemania. Por último, había también un gran alivio por la desaparición súbita de las obligaciones diarias de una existencia bastante aburrida. Esa sensación de alivio y pertenencia se parece mucho a la "euforia de desastre" que los investigadores modernos han observado como resultado de la suspensión temporal de las rutinas y obligaciones sociales en el inicio de desastres repentinos tales como inundaciones, tornados y huracanes.[96] No fue ésta la primera ni la última vez en la historia humana en que un sentimiento exaltado de hermandad llegó a tener consecuencias asesinas.

[95] Vease Schulz, *Arbeiterbewegung*, 373-4, para estractos del editorial.

[96] Springer, *Der Andere*, 239-41. Para otras impresiones de la misma época sobre los dirigentes del PSD, véase Wachenheim *Arbeiterbewegung* 593-5. La agonía que significaba la alternativa de traicionar los principios y a los camaradas o al país, la expresa el radical Konrad Haenisch, así como tambien el alivio de por fin poderse dejar ir y cantar con todos "Deutschland, Deutschland über Alles". Éstos eran casos extremos, pero parece lógico inferir que la excitación tomó esta forma y se esparció mucho más allá de los militantes locales, hasta abarcar a grandes números de los trabajadores de base.

CAPÍTULO SIETE

MILITANCIA Y APATÍA EN EL RUHR ANTES DE 1914

1. *Significación y carácter del Ruhr*

A estas alturas del libro, si es que no antes, los lectores escépticos seguramente se estarán preguntando lo mismo que se preguntó el autor. Quizá la razón por la cual no apareció una masa de trabajadores potencialmente revolucionaria fue simplemente porque no la buscamos de la manera correcta. Si tomamos a toda Alemania como objeto de investigación, correremos el riesgo de dejar de lado las importantes concentraciones regionales de la industria y de los trabajadores de industria. El análisis ha cubierto hasta un cierto grado esta cuestión con los datos sobre las grandes ciudades y las grandes fábricas, pero todavía nos podríamos preguntar: ¿dónde queda el Ruhr con sus abundantes masas de mineros y obreros en los altos hornos?, ¿acaso ha desaparecido? Un lector familiarizado con la historia alemana bien podría preguntar sobre la relación que con esto tiene el enorme levantamiento que ocurrió en esta región poco después de la Primera Guerra Mundial, con todo y su propio ejército rojo, que tomó algunas de las principales ciudades. Puesto que este importante acontecimiento va a desempeñar una parte de la historia en los siguientes dos capítulos, no es necesario decir nada sobre él ahora, excepto que es difícil encuadrarlo en cualquier concepción de revolución proletaria. Si bien los acontecimientos subsecuentes lo iluminan, es casi imposible para el historiador social seguir sus huellas en lo que era la sociedad del Ruhr antes de 1914.

Pero adelantaremos un poco. Si se busca un proletariado industrial masivo en el Ruhr antes de 1914, se llevará uno la decepción, de que hasta donde he podido ver, esto no se podrá resolver con ingenuidades estadísticas. Pero si se reúnen las evidencias de aquello que efectivamente hacían o no hacían los obreros en esta región, entonces los resultados podrán ser muy reveladores sobre el sentimiento de injusticia que tenían los obreros. Es más, estas evidencias nos pueden decir mucho sobre las condiciones históricas y sociales en las cuales este sentimiento de injusticia puede salir a la superficie y asumir formas políticas efectivas, y además —lo que es más interesante— sobre las condiciones en las cuales esto *no* sucede.

Dentro de la categoría general de los trabajadores industriales, había fuertes contrastes. Los mineros del carbón habían desarrollado un sentimiento de injusticia respecto a su situación particular, y más aún, habían elaborado

formas de acción colectiva para remediar sus agravios, que alcanzaron una escala muy notable en los años anteriores a 1914. Y a pesar de ello, los sufrimientos seguían existiendo y eran muy específicos de los mineros del carbón. Tanto su definición de injusticia como su capacidad de acción colectiva, se pueden rastrear en las prácticas preindustriales particulares de la minería alemana.

Por su parte, los trabajadores en las plantas del hierro y el acero se comportaban de manera diametralmente opuesta: no hubo huelgas que tuvieran consecuencias importantes ni tampoco hubo organización independiente. Las Uniones de la Compañía florecían aquí más que en ninguna otra parte del país, y eran tan dóciles estos trabajadores, que llevaban a la desesperación a los líderes obreros. Y sin embargo, el terreno "objetivo" para quejarse en estas grandes plantas metalúrgicas era muy similar al que había en las minas, ¿por qué entonces las diferencias en el comportamiento de estos dos grupos de trabajadores, ninguno de los cuales se comportó como se podía esperar a partir de las teorías conocidas entonces o del conocimiento general?

Cuando se observa por primera vez el Ruhr, parece haber buenas razones para esperar hallar grandes concentraciones de obreros potencialmente radicales. Ésta es sin duda la región de toda Europa donde parecería más posible poderlos encontrar. Entre 1910 y 1914, Alemania producía un promedio de alrededor del doble del hierro y mucho más del doble del acero que la Gran Bretaña. En 1900, el Ruhr no sólo estaba sacando del mercado europeo a los productos ingleses de acero, sino que se estaba incrustando en el propio mercado inglés. [1] El Ruhr era también el principal centro productor de carbón en Alemania, y tanto en la industria minera como en la metalúrgica, había enormes empresas. En ambas, la administración era considerada —y no sólo por los trabajadores— como autocrática y poco sensible incluso para los niveles de la época. En varios casos, la empresa era la misma para la minería y los metales o estaban relacionadas entre sí, de modo que era lógico que se esperara encontrar masas de trabajadores hacinados de tal manera que percibieran su situación como común a todos y tal que requería de una solución también común y probablemente revolucionaria. Pero esto sería una ilusión. De modo que lo mejor será empezar con un breve esquema de la estructura social y del clima político que imperaban en la región.

Las estadísticas ocupacionales para esta zona, según el censo de 1907, revelan los principales contornos de la cuestión, y también algunas sorpresas. Hubo cambios entre esa fecha y 1914, de los cuales el más importante parece ser un aumento en el número de mineros y sobre todo de trabajadores de metales pesados, sobre lo cual hablaremos más adelante. Lamentablemente, no hay estadísticas de ocupación totales para el último año de paz, aunque las de después de la guerra, que mostraremos en un capítulo posterior, indican que los cambios no fueron tan fundamentales y que por ello sí sirven las de 1907. Éstas aparecen en la tabla número 6.

[1] David S. Landers, *The Unbound Prometeus*, 269; Norman J. G. Pounds, *The Ruhr*, 97.

TABLA 6
DISTRIBUCIÓN DE LAS PERSONAS ASALARIADAS EMPLEADAS EN LOS TRES PRINCIPALES DISTRITOS ADMINISTRATIVOS DEL RUHR EN 1907

	Número (en miles)	*Porciento del gran total*	*Porciento del total en la industria*
Agricultura	373	14	
Comercio y transporte	309	12	
Servicio público y profesiones	109	04	
Otros (sirvientes, sin ocupación, etcétera)	295	11	
Industria, minería y construcción:			
a) propietarios, administradores	161	06	11
b) empleados administrativos	99	04	07
c) obreros	1 258	48	83
Total para la industria, minas y construcción	1 518	58	
Gran total	2 605	100	100+

FUENTE: Obtenido de *Statistik des Deutschen Reichs NF*, Bd. 204, *Berufs-und Betriebszählung von 12 juni 1907*, Abt III, 507 (Regierungsbezirk Düsseldorf); 442 (Regierungsbezirk Arnsberg); 411 (Regierungsbezirk Münster). Éstos son los distritos administrativos que se enlistan, s. v. "Ruhrgebiet" en *Der Grosse Brockhaus*, Vol. 16 (15a. edición), 191. Las pequeñas discrepancias se deben al redondeo de las cifras.

La tabla 6 muestra que toda la clase obrera industrial en el Ruhr constituía menos de la mitad (48%) de la población empleada. La industria en su totalidad proporcionaba el modo de vida del 58% de la fuerza de trabajo, aunque esta cifra aumenta hasta el 70% si la sumamos a los números del comercio y el transporte. 14% todavía se ganaba el pan de la agricultura y esto en la zona más altamente industrializada de Europa. Por su parte, la burguesía industrial era muy pequeña: sólo un 6% de los empleados eran propietarios o administradores y un 4%, personal administrativo y de oficina de diversos tipos. Dentro de la industria, los obreros constituían el 83% del total, de modo que es cierto que muchos trabajaban y sudaban —mucho y muy fuerte— para unos cuantos.

Disponemos de algunos buenos indicadores del clima político en estos distritos del Ruhr gracias a los votos en las elecciones al Reichstag desde 1898 hasta 1912. El Partido del Centro —un bastión de los intereses católicos— y el PSD ganaron entre el 65 y el 70% de los votos. La tabla número 7 presenta su actuación combinada en los mismos tres distritos de los cuales se han derivado las estadísticas ocupacionales para 1907. Dicha tabla muestra cómo el PSD hizo muchos progresos en contra de su rival principal y dominante, cuya parte del total del voto declinaba de manera constante. Sin embargo, a pesar de que aquélla era una región en la que casi la mitad de la población eran trabajadores industriales y en donde muchos más estaban en el comercio y el transporte —con lo cual eran accesibles al PSD—, el partido de la clase obrera no había conseguido atraer ni un tercio de los votos. La infe-

rencia más probable que se puede hacer de esto es que muchos trabajadores no votaron.

TABLA 7
VOTOS DEL PARTIDO DEL CENTRO Y DEL PSD EN LOS TRES PRINCIPALES DISTRITOS ADMINISTRATIVOS DEL RUHR 1898-1912

Años	*Total de votos calculados*	*Partido del centro*	%	PSD	%
1898	711 533	319 887	45	143 149	20
1903	931 807	377 573	41	266 485	29
1907	1 126 502	454 817	40	308 546	27
1912	1 289 403	463 792	36	412 239	52

FUENTE: Obtenido de Kurt Koszyk, "Die Sozialdemokratische Arbeiterbewegung 1890 bis 1914", en Jürgen Reulecke editor, *Arbeiterbewegung an Rhein und Ruhr: Beiträgue zur Geschichte der Arbeiterbewegung in Rheinland-Westfalen*, 150.

Dentro del PSD hay pocas señales de presión radical por parte de sus miembros de base, que sumaban 48 190 a principio de 1914. Puesto que el distrito del partido estaba regado por toda la zona del bajo Ruhr, que era una región más grande que los tres distritos que por lo general se consideran como el Ruhr, es imposible obtener la proporción de trabajadores que eran miembros del PSD si bien queda claro que era pequeña. Un signo de presión desde abajo de la izquierda es el hecho de que la mayoría de los delegados al Congreso del partido en 1913 votaron por el ala izquierda y en contra de los líderes del PSD en cuestiones tales como los impuestos y la huelga masiva. Pero cuando en agosto de 1914 apareció la cuestión bastante más significativa de los créditos para la guerra, los representantes del partido al Reichstag por esta región se comportaron de manera muy diferente. En la asamblea de la fracción del PSD que precedió al voto público, *todos* los representantes de la región del Rhin y Westfalia, que era el corazón industrial de Alemania, votaron en favor de apoyar estos créditos. Hacia fines de 1915, los trabajadores dieron su apoyo total y disciplinado a la guerra a pesar de las reducciones en su salario y de muchos despidos, al punto tal de que incluso los propietarios los ponían como modelo y ejemplo.[2]

Con esto es suficiente sobre la estructura económica general y el clima político, pero si nos detenemos aquí no podremos entender a los trabajadores, pues resulta engañosamente fácil hacerse una impresión equivocada del lugar que ocupaban los mineros y trabajadores de la fundición entre los obreros industriales del Ruhr. A partir de los estudios económicos generales de Alemania, e incluso de los trabajos especializados sobre esa región, es posible quedarse con la idea de que estas dos ocupaciones juntas reunían a la mayor parte de los trabajadores industriales, y éste no es para nada el caso.

[2] Jürgen Reulecke, "Der Erste Weltkrieg und die Arbeiterbewegung im rheinisch-westfälischen Industriegebeit", en Reulecke, editor, *Arbeiterbewegung*, 208, 212, 214.

Su importancia radicaba en su papel estratégico en la economía y no en su número, que era sorprendentemente pequeño. Así que de nuevo, si investigamos bien los censos ocupacionales, veremos que el tamaño del proletariado industrial avanzado en Alemania antes de 1914 era bastante pequeño. En la tabla número 8 encontramos un primer acercamiento a esto, con la advertencia de que se incluye bajo el rubro de metalúrgicos a muchos obreros que trabajaban en otras cosas, y no sólo en las enormes fábricas de hierro y acero.

Juntos todos los mineros y trabajadores de las fundiciones, o sea la categoría III en la clasificación de 1907 del censo, conformaban sólo el 31% de los trabajadores industriales. Otras formas de trabajo pesado con metales podrían estar escondidas en las categorías V y VI, pero las buscaremos más adelante. En este punto conviene hacer algunas observaciones más generales. Sobre todo en las categorías V y VI, pero también en otras que no se reproducen en la tabla número 8, hay indicios de una vigorosa persistencia de la cultura artesanal. Por ejemplo, la subcategoría *Schlosserei* (B 34 en el informe del censo) que he traducido como "trabajos mecánicos de diverso tipo" en lugar de utilizar el viejo modo de llamarlo ("cerrajería"), comprende una gran variedad de trabajos calificados con metales. En las categorías del censo, lo mismo que en la vida real, todavía el siglo XX se codeaba con el XVIII, incluso en el Ruhr. Más adelante trataremos de separar a estos grupos que el censo puso juntos, pero antes vale la pena apuntar cuántos de los trabajadores industriales no son en ningún sentido específicos del Ruhr. Así por ejemplo, hay gran cantidad de trabajadores en textiles, ropa y construcción en toda Alemania y junto con éstos, los de la categoría "otros" (los que hacen ollas y sartenes, los que trabajan el cuero, los talabarteros, los impresores, los que trabajan la madera, etcétera) conforman al 46% de los obreros del Ruhr. Excepto por su aparición en el censo, sería difícil, si no imposible, tomarlos en cuenta de manera adecuada. Hasta donde yo sé, sus venturas y desventuras no han encontrado camino en los relatos de las luchas de los obreros en contra de la opresión o en las celebraciones del poder y la energía que se libraban en las entrañas de la tierra con el carbón, el hierro y el acero. Ellos cargaron silenciosamente con el destino que les tocó en suerte, lo cual no es la forma de entrar en los libros de historia, incluso en los más oscuros y aburridos. Con todo dolor —y con la curiosidad insatisfecha— será necesario dejarlos de lado en el resto de este libro.

En lugar de eso, haremos hincapié en aquellos obreros que desempeñaban labores pesadas en la minería y la metalurgia, pues es sobre ellos que principalmente se sustentará la primacía industrial alemana. Como se indica en la tabla 8 (categorías B1 y B4), los mineros del carbón y de los minerales de hierro sumaban 301 000 en 1907 y los trabajadores de la fundición y vertedores de hierro (categorías B2 y B28) sumaban 135 000, de modo que todos juntos, los 436 000 trabajadores de la industria pesada, componían sólo el 35% de los obreros en el Ruhr y no más del 17% del número total de empleados, es decir que difícilmente eran la porción mayoritaria de la población en

esta zona que era la más industrializada del continente europeo. Los mineros sobrepasan a los trabajadores del hierro y el acero por dos a uno. En los seis años que van entre el censo y el último año de paz, es decir, 1913, se agregaron unos 91 500 mineros a las nóminas de empleados en el Ruhr, incremento que componía el 30%[3] Aunque no pude encontrar estadísticas comparables para los trabajadores del hierro y el acero, es muy probable que el incremento haya sido similar, o incluso mayor, pero aun con esta tasa de aumento seguían siendo una minoría dentro del número total de empleados.

TABLA 8
PRINCIPALES OCUPACIONES Y NÚMERO DE OBREROS INDUSTRIALES EN EL RUHR EN 1907
(en miles)

Categorías del censo	*Número*		*% del total*	
	subgrupo	*grupo*	*subgrupo*	*grupo*
III. Minería y fundición, total ...		389		31
del cual:				
B1. Minería del hierro	9		1	
B2. Fundición	87		7	
B4. Carbón y otras minerías	292		23	
V. Metalurgia, total ...		211		17
del cual:				
B28. Verter hierro, etcétera	48		4	
B34. Trabajos mecánicos diversos	61		5	
B35. Herramientas, armas	19		2	
VI. Máquinas e instrumentos, total ...		72		06
del cual:				
B40. Los que hacen aparatos	62		5	
IX. Textiles		144		11
XIV. Ropa		59		05
XVI. Construcción		163		13
Otros (no incluidos en las categorías citadas)		220		17
Total ...		1 258		100

FUENTE: Obtenido de *Statistik des Deutschen Reichs*, NF., Bd 204, *Berufs und Betriebszählung von 12 Juni 1907*, Abt. III, 507-12 (Regierungsbezirk Düsseldorf); 442-7, (Regierungsbezirk Arnsberg); 411-16, (Regierungsbezirk Münster) Los números romanos y las subcategorías están en la fuente.

2. *Los Mineros del carbón*

Por lo menos hasta mediados del siglo XIX, los mineros del carbón siguieron metidos en el sistema de paternalismo corporativo que tanto entusiasmo despertó en el famoso sociólogo conservador Le Play poco antes de la revolución de 1848. Durante los disturbios de ese año, los mineros permanecie-

[3] Max Jürgen Koch, *Die Bergarbeiterbewegung im Ruhrgebiet zur Zeit Wilhelms II (1889-1914)*, 139.

ron alejados o incluso fueron hostiles a la reforma. Una recopilación de los disturbios obreros de la mitad del siglo, que culminaron en la revolución, no menciona ni un solo conflicto de los mineros. La causa inmediata de esta pacífica conducta era su orgullo y sentido del honor como miembros de un grupo corporativo con una posición reconocida en el orden social alemán. Por otra parte, difícilmente hubieran podido seguir sintiéndose de esta manera si no fuera por los beneficios materiales concretos que les confería el orden esencialmente preindustrial aún en vigor.

Como estaban sujetos, de manera directa o indirecta, al paternalismo disciplinario de funcionarios mineros muy conscientes de su alta posición (*Bergbehörde*), los mineros estaban eximidos de pagar ciertos impuestos y deberes feudales. Además, las condiciones de trabajo tenían la protección del Estado y según la legislación prevaleciente, "la gente de las minas leal y obediente" (no "los trabajadores", término que cuando se utilizó después fue considerado como insulto) debían inscribir sus nombres en el *Knappschaftsregister* y tenían el derecho de recibir de un fondo colectivo cantidades especificadas en caso de enfermedad o accidente, además de que había también pagos para las viudas y huérfanos. Tanto la administración de la mina —que de hecho en esa época era el Estado— como los propios mineros, hacían contribuciones a ese fondo. La membresía estaba restringida según la manera tradicional de los gremios preindustriales, y lo mismo sucedía con los beneficios. Los obreros por día tenían un fondo separado distinto de la *Knappschaftskasse* al que sólo pertenecían los mineros de primera y segunda clase, de modo que esta caja era una manifestación concreta de la exclusividad de la comunidad minera y de su lugar en el orden social más amplio. Además, estos trabajadores llevaban uniformes especiales diseñados para protegerse en las tareas peligrosas y algo misteriosas, y se esperaba de ellos por ley y por costumbre "que trajeran honor a la condición del minero y buscaran la confianza de sus superiores mediante una conducta moral adecuada al orden, la industriosidad y la obediencia".[4]

Los aspectos idílicos de este corporativismo paternalista exigen una mirada más cercana y algo escéptica. Tanto las fuentes conservadoras como las socialistas, sobre las cuales se basan las descripciones modernas, tienen el mismo punto de partida que consiste en alabar este viejo estilo y condenar el de la era de las máquinas que le siguió, pero los mineros seguramente no estaban tan contentos como suponen estas afirmaciones. Sin embargo, hay muchos testimonios que demuestran que no estaban entre quienes alteraron la paz, y para nuestros propósitos, esto es lo que cuenta.

En la década de 1850, su situación empezó a deteriorarse con el advenimiento de la legislación liberal prusiana para la minería. Las leyes que se aprobaron entre 1851 y 1865 retiraron la mayor parte, aunque no toda, de la supervisión del Estado sobre las operaciones en las minas de carbón. Los

[4] Gaston V. Rimlinger, "The Legitimation of Protest: A Comparative Study in Labor History", 337-8; Gerhard Adelmann, "Die Soziale Betriebsverfassung des Ruhrbergbaus vom Anfang des 19 Jahrhunderts bis zum Ersten Weltkrieg", 43-6.

dueños quedaron así libres para manejar sus asuntos como les pareciera, guiados ante todo por la consideración de las ganancias. Entonces los mineros dejaron de ser obreros que, como en el estilo gremial, estaban atados a una mina en particular. Al concederles la libertad para cambiar de patrones y al establecerse el contrato "libre" de trabajo entre un patrón individual y un trabajador individual, los mineros quedaron a merced de las no muy suaves leyes de la oferta y la demanda en un mercado libre,[5] y aunque algunos seguramente estuvieron contentos de ver que las corporativas "cadenas sobre la producción" quedaban destruidas y que los cambios les permitían ganar más, hay muchas razones para suponer que la mayoría de ellos perdieron.

Con la eliminación de los límites preindustriales a la producción y con la llegada de las relaciones sociales capitalistas a la minería, el producto obtenido de las minas de carbón mostró lo que un libro de texto ponía como el ejemplo clásico de lo que se consigue con la libre empresa. Aunque sí hubo algunos cambios tecnológicos, cuyo principal efecto fue el de hacer más accesible el carbón que yacía a gran profundidad, lo importante es que la minería siguió siendo una forma de trabajo manual, lo cual tuvo consecuencias sociales significativas. De modo, pues, que el incremento en el producto se hizo sobre la base de una enorme expansión de la fuerza de trabajo. En la tabla número 9 se observa este aumento en el período que estamos considerando:

TABLA 9
PRODUCCIÓN DE CARBÓN Y NÚMERO DE MINEROS; 1808-1913

Año	*Producción en toneladas*	*Número de mineros*	*Producción* per cápita *en toneladas*
1800	230 258	1 546	149
1850	1 665 662	12 741	131
1860	4 365 834	29 320	149
1870	11 812 528	51 391	230
1880	22 495 204	80 152	281
1890	35 469 290	127 794	278
1900	59 618 900	226 902	263
1910	86 864 594	345 136	252
1913	110 811 590	394 569	281

FUENTE: Obtenido de Max Jürgen Koch, *Die Bergarbeiterbewegung in Ruhrgebiet zur Zeit Wilhelms II (1889-1914)*, 139.

La producción *per cápita* no era mayor en 1860 que en 1800, pero entre 1860 y 1880 casi se duplicó y ya después simplemente fluctuó. Para 1913, el número de mineros era más de treinta veces mayor que en 1850.

El hecho de que la minería se expandiera por medio del incremento de su fuerza de trabajo tuvo consecuencias muy importantes sobre el carácter de la

[5] Adelmann, *Idem*, 51-62. La zona más importante en la que el Estado mantenía derechos de supervisión fue la de la *Knappschaften*, que se convirtió en la base de un sistema de seguro obligatorio. Diremos más sobre esto después.

comunidad minera y para las relaciones sociales dentro de la mina. Después de la guerra franco-prusiana en 1871, los dueños de las minas comenzaron a importar en gran escala fuerza de trabajo de Prusia, Polonia y otras partes de Europa Oriental. Entre 1871 y 1915, el número de habitantes de Ruhr que habían nacido en esas regiones aumentó de 11 000 a 254 000, siendo la cifra del mayor aumento la que correspondió a sólo tres años: entre 1898 y 1901. Estos trabajadores sumaban casi la mitad del aumento en el tamaño de la fuerza de trabajo en las minas.[6] En 1906 sólo el 58% de los mineros del Ruhr informaron que el alemán era su lengua materna.[7] Las estadísticas, sin embargo, son muy variables debido a las presiones nacionalistas, tanto de los alemanes como de los no alemanes.[8] Las cifras para el distrito minero de Dortmund, en 1905, muestran que sólo un poco más de la tercera parte de los mineros eran inmigrantes de Europa Oriental, y al mismo tiempo señalan que la concentración en algunas de las grandes minas era tan alta que casi alcanzaba las dos terceras partes, es decir, cerca del 90%.[9]

Cualesquiera que sean las cifras exactas, es claro que la inmigración dio lugar a lo que los americanos de hoy llamarían un problema étnico. Los nativos de Alemania veían iguales a todos los del este, que hablaban un dialecto incomprensible para los habitantes locales, parecido al de los otros, a los que llamaban "polacos". Como era de esperarse, el grupo nativo resentía la corriente de los recién llegados, que junto con el avance de la industrialización estaba transformando sus remotos y aislados pueblos en ciudades muy prolíficas. Para los oriundos del lugar, los recién llegados parecían un grupo muy tosco que aumentaba las tasas de criminalidad, lo mismo que los problemas de salud y vivienda,[10] por lo que la reacción fue de antagonismo, desprecio y un poco de miedo.[11] Esto no nos sorprende demasiado, puesto que muchos de los nuevos trabajadores eran solteros jóvenes y vigorosos, aunque ya después los inmigrantes trajeron a sus familias. Para ellos, los salarios y horarios de trabajo, por duros que pudieran parecer a un lector moderno, constituían un mejoramiento definitivo de sus situación anterior, pues la mayoría habían sido campesinos sujetos a una autoridad severa y hasta brutal.[12] Con sus antagonismos mutuos y sobre todo con las actitudes de sospecha y desprecio hacia los recién llegados, que parecían carecer de un adecuado control de sí mismos y ser los portadores del crimen y la enfermedad, viene a la mente lo que sucedió en épocas más recientes en Estados Unidos, cuando los negros emigraron hacia las ciudades del norte, o

[6] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 20.

[7] Meyers, *Lexikon*, 11. s. v. "Bergarbeiter".

[8] Hans-Ulrich Wehler, "Die Polen im Ruhrgebiet bis 1918", en Wehler, editor, *Moderne Deutsche Sozialgeschichte*, 440-3.

[9] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 20-1.

[10] Véase Wehler, "Die Polen", 445.

[11] Algunos datos están en el muy útil estudio local de Helmuth Croon y Kurt Utermann, *Zeche un Gemeinde: Untersuchungen uber den Strukturwandel einer Zechengemeinde im nördlichen Ruhrgebiet*, 18-28.

[12] Ésta parece ser la opinión más generalizada. Véase *Idem*, 20-1; Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 23; Wehler, "Die Polen", 438.

también las primeras reacciones inglesas cuando la inmigración irlandesa. Pero el hecho más sorprendente e importante es que en el Ruhr, antes de 1914, esto sucedió de una manera totalmente distinta, pues no hay informes de violencia severa o de nada comparable a motines religiosos o raciales.[13] Es muy probable que la inmigración haya intensificado las rupturas en el sentido religioso, político y cultural, y sin embargo, los mineros fueron capaces de sobreponerse a ellas. En ocasiones incluso, como lo veremos después, pudieron convertir en ventajas la turbulencia de los no organizados —que en su mayoría eran los inmigrantes— y aprovecharla para presionar a los patrones. Además, pudieron domesticar algo de esas turbulencias, puesto que los mineros se habían ganado, en razón de su disciplina y comportamiento durante las huelgas, una buena cantidad de simpatía y aprobación del público, y en alguna ocasión inclusive de parte de los muy reaccionarios funcionarios del gobierno. Hasta donde he podido saber, nadie ha investigado todavía la historia del éxito de la inmigración al Ruhr, que podría iluminar bastante nuestro entendimiento de problemas similares en otras partes. Si bien es cierto que la suerte económica que compartían todos los mineros pudo contrarrestar las causas de la mutua hostilidad, eso no sucedió de manera automática ni fácil.

El hecho de que las operaciones mineras se expandieran sobre todo por la vía del aumento en el tamaño de la fuerza de trabajo tuvo consecuencias importantes en la forma en que afectó a las relaciones sociales en el lugar de trabajo. El tamaño de la fuerza de trabajo en las minas creció de cerca de 100, que era un número lo suficientemente pequeño como para que los mineros y el personal de supervisión pudieran conocerse personalmente y como para que pudieran existir relaciones de tipo patriarcal y personalista, a cerca de 1 000 y hasta más. Con las nuevas demandas sobre los mineros y el aumento de la cantidad, dejó de ser efectivo el paternalismo y, a fin de cumplir con los requerimientos del mercado, los dueños de las minas trataron de imponer controles más rígidos y burocráticos y también jornadas extras alternadas con despidos sin paga, todo lo cual creó mucho resentimiento. Además, imponían algunas de las nuevas características de una planta industrial moderna a relaciones preindustriales, sin por ello destruirlas. Para los mineros, la consecuencia era el coraje nacido de la incertidumbre, un sentimiento de que la disciplina era dura y caprichosa y de haber perdido el control sobre su medio ambiente social y físico. A diferencia de los trabajadores de las plantas de hierro y acero, en las que la nueva tecnología y las nuevas relaciones sociales brotaron como hongos, los mineros llevaron

[13] La ausencia de diferencias raciales en el Ruhr no puede ser por sí misma la principal razón de estas diferencias, porque la historia norteamericana cuenta con numerosos ejemplos de violentos estallidos en los que blancos luchaban contra blancos. En el libro de Richard Hofstadter y Michael Wallace, editores, *American Violence: A Documentary History* parte IV, "Violencia religiosa y étnica", de los doce episodios que se relatan, hay cinco en los que me parece que hay los mismos ingredientes que había en Alemania. Son los disturbios de los nativistas de Filadelfia en 1844, los de pentecostales en Hoboken en 1851, los de Louisville en 1855, los de Orange en Nueva York en 1870-1871 y los anti-italianos en Nueva Orleans en 1871.

su pasado a la nueva era. Ésta parece ser la diferencia más importante entre los dos tipos de trabajadores: los mineros tenían pautas de vida del pasado con las cuales podían criticar al presente, y para entender lo que esto significaba de manera muy concreta, es necesario ver cómo se las arreglaban en sus tareas diarias.

A finales del siglo XIX y en el XX hasta la época del gran movimiento de racionalización de los años veinte, las relaciones sociales en la minería siguieron estando impregnadas de las formas y tradiciones heredadas de la época artesanal. Esto se debía a la naturaleza de esta tarea, en la cual no era despreciable el peligro inherente. Las redes sociales en las minas muestran una interesante mezcla de cooperación y antagonismo que corre pareja con los rasgos patriarcales. Esto será más fácil de entender si empezamos viendo por lo más bajo, es decir, por aquellos mineros que empezaron en el fondo de las minas y que poco a poco fueron subiendo por la escala jerárquica de la autoridad y la responsabilidad.

En la última parte del siglo XIX y después de la transición a la minería de respiraderos a profundidad, los mineros trabajaban en cuadrillas de cuatro a diez hombres llamados *Kameradschaften*, lo que quiere decir grupos de camaradas, nombre que es muy significativo. Trabajaban juntos bajo la supervisión de un capataz llamado *Der Ortsältesse*, que literalmente quiere decir el señor en el lugar de trabajo, pues *Ort* no sólo quiere decir lugar, sino que en minería es específicamente el lugar de trabajo y también el punto final en la galería de una mina en un corte que corre más o menos horizontal a partir del pozo de ventilación vertical. De modo que *Ort* es el lugar principal a donde se lleva el carbón que se extrae, y el papel del señor era parecido al del oficial más bajo en una organización militar: era el responsable del trabajo que desempeñaban sus hombres así como de su seguridad, de modo que tenía que contar con su confianza, además de que —al menos de modo ideal—, los miembros del grupo debían tenerse confianza entre sí en aras de que funcionaran bien las relaciones de trabajo en estas condiciones arduas y peligrosas.

El señor también era responsable de representar a sus hombres en el proceso de regateo de los contratos salariales conocido como *Gedinge*, término que el tiempo ha hecho honorable y que distingue claramente las relaciones de trabajo en la minería de las del resto de la industria. La existencia de la *Gedinge* antecede en mucho tiempo al nacimiento de los sindicatos, y es más, sospecho que constituye una de las razones por las cuales éstos se pudieron establecer de manera tan firme en la minería antes de 1914, mientras que nunca pudieron lograrlo en las grandes plantas de hierro y acero en donde, como ya se dijo antes, el patrón simplemente fijaba las tarifas que se pagarían en cada uno de los lugares en donde tenía autoridad y lo avisaba colgando un anuncio. La *Gedinge* era una forma de pago por producto, es decir, de tarifa por pieza, pero debido a que los yacimientos de carbón pueden variar mucho en su grosor, presión y otras características que día a día y semana a semana afectan la facilidad o dificultad con que se les puede trabajar, y debido también a otras condiciones que pueden variar, como la

temperatura, es imposible rendir un trabajo uniforme o entregar materiales con uniformidad de una manera comparable a lo que sucede en una gran fábrica.

La mina de carbón *no podía* parecerse a la línea de ensamble, no al menos con la tecnología de esa época, por avanzada que estuviera en muchos aspectos. Por lo tanto, la *Gedinge* era una negociación que tenía que repetirse una y otra vez. Bajo la guía del superior los mineros tenían interés en hacer parecer muy grandes las dificultades de su tarea, y a su vez, los representantes del patrón querían hacer exactamente lo contrario. El advenimiento de la minería en gran escala y de una estructura administrativa más complicada para supervisar las actividades de mil mineros (en lugar de cien), intensificaba las tensiones y seguramente alteraba los nervios. Sobre todo en el período que va de 1851 a 1859, con el apogeo de la propiedad privada, sobre la que casi no había control de ningún tipo, era una práctica muy común que uno de los supervisores anulara la *Gedinge* porque las tarifas acordadas le parecían muy altas. En ocasiones también nivelaba tarifas que le parecían demasiado desfavorables para los obreros,[14] pero por lo general era poco probable en esas circunstancias que la balanza de las intervenciones se inclinara del lado de un mayor pago para los mineros.

Al representante de los patrones se le llamaba *Steiger*, un término que data de por lo menos los siglos XV y XVI y que literalmente quiere decir "trepador", pues deriva del uso frecuente de escaleras en épocas anteriores. Para mediados del siglo XIX, su función se había dividido en tareas bajo tierra y tareas sobre tierra que realizaban diferentes grupos de encargados. El responsable del trabajo bajo tierra o *Grubensteiger* debía estar bien familiarizado con la construcción de las minas y con las operaciones técnicas que se llevaban a cabo en ellas. Ejercía una supervisión más general sobre los mineros, yendo y viniendo por toda la zona y visitando todos los lugares en que se trabajaba, por lo menos una vez en el curso del turno, y además, se ocupaba de darse una vuelta antes y después de cada turno para presentar a su jefe las cifras que se requerían con propósitos contables. Por lo menos en teoría, era responsable de que se cumplieran los reglamentos policiacos en lo que se refería a medidas de seguridad, así como a la seguridad general de las propiedades de la mina. Y también, como representante principal del patrón, era al que se dirigía el antagonismo de los obreros,[15] aunque era algo así como una figura paterna ocupada sobre todo de la seguridad de los mineros. Esta tarea se la tomaban con mucha seriedad, según lo indica la división posterior de la función del *Steiger*, que empezó a darse en esta época, entre los encargados especializados en observar el aire en las minas, lo que

[14] Adelmann, "Betriebsverfassung", 85. Véase también el debate en Otto Hue, *Die Bergarbeiter*, II, 161-8. Este autor, que escribe desde un punto de vista sindical, puede sin embargo exagerar respecto a la capacidad de los patrones para manipular la *Gedinge* para su propio provecho.

[15] Sobre este papel intermedio tanto en la minería como en la industria del hierro y el acero, véase Elaine Glovka Spencer, "Between Capital and Labor: Supervisory Personnel in Ruhr Heavy Industry before 1914", 178-192.

era muy importante por su relación con posibles explosiones, los encargados del problema de los accidentes, otros a cargo de los explosivos y unos más encargados de instruir a las personas jóvenes en el funcionamiento de la mina.

Si los mineros eran proletarios, lo eran en una existencia suavizada en algunos aspectos y endurecida en otros por la supervivencia de prácticas de épocas anteriores. Esta supervivencia no era alguna forma de inercia cultural o de impulso histórico misterioso, sino que se daba en razón de las prácticas y actitudes preindustriales y gremiales que sobrevivieron, ya que aún no era posible reducir la minería a una serie de operaciones mecánicas.[16]

Ya he dicho que la supervivencia de estas prácticas y tradiciones preindustriales, tales como la costumbre del trabajo en equipo y la negociación colectiva simple, seguramente ayudaban a los mineros a adaptarse a y a luchar en contra de su nueva existencia proletaria. Del pasado, ellos habían heredado ciertas herramientas útiles en el esfuerzo para volver a ganar por lo menos algo del control sobre su medio ambiente social y físico; para los trabajadores industriales en el mundo moderno, conseguir salarios más altos era por supuesto el método principal que se utilizaba para conseguir este control.[17] En un mundo en el que los bienes y servicios se compraban y vendían, aumentar el propio poder en el mercado era la estrategia más lógica y natural que se debía adoptar, y por eso era éste un objetivo muy importante para los mineros. Pero no era el único. En el caso de estos trabajadores, no sería fácil sostener la tesis de que los salarios eran la principal de sus preocupaciones. También eran importantes la preocupación por un mayor control sobre su situación en el trabajo y por un trato humano más decente. En este sentido, los salarios más altos eran un *medio* indispensable para conseguir esa existencia humana más decente, a partir de la definición de lo decente que prevalecía en ese grupo en ese preciso momento de la historia.

Hay otros temas que destacan también en la historia de la preguerra, de los esfuerzos de los mineros por entender su situación y luchar contra ella. Uno es la persistencia de la fe en la benevolencia de la autoridad política, lo que resulta muy comprensible no sólo en términos de las consideraciones generales ya expuestas en los primeros capítulos de este libro, sino también como consecuencia de la continuación de las formas sociales y de las tradiciones preindustriales de que hablamos en este capítulo. Éstas eran al mismo tiempo desventajas y ventajas en los esfuerzos de los mineros por descubrir y crear formas efectivas de ayuda colectiva, como la huelga y los sindicatos. La terquedad de los mineros por seguir en esta dirección constituye el

[16] Esta interpretación de la vida de trabajo y la situación de los mineros, se basa sobre todo en Carl Jantke, editor, *Bergmann und Zeche: Die Sozialen Arbeitsverhältnisse einer Schachtanlage des nördlichen Ruhrgebiets in der Sicht der Bergleute*, sobre todo 33-6, 44-5, 81-2, 97-9. Se trata de un estudio sociológico de campo sobre la minería que es de primera calidad y con muchos antecedentes históricos.

[17] Con la declinación del mercado como el mecanismo central para colocar los bienes y servicios y con el surgimiento de las autoridades políticas para cumplir este papel, la estrategia cambió. Bajo los regímenes socialistas, los obreros tienen dificultades para resistir los sacrificios "históricamente necesarios" que se les exigen.

segundo tema de importancia en su historia de la preguerra. La cantidad sorprendentemente grande de participación de las bases en tales esfuerzos y la insistencia de los mineros por mantenerse solamente en sus propias demandas muy concretas, fueron aspectos muy impresionantes que tuvieron consecuencias sobre el carácter del movimiento obrero en su totalidad. Un tercer tema es el conjunto de intentos recurrentes de parte de grupos políticos externos, sobre todo el Partido Católico del Centro y el PSD, por utilizar todo esto para su provecho, lo cual servía para exacerbar las divisiones internas entre los mineros. Juntos, estos tres temas forman una épica menor sobre la creación de la moderna fuerza industrial de trabajo y sobre las luchas obreras para adquirir conciencia de sus nuevos derechos, así como para hacerlos efectivos como parte de un esfuerzo mayor para crear un contrato social nuevo en una situación histórica nueva.

Los primeros alborotos datan de 1867, dos años después de la introducción de la legislación prusiana que tanto hizo para eliminar los obstáculos legales a la expansión capitalista de la minería. En ese año, lo que parecía ser un pequeño grupo de "gente" de la minería,[18] oriundo de Essen, dirigió una petición al rey de Prusia, su "Supremo señor de la minería" (*Oberster Bergherr*), que contenía una serie de quejas que se repetirían en casi los mismos términos por más de medio siglo y que se referían a las demasiadas horas de trabajo, a los tiempos extra obligatorios y al pago insuficiente. Se esperaba que el rey corrigiera esta injusticia, y si bien las quejas eran modernas, los agravios se sentían como injusticias en el sentido de violación de los derechos y de la posición tradicional. La respuesta de las autoridades debe haber sido educativa al tiempo que desilusionante: las quejas habían sido examinadas y rechazadas por no tener fundamento.[19]

Debido en parte a esta respuesta tan indiferente de parte de las autoridades mineras, los obreros se volvieron hacia sus propios recursos en la primera huelga de bastante buen tamaño, que tuvo lugar en 1872. En esta ocasión, tomaron parte muchas personas y lo hicieron desde el principio. Unos cinco o seis mil se reunieron en Essen a elegir un "Comité Unificado de la gente de las minas de Essen y lugares vecinos", que debía presentar sus demandas a unas veinte compañías mineras de la región. En el momento culminante de la huelga, 18 000 mineros suspendieron el trabajo, lo cual era una parte muy respetable de su número total que crecía con rapidez: de 51 000 en 1870 habían aumentado a 84 000 para 1875 (no hay datos de 1872). Si las estadísticas son exactas, un minero de cada tres había ido a la huelga. Los asuntos que los agitaron eran los mismos que había en la petición: uno era que debían recibir su ración de carbón para uso doméstico a precio más bajo, y otro era sobre las regulaciones para llenar los carros de carbón. Durante las décadas por venir, los mineros se seguirían quejando de que no se les pagaba completo el carro si no estaba lleno del carbón con la calidad requerida o

[18] Una de las primeras quejas fue que bajo la nueva legislación liberal los mineros eran designados como "obreros" y no como gente de minas (*Bergleute*).

[19] Koch, *Bergarbeiterbewegung*. 28, nota 1.

si se le caía el contenido en el camino a la superficie. Volvemos aquí sobre el resentimiento de lo que al trabajador le parecía un esfuerzo no recompensado, aun cuando los vagones con carbón de mala calidad o sin carbón en efecto no fuesen de utilidad para el patrón. Otra demanda era el incremento del 25% en el salario por turno para aquellos trabajos que no cubría la *Gedinge*. Pero a pesar de todos los que participaron, la huelga se desintegró en dos semanas.[20]

El fracaso de la petición de 1867 enseñó a los mineros que tendrían que irse a la huelga, y el fracaso de la huelga de 1872 les enseñó que para la siguiente necesitaban una mejor organización, aunque esa lección se aprendió muy lentamente y en parte se consolidó por las instituciones heredadas. Hacia el final de la década de los ochenta, la puesta en práctica del edicto antisocialista se suavizó, permitiendo que los trabajadores con inclinaciones socialistas se volvieran más activos como miembros agitadores de la *Knappenvereine*, sucesora de las *Knappschaften*.[21] La legislación liberal de los años cuarenta y de otros posteriores había transformado las tradicionales *schaften* en *vereines* voluntarias, de manera que muchos mineros sentían que esto les resultaba desventajoso. Su principal queja era que con la llegada del "contrato de trabajo libre" y la membresía "voluntaria" en una nueva forma de asociación de beneficencia, los patrones habían logrado trasladar la carga del pago a los mineros en forma de impuestos. Además, los patrones usaban esta última como instrumento de disciplina y control de los obreros a través de las amenazas de retener los beneficios de aquellos que cambiaran de trabajo o que se fueran a la huelga.[22] Al utilizar sus derechos de representación en la *Vereine* y al objetar esas transformaciones, un grupo pequeño de obreros activos fue capaz de invocar las pautas tradicionales de justicia (*das Alte Recht*) y de hacer uso de las instituciones heredadas del pasado para crear los sólidos inicios de una voluntad colectiva y de una efectiva presencia política.[23]

Toda esta agitación fue un preludio a la gran huelga minera de 1889, que se convirtió en un importante acontecimiento político. La huelga fue fundamentalmente una reacción ante la transformación de las relaciones sociales que trajo el avance de las grandes empresas mineras y de su nueva tecnología, junto con los cambios en la fuerza de trabajo producidos por la creciente ola de inmigración.[24] Una vez que se inició la huelga, las cuestiones relacionadas con la *Knappenvereine* desaparecieron para dejar paso a una demanda por un 15% de incremento en los salarios, turnos de ocho horas,

[20] *Idem*, 28-9. En la p. 139 el autor proporciona estadísticas sobre el número de mineros para algunos años entre 1792 y 1913, de donde tomaremos en cuenta las cifras para las huelgas siguientes.

[21] *Idem*, 33-4.

[22] Hue, *Bergarbeiter*, II, 85, 94, 96.

[23] Como se afirma en Albin Gladen, "Die Streiks der Bergarbeiter in Ruhrgebiet in den Jahren 1889, 1905 und 1912", en Reulecke, editor, *Arbeiterbewegung*, 118.

[24] Adelmann, "Betriebsverfassung", 109.

la abolición de los tiempos extra y una mejor protección contra algunos de los peligros y molestias de las nuevas formas de minería.[25]

La huelga fue en sí misma un asunto bastante espontáneo y da la impresión de que un amplio segmento de los trabajadores, principalmente los jóvenes y los nuevos inmigrantes, estaban buscando, con el sistema de prueba y error, una estrategia y un conjunto de tácticas con las cuales enfrentarse a su nueva situación. En esta cuestión, las acciones de aquellos que no estaban integrados dentro del orden tradicional, complementaban y ampliaban la conducta de aquellos que sí lo estaban. Los disturbios entre los obreros de otras industrias en la región vecina del bajo Rhin fueron como la chispa que prendió el fuego en el Ruhr. Un turno completo se presentaría en la mina, se cambiaría de ropa y se prepararía para ir a trabajar; luego, uno o dos obreros se negarían a trabajar, otros más estarían de acuerdo y de repente todo el turno se negaría a bajar al socavón. Así, en la misma forma ordenada en que habían llegado, se irían, y si alguno de los encargados preguntaba por qué no querían trabajar, se negarían a contestar o dirían que querían "más", es decir, una mejor paga.[26] La voluntad que mostraron algunos de los encargados para hacer concesiones ayudó a que se extendiera la huelga, y para el 10 de mayo de 1889, 81 000 mineros del Ruhr estaban en ella, es decir, más del 70% de los 115 000 mineros de esa región.[27] Sólo hasta este momento pudieron los huelguistas organizar un liderazgo centralizado es decir, un comité de huelga elegido entre los delegados que habían sido electos a su vez por los obreros huelguistas en las diferentes minas.

No todos los mineros se fueron a la huelga. Los que se negaron estaban por lo general en minas en las que existía una relación más personal y paternalista entre la administración y los obreros y donde estos últimos eran viejos mineros que llevaban mucho tiempo avecindados en la comunidad. Pero, por supuesto, los que no quisieron participar estaban bajo fuerte presión por parte de los militantes, y al mismo tiempo, hay evidencia de que muchos obreros hicieron uso de esta presión e incluso inventaron incidentes para probar su existencia a fin de estar seguros en una situación de tensión. De este modo, pudieron demostrar su solidaridad con otros trabajadores saliendo a la huelga, y al mismo tiempo con los patrones apareciendo como leales a la planta.[28]

Por medio de la huelga, los mineros estaban buscando ganancias muy específicas y limitadas, como son el incremento salarial y la mejoría en las condiciones de trabajo. Es bastante difícil decir, después de sucedidos los hechos, que tales objetivos estuviesen dentro del marco del capitalismo tal como éste existía en la Alemania Guillermina. Sin embargo, ésta no era la forma en que se mostraba la situación para todas las partes interesadas en ella en aquel momento. Tanto los objetivos de los mineros como las mane-

[25] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 35.
[26] Adelmann, "Betriebsverfassung", 101-2.
[27] Gladen, "Streiks", 126-7; Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 139.
[28] Adelmann, "Betriebsverfassung", 101-4.

ras de conseguirlos eran nuevas, por lo menos en el sentido de que tenían unas dimensiones nunca antes vistas.

Es obvio que los mineros estaban tratando de cambiar los términos del contrato social prevaleciente y donde eso sucede, los partidos en disputa se ven forzados a actuar en una zona oculta en la que no hay una frontera aceptada entre la conducta que moralmente se aprueba y la que resulta condenable. En este ejemplo particular, los que tenían interés eran el gobierno imperial, los patrones y una fuerza amorfa de lo que vagamente podríamos llamar la opinión pública educada. Los mineros luchaban por una nueva concepción de justicia, una nueva definición de los derechos y deberes de la administración y del trabajador en las minas y, al mismo tiempo, para ganar la aceptación del público para esta nueva concepción. Y la reacción de las otras partes a sus esfuerzos tenía importantes y diversas consecuencias para estos intentos de definición.

La principal expresión de la opinión pública educada era la prensa. En ella los mineros lograron un grado sorprendente de éxito al despertar muchas simpatías hacia sus agravios. La publicidad solidaria que dieron a sus demandas vastos sectores de la prensa, sirvió para convencer a los propios mineros de la justicia de su causa. Al mismo tiempo, los periódicos burgueses trataron de suavizar el tono del conflicto y de empujar a los trabajadores hacia las negociaciones pacíficas. Las reacciones de los patrones tuvieron consecuencias contradictorias. La voluntad de hacer concesiones sobre los salarios, al principio del estallamiento, sirvió para estimular a los mineros y seguramente contribuyó a difundir la huelga, pero los dueños de las minas se negaron a comprometerse en ninguna forma de negociación colectiva con los representantes de los huelguistas, considerando que esta idea infringía el contrato libre de trabajo así como las prerrogativas de la administración. La consecuencia de esto fue que los mineros se sintieron unos rebeldes o, por lo menos, miembros no aceptables de la sociedad alemana.[29] La actitud hacia el gobierno que mantuvieron tanto los mineros como algunos de sus líderes articulados, fue la de tradicional deferencia hacia la fuente de la justicia. El 9 de mayo de 1889, cuando más de la mitad de los mineros ya estaba en huelga y un día antes de que el comité central entrara en acción para proclamar la huelga general, un grupo de mineros reunidos en una fonda decidió enviar una representación ante el Kaiser. Si bien esto podía ser una maniobra táctica solapada, también podía ser un reflejo de las creencias tradicionales según las cuales su rey les ayudaría en la lucha por "los derechos heredados de sus padres". En esto no se ponen de acuerdo las fuentes. Es probable que ambos elementos estuvieran presentes. El hecho es que esa reunión terminó con el tradicional *"Hoch!"* al Kaiser y que la propuesta atrajo de modo tal a la atención pública que llevó efectivamente a una audiencia con el Emperador, quien reprendió tanto a los trabajadores como a los dueños de las minas.[30]

[29] Gladen, "Streiks", 123-5; Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 44.

[30] Koch, *Idem*, 37-8. Véase también 41-3 en donde el autor señala que los altos funcionarios podían tener más simpatías hacia los mineros que quienes estaban en el lugar de los hechos y se identificaban más con los propietarios y los administradores.

En el corto plazo, la simpatía y legitimidad que ganaron los mineros no tuvo efectos tangibles, pues aunque los dueños de las minas se sintieron abandonados tanto por el gobierno como por la opinión pública, eran ellos los que tenían recursos materiales para sostenerse hasta el fin del conflicto, de modo que después de complicadas y desconfiadas negociaciones que incluyeron a las tres partes, la gran huelga fue disminuyendo por acuerdos entre ellos y para principios de junio ya había terminado.[31] Y sin embargo, con su mezcla de viejas y nuevas formas de lucha, la huelga tuvo consecuencias permanentes. Ante todo, terminó con la época de la autonomía extrema para los dueños en lo que se refería al manejo de las minas, y el Estado se vio obligado a retomar parte de su anterior papel de supervisor paternalista. Éste no era un logro pequeño de los trabajadores y de sus esfuerzos, pues como hemos visto, la huelga estalló en contra de los deseos de los líderes nominales de los trabajadores y, de hecho sólo se reunió un rápido liderazgo en el momento más álgido de la lucha.

Lo que resultó significativo es que la huelga terminó por convencer a muchos trabajadores de la importancia que tenía la organización para el logro de sus objetivos. Fue de aquí de donde nacieron los sindicatos católico y socialista, de cuya historia veremos algunos aspectos, por la luz que arrojan sobre la condición y los sentimientos de los trabajadores ordinarios.

En 1889, los católicos tenían algo de apoyo entre los trabajadores de base, mientras que el PSD no tenía ninguno. Esto se debía en parte a las leyes antisocialistas que había por escrito, aunque no se las puso en práctica sino hasta 1890. De modo que los católicos encabezaron la organización sindical, al menos en sus etapas preliminares. La historia organizativa de la fundación de los sindicatos se caracteriza por las mismas intrigas y pleitos personales y sectarios que ocurrieron desde la época de los doce apóstoles hasta la de Mao, Castro y el Che Guevara, siempre que los seres humanos se han tratado de organizar para mejorar su situación, y por ello no es necesario infligirle al lector los detalles de esta historia. El 20 de octubre de 1889, los socialistas pudieron establecer formalmente la Unión para la Protección y Promoción de los intereses de los mineros en las tierras del Rhin y en Westfalia, que la historia conocería con el nombre de *Der Alte Verband*. Los esfuerzos de los católicos por conseguir una organización formal tuvieron éxito en 1894 cuando se fundó la *Gewerkverein christlicher Bergarbeiter für den Oberbergamtsbezirk Dortmund*.[32] Si bien en el aspecto formal esta asociación era interdenominacional, predominaban en ella los católicos. Una situación parecida prevalecía en la otra organización, *Der Alte Verband*, y por su parte, también los líderes del PSD querían atraerse a los católicos y a cualquier otro que pudiera encontrar para promover sus intereses.

De modo que, como sucede casi siempre, el impulso hacia la organización vino de los de afuera, de gente que tenía sus propios intereses que promover

[31] *Idem*, 40. Sobre el sentimiento de aislamiento de los propietarios véase la 51.

[32] *Idem*, 48-9, 51, para la historia inicial de *Der Alte Verband*; Adelmann, "Betriebsverfassung" 114, para los católicos y la *Gewerkverein*.

y sus propias concepciones de lo que debían querer los trabajadores. Las altas y bajas en la historia de la organización nos dan una buena pista sobre lo que efectivamente querían los mineros. Los pleitos entre los líderes en torno a la religión y a la política casi estrangularon a la joven organización socialista desde su nacimiento, a pesar de lo cual, con el tiempo se constituiría en la más fuerte de las dos.

Los mineros, por supuesto tenían muy poca paciencia con estos pleitos sobre asuntos religiosos y políticos. Como lo muestran los informes, en ésta y otras ocasiones posteriores, muchos de ellos ya tenían sus convicciones religiosas y políticas profundamente arraigadas, y si los líderes reales o los que aspiraban a serlo ofendían esos sentimientos, era a sus expensas. Por lo demás, lo que los mineros deseaban de un sindicato, si llegaran a tenerlo, era una organización para defender y promover sus intereses económicos, y cuando los líderes trataban de promover otros intereses, los mineros simplemente se negaban a seguirlos.

Al principio, los líderes de *Der Alte Verband* cometieron el error de tratar de promover ideas socialistas. Éstas eran ofensivas para los católicos, mientras que el resto de la masa de mineros se mostraba indiferente y hasta hostil. La membresía, que comenzó con 58 000 en 1890, cayó hasta 5 000 en 1899,[33] pues los católicos que se habían sumado a la fundación del *Verband* se habían retirado casi inmediatamente después, en 1890. Pero esto no es suficiente para explicar su catastrófica disminución. Durante esta primera etapa el periódico del *Verband* cayó en manos izquierdistas y en breve tiempo se volvió cada vez más radical. En el Congreso Internacional de Mineros que se realizo en París en 1891, uno de los jefes más importantes del *Verband* puso una ofrenda sobre la tumba de los comuneros, en nombre de los mineros alemanes,[34] y casi al mismo tiempo patrocinó lo que parece haber sido una huelga muy mal preparada en la que sólo tomo parte un número muy pequeño de trabajadores —estimados en unos 20 000 del total de 139 000 que había en esa zona—. Los católicos se opusieron a esa huelga que muy pronto fracasó.[35] Además de una serie de acciones políticas que fracasaron en su objetivo de despertar el entusiasmo de los mineros, esta experiencia seguramente los convenció de que la organización no podría hacer mucho por ellos.

Así pues, la organización habría muerto si no hubiera sucedido otra cosa en 1895, los líderes fueron víctimas de una persecución por motivos políticos basada en evidencias muy endebles, lo cual provocó la simpatía de un amplio segmento de público que no tenía ninguna relación con la social-democracia. La persecución levantó una ola de solidaridad entre los mineros que reunieron más de 62 000 marcos para sus víctimas. Una semana después, el *Alte Verband* reeligió a la principal de las víctimas como su primer jefe.[36] Era ése

[33] Koch, *Idem*, 53, 142.
[34] *Idem*, 53-4.
[35] *Idem*, 55.
[36] *Idem*, 56-7.

el mismo hombre que había colocado la ofrenda en la tumba de los comuneros en París. Resulta claro que si los miembros habían mostrado con su comportamiento una falta de interés en este tipo de acciones políticas, un ataque injusto contra uno de ellos era algo que muchos sí entendían y a lo que respondían con calidez y con sacrificios personales muy concretos.

La situación empezó a mejorar en 1895, cuando Otto Hue se volvió editor del periódico. Bajo su dirección, se adoptó una política de neutralidad trade-unionista: los asuntos políticos y religiosos no se discutirían dentro del sindicato y éste, como tal, no tomaría partido en ellos. Así, las cifras de membresía empezaron a crecer: en 1900 había 36 000 y para 1912 eran ya 114 000 (en cambio, los competidores, o sea la *Gewerkverein* católica habían tenido un incremento de 5 400 en 1895 a 78 000).[37] En 1912, el *Verband* tenía bajo su égida al 29% de los 394 000 mineros que componían la fuerza de trabajo. Éste es un porcentaje muy respetable, aunque algo por debajo de la proporción total de los asalariados industriales organizados en sindicatos del PSD y que eran cerca de un tercio. Evidentemente, una buena parte de los mineros, seguramente los más "avanzados", sentía que valía la pena pertenecer a un sindicato aunque de nombre fuera socialista.

Merecen atención las consecuencias políticas generales. Hasta 1914, Otto Hue, lo mismo que otros importantes socialdemócratas ocupados de asuntos sindicales, había considerado a los sindicatos como apenas algo más que un lugar de reclutamiento para el partido, pues tenían miedo de que pudieran provocar un retroceso (*Versumpfung*) en la doctrina marxista, pero después de esta fecha cambió abruptamente de opinión hasta convertirse en uno de los líderes más prominentes del ala conservadora del PSD, opositora de Rosa Luxemburgo y hasta de Karl Kautsky.[38] Cuando la cuestión de la huelga de masas como arma política del proletariado se volvió crítica, en 1905, Hue fue uno de los líderes sindicales que con más vehemencia se opuso a la idea.[39] Lo que sucedió es que Hue había sido más radical y había llegado a su posición conservadora por la vía de la experiencia. En su caso, esto quería decir haber dirigido uno de los sindicatos más grandes afiliados al PSD (los otros dos eran los de los obreros metalúrgicos y textiles). Más aún, el suyo no era un sindicato de obreros relativamente calificados que vivían en pequeñas ciudades, como era el caso de otras uniones del partido, sino que eran trabajadores que ejemplificaban de manera privilegiada el impulso antirradical y reformista en el PSD.[40]

La conclusión que surge de estas consideraciones es que la presión de las bases del "proletariado" fue empujando a Hue a la derecha y lo obligó a

[37] *Idem*, 142.

[38] *Idem*, 57-8.

[39] *Idem*, 104-5. El autor señala que la situación de los mineros era algo especial porque la Unión Católica se oponía abiertamente a la idea de la huelga de masas. Pero de hecho, eso mismo sucedía con los líderes de casi todos los sindicatos socialistas.

[40] Véase Carl E. Schorske, *German Social Democracy 1905-1917*, 108-10 así como los datos que presentamos antes en el capítulo seis. Si a la vuelta del siglo la masa de obreros no era proletaria en un sentido significativo, sería mejor abandonar de plano el término, en una decisión semántica muy recomendable.

abandonar todo discurso que pusiera al socialismo en la agenda inmediata. Sin duda fue su propia evaluación de las necesidades y actitudes de los mineros lo que lo empujó en esa dirección y es esta una conclusión que vale la pena tomar en cuenta en cualquier evaluación que se haga sobre las inclinaciones o el potencial revolucionario del Estado industrial más avanzado en la Europa de ese momento.

Podemos ahora observar la huelga de 1905, la más grande y la más famosa de la huelgas mineras de antes de la guerra, con el fin de darnos cuenta de qué es lo que nos revela sobre los sentimientos y el comportamiento de los trabajadores de base. Todos los antecedentes apoyan la tesis de que los salarios no eran la principal precupación de los mineros. En la gran huelga de 1889, esta cuestión se había agregado después de iniciado el movimiento, y en 1905, según Koch, esto ni siquiera se consideró como asunto a incluir. Una de las razones puede ser el hecho de que desde tiempo atrás las tarifas se habían elevado con más rapidez que los precios de los alimentos.[41] Así que, más bien, los antecedentes parecen haber sido una intensificación de viejos agravios relacionados con el sistema de disciplina arbitraria, que se debían fundamentalmente a la rápida expansión de la producción. Fue éste el tiempo cuando la corriente de inmigración alcanzó su punto máximo. Los supervisores, algo desesperados y muy presionados, estaban en disposición de ser muy duros con los trabajadores inmigrantes no calificados e indisciplinados. Además, la falta de vivienda era muy grave. Por otra parte, la decisión del sindicato del carbón de cerrar algunas de las minas, amenazó a unos 10 000 de los mineros mejor colocados que tenían sus casas y terrenos propios[42] y, por si fuera poco, apareció la terrible enfermedad conocida como "enfermedad del gusano" (*Ancylostomiasis*) que se debía a un parásito intestinal que se reproducía en el calor, la humedad y la suciedad de las minas y provocaba una terrible anemia tan debilitadora que en ocasiones llevaba a la muerte. Y si bien es cierto que por lo general se le podía curar si se le atendía en su etapa inicial, un ataque requería una terapia dolorosa y llevaba a la pérdida de ingresos. En 1901 había como mil casos y un año después ya eran 29 000, luego de lo cual la epidemia empezó a ceder. La minería era una ocupación peligrosa de por sí y la tasa de accidentes había aumentado mucho conforme obreros no calificados llegaban a las minas, lo cual sucedía al mismo tiempo que aumentaba la producción.[43]

De este modo no nos sorprende que los mineros compartieran un estado tan excitable antes de que estallara la huelga en 1905, pues aunque los golpes cayeron con más fuerza en el sector de los inmigrantes, todos los mineros se vieron afectados o por lo menos amenazados. Y a pesar de esto, no sería muy correcto hacer demasiado énfasis en estos golpes, porque a excepción de la enfermedad citada, todas estas condiciones, como veremos más adelante,

[41] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 79.
[42] Gladen, "Streiks", 134.
[43] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 83-6. Hay más detalles en Bruno Heymann y Karl Freudenberg, *Morbidität und Mortalität der Bergleute im Ruhrgebiet*, 108-13.

eran similares a las de los obreros del hierro y el acero que, sin embargo, nunca se lanzaron a una huelga masiva, y por amenazante que haya sido esa enfermedad, es difícil considerarla como la causa principal de la huelga ya que tomó la forma aparente de un desastre natural.

La comparación con los trabajadores del hierro y el acero se vuelve más interesante aún cuando observamos las causas inmediatas de la huelga de los mineros, la cual estalló cuando una de las minas *Stinnes* colgó avisos de un aumento del tiempo que los mineros tendrían que pasar viajando hacia abajo hasta alcanzar sus lugares de trabajo. Como ya se señaló en el capítulo anterior, ésta era la forma en que los administradores de las grandes plantas de hierro y acero en el Ruhr cambiaban periódicamente las reglas de trabajo con absoluta impunidad, y aunque a los trabajadores no les gustaba esa práctica, la consideraban como parte de un mal sistema. Para los mineros, en cambio, esto se veía bajo una luz muy distinta. Una decisión tan arbitraria de la administración violaba un artículo de la ley de minería (*Berggesetz*) según el cual no se podía introducir cambios en las reglas del trabajo sin consultar con los obreros más viejos. Entonces, en esta ocasión los mineros se negaron a trabajar y el fantasma de la huelga creció con rapidez.[44]

En otras palabras, los mineros dieron un golpe porque vieron que el patrón violaba sus derechos legítimos, y en esta ocasión no estaban defendiendo derechos tradicionales heredados de sus ancestros, sino uno que se había ganado recientemente después de una lucha muy dura: la *Berggesetz* había sido enmendada en 1892 a su favor como consecuencia directa de la gran huelga de 1889.[45] Pero aunque apenas los habían ganado, los derechos por los cuales los mineros lucharon en 1905 estaban muy mezclados con la tradición. Incluso durante el período de mayor libertad de los dueños de las minas respecto a la interferencia estatal, la *Berggesetz* no estuvo del todo suspendida y los mineros sentían que había una autoridad legítima a la cual podían recurrir para quejarse.[46] La ley le confería legitimidad a las demandas de los mineros —una sensación de que tenían derecho a actuar y que por lo tanto podían y debían emprender acciones colectivas—, lo que en ese tiempo faltaba completamente entre los trabajadores del hierro y el acero.[47] Sin embargo, esto no fue sólo una bendición, porque si bien la creencia en que estaban en lo correcto les daba a los mineros la fuerza

[44] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 88-92.

[45] Gladen, "Streiks", 135. Según Wolfram Fischer en *Wirtschaft und Gesellschaft im Zeitalter der Industrialisierung*, 157, la *Nouvelle* de 1892 requería de la existencia de reglas públicas de trabajo (*Arbeitsordungen*) en las minas, pero no especifica cuál debía ser su contenido. Sólo después de 1905, luego de otra *Nouvelle*, la validez de las reglas se volvió dependiente del acuerdo de un comité electo de trabajadores. Es evidente que el "contrato social" prevaleciente era ambiguo, lo cual probablemente contribuyó a la amargura de la lucha. En el fondo, el asunto tenía que ver con quién determinaría las reglas del trabajo, si la administración o los trabajadores.

[46] Véase Adelmann, "Betriebsverfassung", 59 para una discusión general y 61, 87 para ejemplos específicos de las quejas. También Fischer, *op. cit.*, 158-60.

[47] La importancia de la *Berggesetz* y de la *Gedinge* como fuentes de legitimidad y de organización en las minas de Sajonia, aparece con claridad en la autobiografía de Franz Louis Fischer (que no debe confundirse con Karl Fischer) *Arbeiterschicksale*, 89-96, 104-8.

para recurrir a la opinión pública y a las autoridades, y aunque hicieron esto con buenos resultados, también se convirtieron en prisioneros de ambas. En 1889, una de las consecuencias del apoyo respetable de la prensa había sido la de empujar a los mineros hacia las negociaciones pacíficas, de las cuales no obtuvieron nada, en términos de ganancias materiales.

En 1905, en el clímax de su huelga, empezaron a circular informes de que el gobierno estaba considerando otra modificación favorable a la *Berggesetz*. Como resultado de esto, la huelga empezó a desintegrarse rápidamente. De todos modos, es muy probable que los mineros no hubieran podido hacer nada más en esas circunstancias, pero esa no es la cuestión. Más bien, de lo que se trata es de lo que tiene que ver con las limitaciones inherentes a una forma de protesta que deriva su legitimidad de los esquemas prevalecientes dentro del orden establecido.

Más que el de 1889, el estallido de 1905 fue el resultado de la rabia y la presión desde abajo. Los sindicatos —que mientras tanto habían aumentado en mucho su membresía— por una vez abandonaron sus diferencias y en tono urgente advirtieron a los trabajadores en contra de la huelga.[48] Su estrategia consistió en usar la excitación entre los obreros para reclutar a sus miembros, mientras trataban de evitar la confrontación directa con los patrones, para la cual no juzgaban oportuno el momento. El comportamiento de los líderes recuerda el de los grandes generales mercenarios de la guerra de treinta años, que muchas veces buscaban grandes ejércitos como bases de poder y prestigio, pero trataban de evitar las batallas porque eran muy caras y muy peligrosas. Al mismo tiempo, los líderes sindicales estaban atrapados en un dilema: si no aprovechaban esa excitación, el movimiento de los trabajadores se "iría por tierra", con consecuencias todavía más graves.[49]

De modo que los líderes se sentaron y se pusieron a elaborar apresuradamente una serie de demandas para presentar a los patrones. En la lista de catorce puntos podemos ver, como observa Koch, todos los asuntos que habían creado problemas a los trabajadores durante los últimos veinte años y sobre los cuales no habían obtenido satisfacciones. Puesto que revelan muy claramente esto, vale la pena citarlos todos, aunque sea resumidos:

1. Turnos de ocho horas, dentro de las cuales se consideraba el tiempo desde y hasta los yacimientos, y turnos de seis horas en las zonas muy húmedas o muy calientes.
2. No tiempos extras ni dominicales, excepto para urgencias tales como labores de rescate.
3. Fin al sistema de no pagar los carros mal cargados, conocido como sistema de "vagones cero".
4. Elecciones secretas para el puesto de inspector de carga.
5. Salario mínimo para todas las categorías de obreros.

[48] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 89.

[49] Para detatalles muy esclarecedores sobre cómo funcionaron esas consideraciones en el nivel local, véase Adelmann, "Betriebsverfassung", 134.

6. Creación de un comité de trabajadores para presentar y resolver los desacuerdos con la administración respecto a las diferencias salariales y a otras quejas y abusos.

7. Introducción de un sistema de supervisores de minas elegidos por los trabajadores.

8. Reforma del sistema de beneficios.

9. Carbón para uso doméstico entregado al costo y en cantidad suficiente para los mineros y sus familias.

10. Eliminación de castigos tan frecuentes y severos.

11. Un mes de aviso, en lugar de catorce días, para desocupar las casas de las minas.

12. Trato humano para los obreros. Castigar y despedir a los funcionarios que maltrataban a los obreros o abusaban verbalmente de ellos.

13. No imponer castigos por participar en la huelga.

14. Reconocimiento de los sindicatos por parte de los patrones.[50]

La característica más sorprendente de estas demandas es que son rigurosamente de los mineros (aun si varias de ellas, como por ejemplo la demanda para un trato humano decente, fueran ampliamente compartidas por los obreros industriales en la Alemania de la época) y reflejan el deseo de ser aceptados como seres humanos con dignidad y derechos dentro del orden social prevaleciente, al tiempo que representan un esfuerzo por sacarle un poco más a ese mismo orden, a fin de tener un poco de control sobre sus condiciones de trabajo.

Llaman la atención los aspectos de esta situación que les parecían injustos: horarios largos e irregulares sobre los cuales no tenían control, castigos que a sus ojos los privaban del pago debido al duro trabajo que habían desempeñado (un ejemplo más del sentimiento de injusticia sobre el fracaso para recibir una gratificación adecuada al esfuerzo invertido), la atmósfera general de autoridad arbitraria combinada con el abuso sobre sus personas, la falta de un salario mínimo seguro, debajo del cual no debían caer sus pagos (otro ejemplo más de la creencia popular de que se deberían tener "suficientes" bienes materiales para cumplir con el papel social que se tenía asignado, pero sobre una base segura). Si las ponemos en el contexto riguroso de los mineros, las demandas aún reflejan una pauta común y reconocible que es el eco de un código potencialmente universal.

Por supuesto que ésta no era la forma en que los patrones veían las demandas, de modo que una vez más las rechazaron como algo que infringía más allá de lo tolerable las prerrogativas de la administración. La negativa dio pie a la huelga que se proclamó el 16 de junio de 1905. Más de una tercera parte de los mineros ya estaban en huelga; lo que no podemos saber hoy es si organizados o no.[51] Con la proclamación oficial de la misma después de la negativa tajante de los dueños, la participación alcanzó dimensiones nunca antes vistas en la historia de los mineros, y hasta donde yo sé, en la historia

[50] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 90-1.

[51] *Idem*, 91-2, 107; Gladen "Streiks", 136-7.

general de los movimientos obreros. Al día siguiente, dos terceras partes de la fuerza de trabajo de las minas estaban en huelga, y un día después ya eran más de tres cuartas partes; la participación se siguió dando en este nivel y hasta un poco más durante las siguientes tres semanas.[52] Es muy probable que no todos los mineros que se unieron al paro estuvieran de acuerdo con los catorce puntos; sin embargo, sería difícil creer que éstos fueron inventados por líderes que ignorasen lo que tenían en mente las masas de mineros, o de que éstos se hubieran arriesgado a los peligros que implicaba una huelga por pura diversión y excitación. La enorme participación en la huelga, que de nuevo se convirtió en una *cause célèbre* nacional, demuestre de manera muy impresionante la resonancia que tenían esas demandas entre las masas de mineros, incluidos aquellos que estaban fuera de los sindicatos. Unas tres quintas partes de los mineros pertenecían a alguno de los cuatro sindicatos en competencia, mientras que, como ya se dijo, la participación en la huelga siguió manteniéndose por un tiempo al mismo nivel de más de tres cuartas partes.[53]

A lo largo de la huelga, los mineros no tuvieron éxito en sacarle una sola concesión a los patrones, pero esta forma de acción colectiva, a pesar de las simpatías públicas que despertaba, fue seguramente la responsable de los cambios en la *Berggesetz*, que se acercaban bastante a satisfacer las demandas de los mineros. Los informes de que la legislación estaba siendo estudiada, contribuyeron a la rápida desintegración de la huelga a principios de febrero de 1905. Por fin, luego de un retraso, se introdujo la nueva legislación el 14 de julio de ese mismo año, la cual:

1. Estipulaba que el tiempo para viajar dentro de la mina no debía exceder de una hora, y cualquier cantidad de tiempo que sobrepasara ese lapso debería ser pagada y tomada en consideración dentro de una jornada de ocho horas.
2. Abolía la regla de no pagar los carros que no habían sido suficientemente llenados.
3. Establecía comités de obreros para funciones de asesoría y mediación.[54]

De modo que, en contra de la voluntad de los patrones, el gobierno había avanzado mucho hacia la satisfacción de las demandas de los obreros. Ante todo, eliminaba la fuente de conflicto de la última década que eran los "vagones cero", y daba a los trabajadores un pie en las prerrogativas de la administración sobre la disciplina del trabajo, además de hacer algo para asegurar que los trabajadores no cargaran con todo el peso de los costos extra que surgían del hecho de que el hombre excavaba cada vez más profundamente en la tierra para sostener su nueva civilización industrial.

Los propios mineros señalaron su sensación de que la victoria valía la pena y de que los métodos eran más o menos adecuados, volcándose hacia los sindicatos. En 1904, el 48% de los mineros pertenecía a tres de ellos: 30% en el

[52] Koch, *Idem*, 143.
[53] *Idem* 107.
[54] *Idem*, 100.

Alter Verband que era nominalmente socialista, 16% en la católica *Christlicher Gewerkverein* que oficialmente era interdenominacional y que en el verano de 1905 eliminó de sus estatutos la cláusula según la cual sus miembros se definían como "enemigos de los principios y pretensiones socialdemócratas"[55] y un 20% en la recientemente formada *Polnischer Berufsverein*, que estaría destinada a mostrar el crecimiento más rápido en los años siguientes. Para 1911, el número total de mineros había pasado de alrededor de 270 000 a más de 350 000, 71% de los cuales estaba ahora en organizaciones, lo que era un indicador del gran éxito que se había tenido para atraer a los no organizados. El *Alter Verband* mostró la menor tasa de crecimiento, pues su parte sólo aumentó hasta un 34%, mientras que el católico subió al 24% y el polaco llegó hasta el 13%. Los trabajadores recientemente organizados se unían a sindicatos con un sabor étnico y religioso más que a aquellos que vagamente se identificaban con el socialismo.[56]

Dejemos en este momento a los trabajadores mineros del carbón, precisamente en el clímax de sus esfuerzos por la organización y la acción colectivas. La gran huelga de 1912 fue anticlimática. Como ostensiblemente se estalló para obtener aumentos salariales y fue la única huelga importante de antes de la guerra en la que este tema fue central, no pudo reunir mucho apoyo y pronto fracasó. Más que una huelga, parece haber sido ante todo una medida diplomática del *Verband* para desacreditar a la Unión Católica y absorber a sus miembros. En respuesta, y para evitar unirse a ello, esta última hizo un llamado al patriotismo, afirmando que la amenaza de huelga en Inglaterra en ese momento podía dar a Alemania una buena oportunidad para tomar una parte del mercado si la producción continuaba. En este ejemplo, como en otros, el patriotismo coincidió con el interés de los obreros por su trabajo; así es la cosa con la política de los sindicatos. Después de sólo ocho días, los líderes rompieron la huelga y esta conducta los desacreditó y llevó a una pérdida importante en el número de miembros.[57] Sin embargo, ya para entonces los sindicatos tenían problemas en todo el país. Lo que yo creo que demuestra la huelga es que el éxito que tuvieron los mineros para crear instrumentos de acción colectiva había empezado a generar nuevos problemas y a intensificar algunas viejas líneas de ruptura. Antes de que pasara mucho tiempo, la guerra vendría a causar heridas tan severas que taparían —aunque no eliminarían— estos problemas.

Si observamos para atrás los registros históricos sobre los esfuerzos de los mineros para establecer una identidad colectiva y una presencia política efectiva, destacan cuatro factores interrelacionados que contribuyeron de manera decisiva a este resultado. En primer lugar, la expansión del producto obtenido de las minas de carbón se dio sobre todo por vía de la expansión de la fuerza de trabajo. Éste fue el factor más importante de todos los que

[55] *Idem*, 110.

[56] Los porcentajes fueron obtenidos a partir de la tabla en Adelmann, "Betriebsverfassung", 118.

[57] Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 121-9, 146; Gladen "Streiks", 141-8.

tuvieron que ver en esta situación, pues significaba que el minero con su pico seguía siendo un elemento decisivo en el proceso de producción. En segundo lugar, la situación favorecía la preservación de las relaciones sociales y las tradiciones heredadas del pasado, particularmente de la *Gedinge* como método primitivo de negociación colectiva y de la *Knappschaften* como modo de organización primitiva para la seguridad en contra de los peligros del empleo. Un tercer factor era la tradición de la supervisión gubernamental sobre las operaciones de las minas. Incluso si ésta disminuyó drásticamente con el advenimiento de la legislación liberal, no desapareció por completo. La *Berggesetz* proporcionó un modelo al cual era posible acudir y que convirtió la protesta en contra de agravios específicos en algo distinto de la subversión al buen orden. O sea que facilitaba la protesta colectiva y al mismo tiempo ayudaba a delimitar los objetivos de dicha protesta.

El cuarto factor era la constante inmigración hacia las minas que a su vez era consecuencia de la expansión de la producción por la vía del incremento en el número de obreros. En la mayoría de los relatos, la inmigración aparece como algo que contribuyó a las divisiones culturales y religiosas entre los mineros y, por lo tanto, como un factor que inhibía la identidad y la acción colectivas. Sin duda, ésta es una parte importante de la verdad, pero aún hay razones para dudar de que constituya su parte más importante. El papel de los no atados y los no organizados como causa del descontento que forzó a los líderes a emprender acciones militantes, aparece como tema recurrente en la historia de las luchas de los mineros. Los no organizados, incluso quizá los no organizables, eran predominantes, aunque no exclusivamente, nuevos reclutas para la minería. Sin ese fermento de descontento militante era imposible que hubieran tenido lugar las luchas. La organización social y las tradiciones heredadas del pasado y perpetuadas por los requerimientos de una industria que aún no podía alterar la tecnología fundamental de la producción, proporcionó el modelo para los esfuerzos de los mineros para resistir y suavizar el impacto de la nueva disciplina burocrática dirigida hacia el aumento de la producción para el mercado. Sin embargo, sin el juego que significaron para ellos los elementos sociales "irresponsables" liberados de las inhibiciones de la tradición, los mineros organizados hubieran sido mucho menos activos. De modo que fue esta fusión de la preservación limitada *junto* con la destrucción de su pasado colectivo lo que ayudó y forzó a los mineros a crear su nueva identidad colectiva.

3. *Los trabajadores del hierro y el acero*

Cualquier intento por atisbar la vida real de las "masas laboriosas" en las fundiciones, altos hornos y laminadoras del Ruhr antes de 1914, exige enfrentarse no sólo con los humos de la retórica sino también con el ocultamiento de las evidencias producidas por el tiempo y por el desinterés. Ni siquiera es fácil responder a la pregunta más elemental: ¿qué tan grandes

eran esas "masas trabajadoras"? Como se señaló antes, el censo ocupacional de 1907 arroja un total de 135 000 trabajadores de la fundición y vertedores de hierro, es decir, no más del 11% del total de los obreros industriales del Ruhr (1 258 000). Para 1914, sin duda, había muchos más. Una publicación de la Unión de Metalúrgicos Alemanes, que apareció en 1912, hace una lista de las grandes empresas del Ruhr y del número de trabajadores empleados en cada una de ellas.[58] Si los sumamos, tendremos un total de 180 000 obreros. Sin embargo, muchas de esas empresas también tenían operaciones fuera del Ruhr, de modo que los obreros inflaban el total en una cantidad imposible de determinar. Si juntamos los datos del censo de 1907 con la lista de metalúrgicos y dejamos algo de lugar para el crecimiento, tendremos que para 1914 de seguro no había tantos como 200 000, pero tampoco menos de 150 000. Ésta es la estimación más exacta que puedo dar, pero es imposible que esté muy lejos de la verdad si pensamos que sólo uno de cada ocho trabajadores del Ruhr servía a los nuevos gigantes.

El carácter político de los obreros del hierro y el acero se encuentra en fuentes dispersas y aparece como exactamente opuesto al de los mineros del carbón. Como acabamos de ver, éstos fueron bastante receptivos a la organización sindical y, lo que es más importante, obligaron a sus líderes a entrar en los movimientos laborales más grandes que sacudieron a la sociedad alemana antes de 1914. Los trabajadores del hierro y el acero en el Ruhr no hicieron nada parecido y más bien fueron la desesperación de uno de los más grandes y poderosos sindicatos de la Alemania de preguerra, el de los metalúrgicos, que era incapaz de organizarlos. Aunque no necesariamente estaban contentos, por lo menos para afuera eran muy dóciles.

Ésta es, por supuesto, una razón de por qué hay tan pocas evidencias sobre ellos. Las marcas más visibles que las clases bajas han dejado en los registros históricos son las de aquellas ocasiones en que les crearon problemas a sus superiores. En ocasiones da la impresión de que no pudieron responder a los esfuerzos de aquellos que, tanto desde dentro de sus filas como desde afuera, trataron de ayudarles. Tal es el tipo de evidencia de que disponemos respecto a los trabajadores del hierro y el acero y en ella nos basaremos para afirmar con seguridad, que por alguna razón, hasta 1914 y aún después, éstos permanecieron en un estado de apatía e impotencia política y económica. Pero antes de investigar las razones de esta inercia frente a su propia suerte, sería prudente revisar las evidencias de su existencia.

La más útil e impresionante de esas señales es la que encontramos en las notas de viaje de Otto Hue que conocía bien a los mineros del carbón, y que fueron publicadas en 1908 en el *Metallarbeiter-Zeitung*, órgano de la Unión

[58] *Due Schwereisenindustrie* publicado por el Ejecutivo de la Unión de Metalúrgicos, 194-234. Yo supongo que había 5 000 obreros en la división Mulheim del Deutsch-Luxemburgische Bergweks und Hütten-Aktiengesellschaft (204-5) en donde no se da ninguna cifra, y 10 000 para la Westfälische Stahlwerke (233-4) por la misma razón. En algunos otros casos en donde el total se informaba como "funcionarios y obreros", he deducido una doceava parte de acuerdo con las razones matemáticas generales entre "los administradores" y los obreros que se muestran en la tabla número 6.

de Metalúrgicos, en ocasión de una de sus visitas a una gran fundidora y a una zona de laminadoras. Según se relata en este escrito, los magnates de la fundidora mandaban autocráticamente sobre las enormes masas de obreros, y sus comentarios sobre los trabajadores, a pesar de o quizá por su tono elitista, merecen citarse en sus propias palabras: "Y la masa de los trabajadores vive con el punto de vista de que ésta es la forma en que debe ser, porque es la forma en que siempre ha sido. Los turnos son de doce horas en un taller hirviendo de caliente, y cuando el negocio es bueno y si el lugar lo permite, una jornada de veinticuatro horas hacia el fin de la semana. A veces, como ahora, cuando el mercado cae después de un empuje exagerado de la producción, una y otra vez habrá una o dos jornadas a la semana canceladas y sin pago. La pura idea de que pudiera lograrse la regulación para los intereses de todos nunca entra en la cabeza de la gran masa del proletariado que vemos aquí arrastrándose exhausta por las calles al fin de sus jornadas." Hue sigue con algunos comentarios sobre las casas miserables en las que esta masa "vegeta soportando callada su suerte y agachando la cabeza en reverencia ante el señor mi patrón'; para encontrar demasiado frecuentemente el olvido en el alcohol más miserable. Las estimulantes noticias sobre el poder de la solidaridad obrera y la organización sindical para elevar su nivel de cultura son terriblemente necesarios para estas miles y miles de personas".[59]

Un sentimiento de superioridad moral bastante honesto e incluso pedante, que era muy característico de los socialdemócratas de entonces, envuelve estas opiniones. Creo que es esta actitud la que cegó a Hue para entender el tosco vigor de esos trabajadores, su capacidad para aprovechar los placeres del momento de una forma que les hacía la vida soportable. Los hombres fuertes que se entregan a un trabajo físico pesado y muchas veces peligroso, muestran casi siempre estas cualidades. Pero, más allá de la referencia de pasada al alcohol, yo no tengo evidencias. Y sin embargo, reírnos de la actitud de Hue con nuestra moderna pedantería nos haría perder de vista lo más importante, y es que por más turbulentos que hayan o no hayan sido entre ellos mismos estos trabajadores, no hay razón para dudar del relato de Hue en el sentido de que eran dóciles y obsequiosos con sus patrones. Hue está informando sobre hechos que no eran agradables ni para él ni para sus oyentes en el sindicato, y esto podría acarrear serias consecuencias para las estrategias del mismo. En su momento, Hue lleva su idea de esta docilidad hasta una ilusión de inevitabilidad de algún modo perpetuada y sostenida por las condiciones en las que vivían esos trabajadores.

Si bien hay una buena cantidad de evidencias adicionales, éstas corroboran siempre la tesis de Hue sin dar ninguna pista para una explicación. Para el período anterior, encontramos las observaciones de Alfred Krupp (que murió en 1887), patriarca tiránico que consiguió la lealtad de por lo menos sus obreros mejor calificados. Una imagen muy diferente surge sin embargo de las descripciones del sindicato sobre las condiciones de trabajo,

[59] De un largo extracto en *Fünfundsiebzig Jahre Industriegewerkschaft 1891 bis 1966*, 134-8. Las partes citadas están en la 134-5.

una década y media después de su muerte. Para entonces, las actitudes patriarcales y las lealtades correspondientes ya no eran visibles y todo lo que quedaba era la tiranía del impulso para producir y ganar. Si juntamos todos estos fragmentos de información, podemos inferir con bastante seguridad que los patrones adoptaban actitudes patriarcales y paternalistas en épocas anteriores con el fin de buscar —y en buena medida la obtenían— la lealtad de sus trabajadores hacia la industria y hacia la empresa. Con la expansión industrial, estas actitudes, obviamente, se debilitaron aunque no desaparecieron por completo pues aún hoy encontramos restos de ellas.[60]

Tampoco se debe creer que los trabajadores aceptaban todo así nada más, aunque según los modelos actuales era enorme la cantidad de abusos que aceptaban. Hay en las fuentes utilizadas muchos comentarios sobre el problema de la insubordinación, que analizaremos con más detenimiento después. Sobre esta cuestión, los sindicatos no podían ayudar, ni lo harían después. Un recuento detallado de las huelgas y las tácticas huelguistas que aparece en el volumen del 75 aniversario de la Unión de Metalúrgicos, pasa sobre el Ruhr en silencio.[61] Para 1913, la Unión tenía ya unos 67 000 miembros en su IV distrito administrativo, que incluía al Ruhr, aunque era mucho más amplio. De éstos, unos 10 000 —según una división por ocupaciones de sus miembros— trabajaban en las grandes plantas de hierro y acero.[62] Esto resulta bastante patético comparado con la estimación mínima de unos 150 000 obreros de esta rama sólo en el Ruhr. También es cierto que la política sindical de la época tomaba la forma de vituperios y acusaciones bastante patéticos entre los que no tenían poder, como cuando la rama local de la socialista Unión Metalúrgica intercambió acusaciones con su competidora católica y con el sindicato Hirsch-Duncker durante una huelga menor. Cada uno de estos acusaba a los otros de mala fe y de tratos secretos con el patrón.[63]

También es muy sintomático el hecho de que el breve florecimiento de las uniones de las compañías, que tuvo lugar entre 1912 y 1914, sucediera en las fundidoras, en las plantas químicas y en las de fabricación de maquinaria del Ruhr. Estas uniones estaban financiadas por los industriales con la

[60] Véase Pounds, *The Ruhr*, 115 y sobre todo Klauss J. Mattheier, "Werkvereine und wirtschaftsfriedlich-nationale (gelbe) Arbeiterbewegung im Ruhrgebiet", en Reulecke, *Arbeiterbewegung*, 177-8. Véase en *Die Schwereisenindustrieal* 470, el retrato hostil que hace la Unión de la empresa Krupp y de otras grandes firmas productoras de acero. La identificación de los obreros alemanes con la empresa (como la de los primeros trabajadores que se enorgullecían de llamarse "Krupianos") recuerda a los obreros japoneses que tan bien retrata Ronald Dore en *British Factory-Japanese Factory*. Si bien los hábitos y actitudes japoneses tienen raíces propias, vale la pena notar que según este autor, uno de los líderes de fines del siglo XIX del movimiento japonés por la modelación de la fábrica como familia extensa, afirmó que encontraba su inspiración en Krupp y en la National Cash Register Corporation (395).

[61] Véase *Fünfundsiebzig*, 138-50.

[62] *Der Deutsche Metallarbeiter-Verband im Jahre 1913: Jahr-und Handbuch für Verbandsmitglieder*, Introducción, 98, 101.

[63] Véase *Idem*, 101-2, 111-16. El nombre de la unión católica era *Christlicher Metallarbeiter Verband*; el del sindicato Hirsch-Duncker era *Gewerkverein der deutschen Maschinenbau und Metallarbeiter*.

esperanza de estimular la lealtad al viejo estilo hacia la planta. Aunque no es fácil obtener cifras exactas sobre su membresía, parece que eran por lo menos 20 000 en 1913, lo cual los colocaba bastante adelante de la que tenía la Unión de Metalúrgicos.[64]

Sería erróneo, por supuesto, retratar la naturaleza política de todos los obreros del hierro y el acero con unas cuantas líneas y sombras de color gris apático, porque había mucha diversidad. Sólo unos cuantos de entre ellos eran modelos de ese patriotismo, de esas convicciones religiosas o de esa lealtad a la empresa que los patrones hubieran deseado que fuera la actitud predominante, pues en el otro extremo de la escala, los obreros en las industrias de metal de Düsseldorf tenían una reputación de estar bien puestos detrás de la lucha de clases.[65] Pero como en última instancia es el comportamiento lo que cuenta, y a este respecto el testimonio es unánime y decisivo, antes de la guerra no hay problemas laborales que merezca la pena mencionar ni en las fundidoras ni en las laminadoras ni en las plantas de producción de herramientas.[66] Esto basta para separar tajantemente a los obreros del hierro y el acero de los mineros del carbón.

Antes de investigar las razones de esta separación, convendría detenerse para considerar ciertos aspectos significativos que salen a la luz en las evidencias hasta ahora analizadas. Cuando se inició la guerra, los obreros del hierro y el acero contaban con una élite de trabajadores organizados que estaba totalmente fracturada a lo largo de diversas líneas de ruptura potencial: religiosas, nacionales, económicas y políticas, debajo de la cual estaba una masa de obreros no organizados y por lo general inertes. Ésta no es la situación que se podía esperar en el momento clave del cambio tecnológico en el corazón industrial del país más avanzado de Europa. De hecho, es una situación inexplicable en términos de cualquier concepción que se tenga de los sindicatos como *el* mecanismo institucional que ata a los nuevos trabajadores al *statu quo* y que hace a las clases obreras industriales esencialmente conservadoras. Los obreros del hierro y el acero en el Ruhr estaban atados al *statu quo* y eran muy conservadores, por lo menos en su comportamiento, y sin ninguna preparación o *dressage* de su alma por parte de los sindicatos. Es

[64] Mattheier, *Werkvereine*, 188-9, da un total para 1913 de alrededor de 55 000 con 21 000 en las minas. La mayoría de los 34 000 metalúrgicos estaba en las fundidoras y fábricas de herramientas. Según el *11 Sondergeft zum Reichs-Arbeitsblatte Die Verbände... 1913*, segunda parte, 49, la *Werkvereine* tenía alrededor de 20 000 miembros distribuidos en todas las ciudades importantes del Ruhr. Ésta es la cifra que yo adopto en el texto. La misma publicación (primera parte, 36) da una tabla en la que muestra la membresía en las uniones en diversas ciudades del Ruhr y la compara con la membresía en los sindicatos socialistas que arroja el total muy alto de 39 000 para las uniones de las compañías. No puedo explicar la discrepancia y por eso he utilizado la cifra menor. Aunque la comparación se refiere a *todas* las industrias y no sólo las del hierro y el acero, nos resulta interesante, pues muestra que las uniones de las compañías lucharon codo a codo con los sindicatos socialistas y en ocasiones los sobrepasaron en Essen, Gelsenkirchen, Bochum y Oberhausen. Pero en Düsseldorf, Elberfeld-Barmen y Dortmund los sindicatos socialistas sobrepasaron en mucho a las uniones de las compañías llegando su membresía hasta 84 000, es decir, más del doble de la de éstas.

[65] Reuleke, "Der Erste", 209.

[66] Mattheier, "Werkvereine", 177.

obvio que éstos eran demasiado débiles y estaban muy ocupados peleando entre sí como para proporcionarle un servicio de este tipo al capitalismo. Pero el conservadurismo de esos trabajadores era muy diferente del tipo del que surge en y a través de la organización sindical en los regímenes capitalistas liberales. Los dos tipos pertenecen a dos épocas históricas diferentes. El conservadurismo previo a la sindicalización de los obreros del acero parece una mezcla de residuos patriarcales con miedo y apatía. No hay en él —ni en la situación general— nada que se parezca a un interés en el *statu quo* sostenido por muchas actividades o por la esperanza de algo mejor si mejoraban y cuando mejorasen los negocios. Estas dos formas de conservadurismo reaccionarían de manera muy diferente bajo las tensiones de la guerra y la derrota. El tipo presindical de sumisión leal se disolvió en una diversidad de corrientes radicales, mientras que el nuevo tipo, basado en los trabajadores "sensibles", con la experiencia sindical adquirida durante la guerra, se volvió mucho más conservador.

Si volvemos a la situación de preguerra, la esencia de lo que requiere explicación ya apareció en la observación de que este sector del proletariado —un término mucho más aplicable a estos obreros que a los mineros del carbón— cargó con una gran cantidad de abuso, según nuestros patrones modernos. Y lo cargaba en su mayor parte con estoicismo, como si ese fuera el orden natural del universo. Por razones que explicaremos después, los metalúrgicos no fueron capaces de articular condenas. Buena parte de la evidencia indica que no existían siquiera modelos para ello y los trabajadores no podían convertirlos en bases efectivas para la acción en una medida siquiera parecida a la de los mineros.

En este punto es necesario ser lo más precisos que nos permita la evidencia. No se puede afirmar que la acción de los mineros como tales fuera particularmente efectiva. Tampoco es necesario afirmar que los obreros del acero se sentían *menos* mal sobre su situación de lo que se sentían los mineros, aunque creo que así era. Todo lo que la evidencia nos permite afirmar es esto: un gran número de mineros pudieron desarrollar, a partir de *sus* experiencias de vida, un conjunto de pautas que les permitieron afirmar que no tenían por qué soportar abusos y que tenían que emprender acciones colectivas para cambiar su situación, y esto fue lo que hicieron con éxito, por más limitado que fuera. Entre los obreros del hierro y el acero no hay en cambio ningún signo similar. Al contrario, los informes no hablan de huelgas, hablan de Uniones de las Compañías en lugar de sindicatos y de una fuerza de trabajo bastante dócil. ¿Cuáles son los factores que permiten explicar estas diferencias?

Bien podrían haber sido diferencias en las capacidades organizativas que debían de tener en cada caso. Si ésta fue la razón principal, entonces es inútil buscar una explicación, pero si se pudiera descubrir el secreto, eso se haría en los archivos de los sindicatos, de los funcionarios de los gobiernos locales y de los patrones, pues los registros publicados que yo he podido consultar no

dan ninguna pista en esta dirección[67] y en términos generales, este tipo de explicación no es muy prometedor. En sentido estricto, las mismas influencias funcionaban para los mineros que para los metalúrgicos: una diversidad de sindicatos con diferentes tintes religiosos y políticos, así como un conjunto de patrones autoritarios que en muchos casos eran los mismos para ambos grupos de trabajadores. Aunque es imposible dar una explicación basada en técnicas diferentes de organización, tampoco parece un camino muy prometedor. Lo mejor será dejar de lado este aspecto y examinar la situación de los propios trabajadores, pues seguramente había aspectos de ella que hicieron que los obreros de la fundición o de las laminadoras no respondieran a la agitación y esto hizo su situación diferente de la que prevalecía en las minas de carbón.

Había algunas diferencias respecto a cuestiones absolutamente materiales, como las horas de trabajo, los salarios, los esfuerzos físicos y los peligros a los que estaban expuestos, pero no parecen suficientes para dar cuenta de la ausencia de esfuerzos colectivos entre estos trabajadores. También aquí, como con los mineros, el exceso de horas de trabajo aparecía como una de las principales quejas[68] y respecto de los salarios, la diferencia principal entre las dos ocupaciones era que para los metalúrgicos había un rango mayor de tarifas de pago que para los mineros.[69] Esta diferencia bien puede haber tenido algún efecto en dividir a los trabajadores unos contra otros. Volveremos pronto sobre esta cuestión en su contexto más amplio. Sin duda, la Unión de Obreros Metalúrgicos lo pensaba así, pero los funcionarios de los sindicatos también se daban cuenta de que esa organización creaba muchos problemas porque a los obreros les parecía injusta y arbitraria. Este aspecto, según lo que se piensa hoy, hubiera podido proporcionar una apertura efectiva a los esfuerzos de organización.[70]

Si había o no alguna ventaja en el dinero que podían llevar a casa y de quién era esa ventaja, es difícil de determinar; tanto unos como otros consideraban sus salarios inadecuados, por lo cual es poco probable que los cálculos más complicados arrojaran una conclusión de gran ayuda para explicar por qué se comportaban de modo tan distinto.[71] También debe anotarse que

[67] Según un estudio sobre el Ruhr, los mineros nacidos en ese lugar, con sus tradiciones tan cercanas al mundo de los artesanos, fueron los primeros en ser receptivos a la organización por parte del PSD, cuyos dirigentes también en su mayoría tenían pasado artesano. Véase Koszyk, "Die Sozialdemokratische Arbeiterbewegung", 152-3. Sin embargo, esas evidencias sugieren que fueron precisamente las tradiciones y la situación de los obreros lo que marcó las diferencias y no las técnicas de organización.

[68] *Die Schwereisenindustrie*, 631, afirma tajantemente en su conclusión que ésta es la cuestión más importante.

[69] Véase Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 141.

[70] *Die Schwereisenindustrie*, 331-3.

[71] Los salarios promedio en los altos hornos del Ruhr eran de poco más de 1 500 marcos al año en 1910 según *Idem*, 326. Según Koch, 150, el salario promedio en las minas de carbón fue de 1 494 a 1 586 marcos por año entre 1908 y 1912, y cayó en 1910 a 1 382. Estas cifras nos bastan para indicar que seguramente muchos mineros y metalúrgicos ganaban las mismas tarifas, aunque también es seguro que muchos de estos últimos estaban en el lado más bajo de la escala de salarios y ganaban menos que aquéllos.

en el Ruhr, a pesar de la reputación de los patrones de ser especialmente retrógradas, los salarios en las minas de carbón y en las fundiciones eran los más altos de Alemania, considerando las principales zonas industriales y mineras.[72]

Respecto al peligro y a las exigencias físicas del trabajo, las estadísticas de los seguros muestran una tasa de muertes en la minería de casi el doble que la de las fundiciones y laminadoras,[73] pero es poco probable que muchos de los trabajadores ordinarios se fijaran en las estadísticas, además de que, por su parte, las plantas de hierro y acero eran lo suficientemente peligrosas como para admitir esas cifras. El estudio de la Unión de Obreros Metalúrgicos —que no menciona a los mineros del carbón— califica a esta industria como la más peligrosa y la que más exigencias físicas tiene: "En ninguna otra la muerte y la mutilación amenazan a los trabajadores en tan gran medida como en la industria pesada del hierro y el acero." En ese documento se informa de 125 muertos y 943 inválidos permanentes por año durante casi un cuarto de siglo, desde 1886 hasta 1909.[74] En una buena parte de los trabajos de esta industria las exigencias físicas eran muy severas, y hasta más que en las minas de carbón. Los operadores de los altos hornos trabajaban turnos de doce horas expuestos a temperaturas muy altas y estaban constantemente bañados en sudor mientras atendían los hornos y laminadoras.[75]

Pero en cualquiera que fuera su trabajo, los obreros del hierro y el acero encontraban condiciones muy duras y muy insalubres por el calor y el frío, la luz, la ventilación, el agua para beber, los lugares para lavarse y cambiarse de ropa o para comer, así como los sanitarios (estos últimos, en una de las secciones principales de la planta Krupp, parecían y sonaban como instrumentos de tortura medievales en los que en invierno había el peligro adicional de congelarse pegado a los asientos de fierro.[76]

Puesto que la evidencia respecto a todas estas cuestiones viene de las quejas de los propios trabajadores, según éstos las expresaron en los cuestionarios distribuidos por la Unión de Metalúrgicos, es poco probable que no se preocuparan por las malas condiciones de trabajo porque ya estaban acostumbrados a ellas o porque nunca hubieran conocido nada diferente, aun si la Unión les hubiera llamado la atención sobre esto.

Para resumir lo que hasta ahora se ha dicho; las evidencias muestran con bastante claridad que en estos dos sectores cruciales de la economía, y en el proceso histórico conocido como la creación de un proletariado, se dieron condiciones muy similares en cuestiones que se consideran decisivas para los obreros (horas de trabajo, salarios y exigencias físicas de trabajo), y con todo, la respuesta social y política fue muy diferente en los dos sectores. Para encontrar la explicación de esto será necesario buscar en otro lado, lo cual

[72] Véase Koch, *Bergarbeiterbewegung*, 79 y *Die Schwereisenindustrie*, 326.
[73] Koch, *Idem*, 145.
[74] *Die Schwereisenindustrie*, 542-53.
[75] *Idem*, XII.
[76] *Idem*, 508-28. La descripción de los servicios en la planta Krupp está en la 523.

no quiere decir que estas cuestiones no fueran importantes para los trabajadores, pues sí que lo eran, como lo pone de manifiesto toda la historia de los movimientos obreros. Las evidencias simplemente indican que lo considerado por los modernos correctamente como malas condiciones materiales no era por sí mismo suficiente para provocar una respuesta dirigida a cambiar la situación. Seguramente debían de existir otros factores que facilitaron una respuesta de este tipo entre los mineros del carbón y que la inhibieron entre los obreros del acero.

Algunas pistas prometedoras empiezan a aparecer en cuanto examinamos las relaciones de los obreros entre sí y con sus superiores dentro de la planta. Comparados con los mineros, los obreros del hierro y el acero eran un conjunto muy diverso y dividido, tanto que el surgimiento de cualquier forma de cooperación o de puntos de vista compartidos se enfrentaba con serios obstáculos. Los obreros de las fundidoras, según informa la Unión de Metalúrgicos, por lo general no sabían nada de los procesos de trabajo en otras partes de la planta, pues de acuerdo con el sistema de compartimentalización y de supervisión nunca abandonaban su propio lugar de trabajo.[77] Y es que si consideramos la tecnología tan compleja y rápidamente cambiante de la industria pesada, es difícil entender cómo hubieran podido moverse en ella. En cambio, para los mineros la situación era muy diferente, pues a pesar de las variaciones en el carácter de las vetas de carbón, se supone que un minero competente podía ser enviado a cualquier lugar. Una descripción de la época sobre la manera en que los obreros preparaban el material que debía consumir continuamente el alto horno, incluye nueve diferentes categorías ocupacionales y termina con un etcétera. Una lista similar de categorías de los obreros en las tuberías de una laminadora incluye catorce y también termina con el etcétera.[78] De modo que es evidente que algunas tareas requerían de enorme fuerza física y de resistencia, mientras que otras podían ser desempeñadas por obreros ordinarios contratados por día.[79]

Así, por razones puramente tecnológicas la organización del trabajo en las industrias pesadas de la metalurgia dividía a los trabajadores entre sí mucho más que en el caso de los mineros del carbón. Ésta también era la razón para un rango más amplio de escalas de salarios, además de que es probable que muchos grupos de trabajadores calificados y no calificados tuvieran que cooperar para poder llevar a cabo ciertas tareas específicas, lo cual seguramente despertaba sentimientos de lealtad mutua y daba lugar a pequeños núcleos de solidaridad. Sin embargo, no he encontrado ninguna descripción que indique que ése fuera el caso, aunque cuando aparecieron fue en lugares separados de plantas separadas, lo que hacía difícil la unión en torno a una experiencia común. No he encontrado ningún tipo de organización que se parezca a la *Gedinge*, que como se recordará era un grupo de los propios mineros con cuyo supervisor el superior negociaba las tarifas colectivas.

[77] *Idem*, XIII.
[78] *Idem*, 11, 22.
[79] Véanse las descripciones generales en Pounds, *The Ruhr* 105-120 y ver *Idem*, 6-25.

Las relaciones entre los trabajadores y sus superiores inmediatos eran muy malas en las dos ocupaciones. Según las quejas de los mineros que salían a la superficie en las huelgas, había gran cantidad de abusos por parte de los superiores. En las industrias del hierro y el acero, la situación no era mucho mejor. La Unión de Metalúrgicos preguntó sobre los abusos verbales en sus cuestionarios, que incluían 760 empresas, y reunió los resultados con sumo cuidado. En dos páginas de fina letra se enlistan los diversos epítetos que se decían a los obreros en las plantas del Ruhr y que constituyen una interesante compilación del vocabulario alemán. Buena parte de estos términos indican que los capataces, cuando ya estaban exasperados, veían a los obreros como estúpidos y flojos. En la misma encuesta se les pide a los obreros que califiquen el trato que recibían según cuatro categorías: bueno, satisfactorio, insatisfactorio y malo. Aún si este tipo de resultados exige una actitud escéptica para una adecuada interpretación, vale la pena mencionarlos:

Trato bueno y satisfactorio: 600.
Trato insatisfactorio y malo: 717.

Es decir, más de la mitad de los trabajadores quisieron informar que se les trataba mal o peor, aun para lo que se consideraban las pautas de ese momento. Algunos indicadores sobre la naturaleza de esas pautas aparecen en las respuestas a otra pregunta que pide a los obreros que informen sobre la presencia o ausencia del abuso físico. Las respuestas fueron:

No hay maltrato físico: 900.
Sí hay maltrato físico: 256.[80]

Aún si concedemos que el cuestionario es muy burdo y que seguramente la Unión tenía interés en exagerar el maltrato a los obreros, de todos modos podemos concluir una vez más que los trabajadores aguantaban bastantes abusos en términos de las pautas de la época.

En las grandes plantas de hierro y acero, los supervisores y capataces de menor importancia eran por lo general ex-trabajadores que se trataban de *tú (Du)* con los obreros. La segunda persona del singular tiene en alemán, lo mismo que en francés, una connotación ambigua: puede implicar familiaridad, intimidad o igualdad, *o* también superioridad hasta el grado del desprecio. (Quizá el lector recuerde que una de las demandas de los trabajadores en 1848 era la de que se dirigieran a ellos con la fórmula usual de cortesía que se empleaba para los no conocidos y que era la segunda persona del plural, *Sie*). Es obvio que en estos casos predominaba el elemento de superioridad. Los capataces tenían el poder de despedir a los obreros y en ese tiempo, según el sindicato, *no* había ninguna restricción legal al ejercicio de este poder. Un obrero podía ser despedido casi con cualquier pretexto que se le ocurriera al capataz, y muchos de ellos seguramente utilizaban esta autoridad para desahogar sobre los obreros toda suerte de envidias y disgustos personales.[81]

[80] *Idem*, 488-90.

[81] *Idem*, 500-1. Esta fuente es inconsistente en su afirmación de que no había restricciones legales para despedirlos, ya que también menciona que el uso de malas palabras hacia un superior

Parecería natural preguntarse por qué los trabajadores soportaban ese trato. La Unión de Metalúrgicos responde a esta cuestión de manera muy simple: no había nada que pudieran hacer. Según afirmaba su publicación, cualquiera que conociera de cerca la situación sabía bien que la primera consideración que mantenía la boca cerrada era el miedo del obrero a perder el trabajo. Cualquier intento de defenderse podía ser tomado como insubordinación y violación de las reglas decretadas por la administración. Lo primero que se le decía era que, si no le gustaba la manera en que se le trataba, se podía largar inmediatamente, puesto que había muchos otros dispuestos a tomar su lugar.[82] Sin duda, éste era el elemento principal, quizá el más importante de todos, pero seguramente no se le utilizaba igual para todos los trabajadores. Es poco probable que un obrero fuerte y calificado, que desempeñaba algún trabajo muy especial dentro de un proceso técnico complicado, pudiera ser tan fácilmente reemplazado por un obrero común y corriente. Desde el punto de vista de un obrero individual, la posibilidad de perder el trabajo sin duda constituía el arma más importante de entre las que disponía el patrón para asegurarse una fuerza de trabajo dócil y confiable. Pero había otras también. Una era la existencia de Uniones de las Compañías o amarillas,[83] de las que ya hemos hablado. Debe apuntarse que seguramente los patrones no se sintieron lo suficientemente amenazados por la competencia en aras de la lealtad de sus trabajadores como para recurrir a este recurso antes de 1908.[84] Su otro recurso tenía que ver con las pensiones. El principal propósito de éstas era, además de proporcionar vivienda y alimentos más baratos, el de atar a los obreros a una empresa particular. Esto nos sirve como indicador de que la movilidad laboral era preocupación de los patrones: la libertad de un trabajador para dejar su trabajo era un arma de no poca importancia.

Los planes de pensión eran característicos de las grandes plantas de hierro y acero en el Ruhr. En la Alemania de la preguerra, éste era el lugar en donde existían los más importantes. En la muestra de 122 000 obreros que revisa el estudio de la Unión de Metalúrgicos, poco más del 65% pertenecía al sistema de pensiones y en la mayoría de los casos esta membresía era obligatoria. El obrero pagaba una cuota de ingreso al tomar el trabajo y pagaba una cantidad mientras duraba en él. Pero al abandonarlo, perdía sus derechos. Según la Unión de Metalúrgicos, era una práctica bastante común la de despedir a los obreros luego de muchos años de servicio, poco antes de que llegara el momento de cobrar sus pensiones. Por ejemplo, la empresa Krupp siempre

no constituía insubordinación técnica ni era base legal para el despido. Por lo visto, parece que había *Gewerkbegerichte* o tribunales frente a los cuales se podían llevar esos asuntos, pero según informa esta fuente, los trabajadores en raras ocasiones recurrían a ellos.

[82] *Idem*, 492.

[83] En México esto equivaldría a los llamados sindicatos blancos. (T.)

[84] Para las circunstancias véase Mattheier, "Werkvereine", 180. En la p. 188, el mismo autor señala que las Uniones de las compañías en las minas habían conseguido atraer en 1914 a casi el 10% de la fuerza de trabajo, pero que tenían serios competidores que ya habían organizado al grueso de ésta. Pero tal no es para nada el caso en las industrias del hierro y el acero.

seguía esta práctica. La Unión presenta cifras sobre una de las plantas de esta compañía que muestra la baja contribución de la empresa, a diferencia de la muy alta de los obreros en forma de cuotas, tarifas y multas.[85]

4. *Consecuencias de las diferentes experiencias históricas*

Si nos detenemos ahora para observar la situación desde un punto de vista global, podremos ver que por cada abuso del que se quejó la Unión de Metalúrgicos en los últimos años antes de la guerra, había uno del que se quejaban en las minas de carbón. Las principales quejas de los dos grupos de trabajadores se pueden resumir en cuatro:

1. La falta de respeto y de un trato humano decente.
2. El amargo resentimiento por las multas y deducciones en el pago, que ellos sentían injustas y arbitrarias, pues a pesar de todo habían invertido un enorme esfuerzo.
3. Las escalas de salarios sobre las cuales no tenían ningún control, y que también veían como arbitrarias e injustas por la forma en que recompensaban o dejaban de recompensar la habilidad y el esfuerzo, y cuyo sentido era incitar a los obreros a pelear unos contra otros en feroz competencia.
4. La falta de seguridad en el trabajo por la posibilidad de ser despedido por un supervisor enojado sólo "porque le dio la gana" y por malicia.

Sobre estas cuestiones fundamentales, la situación era parecida; sin embargo, los mineros hacían mucho más para mejorarla, aunque fuera con resultados muy limitados, mientras que los metalúrgicos no hacían casi nada.

La diferencia principal entre ambos grupos de trabajadores era ésta: los mineros tenían su *Gedinge*, su *Knappschaften* y su *Berggesetz*, es decir, tenían acuerdos sociales que los distinguían de otros grupos de trabajadores y que desempeñaban un papel fundamental para facilitar las protestas colectivas, y aunque buena parte del vapor que había por detrás de dichas protestas probablemente venía de los obreros organizados, de todos modos tanto la *Gedinge* como la *Knappschaften* les servían como modelos y como núcleos de expresión, mientras que la *Berggesetz* contribuía a legitimarlas. Las tres fueron aceleradores de la experiencia histórica pasada, que se había perpetuado porque la minería se había expandido por la vía de un aumento en la fuerza de trabajo. Seguramente, los trabajadores metalúrgicos enfrentaban una situación muy parecida en 1914, pero habían llegado a ella por la vía de una serie de experiencias históricas muy diferentes, y es esta diferencia la que surge como la respuesta más probable a la pregunta sobre sus distintas reacciones. Por las razones que ya hemos señalado, hay mucho menos información histórica sobre los obreros en las grandes plantas metalúrgicas que sobre los mineros, aunque hay suficiente como para esbozar el carácter y el probable impacto de este conjunto de experiencias.

[85] *Idem*, 524-9.

A diferencia de la minería, la metalurgia aumentó su producción mediante una serie de avances tecnológicos importantes que merecen el calificativo un poco excesivo de revolucionarios. El hierro fue el primero en lograrlo. La sustitución del carbón vegetal y el coque para el proceso de fundición no empezó en el Ruhr sino hasta 1849, luego de lo cual se abrieron los enormes hornos. En 1850, uno de estos hornos producía en promedio 720 toneladas y para 1871 ya producía más de 5 000. Sin embargo, respecto al hierro, el refinamiento siguió siendo un cuello de botella, pues el horno hidráulico requería de hombres con una enorme fuerza física y gran resistencia, capaces de estar de pie y junto al calor durante muchas horas mientras vertían la gruesa mezcla del metal semilíquido y sacaban las burbujas de lo que se convertiría en el hierro forjado. Los esfuerzos por mecanizar esta parte del proceso fracasaron y la solución definitiva sólo fue posible hasta el descubrimiento que permitió fabricar acero barato y usarlo en la mayoría de los casos como sustituto del hierro forjado. Estos descubrimientos, que estuvieron asociados con los nombres de Bessemer y Siemens-Martin, no se aplicaron en gran escala en Alemania sino hasta después de 1870.[86]

El acero tiene importantes ventajas técnicas sobre el hierro, que en lingotes es duro, pero quebrantable, y en la forma de fierro forjado es suave y fácil de manejar, aunque muy suceptible de romperse. El acero combina las ventajas de ambos por su dureza y elasticidad. Al principio, debido a la cantidad de trabajo y combustible que se necesitaba para hacerlo, resultaba una mercancía muy costosa que se vendía y usaba contada por libras para objetos muy específicos, tales como rasuradoras, instrumentos quirúrgicos y cosas por el estilo.[87] Los avances técnicos cambiaron esta situación, y aunque se siguió utilizando el hierro y su producción continuó expandiéndose hasta la guerra, la producción del acero, que tuvo orígenes más modestos, se expandió mucho más rápidamente conforme se le utilizaba cada vez más para hacer rieles, barcos de guerra y para otros propósitos. A continuación aparecen las cifras (dadas en miles de toneladas métricas) de la producción total de hierro en bruto y de acero en toda Alemania durante varios años seleccionados antes de la Primera Guerra Mundial. Durante cada intervalo de tiempo, la producción de hierro casi se duplicó, mientras que la de acero casi se triplicó.

	Hierro en bruto	*Acero*
1880	2 729	624
1890	4 658	1 614
1900	8 521	6 646
1913	19 309	18 935[88]

[86] Landes, *Unbound Prometeus*, 218-9, 264.

[87] *Idem*, 251-2.

[88] *Handwörterbuch der Staatswissenschaften*, vol 3, s. v. "Eisen und Stahlindustrie", 548, 546. Para el hierro forjado en relación con el acero, véanse los comentarios de Landes en *Unbound*

La fabricación del acero parece haber sido un proceso más complicado que la del hierro y requería de una maquinaria más poderosa. Leemos así de hornos con capacidad de entre 100 y 300 toneladas, de fraguas y laminadoras de las cuales salía el metal terminado a un promedio de 40 a 60 millas por hora, en enormes cizallas para cortar. Para fines del siglo XIX, las plantas acereras alemanas tenían el equipo más avanzado de toda Europa.[89]

Estos poderosos avances tecnológicos tuvieron consecuencias muy diversas que dieron lugar a importantes diferencias entre la situación general de los mineros del carbón y la de los metalúrgicos, debido a que la productividad de la fuerza de trabajo aumentó considerablemente en la industria pesada metalúrgica, mientras que en la minería, como ya se dijo, permaneció en buena medida estática, una vez que habían sido puestos en práctica los nuevos métodos para trabajar a más profundidad en las vetas. Como no he podido encontrar estadísticas útiles para demostrar este aumento en la productividad, la he tratado como una cuestión que depende de cuáles fuentes están de acuerdo,[90] y parece más bien obvio a partir de la historia relatada sobre las técnicas. Más aún, a pesar de que sólo tenían la mitad de los trabajadores que había en la minería en 1913, los nuevos gigantes sobre la tierra eran un grupo mucho más diverso. Un fundidor y uno de los hombres que ayudaban a operar las cizallas, no tenían nada en común entre sí, como sucedía con los varios tipos de mineros, lo cual dificultaba mucho la acción colectiva. Por último, y aunque hasta donde yo puedo ver, no es posible rastrear directamente estas diferencias en las distintas tecnologías; entre los obreros metalúrgicos no existía una tradición de Estado autoritario y benevolente al que tuvieran el derecho de acudir y que le pudiera dar alguna legitimidad a sus quejas. Es posible que al principio algunos de ellos tuvieran esta sensación, porque no fue sino hasta 1861 que los obreros de la fundición quedaron sujetos a la autoridad de las oficinas estatales de la minería (*Bergbehörden*). Pero en ese año y como parte de las reformas liberales sobre la minería, es decir, antes del período de rápido crecimiento, tanto en la metalurgia como en la minería, los obreros perdieron cualquier protección

Prometeus, 260, en donde traza un paralelismo entre el uso que se siguió haciendo de este metal aún después del desarrollo del acero y el desarrollo del barco tipo *clipper* después de la introducción del vapor.

[89] Landes, *Idem*, 2263-9.

[90] *Idem*, 268, cita algunas estadísticas para el acero y señala sus contradicciones. Wolfram Fischer, *Wirtschaft*, 181, observa que la industria decimonónica del hierro tenía una de las tasas más altas de aumento en la productividad del trabajo. Helmut Croon en "Vom Werden des Ruhrgebiets", en Först, editor, *Rheinisch-Westfälische Rückblende*, 212, da algunas estadísticas escasas que muestran que la fuerza de trabajo crecía mucho más lentamente en las plantas de hierro y acero que en la minería del carbón. Su afirmación de que las condiciones de trabajo eran mejores en aquellas que en éstas me parece a mí, a partir de las evidencias que se han citado, bastante dudosa. En cambio, la observación de que había menos transferencia de fuerza de trabajo en las plantas metalúrgicas sí tiene sentido. Las minas de carbón eran muy voraces en sus exigencias a los trabajadores, de modo que seguramente había muchos que las abandonaban después de probarlas por breve tiempo, ya fuera porque los forzaban a ello o por su propia voluntad.

que hubieran podido tener, por su situación especial conforme la nueva legislación los transfirió de la autoridad de los funcionarios de minería a la de las autoridades civiles comunes.[91]

Si el descenso a la oscuridad de la mina tenía sus aspectos misteriosos y aterradores, sin embargo había contra ellos ciertas costumbres y tradiciones establecidas que proporcionaban algo de seguridad. En cambio, el primer contacto con los nuevos Molochs sobre la tierra debe haber sido una experiencia verdaderamente terrorífica para los simples campesinos y artesanos. A diferencia de los mineros del carbón, la mayoría de los metalúrgicos venían de un pasado artesano y obrero de las zonas de Alemania Occidental, y había también un contingente de inmigrantes del este de Europa, como lo demuestra la existencia de una Unión polaca.[92] De modo que de este pasado campesino es difícil que los obreros pudieran haber traído con ellos un conjunto de experiencias y modelos con los cuales evaluar la nueva situación. Sobre todo para quienes tenían un pasado como artesanos, la transición hacia los altos hornos y las laminadoras, con su impresionante tecnología, debe haber sido una experiencia mucho más traumática que la que vivió Carl Severing como joven *Schlosser*. En muchas pequeñas fábricas de los años en torno a 1900, el límite entre la vida del artesano y la de quien trabajaba en ellas era aún difuso y una persona aún podía cruzarlo de ida y vuelta una y otra vez, sin darse cuenta de la diferencia. Además, como ya hemos visto, la situación en las minas perpetuaba ciertas características y tradiciones de la vida artesanal, de modo que quienes entraban a ese trabajo se encontraban con una cultura común muy vigorosa en la cual podían moverse, cosa que no sucedía para los obreros metalúrgicos.

En síntesis, los obreros del hierro y el acero no tenían una tradición de negociación colectiva informal del tipo de la *Gedinge* y nada más tenían el lejano recuerdo de un estado paternalista que encarnaba en la autoridad de la *Berggesetz*, y ningún sistema ni siquiera rudimentario de seguridad social como la *Knappschaften*, con la tradición de que los mineros la controlaban ellos mismos. Los obreros metalúrgicos eran, por así decirlo, una creación histórica que apenas empezaba, es decir, sin costumbres ni experiencias colectivas ni memoria. O lo que sería más exacto: las costumbres que pudieran tener eran diferentes entre sí, y se fueron borrando en el curso de la creación de las nuevas plantas que surgieron en la década de 1880. Esta carencia los ponía en enorme desventaja en cualquier esfuerzo para ayudarse entre sí, ya fuera nacido de ellos mismos o propuesto por gente de afuera. Y además, había otros obstáculos. Puesto que las grandes industrias del metal estaban

[91] Aquí estaban sujetos a las regulaciones de la *Gewerbeordnung* (regulaciones comerciales, que daban mayor protección a los trabajadores industriales de Alemania de la que tenían en la Inglaterra liberal. La transferencia se menciona en Wolfram Fischer, *Wirtschaft*, 152, 173-4.

[92] Mattheir, "Werkvereine", 176. El *II, Sinderheft*, primera parte, 49, menciona una unión polaca de obreros de la fundición con mas de 11 000 miembros. Según Wilhelm Brephol en *Industruevolk: Im Wandel von der agraren zur industriellen Daseinsform dargestellt am Ruhrgebiet*, 202, las investigaciones locales han mostrado que la mayoría de los inmigrantes al Ruhr venían de Alemania Oriental o de Alemania Occidental, pero siempre con un pasado campesino.

más avanzadas tecnológicamente que la minería, generaban y requerían de una fuerza de trabajo más diversificada, con una escala de salarios más amplia y con mayor diferenciación de habilidades. Los obreros que se ocupaban de los distintos procesos, que eran muchos, cumplían sus diarias tareas aislados tanto física como socialmente en las distintas partes de la planta. De modo que la ausencia de tradiciones compartidas y la fragmentación social en el lugar de trabajo hacían muy difícil la existencia de un sentido de suerte común como base para una acción colectiva. Y esto es lo que resulta como conclusión tentativa, como la razón más convincente de por qué los obreros del metal eran mucho menos receptivos a la organización sindical que los mineros del carbón, y por qué eran mucho menos activos para defenderse.

Pero incluso si los mineros del carbón fueron más activos y apoyaron las huelgas más grandes en la historia de la clase obrera alemana anterior a 1914, no hay tampoco el menor indicio de que fueran portavoces de sentimientos revolucionarios. El crecimiento de la gran industria en el Ruhr había creado una importante clase obrera industrial que con buenas razones se puede llamar proletariado, pero la élite políticamente consciente de este sector estaba fracturada a lo largo de diversas líneas, mientras que la masa de los obreros, cuando de plano se movía, era para empujar a los líderes hacia la consecución de objetivos muy limitados. Pero llamar a esto cuestiones de pan y mantequilla es denigrarlo. Había sin duda una poderosa carga emocional detrás de ello, pues su objetivo más importante era que se aceptara a los obreros como seres humanos decentes en un orden social más humano.

Si este fin se hubiera podido lograr por medios pacíficos o violentos, o por una combinación de ambos, ya es un asunto diferente. En todo caso, entre los trabajadores los impulsos hacia este fin variaban de industria a industria, como se ha tratado de demostrar en este capítulo. E incluso ahí donde el impulso era fuerte, reflejaba la situación específica de una industria particular. Los mineros del carbón tenían quejas muy de ellos y hacían algo al respecto. Los obreros del hierro y el acero también tenían sus quejas, pero eran incapaces de hacer algo al respecto. La pregunta es si el trauma compartido de la guerra y la derrota pudieron proporcionarles una base común de experiencias con las cuales sobreponerse a estas diferencias, a modo de poder fusionar a los obreros industriales en una fuerza revolucionaria única que pudiera introducir una nueva época. Hubo en Alemania quienes le temían a esta posibilidad y pusieron todo de su parte para evitarla, y hubo también quienes dedicaron sus muchas energías e inteligencia a conseguirla. Pero el resultado para ambos fue el fracaso. En los capítulos que siguen trataremos de entender por qué.

CAPÍTULO OCHO

LA REVOLUCIÓN REFORMISTA DE 1918-1920

1. *Antecedentes generales*

Las tensiones de la Primera Guerra Mundial y el golpe que significó la derrota que destruyó a la monarquía y temporalmente desacreditó a los estratos dominantes y a las instituciones de la sociedad alemana —*Junkers*, jefes militares, burocracia civil, grandes empresarios— dieron lugar a la creación de condiciones que permitieron el surgimiento en 1918 de un movimiento revolucionario algo difundido. El ala reformista del movimiento obrero tomó pacíficamente el poder el 9 de noviembre de ese año, debido a que tanto los reformistas como los dirigentes del viejo régimen estaban ansiosos por ser quienes encabezaran un brote radical, y en este momento los que estaban comprometidos con una transformación radical del orden existente aún eran una pequeña minoría. La líder del movimiento era Rosa Luxemburgo, que después adquirió gran reputación en todo el mundo, aunque es difícil afirmar que haya sido la figura dominante en la época. Un grupo muy grande entre los que tradicionalmente se llamaban radicales estaba poco seguro de lo que quería y más bien estaba de acuerdo en lo que no quería: regresar a la situación de 1914. Éstos eran los socialistas independientes o USPD, por las siglas en alemán del Partido Socialista Independiente de Alemania que se había separado del PSD en 1917. Aún así, el radicalismo revolucionario, que antes de la guerra había sido un fermento entre los intelectuales de izquierda, para 1918 había empezado a adquirir una base de masas que creció rápidamente, en parte debido a las políticas adoptadas por los líderes del partido y en parte por otras razones más importantes. Nos resulta difícil saber si el PSD hubiera podido manejar la situación de manera diferente y con resultados menos desastrosos, pero volveremos sobre esta cuestión después de revisar lo que realmente sucedió. Los elementos moderados y los reformistas entre los obreros industriales pudieron contener y derrotar el impulso radical —o más bien los varios estallidos radicales que surgieron en diferentes momentos y en lugares distintos—. Pero este éxito lo lograron al precio de una alianza con las fuerzas conservadoras y antidemocráticas de la sociedad alemana. La costosa y limitada victoria de los moderados dejó un legado de amargura entre la clase obrera industrial, así como un régimen liberal capitalista con muy pocos liberales. Una década y media después, éste sería el régimen que sucumbiría ante Hitler.

Éste es, en síntesis el relato histórico que forma el marco para la parte histórica restante de este libro. Este capítulo y el siguiente analizarán ciertos aspectos del papel desempeñado por los trabajadores en esta gran tragedia de la civilización moderna.

La guerra y sus consecuencias alteraron profundamente las rutinas cotidianas de la vida para todos y cada uno de los obreros industriales en Alemania y sin duda también en el resto de Europa. Este hecho sirve por sí mismo para explicar la agitación política del período de la postguerra. Un gran número de obreros cambió de trabajo, otros se unieron a las fuerzas armadas y muchos de ellos se convirtieron en víctimas. Las mujeres y los niños hicieron el trabajo de los hombres, para después, al término de la guerra, abandonar la fuerza de trabajo. Para aquellos hombres que permanecieron en su mismo trabajo, las condiciones de éste cambiaron mucho. Si juntamos todos estos cambios, vemos que ellos significaban que las redes sociales y familiares, así como las sanciones que habían atado a los individuos al *statu quo*, o bien sufrieron severos daños o bien tuvieron que ser reconstruidas ahí donde no se habían roto del todo.

Las estadísticas ocupacionales dan algunas indicaciones de las grandes dimensiones de los cambios. Las tablas números 10 y 10a las presentan en forma resumida.[1]

A primera vista, puede parecer que la guerra había acelerado mucho la tendencia hacia la formación de un proletariado industrial moderno, creando de esta manera las bases para los levantamientos "proletarios" de la postguerra. Las industrias de guerra —desde la minería hasta la química— son las más características de una moderna economía industrial. El número de obreros en este sector aumentó en un 26% entre 1913 y 1918, mientras que la categoría de industrias intermedias perdió un 37% de sus trabajadores y la categoría civil un 40%. Si inspeccionamos más de cerca, estas hipótesis que parecen muy razonables, pierden toda su fuerza. Aún en las industrias de guerra declinó el número de hombres conforme la composición de la fuerza de trabajo cambió de manera importante. La proporción de mujeres y de jóvenes aumentó de 13% en 1913 a 34% en 1918. Al abandonar la industria

[1] Las tablas están basadas en los informes del *Gewerbeaufsicht* o Servicio de Inspección de las Fábricas (que cubría a empresas con 10 o más empleados), según se cita en *Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich*, vol. 42 (1921-1922), 96-7. Para 1913, el informe incluía a unos 7.4 millones de obreros. Puesto que en 1907, fecha del último censo ocupacional, había 8.5 millones, en 1913 había más de un millón de obreros no considerados por este Servicio y no hay forma de llenar esa brecha en los datos. Un nuevo censo ocupacional no se llevó a cabo sino hasta 1925. Durante la guerra y hasta 1922, el *Statistisches Jahrbuch* siguió haciendo sus informes con los datos ocupacionales del censo de 1907. Puesto que el Servicio de Inspección de las Fábricas estaba muy presionado por sus otras tareas, y bastante poco controlado, y como además no contaba con la cooperación de los patrones para tener acceso a los registros de las empresas, es poco probable que sus datos hayan sido muy precisos; si bien estos defectos deben tenerse presentes, esto no destruye el valor de los datos. Nuestro interés está puesto en los obreros de las grandes plantas industriales que por lo general sí estuvieron cubiertos por el SIF. Por lo demás, no es muy probable que las estadísticas de este Servicio hayan sido tan inexactas como para representar mal la dirección general de los cambios, de modo que, como aproximaciones gruesas, siguen siendo muy reveladoras.

10

DEL SERVICIO DE INSPECCIÓN DE LAS FÁBRICAS

miles)

1918				1920			
(1) *Hombres*	(2) *Mujeres y jóvenes abajo de 16 años*	(3) *Total número de trabajadores*	(4) *Col. (2) como % de (3)*	(1) *Hombres*	(2) *Mujeres y jóvenes abajo de 16 años*	(3) *Total número de trabajadores*	(4) *Col. (2) como % de (3)*
955	180	1135	16	1127	100	1327	08
405	328	134	45	503	196	699	28
1097	654	1151	37	1151	269	1120	19
256	231	488	47	208	52	259	26
54	23	71	30	82	16	98	16
2767	1416	4185	34	3121	683	3803	17
180	84	264	32	343	93	435	21
60	98	158	62	103	84	88	45
51	49	100	49	71	29	101	29
323*	92*	475*	22	353	92	46	21
106	13	160	4	78	11	189	06
12	4	23	48	15	6	21	29
732	347	1077	32	1063	313	1080	23
98	305	403	76	833	400	634	63
258	282	544	53	330	243	543	42
52	242	234	22	93	263	356	74
7	37	49	84	9	33	42	79
70	68	138	89	116	65	181	36
485	438	1423	888	781	200	6	56
3004	1401	6687	40	5015	1952	6969	28

TABLA

TRABAJADORES DE INDUSTRÍA SEGÚN INFORMES

(en

Categorías industriales	1913 (1) *Hombres*	(2) *Mujeres y jóvenes abajo de 16 años*	(3) *Total número de trabajadores*	(4) *Col. (2) como % de (3)*
Industrias de guerra				
III. Minería	1134	63	1197	05
V. Metalurgia	521	159	680	23
VI. Maquinaria	1008	165	1173	14
VII. Químicos	146	35	181	19
VIII. Aceites, etc.	70	12	82	15
Total	2879	934	3313	13
Intermedias				
IV. Piedra, barro	531	111	648	17
X. Papel	115	84	199	42
XI. Cuero	92	29	121	24
XII. Madera	383	71	154	16
XVI. Construcción	263	14	277	05
Diversos	15	3	18	17
Total	1405	312	1418	18
Civiles				
IX. Textiles	400	556	852	58
XII. Alimentos	468	246	714	34
XIV. Ropa	112	318	431	74
XV. Limpieza	13	43	56	77
XVII. Imprenta	134	66	700	33
Total	1127	1230	2257	52
GRAN TOTAL	5471	1976	7337	67

112 000 hombres, seguramente para ir a las trincheras, 982 000 mujeres y jóvenes aparecieron en torrentes para ingresar y dar lugar al incremento en este sector de la economía.

TABLA 10a
CAMBIOS DESDE 1913 EN NUMEROS DE TRABAJADORES DE INDUSTRIA
(en miles)

Categorías industriales	1918 vs 1913 *Número de trabajadores*	1918 vs 1913 *Cambio porcentual*	1920 vs 1013 *Número de trabajadores*	1920 vs 1013 *Cambio porcentual*
Industrias de guerra				
III. Minería	–62	–05	+130	+11
V. Metalurgia	+54	+08	+19	+08
VI. Maquinaria	+578	+49	+247	+21
VII. Químicos	+307	+170	+78	+43
VIII. Aceites, etc.	–05	–06	+16	+20
Total	+872	+26	+490	+15
Intermedias				
IV. Piedra, barro	–384	–59	–213	–33
X. Papel	–41	–21	–11	–06
XI. Cuero	–21	–17	–20	–17
XII. Madera	–39*	–09	–8	–02
XVI. Construcción	–158	–57	–88	–32
Diversos	+5	+28	+3	+17
Total	–638	–37	–337	–20
Civiles				
IX. Textiles	–553	–58	–322	–34
XII. Alimentos	–170	–24	–141	–20
XIV. Ropa	–137	–32	–75	–17
XV. Limpieza	–12	–21	–14	–25
XVII. Imprenta	–62	–31	–19	–10
Total	–934	–40	–571	–24
Gran Total	–700	–09	–418	–06

FUENTE: Para 1913 (donde se lo usa) y 1920, *Statistiches Jahrbuch für das Deutsch Reich*, vol. 42 (1921/22). Para 1919 véase Waldemar Zimmermann "Die Veränderug der Einkommens –und Lebensverhältnisse der deutschen Arbeiter durch den Krieg" en Rudolf Meerwarth *et al.*, *Die Eieuirkungen des Krieges auf die Bevolkerungsbewegungen und Lebemshaltund in Deutschland*, 351. En la tabla 10 las cifras para la columna dos representan la diferencia entre las columnas 3 y 1.

NOTA: El Servicio de Inspección de las fábricas sólo informaba de establecimiento con diez o más empleados.

* Las cifras de 1919 se usaron en lugar de las de 1918 ya que el total de Zimmermann para los trabajadores hombres de la madera simplemente repite el total de 1913, lo que yo considero un error demasiado obvio como para caer en él.

Entre 1918 y 1920 a la mayoría de los que abandonaron la fuerza de trabajo difícilmente la podemos imaginar como fuente de radicalización. Para 1920, la proporción de mujeres y jóvenes de menos de 16 años volvió a ser similar a la de 1913 en los tres sectores, de modo tal que si en 1913 ésta fue del 13% en las industrias de guerra, 18% en el sector intermedio y 52% en el sector civil, para 1920 las proporciones respectivas eran de 17%. 23% y 56%.

Después de la guerra, en 1920, el sector de guerra aún tenía una ganancia neta en el empleo del 15%, y junto con la maquinaria (grupo VI), mostraba la mayor ganancia absoluta de todas las categorías ocupacionales por el aumento de 247 000 trabajadores. Así pues, no debe descartarse una explicación del radicalismo en términos del crecimiento del sector más característico dentro de la industria moderna. Pero como lo muestra el resto de la tabla y como ya lo he dicho antes, el hecho básico de la vida industrial por ningún motivo era sólo el crecimiento, sino por el contrario, era precisamente la terrible fluctuación en el tipo y condiciones del empleo. De modo que sería más útil dar cuenta de cuáles eran los principales cambios en las industrias específicas, sobre todo porque el total global para los obreros industriales e incluso los subtotales en los sectores de guerra, intermedio y civil, ocultan esos cambios.

Las industrias que ganaron obreros entre 1913 y 1918 estaban en el sector de guerra (excepto por el insignificante grupo de "diversos"):

Categoría industrial	*Incremento en número de trabajadores*	*Porcentaje de ganancia*
V. Metales	54 000	08
VI. Maquinaria	578 000	49
VII. Químicos	307 000	170

Aquellos que obtuvieron ganancias a lo largo de todo el período que va de 1913 a 1920, excluyendo otra vez a los "diversos", fueron:

III. Minería	130 000	11
V. Metales	19 000	3
VI. Maquinaria	247 000	21
VII. Químicos	78 000	48
VIII. Aceites, etc.	16 000	20

Excepto por la categoría de "diversos" que abarca todo, todas estas ganancias estaban en el sector industrial avanzado[2] y fue también en este sector, sobre todo en la minería, donde se produjeron los disturbios y levantamientos más severos entre 1918 y 1920. En buena medida, el brote radical tomó la forma de un rechazo al liderazgo de los sindicatos del PSD en metales, maquinaria y minería.

Por su parte, las categorías ocupacionales que sufrieron las pérdidas más agudas estaban relativamente tranquilas, por lo menos en el sentido de que cualquier cosa que sucediera tendría poca o ninguna repercusión sobre la escena nacional, y por ello no dejaron ninguna señal importante en las his-

[2] Los obreros clasificados en el rubro de "diversos" aumentaron en un 17% para 1920, pero los omito en este punto dado que el número original de este grupo ya era pequeño en 1913 (18 000) y porque además, sus diversas tareas no eran esenciales a la economía.

torias sobre el período. Las siguientes industrias perdieron más de 100 000 obreros entre 1913 y 1918:

Categoría industrial	*Número de trabajadores perdidos*	*Porcentaje de cambio*
IV. Piedra y barro	384 000	-59
XVI. Construcción	158 000	-57
XIII. Alimentos	170 000	-24
XIV. Ropa	137 000	-32
IX. Textiles	553 000	-58

Al final de la guerra, en 1918, cuando más de la mitad de los obreros se había ido de la industria que hacía objetos para la cocina y loza, y de las de construcción y textiles, además de los severos recortes que hubo en las de ropa y vestido, la oferta de bienes civiles era extremadamente pequeña, lo cual a su vez significaba fuertes privaciones físicas para mucha gente y una enorme desorganización de las rutinas cotidianas, lo cual constituye siempre la mejor receta para los levantamientos sociales. En 1920, este sector seguía severamente dañado, como lo muestran las industrias que aún tenían una pérdida de más de 100 000 obreros:

IV. Piedras y barro	213 00	-33
XIII. Alimentos	141 00	-20
IX. Textiles	322 000	-34

Vale la pena llamar la atención sobre las implicaciones de los cambios ocupacionales entre 1913 y 1920 para los sindicatos del PSD, puesto que éstos eran un mecanismo significativo para la integración social y la estabilidad. Antes de la guerra, el PSD tenía sindicatos de masas, es decir, con más de 100 000 miembros entre metalúrgicos, mineros, madereros y trabajadores de la construcción.[3] No observamos cambios numéricos dramáticos para 1920 en la cantidad de obreros en la metalurgia o la madera, si bien sí los hubo en las condiciones de trabajo, las que analizaremos más adelante. Sin embargo, hubo severas fluctuaciones en la minería, que perdió 62 000 obreros durante la guerra, pero que para 1920 ya tenía 130 000 más que en 1913. La construcción y los textiles sufrieron pérdidas mayores durante la guerra, que sólo se corrigieron en parte durante los primeros dos años de la postguerra. Las cifras ocupacionales revelan dos importantes causas de tensión en las organizaciones del sindicato. En ocupaciones tales como la minería, que

[3] También había un sindicato muy grande de obreros fabriles que en 1913 tenía 211 000 miembros. Probablemente estaban distribuidos en varias categorías ocupacionales, por lo cual es imposible seguirlos por medio de estos datos. La Unión de Obreros del Transporte, que tenía 230 000 miembros en 1913, también queda fuera de la red del SIF. Durante los levantamientos de la postguerra, los ferrocarrileros desempeñaron un importante papel, algunas veces de un lado y otras del otro.

tuvieron aumentos entre 1913 y 1920, los sindicatos fueron invadidos por nuevos miembros que no conocían ni sus hábitos ni su disciplina. En ocupaciones tales como la construcción y los textiles, en las que el empleo total decayó, prevalecía la situación exactamente opuesta: se había erosionado la base tradicional de la membresía.

Otro aspecto que merece atención en las tablas 10 y 10a es la marcada tendencia de "vuelta a la normalidad" entre 1918 y 1920. Como ya se apuntó, en este último año la distribución entre adultos hombres y auxiliares volvió a ser, después de la agitación de la guerra, bastante cercana a la de 1913. En términos del empleo total, las industrias de guerra habían ganado un 26% en 1918, mientras que en los sectores intermedio y civil habían perdido 37 y 40% respectivamente. Pero para 1920, estos cambios habían sido una ganancia del 15% para las industrias de guerra y pérdidas del 20 y 24% para las otras dos. De hecho, el período de "vuelta a la normalidad" fue de repetidas crisis políticas y de muy serios levantamientos sociales. Al mismo tiempo, la tendencia a revertir las viejas relaciones estructurales, probablemente ayudó a los moderados a tomar finalmente la delantera.

La guerra generó tensiones no sólo en el esquema de posibilidades ocupacionales que se abrieron a los trabajadores, sino también en el contrato social que gobernaba la gratificación justa para el trabajo. Resulta muy reveladora la idea de una gratificación adicional para la calificación. Se trata aquí de una suposición moral que entraba en conflicto con otros supuestos morales, así como con los imperativos de una economía de guerra. Si en el fondo éstos eran los imperativos de las clases dominantes, también en buena medida fueron compartidos por los obreros hasta que sus sacrificios empezaron a parecerles injustos. En varios sectores de la economía —sobre todo en los ferrocarriles, en la construcción en ciertas ciudades y en varias de las industrias bávaras— las evidencias apoyan la conocida afirmación de que disminuyeron las diferencias salariales entre los obreros calificados y los no calificados. Los fuertes aumentos en el costo de la vida crearon la "necesidad" de proteger a los obreros más mal pagados en estos sectores. Esta "necesidad" evidentemente refleja no sólo la preocupación de las clases altas respecto al desorden, sino también las creencias populares respecto a que debería haber algún tipo de salario mínimo para vivir, junto con las gratificaciones diferenciales para la calificación y el esfuerzo.

La nivelación de los salarios se debió también al flujo de nuevos obreros menos calificados, sobre todo mujeres y jóvenes, como se observa en la tabla número 10. En las industrias de guerra, el aumento proporcional de éstos fue el mayor, de modo que los salarios de los no calificados se incrementaron *menos* que los de sus compañeros. En este sector de la economía, la escasez de gente calificada —como los obreros de la precisión en la metalurgia y la maquinaria— sirvió para mantener altos los salarios.[4] Hay algo que intriga en el hecho de que la ola de radicalismo "proletario" empezara precisamente

[4] Gerhard Bry, *Wages in Germany 1871-1945*, 202-3, 283-4.

entre estos obreros tan privilegiados. Por ello más adelante examinaremos de cerca su situación.

Con estas observaciones ya podemos hacer algunas preguntas sobre la significación de las privaciones materiales en todo el levantamiento. No hay razón para dudar de que efectivamente hubo grandes sufrimientos entre muchos obreros hacia el fin de la guerra y durante los caóticos años que la siguieron. Había áreas en que de plano hubo hambre. Los salarios para ciertas ocupaciones declinaron entre 25 y 50% entre 1913 y 1917. En 1918 y 1919 se observa una sorpresiva recuperación que elevó los salarios reales a niveles superiores a los de 1913, para pasar después a severas fluctuaciones entre 1919 y 1923, cuando hubo caídas hasta del 50%. Las cifras dan cuenta de un mundo de expectativas muy inestable —si es que de plano pudiera tener sentido *cualquier* expectativa— y de una suerte que rápidamente cambiaba por razones que estaban completamente fuera del control de un trabajador en lo individual. Y por otra parte, en las series de que tenemos informes, los salarios reales para los no calificados se mantuvieron mejor durante las bajas y se elevaron más durante las recuperaciones que los salarios de los obreros calificados, y en este sentido tuvieron más protección en los vaivenes de la rueda de la fortuna.

También hay datos[5] sobre el promedio diario de ganancias reales para obreros hombres y mujeres en las principales categorías industriales. Si tomamos marzo de 1914 como 100, entonces las tarifas para septiembre de 1918, es decir, poco antes de los motines y levantamientos obreros que siguieron a la derrota, eran como sigue:

	Hombres	*Mujeres*
Industrias de guerra	77.4	87.9
Industrias intermedias	64.2	71.1
Industrias civiles	55.5	61.9

Un aspecto impresionante de esta evidencia es el hecho de que los salarios reales para las mujeres declinaron mucho menos que los de los hombres. Esto es significativo por varias razones. Para la mayoría de los trabajadores, lo que realmente importaba eran los ingresos de toda la familia y no sólo los del hombre que ganaba el pan. Una manera de soportar los bajos salarios y los altos precios era precisamente que otro miembro de la familia —esposa, hijo o hija— consiguiera un trabajo. Si el padre tenía que irse al ejército, la única forma de sobrevivir en una situación tan difícil era que alguien de la familia consiguiera un trabajo. Lamentablemente, no hay forma de obtener una medida cuantitativa correcta sobre la contribución de la mujer al ingreso familiar, puesto que no hay información sobre cuántas de las mujeres en la fuerza de trabajo eran esposas o hijas en el hogar de

[5] Todos los datos sobre salarios están tomados de *Idem*, 210-2.

obreros hombres.[6] Por otra parte, los aumentos en la fuerza de trabajo auxiliar que aparecen en la tabla número 10 muestran con claridad que las familias obreras buscaron —o estuvieron obligadas a hacerlo— esta solución en gran escala durante la guerra, pero que la abandonaron tan pronto les fue posible, y ello a pesar de que continuaban las severas privaciones.[7]

A pesar de las horas extraordinariamente largas de trabajo y de los salarios que nunca alcanzaban a los precios, y a excepción siempre de algunos obreros muy favorecidos en las industrias de municiones, las penurias materiales eran algo que se sentía más como consumidor que como trabajador, o para decirlo de una manera más concreta, eran algo que hacía más daño después del trabajo, más que el trabajo mismo, por más que éste pudiera hacer daño.

Es difícil restringir esta cuestión a términos que sean cuantitativamente significativos, pero ya hemos visto algunas evidencias de que las industrias que producían bienes de consumo estaban hambrientas de fuerza de trabajo y además carecían de materia prima, incluyendo por supuesto alimentos. Podemos afirmar, a partir de algunos informes aislados, considerando también los que se refieren a la atmósfera política entre los obreros y que fueron elaborados por el Servicio de Información de las Fábricas, que el sistema de racionamiento funcionó de manera muy errática para ser una creación burocrática alemana. Sin embargo, debe recordarse que ésta fue la primera guerra que requirió de una movilización de la economía civil y de la población civil en gran escala. Los obreros resintieron el hecho de tener que completar su dieta en el mercado negro, en el cual los ricos podían comprar lo que querían y cuando lo querían.[8]

En síntesis, lo que quería decir y lo que *no* quería decir privaciones materiales, en términos políticos, está suficientemente claro. Los datos sobre los cambios en los salarios reales demuestran que los períodos en los que éstos aumentaron, no necesariamente coinciden con épocas de levantamientos políticos. Los salarios reales eran menores en 1917 que en 1918. Las privaciones materiales son elementos muy necesarios, pero insuficientes para los levantamientos sociales. Además, quienes estaban en el fondo de la economía, es decir, los no calificados, no eran los que sufrían más. Por último, el brote radical de las "masas" —término que es muy cuestionable, pero en ocasiones útil— se originó precisamente en el sector más privilegiado, que era el de los metalúrgicos de Berlín.

[6] Waldemar Zimmermann, "Die Veränderung der Einkommentsund Lebensverhältnisse der deutschen Arbeiter durch den Krieg", en Rudolf Meerwarth *et al.*, *Die Einwirkung des Krieges*, 468.

[7] De otra manera sería necesario creer que este enorme flujo de mujeres y jóvenes venía de fuera de la clase obrera industrial, y puesto que las mujeres campesinas estaban muy ocupadas tratando de hacer que sus tierras siguieran produciendo, y dado que las mujeres de la burguesía no hubieran hecho esto —por lo menos, no en gran escala—, esta posibilidad resulta de lo más improbable.

[8] Bry, *Wages in Germany*, 213; Jürgen Reulecke. "Der Erste Weltkrieg und die Arbeiterbewegung im rheinisch-westfälischem Industriegebiet", en Reulecke, *Arbeiterbewegung an Rhein und Ruhr*, 221-2.

2. *El duelo entre el* PSD *y los radicales*

Lo que aquí he llamado la Revolución Reformista de 1918-1920, fue de hecho un duelo amargo para ganarse la fidelidad de las clases obreras industriales y para controlarlas. La competencia principal se estableció entre los líderes moderados y reformistas del PSD y una serie de oponentes heterogéneos que no compartían más que la común desilusión por la política del partido durante e inmediatamente después de la guerra. Un tercer sector importante en este drama era el ejército y sus principales oficiales. Para un historiador, afirmar lo que sucedió antes de describir el contexto, significa arriesgarse a buena cantidad de falsificaciones, porque muchos de los competidores sólo se dieron cuenta de lo que estaba sucediendo conforme se desarrollaba la situación de modo que tuvieron que tomar decisiones sobre la marcha, mientras los rifles disparaban, pasaban los camiones y alborotaban muchedumbres exaltadas. También por esta razón es necesario presentar un recuento cronológico detallado de los principales acontecimientos. Nada puede hacer justicia a este ejemplo fascinante y trágico de ascenso y polarización conforme los contendientes luchaban cada vez por conseguir armas más fuertes y efectivas en contra de sus oponentes.[9]

Aún así, si el lector mantiene en su mente constantemente este riesgo, le puede ser útil para observar lo que los contendientes no siempre podían ver: que la lucha era por la posibilidad (y deseabilidad) de transformar Alemania en una sociedad mucho más humana, y de hacerlo con métodos que permanecían dentro del marco de las tradiciones liberales. Pronto, sin embargo, los radicales se convencieron de que los métodos y las instituciones liberales y parlamentarias eran totalmente incompatibles con este objetivo. El liberalismo era algo que muchos radicales llegaron a rechazar como medio y como fin, en parte por lo que veían que sucedía conforme los socialistas moderados trataban de comportarse y de sonar como liberales. Otros radicales sentían que el liberalismo era parte inherente e inevitable del sistema capitalista, de modo que empezaron a tener actitudes de sospecha mezclada con desprecio. Mucho tiempo después de los acontecimientos, tanto los moderados como los revolucionarios se dedicaron a argumentar, desde postulados muy diferentes, sobre cómo cada uno de ellos había seguido una política básicamente correcta, o bien la única que había sido posible en esas circunstancias, dándole un aire de inevitabilidad que podía no ser inherente a los acontecimientos mismos. Sólo hasta muy recientemente una nueva generación de historiadores alemanes empezó a pretender levantar con mucha cautela este velo de inevitabilidad. Cuando tengamos frente a nosotros los informes, volveremos sobre esta cuestión.

[9] Éste es un proceso que ha sucedido más de una vez. Tucídides describe su curso asesino en el pueblo de Corcira en las primeras etapas de la guerra del Peloponeso y reflexiona sobre él en un famoso pasaje (III, LXXX-LXXXV, sobre todo LXXXII-LXXXV) que sigue siendo hasta hoy uno de los mejores argumentos en favor de la moderación política.

A pesar de que sólo un relato narrativo podría aspirar a captar la manera en que realmente surgieron los hechos y se les aparecieron a los participantes, no hay una narración completa, pues aún el cronista más ingenuo está guiado por principios de selección, los cuales a su vez se relacionan con los problemas a los que uno les está buscando respuesta. Por eso sería adecuado y también útil indicar de manera muy somera cuáles son estas preguntas y los temas que gobiernan la narración. En primer lugar, ¿cómo pudo suceder que el liderazgo socialista terminara en una alianza de trabajo con sectores clave de estratos dominantes desacreditados, como los militares, la burocracia administrativa y las grandes empresas?, ¿sobre cuáles supuestos y percepciones de la situación existente descansaba la estrategia reformista? En segundo lugar, ¿cuál era el desafío radical a la estrategia reformista y cómo se adaptaba al contexto más amplio de la política tanto alemana como internacional? Y por último, ¿qué tipo de apoyo podían conseguir los distintos contendientes? y ¿cómo y por qué variaba este apoyo conforme seguía la lucha?

El estallido de la guerra sólo había aliviado de manera temporal y superficial las divisiones dentro del PSD. La mayoría de los líderes socialistas apoyaban la guerra y lo mismo sucedió por un buen tiempo con la inmensa mayoría de las clases obreras industriales, por lo menos en el sentido de proporcionar servicios voluntarios y no crearles problemas a las autoridades. Al principio, las disputas se limitaron a la cuestión del liderazgo y al asunto teológico de si los socialistas podían apoyar el esfuerzo alemán de la guerra y si ésta constituía en lo fundamental una defensa de la patria (lo que permitiría por lo menos algunas rectificaciones justificadas a las fronteras e incluso una pequeña dosis de anexiones en aras de la seguridad) o alguna cosa totalmente diferente. Los líderes que se oponían a la guerra se las arreglaron para establecer organizaciones políticas e identidades distintas. Los espartaquistas lo hicieron como pequeño grupo revolucionario bajo el liderazgo de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, desde una fecha muy temprana: junio de 1916.[10] Éstos siguieron siendo un núcleo de oposición dentro del marco general de un grupo más grande y moderado, el Partido Social Demócrata Independiente (USPD por las siglas en alemán) que se fundó el 6 de abril de 1917, en un momento en que la situación de Alemania se había empezado a debilitar mucho. La línea divisoria entre aquellos que deseaban trabajar para el cambio dentro del orden prevaleciente y aquellos que querían derrocar ese orden, atravesaba internamente al PSDI, más que ser una división entre éste y los espartaquistas. De hecho, atravesaba por la cabeza de algunos de los miembros de este partido que tenían grandes dificultades para tomar decisiones en medio de la agitación de la época. Aunque el PSDI intentó convertirse en un partido político de masas al finalizar la guerra, fracasó en su esfuerzo por establecer una identidad política clara y efectiva, en gran medida porque los líderes —y seguramente una buena proporción de sus seguidores— podían ponerse de acuerdo en muy pocas cosas que no fueran

[10] A. J. Ryder, *German Revolution of 1918*, 70, 94.

objetar las políticas de la mayoría de los socialistas. Hasta el último día de la guerra, todos estos líderes de la oposición siguieron siendo generales sin un ejército que los siguiera. Y cuando apareció un ejército en la forma de oposición abierta a la guerra, formado por sectores significativos entre los trabajadores, los generales fueron incapaces de comandarlo.

En buena medida, los trabajadores desarrollaron su propio liderazgo, organización y métodos de acción. Desde el primer año de la guerra, un grupo de funcionarios locales en la Unión de Metalúrgicos de Berlín —después conocida como Administradores Revolucionarios de las Fábricas— inició sus primeros intentos de organización. Eran éstos funcionarios de las uniones locales que se oponían a la política oficial de tregua económica y política durante las hostilidades, la cual se siguió en todas las uniones. Al principio, dirigieron sus esfuerzos a la rama de torneros de la unión formada por los más calificados, y después ganaron el control de casi toda la industria de armamentos de Berlín, que era el sector más privilegiado de la economía alemana. Richard Müller, uno de los principales líderes de esta organización, afirma que la aristocracia liberal de los obreros altamente calificados era la fuerza dirigente detrás del movimiento radical de la época y que no había o había muy poco radicalismo entre los estratos inferiores de los obreros. Según este autor, como lo demostraron las elecciones de 1918 al Reichstag, la masa de los trabajadores no había roto con las ilusiones reformistas y democráticas. Esto era cierto incluso para los obreros de Berlín, como se demuestra en las elecciones que se llevaron a cabo en esta ciudad el 15 de octubre de 1918, menos de un mes antes de que estallara la que yo he llamado Revolución Reformista.[11] Por otra parte, estos obreros, con frecuencia muy calificados, deseaban unirse a la batalla no sólo en aras de sus propios intereses, sino también para ayudar a aquellos obreros que por su categoría estaban en posiciones más débiles.[12] Si esto fue así, es señal de la posibilidad de un sentimiento de culpa entre los privilegiados obreros del armamento. Había otros factores además de éste detrás de su radicalismo. Aunque eran altamente calificados y por ello muy bien pagados, en otros aspectos eran de todos modos definitivamente proletarios, trabajaban en grandes plantas como AEG, Borsgig y Siemens, estaban muy urbanizados y en su caso los nexos con la existencia rural, pequeño burguesa y artesanal, habían desaparecido por completo.[13]

A partir de 1916-17, la organización de los Administradores Revolucionarios de las Fábricas logró ampliar su influencia y relaciones hacia afuera por toda Alemania, aunque de manera bastante floja. Con los espartaquistas tenían relaciones superficiales porque no confiaban en ellos por sus inclina-

[11] Richard Müller, *Vom Kaiserreich zur Republik*, I, 131-2.

[12] *Idem.*

[13] Fritz Opel, *Der Deutsche Metallarbeiter-Verband während des Ersten Weltkrieges und der Revolution*, 54-5. En este sentido se puede suponer que su modo de vida difería mucho del de los obreros industriales mencionados antes, que con mucho trabajo habían organizado sus vidas de un modo *gut bürgerlich* (bien y burguesamente, T.).

ciones hacia un levantamiento revolucionario prematuro. También desconfiaban del PSD, pero por la razón opuesta, por su excesiva confianza en los métodos parlamentarios. El grupo de los ARF no era grande, pues su núcleo central no pasaba de 50 a 60 individuos que compartían visiones políticas, confianza entre sí y posiciones estratégicas en alguna planta en particular y que cultivaban relaciones con otros de ideas similares y de posiciones parecidas en otras fábricas. De esta manera informal podían ejercer una poderosa influencia conforme el deterioro de las condiciones producía el desencanto de la guerra entre amplios sectores de obreros.[14]

De modo que, aunque era una corriente minoritaria dentro de la clase obrera como un todo, este movimiento representa una expresión auténtica de radicalismo nativo, pero puesto que surgió entre la aristocracia laboral, podemos dejar a otros el debate sobre si merece o no llamarse radicalismo proletario. Es claro que apareció y ganó apoyo masivo sólo como consecuencia de la guerra, pero es imposible afirmar que esta forma de radicalismo haya sido un accidente o el resultado de algo externo al desarrollo de la sociedad industrial moderna, excepto si uno está dispuesto a creer que la guerra en sí misma era un accidente (o más precisamente, uno tendría que creer que dadas las configuraciones políticas y económicas de principios del siglo XX, los prospectos de paz eran tan buenos como los de conflicto global, propuesta que me parece imposible de creer). Fue éste un radicalismo primitivo e incierto, pues la organización tenía poca o ninguna idea de lo que podría suceder después de tomar el poder.[15] Su táctica principal consistía en presionar al gobierno por medio de huelgas y en esto tuvieron bastante éxito, aunque sólo eran capaces de montar huelgas cuando había algún acontecimiento específico que prendiera la chispa del descontento latente entre los trabajadores.

La primera huelga importante ocurrió el 28 de junio de 1916, cuando Karl Liebknecht fue juzgado por traición. Entonces los torneros detuvieron las máquinas y se afirma que en Berlín 55 000 obreros salieron a la huelga a expresar su solidaridad. En abril de 1917, le siguió una huelga mucho más grande cuando el gobierno ordenó disminuir a un cuarto la ración de pan. La mayor y más importante de las huelgas de la época de guerra fue la de enero de 1918, que empezó por la misma razón, pues en Austria se hizo un corte en la ya de por sí magra ración de harina. De aquí se difundió poco a poco a Alemania y para el 28 de febrero de ese año, 20 000 obreros estaban en huelga en Berlín. El carácter político del movimiento se observa en el Comité de Acción que escogieron los huelguistas. Había en él once miembros de los ARF, tres del PSDI y tres del PSD, lo que resulta muy significativo, pues este partido oficialmente aún estaba en favor de la guerra. Los obreros militantes aún eran reacios a cortar los vínculos con sus líderes tradicionales, actitud que persistió después del fin de la guerra. La huelga comenzó con

[14] Peter von Oertzen, *Betriebsräte in der Novemberrevolution*, 72-5; Eberhard Kolb, *Die Arbeiterräte in der deutschen Innenpolitik 1918-1919*, 38-41.
[15] Kolb, *Arbeiterräte*, 41-2.

una serie de demandas de consumo, reflejando así experiencias mucho más ampliamente difundidas que aquellas del lugar de trabajo, y que tendrían sus variaciones en sus distintos tipos, así como en las diferentes plantas, y que pronto recogerían demandas políticas sobre la situación inmediata. La huelga se expandió rápidamente hacia otras ciudades alemanas. Sus principales exigencias eran la consecución rápida de la paz sin anexión de territorios y sin indemnizaciones, sobre la base del ofrecimiento hecho por los rusos en Brest–Litovsk. Sólo en Berlín y Munich, la huelga duró toda una semana y terminó cuando el gobierno puso las fábricas de armas de la primera de esas ciudades bajo ley marcial. También fue el único movimiento de masas a escala nacional hasta el estallido de la revolución de noviembre de 1918.[16]

Mientras tanto, conforme aumentaba la intranquilidad y las probabilidades de derrota reemplazaban a las esperanzas de triunfo, los elementos dominantes empezaron a hacer concesiones e incluso a buscar una forma de detener el desorden llegando a sus propios acuerdos con líderes "responsables" de la clase obrera. El 7 de abril de 1917, un día después de la formación oficial del PSDI, el Kaiser Guillermo promulgó un decreto de Pascua que prometía reformas para después de la guerra. Su anuncio de que "no hay más lugar" para el sistema de sufragio según tres clases, concluyó en la promesa de conceder la que había sido una de las principales demandas de los socialistas moderados en la preguerra.[17] Por su parte, hasta octubre de 1918, los patrones habían tenido la esperanza de una victoria militar que fortaleciera al régimen autoritario, y por lo tanto, su propia posición en relación con el trabajo organizado, pero como para octubre era claro que la derrota era segura, los líderes de las empresas abandonaron, por lo menos por un tiempo, sus relaciones tradicionales con los *Junkers* y con el Estado autoritario para buscar algún acuerdo con los obreros. Era un momento en que no deseaban terminar con su apoyo a las uniones amarillas (las de las compañías) y en que aún no estaban dispuestos a reconocer a los sindicatos nominalmente socialistas como representantes de los trabajadores, ni tampoco a aceptar la idea general de paridad entre los trabajadores y la administración, ya que durante la guerra se habían establecido algunos precedentes de este tipo de acuerdos por la presión del gobierno, aunque la representación laboral había sido pequeña. Hacia finales de octubre de 1918, se hicieron evidentes las señales de la disolución, y eso incluía la posibilidad de que el PSD pudiera perder control sobre sus propios seguidores.[18] La rapidez y las concesiones de parte de las empresas serían necesarias si se quería que unos y otros remontaran la marea. El dos de noviembre de 1918, las dos partes de pusieron de acuerdo sobre la demanda de crear una oficina de desmovilización que tuviera amplios poderes ejecutivos. Por sí mismo este acuerdo sólo fue importante como símbolo, más que por alguna otra razón, pues al

[16] F. J. Carsten, *Revolution in Central Europe 1918-1919*, 12-15.

[17] Gerald D. Feldman, *Army, Industry and Labor in Germany 1914-1918*, 336.

[18] Según Von Oertzen en *Betriebsräte*, 64.

día siguiente se inició un motín en Kiel que prendió un movimiento revolucionario espontáneo que se extendió por toda Alemania, tomando formas diferentes y grados distintos de ardor radical en las diversas partes del país. El 12 de noviembre de 1918, en pleno levantamiento, el industrial Hugo Stinnes y Carl Legien, jefe de los sindicatos laborales, concluyeron una negociación formal, según la cual los industriales estaban de acuerdo en no dar más apoyo financiero a las uniones amarillas y aceptaban la aplicación de la jornada de ocho horas en todas las industrias (permitiéndose los tiempos extra), así como la introducción de negociaciones colectivas sobre los salarios. En este acuerdo, el trabajo organizado conseguía importantes logros que los movimientos obreros habían buscado en todos los países. Esto es cierto aún cuando los patrones consiguieron protegerse con un lenguaje ambiguo y con protocolos secretos y pudieron además evitar la interferencia de los trabajadores organizados en la operación de las plantas y en la conducción de los asuntos de las empresas.[19]

El modelo que siguieron los acontecimientos desde la proclama del Kaiser hasta el acuerdo Stinnes–Legien, no era nuevo en Alemania. En las reformas Stein–Hardenberg de 1848 sobre el constitucionalismo limitado y en la democratización parcial de 1918, así como en su extensión posterior en 1945, el país experimentó cambios institucionales que en otros países occidentales habían sido resultado de fuertes luchas internas e incluso revolucionarias. En Alemania, en cambio, fueron consecuencia de una reforma burocrática desde arriba, en un contexto de derrota o de revolución abortada o de ambas. Ésta es una razón importante de por qué hubo dificultades para hacer que estas reformas se pusieran en práctica o se aceptaran como parte de la vida institucional alemana. El acuerdo Stinnes–Legien no era ningún signo de madurez o fuerza de los sindicatos, sino precisamente de su debilidad en tiempos de revuelta y crisis, y no representaba la aceptación por parte de los trabajadores ni del capital de métodos para resolver las disputas dentro del marco más amplio de un acuerdo sobre las instituciones fundamentales, sino que era un cambio temporal de alianzas, más una danza diplomática entre el humo de las batallas que una verdadera alianza, más un noviazgo que un matrimonio.

La Revolución de 1918 empezó con el motín de los marineros en Kiel. El 28 de octubre, éstos se negaron a obedecer las órdenes del almirantazgo de ir al mar y pelear contra los británicos. El 3 de noviembre, el motín se había convertido en revuelta y empezó a expanderse a las instalaciones del puerto y a otras ciudades. Conforme esto sucedía, los que estaban en la revuelta formaron consejos de obreros y soldados, y aunque estos nombres, así como las ideas básicas, aparecieron primero en Rusia, los conceptos eran en esencia una respuesta alemana a las condiciones de Alemania.[20] La mayoría eran bastante moderados y estaban ansiosos por cooperar con los militares y los funcionarios civiles para mantener el orden durante un período de transición

[19] Feldman, *Army*, 525-8.

[20] Sobre este aspecto, véase sobre todo Kolb, *Arbeiterräte*, 56-60.

cuyo resultado era muy incierto. Pero no todo fue así. El 7 de noviembre en Munich, Kurt Eisner, a la cabeza de los manifestantes que habían tomado las armas, marchó sobre los cuarteles militares, cuyos ocupantes enarbolaron la bandera roja y a su vez marcharon sobre la ciudad. Al día siguiente, un *consejo* provincial de obreros, soldados y campesinos proclamó la República de Baviera, con Eisner como presidente. Al mismo tiempo, la revolución llevó a un cambio de gobierno en Württemberg, causado por una huelga de obreros en la Daimler y en otras fábricas. El mismo 8 de noviembre empezó la revolución en Sajonia, que llevaría el día 14 a un manifiesto prematuro de los *consejos* de obreros y soldados de Dresden, Leipzig y Chemnitz en el que anunciaban el fin del capitalismo y la toma del poder por el proletariado revolucionario. La ola revolucionaria empezó en Berlín más tarde que en los demás lugares, pues llegó a la ciudad hasta el 9 de noviembre de 1918. Ese día se anunció la abdicación del Kaiser y se proclamó la República por parte de Philipp Scheidemann, un importante líder del PSD que durante la guerra había trabajado muy cerca de los círculos gubernamentales.[21]

Aunque la proclamación de la República enfureció a Friedrich Ebert, el líder socialdemócrata a quien el último canciller imperial había entregado el gobierno de manera formal y pacífica, hay suficientes razones para creer que esa medida evitó acciones más radicales. Para fines de octubre y principios de noviembre de 1918, en Berlín los ARF tenían a su disposición unos 120 000 obreros con experiencia militar, de entre los cuales unos 75 000 estaban listos para irse a la huelga con sólo una orden. El 2 de noviembre su comité ejecutivo preparó un plan detallado para tomar la ciudad,[22] y aunque poco después de la proclama de Scheidemann, Karl Liebknecht declararía a Alemania una "República socialista libre", la transferencia del poder a Ebert y a sus colegas impidió cualquier movimiento de este tipo.

El viejo orden se estaba deshaciendo rápidamente frente a los ojos de todo el mundo. Con la visión algo ilusoria que nos da la percepción ya pasada de la historia, es posible afirmar la tesis de que las fuerzas revolucionarias eran todavía en esencia moderadas, por lo menos en este momento del desarrollo de los acontecimientos. Pero la situación era fluida y cambiante y por supuesto que no todos en las fuerzas revolucionarias eran moderados. Para los participantes, ya fueran moderados con muchas ansiedades o radicales con grandes esperanzas, la revolución difícilmente parecía tan moderada. La situación recuerda el viejo cuento sobre un hombre que miraba a un león en el zoológico en el que la jaula era más bien frágil. En un esfuerzo por darle

[21] Para estos acontecimientos he seguido la secuencia que se informa en William L. Langer, editor, *An Encyclopaedia of World History*, así como en Rayder, *German Revolution*, 140, 145, 147; Carsten, *Revolution*, 35-8; el *Schulthess Europäischer Geschichtskalendar*, N. F., vol. 34 (1918), primera parte, 406 y la "Crónica" en la 515 de la *Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution*.

[22] Heinz Oeckel, *Die Revolutionäre Volkseohr 1918-1919*, 39-40. Según Müller en *Kaiserreich* 1, 139, la fecha de la toma fue el once de noviembre, pero como él mismo lo demuestra con claridad, había también mucha confusión e inseguridad respecto a la sabiduría de cualquier intento, sobre todo dado que el carácter de los obreros en las provincias no se equiparaba con la militancia de los obreros urbanos.

seguridad, el cuidador le dijo que el animal no era tan peligroso: "*Usted* sabe que no lo es —le contestó el visitante— y *yo* también lo sé, pero ¿está usted seguro de que el león lo sabe?"

Como sea, Ebert no estaba para arriesgarse. Al colocarse a la cabeza de la revolución, los líderes del PSD impidieron la posibilidad de que la ola de radicalismo pudiera llegar a la capital, y como lo demostrarían después los acontecimientos, este movimiento fue determinante para romper toda la fuerza de la ola revolucionaria. Sin embargo, la situación aún era difícil. Las fuerzas en favor del cambio moderado y ordenado estaban lejos de tener control, y en las complejas negociaciones sobre el carácter del nuevo gobierno, el PSD había estado de acuerdo en compartir el poder a partes iguales con el PSDI, de modo que cada uno de ello se quedó con tres asientos en el precipitadamente formado gobierno provisional, llamado Consejo de representantes del pueblo (*Rat der Volksbeauftragten*). Mientras tanto, la izquierda había logrado ganar un punto, pues los consejos de obreros y soldados debían ser elegidos en las fábricas y cuarteles a la mañana siguiente para después reunirse en el circo Busch la tarde del día 10 a fin de elegir un gobierno provisional. Así había por lo menos la posibilidad de una negativa para conceder la legitimidad popular al nuevo gobierno de Ebert.

Sin embargo, lo que resultó fue un acuerdo de compromiso que dio una importante ventaja al Partido Social-Demócrata. La gran asamblea en el circo Busch confirmó al Consejo de representantes del pueblo con los mismos miembros en los que ambas partes se habían puesto de acuerdo. Ésta fue una victoria muy importante para Ebert y los moderados. La izquierda consiguió, además del gesto simbólico de enviar saludos fraternales al gobierno soviético, incluida una expresión de "admiración por los obreros y soldados rusos que abrieron la vía a la revolución y el orgullo de que los obreros y soldados alemanes los hayan seguido...", un Consejo Ejecutivo (*Vollzugsrat*) para los consejos de obreros y soldados de Berlín, que afirmaría una autoridad de control o supervisión sobre las acciones del Consejo de representantes del pueblo, afirmación que sin embargo el comité ejecutivo nunca sería capaz de sostener.[23]

La importante victoria de Ebert en el circo Busch fue consecuencia del apoyo popular de los obreros de Berlín, aunque hubo —como siempre hay— elementos de manipulación en el plebiscito local. Müller, que era líder de los ARF y participante en estos acontecimientos, nos proporciona un recuento de primera mano que revela mucho sobre el estado de ánimo que tenían los obreros y soldados en ese momento. Según él, los obreros en las fábricas estaban locamente entusiasmados por el aparente fin del fratricidio socialista y por la unidad de los dos partidos, PSD y PSDI. En las reuniones de

[23] Carsten, *Revolution*, 39-40, 47-9, 75; Kolb, *Arbeiterräte* 114-37, se refiere con detalle a la lucha entre el *Rat der Volksbeauftragten* y el *Vollzugsrat* que resultó de la asamblea en el circo Busch. Para una breve descripción de todos los Consejos, consejos y *consejos* que existieron durante el período que se analiza, el lector podrá consultar la nota que al respecto se anexa al final de este capítulo.

las fábricas organizadas apresuradamente para elegir a los delegados ante la asamblea en el circo Busch, los ARF no tuvieron éxito en sus esfuerzos por recordar a los trabajadores la traición del PSD a sus intereses económicos y su colaboración con el gobierno del Kaiser. En algunas plantas, funcionarios del partido que podían haber sido golpeados el día anterior por no unirse a la huelga general, fueron elegidos miembros de los *consejos* obreros. Así pues, para los líderes de los ARF quedó claro que la reunión en el circo Busch seguramente apoyaría a un gobierno en el cual pudieran dominar los socialistas de derecha y que ese gobierno rompería el poder de los *consejos* obreros para pasárselo a una Asamblea Nacional y a una República Democrático-Burguesa (estimación en la que estuvieron en lo correcto). De modo que los líderes decidieron recurrir a un truco: conseguir que la reunión eligiera un "comité de acción" izquierdista, con poderes no muy bien definidos, que pudiera servir como contrapeso al gobierno y proporcionar algún tipo de acción revolucionaria para tomar posesión. Según Müller —aunque esto difícilmente parece necesario— los soldados presentes en la reunión —entre los cuales el PSD había llevado a cabo una gran agitación— se dieron cuenta del truco y armaron un tumulto tan grande que casi disolvieron el encuentro, mientras que los obreros permanecieron quietos. Irónicamente, fue el propio Müller quien propuso la elección de Ebert y sus colegas.[24]

Después de su regreso de la asamblea en el circo Busch, Ebert recibió una llamada telefónica del general Groener, sucesor de Ludendorff y mano derecha de Hindemburg, quien había sido el oficial que durante la guerra había tenido los tratos más amplios con los trabajadores organizados. Groener le informó que el Alto Comando se ponía a disposición del nuevo gobierno, a cambio de lo cual esperaba que éste luchara contra el bolchevismo y apoyara al cuerpo de oficiales en el mantenimiento del orden y la disciplina en el ejército.[25] Ebert ocultó a sus colegas socialistas en el gobierno su respuesta al militar y se las arregló para conseguir su apoyo —incluyendo el de los miembros del PSDI y el de Emil Barth, el solitario representante de los ARF— para poder satisfacer la esencia de las demandas del general.[26] La decisión de Ebert fue la de continuar con el trade unionismo de la época de la guerra, así como con la política del Partido Social Demócrata. Al aceptar la oferta y los términos del ejército en estas nuevas condiciones, Ebert había unido sus fuerzas a las de los reaccionarios, y lo había hecho casi inmediatamente después de que su poder había sido confirmado por la asamblea popular en el circo Busch. Si hubiera alguna razón para tomar con seriedad la idea de la "puñalada por la espalda" —frase a la que Hindemburg le dio vigencia como expresión de su tesis reaccionaria de que la revolución alemana había apuñalado por la espalda a un ejército supuestamente no vencido y le había arrebatado el poder por medios solapados a honestos patriotas alemanes—, ésta sería aplicable, pero a la inversa, pues el acuerdo

[24] Müller, *Kaiserreich*, II, cap. 4, sobre todo 34, 36, 40.
[25] Carsten, *Revolution*, 55.
[26] Ryder, *German Revolution*, 160-3.

secreto de Ebert con el Estado mayor fue una puñalada por la espalda no sólo para una revolución socialista, sino incluso para una liberal que, de todos modos, y por razones que daré a su debido momento, no creo que fuera una posibilidad realista.

A las once de la mañana del día siguiente a la conversación telefónica de Ebert con el general Groener, el 11 de noviembre de 1918, cesaron formalmente las hostilidades en el frente occidental y un día después se firmó el acuerdo Stinnes-Legien. Sin embargo, y esto es bastante curioso, ninguno de estos acontecimientos recibió mucha —si es que recibió alguna— atención en los relatos sobre el período, ni siquiera en los más detallados, a pesar de que seguramente fueron muy útiles para los líderes tradicionales y moderados de las clases obreras en su duelo con los de la izquierda. Pues después de todo, la paz era lo que tan profundamente deseaban las masas de la población, incluyendo a los trabajadores, y, como ya se dijo, el acuerdo significó el logro de objetivos sindicales de largo plazo y universales, aún si esto fue defendido con reservas y hasta con posibles trampas y modos de escapatoria por parte de los patrones.

Por otra parte, y casi al mismo tiempo, había un fluir de nuevos miembros hacia los sindicatos, que se convertiría en una bendición para los moderados. Inmediatamente antes de que estallara la revolución, la membresía de los afiliados al PSD era de 1 453 000. Para fines de 1918, el número se había doblado a 2 866 000. En los siguientes meses se unieron casi 2 000 000. El ímpetu continuó durante 1919 hasta alcanzar la enorme cifra de 7 338 000 a fines del año. La mayoría eran recién llegados, no estaban acostumbrados a las estrategias del sindicato[27] y sobre todo, desconocían la de hacer huelga en el preciso momento en que las ganancias parecían más prometedoras y el mercado de trabajo era más estrecho para una planta o industria particular. Para mediados de noviembre de 1918, la atmósfera que había entre los trabajadores era una mezcla de euforia ante la posibilidad de lograr cambios de largo alcance —pues ¿acaso no había llegado al poder un gobierno socialista?— y de desesperación debido al desorden, la escasez y las fatigas de la guerra.

Este flujo no fue de buen agüero para los esfuezos de los líderes del PSD. Su compromiso era de hacer que la producción volviera a su cauce lo más rápidamente posible y que se restaurara el orden social. Se trataba de dos políticas que implicaban más tiempo de apretarse el cinturón y sacrificios continuos para los trabajadores. Ebert y sus socios trataron de poner en práctica un programa característico de una dictadura post-revolucionaria "realista", a fin de consolidar las ganancias de una revolución que no lo había sido mucho. También estaban tratando de hacerlo sin contar para ello con los instrumentos de una dictadura revolucionaria, es decir, con una fuerza policiaca poderosa, verdugos voluntarios y el monopolio sobre la difusión de las ideas. Al contrario, al principio se confiaron en lo que quedaba de los instrumentos de represión del viejo régimen y luego quisieron rectificar creando

[27] Heinz Josef Varain, *Freie Gewerkschaften, Sozialdemokratie und Staat*, 132-3.

unos propios que fueran confiables. Su fracaso para resolver el problema del ejército y la policía —podríamos ir más lejos y decir: la sorprendentemente poca atención que dedicaron a estas cuestiones— fue una de las causas determinantes de su fracaso total. Por eso no sorprende que inmediatamente después de que aceptaron el poder (pues *no* fue una toma del poder) se encontraran con grupos radicales que reflejaban el descontento popular y que periódicamente tomaban fuerza para ir contra el gobierno de Ebert y el de sus sucesores. Con el fracaso de los intentos radicales, estas olas de descontento terminarían por formar una lenta corriente de rechazo organizado al *statu quo*: el Partido Comunista Alemán.

Los líderes reformistas del PSD tenían una política basada en una percepción y un acuerdo bastante burdos sobre la situación, así como una estrategia para enfrentarse a ésta. Sólo si se hubieran tomado en serio los proyectos de una revolución mundial que barriera con Clemenceau, Lloyd George y Wilson, el resultado de los deseos combinados de estos hombres hubiera sido lo que inevitablemente hubiera puesto los límites externos a la política alemana, los cuales difícilmente podrían incluir muchas oportunidades para experimentar con el socialismo. Esto lo vieron con claridad los funcionarios del partido y de los sindicatos mientras que sus oponentes en la extrema izquierda no lo veían.

En estas condiciones, no sorprende que el principal impulso en la política de los líderes del PSD y de los sindicatos fuera el de restaurar el orden, conseguir que la producción funcionara de nuevo y lo más rápidamente posible y que ambas cosas se hicieran bajo los auspicios de un régimen liberal capitalista o parlamentario.[28] En su opinión, era imposible socializar la bancarrota, que era para ellos la situación básica de la economía alemana de la postguerra. Para estos líderes, una justificación más importante para la aceptación de una democracia parlamentaria era su expectativa de que el PSD recibiría un fuerte espaldarazo en las urnas, lo cual les permitiría poner en práctica sus principales políticas. Pero del modo como fueron resultando los acontecimientos, estos cálculos estaban bastante equivocados. Hay consideraciones más profundas que también derivan de una mezcla de la teoría marxista con las convicciones humanistas.

Son estas consideraciones las que están detrás del rechazo de los líderes del partido y los sindicatos hacia dos posibles políticas revolucionarias. Los líderes descartaron cualquier solución en el sentido de control de los obreros o de permitirles que tomaran las fábricas y las manejaran, pues sostenían

[28] Una expresión breve pero mordaz de estas políticas se puede encontrar en Gustav Noske, *Von Kiel bis Kapp*, 130, 186. Hay más detalles en el discurso de Max Cohen en el Primer Congreso de obreros y soldados en *Allgemeiner Kongress der Arbeiter und Soldatenräte Deutschlands... Stenographische Berichte*, columnas 209-224. Este Congreso se llevó a cabo del 16 al 21 de diciembre de 1918 y estuvo dominado por el PSD por razones que se analizarán más adelante. Las propuestas de Hilferding a este Congreso (312-321) constituyen el enfoque más cercano al socialismo, pues se refieren a que el gobierno debería mantener el control sobre los sectores clave de la economía, lo que era una especie de Nueva Política Económica propuesta tres años antes de que Lenin adoptara esta estrategia en Rusia. Pero las propuestas nunca fueron puestas en práctica.

que esto, además de la confusión y el daño que causaría a la producción, simplemente reproduciría en el socialismo la anarquía de la producción que existía en el capitalismo y que haría mal a los trabajadores, sobre todo a los de las industrias menos favorecidas.[29] También descartaron la política de la dictadura de una minoría, similar a la que estaba siguiendo Lenin. Es probable que en esta elección hayan tenido que ver sus convicciones humanitarias y éticas, aunque es difícil evaluarlo. De todos modos, tales convicciones no habían inhibido el apoyo al esfuerzo alemán en la guerra, ni tampoco el uso de políticas brutales e ilegales para acallar a sus enemigos de la izquierda. Pero no por eso deja de ser legítimo preguntarse ¿cuánto espacio había para maniobrar dentro del marco de este compromiso ético y de las circunstancias reales?, cuestión sobre la que volveremos en un capítulo posterior. De cualquier forma, había algo más que la pura hipocresía en su sentimiento de desengaño, y de golpe moral por la disolución que hizo Lenin de la Asamblea Constituyente Rusa.[30]

También había razones más inmediatas y prácticas para evitar una dirección demasiado radical. Si hubieran intentado llegar de una vez al socialismo por cualquiera de las dos vías —la espontánea o la de la dictadura de una minoría— probablemente la consecuencia hubiera sido una guerra civil en Alemania, y la mayoría de los soldados hubieran estado del otro lado, a pesar del entusiasmo con que recibieron el fin de la guerra. Es más, los aliados simplemente invadirían, y cualquier idea de una solidaridad de la clase obrera para evitar que éstos llevaran a cabo dicha acción era un puro deseo sin bases reales.[31]

Las consideraciones de ayudarse a sí mismos apuntaban en la misma dirección que las humanitarias. Como burócratas, y en muchos sentidos, buenos patriotas alemanes, los líderes del partido y de los sindicatos no querían hambre, desorden o desempleo masivo, porque entre más hubiera este tipo de situaciones, más perderían frente a sus competidores radicales, en lo que se refería a ganarse la lealtad de los trabajadores. Al mismo tiempo, los obreros también serían los que cargarían con la parte más fuerte de cualquier sufrimiento, que probablemente sería mucho más intenso en una economía industrial integrada, como era la de Alemania, de lo que era en una sociedad campesina como Rusia. Como políticos perspicaces, seguramente estos líderes también estaban conscientes de la poderosa corriente de deseo que existía entre los trabajadores por volver a las amenidades y estabilidades de la existencia diaria y por el fin de las demandas de la "política" y de la esfera pública que dominaron su vida durante la guerra. Hay muchos signos de esto, a pe-

[29] Hilferding, en *Kongress*, col. 313.

[30] Peter Lösche, en *Der Bolschewismus im Urteil der Deutschen Sozialdemokratie 1903-1920*, 129-137, analiza las reacciones a este importante acontecimiento.

[31] Véanse las observaciones que hace Carl Severing a una delegación de radicales de su Unión de Metalúrgicos en *Mein Lebensweg*, I, 232-4 y las de Max Cohen en *Kongress*, col. 220.

sar de que los informes históricos sólo registran —como es costumbre— los momentos más importantes de las manifestaciones de alborozo político.[32]

Desde la perspectiva de los líderes del partido y de los sindicatos, cualquier cosa que interfiriera con la restauración del orden y con echar a andar la economía, sonaba a seducción y a bolchevismo. Podemos estar seguros de que éste era también el caso de amplios segmentos de la población, incluyendo a muchos trabajadores de industria, a quienes no les gustaba la continua excitación política. Ése era el medio ambiente en el cual tenían que operar los movimientos para el cambio radical. Era una atmósfera que contribuía mucho al endurecimiento de las posiciones políticas y a su polarización. El desprecio y la desconfianza de los burócratas moderados de la clase obrera por lo que consideraban llamados y acciones demagógicos o peligrosos, los hacían resistirse cuando se enfrentaban a propuestas radicales. Para aquellos que buscaban cambiar el orden social, la resistencia parecía como una doble negociación de mala fe, lo que en muchos casos definitivamente así era. La consecuencia fue una mayor desesperación entre algunos sectores de la extrema izquierda, y en ciertos aspectos, un fuerte aumento en su atractivo y en su electorado, lo cual a su vez hizo que los líderes del PSD y sus aliados apretaran todavía más fuerte.

La prueba por la decisión de Ebert de confiar en el ejército no tardó mucho en presentarse. Una semana después de sus conversaciones telefónicas con el general Groener, el 17 de noviembre de 1918, el gobierno creó una Fuerza de Defensa Republicana (*Republikanische Soldatenwehr*) bajo la jefatura de Otto Wells. Su principal propósito era mantener el orden doméstico, para lo cual se componía de 12 000 hombres. Por medio de los *consejos* de soldados, los grupos radicales pudieron infiltrarse en esta fuerza y neutralizar su efectividad como arma en manos del partido, aun cuando la mayoría de las tropas siguieron siendo leales al gobierno.[33] Dos días antes, el 15 de noviembre, los espartaquistas habían empezado a organizar la Liga de Soldados Rojos (*Der Rote Soldatenbund*) que según los informes alcanzó a tener un total de 12 000 hombres distribuidos en varias ciudades, y aunque la mayoría de las unidades seguramente eran pequeñas, la liga fue especialmente fuerte en Berlín.[34] El 6 de diciembre, la Fuerza de Defensa Republicana de Otto Wells reprimió una manifestación espartaquista con un saldo de seis muertos.[35] En

[32] Las vívidas y apasionadas quejas sobre la ausencia de entusiasmo revolucionario con las que Ernst Däumig, un líder de los ARF, comenzó su discurso ante el Congreso de consejos de obreros y soldados, nos proporciona una buena pista entre muchas. Casi al final volvió al mismo tema, pero haciendo énfasis en el sorprendente hábito alemán de obediencia, que él veía como consecuencia de la experiencia histórica y de un largo entrenamiento. Según él, el espíritu de sumisión todavía estaba metido en los huesos del alemán común; aún en esos días de revolución: "La gente quiere una autoridad suprema" (*Man will eine obrigkeit haben*). Eso le parecía extraño entre gentes que habían desempeñado durante la guerra actos de increíble valentía. Y por fin terminó afirmando que "¡esta revolución alemana tiene muy poca confianza en sí misma!" (*Diese deutsche Revolution sich selbst verflucht wenig zutraut!*). Véase *Kongress*, cols. 227, 234.

[33] Oeckel, *Volkswehr*, pp. 47-48.

[34] *Idem*, p. 46.

[35] Ryder, *German Revolution*, pp. 184-185.

la izquierda había sospechas de que se estaba gestando un golpe contrarrevolucionario, y entre los reformistas había miedo de un golpe radical. Ambos lados estaban en lo correcto y cada uno veía sus propias acciones como defensa en contra de los otros. En ese momento, el gobierno decidió recurrir a la ayuda del ejército. Altos oficiales decidieron aprovechar la ocasión para convertir a Ebert en dictador temporal y para deshacerse de una vez por todas de los *consejos* de obreros y soldados. Fuentes del ejército afirman que Ebert conocía el plan y que le había dado su consentimiento tácito. Esto parece bastante posible, pero no se puede probar.[36] De cualquier forma, el movimiento resultó un fracaso. Las tropas bajo el mando del general Lequis entraron en Berlín el 10 de diciembre de 1918, como si fueran héroes a los que Ebert saludó diciéndoles que "regresaban sin haber sido derrotados".[37] Pero en cuanto los soldados entraron en contacto con la población, simplemente se mezclaron con ella.[38]

El episodio es significativo porque demuestra que la decisión de Ebert de confiar en el ejército fue un error y con ello se socava la tesis común del PSD de que sólo había una alternativa en la situación: la revolución radical o el apoyo en las fuerzas del viejo régimen. La consecuencia inmediata de todo el asunto fue la de hacer que los reformistas tuvieran claridad sobre su propia carencia de poder, así como la de intensificar las sospechas de quienes estaban a la izquierda de Ebert, incluyendo el ala moderada del PSDI, cuyos representantes aún formaban parte de su gobierno.

El 12 de diciembre de 1918, dos días antes de la entrada del general Lequis a Berlín, Ebert y sus colegas promulgaron un decreto llamando a la formación de un Ejército del Pueblo (*Volkswehr*) que sería algo completamente nuevo, sustentado en voluntarios. Pero el gobierno nunca echó a andar este proyecto, que se quedó en letra muerta, y su único efecto fue el de crear severos problemas entre el gobierno y el alto mando. Puesto que el pleito se mezclaba con varios acontecimientos y disputas que tenían que ver con todo el espectro de problemas que entonces enfrentaba Alemania, es necesario detenerse a verlo más de cerca.

Para mediados de diciembre de 1918, el gobierno de Ebert, que fue el primer gobierno obrero en un país industrial avanzado, estaba en una posición muy singular, pues tenía una apariencia de legitimidad revolucionaria

[36] Véase Erick Matthias, editor, *Die Regierung der Volksbeauftragen 1918-1919*, primera parte, 6/I, p. 316-318 (documento 5) y 6/II, p. 27-29 (documento 69).

[37] Ryder, *German Revolution*, foto 7a y p. 162.

[38] Para más detalles sobre este complicado episodio, véase F. L. Carsten, *The Reichswehr and Politics: 1918-1933*, pp. 12-16. Según una vieja autoridad que es Gordon A. Craig en *The Politics of the Prussian Army 1640-1945*, p. 351, el 8 de diciembre el general Lequis tenía bajo su mando a diez divisiones, de las cuales sólo quedaron unos 1000 hombres para el fin de la semana. El breve relato de Craig sobre esos años (que ahora nos parece muy pasado de moda y demasiado favorable a Ebert), es una introducción lúcida y útil al problema de las relaciones de los líderes del PSD con el ejército. Según este autor, el general Lequis aparece a las puertas de Berlín sin ninguna razón aparente, pero las razones se hicieron obvias mucho después de la publicación de su libro. También he consultado a Harold J. Gordon, *The Reichswehr and the German Republic 1919-1926*, pero encontré que estaba equivocado en varios detalles importantes.

adquirida en la gran asamblea del circo Busch y también, gracias al ejército, tenía un aire de legitimidad del viejo orden. Sólo que las dos fuentes de autoridad eran incompatibles y ninguna resultaba suficiente para dar al gobierno mucha fuerza. Y a pesar de eso, el PSD aún gozaba de una considerable reserva de buena voluntad entre los obreros de toda Alemania. En las elecciones de Dresden del 24 de noviembre de 1918, el PSD obtuvo quince veces los votos que había obtenido el PSDI. En Chemnitz, en donde todos los habitantes de más de 18 años tenían derecho a votar, el PSD consiguió doce veces más votos que el PSDI.[39] Y en ese momento, los obreros eran el único sector políticamente activo de la población, pues los demás aún estaban aturdidos e inclinados a quedarse quietos. Los reformistas necesitaban fortalecer su legitimidad popular si querían fortalecerse como gobierno. Esto lo pudieron hacer en un Congreso General y Pangermánico de *consejos* de obreros y de soldados, que fue la primera reunión de este tipo después de la que apresuradamente se había organizado en el circo Busch y cuyos delegados sólo habían llegado de Berlín. Este nuevo Congreso se reunió del 16 al 21 de diciembre de 1918 en la capital y constituyó el punto crítico del movimiento de *consejos*, así como de su abdicación como fuerza revolucionaria o liberalizadora. La composición del Congreso y sus decisiones indican que el ánimo de la clase obrera aún era moderado en esa época. De los 490 delegados, sólo 84 representaban a los *consejos* de soldados, lo cual refleja hasta dónde había llegado la desmovilización. De los 400 consejos obreros representados, menos de 100 pertenecían al PSDI, y en ese momento los espartaquistas aún estaban entre ellos. Había más o menos diez delegados de las organizaciones de extrema izquierda en Bremen y Hamburgo. Un 60% eran miembros del PSD, de modo que pudieron controlar los procedimientos en casi todos sus aspectos y de principio a fin. El inicio de la reunión aparece como un indicador de su carácter, debido al rechazo, por una gran mayoría, de una moción para admitir a Rosa Luxemburgo y a Karl Liebknecht como asesores.[40]

Por supuesto que es difícil mostrar que el tono conservador de este Congreso reflejaba con exactitud la opinión pública, incluso dentro de la clase obrera (a la que se confinaba la mayoría de sus miembros), en la forma como lo podría haber hecho una encuesta de opinión pública bien construida y aplicada en una muestra bien seleccionada. Las elecciones se hicieron con precipitación y se limitaron a la "muestra" que pudieran significar los *consejos* de obreros y soldados. Por otra parte, podemos suponer que estos *consejos* estaban formados por el sector más activo políticamente de las clases obreras, y que tanto el resto de ella como otros sectores de la población general eran todavía más conservadores. Y aún así, 63 delegados no pudieron reunir los elementos necesarios para acreditarse frente a la comisión de credenciales, que estaba formada por personas de todos los grupos sociales y que tomaba sus decisiones ya fuera por unanimidad o después de una discusión de tipo empresarial, con votos que nunca obedecían a las líneas del partido.[41]

[39] Carsten, *Revolution*, pp. 162-163.

[40] *Idem*, p. 133.

[41] *Kongress*, col. 193 y p. 216, "Abgelegte mandate".

El principal problema que enfrentaba Alemania —tal como se le presentó al Congreso— era el de si se debía seguir gradualmente hacia el socialismo, en la forma de capitalismo liberal, lo que quería decir apoyar elecciones para una Asamblea Nacional en la que se redactaría una nueva constitución, o si se debía presionar más sobre la base de los *consejos* de obreros y soldados.[42] Claro que no había verdaderas dudas sobre el resultado. El PSD quería que las elecciones se llevaran a cabo lo más rápidamente posible, pues aunque seguramente sentía que estaba perdiendo terreno frente a contendientes más militantes, su argumento explícito era que unas elecciones tempranas proporcionarían una mejor oportunidad para una mayoría social demócrata, y por lo tanto, para un gobierno fuerte, comprometido con un programa de reforma vigorosa. Como sabemos ahora, este cálculo estuvo equivocado. El PSDI, que era un grupo que podía reunir los diversos grados y formas de insatisfacción hacia el PSD más que un partido político organizado y efectivo, no buscaba sino posponer las elecciones para dejar más tiempo para organizarse y convencer al electorado. Una gran mayoría del Congreso rechazó las fechas del primero al 16 de marzo de 1919 y luego la del 16 de febrero, para terminar aceptando la del 19 de enero de 1919, sólo cuatro semanas después de que terminaran sus sesiones. Una moción para crear un Consejo Central de los *consejos* de obreros y soldados, que tuviera un voto efectivo sobre las cuentas parlamentarias, sufrió también una aplastante derrota. Así pues, la realidad era que la idea de los *consejos* de obreros y soldados como base para un nuevo gobierno estaba muerta y el veredicto del médico forense e historiador sólo podía ser uno: suicidio. Después de sufrir la derrota en esas decisiones tan vitales, el PSDI declaró que no tomaría parte en la elección que haría el Congreso de un Consejo Central (*Zentralrat*), comité que debería funcionar como gobierno alemán hasta que la Asamblea Nacional hubiera redactado la constitución y se estableciera la República de Weimar. El resultado fue que el Congreso votó en la lista del PSD, y por lo tanto, un gobierno nuevo y completamente del PSD tomó el poder y asumió la responsabilidad por la suerte de Alemania.[43]

El otro problema importante al que se enfrentó el gobierno fue la reforma del ejército. Debido a que la luz de los acontecimientos durante y después del Congreso iluminaba las actitudes que entonces estaban presentes, éstas merecen un análisis más detallado. En esta coyuntura se podía haber dado mucho más apoyo público para una reforma democrática profunda del ejército alemán, es decir, medidas para hacer de este cuerpo un servidor de la República, en lugar de un instrumento en manos de los grupos reaccionarios y antidemocráticos. En las últimas etapas de la guerra, y después de la revuelta en Kiel, los militares y sobre todo los cuerpos de oficiales aparecieron para grandes sectores de la población como la causa de todo lo que estaba mal: culpables tanto de la dura disciplina, para quienes estaban en el

[42] El principal discurso fue pronunciado por Max Cohen y se llamaba "La Asamblea Nacional o Sistema de Consejos". Véase *Kongress*, cols. 209-224.

[43] Carsten, *Revolution*, pp. 134-135.

servicio, como del desorden en la vida diaria, para los civiles. La primera fase reformista de la revolución alemana fue más un levantamiento antimilitarista que anticapitalista. Claro que no hubiera sido fácil utilizar esta oportunidad, porque buena parte del sentimiento en contra de los militares era una reacción visceral en contra de cualquier forma de jerarquía y disciplina, pero aún así, un liderazgo hábil hubiera podido ser capaz de aprovechar este sentimiento para fines realistas. Ebert en cambio no hizo ningún esfuerzo para lograrlo y más bien, al contrario, se derrumbó precisamente en el momento de enfrentar las objeciones a la reforma por parte de los representantes del alto mando militar.

Como recordará el lector, cuatro días antes de que se inaugurara el Congreso, el gobierno había promulgado un decreto que estaría destinado a permanecer como letra muerta, en el que llamaba a la formación de un Ejército Popular Democrático. Mientras tanto, varios grupos radicales habían tratado de establecer una serie de formaciones de guardias rojas, tales como la Liga de Soldados Rojos Espartaquistas, para la defensa y el avance de la revolución. También estaban en preparación movimientos bastante espontáneos y políticamente mal definidos. Decir que este problema estaba presente en la mente del público sería un exceso de incomprensión académica. El 17 de diciembre de 1918, un grupo de soldados que afirmaba representar a 17 regimientos de Berlín penetró en una sesión del Congreso y presentó sus demandas, amenazando con violencia si no se tomaban acciones inmediatas. En ese momento, el Congreso estuvo a punto de disolverse en medio de la confusión y el enojo,[44] pero mientras tanto, Walter Lamp'l, un delegado de Hamburgo, se puso a trabajar y consiguió obtener bastante apoyo para un conjunto de reformas más suaves. Tiempo después, este hombre revelaría que sus propuestas no tenían la intención de ser la base para un ejército socialista: "Para nosotros —afirmó— el propósito principal era el de deshacernos de la oposición no tan injustificada de los radicales de izquierda".[45]

El Congreso aprobó las propuestas más suaves que habían sido armadas y parchadas con rapidez y, según parece, lo hizo sobre todo como una forma de evitar demandas más radicales que pudieran surgir en las calles. Sin embargo, las propuestas de Hamburgo, como se les llamó, bastaron para enfurecer al alto mando militar. Las objeciones del ejército no eran sólo egoístas y reaccionarias, como lo señaló el general Groener en un fuerte discurso que pronunció ante la sesión conjunta del Consejo de Representantes del Pueblo y del recientemente creado Consejo Central el 20 de diciembre de 1918, sino que además contenían principios tales como la elección de los oficiales por parte de los subalternos que incluso los bolcheviques habían abandonado y que, según él, eran incompatibles con la disciplina necesaria en *cualquier* ejército. Wilhelm Dittman, un miembro moderado del PSDI y aun así parte del gabinete de Ebert, respondió inmediatamente diciendo

[44] *Kongress*, cols. 121-126.

[45] Eberhard Kolb y Reinhard Rürup, editores, *Der Zentralrat der Deutschen Sozialistischen Republik*, 19.12. 1918-8.4, 1919, 124.

que satisfacer las exigencias del general Groener significaba el suicidio para el Consejo Central (en efecto, significaría ir para atrás en el mandato del Congreso que era la fuente de la tan necesaria legitimidad popular del gobierno, aunque obviamente las propuestas habían pasado bajo amenazas). Pero las sesiones cerraron, como sucede muchas veces cuando hay una voz disidente en un grupo pequeño, con lo que parecía un acuerdo tácito para dar satisfacción a las objeciones del militar, pues se abstuvieron de poner en práctica las propuestas de Hamburgo.[46] Aún así, la situación siguió siendo lo suficientemente ambigua como para permitir que los moderados con esperanzas de progreso se decepcionaran. En otra sesión conjunta de los dos cuerpos gobernantes, el 28 de diciembre de 1918, Hugo Haase, que también era un líder moderado del PSDI todavía en el gabinete de Ebert, aseguró a los presentes, en respuesta a sus serios cuestionamientos, que el gabinete (es decir, el Consejo de Representantes del Pueblo dominado por Ebert) aceptaría sin duda alguna las *dos*, es decir, ¡las propuestas de Hamburgo y las medidas para la socialización![47] Pero ninguna se puso en práctica. La política reformista se hizo gobierno por pura demora, pero evadiendo ese problema en ese momento, los líderes del PSD se encontraron en unas cuantas semanas frente a una situación muy peligrosa: la revuelta espartaquista, y recurrieron a un remedio todavía más desastroso: la creación de aventureros armados llamados *Freikorps*.[48]

Durante el resto de diciembre de ese año, la revuelta siguió brotando en Berlín. El día 23, una banda de marineros amotinados logró tomar prisionero por breve tiempo al gobierno, en lo que era un esfuerzo por cobrar sus sueldos atrasados. Una vez más, las tropas regulares no pudieron mantener el orden. Las sospechas mutuas, intensificadas en el curso de este complicado episodio, pusieron fin a los frágiles remanentes de colaboración entre el PSD y el PSDI.[49] Desde hacía tiempo, los espartaquistas estaban convencidos de que Ebert y Scheidemann eran tan contrarrevolucionarios como Ludendorff y Guillermo II. Si juzgamos a partir de lo que el gobierno no había hecho en cuestiones de economía, burocracia civil y ejército, sus sospechas no eran tan descabelladas. Desde el punto de vista de los espartaquistas, la única respuesta a la contrarrevolución era la revolución. Y esto es lo que trataron de hacer, en contra de las recomendaciones de sus mejores líderes, Luxemburgo y Liebknecht, con consecuencias fatales para ellos mismos y para Alemania.

Más allá de la afirmación banal de que los espartaquistas eran un pequeño grupo atraído por Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, y comprometido con la idea general de una revolución proletaria como el único camino posible para un socialismo genuino, es casi imposible caracterizarlos de manera

[46] Para este episodio véase Matthias, *Regierung der Volksbeauftragten*, primera parte, 6/II, p. 11-13 (documento 62).

[47] Véase Kolb y Rürup, *Zentralrat*, p. 70-83 (documento 11), sobre todo la p. 83.

[48] Para un buen estudio véase Robert G. L. Waite, *Vanguard of Nazism: The Free Corps Movement in Postwar Germany 1918-1923*, sobre todo el capítulo 3 sobre la organización y el carácter de este cuerpo.

[49] Ryder, *German Revolution*, p. 188-191.

breve, precisa y justa. Entre ellos no podían ponerse de acuerdo sobre si la revolución proletaria debía ocurrir en un futuro cercano o en un momento más lejano, después de una lucha prolongada. Los dos líderes tenían mucho menos confianza sobre el futuro inmediato que sus seguidores, pero fueron vencidos por ellos. Tampoco podían ponerse de acuerdo entre ellos sobre cómo perseguir el objetivo de una revolución proletaria, pues aunque se daban cuenta de la necesidad del apoyo de las masas, se sentían incómodos respecto de si organizarlas por la vía de un partido político propio, o haciendo alianzas tácticas con movimientos políticos organizados que compartieran, por lo menos, algunos de sus puntos de vista, como era el caso del ala izquierda del PSDI. Había mucha admiración por la entereza revolucionaria de Lenin y por su deseo de romper con las ilusiones parlamentarias disolviendo la Asamblea Constituyente Rusa, pero había también una corriente de profunda desconfianza respecto de la concepción leninista de un partido fuertemente disciplinado como vanguardia de la revolución. Y había, por fin, fe en la espontaneidad de las masas, una sensación de que las revoluciones no se pueden producir artificialmente, sino que ocurren sólo cuando las masas están suficientemente educadas por los acontecimientos y suficientemente irritadas a causa de ellos. Sólo entonces podrían derrocar el orden social que ya se había vuelto históricamente obsoleto.

Los líderes tradicionales del movimiento obrero sentían hacia los espartaquistas prácticamente lo mismo que habían sentido antes de la guerra hacia los activistas críticos dentro de sus propias filas. Tales personas podían agitar a las bases para acciones imprudentes que sólo podían llevar a la derrota en manos de los patrones, momento en el cual las masas desilusionadas se alejarían y el movimiento obrero sufriría un retroceso de años. Pero en ese momento, los peligros eran mucho más fuertes, y el verdadero enemigo era la Entente, que con el bloqueo podía —y de hecho lo hacía— cerrar el flujo de alimentos o invadir con sus tropas en el caso de cualquier aventurerismo quijotesco.

Los espartaquistas también proporcionaron a los líderes moderados una explicación conveniente del fracaso de sus políticas. Si los obreros se negaban a apretarse los cinturones y a volver al trabajo, era más fácil acusar a los espartaquistas que a las condiciones del momento. De este modo, el PSD ayudaba a inflar la reputación de éstos, al mismo tiempo que trataba de mancharla; lo cual consiguió —según pensaba Rosa Luxemburgo— entre los propios trabajadores.[50] La combinación de todas estas circunstancias llevó a la percepción reformista de que los espartaquistas eran una deplorable amenaza, una contaminación, algo que debía eliminarse de raíz, de modo que empezó una furiosa campaña de prensa contra ellos que prefiguró, de cierto modo, los temas que luego utilizarían los nazis. No sabemos con exactitud cuánta responsabilidad tuvo el PSD en esta campaña; de lo que no tenemos duda es de que los líderes reformistas deseaban que el movimiento esparta-

[50] Gilbert Badia, *Le Spartakisme*, p. 243.

quista desapareciera de la escena política, y de que emprendieron algunas acciones para conseguir que sucediera este acontecimiento tan deseado.[51]

También es difícil determinar si el curso de los acontecimientos del mes de diciembre de 1918 y principios de enero de 1919 efectivamente generó un ánimo revolucionario entre un sector importante de los trabajadores en Berlín. Dos aspectos quedan claros: en primer lugar, que muchos espartaquistas estaban en plena ola de euforia revolucionaria y creían que tal ánimo se había generalizado. Incluso muchos de los ARF, que tenían un contacto más cercano con los obreros y que controlaban las grandes plantas ingenieriles, compartían esa creencia. Y en segundo término, sucedió un acontecimiento importante que hizo que este tipo de creencia estuviera lejos de ser absurda. El 5 de enero de 1919, la mayor manifestación de masas que se había visto en Berlín se reunió cerca de la puerta de Brandemburgo. Se trataba de una respuesta al despido del jefe de la policía de Berlín, Emil Eichhorn, miembro del PSDI y que tenía fama de simpatizar con la extrema izquierda. Después de escuchar a los enfurecidos oradores, la muchedumbre se dirigió a la central de policía y permaneció ahí por horas antes de dispersarse. Debe recordarse que el PSD apenas había ganado el control total del gobierno (es decir, el Consejo Central) y por ello estaba en el derecho legal de despedir a Eichhorn. Pero para muchos de la extrema izquierda, esta decisión aparecía como un paso más —y muy importante— hacia la contrarrevolución. Los ARF y el PSDI decidieron apoyar a Eichhorn, con la ayuda de los espartaquistas (a quienes en ese momento ya se podía llamar comunistas puesto que unos días antes habían formado el Partido Comunista Alemán en una conferencia en la que trataron de ampliar sus bases y de tomar decisiones sobre su identidad política y sobre las políticas a seguir). Hay bastantes razones para creer que un amplio sector de la población de Berlín estaba muy descontento con el liderazgo del PSD, y listo para seguir a los líderes más decididos. Este punto es importante de recalcar porque ha habido una tendencia a descartar a los espartaquistas, como si hubieran sido llevados muy lejos por su propia retórica, en contra de las recomendaciones de Luxemburgo e incluso de Liebknecht.

La existencia de una apariencia de ánimo revolucionario, por lo menos, fue uno de los principales elementos en el levantamiento. El otro ingrediente fue que los líderes se vieron atrapados en una situación en la que no había posibilidad alguna de retractarse que fuera compatible con el compromiso revolucionario. El mismo día de la manifestación en la puerta de Brandemburgo, algunos destacamentos armados, pequeños y radicales, tomaron los edificios de los periódicos y el del PSD (*Vorwärts*), los cuales, en opinión de los revolucionarios, les habían sido arrebatados durante la guerra. Es posible que la iniciativa para este acto viniera de *agents provocateurs*, pero como sea, tomó por sorpresa al Comité Revolucionario, formado tan apresuradamente, y dio lugar a una situación en la que era imposible echarse para atrás. El 6 de junio de 1919 comenzó el levantamiento.

[51] *Idem*, pp. 238-245, 247-248.

Ese día ocurrieron dos episodios que arrojan mucha luz sobre el hábito alemán de obediencia a la autoridad. Los revolucionarios enviaron a uno de sus jefes con trescientos hombres armados a ocupar el Ministerio de Guerra. Berlín estaba en un estado de fuerte agitación y, aunque habría después otros levantamientos que arrastrarían a mucha más gente, se puede afirmar que este día, y sobre todo este episodio, constituyen la cima del fervor revolucionario espontáneo en la historia moderna de Alemania. Uno de los civiles en el grupo revolucionario mostró al teniente que los recibió en el Ministerio de Guerra una proclama escrita a máquina en la cual le anunciaba, en un lenguaje muy vehemente, que el Comité Revolucionario había tomado provisionalmente el gobierno. El oficial objetó la entrega del edificio debido a que la proclama sólo estaba escrita a máquina, pero no estaba firmada. El revolucionario aceptó llevarla de regreso al cuartel general de los revolucionarios, a fin de conseguir las firmas necesarias, luego de lo cual se entregaría el edificio a las nuevas autoridades. (En un juicio posterior en el que se investigaban los acontecimientos de aquel momento, el teniente negó que este acto suyo fuera un ardid y afirmó que había hablado con seriedad respecto de entregar el edificio si el gobierno había sido derrocado.) En la oficina central de la revolución sólo estaban presentes dos de los varios líderes que debían firmar el documento, de modo que Karl Liebknecht firmó con su nombre y con el de un miembro ausente.

Un episodio similar ocurrió en un almacén de la Guardia Militar Republicana. En esta ocasión, uno de los jefes del lugar se dio cuenta de que la proclama estaba firmada, pero no sellada, de modo que les dijo a sus hombres que en vista de eso, era posible que el documento no fuera auténtico. Los hombres, convencidos, protestaron en contra de los revolucionarios y después de un fuerte intercambio de insultos, éstos últimos tuvieron que emprender una rápida retirada.[52] Como observa con sequedad Carsten, los buenos viejos días de la burocracia derrotaron a los revolucionarios, que habían olvidado la importancia de los sellos y las firmas. A pesar de la ironía de la situación, estos episodios revelan lo difícil que puede ser romper con el respeto a la autoridad establecida, incluso para revolucionarios muy entregados y en una época en que se desmorona la autoridad y la euforia revolucionaria es grande.[53]

Si algún aroma de *opéra bouffe* parece emanar de estos episodios, el resto del levantamiento y sus consecuencias fueron mortalmente serios. Todo los

[52] Todos los acontecimientos específicos que se mencionan en este análisis sobre los espartaquistas, aparecen en Carsten, *Revolution*, pp. 210-218, o en Ryder, *German Revolution*, pp. 193-207. La portada de este último libro es la reproducción del documento que se muestra en el Ministerio de Guerra, obviamente después de que lo firmó Liebknecht.

[53] Una investigación cuidadosa mostraría diferentes actitudes revolucionarias hacia la autoridad existente que pueden rastrearse en culturas nacionales históricamente determinadas. Es difícil imaginar a Lenin o a Trotsky firmando un documento así, o a sus seguidores sintiéndose intimidados por exigencias de sellos y firmas. También es difícil imaginar una conducta así en el caso de Robespierre y sus sucesores en la historia revolucionaria de Francia. Ni en este país ni en la Rusia zarista (o en la Rusia soviética) la burocracia pudo infundir el grado de respeto y sumisión que tuvo en la Alemania Guillermina.

salió mal a los rebeldes. La ayuda prometida de Spandau y Frankfurt no llegó. Los marineros amotinados declararon su neutralidad. Las masas no se levantaron y sólo unos cuantos cientos de los manifestantes se unieron a la lucha real. Parece como si las masas hubieran estado dispuestas a ir a la huelga, pero no a pelear.[54] Por su parte, el *consejo* de obreros y soldados de Bremen, inspirado en los acontecimientos de Berlín, proclamó el 10 de enero de 1919 una República socialista de corta vida.[55] Al día siguiente, el *consejo* de obreros y soldados de Essen, formado por tres partidos socialistas (PSD, PSDI y PDC), proclamó que las minas debían de socializarse en un esfuerzo por aplacar los ánimos en el Ruhr, donde más de 80 000 mineros estaban en huelga.[56]

Con lo diferentes que eran estos acontecimientos, todos juntos difícilmente podían dar seguridad a los moderados que estaban a cargo del gobierno central. El día en que se inició el levantamiento, Noske había aceptado el trabajo de comandante en jefe para Berlín. Los miembros del primer cuerpo de tropas (*Freikorps*) recibirían en ese momento su bautizo de fuego y ensayarían atrocidades en contra de los rebeldes, bajo el auspicio oficial de los socialistas. Para recuperar el edificio del *Vorwärts* (10 y 11 de enero) dispararon sobre muchos prisioneros y maltrataron salvajemente a otros. Unos días después, capturaron y asesinaron brutalmente a Karl Liebknecht y a Rosa Luxemburgo. Los militares fueron sorprendidos después en mentiras muy obvias sobre las circunstancias de estas muertes, y una encuesta oficial terminó en un informe que igualmente encubría las faltas. Una ola de rabia se levantó entonces entre un gran segmento de los trabajadores, y muchas personas que tenían poca simpatía hacia los espartaquistas se pusieron furiosas por el asesinato de sus líderes.[57] Si antes del levantamiento espartaquista hubiera podido existir alguna oportunidad para la reconciliación entre los socialistas de derecha y los de izquierda, después del asesinato de los dirigentes ésta ya no existía, pues el PSD se apoyaba de manera abierta en los militares más diversos y en un conjunto abigarrado de voluntarios para restaurar el orden en nombre de una república democrática.

El cambio en la atmósfera política aparece, por lo menos como se le puede ver a la distancia, como la consecuencia más significativa del levantamiento, más importante incluso que el hecho de aplastar y decapitar temporalmente al incipiente movimiento revolucionario. Vendrían después levantamientos más grandes que serían igualmente aplastados por Noske y sus *Freikorps*, pero a diferencia de la revuelta espartaquista, merecen el apelativo de levantamientos obreros de masas. La revuelta espartaquista marcó el inicio del levantamiento radical, no su fin. Examinaremos con más detalle estos levantamientos en el siguiente capítulo, debido a la luz que arrojan sobre cómo

[54] Ryder, *German Revolution*, p. 201, citando a Müller, *Kaiserreich*, II, pp. 35, 49, 58. Badia, en *Le Spartakisme*, dedica el capítulo 17 a los acontecimientos de la "semana sangrienta", pero no da indicadores de que existiera apoyo de las masas al levantamiento.

[55] Carsten, *Revolution*, p. 149.

[56] Von Oertzen, *Betriebsräte*, p. 113.

[57] Ryder, *German Revolution*, pp. 203-204.

los obreros comunes y corrientes percibían sus circunstancias inmediatas y cómo reaccionaban ante ellas, así como sobre sus propios sentimientos de justicia e injusticia. Pero antes de hacerlo, es necesario delinear los principales desarrollos políticos hasta la primavera de 1920, a fin de poder establecer las demandas y acciones de los obreros en su contexto general político y social. Para una gran porción de los obreros industriales, éste era un contexto de creciente desilusión y frustación.

El 19 de enero de 1919, cuatro días después del asesinato de Rosa Luxemburgo y Karl Liebknecht, tuvieron lugar las elecciones a la Asamblea Nacional que elaboraría la Constitución de Weimar. Su resultado fue un severo golpe en contra de los líderes del PSD, que contaban con que el partido ganaría preponderancia en el poder mediante el proceso electoral y continuaría el lento camino hacia el socialismo bajo un régimen capitalista liberalizado. El resultado también debe de haber sido un rudo despertar para cualquiera de la extrema izquierda que hubiera creído que tenía detrás a la masa de la población. El PSD ganó 42 curules en contra de sólo 15 para el PSDI, pero 40 se fueron para los partidos burgueses.[58]

Hasta este momento, la política nacional había sido sobre todo un sanguinario conflicto entre organizaciones y grupos que afirmaban hablar por la clase obrera industrial, y con los militares colgados de las alas como la principal presencia tangible del viejo orden y de las clases dominantes anteriores. Y es que las viejas élites habían sido aplastadas, más que destruidas, por la derrota y por el levantamiento del movimiento popular. Incluso los *consejos* de obreros y soldados, en parte debido a que muchos aún estaban controlados por el PSD, tenían muy pocos deseos de desmantelar el marco institucional heredado del pasado. Las viejas élites permanecieron quietas, pero intactas, durante la confusión y el fratricidio de la izquierda, y en las elecciones salieron otra vez a la superficie. El nuevo electorado, de 35 millones de personas, que incluía por primera vez a las mujeres, no le dio a nadie el mandato para dirigir. Cinco millones de personas no fueron a las urnas y en lugar de eso el mensaje popular a cada partido político fue que *no* podía dirigir, al menos no solo. O bien los grupos y partidos políticos aprendían a llevarse entre sí y a conseguir un consenso mínimo sobre las políticas y los procedimientos —algo que sólo era posible cuando lo que estaba en juego no era cuestión de supervivencia política— o de otra forma sucumbirían a la tentación de lograr lo que querían por medios ilegales, violentos y extraparlamentarios.

En esta situación tan tensa, ocurrió una serie de levantamientos radicales por una nueva y diferente distribución del poder y por nuevas instituciones económicas, todas ellas basadas en los trabajadores industriales. Aunque hay importantes similitudes entre los distintos casos, estas revueltas fueron en gran medida respuestas locales a las condiciones locales, o lo que sería más exacto, a las condiciones generales que se volvían más agudas en las diferentes partes de Alemania y que mostraban particularidades locales específicas.

[58] Carsten, *Revolution*, p. 163.

No hubo coordinación central de ningún tipo para estas revueltas, y si esa se puede considerar una razón para su fracaso, es difícil ver cómo en aquel momento podía haberse dado coordinación alguna más allá de una cierta cantidad de inspiración mutua, que sí existía.

Las variaciones sobre el tema del control de los obreros, como se las ejemplifica en los *consejos* de las plantas (*Betriebsräte*), desempeñaron un importante papel. También estaba en cuestión el papel de los *consejos* obreros (*Arbeiterräte*) que fueron los sucesores de los *consejos* de obreros y soldados después de la desmovilización del ejército y que habían surgido de manera espontánea luego del levantamiento en Kiel. En muchas zonas no pudo tener efecto la sentencia de suicidio revolucionario expresada por el Congreso de Consejos de Obreros y Soldados dominado por el PSD que se llevó a cabo en Berlín a mediados de diciembre de 1918. Después de la represión del levantamiento espartaquista en esa misma ciudad, en enero de 1919, Noske y sus *Freikorps* intervinieron en varias partes de Alemania cuando los *consejos* obreros aún tomaban parte en el gobierno o trataban de tomar y extender su poder. Violentos conflictos tuvieron lugar en las ciudades portuarias de Hamburgo y Bremen,[59] en las regiones industriales de Alemania central, en el Ruhr y en Baviera.[60] Con la conquista de Munich por las fuerzas gubernamentales en mayo de 1919, el movimiento de los *consejos* se fue por tierra para convertirse en una simple cuestión de distribución interna de la autoridad dentro de las plantas. Sin embargo, por un cierto tiempo, siguió siendo cuestión de apasionado interés. El 13 de enero de 1920, hubo una violenta y tardía demostración en Berlín en contra de la legislación nacional propuesta sobre los *consejos* en las plantas, en el curso de la cual murieron 42 personas. Un residuo bastante diluido del movimiento en favor de los *consejos* en las plantas se abrió camino hasta la Constitución de Weimar, pero lo mismo que las propuestas para socializar una parte de la industria, estaría destinado a quedar como letra muerta.[61]

Para el verano de 1919, los socialdemócratas habían reprimido por la fuerza militar —al menos en lo que iba de su tiempo— a todos los movimientos activos que olían a socialismo, pero de ninguna manera los habían destruido.

Con la amenaza radical bajo control, el sector del público respetable que se interesaba por la política dedicó su atención a la forma de la Constitución y a la cuestión candente del tratado de paz. Hubo una tormenta de indignación en Alemania sobre la supuesta dureza del tratado, y ésta la compartían los dos miembros más importantes del PSD con muchos oficiales del ejército, de modo que las autoridades responsables consideraron seriamente la posibilidad de negarse a firmar lo que se conoció como el *Diktat* de Versalles. La situación le dio a los grupos de derecha la oportunidad de abandonar

[59] Véase Richard A. Comfort, *Revolutionary Hamburg*, pp. 68-72.

[60] Véase Allan Mitchell, *Revolution in Bavaria 1918-1919*, pp. 207-211, 223-230.

[61] Helmut Heiber, "Die Republik von Weimar", en *Deutsche Geschichte seit dem Ersten Weltkrieg*, 1, pp. 40, 42, 58.

completamente sus escondites, en los que habían permanecido encerrados desde el día de la derrota y la revolución, para volver a hacer sonar sus trompetas patrióticas. Y mientras tanto, los que tenían la responsabilidad de tomar la decisión, llegaron a la conclusión de que negarse a firmar significaba una alternativa aún peor, pues podría significar la ocupación en gran escala de Alemania, cargas económicas aún más pesadas y posiblemente hasta el desmembramiento del país y la destrucción de la unidad, tan reciente y ganada con tantas dificultades. El 22 de junio de 1919, la Asamblea Nacional aceptó las condiciones de paz. Desde el principio, la República de Weimar llevó a cuestas la carga de haber aceptado el *Diktat*, pues se pudo culpar a la democracia de los sacrificios económicos que les exigieron como reparación, de los pesados impuestos y de la inflación.

Mientras tanto, los primeros esfuerzos en los círculos nacionalistas y militares para desacreditar y destruir a la República culminaron con el *Putsch* de Kapp (13 al 17 de marzo de 1920), que fue un intento de corta duración por derrocar al gobierno con un golpe militar en el que estuvieron involucradas las *Freikorps* y algunas unidades del ejército regular (*Reichswehr*); este último se negó a defender al gobierno. Bajo el mandato de Ebert, que para entonces era presidente de la República, el gobierno tuvo que huir primero a Dresden y después a Stuttgart. Los relatos más comunes del *Putsch* hacen énfasis en el papel de los trabajadores para derrotar al levantamiento, gracias a que respondieron al llamado del gobierno de hacer una huelga general. Sin duda, ese aspecto fue muy importante, pero también vale la pena señalar que los servidores públicos en Berlín se fueron a la huelga, lo cual fue un acontecimiento único en la historia alemana, y que el *Reichsbank* se negó a cumplir con sus compromisos y a hacer pagos porque no había firmas autorizadas constitucionalmente. (¡Una vez más, los sellos, las firmas y la legalidad! A su debido tiempo, éstos facilitarían a Hitler su camino a la cancillería.) Ni siquiera todo el ejército obedeció a los golpistas. La izquierda, que se había quedado en el aire y sin un aparato político que le obedeciera, desapareció rápidamente.[62]

Para el propósito de nuestra investigación, hay dos acontecimientos que resultan más reveladores que el golpe mismo y que fueron su resultado. Inmediatamente después de que sucedió, Carl Legien, jefe de la Confederación Alemana del Trabajo y líder nacionalista y gradualista *par excellence* del movimiento obrero (Ludendorff y Hindemburg lo habían honrado varias veces durante la guerra y había sido él quien había pedido varias veces la expulsión de Liebknecht del PSD por romper con la disciplina del partido) se dio cuenta de que la alianza de los moderados con los militares los había incluido y exigió que el PSD se retractara inmediatamente de ese acuerdo. En una dramática confrontación con el gabinete de Ebert, exigió la eliminación de Noske y de varios ministros comprometidos con esa situación,

Putsch: motín (T.)

[62] Este esquema de los acontecimientos que van del tratado de paz al golpe de Kapp sigue a Heiber, "Die Republik von Wiemar", pp. 47-48, 53-61.

además del castigo a todos los que colaboraron con el golpe y, sobre todo —lo más importante—, exigió la purga de todos los elementos dudosos y antirrepublicanos de todas las policías del Reich y del *Länder*.[63] Si esta política se hubiera llevado a cabo tiempo antes y también se hubiera extendido al ejército y a la burocracia, la República hubiera podido sobrevivir, pues con sus enemigos de la derecha bajo control hubiera habido muchas menos posibilidades de crear una hostilidad tan amarga entre la izquierda. Sin duda es significativo que un hombre como Legien pudiera llegar a tener, en condiciones de crisis, por lo menos una conciencia parcial de esta constelación de fuerzas. Pero si una política de este tipo podía haber triunfado en 1918, para 1920 era demasiado tarde. Todo lo que Legien pudo obtener fue que se sacrificara a Noske, pero no un verdadero cambio de política. El ejército siguió adelante hasta convertirse en un Estado dentro del Estado, y el viejo cuerpo de oficiales, si es que algo sintió, fue alivio al ver desacreditado al grupo de las *Freikorps*.

En la izquierda, el PSDI y los comunistas no habían dado sus golpes sólo para traer a los moderados de regreso al poder. Esto era especialmente cierto en el Rhineland y el Ruhr, en donde muchos trabajadores tenían, sobre la base de sus experiencias recientes, buenas razones para temer a las fuerzas combinadas del ejército regular y las *Freikorps*. En 1919 estas últimas habían tomado prisioneros a varios trabajadores, llevándolos por toda la ciudad, les habían escupido y les habían llamado *Schweinehunde* (perros) y por último les habían disparado mientras caminaban, de modo que en esta zona el llamado a una huelga general de defensa en contra del *Putsch* de Kapp obligó a los trabajadores a armarse. Entonces, se formaron los batallones obreros y se pusieron el nombre de Ejército Rojo del Ruhr.[64]

Antes de que el movimiento fuera aplastado (el 30 de marzo de 1920), el Ejército Rojo había alcanzado a formar varias divisiones y tenía el control de varias grandes ciudades. Su derrota marcó el fin de los disturbios y revueltas obreras que no sólo fueron propios y genuinos del lugar en cuanto a sus causas, sino también en sus programas y liderazgos. Los siguientes levantamientos, como la "acción de marzo" de 1921 y la revuelta abortada de 1923, fueron sobre todo intentos de los comunistas y los rusos de pescar en aguas agitadas. Con el final de los levantamientos espontáneos, podemos dejar aquí nuestra narración para examinar más de cerca algunas de las revueltas.

3. *Una nota sobre los Consejos, los consejos y los* consejos *entre 1918 Y 1920*

Puesto que durante la revolución alemana proliferaron los consejos a nivel nacional y local, y puesto que todos los nombres en alemán se escriben con

[63] Ruth Fischer, *Stalin and German Communism*, pp. 124-125.
[64] *Idem*, pp. 126-127.

mayúscula, podría ser útil para el lector que se le diera un glosario de términos. A nivel pan-alemán o nacional había tres tipos: 1) El Consejo de Representantes del Pueblo (*Rat der Volksbeauftragten*), en el cual Ebert era el miembro principal, que había recibido la cancillería del príncipe Max Von Baden, último canciller del gobierno imperial. Éste empezó a existir el 9 de noviembre de 1918 y recibió su legitimidad revolucionaria de la asamblea en el circo Busch, que tuvo lugar el día 10 y que fue un encuentro de los *consejos* de obreros y soldados de la ciudad de Berlín, aunque el ala izquierda pudo establecer un 2) Consejo Ejecutivo (*Vollzugsrat*) como parte de un esfuerzo que tuvo poco éxito para derrotar a Ebert y a sus colegas en el más conservador Consejo de Representantes del Pueblo (*Rat der Volksbeauftragten*). El 16 de diciembre de 1918, delegados de toda Alemania se encontraron en Berlín para lo que parecía un parlamento revolucionario de *consejos* de obreros y soldados, el *Allgemeiner Kongress der Arbeiter-und Soldatenräte Deutschlands* (al que en el texto nos hemos referido como el Congreso) cuyas sesiones duraron hasta el 21 de diciembre de 1918 y el cual creó el día 16 de ese mismo mes y año un 3) Consejo Central (*Zentralrat*) que el día 21 absorbió los poderes del Consejo Ejecutivo (*Vollzugsrat*), que era el que había sido creado durante la asamblea en el circo Busch. Este Consejo Central estaba a medio camino entre un parlamento del que era vagamente responsable el Consejo de Representantes del Pueblo (*Rat der Volksbeauftragten*) y un cuerpo ejecutivo en su propio derecho. Sin embargo, para este momento, la mayoría de los socialistas del PSD estaban plenamente a cargo de todo, y ya no prevalecía la paridad formal entre el PSD y el PSDI, pues el primero de ellos tenía todas las curules en el Consejo Central (*Zentralrat*). Oficialmente, la revolución radical terminó cuando el Congreso votó mayoritariamente para llamar a elecciones a la Asamblea Nacional el 19 de enero de 1919. De hecho, los principales estallidos radicales se sucedieron *después* de que el Congreso terminó sus sesiones el 21 de diciembre de 1918, en parte como reacción a sus decisiones. Hubo una segunda reunión menos importante de *consejos* de obreros y soldados (*Rätekongress*) el 8 de abril de 1919. En teoría, el Consejo Central (*Zentralrat*) siguió siendo la principal autoridad de gobierno en Alemania, hasta que entregó su mandato a la Asamblea Nacional el 4 de febrero de 1919. Mientras tanto, el poder ejecutivo permaneció en manos de Ebert y sus asociados en el Consejo de Representantes del Pueblo (*Rat der Volksbeauftragten*) que también renunció a sus poderes en favor de la Asamblea Nacional. Una fuente conveniente para esta información es la introducción al libro de Kolb y Rürup, editores, *Der Zentralrat der Deutschen Sozialistischer Republik*, 19.12.1918-8.4.1919, sobre todo las páginas XI-XIII, XXIX, L, LV, cuya información he complementado con la ayuda del índice en Ryder, *The German Revolution of 1918* y en Carsten, *Revolution in Central Europe 1918-1919*.

N. de la T.. Para diferenciar en español hemos señalado así: 1) minúsculas cuando se refiere en general a estos consejos; 2) la inicial en mayúscula cuando se refiere a un consejo específico; y 3) *consejos* en cursivas para los muchos que proliferaron.

Había dos fuentes populares principales o formas locales de *consejos*. La primera era la de los *consejos* de obreros y soldados (*Arbeiter und Soldatenräte*) que surgieron y se expandieron por toda Alemania en 1918 y en los cuales no todos combinaban obreros y soldados, sino que dependiendo de las circunstancias locales y del momento histórico —pues los *consejos* de soldados se evaporaban con el avance de la desmovilización— muchos aparecieron sólo como *consejos* de obreros o como *consejos* de soldados. En algunas partes de Alemania hubo incluso un esfuerzo breve y abortado por hacer que participaran los campesinos. La otra forma fueron los *consejos* de las fábricas (*Betriebsräte*) que se confinaron a los obreros industriales y se volvieron importantes en la primavera de 1919 como parte de la segunda y más radical fase de la revolución. En esencia, éstos eran la expresión de un movimiento para el control por parte de los obreros y para un socialismo descentralizado.

CAPÍTULO NUEVE

EL IMPULSO RADICAL

1. *Aspectos Generales*

El fracaso de la revuelta espartaquista introdujo un nuevo elemento en la situación de los trabajadores: la represión masiva y sangrienta de la izquierda. Fue hasta después de enero de 1919 —cuando se aplastó la revuelta, luego de que Noske y las *Freikorps* entraron en acción— que los obreros se levantaron en masa en todas las zonas industriales de Alemania. La primera ola revolucionaria, que había empezado en Kiel en 1918 con la revuelta de los marineros, había sido predominantemente una revolución "del pueblo", con objetivos liberales limitados, y fue un levantamiento general popular dirigido casi completamente en contra de los militares, la monarquía y cualquier cosa que tuviera el sabor de la continuación de la disciplina, del sufrimiento y de los sacrificios de la época de la guerra. Aunque los obreros desempeñaron un importante papel, aquellos que buscaron convertir en radical o proletaria a la revolución popular fueron una minoría pequeña y extendida por distintos lugares. Si Ebert y sus colegas no lo hubieran impedido al tomar el poder en Berlín, quizá hubieran armado un golpe, pero difícilmente una revolución. Los *consejos* locales de obreros y soldados que surgieron espontáneamente después del levantamiento de Kiel podían haberse convertido en órganos de una democracia popular o, por los menos, en agentes para romper el dominio de las instituciones que estaban en manos de las clases dominantes —los *Junkers*, las grandes empresas y los altos niveles del sistema judicial y la burocracia. Pero esto no sucedió. Una razón obvia fue que el liderazgo reformista del PSD tuvo miedo de dejar que esto sucediera, para que el movimiento no se les fuera a salir de las manos y a convertirse en una revolución socialista que ellos creían tendría consecuencias desastrosas para todo el país, incluyendo a los trabajadores industriales. Otra razón por la cual no surgió nada parecido a una dictadura democrática del movimiento de *consejos* y consejos fue el hecho de que los campesinos no quisieron tener nada que ver con ellos.

Así pues, la revolución popular fracasó, y no pudo traer ninguna de las transformaciones sociales que habían sido parte del establecimiento de las democracias liberales en Inglaterra, Francia y los Estados Unidos. La segunda ola revolucionaria que juntó suficiente fuerza después del fracaso de

la revuelta espartaquista, fue en buena medida una reacción hacia los defectos de la primera ola, que lo eran incluso dentro de los esquemas liberales.[1] Esta segunda ola de la revolución era proletaria en el sentido de estar sustentada sobre los obreros industriales. Incluso en la retórica, no hubo ningún intento por pretender que fuera un movimiento de toda la gente. Pero si ponemos esto bajo una luz diferente, los elementos articulados de la segunda ola veían o definían a los obreros industriales como la masa de la gente. Esto era un sinsentido estadístico. El censo de 1925 muestra que los trabajadores sólo eran un 29% de la población de Alemania.[2] Incluso en el Ruhr, los obreros industriales eran poco menos que la mayoría (48%), aunque sí hubieran sido una mayoría si se les sumaran elementos similares del comercio y el transporte. Pero esto no importa demasiado. Entre la euforia y la rabia de la época, no se podía esperar ni de los revolucionarios ni de sus oponentes que dedicaran mucho tiempo a las estadísticas.

En términos de cronología rigurosa, la ola radical tuvo sus orígenes en las huelgas fabriles de la época de la guerra, de las cuales ya hablamos en el capítulo anterior, y continuó a lo largo de (y se sumergió en) la más amplia ola popular, que empezó con la revuleta de los marineros en Kiel y derrocó al Kaiser. Algunas veces, las dos olas fluyeron juntas, pero por lo menos algunos de los líderes se mantuvieron siempre conscientes de los objetivos en conflicto. La revolución reformista, popular o democrática, se detuvo cuando el Primer Congreso de Consejos de Obreros y Soldados, que se llevó a cabo del 16 al 21 de diciembre de 1918, decidió convocar a la mayor brevedad posible a elecciones para una Asamblea Nacional, con lo cual dio fin a esta forma de movimiento que eran los *consejos*. En el momento en que Noske aplastó la rebelión espartaquista, unas semanas después, el movimiento popular ya había perdido sus ímpetus revolucionarios. Al haber provocado la represión en lugar de la revolución, y desde ese momento hasta 1919 y 1920, el ímpetu radical tuvo un fuerte componente defensivo, y lo tuvo aunque también pudo adquirir una mayor base de masas. Por supuesto, el hecho de que sí fuera una defensa en contra del resurgimiento de una fuerza militar al servicio de las grandes empresas aparece, según leo yo las evidencias, como la principal razón para el apoyo de las masas a lo que algo vagamente se podrían llamar movimientos radicales en esta época en Alemania.

En síntesis, las causas fundamentales del brote radical fueron los cambios a largo plazo en la estructura de la economía, que ya eran evidentes desde antes de la guerra y que habían comenzado a hacer más grande la carga de las principales instituciones para integrar a los obreros en el orden capitalista. Había comenzado a declinar, la importancia de las artesanías y de las

[1] En el siguiente capítulo se examinará más de cerca las razones de este fracaso y, sobre todo, la afirmación reformista de que los radicales tuvieron la mayor responsabilidad en el fracaso del liberalismo, en un esfuerzo por descubrir si los líderes del PSD podían haber hecho algo distinto.

[2] *Statisches Jahrbuch fur das Deutsche Reich*, vol. 46 (1927), pp. 20-21, para un resumen del censo de 1925; para datos sobre el Ruhr véase el capítulo siete, tabla número 6.

pequeñas unidades productivas en las ciudades de provincia en donde el PSD y los sindicatos tenían sus raíces mas firmes, mientras que aumentaba la importancia de las grandes fábricas y de la vida en las metrópolis. La guerra había estimulado estas tendencias puesto que había provocado muchas privaciones y una ruptura generalizada de los lazos sociales tradicionales y de las rutinas conocidas. La guerra también había sido la causa de la repentina aparición de las grandes concentraciones de obreros en ciertas plantas y zonas. En muchas partes de Alemania la escasez de vivienda, combustible, ropa y sobre todo alimentos —que sucedió de manera tal como para desacreditar a las autoridades y acentuar la brecha entre ricos y pobres— hicieron que los trabajadores industriales se volvieran más irritables y estuvieran más enojados. La desilusión y los golpes abortados, de entre los cuales la revuelta espartaquista fue sólo el más dramático e importante, provocaron que se utilizara a las tropas para reprimir las revueltas. Después del fracaso de este levantamiento, muchos obreros perdieron toda esperanza en cualquier forma de actividad política y regresaron a sus propias formas, sobre todo al movimiento para los *consejos* en las plantas (*Betriebsräte*), que eran una mezcla de democracia y supervisión obreras sobre las operaciones de la planta, de las que hablaremos más adelante. Cuando estos mecanismos fallaban o se les empujaba al fracaso por las sospechas y zancadillas de arriba, o cuando se los utilizaba como justificación para una intervención gubernamental o militar, entonces estas protestas se convertían en revuelta abierta.

Si éstas eran condiciones causales, entonces ¿qué tipo de obreros eran los que atraían los movimientos radicales? Es obvio que no todos los obreros lo eran, y lo mejor sería empezar con algunos comentarios respecto a estos últimos. Con la importante excepción de los metalúrgicos, de la que hablaremos en seguida, los movimientos radicales no se asentaron en aquellas zonas en donde los sindicatos habían echado raíces profundas, ni tampoco ahí donde aún eran fuertes las tradiciones de los artesanos, en contraste muy notable con la situación de 1848. Por último, las zonas de fábricas textiles, con su gran número de obreros no calificados y de mujeres, permanecieron apartadas aunque estuvieron en contra de las políticas colaboracionistas de los sindicatos durante la guerra y después vieron crecer una fuerte minoría comunista entre sus filas. Puesto que incluso uno de los estudiosos más perceptivos y que más simpatizaba con el movimiento por los *consejos* en las fábricas nos informa que éste fracasó en su deseo de atraer a la mayoría de los obreros alemanes, podemos inferir que muchos de ellos, en las grandes industrias urbanas y en la minería, se resistieron a los llamados radicales.[3]

Entonces, ¿dónde encontró favor el radicalismo? Diferentes tipos de radicalismo atrajeron a distintos tipos de obreros. Si empezamos desde abajo, los rechazados del orden social —llamados de otra manera *das Lumpenproletariat, die Unterschicht, die Ausgestossenen*— proporcionaron numerosos reclu-

[3] Peter von Oertzen, *Betriebsräte in der Novemberrevolution*, pp. 277-278, 323.
El lumpenproletariado, los diferentes, los marginales (T.)

tas a las distintas formas de activismo utópico y de terrorismo. Este estrato incluía a los desempleados y a los difícilmente empleables, así como a los trabajadores eventuales. Los estibadores en Hamburgo, que entraron en la arena política con una demostración violenta y desaparecieron después en la aparente apatía, constituyen un buen ejemplo de ésto. Esos hombres sólo superficialmente sentían atracción por el movimiento de los *consejos*.[4]

En marcado contraste, los nuevos trabajadores que entraron a las nuevas industrias durante y después de la guerra —sobre todo en las plantas químicas— y que carecían de tradiciones y relaciones previas, fluyeron hacia el movimiento por los *consejos* en las plantas. Lo mismo fue cierto para varios otros sectores que no estaban bajo el control de los sindicatos antes de la guerra y a los que también fluyeron nuevos trabajadores durante la misma —empleados de ferrocarriles y del Estado, y dependientes.[5] El radicalismo de los *consejos* de las plantas también ganó pie entre los mineros y trabajadores de la fundición. El factor que parece haberlos predispuesto a esto, además de las duras condiciones de trabajo, fue la relación con lo que ellos consideraban formas muy autoritarias e irracionales de la autoridad administrativa.

Los metalúrgicos, cuyas ARF desempeñaron un papel tan importante, constituyen el último y quizá el más ilustrativo ejemplo. Estos obreros tenían una larga y exitosa tradición de trade-unionismo (excepto en las industrias pesadas del hierro y el acero en el Ruhr), y también habían sido altamente calificados, y sobre todo muy bien pagados durante la guerra. Entonces ¿por qué tuvieron tanto éxito entre sus filas las demandas por un cambio social radical, con todo y sus objetivos tan vagos y cambiantes? Una posible razón es que la llegada de las grandes fábricas significó que la posesión de una habilidad era menos una garantía de seguridad de lo que había sido antes.[6] Pero es probable que fueran más importantes otros factores. En la Unión de Metalúrgicos, los delegados eran funcionarios sindicales con bastante experiencia, cuyo trabajo los mantenía en constante contacto con los obreros de base. Y es aquí donde se pudo dar la importante diferencia, puesto que en otras uniones, los líderes menores eran jalados a la burocracia sindical y así quedaban sujetos a una red social mucho más conservadora, que favorecía un enfoque más cauteloso de todos los problemas. Por lo demás, era en la planta donde las tensiones de la guerra y las condiciones de la inmediata

[4] *Idem*, pp. 276, 292.

[5] *Idem*, p. 277. La penetración de la idea de los consejos en las filas de los empleados resulta particularmente significativa, puesto que este sector después proporcionaría las masas que reclutaría el nazismo. Lo que a esta gente le importaba era la *amenaza* que significaba bajar a la posición de proletario, más que el hecho mismo de la pertenencia a esa clase. Es evidente que la idea de los consejos podía atraer en grados muy diversos tanto a los amenazados por esa suerte como a los que efectivamente estaban sujetos a ella. Es posible que eso mismo fuera cierto para otros, por ejemplo, para los trabajadores de la industria química ya mencionados, puesto que en tanto que trabajadores de un nuevo tipo, su posición debe haber sido muy insegura.

[6] Sobre el cambio general en las implicaciones de las habilidades, véase *idem*, pp. 316-318.

postguerra hicieron que apareciera en su forma más aguda el conflicto entre patrones y obreros, y por eso los hombres estaban expuestos diariamente a experiencias que los podían llevar en una dirección radical.[7]

Así pues, *algunos* factores que por lo general predisponen al radicalismo, pero que varían mucho de caso a caso, son aparentes a través de todas las clases trabajadoras desde los rangos más bajos de los rechazados sociales hasta el moderno proletariado de obreros no calificados en las grandes ciudades y las grandes fábricas, y llegan incluso a los obreros más calificados y mejor pagados. La única zona en la cual el radicalismo no pareció haber atraído a nadie fue en el pequeño taller artesanal, y esto seguramente se debió a una situación en la que la estructura obrera no estaba tan diferenciada ni en su posición social ni en su función económica. En este tipo de situación, los patrones desempeñaban tareas que aparecían como inevitables y necesarias a los obreros, como sería por ejemplo hoy en una pequeña plomería o en la tienda de reparación de objetos en los Estados Unidos.[8]

Hay dos observaciones generales sobre las causas subyacentes o predispositivas al radicalismo de la clase obrera que resultan pertinentes en este momento. Las dos indican la necesidad de tener mucho cuidado antes de hacer juicios sobre tales causas, pues cada una de las diferentes formas de radicalismo parece haber sido todo el tiempo una corriente minoritaria entre los obreros alemanes. Por lo demás, es muy difícil juzgar la verdadera extensión de la lealtad dada libremente a los movimientos radicales. Ahí donde su expresión abierta resultaba riesgosa y peligrosa debido a la represión por parte de los administradores o del Estado, pudo haber una buena cantidad de apoyo latente al radicalismo. El otro lado de la moneda es el hecho de que en tiempos de excitación y cuando la autoridad política se tambaleaba, es probable que prevaleciera el tipo opuesto de situación y entonces también pudo existir una buena cantidad de intimidación por parte de los militantes para forzar a los retardados a alinearse y mantener así una apariencia de solidaridad. Aunque algunos obreros comunes puedan de manera espontánea asumir riesgos heroicos, no es muy probable que en masa se inclinen en esta dirección, al menos no más que cualquier otro segmento de la población. Los soldados en el ejército y bajo el fuego, requieren del límite social que les impone la disciplina militar, aun cuando crean en su causa. La intimidación revolucionaria desempeña un papel similar, e incluso si los reaccionarios y conservadores acentúan demasiado este aspecto de los levantamientos populares, no hay razón para dudar de su significación en ciertas circunstancias. La dificultad para juzgar el grado de libre lealtad a los programas militantes y radicales en condiciones de represión o de autoridad que se deteriora, pueden crear la ilusión de una repentina explosión de sentimiento radical aunque de hecho hubiera habido muy poco cambio.

[7] Véase *Idem*, pp. 281-290.

[8] Esta cuestión merece más investigación en el contexto específico de Alemania, pues son las situaciones en las que ha prendido el radicalismo, más que aquellas en las que no, las que han atraído hasta ahora la atención de los estudiosos.

También es necesario tener cuidado y no poner demasiado peso explicativo en los factores generales sociales y económicos. Como lo demuestra el repentino flujo hacia los movimientos militantes y radicales, y su igual y repentino éxodo, las circunstancias demasiado inmediatas pueden significar toda la diferencia del mundo, sobre todo si el criterio de significación es la efectividad política.[9] En este momento ya no necesitamos recordarle al lector que la miseria en un sentido objetivo es insuficiente para provocar una explosión popular, ni tampoco el desarollo de pautas de condena —es decir, una explicación social de la miseria y su rechazo social— es necesariamente suficiente por sí mismo. Para que tengan un lugar los estallidos masivos o la acción política, debe ocurrir algún incidente que los precipite en forma de algún agravio nuevo, repentino e intolerable (también la definición de lo intolerable puede variar históricamente). Por ejemplo, una reducción en el abastecimiento de los alimentos o algún acto de injusticia especialmente ofensivo o falto de tacto de parte de alguien en el ejercicio de la autoridad o alguna exigencia "poco razonable" —como la orden de lanzarse al mar que produjo el levantamiento de los marineros en Kiel—, son muestras de este tipo de incidente.

De modo que sucede como en una montaña de Los Alpes, en donde las nieves de invierno se han acumulado hasta formar toneladas de presión explosiva, tal que basta con el movimiento de una bola de nieve para desatar un fuerte y enceguecedor remolino que arrasa con todos los obsáculos en su correr hacia abajo. Sin embargo, estas situaciones son tan raras como dramáticas, y una situación que es explosiva en un contexto histórico y cultural determinado puede no serlo para nada en otro momento y lugar, ahí donde las experiencias humanas, la memoria, los juicios y las esperanzas son diferentes.

Con estas advertencias sobre nuestra falta de confianza respecto de las causas de los descontentos radicales, podemos ahora observar sus principales formas de expresión en comportamientos concretos. Desde enero de 1919 en adelante, los descontentos radicales entre los obreros industriales hallaron expresión en cuatro formas diferentes: 1) un incremento intermitente y en ocasiones agudo del apoyo electoral al PSDI;[10] 2) fuertes movimientos de las bases en oposición al liderazgo enquistado de los sindicatos; 3) algún apoyo mínimo a los golpes (*putsches*) y mucho mayor apoyo a las acciones defensivas (aunque sin esperanza) en contra de las *Freikorps*) de Noske; 4) un movimiento hacia la democracia y el control obreros a través de los *consejos* de las plantas (*Betriebsrate*). Estos *consejos* casi no tenían nada en común con los *consejos* de obreros y soldados (*Arbeiter und Soldatenräte*) que siguieron existiendo en 1919, pero cuya importancia fue disminuyendo cada vez más.

[9] Para evitar malentendidos, es necesario señalar que la aceptación de este criterio no implica escribir la historia de los triunfadores. Uno puede tratar de descubrir por qué los perdedores fracasaron y por supuesto, simpatizar o no con ellos. La efectividad política me parece un criterio de significación impuesto sobre el estudioso de los asuntos humanos por la estructura misma de los hechos.

[10] Gerald D. Feldman *et al.*, "Die Massenbewegung der Arbeiterschaft in Deutschland am Ende des Ersten Weltkrieges (1917-1920)". 99-100, 104.

Lo único que compartían era la palabra "*consejo*", que llevaban sus nombres, y a algunos líderes que fueron activos en los dos movimientos. Como ya hemos visto, estos *consejos* de obreros y soldados eran o trataban de ser órganos democráticos y populares que representaran a todo el "pueblo" en un área determinada, mientras que los *consejos* de las plantas o fábricas eran explícitamente los órganos de los obreros en una planta o fábrica determinada, de modo que su carácter de clase era mucho más pronunciado. Debido a que fue en este movimiento en donde encontraron su expresión más clara los intereses de los obreros comunes y de base, lo que sigue de este análisis se concentrará en ellos.

El movimiento para los *consejos* en las plantas no era solamente de la clase obrera en el sentido de que todas sus ideas vinieran de los propios trabajadores y ninguna de los intelectuales o de otras fuentes externas a ellos. En este sentido, hubiera sido imposible que existiera jamás un movimiento completamente puro, puesto que los obreros nunca estuvieron del todo aislados de las corrientes intelectuales que fluían a través del resto del orden social. Así pues, la estrategia vino de afuera, pero sus elaboraciones teóricas no nos interesan aquí, pues desde el punto de vista de esta investigación, sus aspectos más significativos son que los líderes de fuera de sus filas inmediatas arengaran a los trabajadores en el sentido de que deberían tomar el control del proceso de producción si querían obtener mejoras efectivas en su situación, y que grandes cantidades de obreros les respondieran con entusiasmo. Me atrevería a decir que esto es lo que, por lo general, significaba el socialismo para los obreros en las plantas, y de manera más concreta, eso quería decir más control sobre su propia suerte y mayor respeto a su dignidad humana. Esto se parecía más al anarquismo que al marxismo o al socialismo centralizado.

Aunque los acontecimientos en el Ruhr serán objeto de un análisis más detallado en este libro, es conveniente revisar aquí a los *consejos* de las plantas, porque las minas de carbón en esta zona se convirtieron en un área en la que el movimiento aseguró —si bien por breve tiempo— su principal bastión. En estas regiones surgió un buen número de movimientos obreros espontáneos en noviembre de 1918, al mismo tiempo que los *consejos* regionales de obreros y soldados, pero según parece, bastante independientes de ellos. La mayoría presentaban las típicas demandas de los mineros que ya habían aparecido en su movimiento antes de la guerra —incluyendo las objeciones hacia la autoridad arbitraria de la administración—. La idea de tratar de hacer algo respecto a estas demandas por medio del mecanismo de los *consejos* de las plantas parece haber venido de afuera y también tuvo su base en los acuerdos de la época de la guerra. Un funcionario de la Unión de Metalúrgicos, Heinrich Schliestedt, hizo una visita oficial al Ruhr luego de la cual presentó una defensa breve y vigorosa del comportamiento militante de los mineros, en el Congreso de *consejos* de obreros y soldados en Berlín en diciembre de 1918. En ella advertía a los delegados reunidos de la necesidad de ser muy serios respecto a la introducción del socia-

lismo por lo menos en las minas, y de no dejarlo salir por lo menos hasta el día de San Nadie (*Sankt Nimmerleinstag*), lo que efectivamente sucedió. Pero para el socialismo ésa no era una abstracción general, "No una cosa más" —dijo casi al final de su discurso—

> lo que importa es que tenemos que trabajar en las plantas de una manera completamente diferente a la de antes, y esto es lo que la Asamblea Nacional no puede lograr. Lo que importa es *el manejo de las plantas*; no puede seguir siendo que los propietarios y su gente hagan solos la administración, sino que debemos conseguir que *los obreros* la compartan (...) La administración del trabajo debe por lo tanto ponerse en manos de comités o consejos obreros.[11]

En pocas palabras, el mensaje efectivo a los obreros era éste: si ustedes desean hacer algo respecto a sus demandas, tendrán que tomar las minas y tendran que colocar a su propia gente en la administración para poner fin a los actos arbitrarios. Éste se convirtió en el principal impulso por detrás de las demandas de los mineros. Se trataba de una nueva versión de la vieja exigencia de un "trato humano decente", un tema sobre el que explícitamente se insistió en el movimiento de consejos. En esta ocasión, las demandas de los obreros fueron más lejos de lo usual hasta referirse a un mejoramiento en sus condiciones materiales y sociales. Si el trato humano decente aún parece aquí lo central, los obreros más alerta y politizados creían que sólo si compartían la administración podían conseguir estos objetivos siempre presentes. Pero tanto la socialización como el sistema de consejos formaron una unidad indivisible en el diagnóstico y remedio para esta situación.[12]

Durante la primavera de 1919, estas demandas despertaron una poderosa respuesta entre los mineros. No vamos a resumir aquí los detalles del movimiento que terminó con los golpes de las *Freikorps*,[13] pero hay algunos aspectos que sí vale la pena recordar. El golpismo radical a la manera espartaquista (sigue siendo poco claro qué tan grande fue el papel que efectivamente desempeñaron ellos) no podía ganar terreno entre los obreros mientras hubiera una posibilidad de ganar sus demandas a través de los *consejos* de las plantas. De hecho, las huelgas se terminaban cuando las negociaciones con el gobierno parecían prometer este resultado. Y por otra parte, la violencia y la participación de las masas aumentaban conforme el gobierno las respaldaba y satisfacía, llegando por fin hasta un punto en el que aproximadamente tres cuartas partes de los mineros (es decir, más de 300 000) salían a las huelgas en apoyo a estas demandas. En el curso de algunas de las huelgas hubo sangrientos conflictos. Para fines de abril de 1919, las huelgas disminuyeron bajo el impacto de las amenazas militares y de la intervención de Carl Seve-

[11] Von Oertzen, *Betriebsräte*, pp. 111-113; *Allgemeiner Kongress der Arbeiter und Soldatenräte Deutschlands... Stenographische Berichte*, col. 333, (subrayado en el original).

[12] Von Oertzen, *idem*, pp. 127-128.

[13] Para un recuento completo, véase Peter von Oertzen, "Doe Grossen Streiks der Ruhrbergarbeiterschaft im Frühjahr 1919" en Eberhard Kolb, *Von Kaiserreich zur Weimarer Republik*, pp. 185-217.

ring. Tanto la socialización como el sistema de *consejos* de las plantas fueron vencidos. La poca ganancia que lograron los mineros fue la reducción de la jornada de trabajo a siete (no a seis) horas.[14]

En Alemania central, el movimiento de consejos siguió un modelo muy similar. En medio de la excitación política y del surgimiento como hongos de los *consejos* de obreros y soldados en 1918, los *consejos* de las plantas también hicieron su aparición de nuevo con demandas bastante concretas. En las grandes plantas químicas *Leuna*, que eran una gigantesca industria de guerra que literalmente había nacido de la nada, el *consejo* de obreros presentó a la administración el 9 de noviembre de 1918 —día de la revolución— cinco demandas: 1) una jornada de trabajo de ocho horas; 2) no más tiempos extras ni trabajo los domingos; 3) los mismos alimentos para todas las personas en la planta; 4) trato humano decente (*Anständige Behandlung*) por parte de los supervisores; 5) fin a la producción militar.[15]

La planta *Leuna* constituye un ejemplo clásico de la radicalización parcial de las masas de nuevos trabajadores que entraban en una situación desconocida y desagradable. Este proceso debe haber sucedido en Alemania de manera más intensa que en otros lugares. En el caso de *Leuna*, es posible echar una ojeada a la competencia entre los trabajadores en dos grupos de diagnósticos y remedios para su situación real, uno radical y otro reformista.

Uno de los líderes en pro del movimiento por los *consejos* en las plantas cuenta en sus memorias cómo veían la situación entonces los líderes radicales. Desde su punto de vista, la principal tarea era la de evitar que los nuevos trabajadores "se revolvieran" con los viejos obreros organizados. Una manera de lograr esto era la de ir a todas las barracas, de cama en cama, solicitando suscripciones para el periódico de oposición de la izquierda. En unos cuantos meses, ya tenían más de 1 000 suscriptores. El día de pago era otra oportunidad para la agitación política. En este momento los agitadores iban a renovar las suscripciones, y por lo general se tomaban tiempo para entablar una buena discusión política con el suscriptor.[16]

En la minería, que era muy importante también en Alemania central, la situación se parecía a la del Ruhr. La queja principal de los obreros era respecto a las acciones arbitrarias e injustas de la administración. En esta parte del país hubo algunos casos de socialización espontánea por parte de los *concejos* de la planta. Von Oertzen hace una síntesis de las cuatro demandas más

[14] La huelga empezó a principios de abril de 1919 con demandas de turnos de seis horas, reconocimiento al sistema de consejos, desarmar a las *Freikorps*, armar a los trabajadores y restaurar las relaciones de Alemania con la Rusia Soviética (probablemente esta última demanda fue añadida, mientras que las otras corresponden a la situación inmediata). Véase von Oertzen, *Betriebsräte*, p. 117. Para un recuento breve, véase F. L. Carsten, *Revolution in Central Europe 1818-1919* pp. 153-155.

[15] Von Oertzen, *Betriebsräte*, pp. 134-135.

[16] Wilhelm Koenen, "Wir kämpften fur die Ratemacht und den Sozialismus" en *Vorwärts und nicht Vergessen*, pp. 378-380.

importantes, la cual elaboró a partir de las más diversas acciones y afirmaciones de los obreros durante febrero de 1919, después del levantamiento espartaquista. Éstas eran: 1) alguna forma de "democratización" de la estructura interna de la empresa; 2) voz en las condiciones sociales inmediatas que afectan al trabajo (por ejemplo, en las medidas de seguridad), en el establecimiento de las tarifas de pago y en los despidos; 3) acceso a todos los informes importantes sobre las operaciones de la empresa; 4) una parte importante (que no se especifica con más detalle) de las ganancias de la empresa junto con una reducción de las enormes diferencias en la propiedad y el ingreso entre los obreros y los patrones. A su vez, los *consejos* de las plantas debían reconocer que tenían ciertas obligaciones, sobre todo la de preocuparse por los intereses generales de la empresa.[17] Si bien algunas personas de fuera del movimiento hubieran podido tener la esperanza de presenciar un levantamiento revolucionario y la dictadura del proletariado, ni los líderes del movimiento por los *consejos* en las plantas ni los propios trabajadores mostraban inclinaciones en esa dirección.[18] Y sin embargo, los acontecimientos siguieron en esencia el mismo curso que en el Ruhr. Aunque el gobierno y los propietarios fueron más inclementes en su negativa a satisfacer las demandas de los obreros, de todos modos sí hubo negociaciones en las cuales se hicieron concesiones menores. Así que los obreros se radicalizaron. El 22 de febrero de 1919 hubo una huelga general que se extendió mucho y que resultó muy efectiva. En marzo entraron las tropas bajo el mando del general Maercker y desarmaron a los obreros entre luchas sangrientas y cometiendo numerosos excesos por ambas partes.[19]

Si se observan los informes del movimiento para los *consejos* en las fábricas y plantas, se encuentran ciertos puntos que destacan por sus implicaciones generales significativas. La causa del descontento que sentían los obreros era esencialmente una combinación de dos cosas: ciertas privaciones materiales y lo que ellos mismos llamaban falta de trato humano decente. Esto último ofendía su sentido de la justicia. Según ellos, significaba la imposibilidad de tratar al obrero como un ser humano en el transcurso de los contactos ordinarios y de rutina, y en cambio darle un trato cargado de asperezas, que no utilizaba formas de cortesía para dirigirse a ellos. Y lo que es más importante, esto incluía también su rabia por los castigos para aquellas acciones que el obrero no consideraba como culpa suya o de las cuales no podía ser responsable. Según se desprende de la afirmación explícita que hacen de que tenían ciertas obligaciones hacia la empresa, resulta evidente que muchos obreros conservaban un sentido de responsabilidad para hacer su trabajo correctamente y de acuerdo con ciertas pautas habituales. Por eso el abuso arbitrario de autoridad por parte de la administración formaba la base de

[17] Von Oertzen, *Betriebsräte*, pp. 139-140.
[18] *Idem*, p. 147.
[19] *Idem*, pp. 140-144.

sus demandas por la democracia en la planta, por el acceso a la información sobre sus operaciones, por tener voz en los despidos, etcétera. En otras palabras, el socialismo y los *consejos* en las plantas eran la vía para conseguir un trato humano decente, y la manera en que esto se quería lograr parece haber sido propuesta a los obreros desde arriba. Y ellos la aceptaron, y estuvieron dispuestos a luchar sin tregua y con valentía. Sin la combinación de privaciones materiales y quejas morales no parece muy probable que este movimiento político de masas pudiera haber ganado terreno, pues incluso a pesar de las injusticias los obreros no eran en esencia revolucionarios y no prestaban atención a los agitadores golpistas. Éste fue el caso hasta en épocas de euforia general que alternaban con las de rabia y desesperación. Fue necesaria la desilusión y la amenaza de la fuerza para empujar a estos obreros a las barricadas.

En la Alemania de 1919, a diferencia de la Rusia de fines de 1917, no había oportunidad para descubrir, a través de la experiencia, las limitaciones inherentes al control de los obreros sobre la producción. Por eso, el experimento fue aplastado casi antes de empezar. El control en gran escala del proceso de producción no puede en ningun caso existir en cada planta individual. En una sociedad industrial moderna, con su tan complejo intercambio de bienes y servicios entre miles de unidades de producción y consumo, no es posible ni para la administración ni para los obreros de una planta tomar decisiones autónomas sobre lo que se va a producir y cómo se van a combinar la maquinaria, las materias primas, y el trabajo para llevar adelante la producción. Las decisiones de las plantas individuales deben coordinarse entre sí, como se dieron cuenta muy pronto los rusos cuando los obreros en varias plantas decidieron producir lo que se les antojaba, en lugar de producir lo que necesitaban otros productores y los consumidores. Hay sólo dos mecanismos básicos para lograr esta coordinación: el mercado libre o una burocracia centralizada. Aún así, estos imperativos de coordinación e intercambio dejan lugar a un grado considerable de elección en la toma de decisiones concretas en cada planta o empresa individual. Este grado de elección incluye a su vez la cantidad de eficiencia puramente técnica a la que está dispuesta a renunciar una sociedad en aras de otros objetivos sociales, como son pautas de vida decente y trato humano decente para los obreros industriales, según éstos hayan sido definidos culturalmente. En sus declaraciones periódicas sobre la necesidad de responsabilidad hacia la empresa y más aún, en su deseo de evitar acciones militantes mientras los problemas generales estaban siendo objeto de negociación, una buena cantidad de los obreros alemanes políticamente más alerta mostraron una intuición certera de los límites que imponen los imperativos generales de la coordinación social en la sociedad industrial. Por eso no basta con desechar como utópico al movimiento por los *consejos* en las plantas, sino que vale la pena verlo como una más de las alternativas potencialmente liberadoras de la historia humana, aplastada por fuerzas más poderosas.

En este momento del análisis, sería útil tomar el viejo truco de la historia de detectives en la cual se cuenta el final del cuento para mostrar aquello que requiere de una explicación. La revuelta en el Ruhr como reacción al *Putsch* de Kapp, un golpe derechista abortado que tuvo lugar entre el 13 y el 17 de marzo de 1920, fue el levantamiento más importante de los obreros industriales que ha sucedido hasta la fecha en cualquier país industrializado. En unos cuantos días, los obreros de esta región se las arreglaron para improvisar un ejército rojo con el cual tomaron Dortmund y Essen, dos importantes ciudades en el corazón industrial de Alemania, y varias otras más pequeñas. En el momento crítico de su poder, este ejército rojo llegó a tener entre 80 y 120 000 hombres armados.[20] Aun si no debemos tomar literalmente estas cifras, ellas nos bastan para indicar que se trató de un levantamiento masivo y en gran escala, y no de un golpe aislado asestado por unos cuantos *furiosos*. También hay indicadores de que el levantamiento fue espontáneo en el sentido negativo, es decir, el de no haber sido el resultado de una planeación por adelantado y de una organización cuidadosa. Aquí por lo menos una amplia masa de obreros industriales modernos se había irritado lo suficiente como para llegar al punto de atacar con violencia al régimen existente. ¿Cómo y por qué llegaron a esta situación? ¿Por qué se portaron del modo en que lo hicieron? ¿Cuál fue el sentido de sus propias acciones para los obreros comunes y corrientes que tomaron parte en la rebelión? Éstas son algunas de las preguntas que debemos tratar de responder.

Es muy fácil inferir una relación entre la existencia de la rebelión y el hecho de que el Ruhr fuera el corazón industrial del continente, pero los eslabones de esta cadena de relaciones causales se van de algún modo disolviendo o convirtiendo en rompecabezas conforme se los somete a una inspección cuidadosa. Si buscamos una explicación, lo primero que podría encontrar el sociólogo sería el efecto que tuvo la combinación de la guerra y la industrialización avanzada en la tranformación de la estructura ocupacional de esa región, la cual se armó de manera tal que incrementó en mucho la proporción del proletariado; aunque hay problemas en su interpretación, las estadísticas ocupacionales de que disponemos no apoyan este tipo de explicación, sino que más bien sugieren una estabilidad y continuidad de la estructura social que nos resulta bastante sorprendente.

Antes de tratar de interpretar las cifras, veamos cuáles son y de dónde vienen. El último censo ocupacional tuvo lugar en 1907 y el siguiente hasta 1925, La tabla número 11 muestra la distribución de la población trabajadora entre las principales categorías económicas para estos dos años.

[20] Según se informa en una fuente casi ridículamente hostil a los trabajadores y que sin embargo reproduce algunos datos útiles de documentos de la época. Véase Hans Spethmann, *Zwölf Jahre Ruhrbergbau*, II, p.143. Erhard Lucas, en *Märzrevolution 1920*, II, p.86, presenta una estimación de cincuenta a sesenta mil para el Ejército Rojo en su momento cumbre.

TABLA 11
DISTRIBUCIÓN DE PERSONAS ASALARIADAS EMPLEADAS EN EL RUHR
(en miles)

Principales categorías ocupacionales	*1907*		*1925*		*Cambio en las proporciones 1907-1925*
	Número	%	*Número*	%	%
Agricultura	373	14	201	06	-08
Comercio, transportes	309	12	556	16	+04
Servicio público, profesiones	109	04	150	04	00
Salud, servicios sociales	NA		67	02	NA
Otros (sirvientes desocupados).	295	11	407	12	+01
Industria, minería y construcción					
a) propietarios y administradores	161	06	171	05	-01
b) administración	99	4	233	07	+03
c) obreros	1 258	48	1 672	48	00
Total	1 518	58	2 076	60	+02
Gran Total	2 604	100	3 457	100	

FUENTE: *Statistik des Deutschen Reichs*, N. F, BD 204, *Berufs und Betriebszählung vom 12 juni 1907*, ABt III, 507 (Regierungsbezirk Düsseldorf); 442 (Regierungsbezirk Arnsberg); 411 (Regierungsbezirk Münster), *Statistik des Deutschen Reichs*, N. F BD 404, *Volks Berufs-Betriebszählung 1925*, Heft 16, 86 (Regierungsbezirk Düsseldorf); Heft 15, 90 (Regierungsbezirk Amsberg); Heft 15, 72 (Regierungsbezirk Münster). Las diferencias se deben al redondeo de las cifras.

Aunque hubo un importante aumento en la población trabajadora de esta zona, que pasó de 2.6 millones a casi 3.5, la distribución ocupacional permaneció estable. Como se podía esperar, el cambio más grande fue en la agricultura, cuya caída fue de sólo el 8%.

Lo más significativo para nuestro propósito es el hecho de que no hubo ningún cambio en la proporción de trabajadores industriales. Los cambios en la clase obrera industrial se muestran en la tabla 12.

Tampoco aquí hubo grandes cambios. El mayor de ellos, que fue un aumento en la minería de hierro, probablemente refleja un aumento más general en la extracción y preparación de ese metal, así como del acero, además de reflejar un rezago en la formulación del censo, puesto que la categoría con el título de "preparación del hierro y el acero" muestra una pequeña caída, lo que es difícil de creer a la luz de la información más general sobre la importancia de esta industria. El agregado de los automóviles al censo de 1925, no estuvo acompañado de ningún incremento importante en la proporción de obreros dedicados a la producción de maquinaria y aparatos. De nuevo, la impresión que deja el censo es de una fundamental estabilidad social, pues casi parece que las estadísticas registraron el crecimiento de algún enorme organismo en el cual el tamaño de sus diversas partes y sus rela-

ciones estructurales estuvieran gobernadas por algún principio misterioso y aún indescifrado de organización social.

TABLA 12
PRINCIPALES OCUPACIONES DE LOS OBREROS INDUSTRIALES EN EL RUHR
(en miles)

Categorías Industriales	*1907*		*1925*		*Cambio en la proporción*
	Número	%	*Número*	%	%
Minería de carbón, etc.	293	23	461	28	+05
Minería de hierro, etc.	08	01	253	15	+14
Preparación de hierro y acero	134	11	166	10	-01
Maquinas, aparatos	73	06	126*	08	+02
Textiles	144	11	147	09	-02
Ropa	59	05	82	05	00
Construcción	163	13	166	10	-03
Otros	220	17	271	16	-01
Subtotal 1907	1 094	87	NA	NA	
Otros obreros metalurgicos calificados, etc. 1907	164	13	NA	NA	
Total para los grupos de arriba	1 258	100	1 672	100	

FUENTE: *Statistik des Deutschen Reichs*, N. F, Bd 204, *Berufs und Betriebszählung vom 12 juni 1907*, ABt III, 507-512 (Regierungsbezirk Düsseldorf); 442-447 (Regierungsbezirk Arnsberg); 411-416 (Regierungsbezirk Münster), *Statistik des Deutschen Reichs*, N. F, Bd, 404, *Volks Berufs-Betriebszählung 1925* Heft 16, 86-90 (Regierungsbezirk Düsseldorf); Heft 15, 90-94 (Regierungsbezirk Amsberg); Heft 15, 72-76 (Regierungsbezirk Münster). Las diferencias se deben al redondeo de las cifras.

¿Podría esta impresión ser una ilusión o más bien un peligroso y engañoso error debido a que refuerza el mito auto-confirmatorio de que los seres humanos no pueden controlar su propio destino? ¿Sería ésta una versión moderna de la ilusión de inevitabilidad de la que se ha hablado en otros momentos de este libro?

Hay dos razones para sospechar que esto efectivamente podría ser así. La primera es muy sencilla. Puesto que los datos fueron tomados con un intervalo tan separado (entre 1907 y 1925), no pueden reflejar los cambios que hubo durante e inmediatamente después de la guerra. A partir de los datos ya analizados, sabemos que en Alemania hubo movimientos a gran escala hacia adentro y hacia afuera de los diferentes tipos de trabajo, así como una

* Los automoviles estuvieron incluidos en esta categoría en el informe de 1925.

desorganización general en la vida de los trabajadores comunes y corrientes, lo cual tuvo importantes consecuencias políticas. Más adelante veremos lo que sucedió en el Ruhr.

Sin embargo, esta objeción no resuelve el problema. Aun si las cifras no pueden registrar algunos levantamientos muy obvios, queda la cuestión de dar cuenta de lo que en este caso se podría llamar "el regreso a la normalidad". La fuerte similitud entre la división del trabajo en 1907 y en 1925, difícilmente es resultado del puro accidente. Pero, ¿de quién era esta "normalidad" y cómo es que la situación llegó a ser y a permanecer "normal"? Basta el conocimiento más superficial de la historia del período para mostrar que había un poderoso elemento de coerción detrás de esta "normalidad". La distribución ocupacional de 1925 refleja el fracaso de los intentos por redistribuir el poder político y económico en el país después de la guerra, y esta es la segunda y más poderosa razón para sospechar la existencia de mecanismos sociales ocultos que controlaban la división del trabajo.

Estas reflexiones nos llevan a ser conscientes de que la estructura ocupacional es parte de lo que requiere explicación, por lo menos, tanto como si fuera un factor causal por su propio derecho. La estructura de los incentivos y las des-incentivaciones que llevan a un individuo hacia el trabajo que toma, que conserva o que no puede conservar, es parte de todo el orden político, pues las cartas que se tiene en el juego de la vida no han sido nunca barajeadas de tal manera que dejen que a los jugadores les toque una mano completamente determinada por el azar. Lo más que se puede decir sobre las causas, con base en las evidencias, en el caso de este ejemplo particular, y que ya es sin duda bastante significativo, es que las estadísticas demuestran la ausencia de tendencias inherentes a la economía del Ruhr que pudieran contrarrestar la constelación de fuerzas existentes y generar un mecanismo más amplio y poderoso de cambios sociales fundamentales. No hay cambios tecnológicos de otro tipo que hubieran aparecido como para aumentar la proporción del proletariado. La marcha automática de la historia, impulsada por el avance industrial con el cual contaban tantos marxistas antes de la guerra, pareció llegar a un alto por lo menos temporal bastante antes de que empezaran a disparar los cañones en agosto de 1914. Pero las ruedas siguieron girando y los cambios siguieron ocurriendo, y muchos de ellos fueron muy traumáticos para grandes grupos de obreros. La maquinaria económica no tenía características internas tales que la hicieran explotar o convertirse en algo de un tipo diferente, por el solo hecho de seguir marchando o de que se le obligara a continuar. Esa mano invisible nunca había sido una de las principales que la movían, sobre todo en el Ruhr, y la mano armada podía servir con bastante efectividad al mismo propósito. Del modo como yo entiendo esto, el que acabo de resumir es el principal mensaje de las estadísticas ocupacionales.

Si no hubo cambios estructurales de gran alcance en la economía de la región durante ese período, se vuelve entonces necesario echar una mirada más cercana sobre las experiencias de los obreros durante la guerra, y sobre todo en el período inmediatamente posterior a ella, a fin de encontrar

qué es lo que las hizo convertirse en rebelión armada. Aunque las huelgas de mineros habían sido los disturbios más grandes en la historia alemana de la preguerra, como ya vimos, se había tratado de luchas por demandas muy específicas a la minería del carbón, y en cambio durante los mismos años, los obreros en las grandes plantas de hierro y acero difícilmente se agitaron. Y para 1914, el Ruhr ya era un foco de fermento revolucionario. Así pues, ¿qué sucedió para que la situación cambiara?, y lo que es todavía más importante, ¿qué tan profundos fueron los cambios? ¿Acaso las masas de obreros se convirtieron *alguna vez* en revolucionarias?

El caos, la confusión, los movimientos, el surgimiento y caída en la suerte de los individuos que caracterizó a las clases obreras alemanas durante la guerra, parecen haber sido particularmente intensos en el Ruhr.[21] En relación con esto, es importante recordar que la Primera Guerra Mundial fue también la primera en la experiencia humana en la que contó de manera tan decisiva la capacidad para movilizar los recursos industriales. Al principio, las autoridades militares habían tenido la esperanza de una victoria rápida y definitiva, y sólo cuando ésta no se produjo fue que se improvisaron los controles generales, de modo que se obligó a dar un vuelco en la fuerza industrial del trabajo conforme los fabricantes de armamento trataban de expandir sus operaciones y otras fábricas se volteaban hacia el trabajo de la guerra. Las fábricas Krupp en Essen crecieron de 34 000 obreros en 1913 a más de 100 000 en 1918. Una planta de acero pesado (*Grosseisen*) perdió el 41% de sus obreros, que se fueron a las fuerzas armadas en los primeros meses de la guerra. Otra empresa importante ganó 28 000 trabajadores durante la guerra, pero perdió 21 000. El vuelco en este caso fue tan grande, que el número de obreros perdidos fue como diez veces el mínimo del número de los hombres empleados en cualquier otro momento (2 100) y casi el doble del número máximo de los empleados (10 000). En otras palabras, los obreros simplemente pasaban a través de la planta. El servicio de Inspección de las Fábricas informa que, en promedio, cada trabajador libre no pasaba más de un año en un mismo trabajo y para enfrentarse a esta escasez de mano de obra, sobre todo de los calificados y de supervisores bien preparados, las empresas recurrían a una serie de mecanismos: el empleo de obreros civiles rusos, polacos y belgas que eran prisioneros de guerra en los

[21] La única estadística general sobre este movimiento que he podido encontrar está en un informe sobre Düsseldorf del *Gewerbe-Aufsichtsbeamten* (Funcionarios de Inspección de las Fábricas) sobre los años 1913-1918. Durante este período de guerra, el número de obreros hombres adultos en todas las categorías de trabajo cayó de 423 000 a 379 000, mientras que el número total de mujeres adultas se elevó de 85 000 a 181 000. En minería y fundición (una categoría combinada que no se separaba en el informe), el número total de obreros, hombres y mujeres, subió de 73 000 a 98 000 y el incremento en el número de mujeres en la misma categoría fue de cero a 14 000. Por su parte, los textiles, que para 1913 era el grupo ocupacional más grande en el distrito de Düsseldorf, en el que había cinco mujeres por cada seis hombres, para 1918 sufrió una declinación en el empleo total de 124 000 a 43 000, con apenas dos mujeres por cada trabajador hombre. Véase *Jahresberichte der Gewerbe-Aufschilsbeamten und Bergbehörden für die Jahre 1914-1918*, vol I, pp. 950-951. Estos datos confirman la impresión general de que los ejemplos citados en el texto, aunque probablemente eran extremos, difícilmente fueron únicos.

territorios ocupados, y de soldados alemanes sujetos a castigo militar, y sobre todo, los servicios de contratistas que hacían buena cantidad de dinero persiguiendo a ciertas personas (las que rehuían el servicio militar obligatorio y cualquiera que tratara de escapar al largo brazo de la ley por la razón que fuera) a quienes por una cantidad atrapaban y entregaban a los patrones. Éstos, para hacer las paces, muchas veces les pagaban salarios más altos por exactamente el mismo trabajo, práctica que difícilmente contribuía a mejorar el estado de ánimo de la fuerza industrial de trabajo. Además, grandes cantidades de mujeres y adolescentes fueron empujadas hacia las fábricas de armas, mientras que aquellas plantas que no tenían que ver con el trabajo de la guerra —sobre todo los textiles— hicieron todo lo que pudieron —por cierto, con notable ingenuidad— para convertirse en empresas de guerra.[22]

No todas las consecuencias de este revoltijo fueron desfavorables para los obreros. Como lo apuntaba el Servicio de Información de las Fábricas, en el apretado mercado de trabajo que se desarrolló alrededor de 1916, un obrero que se enojaba con su supervisor podía darse el lujo de dejar el trabajo y conseguir otro mejor, o simplemente, de cambiarse en pos de un salario más alto, y esto a pesar de las regulaciones que existían sobre el papel y que supuestamente debían de evitar tal comportamiento. Las fuentes afirman que los trabajadores más experimentados, a los que se podía considerar como una fuerza estabilizadora, habían sido arrancados de la fuerza de trabajo por los militares, sobre todo en los primeros días de la guerra, de modo que esa fuerza fue inundada por recién llegados. Esto sucedió en un momento en que los obreros estaban sometidos a fuertes tensiones, pues a pesar de las reducciones en el número total de obreros para 1918, el alojamiento era un serio problema conforme las empresas se expandían en algún lugar y declinaban en otro. Los salarios se elevaron en términos de dinero, pero disminuyeron severamente en términos de poder adquisitivo. La escasez de alimentos fue aguda durante el verano de 1917, que fue el momento en que también empezó a ser dudosa la posibilidad de la victoria. Hubo numerosas huelgas en el Ruhr y en otros lugares de Alemania durante el invierno, precisamente debido a la falta de comida, lo cual constituía un mal presagio, pues por lo general los levantamientos revolucionarios empiezan con la escasez de alimentos y de otros productos de consumo, aunque no toda escasez produce revoluciones o siquiera levantamientos populares.[23]

[22] *Idem*, I, pp. 952-961. No he encontrado evidencia del mismo tipo de vuelco entre los mineros del carbón durante la guerra, aunque los prisioneros servían bajo tierra y las mujeres, siempre que era posible, reemplazaban a los hombres en el trabajo sobre tierra.

[23] Sobre las huelgas y la situación de los alimentos en el invierno de 1917, véase Gerald D. Feldman, *Army, Industry and Labor in Germany, 1914-1918*, p. 326. Hay evidencias que muestran que de hecho los mineros del carbón no estaban tan mal. Si se comparan las ganancias anuales de las minas de carbón de Dortmund con el costo mínimo de la vida en la misma región durante los años 1909 a 1922, se observa un aumento continuo en las ganancias reales entre 1909 y 1921. Véase Bruno Heymann y Karl Freudenberg, *Morbidität und Mortalität der Bergleute im Ruhrgebiet*, pp. 32-33. Soy bastante escéptico respecto a la exactitud de esta información sobre los precios que verdaderamente tenían que pagar los mineros en sus zonas de residencia,

En los primeros años de la guerra, hubo incluso ocasiones excepcionales en las que los obreros aceptaron jornadas dominicales y permanecieron en el trabajo durante veinticuatro e incluso treinte y seis horas. Este tipo de proezas se volvieron imposibles conforme se deterioró la oferta de alimentos. Y aún así, en el verano de 1918, cuando debido a la escasez se produjo un movimiento en gran escala entre los trabajadores de las fábricas de municiones que demandaban una reducción en las horas de trabajo, las comisiones de arbitraje únicamente les acortaron de un promedio de 59 a la semana a 53 y media y 54 y media. El intento por reducir a 54 horas la semana de 60 en las grandes plantas de acero, se encontró con la oposición conjunta de los patrones y de los militares, y fracasó.[24]

Los industriales, tanto en el carbón como en el hierro y el acero, eran bastante testarudos aun para las medidas de la época. Por ejemplo, en el carbón, se negaron a firmar acuerdos de salarios con las Uniones de Mineros.[25] Y por lo general contaban con el apoyo de las autoridades militares para su posición conservadora. Pero este apoyo no siempre hizo su aparición debido a que los militares temían disturbios laborales que pudieran interferir con la producción del tan necesitado material de guerra.[26] En etapas posteriores de la contienda, los industriales del Ruhr tuvieron que aceptar —aunque con disgusto— a los comités de trabajadores (*Arbeiterausschüsse*) que tenían poderes bastante limitados para presentar las demandas de los obreros y que también tenían en sus manos la tarea poco agradable de distribuirles a éstos las raciones de alimentos entre las diversas categorías, lo cual era, entre los trabajadores de base, la causa de muchas quejas y descontentos.[27] Fueron estas experiencias las que muy probablemente contribuyeron a producir una fuerte corriente de sospechas sobre cualquier cosa que oliera a colaboración

y sin embargo, tampoco puedo desechar esos datos. Es más, los mineros recibieron raciones especiales durante la guerra, de modo que las huelgas representan sólo un indicador más de la mayor capacidad para la acción colectiva de este sector frente a la adversidad, lo cual podía no haber sido una respuesta a una situación "objetiva" de deterioro. En otro momento, Feldman en *idem* pp. 492-493, 506, presenta alguna información sobre la situación global de Alemania en 1918, que muestra muy bien cómo las memorias del pasado y las expectativas sobre el futuro pueden cambiar el comportamiento que se podría esperar como respuesta a esas condiciones "objetivas". En mayo y junio de 1918 varias condiciones favorecieron huelgas muy serias. Los esfuerzos por conseguir la reforma del sufragio en Prusia, tanto tiempo deseada, habían fracasado. Los salarios en las fábricas del ejército habían sido reducidos primero en marzo y luego otra vez en mayo, y aún así los sindicatos se oponían a la huelga y los trabajadores obedecían. Una razón para esto era la forma tan dura en que el gobierno había reprimido las huelgas de enero de ese mismo año y otra era la posibilidad de victoria que esperaban de la última ofensiva de Ludendorff, razón que para fines del mes de junio dejaría de ser real. En julio sobrevino el desastre militar cuyos efectos sobre la moral del frente doméstico fueron de rápida desilusión, aun a pesar de que para entonces la situación alimentaria había mejorado.

[24] *Jahresberischte der* ..., I, p. 963.

[25] Según Erhard Lucas en *Märzrevolution*, I, p. 52, el primer acuerdo sobre salarios en la industria del carbón en el Ruhr se firmó el 25 de octubre de 1919.

[26] Feldman, en *Army*..., presenta un análisis excelente y detallado de esta relación tan compleja y cambiante. Véanse las páginas 379, 396, 418-419.

[27] *Jahresberischte der* ..., I, pp. 965-966.

entre los obreros y la administración, lo que fue muy notable en el período inmediatamente posterior a la guerra.

Mientras tanto, en las minas de carbón los sindicatos jugaban al doble juego de actuar, al mismo tiempo, como brazo oficial del gobierno y de tratar de aumentar la influencia y membresía entre los mineros. Esto lo hacían aprovechando el descontento de los trabajadores y en ocasiones incluso fomentándolo deliberadamente, pues los funcionarios sindicales se daban cuenta de que si no lo hacían así, perderían terreno frente a los elementos izquierdistas y opositores que había en sus filas.[28] Y sin embargo, bajo la tensión de las condiciones que acabamos de describir, más y más trabajadores llegaron a sentir que tanto las uniones como los comités de obreros eran, por decirlo suavemente, menos que poco vigorosos para presionar en favor de sus quejas tan justificadas.

En las minas de carbón tales sentimientos prefiguraron la rebelión de las bases en contra de los líderes de la Unión que tanto se difundió en los años inmediatamente posteriores a la guerra. Durante la contienda, los obreros del Ruhr no tomaron la iniciativa en los movimientos de huelga que agitaron al país durante sus etapas finales. Las grandes huelgas por alimentos en abril de 1917, que rápidamente adquirieron tonalidades políticas, habían estado precedidas por otras más pequeñas en la zona del Ruhr, pero ya para abril los centros huelguísticos estaban en Berlín y Leipzig.[29] Durante las huelgas de enero de 1918 en las zonas industriales, que fueron las más importantes y explícitamente políticas de esa región, sólo hubo unas breves huelgas de los mineros de carbón, que estaban sobre todo preocupados por conseguir salarios más altos.[30] Como habría de suceder después y como ya había sucedido antes, los obreros con tradiciones algo distintas y que respondían a diferencias locales de la misma situación general, alcanzaron sus momentos políticos álgidos en tiempos diversos. Así, las autoridades pudieron enfrentarse por separado a cada uno, utilizando cualquier mezcla de represión y concesiones que les prometiera resultados.

Si nos detenemos por un momento para evaluar la situación de los trabajadores a finales de la guerra, podremos ver que para 1918 el proletariado en el Ruhr era, en términos de sus experiencias colectivas y de sus relaciones con la autoridad, un cuerpo muy diferente del que había sido cuando entró en la guerra. Para entonces había perdido a un buen número de los individuos más importantes con los que contaba, —es decir, "los trabajadores más sensibles y maduros" si utilizamos el mismo lenguaje de las autoridades— con los que podía contar para favorecer la estabilidad social. Los mecanismos de integración política y de resolución pacífica de las disputas, apenas habían empezado a aparecer antes de la guerra, y ésta había apresurado su desarrollo, al mismo tiempo que su carácter de improvisadas las había sometido a

[28] Feldman, *Army...*, pp. 131-135.
[29] *Idem*, p. 337.
[30] *Idem*, p. 451.

fuertes tensiones. Era muy difícil conseguir alimentos y además a los obreros les parecía que la forma de repartirlos era arbitraria e irregular, mientras que los acaparadores que se beneficiaban de la guerra podían conseguir todo lo que querían en el mercado negro. Las injusticias del orden prevaleciente empezaban a hacerse patentes de forma nueva y como una cuestión muy viva de la experiencia diaria. El ritmo del trabajo era exhaustivo y las horas dedicadas a él extraordinariamente largas. Fue entonces cuando se produjo la revuelta de Kiel en 1918, y los *consejos* de obreros y soldados, y la paz y la derrota y un nuevo gobierno socialista y la repentina posibilidad de la negociación colectiva y todo eso... Es fácil imaginar que el ánimo de los obreros no debe haber sido muy bueno y que sus esperanzas habían aumentado, de modo tal que una desilusión podía muy probablemente tener por resultado una explosión radical.

Parece muy fácil encontrar una explicación a todo esto. Pero no debemos olvidar las muchas ocasiones en que los obreros no se levantaron, incluso cuando se podía haber esperado que las condiciones materiales y subjetivas produjeran ese resultado. ¿Cuál podría ser entonces el elemento que faltaba? Creo que para que se levantaran en una rebelión grandes números de obreros, tenía que suceder un acontecimiento que se le apareciera a *todos* como una amenaza, es decir, alguna experiencia que creara efervescencia simultánea y generalizada en el ánimo de los individuos y grupos cuyas experiencias aún eran muy diversas en muchos sentidos. Fue entonces cuando masas más grandes pudieron seguir el liderazgo de quienes estaban mejor capacitados —por *su propia* experiencia— para emprender acciones colectivas, y que en este caso concreto eran los mineros del carbón. La combinación de todas estas circunstancias no se dio sino hasta después del *Putsch* de Kapp en la primavera de 1920.

Para los años entre el fin de la guerra y el estallido de la rebelión, casi la única evidencia que he podido obtener se refiere a los mineros. Puesto que eran un grupo dirigente en la región, de modo tal que lo que les sucediera a ellos tenía amplias repercusiones, esta limitación no es tan importante. Ya se analizó, en relación con otras cuestiones, la amarga lucha por la socialización de la minería y en favor de los *consejos* en las plantas, y se vio que terminó en derrota en abril de 1919, aunque los mineros obtuvieron una victoria: la introducción de la jornada de siete horas. Que esta victoria no fue poca cosa lo demuestra un informe según el cual, después de ella, unas 100 000 personas inmigraron al Ruhr. Este aumento fue más de un cuarto del número original de mineros en el último año de la paz, que fue de 395 000.[31] Aunque es poco probable que se hubiera dado tal influjo hacia la minería si las condiciones materiales hubieran sido tan malas como por lo general se afirma, los recién llegados difícilmente podían ser una fuente de orden y paz.

Después de la derrota de las grandes huelgas en abril de 1919, siguió una serie de otras más pequeñas. En enero de 1920 reapareció el movimiento

[31] Heymann and Freudenberg, *Morbidität und* ..., p. 28. Véase Max Jürgen Koch, *Die Bergarbeiterbewegung im Ruhrgebiet zur Zeit Wilhelms II (1889-1914)*, p. 139.

en favor de una reducción en las horas de trabajo, según parece estimulado por los triunfos recién obtenidos por los ferrocarrileros. De nuevo, los mineros exigían turnos de seis horas. El mismo mes hubo un serio levantamiento en Berlín, en protesta por la versión que circulaba sobre una legislación nacional para los *consejos* en las plantas. En él murieron 42 personas, y como reacción, el Gobierno Central proclamó el estado de emergencia con el fin de romper la base del movimiento en favor de la jornada de seis horas.[32] Como se verá a su debido momento, este tipo de intervención fue un factor decisivo para inducir a la revuelta. Con un poco de paciencia sería posible agregar más detalles y presentar el cuadro de la represión que se fue desarrollando con matices más oscuros, hasta culminar en la tragedia de un levantamiento sangriento y fracasado. Pero ésta no es la manera en que necesariamente sucede la historia. Con frecuencia hay tendencias contrarias y posibilidades suprimidas que el conocimiento posterior de los acontecimientos puede borrar. En este caso, había suficientes signos de mejoría y consolidación de la posición de los mineros como para suponer que de no haber sucedido el *Putsch* de Kapp, quizá sólo se hubiera dado un proceso hacia una paz poco fácil entre las clases y la resolución de las diferencias por vía de la negociación colectiva.

Los primeros acuerdos con los sindicatos en la historia de la industria minera referentes a salarios, se firmaron el 25 de octubre de 1919, de modo que no se llevó a cabo como estaba planteada la huelga general preparada para el 2 de febrero de 1920. En Essen se firmó un acuerdo sobre los tiempos extra y el aumento en el pago durante el mismo mes, una ganancia muy limitada para los mineros, puesto que entonces lo que deseaban por sobre todas las cosas era reducir el tiempo de trabajo dentro de las minas; pero aún así, era una ganancia.[33]

Sería erróneo tratar de resolver estas ambigüedades que presentan las evidencias midiendo con más precisión el grado de las miserias materiales de los mineros. Ellos no estaban enojados solamente por su pobreza y su hambre, sino también porque sentían que no estaban en vigencia sus derechos. Personas como Ulrich Bräker, de Wattwil, habían sido pobres y habían tenido hambre desde antes, y sin embargo, no se enojaban de la misma manera que los mineros. La situación que enfrentaba un campesino suizo en el siglo XVIII no era tal que le llevara a culpar de sus desgracias a los humanos, sino al clima, a Dios —por supuesto de manera indirecta y a regañadientes—, a su suerte, a sí mismo y a sus acreedores.

Para los mineros del carbón, la situación era completamente diferente. Había agentes humanos muy obvios a los que podían culpar de sus desgracias. El clima cultural y su propia experiencia les proporcionaron algunas formas para enfrentarse a la situación, y la guerra les hizo redefinir sus derechos hacia arriba, en respuesta a las presiones externas que los habían deprimido. Los mineros también se daban cuenta de las nuevas formas para

[32] Lucas, *Märzrevolution*, I, pp. 50-53.
[33] *Idem*, I, pp. 51-52, 56.

tratar de hacer valer esos derechos, como el movimiento por los *consejos* en las plantas, y el fracaso de éstos para lograrlo difícilmente sirvió para predisponerlos favorablemente hacia el orden prevaleciente. De hecho, las cuestiones económicas eran vistas en los *dos* lados como cuestiones morales, y esto es precisamente lo que hacía tan explosiva la situación. Inclusive los socialistas en el gobierno consideraban el carbón como el alma de la economía alemana y estaban conscientes de que la aguda caída en la producción amenazaba con convertirse en una catástrofe para todos los alemanes, por lo cual veían la demanda por la jornada de seis horas como completamente irracional. Su sentimiento de que Alemania estaba en peligro los hacía relativamente ciegos al hecho de que las minas, tanto como los obreros, se estaban agotando como resultado de la guerra.[34]

Si la situación era tensa en toda Alemania, lo era más en el Ruhr. Como estaba en estado de sitio, apenas suavizado en abril de 1919, había represiones intermitentes y arrestos de líderes políticos, sobre todo después del levantamiento de Berlín. Von Lützow, un conspirador prominente que estaba detrás del *Putsh* de Kapp, llegó al Ruhr en febrero de 1920. Y sin embargo, las *Freikorps* no eran la fuerza más importante, ni siquiera la más grande entre las responsables del mantenimiento del "orden" en el Ruhr, pues la que lo era, y por mucho, era la *Einwohnerwehr* (que literalmente quiere decir "fuerza de defensa de los habitantes"), resultado de un intento por crear fuerzas de seguridad locales mediante la obtención de voluntarios de todas las clases a los que se les daba armas (había también una tercera fuerza de seguridad, la *Sicherheitspolitzei* o Sipo, una organización pan-germana establecida sobre principios similares). Quizá la mejor pista para conocer el clima de opinión política en el Ruhr es la que viene de la oposición de Carl Severing al establecimiento de la *Einwohnerwehr*, argumentando que en muchas partes del Ruhr los antagonismos de clase se habían vuelto tan intensos que era imposible establecer fuerzas de seguridad formadas por todos los sectores de la población. En lugar de eso, sostenía que deberían existir o bien fuerzas de defensa puramente burguesas o bien solamente de obreros, lo cual a su vez intensificaría aún más las hostilidades.[35] Su predicción no resultó del todo correcta. En algunas ciudades, un número significativo de obreros se unió a las fuerzas de seguridad y peleó duro en contra de otros obreros en la insurrección que siguió.[36]

Aún si es imposible descartar completamente la posibilidad de un desarrollo justo, obviamente había odios muy intensos que yacían apenas por debajo de la superficie. Para los trabajadores, los objetos del odio eran la

[34] *Idem*, I, 65-75.

[35] *Idem*, I, p. 67. Para una descripción de las fuerzas militares y policiacas en el Ruhr antes del estallido de la revuelta, véase pp. 64-68.

[36] Según Spethmann en *Zwölf Jahre* ... II, pp. 121, 130, éste fue el caso en Dortmund y Essen. Es claro que, como era de esperarse, estos obreros fueron reclutados de lo que era en la escena local el ala derecha de la opinión trabajadora, el PSD y las uniones cristianas. Lucas, en *idem*, I, p. 60, informa de la disminución del PSD, en el Ruhr y del aumento del PSDI, el cual para 1919 se había convertido en el partido más fuerte de la región.

policía y los militares, quienes visiblemente ponían en vigor las leyes y reglas que sentían tan injustas y opresivas. Y ni qué decir del odio recíproco que sentían los oficiales de las *Freikorps*. En su caso, no hay duda de que querían destruir la República en aras de la ley y el orden, así como del honor alemán.

De cualquier forma, el curso de los acontecimientos estaría lejos de ser pacífico, y el *Putsh* sí ocurrió. No trataré de hacer aquí un recuento completo, sino que me voy a concentrar en lo que podemos aprender sobre los sentimientos y el comportamiento de los obreros comunes y corrientes.[37] En este punto sería útil señalar el aspecto más extraño, pero también más significativo, de ese comportamiento. Para el 17 de marzo de 1920, el *Putsh* de Kapp ya había pasado y el gobierno de Ebert había recuperado su poder. Y aun así, fue sólo *después* de esta fecha que ocurrieron las luchas más duras y que tuvo lugar la verdadera insurrección. ¿Por qué pasaron los trabajadores en el Ruhr de acciones en defensa de la República a una ofensiva revolucionaria en contra de la República? ¿Fue de verdad una ofensiva revolucionaria? ¿Es posible distinguir claramente entre los aspectos ofensivos y defensivos en este caso particular?

Las razones para seguir luchando se pueden encontrar, en parte, en la manera en que se desarrolló el movimiento de los trabajadores y las formas que tomó en su primera respuesta a la noticia del *Putsh*, y en parte a las demandas no satisfechas al momento del colapso de ese levantamiento, y sobre todo en las muy severas provocaciones locales de parte de las *Freikorps* estacionadas en el Ruhr. Todas estas cuestiones y otras serán revisadas más adelante. Antes convendría afirmar la conclusión que a mi juicio debe derivarse de esta evidencia, y es que la masa de los obreros en ningún momento tuvo un esquema mental revolucionario. Estaban, eso sí, encolerizados, y sus objetivos eran muy específicos y limitados y en ellos no se trataba de establecer un nuevo orden social. Fueron circunstancias fuera de su control las que los empujaron a realizar acciones revolucionarias. Veían la revolución —si es que acaso la veían— como el único movimiento defensivo posible que se les presentaba en una situación tan amenazadora.

Veamos ahora más de cerca algunos detalles. El golpe de Kapp, de breve duración, tuvo lugar en Berlín el 13 de marzo. Un anuncio oficial del gobierno de Kapp confirmó al comandante general del ejército en el Ruhr, von Watter. Este general permanecería en su puesto después, con mandato del gobierno de Ebert cuando éste recuperó el poder y sería el encargado de restaurar el orden y de reprimir la insurrección trabajando, aunque no sin fricciones, con Carl Severing, el líder socialdemócrata que tenía poderes plenipotenciarios de la República. El general era bastante astuto y pronto lanzó una ambigua proclama en la que evitaba cualquier declaración de lealtad hacia los golpistas o hacia el gobierno legal, y en la que llamaba al mantenimiento de la ley y el orden, pedía a los oficiales que permanecieran en sus puestos y afirmaba que velaría por los derechos de los ciudadanos

[37] Para un estudio general, véase Johannes Erger, *Der Kapp-Lüttwitz-Putsh: Ein Beitrag zur deutschen Innenpolitik 1919-1920*.

alemanes.[38] La posición del general von Watter, aunque ambigua, dejaba ver su inclinación hacia los golpistas, pero entre quienes no había dudas era entre los oficiales al mando de varias unidades de las *Freikorps*, a las cuales hicieron desfilar por ciudades y pueblos emitiendo declaraciones que apoyaban al golpe. Por su parte, las *Sicherheitspolitzei* y las *Einwohnerwehr* señalaron su apoyo de una manera menos explícita.

La organización que incluía tanto a los líderes industriales como a los sindicales de la región, llamada *Arbeitsgemeinschaft*, no se reunió sino hasta el día siguiente, 14 de marzo, para deliberar sobre la posición adecuada. Hugo Stinnes presentó a los líderes sindicales el proyecto de una declaración que rechazaba el golpe y llamaba a volver al gobierno constitucional, puesto que de otra forma, se producirían movimientos separatistas y Alemania se desintegraría. Con eso sí podían estar de acuerdo los funcionarios de los sindicatos. Con lo que no podían estarlo era con el llamado a los obreros de permanecer en sus empleos y mantener el orden. Un paso de ese tipo iba directamente en contra de las propuestas de la huelga general, que era el arma principal que tenía el gobierno en contra de Kapp y sus seguidores. Por esta razón no se llegó a ningún acuerdo y de la reunión no salió nada.[39] Las cabezas de las cuatro uniones de mineros consiguieron reunirse en la tarde misma del día del golpe, pero tampoco pudieron ponerse de acuerdo en nada más allá de la inocua proclama que repetía su anterior oposición a una dictadura de la izquierda, anunciando en esta ocasión también su firme oposición a una dictadura de la derecha. Sobre esta base pedían a los obreros que permanecieran tranquilos y mantuvieran la fe en sus organizaciones, así como que esperaran instrucciones en cuanto se pudieran clarificar las circunstancias.[40]

Unas cuantas horas después de que supieron del *Putsch*, los obreros vieron a las fuerzas locales de seguridad salir en apoyo de una dictadura militar cuyas consecuencias para sus vidas conocían demasiado bien por sus propias experiencias amargas, y vieron a sus propios líderes sindicales mantenerse en silencio frente a la crisis. La organización social dominante se les había puesto en contra y una parte importante de su propia organización social les había fallado. En adelante, tendrían que crear para su propia defensa nuevas formas sociales a partir de la nada y tendrían que arreglárselas como pudieran con lo que quedaba para hacer sus propias organizaciones y que funcionaran, sobre todo sindicatos y partidos políticos que se adaptaran a sus

[38] Lucas, *Märzrevolution*, I, p. 99.

[39] *Idem*, I, pp. 104-108, 114-115. Erger en *Der Kapp*... p. 197, señala que de hecho *ninguno* de los partidos socialistas justificaba la huelga en términos de una defensa de la Constitución y el gobierno legal. El Comité central del PSD (*Vorstand*) estaba dispuesto a dejar que el gobierno existente cayera y sus proclamas no eran en el lenguaje de la lealtad a la Constitución, sino en los términos más izquierdistas de lealtad a la revolución de 1918 y para "evitar el regreso de Guillermo II". Erger podía haber agregado que las políticas del PSD habían contribuido de manera importante a la pérdida de lo que se había ganado en 1918.

[40] Lucas, *Idem*, I, p. 120.

propósitos. Esta fue la forma en la que percibieron la situación los obreros más militantes y empezaron a actuar de manera casi inmediata respecto a ella.

Conforme llegaban las noticias de Berlín el día 18, que era un sábado, provocaban una gran cantidad de discusiones entre los obreros, seguramente sobre lo que deberían hacer. El trabajo de la tarde se detuvo en unos cuantos tiros de minas aunque, según Spethmann, las cuadrillas no dejaron sus herramientas por decisión propia, sino que fue necesario que las amenazaran para obligarlas a parar. Por esta misma fuente nos resulta claro que esas amenazas, en algunos casos bastante violentas, estaban dirigidas en contra del personal de supervisión menos importante, que estaba a cargo de los trabajadores, y aunque es posible que éstos a su vez quisieran dejar las herramientas, muy probablemente tenían miedo de los supervisores de jerarquía mayor, por lo cual no querían actuar hasta que una *force maieure* removiera los obstáculos. En algunas zonas había grupos de hombres armados, ajenos a ese lugar, y que obligaban a cerrar. Hay por lo menos un ejemplo que muestra a unos obreros convenciendo a otros de dejar las herramientas: una gran parte de un turno se pasó al tiro para hacer que los de la tarde pudieran irse temprano. El mismo día se inició una búsqueda de armas espontánea y no coordinada. El hecho de que los obreros —que en este caso estaban bajo el liderazgo de los supervisores menores (cuyas actitudes y acciones eran de lo más diversas, como podía esperarse de su posición entre dos fuegos)— entraran a la casa del director a buscar armas resulta revelador de la atmósfera tan tensa que había en la zona.[41]

Dado que hubo varios casos de lo que parece ser amedrentamiento revolucionario para crear solidaridad, convendría situar esta forma de comportamiento en el contexto general de este tipo de situaciones. Detener el trabajo común es una importante forma de respuesta negativa a una crisis producida por algún ataque de parte de quienes dominan los mecanismos del poder. Si bastante gente deja de cumplir con las rutinas de la vida, todo el mecanismo que sostiene a la autoridad y al poder de los grupos dominantes se detiene y se pulveriza, dejándolos colgados en el vacío y sin nigún poder. Pero este paso es sólo negativo y por sí mismo no es suficiente; más aún, en una sociedad industrial resulta demasiado costoso para sus participantes, pues es muy difícil pasar al siguiente paso que sería el de organizar enclaves guerrilleros en los cuales los rebeldes pudieran producir suficientes alimentos y servicios como para sostener una economía separada. De modo que si a los rebeldes (y es importante recordar que se podrían *convertir* en eso en contra de sus propias intenciones, por la ofensiva de quienes detentan el poder) quisieran cambiar la situación a su favor, tendrían que crear mecanismos sociales para una defensa activa, y además, políticas que pudieran constituir la base para un arreglo del conflicto, y todo ello con la esperanza de derrotar a sus opresores. La creación de estos mecanismos no es, por supuesto,

[41] Spethmann, *Zwölf jahre*. . . . II, pp. 1022, 1103, 1106-1112.

un acto único, sino un proceso continuo que se prolonga durante toda la duración del conflicto y que está marcado por gran cantidad de ensayos y errores, por una constante verificación con los electores que permita comprobar el apoyo e insistir en él, es decir, por la intimidación revolucionaria. De modo que el amedrentamiento revolucionario, que no es más placentero de contemplar que cualquier otro tipo de amedrentamiento, aparece como una reacción humana inevitable ante la crisis. Cuando empieza un fuego en una casa llena de gente, los ocupantes que corren a apagar las llamas deficilmente siguen las reglas de una amable persuasión hacia aquellos que no se toman la situación en serio.

En el Ruhr, los trabajadores desarrollaron tres tipos de mecanismos sociales para tres propósitos: las muchedumbres, los mítines de masas y los comites de acción. Los últimos eran reuniones de líderes de partidos políticos locales de izquierda, que algunas veces se hacían a puerta cerrada, para ponerse de acuerdo sobre políticas y consignas, si es que alguna vez se podían poner de acuerdo. Otras veces sus mítines eran grandes y abiertos. Las muchedumbres eran las formas más espontáneas de todas, con una organización más laxa, ejemplo claro de la conducta colectiva que algunos psicólogos sociales definen como la forma de acción de un grupo que surge en los intersticios del comportamiento institucional organizado y *en contra* de las instituciones existentes. Las muchedumbres de obreros, en el caso que estamos estudiando, intentaron emprender acciones inmediatas de un tipo que tenía bastante sentido en esas circunstancias. Por lo general, buscaban dos objetivos: conseguir armas para los trabajadores y la liberación de los prisioneros políticos. Como se puede ver, se trata de objetivos muy limitados y concretos, pero útiles. Este último, el de liberar a los prisioneros políticos, no sólo era buscado por simpatía y solidaridad, aunque éste también eran sin duda un motivo, sino porque por lo general se trataba de activistas y líderes valiosos para los acontecimientos por venir, como de hecho lo fueron varios de ellos. No nos sorprende que hubiera amenazas de violencia y, más que eso, verdadera dureza y severidad. Más bien lo que nos sorprende en esta etapa es la escasez de violencia. No hay señales de pillaje o de venganza hacia los odiados enemigos de clase, y más bien las muchedumbres se componían no sólo de obreros, sino incluso de algunos seguidores de los partidos de la clase media.[42] Tiempo después, esta situación cambiaría mucho, cuando los dos lados ya hubieran probado la sangre.

Los mítines de masas eran asuntos más organizados, que se anunciaban por adelantado y a los que la gente estaba obligada a ir. No basta con señalar que servían al propósito de expresarse, puesto que permitían a la gente sacar el vapor acumulado y disfrutar de una sensación de solidaridad, pues en nuestro ejemplo también sirvieron para propósitos políticos más rigurosos

[42] Según Lucas en *Märzrevolution*, I, p. 154, éste fue el caso en Hagen. Para más ejemplos sobre el comportamiento de la muchedumbre, véase pp. 156-161. Sin embargo, Gerhard Colm en *Beitrag zur Geschichte und Soziologie des Ruhraufstandes vom März-April 1920*, pp. 25-26, informa de un choque entre la policía y los trabajadores que buscaban armas que costó 18 vidas.

ya que dieron oportunidad a los obreros comunes y corrientes de fijar los límites de los lineamientos prácticos generales y de escoger, o por lo menos conferirle mandato, a sus líderes. Quienes estaban presentes en estos mítines podían abuchear o aplaudir, lo que quiere decir aclamar negativa o positivamente a los oradores que eran casi siempre voceros locales del PSD, el PSDI o de los comunistas (PCA). Este último era un cuerpo pequeño, pero en crecimiento, lleno de pleitos internos que eran más severos incluso que los del PSDI. Los obreros que no asistían a los mítines de masas efectivamente eran privados de sus derechos, a pesar de lo cual eran, probablemente, la mayoría. Pero sería un error considerarlos apáticos, pues seguramente muchos sentían que la situación pedía acción y no palabras.

Ahí donde los trabajadores sí creaban y utilizaban estas oportunidades para expresarse políticamente, el mensaje principal que transmitían a sus líderes era que tenían poca o ninguna paciencia o comprensión de los principios que dividen a los partidos políticos, así como de los diversos diagnósticos y remedios para la situación presente que éstos les ofrecían. Lo que querían los trabajadores era unidad en la crisis en aras de la lucha en contra de la reacción. En toda la región del Ruhr, respondieron con calidez al llamado de tres partidos, que incluía (después de muchas negociaciones a puerta cerrada con el líder del PSD, quien después confesó haber cometido un error) una cláusula que se refería a "obtener el poder político a través de la dictadura del proletariado hasta la victoria del socialismo, basado en el sistema de consejos".[43] Cuando la sección de Essen del Partido Comunista Alemán trató de atacar al PSD y a su dudosa unidad, los obreros sólo respondieron con frialdad. Además de la unidad del partido, los trabajadores estaban de acuerdo en la táctica de una huelga general para el 15 de marzo y no iban más allá de estos dos puntos. Como se negaban a condenar al PSD, es poco probable que las frases sobre el socialismo y la dictadura del proletariado tuvieran mucho sentido para ellos. En la mayoría de las ciudades, las principales demandas que se alcanzaron en estos mítines se reducían a la liberación de los prisioneros políticos y a la aceptación de una buena cantidad de obreros organizados en las fuerzas locales de defensa.[44]

El hecho de que los trabajadores pensaran en la posibilidad de ser aceptados en las fuerzas de seguridad es señal de que no consideraban que la situación fuera revolucionaria, pues en una revolución se toma por asalto la estación de policía y no se apunta uno como voluntario en sus filas. Es evidente que entre los trabajadores de base había una división de opiniones respecto de si se debían tomar las armas por la fuerza o si era mejor unirse a la policía, exactamente igual que como sucedía entre los líderes de los comités de acción, entre los cuales la división se daba entre los que aconsejaban un levantamiento armado y los que pensaban que una acción de este tipo no tenía ninguna posibilidad de éxito. En una situación como la descrita, sucede que aquellas personas que emprenden una acción concreta,

[43] Lucas, *Idem*, I, p. 127.
[44] Colm, *Geschichte des...*, p.26.

incluso si son una minoría, pueden determinar el curso subsiguiente de los acontecimientos. En el lapso de unos cuantos días, los obreros habían podido conseguir un número respetable de armas tomadas a los policías o a grupos de las *Einwohnerwehr*, que estaban formadas por trabajadores a los que se engañaba para conseguir que las entregaran (como sucedió con una unidad que estaba compuesta de campesinos), así como de individuos particulares y de clubs para militares. La existencia de tantas armas en manos de los trabajadores ponía nervioso a Severing, pues podía dar el pretexto a las autoridades militares para emprender la acción que deseaban. De todos modos, la atmósfera se volvió mucho más tensa, así que el menor disturbio o rumor de parte de cualquiera de ellos podía desencadenar la explosión.

El lunes 15 de marzo fue el primer día completo de trabajo después del anuncio del *Putsch*. En respuesta a la huelga general, todo el trabajo se detuvo en el Ruhr, excepto el de los servicios más esenciales.[45] y lo mismo sucedió en la mayor parte del resto de Alemania. Ése fue también el día en que estalló el conflicto abierto en dicha región. Se estaba preparando un plan para que los trabajadores se reunieran ese mismo día en Hagen, lugar en donde los líderes les distribuirían las armas para organizar una fuerza de seguridad. En lugar de eso, un pequeño destacamento de las *Freikorps* marchó a la ciudad cercana de Wetter en la cual, según un informe que fue negado por el Bürgermeister local cuando llegaron las tropas, existían planes para establecer una república revolucionaria (*Räterepublik*). Pero fue suficiente con que se corriera la voz de que las tropas se dirigían a ese lugar para que masas de obreros armados se lanzaran hacia él, de modo que al llegar las *Freikorps*, el comité local de acción y el burgomaestre interrogaron al oficial encargado para saber con la autoridad de quién venía y cuál era su posición política respecto al *Putsch* en Berlín. Esa persona era un cierto capitán Hansenklever, quien echó leña al fuego con su respuesta: les informó que venía con la autoridad del general von Watter para restaurar el orden y que estaba "en el mismo terreno que el teniente general von Lüttwitz"; era uno de los principales conspiradores y había llegado al Ruhr en febrero. Mientras sucedían estas discusiones, los obreros se habían mezclado con las tropas y habían convencido a unos 20 o 30 de que cambiaran de bando. Además, lograron apropiarse de una ametralladora. La respuesta de Hansenklever, que rápidamente circuló y fue conocida en toda la zona, enfureció a los obreros y confirmó sus peores sospechas, y casi inmediatamente estalló la lucha. Obviamente, los trabajadores superaban en número a la pequeña unidad de tropas, y contaban además con la ventaja del terreno alto alrededor de la estación del ferrocarril. Las tropas se defendieron bien, pero fueron derrotadas con 64 muertos, incluyendo al capitán Hansenklever, mientras que entre los obreros sólo hubo 7 muertos. Al ganar esta batalla y otras similares, los obreros pudieron aumentar con rapidez su reserva de armamento[46] y fue así como empezó a existir el Ejército Rojo.

[45] *Idem*, p. 25.
[46] Mi relato sigue a *Idem*, pp. 27-34.

El Ejército Rojo se parecía en su estructura y operaciones a las organizaciones revolucionarias guerrilleras que surgirían en muchas regiones rurales del mundo veinte o treinta años después. Pero las diferencias tenían que ver con la pertenencia de sus miembros a la clase obrera industrial en un Estado industrial moderno, lo que era muy importante y contribuyó a su rápida derrota. Una gran variedad de unidades locales formaban las células básicas de este ejército. Muchas veces eran distritos de partidos políticos y en otros casos cuadrillas completas de las minas que formaban compañías. Los dormitorios de solteros también aportaron unidades. Por lo general, eran los comandantes locales los que decidían quién asumía el mando de la unidad en el frente y nunca llegó a existir un mando central completamente efectivo. Había una "organización central" en Hagen que parece haber sido creación de un líder del Partido Comunista local, del PSDI y también sorprendentemente del PSD. Había también un cuartel general en el automóvil del maestro Stemmer, quien trataba de hacerse cargo de las diarias operaciones militares. Este Stemmer y la "organización central" de Hagen trabajaban juntos bastante bien, pero fueron incapaces de extender su autoridad efectiva hacia la zona occidental de la revuelta, en la que se había formado un liderazgo natural del lugar con una base política diferente, principalmente del PCA, y sindicalista. Aún al calor de la batalla, la unidad proletaria era obviamente un mito, y la realidad seguía siendo una lucha política sectaria. Como sucede casi siempre con los ejércitos guerrilleros, el armamento venía del enemigo, es decir, de las unidades militares y de la policía. Entre sus armas, el Ejército Rojo contaba con algunos cañones, con lanzadores de minas e incluso con dos aviones. En cambio, y como era de esperarse en una zona industrial, el abastecimiento de alimentos presentaba problemas muy serios. No era fácil marcar la división entre las requisas y el saqueo. La incapacidad para resolver este problema pronto enajenó a la población que los apoyaba y dio lugar, como veremos más adelante, a un caos muy desmoralizador.[47] En resumen, las pasiones políticas vagamente compartidas no eran suficientes por sí mismas para crear una organización militar durable y efectiva, y esta observación la hubieran apoyado tanto George Washington como León Trotsky con base en sus propias experiencias.

Saber lo que hicieron o no hicieron los trabajadores con su poder cuando tomaron algún pueblo o ciudad, nos proporciona indicios muy reveladores sobre el carácter de la insurrección, aun cuando esta toma fuerza por un tiempo muy breve. Ante todo, debe notarse que había mucha diversidad dependiendo del lugar. Los regímenes más radicales eran aquellos que estaban en sitios en donde la organización sindical era más reciente o en donde dominaban las uniones pro-patronales. Con todo, los obreros de base

[47] *Idem*, pp. 60-66. Desgraciadamente, lo que hubiera podido ser la parte más instructiva de este útil estudio sociológico llevado a cabo por un alumno de Max Weber, es decir, aquella que examina por qué los hombres se unían al Ejército Rojo (pp. 50-56), constituye más bien un refrito de las especulaciones de Simmel y Le Bon. Más datos que sin embargo me llegaron demasiado tarde para ser utilizados están en Lucas, *Märzrevolution*, II.

desempeñaron un papel muy pequeño y dejaron a los funcionarios sindicales tomar el control de la ciudad mientras ellos formaron comités ejecutivos (*Vollzugsräte*). Por lo menos al principio, el PCA exigió que se eligieran consejos de obreros para asumir la administración de la ciudad, pero esa elecciones no se llevaron a cabo, en parte porque hubieran requerido de mucho tiempo. Es obvio que la idea tan alemana de que *siempre* tenía que haber algún tipo de gobierno legal, estaba firmemente enraizada también entre los trabajadores. Una razón de tipo opuesto prevalecía en algunas ciudades como Dortmund, en donde los radicales temían que las elecciones no dieran por resultado un liderazgo político suficientemente radical, debido a que todos los obreros —incluyendo los que pertenecían a uniones cristianas— participarían en la votación. Fue por esta combinación de razones que la mayoría de los comités ejecutivos estuvieron formados por secretarios de partidos y sindicatos, editores y gente por el estilo. Parece que sólo hubo un caso de oposición radical a este liderazgo de esencia tan tradicional, pero incluso en este ejemplo la oposición parece haber estado confinada a dos comunistas que sentían que el comité ejecutivo no estaba apoyando al Ejército Rojo con suficiente energía y recursos.[48]

Después de tomar una ciudad, el comité ejecutivo siempre declaraba que asumía el poder supremo, pero de hecho, por lo general se contentaba con ejercer una supervisión moderada sobre la administración preexistente, de modo que se repetía la experiencia anterior de los *consejos* de obreros y soldados. En algunos lugares, los comités ejecutivos dieron "licencia" a aquellos funcionarios que más disgustaban a los obreros locales. En otros casos, el primer acto del comité fue el de relevar de sus labores a la policía local, sólo para llamarlos de regreso poco tiempo después y pedirles que cumplieran su tarea sin uniforme para evitar los malos sentimientos de los trabajadores. En muchos casos en que los comités ejecutivos trataron de tomar por su cuenta la administración de los servicios urbanos (seguridad, bienestar social, abastecimiento de alimentos, transportes, etcétera), lo único que sucedía es que se enredaban en los detalles y perdían la visión más amplia de los asuntos. Y a pesar de todo, los comités lograron establecer un *modus vivendi* con las autoridades administrativas anteriores. Segun Colm, una de las principales razones para esto fue que los comités ejecutivos no creían en la posibilidad de éxito de la "segunda revolución"; es más, ni siquiera interpretaban el movimiento como revolucionario. Aunque hubo excepciones,[49] el aspecto más sorprendente en todos estos acontecimientos es la falta de una presión efectiva desde abajo que empujara a los comités ejecutivos hacia una dirección más radical. Este factor nos dice mucho sobre las actitudes de los trabajadores comunes y corrientes, así como sobre su grado de "conciencia de clase" en el momento más álgido de la lucha.

[48] Véase Colm, *idem*, pp. 84-89.

[49] Véase *idem* pp. 96-97. Duisberg fue la excepción más importante y de ahí el resultado principal fue evidentemente el de hacer requisas así como el intento de arrestar a los líderes de los trabajadores moderados. Estos actos dieron lugar a muchos pleitos muy amargos. Véase pp. 99-103.

El 16 de marzo de 1920, al día siguiente de la huelga general, los propietarios de las minas y los sindicatos hicieron un llamado para volver al trabajo. El 17, el gobierno en Berlín suspendió la huelga después del colapso del *Putsch*, aunque la captura de Essen por parte de los obreros tuvo lugar el día 19.[50] Para entonces, las fuerzas militares golpistas ya habían sido sacadas de las secciones industriales del Ruhr y el gobierno de Ebert había sido restaurado. Fue en ese momento cuando la "organización central" de los militares rojos levantó la huelga general. Pero aún así, la lucha continuó hasta el día 23, cuando empezaron las negociaciones —sobre las que hablaremos después— entre Severing y el ejército.

Aquí debemos volver a preguntarnos, como ya lo hicimos antes, por qué la insurrección continuó después de que había sido restaurado el gobierno de Ebert. ¿Acaso el hecho de que ésta continuara no demuestra el carácter esencialmente revolucionario de toda la empresa?[51] ¿Acaso el *Putsch* de Kapp no arrancó el velo de ilusión que cubría la asesina política de colaboración entre el PSD y la reacción militar (una política para la cual Noske —tan profundamente comprometido con el golpe— no era sino una herramienta) y llevó por fin el corazón proletario de Alemania a un último y desesperado estallido revolucionario?

Ya hay suficiente información sobre el comportamiento de los obreros como para dudar de una interpretación de este tipo. Tan pronto como el Ejército Rojo empezó a existir e inició sus operaciones, adquirió un impulso y un propósito propios. Difícilmente se podía esperar que los obreros en armas depusieran su actitud y obedecieran un llamado de vuelta al trabajo. En algunos lugares, por ejemplo en Düsseldorf, las acciones duras y provocadoras de las fuerzas militares y policiacas sirvieron de pretexto a aquellos que deseaban continuar con la huelga. En la fábrica Krupp, en Essen, se produjo un fuerte debate entre los *consejos* de la planta respecto a la continuación de la huelga. Resulta significativo que las razones dadas por los oradores del ala izquierda (PSDI, PCA) para continuar con ella tuvieran que ver con cuestiones bastante concretas y locales, y no dijeran nada sobre el socialismo. En su lista de objetivos no cumplidos, estaban los siguientes: reconstitución de las *Einwohnerwehr* o fuerzas locales de defensa, con la incorporación a ellas de más obreros (por ejemplo, unirse a la policía en lugar de derrocarla); liberación de los prisioneros políticos; apoyo a los sobrevivientes de los asesinatos cometidos dos días antes por la *Sicherheitspolizei* o policía de seguridad y permiso para que volviera a aparecer el periódico del PSDI, que había sido prohibido por diez días. En cuanto a este último punto, el orador del sindicato anunció que se había enviado un telegrama a Severing solicitándole el levantamiento de la prohibición y, lo que es aún más significativo, el *consejo*

[50] Véase Lucas, *Märzrevolution*, I, p. 248. Sobre Essen véanse las pp. 283-289, y Colm, *Idem*, p. 40.

[51] *Illustrierte Geschichte der Deutschen Revolution*, pp. 499-504. Éste es uno de los primeros trabajos comunistas de autoría colectiva que aunque es muy pomposo en su presentación, contiene muchas referencias a documentos originales.

de la planta decidió que se volvería al trabajo sólo si se lograba este objetivo.[52] En Essen y sus alrededores, los obreros volvieron a sus trabajos aunque las fuerzas del Ejército Rojo estaban cerca y a a pesar de que ya les habían llegado las noticias de la toma de Dortmund. En otras ciudades, como Hagen, Hörde y Barmen, en donde los obreros habían expulsado a las fuerzas militares y policiacas, los comités locales de acción hicieron un llamado para volver al trabajo sobre la base de que ésta era una cuestión de vida o muerte para el proletariado. Esto último nos sirve como un indicador más de las dificultades que enfrenta una sostenida oposición a los militares en un escenario urbano. El único lugar en el que ese llamado no fue escuchado fue Elberfeld, en donde los trabajadores insistieron en permanecer fuera del trabajo hasta que hubiera un funeral adecuado para aquellos que habían muerto en las batallas recientes. Lucas considera este episodio como uno de los raros actos de "solidaridad desobediente" en la historia del movimiento obrero. En otras ciudades, los obreros simplemente volvieron a sus trabajos *sin* ninguna orden de hacerlo por parte de los comités de acción.[53] En esta distinción entre los obreros que se mantuvieron en armas y los que regresaron al trabajo, aparece otra división que después resultaría mucho más grave, cuando las fuerzas rojas en desintegración acusaran a las ciudades de traición y se dedicaran al pillaje en gran escala.

La insurrección alcanzó el clímax de su poder el 20 de marzo, cuando ya había terminado la primera fase militar decisiva.[54] El mismo día, y a partir de entonces, von Watter pudo traer refuerzos militares desde Würtemberg y Baviera.[55] Fue entonces cuando salieron a la superficie las debilidades inherentes al levantamiento, que incluían la amenaza de una hambruna severa en la parte de Westfalia del Ruhr, abastecimiento inadecuado de alimentos, ropa y municiones para el Ejército Rojo y el fracaso de los levantamientos obreros en otras partes de Alemania, así como la falta de apoyo por parte de los líderes del partido en Berlín.[56] Por esta combinación de razones, las negociaciones entre los insurgentes y los representantes del gobierno central empezaron en Bielefeld el 23 de marzo. En ellas, la táctica de Carl Severing consistió en separar del ejército de los trabajadores a los sindicatos que fueran adherentes del Partido del Centro, de los demócratas y del PSD. Y tuvo éxito en su objetivo, lo cual también nos sirve de pista sobre las corrientes de opinión en esa región.

Una de las consecuencias del éxito de Severing fue la mayor radicalización conforme los moderados se retiraban de las fuerzas rojas.[57] Una causa im-

[52] Lucas, *Märzrevolution* I, pp. 249-250.

[53] *Idem*, I, pp. 250-255. A la luz de los ejemplos concretos que da este autor y de los que han sido citados aquí, es difícil aceptar su afirmación (p. 248) de que probablemente la mayoría de los obreros en el Ruhr (o por lo menos muchos más que los organizados en grupos de izquierda) no atendieron el llamado para terminar la huelga.

[54] Colm, *Geschichte des...*, p. 111.

[55] Lucas, *Märzrevolution*, I, p. 272.

[56] Colm, *Geschichte des...* p. 113.

[57] Severing, *Mein Lebensweg*, I, pp. 262-263, 266.

portante de esa radicalización fue la acción de von Watter de añadir "condiciones de armisticio" que eran imposibles de cumplir en el breve tiempo que permitía su ultimátum, y que enojaron mucho a los rojos. Fue en ese momento cuando los miembros del Ejército Rojo se sintieron traicionados en sus ciudades de origen. Sin dinero ni provisiones, amenazados por las fuerzas de von Watter, se desesperaron y se dedicaron al saqueo, llamando a esto revolución. Incluso los líderes comunistas condenaron el comportamiento anárquico que siguió. La situación se deterioró tanto que se cuenta de un líder comunista en Dortmund que solicitó por teléfono la entrada de las tropas del *Reichswehr*, porque era incapaz de controlar a las bandas armadas en la ciudad.[58]

Finalmente, el 3 de abril de 1920, como lo relata Severing en sus memorias, las tropas del *Reichwehr* entraron y restauraron el orden "con relativa facilidad y sin muchas pérdidas de vidas". La *Illustrierte Geschichte* cuenta una historia diferente de brutalidad y venganza, literalmente de terror blanco. Las tropas sacaban a los obreros de sus casas junto con mujeres y niños, y les disparaban. Incluso relata un caso de masacre de 65 obreros y otro de una tumba colectiva que contenía más de 90 víctimas. Grandes cantidades de trabajadores huyeron a los territorios ocupados por los aliados, pero después, persuadidos de regresar por las promesas de amnistía, fueron arrancados de los trenes por las tropas del gobierno y encerrados en prisiones en las que muchos serían condenados a largas sentencias. Por su parte los de la derecha, que habían provocado el levantamiento por su golpe en Berlín, se zafaron fácilmente. De los 510 oficiales que desempeñaron una parte importante en el golpe de Kapp, sólo uno recibió castigo, y éste fue de sólo 5 años de prisión.[59] Así terminó, en sangrienta tragedia, la aproximación más cercana a una revolución proletaria espontánea que ha tenido lugar en un Estado industrial moderno.

¿Podría haber triunfado? ¿Fue una revolución? Para ver todo esto con más claridad es mejor que respondamos a la segunda pregunta antes que a la primera. Una y otra vez, la evidencia revela que la masa de los trabajadores no era revolucionaria. Ellos no querían derrocar al orden social existente y reemplazarlo con otra cosa, y menos que nada por uno del que se hicieran cargo los obreros. Y sin embargo, estaban muy enojados. Se sentían empujados contra la pared y luchaban en defensa propia, y fue esta defensa la que se convirtió, de manera algo inesperada, en una breve ofensiva, e incluso entonces es claro que muchos de los trabajadores que no estaban levantados en armas no tenían interés en convertir la revuelta en revolución. De modo que el ingrediente revolucionario, tal como fue en toda la lucha, era algo que sólo una minoría de los líderes políticos locales trató de imponerle a todo el movimiento.

Aun si uno concede todos estos puntos, de todas maneras, desde la perspectiva de las consecuencias políticas, en realidad no importan. Los objetivos

[58] Colm, *Geschichte des...* pp. 125-130.
[59] *Illustrierte Geschichte...* pp. 505-508.

revolucionarios por lo general son impuestos por los líderes sobre una masa enardecida que sirve para dinamitar el viejo orden ahí donde otras condiciones lo hacen posible. Me gustaría aventurar la hipótesis de que en cualquiera de las grandes revoluciones que han triunfado, la masa de los seguidores no ha deseado de manera consciente el derrocamiento del orden social, entendiendo aquí el triunfo en el sentido muy limitado de tomar y ejercer el poder.

El grado en el que la pequeña gente enojada desea algo nuevo es igual a su percepción del viejo orden, menos aquellas de sus características que le resultan desagradables y opresivas y que le afectan. Hemos visto esto en muchos momentos durante el examen de la historia de Alemania, incluida otra versión, aunque con una base social diferente, en el caso del movimiento nazi. Y ésta no fue una revolución. Se puede suponer, que en algunos casos, el nuevo orden puede ser algo mejor, aunque ciertamente no sucedió así en el caso de los nazis. Pero en el grado en que los abusos y la opresión son una consecuencia estructural del viejo orden, esas esperanzas también resultan utópicas. No es necesario agregar que los modernos revolucionarios profesionales no han tenido mucho éxito en imponer sus visiones de la realidad —las que supuestamente están mejor fundamentadas— sobre los movimientos de masas por medio del recurso de los partidos revolucionarios, no al menos de una manera tal como para trascender las limitaciones de las tendencias populares hacia la utopía y aún así crear sociedades menos opresivas.

Si estamos de acuerdo, aunque sea provisionalmente, en que una masa revolucionaria no es por sí misma un ingrediente indispensable para que triunfe una revolución, nos quedamos entonces con la primera pregunta: ¿acaso podía este levantamiento haberse convertido en una revolución triunfante? En un primer nivel de análisis, parece bastante claro que sin fuerzas militares "confiables", el gobierno podía haber caído. Que estas fuerzas no fueron de verdad tan confiables en el sentido de ser leales a ese gobierno en particular, es lo suficientemente obvio como para no requerir comentarios. Más específica y concretamente, los levantamientos radicales ocurrieron por separado y aquellos que tuvieron lugar en la capital o bien estuvieron muy presionados (como en noviembre de 1918), o bien tuvieron muy poco apoyo (como el de los espartaquistas en enero de 1919), de modo que el gobierno pudo utilizar a las tropas que nominalmente estaban a su disposición para aplastar una por una las revueltas que habían sido en parte consecuencia de sus propias políticas. Como sabemos, esto sucedió principalmente en el Ruhr, Sajonia y Baviera durante el invierno de 1918 y la primavera de 1919, aunque la que acabamos de examinar con detalle fue la más seria y violenta revuelta, y también en esencia la última llamarada de este tipo.

Sin embargo también aquí, si ponemos el énfasis en lo acertado del momento elegido y en la posibilidad de la represión militar, perdemos de vista lo más importante, pues no basta con decir con los social demócratas que el levantamiento tenía que convertirse en guerra civil y que en ella los obreros armados no podían competir con las tropas regulares; pues en Berlín en las primeras etapas éstas simplemente se disolvieron cuando fueron envia-

das contra los trabajadores, exactamente como había sucedido en Rusia. E hecho de que *sí hubiera* un ejército regular de varias clases es lo que requier de una explicación.

A pesar del golpe inicial que significó la derrota en 1918, el viejo régi men no perdió todo su atractivo y legitimidad. La existencia de un ejército compuesto al principio por voluntarios, muestra que había un importante número de hombres que *querían* salir y pelear por la restauración de ese viejo orden. En las primeras y tan cruciales etapas, Ebert no hizo nada para neu tralizar este cuerpo y más bien al contrario, inmediatamente le solicitó ayuda Sin embargo, hay algo más que la pura política de Ebert en esta situación, por desastrosa que hubiera sido. El viejo orden fue derrotado y desacreditado sólo temporalmente, pero no estaba completamente descompuesto —no de todo *morsch*, para usar la expresión alemana adecuada— de la manera como le había sucedido en 1917 al de Rusia. En Alemania los campesinos, las clases medias urbanas e incluso amplios segmentos de los trabajadores industriales se les habían volteado a los líderes por perder la guerra y no por razones que tuvieran mucho que ver con las políticas domésticas. Entre estos estratos es donde la derecha pudo encontrar a quien reclutar, y la extrema izquierda era suficiente amenaza como para inflar sus números. Antes de mucho tiempo, esa misma derecha dejaría de ser monárquica y tomaría un matiz populista e igualitario. Con esta mutación, los nazis tomaban el camino al poder.

TERCERA PARTE

PERSPECTIVAS GENERALES

CAPÍTULO DIEZ

LAS REVOLUCIONES RUSA Y ALEMANA: UNA COMPARACIÓN

Con el colapso y la represión de la revuelta en el Ruhr, hemos llegado al fin de nuestra historia de los obreros alemanes. Sin embargo, en los siguientes dos capítulos, todavía nos vamos a referir a la historia social de Alemania, con el fin de analizar mejor las cuestiones teóricas, de modo tal que el ascenso hacia la "teoría pura" sea gradual. Así pues, continuando dentro del mismo contexto de la historia alemana, en los siguientes dos capítulos trataremos de ver cómo se podría determinar de una manera objetiva si existió una alternativa histórica liberadora y trataremos de evaluar la responsabilidad moral por su supresión. También veremos las diferencias y las similitudes entre las formas liberadoras y represivas del agravio moral popular para, a partir de ahí, pasar a cuestiones más generales, como relativismo moral, las formas racionales e irracionales de la autoridad y las formas en las que se podría redefinir culturalmente males tan inevitables como los abusos que resultan intolerables. En esta coyuntura, hemos observado algunas de las razones del fracaso del levantamiento radical más importante que sucedió hasta el día de hoy entre los trabajadores industriales en un país industrialmente avanzado, pero ¿Cuál es el significado de este fracaso? ¿Acaso las revoluciones rusas de 1905 y 1917 no justifican el concepto de una revolución proletaria, si bien en un sentido bastante diferente del que originalmente había planteado Marx?

Si por revolución proletaria entendemos aquella que se basa en los trabajadores de industria, entonces la respuesta a esta pregunta, según mi lectura de los datos, sigue siendo negativa. En las tres revoluciones rusas, la de 1905 y las de febrero y octubre de 1917, los trabajadores de industria en las grandes ciudades desempeñaron un papel muy significativo y quizá incluso indispensable. Es más, el partido que afirmaba hablar en nombre de lo que ya para noviembre de 1917 era una mayoría completamente radicalizada de estos trabajadores, tomó y conservó el poder. Y sin embargo, había razones mucho más importantes para la transformación revolucionaria, puesto que había: 1) rebeliones campesinas y tomas de tierras en un país cuya población aún era campesina en un 80% y hostil a las relaciones de propiedad existentes; 2) alienación y desánimo entre casi todos los sectores influyentes del resto de la población, debido a la incompetencia y debilidad del zarismo, según revelan las tensiones de la guerra; y por último, 3) desintegración —debida a estas tensiones— de los principales instrumentos de represión,

que eran el ejército y las fuerzas de la polícia. Ésta resultó determinante, pues no fue el poder de la explosión revolucionaria lo que derrumbó al edificio zarista sino el colapso de sus defensores. Tanto en febrero (marzo, según el nuevo calendario) como en octubre (noviembre) de 1917, los revolucionarios simplemente se atropellaron a través de una puerta abierta y pisotearon furiosos sus goznes ya podridos. Ésta es la razón por lo cual hubo tan poco derramamiento de sangre en las revoluciones mismas, y éste sólo se produjo hasta después, cuando apareció la venganza, en el momento en que la "dictadura del proletariado" luchaba por establecerse como una élite minoritaria asentada en las ciudades que pretendía gobernar, para luego transformar a esta sociedad campesina.[1]

Muy diferente fue lo que sucedió en Alemania. Pero en lugar de meternos en un debate sobre si el concepto de revolución proletaria se adapta o no a la experiencia revolucionaria rusa, sería más útil determinar algunas de las razones por las cuales los trabajadores rusos se comportaron como lo hicieron, y valorar de manera más cuidadosa su verdadero papel en el proceso revolucionario.

La clase obrera industrial rusa se desarrolló en un contexto histórico muy diferente al de su contraparte alemana. La burocracia zarista fue un elemento decisivo, quiza *el* más importante en este contexto. Sus políticas influyeron de manera fundamental en las tasas de crecimiento industrial, así como en su carácter. Además, fue la responsable, en gran medida, de la radicalización de los obreros industriales antes de 1914, aunque también hubo otras fuerzas que con el tiempo quizá hubieran llevado a resultados parecidos a los del grado de integración aparente que había en Alemania. Las políticas zaristas también fueron responsables de la desintegración de las fuerzas militares y policiacas en Rusia. Después de la revolución de febrero, el gobierno provisional no quiso o no pudo revertir este proceso de desintegración ni encontrar una nueva base social que lo apoyara.

Tanto en su composición social con en sus instituciones, los trabajadores de industria en Rusia eran una creación histórica bastante reciente, consecuencia del rápido crecimiento industrial que tuvo lugar en ese país antes de la primera guerra mundial. He aquí algunas cifras sobre el número de trabajadores en algunos años seleccionados antes de la guerra:

1863	358 000
1890	720 000
1897	1 124 000
1900	2 278 000
1914	2 700 000[2]

[1] En el análisis que sigue no he podido utilizar dos libros muy importantes que fueron publicados cuando éste ya entraba a la imprenta. Se trata del de John L. H. Keep *The Russian Revolution*, y el de Alexander Ravinowich, *The Bolcheviks come to Power*. El primero es un tratado analítico general que hace énfasis en el papel desempeñado por los obreros y campesinos, y el segundo es un relato detallado de los acontecimientos de Petrogrado en 1917.

[2] Waldemar Koch, *Die Bol'sevitischen Gewerkschaften*, pp.2-3. Las cifras sólo se pueden tomar como aproximaciones, dado que varían las definiciones de la categoría "obrero". Así, la cifra

En agudo contraste con lo que sucedía en Alemania, una gran proporción de estos trabajadores, casi el 50% para 1902, estaba empleada en grandes establecimientos que tenían mil o más obreros.[3] También a diferencia de Alemania, las fábricas surgieron en las grandes ciudades. En menos de tres décadas y media, Riga, Kiev, Odessa y Rostov triplicaron o cuadruplicaron su poblacion, mientras que Baku, Tsaritsyn y otras crecieron en proporción de cinco a ocho.[4] En su momento, la concentración de obreros llegaría a ser particularmente importante en la capital, Petrogrado (como se llamaba en 1917), en donde había cerca de 400 000 obreros, 60% de los cuales estaba empleado en las industrias metalúrgicas que para entonces ya se dedicaban casi exclusivamente a producir material de guerra.[5] La población de Petrogrado en 1914 era de 2 119 000.[6] Para 1914, Moscú tenía una población total de 1 700 000 con una población fabril en 1912 de 159 000.[7] Puesto que menos de la mitad de la población total de cada ciudad estaba compuesta por varones adultos y la mayoría de los trabajadores eran del sexo masculino, estas proporciones son considerablemente mayores de lo que parece a primera vista. Si los hombres físicamente activos —los del tipo que podían acudir a demostraciones políticas— eran cerca de un tercio de la población total en cada ciudad, los obreros eran una clara mayoría de estos varones en Petrogrado y más de un cuarto en Moscú.

Sin embargo, no sería muy inteligente concluir que la industrialización por sí sola dio lugar en Rusia, a diferencia de lo que sucedió en Alemania, a una mecha social lista para encenderse a la primera chispa. El legado del pasado había dejado su marca, es decir sus inhibiciones, en la forma de miedo a la autoridad —personificada en aquellos cosacos que galopaban sobre la muchedumbre restallando sus látigos—, de apatía, de pautas de conducta reforzadas socialmente en el sentido de deferencia a los superiores y de fe en la benevolencia del autócrata. Y por encima de todo esto, la *industrialización* había creado por sí misma las inhibiciones que ya hemos visto en otros lugares: el agotamiento debido a largas horas de trabajo en sitios ruidosos, en los cuales por lo general era imposible conversar con otros trabajadores. Por eso también aquí había una muy difundida preferencia por las soluciones individuales y por permanecer cada quien en su trabajo, evitando los riesgos en lugar de sacrificarse por metas colectivas distantes, para no hablar de lo principios de un sindicalismo menesteroso sobre el que hablaremos en seguida. Todos estos obstáculos tendrían que disminuir, o los

para 1900 incluye por primera vez a los mineros (672 000) y a ciertas ramas de la industria sujetas al impuesto de consumo (243 000), mientras que la de 1914 es una estimación menor que se limita al territorio de lo que se convertiría en la URSS.

[3] *Idem*, p. 4.

[4] Teddy J. Uldricks, "The 'Crowd' in the Russian Revolution: Towards Reassesing the Nature of Revolutionary Leadership", p. 401.

[5] Paul H. Avrich, "Russian Factory Committees in 1917", p. 163 y nota 14.

[6] Victoria E. Bonnell, "The Politics of Labor" y "Pre-Revolutionary Russia: Moscow Workers Organizations 1905-1914", p. 34, nota 3.

[7] *Idem*, pp. 2, 4.

obreros tendrían que superarlos, antes de poder comportarse en forma revolucionaria.

El punto fundamental es que todas estas cosas *sí* sucedieron, y lo que es más importante todavía, que tuvieron posibilidad de suceder dado el carácter del régimen zarista. Una de las fuertes probabilidades inherentes a la situación general que empezó alrededor de 1900, era que Rusia se vería involucrada en guerras con países más avanzados sin estar preparada para ellas. Y aunque mucho más débil de lo que sus propios gobernantes se daban cuenta, todavía era un poder en el mundo con intereses para defender o para promover en Europa, Medio Oriente y Asia. Sin embargo, no todos los elementos de la situación apuntaban hacia una revolución inevitable. Había algunas fuerzas de integración capitalista, tanto en el campo como en las ciudades, así como relaciones precapitalistas heredadas del pasado, a pesar de que éstas se erosionaban con rápidez. Los escritos de Lenin proporcionan, por paradójico que parezca, una buena evidencia de su existencia. Su voluminosa producción prerrevolucionaria dio lugar a una polémica sostenida y en muchos casos imponente en contra de las fuerzas de integración y las tendencias sociales "espontáneas" que pudieran inihibir o pervertir a la revolución que con tanto afán buscaba.

Para analizar adecuadamente estas tendencias contradictorias, sería necesario un libro completo. Aquí nos basta con hacer algunos comentarios sobre los intentos de los trabajadores para organizar y promover sus propios intereses. En este sentido, sería difícil imaginar un contraste más fuerte con la Alemania Guillermina, con sus poderosas burocracias sindicales y con el partido social-demócrata. Como bien lo demuestran las memorias de Stephan Born, en Alemania ya había existido, desde 1848 y por lo menos por un corto período, un grado muy considerable de tolerancia de facto hacia los esfuerzos de los trabajadores por organizarse y negociar con sus patrones sobre los salarios.[8] La aristocracia zarista no había alcanzado esta etapa ni siquiera en 1914.

La historia del movimiento obrero ruso en la preguerra es sobre todo el registro de los intentos de los obreros por organizarse para conseguir algunos objetivos económicos y sociales limitados, junto con los continuos movimientos zaristas por controlar o suprimir esos esfuerzos y las maniobras casi siempre poco efectivas de los combativos intelectuales radicales por tomar el control del movimiento obrero para sus propios fines. Podemos empezar con las partes más relevantes de la historia en 1896, cuando estaba llegando a su fin el primer esfuerzo industrializador importante. En ese año, los trabajadores textiles de San Petersburgo sorprendieron a la opinión culta de Rusia y Europa cuando llevaron a cabo una huelga muy disciplinada que se prolongó por más de dos semanas. En ese momento, los sectores más combativos de la intelectualidad radical aún estaban discutiendo cuáles eran los

[8] Véase en este libro el capítulo cinco, sección número cinco y P. H. Noyes *Organization and Revolution : Working-Class Associations in the German Revolutions of 1848-1849*, pp. 70-2, 83-90.

agentes y grupos de técnicas más adecuados —ya fuera el terror o los campesinos, los obreros o alguna combinacion de ellos— para conseguir cambios sociales e institucionales de largo alcance. Entre ellos, un grupo de marxistas había dado con el recurso de encontrar qué es lo que realmente objetaban los trabajadores de las fábricas sobre la vida en ellas, y entonces había empezado a distribuir volantes que hablaban de estas demandas concretas. Parece que fueron estas hojitas las que ayudaron a alborotar a los obreros textiles de San Petersburgo, pero fueron los propios trabajadores los que extendieron la huelga a través de grupos ambulantes que utilizaban desde argumentos hasta gritos y pedradas para persuadir a los obreros de otras fábricas que debían de cerrar.[9] Esta huelga parece haber marcado el punto crítico de la relación directa entre entre los marxistas y las demandas más concretas de los trabajadores, que en todo caso fue una relación muy superficial. Su triunfo llevó a la herejía del "economismo", que es la persecución de limitados intereses de pan y mantequilla que el propio Lenin condenaría.[10] Después, esta relación se erosionaría por las fricciones entre la intelectualidad y los obreros, y aquélla se empantanaría en luchas intestinas. El interés de los mencheviques fue el de fundar organizaciones de obreros al estilo de las de Europa Occidental, pero casi no tuvieron oportunidad de poner en práctica estas ideas por las condiciones del zar. Los bolcheviques en general sospechaban de este tipo de esfuerzos, aunque cuando ellos encontraban lo que les parecía una buena oportunidad para controlar las organizaciones de trabajadores y aprovecharlas para su propio uso, no dudaban en hacer el intento. Estos esfuerzos fueron de poca importancia hasta poco antes de que estallara la guerra en 1914.

Mientras tanto, los trabajadores se replegaron hacia formas más tradicionales de organización, una de las cuales era el "socialismo policiaco" zarista.[11] Aunque éste atrajo lo bastante a los trabajadores como para provocar mucha ansiedad entre los marxistas, el intento de integración tuvo un final abrupto cuando las tropas del zar dispararon sobre la procesión inerme del padre Gapon, que formada por miles de trabajadores y algunos curiosos, muchos de los cuales llevaban íconos y retratos del zar y cantaban canciones religiosas y patrióticas, se dirigía al Palacio de Invierno a presentar una petición al supremo gobernante en el sentido de hacer justicia a las demandas de los trabajadores. Era domingo, 22 de enero de 1905, cuando varios cientos de personas fueron asesinadas o heridas por las tropas del zar. El sangriento domingo marcó el rompimiento final de la fe inocente —aunque gradualmente mermada— en el zar como un padre protector.[12] Después de eso, innume-

[9] Allan K. Wildman, *The Making of a Workers Revolution: Russian Social Democracy 1891-1903*, pp. 48-50, 61-8, 73-4.

[10] *Idem*, pp. 55-6.

[11] *Idem*, pp. 90, 251 (nota 58).

[12] Para las preocupaciones de los marxistas, véase Solomon M. Schwarz, *The Russian Revolution of 1905*, pp. 58-74; para un relato de este acontecimiento, véase Valentin Gitermann, *Geschichte Russlands*, III, pp. 389-391. Véase también Daniel Field, *Rebels in the name of the Tzar*, pp. 20-1 para conocer la actitud de la gente común y corriente hacia el zar.

rables trabajadores destruyeron el retrato de su emperador, que colgaba en las paredes de sus casas, al grito de "¡no tenemos más zar!", y hubo otros hechos para destruir la aureola de autoridad patriarcal entre segmentos más amplios de la población. El domingo sangriento sucedió unas tres semanas después de que Puerto Arturo cayera en la guerra ruso-japonesa. Aunque ésta se había iniciado como un intento deliberado por unificar a Rusia y ocultar los rescoldos de descontento a través de un levantamiento patriótico, la guerra y sus derrotas habían dado lugar a insurrecciones desde Siberia hasta Polonia.

De nuevo, en 1905, los obreros actuaron por su propia cuenta. El 20 de octubre empezó una huelga de ferrocarriles debida a una cuestión de derechos de pensión, y se extendió rápidamente a todo el país, deteniendo el tráfico de trenes y adquiriendo rápidamente un carácter político. Debe notarse que las demandas de esta huelga eran liberales y no socialistas: elecciones libres, una asamblea constituyente y amnistía para los prisioneros políticos. Para el 24 de octubre, la huelga había paralizado a todo el país. Ése fue el momento crítico de la revolución de 1905, una ola de violencia que le sacó por la fuerza a la autocracia reformas constitucionales limitadas.[13] Aunque los social-demócratas rusos podían controlar al tigre revolucionario una vez que éste se había salido de la jaula, no parece que hubieran tenido mucho que ver en el acto de soltar a la bestia. El estallido de las huelgas más importantes en el mes de octubre los encontró completamente sorprendidos y confusos respecto de cómo aconsejar a los trabajadores.[14]

Durante la revolución de 1905, habían surgido uniones laborales. En marzo de 1906, y como parte de las reformas liberales y semiconstitucionales concedidas por la autocracia, éstas recibieron su primera autorización legal en la historia rusa. Durante un breve período, que duró sólo hasta 1907, se dieron algunas condiciones para anticipar un desarrollo al estilo alemán. Los mencheviques y los bolcheviques competían entre sí para organizar sindicatos, siendo los primeros los que predominaban. Entre los dos pudieron organizar en la ciudad de Moscú a una décima parte de la fuerza de trabajo[15] y si bien esa proporción no se compara favorablemente con la de Alemania (en donde para 1914 casi la mitad de la fuerza de trabajo estaba organizada en sindicatos, con uno de cada tres obreros en un sindicato al menos nominalmente marxista), de todos modos significaba que miles de trabajadores rusos ganaron por primera vez la experiencia de organizar sindicatos y de

[13] William Henry. Chamberlin. *The Russian Revolution: 1917-1921*, I, p. 52. Véase también Giterman, *Geschichte*, III, pp. 407-10.

[14] Para detalles sobre este aspecto basados en parte en la experiencia personal del autor, véase Schwarz, *Revolution of 1905*, pp. 138-43.

[15] Además del trabajo de Bonell "The Politics of Labor", que se concentra en Moscú, me he basado en A. El' nitskii *Istoria Rabochego Dvizheniia y Rossi*, cap. 13, que en las pp. 288-9 da una información interesante sobre la amplia participación de los trabajadores en las elecciones de la segunda Duma. Los dos textos están de acuerdo en que la represión zarista desvió las tendencias reformistas hacia una dirección radical.

negociar colectivamente con sus patrones. Entonces aparecieron los problemas comunes a los movimientos obreros occidentales, tales como las uniones de artesanos contra los sindicatos de industria y los gremios cerrados. Mientras los mencheviques querían crear organizaciones que permitieran a los trabajadores educarse y a la larga liberarse a sí mismos en el lapso de un período extenso e indefinido, los bolcheviques estaban más interesados en obtener resultados revolucionarios rápidos. Al contrario de lo que se podría esperar y de lo que después afirmaron los historiadores bolcheviques, sus éxitos organizativos fueron sobre todo en el sector artesanal de la economía moscovita y *no* en las grandes empresas con muchos trabajadores.[16]

Cualesquiera que hayan sido los prospectos para una integración reformista, desaparecieron con el giro represivo que tomó la política zarista entre 1907 y 1912. Se trata de tres años en los que los sindicatos quedaron fuera de acción. Después de ellos, aún pudieron disfrutar de dos años más de una existencia relativamente libre, con lo cual sumaban sólo un total de cuatro años de esas experiencias, antes del estallido de la guerra. Sería algo absurdo esperar que en tales condiciones hubiera podido afianzarse el reformismo. Si se le compara con la primera fase de actividad, el renacimiento de 1912 fue débil, pues si después de 1906 muchos obreros se opusieron al sindicalismo por pura desilusión de los intentos revolucionarios, a partir de 1912 la desilusión se produjo por la razón opuesta: la experiencia mostraba que los *dos*, tanto el régimen zarista como los patrones, eran intransigentes en su oposición a los trabajadores. De modo que se comprende que los bolcheviques llevaran ventaja sobre los mencheviques en el liderazgo sindical durante esta segunda fase.[17] Más que una preparación para hacer las cosas gradualmente, la experiencia zarista, con su actitud incoherente de un día reconocer la legalidad y otro día no, y con la oposición por parte del gobierno y de los patrones, proporcionó una fórmula suficientemente buena para la rebelión. Si el gobierno alemán permitió que se crearan, en gran escala y en contra de su voluntad, organizaciones mediadoras con interés en mantener el *statu quo*, el régimen zarista por su parte había logrado, en condiciones muy diferentes, evitar que éstas fueran algo más que pura apariencia, y esta diferencia fue

[16] Bonnell, *idem*, iv, vi, vii, para información general; sobre fuentes bolcheviques de apoyo xiv, xv, p. 84; para más detalles sobre las actividades de los sindicatos, pp. 85-100.

[17] Bonnell, *idem*, caps. 4-6. Para un intento más general que describe los sentimientos de los obreros de base, véase Leopod H. Haimson, "The Problems of Social Stability in Urban Russia 1905-1917", partes uno y dos. Este autor señala que el proletariado urbano que se estaba desarrollando hacia 1914, pequeño y bastante bien aclimatado, se veía continuamente inundado por las olas migratorias que venían del campo. Muchos campesinos traían consigo un espíritu de rebelión elemental, *buntarstvo*. Yo creo que la costumbre de ir y venir de la ciudad al campo debe de haber servido como válvula de seguridad económica para aquellos que estaban hasta abajo de la escala en los dos lugares, de modo que es muy difícil evaluar sus efectos políticos. Es posible que tanto la rebeldía elemental como la movilidad hicieran que resultara difícil organizar a esos obreros. Seguramente el lector recuerda que en el Ruhr los "polacken" o inmigrantes rurales a las áreas mineras eran al principio muy duros en lo que a cultura se refiere, pero muy dóciles políticamente y ya después, como masa de obreros desorganizados y volubles, sirvieron de poderoso estímulo a la militancia en los sindicatos. En las condiciones rusas de 1900, y después, se podrían esperar cambios de ánimo similares aunque mucho más pronunciados.

muy importante, aunque por sí misma estuvo lejos de ser la causa principal de la revolución.

Es fácil, ver, a partir de un estudio de la secuencia de los acontecimientos, que las demandas de los obreros —más concretamente, las de los obreros fabriles— no fueron la causa principal del colapso del zarismo en 1917. En 1905, el gobierno había podido reprimir sin grandes dificultades la rebelión, porque aún podía confiar en el ejército, pero para el tercer invierno de la Primera Guerra Mundial, este puntal esencial ya había empezado a desintegrarse.[18] Por detrás de este proceso estaba la masacre del ejército campesino por parte de un enemigo superior tecnológicamente, y una vez que las relaciones tradicionales de lealtad y nacionalismo se habían roto, los campesinos ya no deseaban apoyar un régimen dirigido por terratenientes, cuyas tierras ellos ambicionaban. Un segundo factor, estrechamente relacionado, era la tensión que generaba un sistema de transporte inadecuado, es decir, que cuando ya existían las armas, no podían llegar al frente, lo que era importante para la paz social, y a su vez los alimentos y otros productos esenciales no podían llegar a las grandes ciudades. El principal aparato de represión se estaba resquebrajando, al tiempo que crecían las quejas de los consumidores, lo cual constituía una terrible combinación, como sigue siéndolo para cualquier orden establecido.

A principios de 1917, la crisis de los abastecimientos se había generalizado a todo el país. En Petrogrado, en el mes de enero, éstos apenas llegaron a ser la mitad de lo que fijaban las normas [19] y sin embargo, cuando ocurrió el levantamiento que derrocó al viejo régimen, todos se sorprendieron, incluso los propios participantes. Una demostración, el 10 de febrero, había sido un fracaso debido a los confusos llamados de algunos social-demócratas combativos y por el hecho de que el día anterior había sido el principio de la semana de carnaval.[20] Pero en medio de la carencia de pan y del frío aterrador, la situación era muy explosiva. En las largas filas de mujeres, niños y viejos, había muchas quejas sobre por qué no se podía conseguir pan y quién era el culpable de los sufrimientos del pueblo o quién era el que estaba aprovechándose y obteniendo algo de la guerra *(komy nuzhna voina)*. La policía de Petrogrado escribió que las largas colas para conseguir pan tenían todos los efectos de los mítines revolucionarios con miles de volantes. Las rutinas de la vida diaria, que en tiempos normales habían mantenido unida a la gente, se rompían por las quejas de los consumidores, y éstos veían a las autoridades como culpables de romper el contrato social. La calle se convirtió en un club revolucionario. Las mujeres eran las más afectadas, puesto que los

[18] Sobre las debilidades en el ejército, véase E. N. Burdzhalov, *Vtoraiia Russkaiia Revolutsiia*, II, pp. 90-1. La disciplina comenzó a debilitarse porque se redujo la ración de pan y se introdujeron días de ayuno.

[19] *Idem*, I, pp. 81-2.

[20] *Idem*, I, pp. 107-8. Otra demostración, el mismo día 14, fue más grande, pero no tuvo más éxito.

hombres estaban en el frente y ellas se habían quedado solas para cumplir con el trabajo, cuidar a los hijos y enfrentar la falta de alimentos.[21]

La revolución estalló el día internacional de la mujer, 23 de febrero (8 de marzo) de 1917. El levantamiento no tuvo lugar en las grandes plantas metalúrgicas de Putilov sino en la zona textil de Vyborg, que empleaba a muchas mujeres. Un día antes, un cierre en las fábricas de Putilov había puesto en la calle a unos 20 000 obreros, lo cual difícilmente ayudó a calmar los ánimos.[22] En ese momento todavía muchos, o la mayoría de los polícías montados, seguían con deseos de aplastar a la muchedumbre con sus sables y látigos, mientras que otros no se atrevían a hacerlo cuando se enfrentaban a una masa dirigida por mujeres, lo cual a éstas les infundía esperanza y coraje. Aún así, las fuerzas del orden fueron capaces de aplastar los levantamientos del 10 y el 14 de febrero.[23] De nuevo, el 26 de ese mes las fuerzas del zar abrieron fuego sobre los trabajadores, cuando éstos trataban de llegar a la parte central de la ciudad. Muchos pensaron que el levantamiento había llegado a su fin, puesto que una demostración sin armas no podía enfrentarse a un gobierno que era capaz de tomar medidas tan extremas. Ese día los soldados se comportaron de manera muy disciplinada, se negaron a fraternizar con la muchedumbre y dispararon sobre ella de modo que las autoridades quedaron satisfechas.[24]

El ánimo en la guarnición de Petrogrado resultaría un elemento decisivo para todo el levantamiento. Esta contaba con fuerzas confiables, pero estaba formada sobre todo por tropas de reserva entre las que había una alta proporción de trabajadores oriundos de ese lugar recién convocados a la defensa de los colores del zar, así como de escuadrones apenas evacuados, formados por hombres que habían estado en el frente, heridos, y que volvían a las filas. Eran personas que conocían la vida en las trincheras y que no tenían ningún deseo de volver a ellas.[25]

La noticia de que el ejército había disparado sobre la gente horrorizó a los soldados de la guarnición, de modo que el mismo día en que las tropas abrieron fuego, un pequeño grupo se pasó al lado de la revolución. Los que fueron enviados en su contra, se negaron, en el último momento a disparar. Al día siguiente, el 27 de febrero, siguiendo una estrategia impulsada por los bolcheviques que desesparadamente trataban de asumir el liderazgo, los obreros se plantaron en las entradas de las barracas para tratar de hablar con los guardias, a fin de derribar las barreras entre las trompas y el populacho.[26] Parecía poco probable que estos esfuerzos tuvieran mucho efecto, pero lo más importante era lo que estaba sucediendo entre los propios soldados, es

[21] *Idem*, I, pp. 116-9.

[22] *Idem*, I, pp. 116, 119-20. Véase Citerman *Geschichte*, III, p. 477, quien atribuye más importancia a los trabajadores, de Putilov.

[23] *Idem*, I, pp. 107, 129-30.

[24] *Idem*, I, pp. 172-3.

[25] *Idem*, I, p. 104.

[26] *Idem*, I, pp. 177-8, 184.

decir, sus argumentaciones y discusiones, sobre las cuales lamentablemente carecemos de información. La situación por sí misma era muy obvia: o los soldados disparaban sobre su propia gente, o rompian con el juramento de disciplina, algo que en su comportamiento posterior se mostraron muy temerosos de hacer.

A las seis de la mañana del día 27 de febrero, 400 soldados de una unidad de guardia se alinearon en el patio y saludaron a su oficial de manera normal, luego de lo cual y siguiendo un acuerdo previo, apagaron la voz de su superior con gritos cuando éste trató de leer la orden del zar de reprimir el levantamiento. De ahí se fueron a otras barrancas a llamar a los demás soldados, quienes al principio dudaron, pero después salieron. Pronto, las calles se llenaron de soldados que corrían en grupos desordenados e inquietos. En cuanto un oficial se unió al lado de la revolución y tomó el mando, todos lo siguieron con entusiasmo. Las deserciones fueron contagiosas. La noche del 26, habían desertado unos 600 soldados y para la mañana siguiente ya eran 10 200. En la tarde del 27, los desertores sumaban 25 700 y ya para la noche de ese mismo día eran 66 700. La acción principal que tomaron los obreros y soldados cuando se mezclaron fue la de liberar a unos 7 600 prisioneros,[27] lo cual le proporcionó un nuevo liderazgo a las fuerzas revolucionarias. Por último, los soldados se dirigieron de manera espontánea al palacio Tauride, en donde permanecía la Duma, símbolo de la continuidad legal y de la autoridad, a la cual, para protegerse por haber roto su juramento de lealtad, le solicitaron su bendición. Los bolcheviques trataron de oponerse a este impulso hacia la legalidad que ya para entonces incluía a todo tipo de gente, y quisieron establecer un centro revolucionario en la estación de Finlandia, pero su esfuerzo resultó imposible. De todos modos, al colocar guardias militares en ciertos lugares clave de la ciudad, la revolución quedaba asegurada.

He tratado con cierto detalle estos aspectos del levantamiento de febrero, porque ellos arrojan luz sobre la generalidad de los procesos revolucionarios. El deterioro de la obediencia por parte de los soldados fue el aspecto definitivo de la revuelta. Ningún movimiento revolucionario tiene oportunidad de ser antes de que la decadencia invada al aparato represivo.[28] En el caso de la guarnición de Petrogrado, los informes nos permiten discernir una vez más el papel decisivo que desempeña el apoyo social para la desobediencia, así como algunos de los obstáculos clásicos para romper con la autoridad legítima. Del lado de los revolucionarios, las demandas de los obreros industriales desempeñaron un papel. Pero los obreros eran muy duros como para llevarlos al grado adecuado de calor revolucionario y convertirlos en una muchedumbre revolucionaria —que, como lo demuestra uno de los episodios sucedidos, por sí misma era bastante inerme en contra de una fuerza armada decidida a todo— a menos que se cerraran las fábricas, pues las condiciones de trabajo, por malas que fueran —y sin duda lo eran— seguían

[27] *Idem*, I, pp. 185-7, 190, sobre la liberación de prisioneros; 193 sobre las deserciones.
[28] Sobre esta cuestión, véase Katharine Chorley *Armies and the Art of Revolution*.

siendo insuficientes para provocar este efecto, mientras los trabajadores siguieran estando inmersos en el contexto social de una empresa que funciona y marcha. Pero dentro de las fábricas que cerraban, y en tanto que los trabajadores seguían estando juntos, los agitadores sí podían obtener resultados. Se puede suponer con bastante certeza que los trabajadores más pacíficos y "responsables" —que seguramente eran bastantes, aunque menos en Rusia que en Alemania— deben haberse sentido agobiados por aquellos de sus compañeros más entusiastas, y en buena medida hasta empujados y amedrentados para que se unieran a las masas revolucionarias.[29] Más que el descontento específico de los trabajadores, fue el colapso de las diarias rutinas, debido a la escasez de productos de consumo —que a su vez se debió a la desorganización del sistema de transportes— lo que se convirtió en el elemento que provocó una atmósfera específicamente revolucionaria. En relación con esto y sin que sea la primera vez que sucede en un levantamiento revolucionario, destaca el papel que desempeñaron las mujeres, tanto en la dirección de las primeras etapas de la revuelta, como en el hecho de desarmar a las fuerzas de la represión.[30]

A partir de la revolución de febrero, y en adelante, el resto de la historia es puro epílogo, por lo menos si se la compara con la de Alemania. A diferencia de la de este país, la sociedad rusa, por razones que ya analizamos, había fracasado en su intento por generar un movimiento laboral moderado al que se pudiera transferir el poder. Los campesinos eran una fuente creciente de agitación revolucionaria, en lugar de ser un freno al proceso revolucionario, mientras que la burguesía capitalista rusa era mucho más débil que su contraparte alemana. Así, el proceso de radicalización podía seguir destruyendo el conjunto de relaciones sociales existentes hasta que se presentara un partido decidido que tuviera la capacidad y el deseo de tomar el poder y de intentar la enorme tarea de la reconstrucción revolucionaria. Pronto más fábricas se verían obligadas a cerrar por la carencia de productos, y el ejército se desintegraría hasta convertirse en una masa inerme.

Hay dos aspectos de este proceso que merecen nuestra atención: ¿qué tipo de demandas pusieron por delante los obreros en este proceso? El final de los controles zaristas nos proporciona una oportunidad única para obtener una visión de la mentalidad de los trabajadores comunes y corrientes y de sus percepciones respecto a lo que estaba sucediendo a su alrededor. La otra pregunta de interés general es ésta: ¿cuál fue el papel que tuvieron la planeación y organización revolucionarias en la toma del poder por los bolcheviques? La revolución de febrero (marzo) fue (y hoy lo reconocen así inclusive las autoridades soviéticas) espontánea y no planeada. ¿Qué tan diferente fue la que le siguió? ¿Podría ser que todo lo que se ha escrito tanto en Oriente como en Occidente y que utiliza este acontecimiento como el arquetipo de

[29] Burdzhalov, en *Vtoraiia*, I, pp. 122-3, hace un vívido relato de las discusiones dentro de las fábricas.

[30] Sobre el papel de las mujeres en la revolución francesa, véase Olwen H. Hufton, "Women in Revolution 1789-1796", pp. 90-108.

la importancia que tienen el partido revolucionario y la organización, haya sido sólo un ejercicio de mitología social?

La mejor información sobre lo que querían los propios trabajadores viene de las declaraciones de los comités que brotaron en las fábricas inmediatamente después de la revolución de febrero. Aparentemente, los obreros organizaron estos comités por sí mismos, aunque les ayudaron agitadores mencheviques y social-revolucionarios. Al principio hubo pocos, si es que algunos, bolcheviques. Los comités de las fábricas empezaron en Petrogrado, inmediatamente después de la revolución de febrero, y se difundieron rápidamente a todos los centros industriales de la Rusia europea.[31] Aun cuando sin duda estaban dominados por los más articulados y avanzados políticamente —circunstancia que pronto llevó a que fueran dominados por los bolcheviques—, los comités tenían contactos muy cercanos con los trabajadores y, sobre todo al principio, reflejaban sus deseos y sentimientos espontáneos. El historiador francés Marc Ferro nos proporciona un resumen muy útil de un gran número de sus exigencias y comunicados, que llegaban desde todo el país.

Casi todas las demandas que salieron a la luz con el fin del zarismo, tenían que ver con los salarios y las condiciones de trabajo. La más popular era la jornada de ocho horas. Había una oposición muy difundida al trabajo a destajo, pues querían que se les pagara por día y que los salarios fueran cubiertos una vez por semana, con pago de dos semanas en caso de despido. Lo mismo que los obreros alemanes, no eran para nada igualitarios y tenían sus ideas muy definidas sobre lo que eran tarifas adecuadas para los diferentes niveles de capacidad. Querían —igual que los alemanes— tener alguna seguridad en sus salarios en la forma de un mínimo. Los pedidos de aumento empezaron después de marzo y se debieron sobre todo a la inflación. En algunos aspectos, los rusos llevaban ventaja sobre los obreros alemanes; por ejemplo, cuando pedían la abolición del trabajo infantil y el fin de la discriminación por sexo.

En cuanto a las condiciones en el lugar de trabajo, había el equivalente de la demanda alemana que pedía "trato humano decente". Ellos pedían que los administradores fueran amables con los obreros. Desde varios lugares llegaban objeciones por las deducciones arbitrarias a los salarios en forma de multas. Otras demandas eran muy simples y concretas: que la administración debería proporcionar agua hirviendo para las comidas, instalar comedores y baños y proporcionar las herramientas, en lugar de obligar a los obreros a traer las suyas.[32]

En las cuestiones políticas, al principio los obreros estaban inseguros y divididos respecto de la continuación de la guerra. El apoyo al nuevo gobierno provisional se otorgaba, en el mejor de los casos, de mala gana. Los obreros percibían la caída de Nicolás II como lo que determinaría la forma general

[31] Arvich, "Russian Factory Committees", pp. 161-5.

[32] Todo esto está tomado de Marc Ferro, *The Russian Revolution of February 1917*, pp. 113-5.

del gobierno, que debería ser algun tipo de república. Aunque muchos trabajadores querían apresurar la convocatoria a una asamblea constituyente, no por eso pensaban que las labores de este cuerpo fueran determinantes para las formas generales del nuevo orden político; más bien, consideraban que se debía fijar las reglas y establecer las instituciones con las cuales éste debería trabajar.[33] En general, todo el sentido de estas demandas, como bien apunta Marc Ferro, era el de mejorar las condiciones de trabajo y no el de cambiarlas. Una vez más vemos que la idea que tenían los obreros sobre lo que era una buena sociedad —la cual no era exclusiva de los trabajadores— era la del orden prevaleciente, pero con la eliminación o al menos la suavización de sus características más desagradables. En la euforia típica de la primera fase de la revolución, cuando de repente todo parecía posible y al alcance de la mano y cuando se había evaporado el aura de inevitabilidad, los obreros rusos no tuvieron ánimo para esperar, de modo que aunque sus demandas eran muy concretas y limitadas, sentían que debían ser satisfechas completamente y sin tardanza,[34] y en las condiciones que existían de caos y destrucción, era más que probable que aparecieran la desilusión y una mayor radicalización.

Los comités de las fábricas también pusieron por delante una demanda que, en ese momento de la historia, y sobre todo en el contexto de un levantamiento revolucionario, trascendía el marco del orden establecido. En Petrogrado exigieron que la administración los reconociera y les diera el derecho de controlar la contratación y el despido de los trabajadores, así como otros aspectos de la disciplina interna en la fábrica. El principal motivo que tenían, sobre todo al principio, parece haber sido la seguridad en el empleo: deseaban que las fábricas siguieran operando y así proteger su propio trabajo.[35] En las fábricas norteamericanas de hoy, el control de la disciplina y del personal es compartido por la administración y los sindicatos. Se trata de una cuestión muy delicada, que hoy se puede resolver dentro del marco más general de una economía capitalista. Pero en la Rusia revolucionaria de 1917, la situación era muy diferente. La administración veía esas demandas como una intromisión intolerable en sus prerrogativas, y por parte de los obreros había sospechas muy justificadas de que aquélla abrigaba intenciones contrarrevolucionarias.

Los temores de los obreros respecto al cierre de las fábricas no eran pura imaginación. Entre el estallido del levantamiento de febrero y el de julio, cerraron 568 empresas que dejaron a 100 000 obreros sin trabajo. Para el momento de la revolución bolchevique, había ya 800 cierres.[36]

Los comités de trabajadores y los grupos de la administración se culpaban mutuamente de esta situación, que en realidad se debía en lo fundamental a la continuación de la guerra. Pero mientras tanto, cada lado maniobraba

[33] *Idem*, pp. 117-9.
[34] *Idem*, p. 121.
[35] *Idem*, pp. 116-7. Arvich, "Russian", pp.162-4.
[36] Arvich, *idem*, p. 170.

para obtener ventajas de un poder que simplemente estaba dejando de existir. En varios casos, después de una breve disputa, los comités de las fábricas expulsaban a los patrones y directores técnitos y los echaban del lugar, luego de lo cual trataban de operar la planta por sí mismo mandando delegados a otros comités hermanos en otras fábricas a buscar combustible, materias primas y ayuda financiera. Aunque algunos comités se jactaron de mantener —o en algunos casos, incluso de elevar— el nivel existente de producción, el efecto general fue que aumentó la anarquía de la producción, que ya se había iniciado por la guerra y por el colapso del transporte.[37] Y es que a pesar de sus conocimientos técnicos y administrativos, los comités de fábrica no podían en lo individual organizar la producción, pues no había forma de coordinar las actividades de cada fábrica en ausencia de los incentivos efectivos del mercado o de los controles burocráticos contralizados. Esta forma de control obrero estaba destinada a provocar el caos, pero este caos y el aplastamiento de lo que quedaba del sistema capitalista, eran exactamente lo que Lenin quiso promover desde su regreso a Rusia en abril de 1917. Conforme la situación se deterioraba, el partido bolchevique quedaba como el triunfador, no sólo porque aumentaba su membresía, sino también porque ganaba control de los comités en las fábricas. Lenin llegó a considerar a éstos como "los órganos de la insurrección que debería producirse, cuando más tarde, en septiembre o en octubre".[38]

Así pues, aunque el ánimo de los obreros en marzo estaba muy lejos de ser el que apoyaría una segunda revolución ya socialista, su comportamiento orientado defensivamente contribuyó a la atmósfera de insurrección. Todo esto sucedió también en Alemania, pero dentro de un balance muy diferente de fuerzas políticas. Mientras tanto, en Rusia los bolcheviques eran el único partido abiertamente comprometido con una revolución socialista, y bastante antes de octubre ya habían extendido su influencia entre los trabajadores. Es más, se enorgullecían de su capacidad para dirigir y orquestar una revolución, siempre que se pudieran dar unas condiciones propicias. La situación fue favorable, y hoy sabemos que triunfaron, pero ¿qué tan importante fue para ese triunfo su tan alardeada capacidad de organización?

Si observamos con cuidado la secuencia de los acontecimientos, lo único que podemos concluir es que esa capacidad desempeñó un papel mínimo, si es que acaso cumplió alguno. Incluso el papel personal de Lenin se limitó a forzar la decisión de iniciar la insurrección entre un liderazgo indeciso que se separaba de la estrategia en cuestiones fundamentales. Durante una parte importante de la insurrección, Lenin permaneció completamente fuera del alcance de aquellos que la dirigían, lo que en pocas palabras quiere decir que el arma organizativa fue un mito, al menos en esa coyuntura.

Hasta donde se puede medir, el movimiento de opinión en las grandes ciudades favorecía a los bolcheviques. Para el verano de 1917, éstos habían dejado atrás a los mencheviques y se habían convertido en el primer partido.[39]

[37] *Idem*, pp. 71-2.
[38] *Idem*, pp. 173-4.
[39] Robert V. Daniels, *Red October: The Bolshevik Revolution of 1917*, p. 34.

En septiembre ya habían ganado la mayoría en el Sóviet de Petrogrado, del que poco después Trotsky se convirtio en presidente.[40] En Moscú, las elecciones para los consejos de defensa mostraron un aumento impresionante para los bolcheviques, del 11 al 51% entre julio y octubre, mientras que los mencheviques sufrieron una caída del 12 al 4%.[41]

Para fines del mes de julio, es decir, aún antes de que se volviera visible el ascenso repentino en la fuerza de los bolcheviques, Lenin ya había decidido qué el Partido Bolchevique debía de tomar el poder por la fuerza. En ese momento, él descartaba a los sóviets como órganos para el logro del poder proletario, principalmente porque el de Petrogrado había apoyado recientemente las represalias en contra de los bolcheviques a causa de un levantamiento prematuro y aprarentemente espontáneo a principios de ese mismo mes.[42] Desde ese momento y hasta el levantamiento triunfante de octubre (noviembre 7), Lenin habría de mantener una actitud de impaciencia hostil hacia los sóviets, argumentando repetidas veces que era tarea de los bolcheviques tomar el poder como vanguardia del proletariado, y también insistiendo en que, cuando se les presentara el hecho consumado de una toma proletaria del poder, los sóviets apoyarían y respaldarían a la vanguardia. Afortunadamente para la causa bolchevique, Trostky, que había desempeñado un papel muy activo en la toma de decisiones muy concretas en el curso del levantamiento, siguió una política diferente: la de tratar de hacer que la insurrección apareciera como una defensa de los soviéticos en contra de los planes reaccionarios,[43] y aunque las diferencias entre dos líderes tan destacados como lo eran Lenin y Trotsky difícilmente confirman la idea de una organización revolucionaria monolítica y disciplinada, de todos modos sí parece que ayudaron a los bolcheviques a lograr sus objetivos. Esto no sucedió de la misma manera en otras disputas dentro del liderazgo más alto.

Lenin comenzó su campaña por una insurrección activa desde Helsingfors, lugar en donde se escondía, enviando cartas al Comité Central que llegaron a Petrogrado el 15 de septiembre, (28) provocando un efecto de sorpresa y consternación.[44] Aunque con el tiempo este líder sí conseguiría convencer a suficientes miembros de dicha instancia para que votaran resoluciones en favor de la insurrección, éstas se quedarían en el papel. La

[40] Leonard Schapiro, *The Origin of The Communist Autocracy*, p. 54.

[41] Chamberlin, *Russian Revolution*, I, p. 279.

[42] Schapiro, *The Origin*, pp. 48-9, para el levantamiento anterior, 41-2.

[43] *Idem*, pp. 52-3; Daniels *Red October*, pp. 101-3. Ni Lenin ni Trotsky siguieron esta política con mucha rigidez. Más tarde, el primero de ellos reviviría el lema de "todo el poder para los sóviets" como consigna para la insurrección inmediata. Véase Schapiro, *idem*, pp. 58-9. La posición de Trotsky es más difícil de determinar. Lo que resulta bastante claro es que, en oposición a Lenin, él quería retrasar la insurrección hasta que el Congreso de los Sóviets pudiera conseguir el poder por medio de votos. Después, en el curso de su lucha contra Stalin, trató de presentarse a sí mismo como leninista, afirmando que sus palabras en el sentido de esperar habían sido sólo una cobertura para engañar a los enemigos del partido. Véase Daniels, *Red October*, p. 104.

[44] Daniels, *Idem*, pp. 53-4.

reunión que según muchos de los relatos de esos acontecimientos decidió finalmente el levantamiento, tuvo lugar el 10 (23) de octubre, después de que Lenin había regresado a Petrogrado y había encontrado ahí un lugar dónde esconderse. Resulta claro, a partir del árido informe de esta reunión, que Lenin aún mantenía una lucha difícil para persuadir a sus colegas de adoptar el principio de insurrección en el futuro inmediato. Esta batalla la ganó por una votación de diez a dos, pero para su enojo, pronto se conocío la oposición de Kamenev y Zinoviev, la que se convirtió en cuestión de polémicas públicas en la prensa.

De todas maneras, y segun Trotsky, "En la sesión del 10 de octubre, no se elaboró ni siquiera tentativamente ningún plan práctico de insurrección".[45] Esta era sin duda una conspiración muy extraña en la que los conspiradores no se podían poner de acuerdo entre ellos, no podían guardar sus propios secretos y no podían hacer planes concretos para lo que pretendían llevar a cabo.

Después de eso, hubo más reuniones indecisas del liderazgo bolchevique el 15 (28) y 16 (29) de octubre, cuyos detalles pasaré por alto, excepto para mencionar que los informes sobre la moral revolucionaria y el estado de preparación militar en varias partes de Petrogrado estaban lejos de ser muy tranquilizadores.[46] Todavía el 17 (30) de octubre, los bolcheviques no habían hecho verdaderos preparativos para un levantamiento, y en este sentido, aparentemente Lenin había fracasado en el logro de su objetivo. Trotsky lo visitó el día 18 (31) y después de eso, según lo cuenta un informe, nadie lo fue a ver. Durante una semana, él permaneció es su departamento bastante lejos del centro de la ciudad y fuera de contacto con los acontecimientos,[47] y cuando salió a asumir el mando, la insurrección ya estaba en su apogeo y los bolcheviques ya tenían bajo su control la mayor parte de la ciudad.[48] Sólo entonces, en las primeras horas del 25 de octubre (7 de noviembre), pasó la insurrección a convertirse en ofensiva.[49]

Con tanta desconfianza y confusión, para no decir con tanta chapucería, parecería razonable preguntarse cómo pudo empezar la insurrección, y todavía más, cómo pudo triunfar. El informe detallado de los acontecimientos, que ha sido hecho de la manera más completa por Daniels, arroja, según

[45] *Idem*, en las pp. 74-9, véase la mayor parte del informe de la reunión y en las pp. 97-9, sobre la divulgación; un relato más breve que incluye la divulgación en la prensa está en Schapiro, *The Origin*, pp. 59-61.

[46] Daniels,*op. cit.*, pp. 92-6. Más detalles sobre los informes en Schapiro, *Idem*, p. 55.

[47] Daniels, *op. cit.*, pp. 98, 106. Quizá este autor estira demasiado las evidencias al afirmar que Lenin había caído en una profunda depresión.

[48] Es muy revelador que Lenin haya tenido que pedir permiso dos veces para abandonar su departamento y unirse a los líderes en el Instituto Smolny. Después de dos negativas, se fue por su propia cuenta con un guardaespaldas, haciendo una parte del camino en camión y otra a pie. Además del peligro que significaba para la persona de Lenin ir para allá, los líderes en Smolny quizá temían que pudiera alterar los planes de esperar hasta el Congreso de los Soviets. Véase Daniels, *op. cit.*, pp. 157-8, 161-2.

[49] Daniels, *op. cit.*,pp. 156, 161.

creo, estas respuestas: la insurrección empezó como un movimiento defensivo en contra de un posible ataque anticipado por parte de Kerensky y del gobierno provisional, quienes pudieron leer en los periódicos información sobre la posibilidad de un golpe bolchevique, aunque no lo superan por otras fuentes. La insurrección triunfó sobre todo porque ya no había ninguna fuerza efectiva del lado del gobierno provisional. Y sin duda, si hubo por lo menos un grado limitado de preparación. Trotsky había conseguido armas para los guardias rojos —que eran obreros con un mínimo de entrenamiento militar— y había logrado asegurar la neutralidad de la guarnición de Petrogrado mediante una mezcla de legalidad soviética y aprovechamiento del miedo que tenían las tropas de que se les enviara al frente.[50] Eso fue relativamente fácil, al menos en comparación con el levantamiento de febrero. Los marineros, que también estarían destinados a desempeñar un papel, difícilmente necesitaban que los persuadieran. Lo que era mucho más importante, más que la fuerza o la organización del lado bolchevique, era la debilidad del gobierno provisional, la cual se debía a su incapacidad o a su falta de voluntad para terminar la guerra, para resolver la cuestión de la tierra y para conseguir que los abastecimientos llegaran a las ciudades. Y se debía también a acontecimientos más inmediatos, tales como el reciente fracaso de un intento de golpe militar de derecha bajo el mando del general Kornilov, que alienó el poco apoyo moderado con que aún contaba el gobierno.

En relación con esto, es importante reconocer que la insurrección no tomó la forma de muchedumbres de obreros saliendo a torrentes, ya fuera con armas o sin ellas, listos para atacar los bastiones del gobierno, sino al contrario, lo que se trataba era sólo de cambiar a los guardias que estaban frente a una serie de edificios públicos, por lo general después de algunas discusiones o de un poco de resistencia.[51] Excepto por el ataque al Palacio de Invierno, parece que sólo hubo un episodio de lucha activa,[52] y en el momento de dicho ataque a ese lugar, que era el último refugio del gobierno provisional, el resto de la ciudad ya estaba en manos de los bolcheviques y la cuestión ya estaba decidida. Incluso el ataque sólo produjo una cuantas bajas y su resultado fue en realidad la consecuencia de que sus defensores abandonaban una causa que evidentemente ya no tenía experanzas.

Lo que hizo Lenin —y es muy importante— fue ante todo obligar a que se aceptara la idea general de la insurrección. Después, cuando llegó al cuartel general en Smolny el día de la insurrección, obligó al movimiento a tomar la ofensiva y vigiló que fuera llevada hasta su conclusión, es decir, que cambiaran los guardias en los bastiones gubernamentales que aún quedaban. Todo

[50] *Idem*, pp. 111, 128-31.

[51] *Idem*, pp. 162-4, 177. En sus justamente celebradas notas e impresiones de primera mano, llamadas *Zapiski o Revolutsii*, vii, 224, N. N., Sukhanov hace hincapié en que poco sucedía en las calles en términos de acción o de levantamiento de masas. Como él lo veía, casi no había nada que hacer para los obreros y soldados.

[52] Chamberlin, *Russian*, I, pp. 315-6.

esto conformaba una estrategia y unas tácticas revolucionarias de un cierto tipo, si bien difícilmente el que retratan los historiadores y estudiosos de la revolución, ya sientan simpatía u hostilidad hacia la causa comunista. Con los años, Lenin pudo crear las bases para la organización revolucionaria, pero sería tarea de generaciones posteriores de revolucionarios poner a prueba estas ideas y cambiarlas tanto que quién sabe si Lenin hubiera podido reconocerlas. Si la significación de un partido revolucionario resulta tan dudosa en la Rusia de la época, parece aún menos probable que la ausencia de un partido revolucionario bien organizado en la Alemania de 1918 fuera una causa importante del fracaso de la revolución.

Para concluir diremos que los trabajadores industriales sí proporcionaron en Rusia una base urbana para la victoria de las fuerzas revolucionarias. Esto es cierto, aunque los obreros en muchos lugares no eran sino una minoría de la población urbana. (En Moscú, en donde efectivamente eran una minoría, una cuarta parte de la población de la ciudad, hubo una batalla breve y sangrienta mientras se desarrollaba el levantamiento bolchevique.) Si los enemigos urbanos de la revolución hubieran sido capaces de unirse y organizarse, quizá hubieran derrotado o aplastado a la revolución en las ciudades. Pero en algún momento hubieran tenido que negociar con la revolución de los campesinos. Y lo mismo es verdad a la inversa. La experiencia revolucionaria subsiguiente en China, Vietnam y Cuba muestra que una revolución cuya principal base social está en el campo no puede imponer una política revolucionaria sobre toda la sociedad, sino cuando y hasta que pueda ganar el control de las ciudades, lo que tiene que ver con el ejército más que con un partido revolucionario. Es el estado del ejército, de los ejercitos rivales, y no el de la clase obrera, lo que ha determinado la suerte de las revoluciones en el Siglo XX.

CAPÍTULO ONCE

LA SUPRESIÓN DE LAS ALTERNATIVAS HISTÓRICAS: ALEMANIA 1918-1920

1. *Algunas consideraciones generales*

En varios momentos de este libro ha surgido la hipótesis que los acontecimientos históricos particulares no necesariamente debían de suceder de la manera como sucedieron, pues la historia puede contener una serie de posibilidades suprimidas y de alternativas ocultas o canceladas por el conocimiento ilusorio que da la percepción tardía. A lo largo del libro he hecho observaciones ocasionales, si bien no muy frecuentes, sobre los límites del determinismo en la sociología y en otras formas de estudio de los asuntos humanos. El análisis llega ahora a un punto en el que es tiempo de confrontar directamente esas cuestiones. Debido a que la noción de las posibilidades históricas suprimidas reúne de manera bastante satisfactoria, a todas las cuestiones juntas, nos quedaremos con ella aun a pesar de su tono de responsabilidad moral respecto a las oportunidades perdidas para crear un orden social menos cruel y represivo.

Si queremos que esta noción sea algo más que un recurso teórico para estimular emociones morales adecuadas (por ejemplo, para condenar a todas las instituciones sociales o para glorificar románticamente cualquier lucha violenta contra la autoridad) entonces deberá ser posible mostrar en alguna situación histórica concreta exactamente lo que era posible y por qué. Esto significa poner en orden las evidencias y crear y poner a prueba un argumento en la misma forma en que lo hacemos para explicar cualquier forma de comportamiento humano.

Así pues, la empresa requiere de un esfuerzo para analizar una parte de la historia, a fin de explicar por qué algo *no* sucedió y valorar la significación de la causa o del conjunto de causas. Esta es la zona en la que vamos a penetrar, zona en la que, como dice el dicho, entran muchos caminos, pero sólo salen unos pocos. Para aquellos que son escépticos respecto a toda esta empresa, hay poco que ofrecer en forma de una justificación general. No tiene mucho sentido debatir la posición lógica y ontológica de un camello con quien tiene serias dudas sobre la existencia misma del animal. En ese caso, es mejor mostrarle al escéptico un camello de verdad. Sin embargo, en este caso no es posible proporcionar pruebas irrefutables de la existencia de una posibilidad histórica suprimida. Y también es imposible probar que

cualquier situación dada tendría necesariamente que resultar exactamente de la manera en que resultó. Hay mucho espacio, que se debe analizar con seriedad, entre estas dos opciones pues su resultado tiene importantes consecuencias para la vida real.

La desconfianza del historiador para comprometerse en un debate sobre por qué algo no sucedió, es bastante comprensible. Los de esta profesión sienten y con razón que ya tienen bastante trabajo con explicar lo que sí sucedió. Pero cualquier explicación de lo que efectivamente aconteció, connota una explicación de por qué otra cosa dejó de suceder. Si los revolucionarios no pudieron ganar el poder, debe de haber razones por las cuales fracasaron, así como evidencias en apoyo a estas razones, de modo que, hasta donde yo puedo ver, los historiadores deben de tener alguna concepción de las posibilidades históricas suprimidas, ya sea que elijan estudiarlas o no. Por sí mismas, estas consideraciones me parecen suficientes para convertir a la empresa en intelectualmente respetable, aunque no tengo la intención de poner ese peso sobre otros hombros.

Otra reflexión útil surge por el hecho de tomar en consideración los hábitos y prácticas de trabajo de los historiadores. Si es que existen las alternativas históricas suprimidas, evidentemente que tienen grados diferentes de existencia. Esto suena filosóficamente profundo y enigmático, pero no lo es. Si hablamos del caso que vamos a examinar, ni siquiera el opositor más vigoroso de la inevitabilidad histórica afirmaría que la sociedad alemana en 1918 podía haber vuelto a las formas de siervos y caballeros que prevalecieron en la edad media. Pero no es fácil de excluir la posibilidad de un posible avance hacia alguna variante del socialismo o del capitalismo liberal más estable y humana que la secuencia que fue de la República de Weimar al régimen nazi. Existieron factores que obviamente limitaron el rango de alternativas posibles, de modo que las alternativas suprimidas deben de ser concretas y específicas a las situaciones concretas y específicas. Buena parte de la tarea de cualquier investigación empírica sería la de determinar el grado en el cual efectivamente una situación dada *estaba* abierta, o más precisamente, cuáles factores limitaban el rango de opciones abiertas a los hombres y mujeres cuya conducta influyó fuertemente en el curso de los acontecimientos.

La palabra "determinar" se ha metido a fuerza en la discusión. ¿Qué es lo que de verdad puede significar? La respuesta no es cuestión de gramática o de uso común del lenguaje, sino que requiere de una explicación aunque sea breve, que asuma una posición respecto a la famosa y espinosa cuestión del determinismo y de la responsabilidad moral o política. Para decirlo de manera más simple, ¿cómo puede un actor histórico, grande o pequeño, un individuo solo o todo un grupo —por ejemplo los obreros alemanes— ser responsable políticamente de sus acciones si es cierto que éstas tienen causas definidas? El concepto de causación debe ser completo y consistente. Las nociones de determinismo y responsabilidad no se pueden meter y sacar de una discusión sólo para apoyar una conclusión predeterminada. Al analizar el determinismo de Marx, Max Weber hacía notar que no es un taxi al que

uno se puede subir y del que se puede bajar en donde lo desee. Parecería entonces que la responsabilidad moral es incompatible con el determinismo.[1]

Tomemos primero el concepto de determinismo. Hasta donde puedo ver, la tesis de que todo el universo tiene causas o un conjunto de causas, es improbable, porque probarla presupone la omnisciencia. Los científicos y los estudiosos no necesitan esta hipótesis como presuposición para sus investigaciones. Todo lo que requieren es de una corazonada, en el sentido de que puede haber alguna relación entre los materiales que van a examinar, y entonces se lanzan a descubrir si de verdad existe y cuál puede ser. Pero es muy importante tener presente que podría no existir ninguna relación, o sólo una muy débil. (En este punto podemos recordar cuestiones tan cargadas como el papel de la raza y la inteligencia heredada.) Después de todo, es posible encontrar "evidencias" para casi toda explicación. La teoría por sí misma no da salida para este atolladero, pero es posible que la fértil imaginación humana invente teorías con bastante libertad. En el proceso actual de la investigación, el concepto general de determinismo desempeña un papel bastante secundario, si es que de plano cumple alguno. Pero como tal, no parece ser un impedimento al tipo de indagación que aquí se propone.

Sin embargo, para conservar la noción de responsabilidad moral y política, no parece necesario desechar el concepto de determinismo, o como yo prefiero llamarle, de causación universal. También aquí esta cuestión me impacta como primordialmente factual, aunque he encontrado fuertes desacuerdos con este punto de vista. La causación universal no excluye la idea de que algunas causas pueden ser más importantes que otras y que la significación relativa de las causas puede cambiar. Me parece bastante obvio que los resultados de la inteligencia y el esfuerzo humanos han entrado continuamente a transformar las corrientes de la causación histórica, al menos hasta donde hay registro. La historia de la tecnología y la de las ideas nos proporcionan suficiente testimonio factual para este punto de vista tan conocido. Aunque entendemos el proceso de manera bastante imperfecta, hay razones evidentes de por qué algunas ideas particulares entran a formar parte de la corriente cuando lo hacen, o por qué fracasan y no entran. Pero eso es lo que el investigador trata de encontrar, y no lo que debe asumir por adelantado. La idea de responsabilidad moral o política simplemente expresa que la aplicación del esfuerzo y la inteligencia pueden significar una diferencia en las cuestiones humanas. Lo que se tiene que averiguar es cuál es esa diferencia. La responsabilidad de poner el acento en forma algo distinta puede tener sus causas y consecuencias, pero la tarea consiste en descubrir cuáles fueron éstas en un caso determinado.

Aunque es difícil que este esfuerzo convenza a todos, la propuesta de combinar la idea general de responsabilidad personal y de grupo con nociones

[1] En los dos últimos capítulos de su libro *The Autonomy of Reason: a Commentary on Kant's Groundwork of the Metaphysic of Morals*, Robert Paul Wolff presenta una afirmación intransigente sobre este dilema, en la que concluye que la famosa determinación de Kant es insostenible.

de causación determinada tendrá que ser suficiente para nuestros propósitos de trabajo. Más aún, si la responsabilidad moral va a tener algún significado, deberá señalar que los seres humanos son responsables de aquellas consecuencias de sus actos y decisiones que en las circunstancias verdaderas de la época en que vivieron hubieran podido prever. La responsabilidad moral, entonces, se tiene que hacer históricamente específica y tiene que incluir una evaluación del nivel de conocimientos y juicios disponibles de los actores históricamente específicos. Es obvio que éste va a ser un aspecto importante de cualquier investigación que se vaya a iniciar.

Las anteriores consideraciones nos llevan de regreso a la concepción de las posibilidades históricas suprimidas y a la cuestión central que evidentemente requiere respuesta: ¿quiénes son las personas que hacen la supresión y por qué la hacen?[2]

En el resto del capítulo me propongo explorar la tesis de que en la Alemania inmediatamente posterior a la Primera Guerra Mundial pudieron existir condiciones que hacían posible algún tipo de avance liberal que resultara en un régimen más estable que el que una década y media después sucumbiría ante Adolfo Hitler. Esta es una tesis que ya ha sido sugerida, aunque no desarrollada sistemáticamente, en varios estudios históricos recientes, críticos de la tradicional apología al PSD según la cual, en 1918, la única alternativa era entre una opresiva dictadura revolucionaria del proletariado o una alianza con el viejo orden.

Aunque un análisis crítico de estas tesis nos proporciona un conjunto muy útil de cuestiones alrededor del cual podemos organizar buena parte del material, su demolición —como la de cualquier tesis— no será objeto de esta investigación.

En lugar de eso, se hallarán dos objetos positivos. El primero es buscar los *tipos* de argumentos que podrían sostener la tesis de que la alternativa liberal era viable y éste no será un ejercicio de lógica abstracta. También se examinarán las evidencias relevantes, aunque esto no se podrá hacer de manera exhaustiva. Una persona que conozca bien la historia alemana podrá con facilidad darse cuenta de aspectos importantes que yo he pasado por alto o interpretado mal, todo lo cual será para bien, puesto que significará que las evidencias concretas son relevantes para el análisis. A través del recurso de explicar estos argumentos será posible —y esto es el segundo objetivo— iluminar de forma nueva las capacidades y limitaciones de los obreros industriales alemanes en sus esfuerzos por establecer una sociedad más justa y humana en esta importante coyuntura histórica.

[2] Éste es un tema recurrente en un libro con justicia muy celebrado de E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class*, que hasta donde yo conozco, es el único trabajo importante por parte de un historiador moderno que es rico en evidencias sobre los hechos y que también toma en serio la idea de las alternativas históricas. El tema, aunque en él es explícito, no se desarrolla sistemáticamente, pero esto no es una crítica, puesto que otras valiosas cualidades en este libro habrían desaparecido si el autor hubiera agregado esta tarea a sus ya de por sí muy pesadas cargas.

La elección de una opción liberal sobre una socialista, se basa en la consideración de que aquella estaba más cerca de las posibilidades reales en aquel momento, y que en tanto que conjunto de estructuras institucionales, contenía una mayor promesa para un orden social represivo que aquella que fracasó con el colapso del sistema imperial.

No hay razón para dejar en secreto el hecho de que mis inclinaciones políticas más generales van en la misma dirección y por las mismas razones. Pero si se empieza con una alternativa socialista, la técnica de investigación sigue siendo la misma, y también las preguntas:

1. En estas circunstancias específicas, ¿qué pasos concretos implicaría una política de este tipo?

2. ¿Cuáles eran los obstáculos para llevarla a cabo?, ¿eran estos obstáculos reales o imaginarios?, ¿cómo podemos saberlo?

3. ¿Sobre qué recursos en el orden social existente podría sustentarse una política de este tipo?, ¿qué es lo que sabemos sobre el funcionamiento o el no funcionamiento de la organización institucional y de la situación y predisposición de los diversos sectores de la población durante este período, que nos permitiera sacar inferencias sostenibles respecto a esta política?

4. Si hubiera suficientes evidencias para apoyar el punto de vista de que esta política sí era factible, entonces, ¿por qué no se la adoptó?, ¿acaso alguien en el poder pensó en ella, y de ser así, cuáles fueron las razones para este aparente fracaso? Pero si aquellos que estaban fuera de los niveles del poder sí pensaban en una política de este tipo, entonces ¿por que era tan débil su posición?

Por supuesto que existe el riesgo de acomodar las evidencias para que se adapten a las preconcepciones, peligro que existe en todas las formas de investigación. En este caso particular, el peligro principal puede ser el de hacer que los movimientos radicales y revolucionarios parezcan pequeños y "manejables", en ciertos momentos, y formidables en otros. Pero, por suerte, las preconcepciones políticas y las preferencias del investigador difieren, y las conclusiones a que se llega pueden ser confrontadas con las evidencias. El componente factual en las respuestas a las preguntas mencionadas es lo suficientemente amplio como para imponer a su debido tiempo una vasta zona de acuerdo. Los historiadores pueden ponerse de acuerdo —ya lo han hecho sobre bastantes más cosas que solamente fechas y eventos— pues, después de todo, la situación en Alemania entre 1918 y 1920 era lo que era sin importar lo que un historiador liberal, socialista o reaccionario quisiera ahora que hubiera sido.

Espero que estas observaciones prelimanares sean suficientes para establecer la legitimidad intelectual de la tarea en que nos vamos a embarcar ahora. Si entramos más a fondo en estas cuestiones, corremos el riesgo de meternos en una especulación polémica vacía. En todo caso, algunas de ellas surgirán de nuevo en el curso de la interpretación de los acontecimientos concretos y así será más fácil clarificar su importancia. Para evitar posibles malentendidos, es necesario hacer explícita una limitación más en la naturaleza

de la tarea que aquí se intentará y que es la de probar una cuestión. Cualquier persona seriamente interesada en la historia de Alemania durante este período, probablemente necesitará de evidencias muy detalladas sobre las cuales yo soy un ignorante y que además sería imposible incluir en el marco de este libro. Más bien se trata aquí de un esfuerzo por explorar qué tipo de argumento *podría* construirse sobre la base de la evidencia ya disponible, cuya mayor parte ya ha sido presentada en los capítulos precedentes, es decir, ver en dónde se puede sostener el argumento y en dónde se derrumba, y por medio de este proceso aprender más sobre las limitaciones y las posibilidades políticas inherentes a un ejemplo históricamente decisivo de coraje moral popular. El esfuerzo requiere, pues, que se construya el argumento de manera tal que sea posible disprobarlo recurriendo a la evidencia. Como por lo demás es imposible la prueba rigurosa, se podría conseguir un objetivo más modesto, que podría ser más útil.

2. *Una no-decisión fundamental: el* PSD *y el ejército*

La primera tarea de cualquier gobierno es la de gobernar, sobre todo si se trata de un gobierno recién iniciado. En noviembre de 1918, el nuevo gobierno de Ebert empezó a tratar de usar la autoridad moral del PSD para tapar la brecha entre dos fuentes de legitimidad imcompatibles: la autoridad imperial que se desmoronaba y la protesta popular que surgía. En cualquier tipo de condiciones, ésta no sería un tarea fácil; es más, sería imposible si el gobierno no tuviera a su disposición una fuerza confiable. Si el problema militar que en ese momento era de hecho policiaco, más que del ejército, no se resolvía de alguna manera favorable con el establecimiento a la larga de un régimen liberal, no habría posibilidad de resolver los otros. Un gobierno que no puede imponer la obediencia no es gobierno y rápidamente desaparece de la escena. Un gobierno que no toma en consideración las formas posibles de obtener y utilizar la fuerza, pierde la oportunidad de determinar sus propias políticas.

Como a menudo se ha señalado, el gobierno de Ebert hizo poco menos que nada para reformar o controlar a la burocracia y al sistema judicial. En ambos, los sentimientos antirrepublicanos y reaccionarios tendrían un fuerte impacto sobre la política. La táctica de condescendencia que tomó el Partido Social Demócrata en nombre de la ley y el orden, así como de la restauración de la economía,[3] prevaleció en todos los frentes, incluido el de la política militar. Si hubieran hecho una política más vigorosa, ésta hubiera tenido que empezar con los militares, y además tener éxito, pues de otro modo nada de lo demás hubiera podido funcionar. Oponerse a la burocracia civil y dejar intactos los cuerpos de oficiales, fue la fórmula infalible para el

[3] Para un buen relato, véanse las secciones 3, 4 y 5 (L—LXXII) de la introducción de Erich Matthias a la compilación de documentos *Die Regierung der Volksbeauftragten 1918-1919.*

éxito de las conspiraciones contrarrevolucionarias. Pero si el ejército hubiera estado bajo control, los demás elementos hubieran tenido que pensarlo dos veces antes de retrasar indebidamente la ejecución de las políticas gubernamentales, sobre todo porque había signos de que el nuevo gobierno gozaba de un difundido apoyo popular, como efectivamente era el caso a principios de noviembre de 1918. Si los líderes del partido de verdad no pudieron hacer sino lo que realmente hicieron —y en efecto, así fue— para tomar el control del ejército, no hubo tampoco nada más que pudieran llevar a cabo.

Desde el punto de vista del liderazgo reformista, un doble imperativo les obligaba a una alianza con el estado mayor: por una parte, el peligro que representaba la izquierda, que los historiadores modernos tienden a minimizar. En el capítulo ocho, al relatar el duelo entre los reformistas y los radicales, presenté evidencias en apoyo al punto de vista de que el peligro de un golpe de Estado era bastante real, y también afirmé que el viejo ejército era totalmente inefectivo como fuerza del orden; y es más, que los esfuerzos por utilizarlo podían empeorar la situación. Un imperativo que no funciona cuando se le pone en práctica, difícilmente es un imperativo real. Por otra parte, estaba la necesidad de una desmovilización ordenada. Este aspecto de los supuestos imperativos inherentes a la situación debe examinarse más de cerca.

De nuevo, desde el punto de vista de los objetivos del PSD, lo más deseable era una desmovilización lo más ordenada posible. Masas de soldados estaban hartas de la guerra y lo único que querían era irse a sus casas. Devolver a los hombres a su hogar era una de las demandas más fuertes del momento y ningún gobierno que afirmara tener apoyo popular podía darse el lujo de retrasar esto. Al mismo tiempo, los ejércitos alemanes aún estaban en suelo extranjero. (Preguntarse qué estaban haciendo ahí no era, hasta donde yo pude observar, una cuestión que surgiera en las discusiones entre el partido y el estado mayor.) En la frontera oriental, y más alla, las luchas esporádicas continuaron por algún tiempo. Los problemas técnicos deben haber parecido enormes, y así también, las posibles consecuencias del fracaso para resolverlos de una manera rápida y satisfactoria, deben haber parecido como un deslizamiento hacia la anarquía y el desastre para toda la población alemana. El estado mayor tenía argumentos muy poderosos y en apariencia realistas. Millones de hombres tenían que ser traídos de vuelta y a través del frente. Se necesitaban trenes para transportarlos y provisiones para alimentarlos. Luego era necesario desarmarlos de manera ordenada, pues de lo contrario se corría el riesgo de que masas de soldados hambrientos se dedicaron a saquear por su cuenta, una *Soldadetska* salvaje y furiosa como la que habia asolado el campo y la ciudad en la guerra de treinta años. Por todas esas razones el estado mayor argumentaba que era necesario mantener un control centralizado sobre el aparato militar y la autoridad en todo el país. Para hacer su trabajo, los militares necesitaban mantener la disciplina en sus propias filas, lo que significaba la no interferencia de los *consejos* de soldados y el no al absurdo sinsentido de la elección de los oficiales por los soldados.

Estos argumentos[4] deben haber sonado imponentes a Ebert y a algunos de sus colegas, que eran sólidos ciudadanos alemanes de corazón, ansiosos por hacer el bien a su país. Y esto era, por supuesto, parte del problema. Pero ¿qué tan válidos eran los argumentos? ¿Había alguna forma de traer de regreso a los soldados de una manera más ordenada sin el grado de confianza que el PSD puso en el estado mayor? La experiencia austriaca sugiere que sí la había.

En Austria, la desmovilización total, que se esperaba durara más o menos dos años, se realizó en tres semanas. Fue un proceso espontáneo y de cierta forma desordenado en el cual el alto mando desempeñó un papel muy insignificante, en parte porque los ejércitos austriacos estaban, en el momento del armisticio, en un estado de desmoralización y descomposición mucho más avanzado que los ejércitos alemanes. En Austria había miedo al saqueo, aunque sólo fuera en busca de alimentos, pero éste nunca se materializó más que en una escala muy local. La entrega y devoción de las autoridades y de los trabajadores ferroviarios mantuvo funcionando los trenes, según el informe de un testigo presencial, de modo que los soldados simple y llanamente abandonaban el frente y a sus oficiales, perseguían al tren, rompían las ventanas para entrar o se trepaban al techo. Muchos de ellos eran derribados o morían cuando el tren pasaba por un túnel. En la mayoría de los lugares, había suficiente organización local como para desarmar a los soldados y proporcionarles alimentos y vestido, lo que permitió que el pillaje se mantuviera de forma manejable y temporal. Incluso los campos de prisioneros de guerra no se convirtieron en causa de disturbios importantes, pues cuando los guardias se fueron a casa, los campos simplemente se vaciaron.[5]

En pocas palabras, Austria no era Alemania. Podemos dudar entonces de la afirmación de Carsten segun la cual "no hay duda de que los ejércitos alemanes hubieran regresado de Francia y Bélgica aún si este movimiento no hubiera estado dirigido por las autoridades militares". Y dudamos de ella precisamente porque había elementos tan distintos en la situación alemana que hubieran hecho imposibles acontecimientos como los austriacos o algunos parecidos.[6] Pero como eran las cosas, la experiencia austriaca constituye

[4] Los he reconstruido de memoria después de buscar en los apartados sobre asuntos militares, con la ayuda del índice, en los siguientes informes publicados: Matthias, *Regierung*, y Eberhard Kolb y Reinhard Rürup, editores, *Der Zentralrat der Deutschen Sozialistischen Republik*, pp. 19, 12. 1918-8.4.1919. Algunos de los más importantes argumentos entresacados de este ejercicio aparecen antes, en el capítulo ocho.

[5] F. L. Carsten, *Revolution in Central Europe 1918-1919*, pp. 23-6.

[6] La afirmación de Carsten está en la p. 26. Como él lo reconoce, la situación en el frente oriental era diferente. Para fines de 1918, este hecho daría la esperada y buena razón para correr la voz solicitando voluntarios. Sobre este punto son particularmente reveladoras las minutas de la reunión conjunta del Comité Ejecutivo y del Consejo de Representantes del Pueblo. Véase Kolb y Rurûp, *Zentralrat*, documento 28, 3 de enero de 1919, sobre todo 193, en donde Robert Leinert afirma: "no debemos permitir que nos presione gente de tan baja categoría como son los polacos, ni permitir la destrucción de los grandes logros que los trabajadores han creado y que están alcanzando su cima con la gran victoria de la revolución". Las fuerzas polacas estaban entonces incursionando en las zonas mineras de Silesia, pero la cuestión de la frontera oriental no era tan aguda en las primeras etapas.

una fuerte evidencia de que para Alemania hubiera sido posible una solución diferente y no necesariamente revolucionaria.

Para resumir la argumentación presentada hasta aquí: hay suficientes evidencias como para desafiar la tesis de que Ebert y sus seguidores no tuvieron más remedio que confiar en los viejos cuerpos de oficiales en aras de una desmovilización ordenada y de un mínimo de la tan necesaria tranquilidad doméstica.[7] No es difícil ver cómo y por qué estos líderes *sentían* de ese modo, e incluso siento por ellos bastante simpatía humana, lo mismo que por sus opositores. Por eso es algo muy diferente aceptar la propuesta de que las circunstancias eran tales que no permitieron hacer ninguna otra cosa. Si rechazamos esta idea sobre la base de las evidencias que han sido recogidas, tendremos fundamentos para preguntarnos qué tipo de política hubiera tenido alguna posibilidad de triunfar.

3. *¿Era posible una política diferente?*

Para los líderes reformistas, el problema de mantener el orden y aferrarse al poder era crucial, en el sentido de que si fracasaban no podrían hacer ninguna otra cosa. De hecho, casi fracasaron antes de que pudieran organizar un instrumento de represión con las *Freikorps*. Sin embargo, el problema del orden doméstico y de las relaciones con el ejército no era el único sobre el que Ebert y sus asociados tenían que decidir, sino que era sólo una parte dentro de una serie de cuestiones interrelacionadas que se agregaban a una decisión sobre qué tipo de sociedad quería crear el PSD en medio de las condiciones a las que se enfrentaba, y sobre cómo le harían para tratar de establecerla.

Una política más vigorosa hacia los viejos cuerpos de oficiales hubiera requerido de una diferente perspectiva económica y política, y toda la estrategia hubiera tenido que ser distinta de la que se siguió.

Permítasenos entonces preguntar: ¿cuál estrategia general podía haber sido la más adecuada para esas circunstancias y compatible con objetivos y presupuestos liberales más que revolucionarios? Por liberal no quiero hacer otra cosa que acentuar la importancia de los derechos a la libre expresión y a la protección contra los abusos de la autoridad. Hay un sentido en el que esa distinción entre lo liberal y lo revolucionario tiende a evaporarse, porque los revolucionarios de casi todas las denominaciones afirman que en la práctica el liberalismo ha sido un fraude, y que históricamente ya resulta anticuado, mientras que su revolución es la única forma de obtener los objetivos que los liberales pretenden desear. No hay razón para entrar en este

[7] Un aspecto curioso de toda esta situación es que ninguno de los líderes responsables parece haber pensado en la posibilidad de crear una fuerza policiaca nacional, en lugar de utilizar al ejército. Por supuesto que una propuesta de este tipo hubiera chocado con las tradiciones localistas de los estados alemanes, sobre todo de Bavaria. Pero el gobierno no dudó en utilizar a cualquier fuerza militar que pudo reunir para reprimir a los movimientos radicales en distintos estados en 1919 y 1920.

debate, excepto para recordar al lector que para aquellos que estaban muy preocupados por esta cuestión en aquel momento, aún permanecía en el horizonte la experiencia histórica, a partir de 1918, que le da el tono al debate de hoy. El problema que ahora enfrentamos está relacionado, pero a la vez es distinto: nos preguntamos si de hecho fue posible una "tercera vía" en algún lado entre una alianza de facto con el viejo orden y una dictadura revolucionaria. Una manera de profundizar en este problema sería definir lo que significaría una política así en la práctica. Sería posible percibir algunos de los elementos de la situación que hubieran podido favorecer la puesta en práctica de una política de este tipo, así como los obstáculos que ella hubiera encontrado.

Si los moderados del PSD se hubieran establecido sin apoyarse tanto en el ejército y en otros pilares del viejo orden, hubieran tenido que adoptar políticas económicas para socavar a los radicales que estaban a su izquierda y aún así obtener algun apoyo de los moderados que estaban a su derecha. Esto hubiera significado poner a girar la rueda de la economía en una situación de derrota y desorganización y con los aliados que presionaban por atrás y que tenían en sus manos muchas de las claves decisivas de su futuro, además de la existencia de un gobierno revolucionario en Rusia que para ese momento ya ejercía inmensos poderes de atracción. Es necesario aceptar de inmediato que los obstáculos a una política de este tipo eran enormes y que ningún gobierno, no importa qué tan capaz, imaginativo y enérgico fuera, podía haberlos superado con éxito.

Para lograr esta estrategia general, creo que el gobierno hubiera debido tomar las siguientes medidas. En primer lugar, intervenir de manera decidida en los asuntos del ejército y la burocracia poniendo a sus hombres en las posiciones clave para una política de control. En el ejército, esto hubiera significado utilizar a los *consejos* de soldados e influir sobre ellos, así como enviar representantes con plenos poderes al Alto Mando.[8]

La intervención por sí sola no hubiera sido más que un subterfugio preliminar, si bien esencial. De hecho, hubo intervención en la burocracia administrativa, aunque fue débil e ineficaz.[9] Hay buenas bases para sostener que las fuerzas del orden, con el énfasis puesto en la policía y no en los militares,

[8] Un episodio en las negociaciones del 9 de noviembre de 1919 entre los líderes del PSD y el gobierno del último canciller imperial Max Von Baden, respecto a la transferencia del poder al partido, demuestra con claridad qué poca inclinación tenían los reformistas para presionar sobre esta cuestión. En un momento, Philipp Scheidemann dijo que una de las condiciones de la transferencia tendría que ser que el puesto de ministro de guerra fuera para un socialdemócrata. Scheüch, que era el ministro de guerra de Von Baden, inmediatamente se opuso diciendo que él debía permanecer en su puesto para hacerse cargo de las negociaciones del armisticio. Así se resolvió el problema y ya ni Ebert ni Scheidemann insistieron más. Según una de las versiones, Ebert incluso agradeció al ministro de guerra por su voluntad para seguir sirviendo. Véase Matthias, *Regierung*, I, pp. 6, 12 (documentos 1a y 1c). Aunque este informe es bastante imperfecto, no hay duda sobre lo esencial del intercambio.

[9] Para un relato detallado de lo que sucedió, véase la introducción de Matthias a *Regierung*, I, LXVII-LXXII. El efecto fue el de proteger a los burócratas tradicionales de la interferencia por las intromisiones de los *consejos* de obreros y soldados, una política respecto a la cual parece que hubo acuerdo entre todos, incluyendo a los representantes del PSDI.

hubieran tenido que construirse sobre la base de las formas tradicionales de la disciplina, esto es, sin la elección de los oficiales, sino con otras medidas que aseguraran la lealtad al gobierno y a sus principios generales. También hubiera sido necesario encontrar formas para proteger a la ciudadanía de los abusos de la autoridad, que lejos estuvieron de ser cosa excepcional en el régimen imperial. *Algunos* gobiernos liberales habían enfrentado estas cuestiones con bastante éxito, si bien es cierto que no en condiciones como las que enfrentaban los reformistas en 1918 y 1919. Es casi seguro que el esfuerzo hubiera debido empezar desde cero, tratar de crear nuevas organizaciones al tiempo que se desmantelaban las viejas. Se puede fácilmente estar de acuerdo en que esta tarea era formidable, pero también queda bastante claro en los informes históricos que el PSD hizo muy poco al respecto, y es más, que no se dieron siquiera cuenta de que existía el problema. Su incapacidad para actuar con vigor contribuyó en buena medida a la sospecha y el desencanto que se produjeron entre los trabajadores industriales, y si bien este fracaso no produjo radicalismo entre los obreros industriales, sin duda sí intensificó este ánimo hasta el punto en que el partido sólo lo pudo controlar por la fuerza.

En la política económica y social hubiera sido necesario que el gobierno asumiera el control de algunos sectores clave de la economía —la minería era un candidato obvio, en donde la pura promesa de que esto pudiera suceder hubiera bastado para tranquilizar temporalmente a los mineros en un momento crítico de agitación radical— y que les diera a los trabajadores más influencia sobre las condiciones en la mina y en el taller. No creo que hubiera sido necesario darles voz en las decisiones sobre inversiones y mercado, en el sentido de un completo control por parte de los obreros, pues un gobierno que supuestamente era receptivo a las presiones populares podía haber conservado alguna injerencia en esta área, mientras que los obreros también hubieran ganado influencia sobre estas decisiones, pero de manera indirecta, es decir, a través de lo que pudieran hacer en relación a sus condiciones de trabajo. Hay muchos indicadores de que una política de este tipo, aquí planteada de la manera más simple posible, hubiera minado en buena medida el apoyo a una solución radical.[10]

En la situación que prevalecía cuando los socialdemócratas medio aceptaron y medio tomaron el poder, había varios factores favorables para una política de ese tipo, o que por lo menos permitían más espacio de maniobra de lo que supieron aprovechar Ebert y sus socios. La revuelta espontánea que

[10] Para cualquiera que crea firmemente que las soluciones radicales o revolucionarias a los problemas de la sociedad capitalista eran y son las únicas deseables, estas observaciones aparecerán como la forma más absoluta de manipulación. Hay sin embargo dos cuestiones que se pueden argüir como respuesta. En primer lugar, que todas las formas de comportamiento social, incluyendo las revoluciones, requieren de manipulación de algun tipo, y lejos está de haber sido ya establecido el caso en que la revolución produzca mejores resultados. En segundo lugar, y lo que es más importante en relación a esto, está la cuestión que se debate de si una política liberal de izquierda *podría* o no haber triunfado, y ya sea que se admire o deteste a estos políticos, eso no tiene ningun peso sobre tal estimación.

se expandió desde Kiel y la llamada del ejército para un armisticio dejaron pasmados a quienes tradicionalmente apoyaban al viejo orden. Los oficiales del ejército se quejaban amargamente de la falta de servilismo de las clases medias, queja que seguirían expresando hasta bien avanzado el año 1919. Si se hubiera seguido con vigor, desde el principio, una política en el sentido aquí planteado, difícilmente hubiera corrido el riesgo de provocar un golpe contrarrevolucionario de la derecha. El ejército mismo, como lo muestran los acontecimientos que aquí se han relatado, era en ese momento un tigre de papel; los soldados no hubieran obedecido órdenes contrarrevolucionarias.[11] Y sin el apoyo militar efectivo, ninguna contrarrevolución hubiera tenido esperanzas de triunfar. Fue con sus políticas que Ebert y sus colegas *crearon* dentro de las *Freikorps* y de partes del viejo ejército el instrumento necesario para la contrarrevolución del viejo modelo prefascista (es decir, el que no contaba con apoyo popular y masivo) y se lo entregaron a la derecha en charola de plata. Por lo menos, en el momento del *Putsch* de Kapp, hubo viejos líderes de los sindicatos, como Carl Legien, que se dieron cuenta de esto, pero ya era demasiado tarde.

De modo que el viejo orden estaba, por lo menos temporalmente, fuera de toda acción. En su mayor parte, los elementos "respetables" de la sociedad trataron de mantenerse fuera de la vista y seguir adelante, y así fue como lo consiguieron y pudieron sobrevivir. Las clases medias estuvieron desaparecidas de la arena política hasta las elecciones a la Asamblea Nacional en enero de 1919, de modo que los obreros y sus pleitos treparon al centro del escenario histórico.

Esto por supuesto es, en parte, una ilusión óptica que ha sido corregida por las investigaciones recientes. En los círculos de la clase media había la sensación de que eran inevitables fuertes cambios estructurales y en el orden económico y social, y que irían en la dirección de dar más poder a las clases bajas. Aunque seguramente muchos sentían miedo antes estos prospectos, había también un sector sustancial al que le parecían deseables. En las primeras semanas que siguieron a la proclamación de la República, un buen número de influyentes líderes burgueses, en su mayoría profesionales, pero también algunas figuras del mundo de los grandes negocios como Hjalmar Schacht, impresionados por el apoyo que daba el nuevo régimen a la propiedad, la legalidad y las libertades civiles, expresaron públicamente su aceptación del nuevo orden e incluso de la socialización como medida adecuada para el sector monopolizado de la industria.[12] Por supuesto que este tipo de afirmaciones debe tomarse con cautela, como manifestación de

[11] El alto mando tambien sabía esto. Ya antes de la abdicación del Kaiser había llegado a la conclusión de que incluso las tropas del frente no serían de utilidad para reprimir los desórdenes domésticos, pues ya no apoyaban al emperador. Véase sobre esto Matthias, *Regierung*, I, p. 13, (documento 1c). Es obvio que el alto mando necesitaba más a los social-demócratas que éstos al ejército.

[12] Véase la introduccion de Matthias a *Regierung*, I, CXXXV, y para más detalles Lothar Albertin, *Liberalismus und Demokratie am Anfang der Weimarer Republik*, pp. 25-32, 54-9.

la confusión y de la euforia que con frecuencia aparece en las primeras etapas de un levantamiento revolucionario; sin embargo, son también parte de la fluidez general de tales situaciones, que un liderazgo político decidido y perspicaz podría utilizar para tomar importantes resoluciones en su política. La evidencia apoya el punto de vista de que Ebert y sus compañeros tuvieron más espacio para maniobrar del que utilizaron o del que incluso quisieron utilizar.

Una política vigorosa en este sentido podía haber conseguido suficiente apoyo de las clases medias como para darle una oportunidad de luchar, pues éstas no hubieran tenido nada que perder con la creación de una nueva fuerza militar y policiaca, y en cambio sí algunas cosas que ganar. Pero eso hubiera significado echar a un lado a los *Junkers*. Incluso si las clases medias alemanas le tuvieron demasiado respeto a la aristocracia como para desempeñar sus tarear históricas "burguesas" por su cuenta, quizá no hubieran objetado —y en ese momento no podían hacerlo— si los obreros las hubieran llevado a cabo por ellas. Siempre y cuando los límites quedaran claros respecto a la socialización de la industria —situación muy difícil de establecer con claridad debido a lo que los socialistas venían diciendo desde hacía mucho tiempo— probablemente hubiera habido una tolerancia —aunque de mala gana— de parte del nuevo régimen en algunos barrios de la clase media, y considerable apoyo en otros. Los segmentos más influyentes de los profesionales, la industria ligera y el comercio de exportación, como ya lo vimos, se inclinaban a apoyar al nuevo régimen sólo por oposición a las características autocráticas del desaparecido imperio, mientras que las grandes empresas mostraban inclinaciones a llegar a acuerdos sólo por temor a que corrientes más radicales llegaran hasta arriba. Sin duda, después se hubieran producido fuertes luchas, las cuales de todos modos se dieron; un gobierno con una política vigorosa al principio hubiera estado en una posición mucho más fuerte para enfrentárseles de manera efectiva.

El principal apoyo hubiera tenido que venir de los trabajadores de industria. Hay pocas dudas respecto del hecho de que ellos hubieran aceptado políticas más a la izquierda de las que se siguieron. El Congreso de *Consejos* de Obreros y Soldados, que se llevó a cabo en Berlín del 16 al 21 de diciembre de 1918 y que fue en esencia moderado, pasó resoluciones sobre cuestiones militares y económicas bastante más a la izquierda que aquellas que aquí se han sugerido como factibles.[13] Pero Ebert las dejó morir por morosidad. Así se puede inferir, con bastante certeza, que incluso los obreros más moderados perdieron la fe en el socialismo reformista. Como se señaló en los dos capítulos precedentes, las políticas del gobierno debilitaron mucho lo que era el elemento principal a su favor: su autoridad moral entre los obreros industriales.

Con una estrategia menos conservadora que la que adoptaron Ebert y sus asociados, el radicalismo revolucionario posiblemente nunca hubiera adquirido la resonancia que logró. En ausencia del levantamiento radical, la

[13] *Allgemeiner Kongress der Arbeiter-und Soldatenräte Deutschlands... Stenographische Berichte*, pp. 181-2.

extrema derecha habría perdido el principal pretexto para existir. Pero en justicia hacia los moderados, es necesario señalar que ellos no crearon el radicalismo de izquierda a partir de la nada, sino que fueron las condiciones sociales que produjo la guerra las que hicieron que éste pudiera florecer. Hay bases para afirmar que sólo significó una verdadera amenaza antes de que el gobierno tomara el poder, cuestión que inevitablemente queda sujeta a debate. Lo que está fuera de toda disputa es que el verdaderamente poderoso levantamiento radical, con apoyo de las masas, no empezó sino hasta dos meses *después* de que el gobierno había llegado al poder, y no alcanzó su punto más amenazante antes de la revulta armada en el Ruhr en la primavera de 1920. Las políticas del gobierno fueron responsables de este levantamiento, o lo que es más exacto, fue la falta de políticas adecuadas, y sobre todo la falta de una política militar independiente, lo que más peso tuvo para provocar una revuelta radical.

Vayamos ahora a los obstáculos y dificultades que necesariamente hubiera enfrentado una política de este tipo en las circunstancias del momento. ¿Hubieran tolerado los aliados cualquier paso hacia la creación de un ejército regular antes de firmar el tratado de paz, incluso si tal ejército hubiera estado bajo un fuerte control democrático? ¿Hubieran tolerado un grado de socialización, aunque fuera mínimo, en una atmósfera en la que el comunismo aún no había revelado su potencial más terrible ni ejercido una poderosa atracción popular? Sólo con plantear estas preguntas basta para presentar algunos de los obstáculos más formidables. Aún si la situación interna de Alemania hubiera sido mucho más favorable —que no lo era—, una política más de izquierda finalmente hubiera fracasado por esas razones.

Pero si hubiera resultado que los problemas internacionales *sí* tenían solución, aún quedaba pendiente la cuestión de si un nuevo gobierno, con las políticas aquí esbozadas, hubiera podido arrastrar consigo al resto del país. La clase obrera industrial todavía era una minoría de la población trabajadora y difícilmente el gobierno podía contar con el apoyo de toda ella, sin divisiones. Para sobrevivir y ser efectivo, hubiera tenido que buscar aliados a su derecha y mantener tranquila a la extrema derecha, y para hacer que su mandato atravesara a toda Alemania hubiera tenido que pasar por encima de las tradiciones particularistas y federalistas que tenían raíces en los intereses económicos locales. (El movimiento separatista bávaro puede con justicia ser considerado como un movimiento prematuro y mal dirigido para la liberación nacional, puesto que no prestaba suficiente atención a los intereses de los campesinos.) Sobre todo, un gobierno así hubiera tenido que sobreponerse a los escrúpulos de presentar ante la Asamblea Nacional una serie de *faits accomplis*, lo que seguramente hubiera sucedido con una política de controles fuertes sobre el ejército y de socialización limitada de la economía.

En cualquier caso, la significación que tuvieron estos escrúpulos liberales y legalistas está puesta en duda. No es cuestión de juzgar las intenciones o de poner a prueba los lugares más recónditos de la mente de Ebert, o por lo menos no completamente. Más bien es cuestión de darse cuenta de lo que realmente sucedió. La decisión de confiar en el ejército y después en las *Freikorps*,

así como la de posponer la socialización, presentaron de hecho a la Asamblea Nacional unos *faits accomplis*. Noske, en cambio, no mostró escrúpulos al dispararle a los obreros en defensa de la democracia liberal. Todas las desviaciones de la concepción purista y probablemente imposible del liberalismo, incluida la que buscaba una solución para todo conflicto social por medio de la discusión y la persuasión racional, eran desviaciones hacia la derecha. Los líderes reformistas no mostraron ninguna claridad respecto a la consideración de que para dar a la democracia y al gobierno constitucional una oportunidad de sobrevivir (incluso como preludio necesario al socialismo), hubiera sido necesario hacer algo respecto al poder de aquellos grupos e instituciones cuyo comportamiento hacía tiempo que había demostrado que eran enemigos convencidos y efectivos de esos principios. Esto, por supuesto, resulta extraño incluso para el marxista más insignificante.

4. *¿Por qué no se intentó una política de este tipo?*

El análisis ha mostrado varias razones que permiten concluir que cuando Ebert tuvo el poder, la situación no era tan apremiante como se la hacía parecer. He sostenido que para ir hacia una democracia más estable, el gobierno debió de haberse puesto a trabajar inmediatamente para tomar el control de las fuerzas armadas y de la burocracia administrativa y judicial, remodelándolas hasta convertirlas en instrumentos leales a la república. También hubiera tenido que adoptar una política que incluyera un cierto grado de control gubernamental sobre determinadas áreas de la industria pesada, haciendo algunas concesiones a los trabajadores en lo que se refería a las condiciones de las plantas. Para hacer todo esto, el gobierno se hubiera tenido que anticipar a la Asamblea Nacional, tomando una serie de decisiones irreversibles, pero necesarias, que establecieran las bases para una versión liberal y democrática del capitalismo. Una política de este tipo podía no haber tenido éxito, pero eso no es muy relevante para el propósito de nuestra discusión. Lo importante es que ni siquiera se intentó. ¿Por qué? La búsqueda de una respuesta satisfactoria a esta pregunta nos lleva no sólo de regreso a la historia alemana, sino a los principios generales del análisis histórico.

Una respuesta que viene con facilidad a la mente es aquella según la cual hacer todas estas cosas es lo mismo que decir que los miembros dominantes del nuevo gobierno tendrían que dejar de ser funcionarios de la socialdemocracia y convertirse en otra cosa. La objeción es importante y vale la pena seguirle la pista para ver hacia dónde nos lleva.

La política de reforma militar y de socialización limitada de la industria que se sugirió aquí como una alternativa posible a lo que hizo Ebert, no es muy diferente de la que quería el ala moderada del PSDI.[14] Esto es un hecho

[14] Véase el informe de Dittman al Congreso de los *Consejos* de Obreros y Soldados, en *Kongress*, pp. 19-24, columnas 37-48, en donde el autor, hablando como miembro del gobierno de Ebert, tomó muy en serio las propuestas de una reforma militar y de la socialización.

importante desde dos puntos de vista. Demuestra que las ideas que se discutieron en la sección anterior eran moneda intelectual corriente y que no era "demasiado pronto" históricamente para que existieran. En segundo lugar, sabemos lo que les sucedió a los moderados del PSDI y el poco apoyo que pudieron conseguir no sólo entre los obreros sino en todo el país. Teniendo presente esta evidencia, ¿no sería ingenua sociológica e históricamente la hipótesis de que los líderes del PSD hubieran podido adoptar o llevar a cabo esa política?, ¿no eran la estructura misma del PSD, así como el lugar que ocupaba en la sociedad alemana, tales que era casi seguro que se producirían líderes muy parecidos a Ebert y sus colegas?, ¿sería realista esperar que hubieran *pensado* una política diferente en lo fundamental de la que efectivamente siguieron? ¿No es perfectamente explicable lo que hicieron Ebert y los otros como consecuencia de las tendencias históricas de la clase obrera alemana, es decir, de las organizaciones sindicales y políticas que surgieron y echaron raíces durante los años previos a la guerra, con las experiencias a las que se enfrentaron sus líderes y la huella que les dejaron? El gobierno de Ebert, según afirmó un observador astuto, trató de gobernar Alemania como si fuera un gran sindicato.

Desde este punto de vista, toda la historia empieza a parecer una confirmación del dicho de que nada fracasa tanto como el triunfo. El fracaso de la oposición de izquierda y del impulso radical tuvieron sus causas históricas y sociológicas, pero la cuestión es bastante más amplia de lo que sería si se limitara a la pura historia de la clase obrera. ¿Acaso no fue el fracaso de la clase obrera en este momento de la historia alemana —si es que estamos de acuerdo en llamarlo fracaso— consecuencia estructural no sólo de la experiencia y la historia de los diferentes segmentos de la clase obrera industrial, sino de toda la sociedad alemana, incluyendo el trunco desarrollo político de las clases medias, el fracaso del liberalismo, la supervivencia de la burocracia y la aristocracia y en fin, de un conjunto de fuerzas que generaron tanto la guerra como la derrota?

En este momento surgen —si es que no habían surgido antes— las dudas sobre esta línea de razonamiento. Por supuesto que es imposible detenerse en la sociedad alemana como tal, pues sobre todo en ese momento de la historia es necesario considerar la situación alemana en su contexto internacional, que era importante no sólo en 1918, sino que había sido un elemento clave en las políticas de Bismarck, en el fracaso del liberalismo y en todos los otros aspectos de la historia alemana que hemos mencionado. Pero con este tipo de razonamiento, pronto sería necesario incluir a toda la historia mundial sólo para explicar el comportamiento de algunos líderes mediocres de la clase obrera. Viene a la mente otra vez la broma que hacía Weber: que el determinismo no es un taxi. Este tipo de gran determinismo histórico no proporciona una guía clara sobre cómo evaluar formas y grados diferentes de causación, y al explicar todo terminaremos por no entender nada.

Tiene mucho más sentido adoptar la posición de que no todos los eslabones de la cadena de causación histórica son igualmente sólidos. Puesto que cada uno es una lucha entre fuerzas opuestas, sería mejor abandonar la

metáfora del eslabón y buscar otra mejor. Es más exacto dar cuenta de la situación como si se tratara de una serie de interruptores eléctricos con fuerzas que empujan en varias direcciones. La fuerza relativa de esas fuerzas también varía de situación a situación. Los seres humanos responden a las circunstancias, pero la forma en que lo hacen significa una diferencia y en ocasiones ésta es muy grande. Desde un punto de vista así la voluntad y la inteligencia políticas pueden tener una poderosa influencia sobre el resultado, incluso si, como se señaló antes, el grado de ésta tiene su propio conjunto de causas. De ahí que una comprensión más exacta de dichas causas podría contribuir a la mayor efectividad de la voluntad y la inteligencia políticas en el futuro, mientras que una menos precisa podría perpetuar e incluso incrementar su embotamiento.

¿A dónde nos lleva esta rápida incursión, y al mismo tiempo este rápido retiro, de una explicación sociológica más general sobre el fracaso de la alternativa liberal? Si bien no hay necesidad de abandonar la concepción de las alternativas históricas suprimidas, aún permanece la obligación de indagar quien suprimió ésta en particular y por qué. Una respuesta plausible en esta etapa del análisis, podría ser la que afirmara que Ebert y sus asociados más inmediatos hicieron lo que hicieron porque eran productos característicos del PSD en ese momento. En 1918, los socialdemócratas tuvieron una alternativa y una oportunidad, y no la vieron o no la aprovecharon porque su experiencia histórica los había vuelto incapaces de hacerlo.

Ésta no es una conclusión novedosa, aunque es más posible que se aplique a la alternativa del socialismo revolucionario que a la variante liberal. Tampoco es muy satisfactoria, pues pone mucho peso en las fuerzas que integraban al PSD en el orden social. Aquí es interesante recordar que esas fuerzas pudieron operar libremente nada más por un período muy breve, entre 1890 y 1914, pues antes de eso el partido era ilegal cuando era tolerado, y aún después de su legalización, estuvo sujeto a muchas formas de rechazo y sospecha. Sopesar esas tensiones contradictorias no es una tarea adecuada en este momento, sobre todo porque ya han sido objeto de mucha atención por parte de los especialistas.[15] Basta entonces con observar qué lejos está de poderse probar la imposibilidad sociológica de generar un liderazgo vigoroso y astuto con una política que se parezca a la aquí descrita, y tampoco parece que haya sido inevitable el dominio de Ebert o de líderes como él. En alguna parte y de algún modo, la clase obrera alemana podía haber puesto en la cima a líderes más críticos, aun si un Ebert estaba destinado in duda a ser un competidor poderoso.

[15] El estudio más reciente y fundamental es el de Dieter Groh, *Negative Integration und revolutionarer Attentismus*, aunque no ofrece material rico sobre los obreros comunes y corrientes. Otros trabajos más cercanos a nuesto problema son los de Vernon L. Lidtke *The Outlawed Party: Social Democracy in Germany 1878-1890*, Guenther Roth, *The Social Democrats in Imperial Germany*; Gerhard A. Ritter, *Die Arbeiterbewegung im Wilhelminischen Reich* y Heswig Wachenheim *Die deutsche Arbeiterbewegung 1844 bis 1914*. Como pieza de análisis histórico, el libro de Carl E. Schorske, *German Social Democracy 1905-1917* es tan absolutamente excepcional, que incluso me deja inquieto el hecho de que mi libro llegue a conclusiones en cierto sentido diferentes.

Estas consideraciones nos indican que debemos mirar de nuevo la lucha dentro de la clase obrera, pues quizá ella tuvo una dinámica propia que fue significativa para los resultados. Si la respuesta (o por lo menos una parte de ella) está en algún lugar, por aquí, entonces eso implica una desviación en el tipo de causación y métodos explicativos que se han utilizado para referirse al problema. Como primer paso para seguir esta línea de pensamiento, sería útil situar a la lucha dentro de la clase obrera en un contexto histórico más amplio.

En las fases más agudas de la larga serie de conflictos que fueron parte del establecimiento de la sociedad liberal —la revuelta en los Países Bajos, la revolución puritana, la Revolución Francesa y la guerra civil norteamericana— los impulsos radicales a los que siguieron las masas hicieron bastante del trabajo sucio que terminó por hacer posibles a los regímenes liberales, debido al daño que infligieron a las instituciones y a los representantes del viejo orden. El Regicidio en las revoluciones puritana y francesa fue sólo el aspecto más espectacular de este proceso tan complicado, que cuando se mira de cerca, no proporciona mucho apoyo a los mitos más inspirados ni de los moderados ni de los radicales, porque hubo demasiada brutalidad y derramamiento de sangre para eso. En la revolución alemana de 1918 a 1920, aunque también hubo mucha brutalidad y mucha sangre, el impulso popular venido de abajo —que para ese momento ya era de los obreros industriales y no de los artesanos, oficiales y campesinos— no logró nada de este tipo.

Todo esto resulta aún más sorprendente porque si el análisis precedente tiene algo de cierto, no hubo mucho trabajo sucio qué hacer. Bastó con el golpe que significó la derrota. En la euforia del desastre, buena parte del viejo orden estaba listo para "pararse sobre la tierra firme de los hechos", como decían entonces muchos miembros de las clases respetables, o en otras palabras, para simplemente rendirse.

Una combinación de razones, ninguna de las cuales es suficiente por sí sola y cuya secuencia en el tiempo es importante, puede dar cuenta del carácter diferente y de las consecuencias distintas que tuvo el impulso radical en la revolución alemana. Sólo hubo algnos bastiones de apoyo masivo para el cambio revolucionario, los cuales no tomaron cuerpo sino hasta que fueron provocados, y peor aún, estaban en los lugares equivocados, es decir, no en la capital (a excepción de un pequeño grupo al principio) sino en el Ruhr y en otros puntos industriales sobre el mapa de Alemania. Estos aspectos se debieron en parte a las tendencias históricas que ya se analizaron con cierta profundidad en este libro, y no es muy probable que alguien hubiera podido hacer algo respecto de ellas o a utilizarlas de manera diferentes.

Otros factores en la situación eran de naturaleza contingente, en el sentido de que resultaban más de los actos y personalidades de los líderes individuales. Uno muy importante fue la facilidad relativa con que se dio la transformación del Imperio a la República. Si las viejas élites hubieran decidido pelear más desde el principio, los pleitos en la izquierda hubieran sido menos severos. En relación a esto quizá sea importante anotar que las

resquebrajaduras en la izquierda, que son típicas en un proceso revolucionario, ya habían alcanzado una etapa avanzada durante la guerra, y por lo tanto bastante *antes* del colapso del régimen imperial. Con las sospechas justificadas que tenían entre sí los líderes de la clase obrera sobre la base de sus experiencias durante la guerra, y sin enemigos visibles poderosos de la derecha con quiénes enfrentarse, las luchas y la polarización pudieron ganar impulso hasta que dañaron fatalmente a toda la izquierda y dejaron sin poder a las de Ebert en contra de los espartaquistas. De este modo, el viejo orden en esta revolución abortada pudo confiar en los moderados "responsables" para que le hicieran *su* trabajo sucio: el de suprimir el radicalismo. Creo que algunos cambios relativamente suaves en los tiempos que se eligieron para hacer las cosas, y en las tácticas, en esta situación tan fluida, hubieran podido traer consecuencias diferentes, y con sólo algunos cambios en el liderazgo y en las tácticas globales no es difícil imaginar una situación en la que moderados menos "responsables" que Ebert hubieran podido sacarles concesiones mucho mayores a las viejas élites mediante la amenaza de que si no las concedían, los revolucionarios radicales tomarían el poder. Si eso hubiera sucedido, no sólo Alemania, sino que el resto del mundo se hubiera evitado enormes tragedias.

Esta forma de explicación conserva la idea de la responsabilidad moral de Ebert, pero la pone en un contexto diferente, para hacerla menos la consecuencia de las tendencias a largo plazo en la sociedad alemana y más el resultado de una dinámica política particular que una vez iniciada llevaba su propio ímpetu. Además, esta forma de ver las cosas también distribuye la culpa entre Ebert y sus rivales. Pero aquí no se trata de juicios morales, sino que lo que está en juego es la exactitud del análisis. Para disprobar las hipótesis se podría demostrar con más claridad las limitaciones en el comportamiento de los diversos actores, que les fueron impuestas por el legado del pasado, y también se podría señalar los defectos en el análisis de la dinámica de la polarización, para mostrar que los cambios aquí sugeridos en el liderazgo o en las tácticas eran improbables.

Por fin, otra víctima de la constelación de circunstancias y acciones que acabamos de mencionar fue la alternativa socialista. No la he explorado, porque el impulso que la sostenía era mucho más débil, como también eran más fuertes las fuerzas que estaban en su contra en esa coyuntura particular. Además, en la práctica, la alternativa revolucionaria socialista no ha resultado ser una alternativa humana. Puesto que la alternativa liberal tampoco pudo tener una historia muy atractiva en ese sentido, convendría mencionar brevemente algunas de las razones por las cuales creemos que la supresión de la alternativa socialista fue también una de las tragedias de la revolución alemana. Hacer esto incluye un salto especulativo más peligroso del que hasta aquí se intentó, y también menos controlado por la evidencia. Pero aún así, se puede preguntar qué es lo que hubiera sucedido en el mundo si se hubiera producido una revolución socialista en Alemania inmediatamente después de la derrota. Si hubiera existido el socialismo en los dos países, en Alemania y en Rusia, ¿hubiera eso significado la suavización de las tensiones sobre

la modernización socialista de una manera tal como para impedir los horrores del estalinismo? ¿Habrían los aliados querido y podido detener esa marcha triunfante?

Tampoco eso podremos saberlo nunca. Lo que sí sabemos es lo que realmente sucedió. En Alemania, los obstáculos institucionales a la democracia parlamentaria y capitalista con el tiempo sucumbieron ante las embestidas sucesivas de Adolfo Hitler, la Segunda Guerra Mundial y la ocupación soviética de las propiedades de los *Junkers*. Cuando sucedieron esos acontecimientos, no hubo nadie que preguntara a los millones de víctimas si los resultados merecían ese precio.

CAPÍTULO DOCE

ASPECTOS REPRESIVOS DEL AGRAVIO MORAL: EL EJEMPLO NAZI

1. *El problema*

Hasta ahora, este estudio se ha ocupado casi exclusivamente de los aspectos liberadores y humanos de las concepciones populares y de las clases bajas respecto a la injusticia. Este énfasis ha sido resultado de una elección deliberada que se fundamenta en las preguntas centrales que han guiado al libro: ¿bajo qué circunstancias han aceptado —y en ocasiones elegido— los seres humanos una vida marcada por la miseria y la opresión?, y ¿bajo qué circunstancias ha llegado la gente al rechazo moral de la miseria adoptando formas de conducta que le son nuevas en sus esfuerzos por resistir al orden social y cambiarlo?

En este momento, debemos tomar en consideración otro conjunto de hechos históricos que nos obligarán a profundizar y complicar la forma como debemos preguntar y tratar de responder a nuestras cuestiones centrales. El período nazi en Alemania, y más ampliamente, el fenómeno mundial del fascismo en el siglo XX, demuestran sin ninguna duda que los movimientos populares pueden tener —y en ocasiones de manera muy cruel— un componente represivo. El fascismo revivió aquella vieja tradición conservadora que veía en la demagogia y en las masas la principal amenaza a la libertad y al orden social humano. No considerar esta cuestión sería falsificar todo el análisis.

En contra de este renacimiento de la tradición conservadora que podemos rastrear hasta Platón, los escritores modernos de izquierda han montado una defensa de los movimientos populares basada en una diversidad de consideraciónes empíricas y teóricas. Varios estudios de los movimientos populares han mostrado que el apoyo a las tendencias autoritarias vino sobre todo de los elementos "respetables" y conservadores en las sociedades industriales modernas, mientras que los movimientos de los trabajadores y de las clases bajas por lo general tomaron la forma de respuestas racionales a demandas económicas legítimas.[1] Aunque estas investigaciones han

[1] Véase Michael Paul Rogin, *The Intellectuals and Mc Carthy*; Richard F. Hamilton, *Affluence and the French Worker in the Fourth Republic*. En su libro *Revolutionary Politics and The Cuban Working*

señalado algunas concepciones equivocadas sobre los modernos movimientos de masas, no han hecho que estos problemas desaparezcan. No hay forma de negar el hecho tajante de que los movimientos fascistas gozaban de (o lo crearon) suficiente apoyo popular como para hacerlos terriblemente peligrosos. Como veremos, la base popular del fascismo incluía sólo a una pequeña proporción de los trabajadores industriales y sin embargo, entre todos estos movimientos, el fascismo alemán gozó del más amplio y entusiasta apoyo popular. Por esa razón, fue la manifestación más peligrosa de una tendencia mundial.

Un argumento más general y teórico —en caso de que fuera aceptable— podría justificar la exclusión de los movimientos fascistas del temario de cualquier libro que se proponga hablar sobre el agravio moral y el sentimiento de injusticia, ya fuera o no popular. Desde este punto de vista, las creencias y sentimientos fascistas no tienen nada que ver con moralidad y justicia. Los objetivos sociales y políticos del fascismo son agresivos y opresivos, es decir, opuestos a los objetivos humanos y liberadores de los movimientos revolucionarios de masas. El hecho de que los dos recurran a la violencia no significa nada, puesto que la violencia que dirige la víctima contra su opresor es muy diferente de la que ejerce el opresor en contra de la víctima.

El mundo en que vivimos sería más manejable, por lo menos moralmente, si este argumento fuera completamente convincente y si las diferencias que sostiene en la teoría fueran más obvias en la práctica. Desgraciadamente, la violencia de los oprimidos muchas veces se ha convertido en la nueva violencia del opresor, y el momento de transición de una a la otra ha sido muy rápido y difícil de detectar. Los propósitos y objetivos establecidos por los movimientos políticos no tienen que ver con su comportamiento real y con sus consecuencias, más que en el caso de los individuos. El Sermón de la Montaña puede ser un paso en el camino a la Inquisición, y el sueño de un mundo sin opresión puede ser la justificación para una política secreta terrorista. Aunque la relación no es necesariamente inevitable, negarla no ayudaría a los seres humanos a evitar la repetición de tales experiencias en su búsqueda continua por un mundo con menos crueldad y opresión. Así pues, también los sentimientos de agravio moral por la injusticia que se han experimentado, fueron un componente poderoso del apoyo masivo a los movimientos fascistas. Por último, y lo que es más significativo, incluso si esta argumentación fuera convincente, no revelaría nada sobre las causas de los movimientos populares, que tienen un fuerte componente de crueldad y agresión.

Hemos atisbado algunas de estas aterradoras posibilidades en la primera parte de este libro, ahí donde analizamos cómo y por qué ganan aceptación las formas opresivas de autoridad y por qué en ocasiones los seres humanos se infligen a sí mismos sufrimientos e incluso parecen disfrutarlos. En este

Class, Maurice Zeitlin presenta evidencias muy útiles sobre la actitud por lo general favorable de los trabajadores cubanos hacia las libertades civiles durante los años sesenta, mientras que otro autor lo presenta con una luz más sombría, Carmelo Mesa-Lago, *Cuba in the 1970's*.

capítulo continuaré con esta cuestión y la llevaré más lejos utilizando al movimiento nacional-socialista en Alemania como paradigma para descubrir algunas de las causas y de las raíces sociales de esta característica de crueldad en los movimientos populares.

2. *¿Quienes eran los nazis?*

La primera pregunta que se debe uno hacer sobre este tipo de movimiento, es qué clase de gente fue la que se le unió. De manera más precisa, queremos aprender lo más que se pueda sobre las circunstancias de su vida diaria que tuvieron que ver con que se produjera ese salvaje resentimiento en contra del mundo que los rodeaba, tan característico de los nazis. Pero las circunstancias inmediatas por sí solas no podrían explicar adecuadamente sus sentimientos y comportamiento. También será necesario entender lo mejor posible la forma en que la gente que era o que se volvió nazi veía e interpretaba sus propias circunstancias, lo que en buena medida se debía a la huella y al residuo de experiencias anteriores, como por ejemplo el fracaso y la agitación de 1918 y de los años que le siguieron, la catastrófica inflación de 1923, los ilusorios años de prosperidad y después la gran depresión que empezó en 1929 y que seguía como epidemia cuando Adolfo Hitler tomó el poder en 1933. A estas percepciones volveremos después de intentar hacer un esbozo del movimiento nazi en su escenario social.

Para este propósito, existen un par de fuentes que, hasta donde he podido descubrir, no han sido exploradas con cuidado, o por lo menos no juntas, y que así tomadas revelan muchos datos que nos pueden ser útiles sobre el movimiento nazi y su atractivo para diferentes segmentos de la población alemana. Uno de ellos es un estudio de la composición social del partido nazi (NSDAP según las siglas en alemán del Partido Nacional Socialista de los Trabajadores Alemanes, en español PNSTA), que llevó a cabo secretamente la dirección del partido en 1935 y que sólo estuvo disponible hasta fines de la Segunda Guerra Mundial. Este documento, llamado el *Parteistatistik*,[2] nos permite ver con bastante precisión el grado en el cual el PNSTA era efectivamete un partido obrero y el grado en el cual se basaba en otros grupos como esos que con frecuencia identificamos como la clase media baja. La otra fuente es un censo ocupacional levantado al mismo tiempo que el censo general de junio de 1933, unos cinco meses después de que Hitler subiera al poder (lo cual sucedió el 30 de enero de 1933). Por lo menos hasta ese momento, no parece que los nazis hubieran intervenido seriamente en el trabajo de los Servicios Centrales de Estadística, responsables de llevar a

[2] *Parteistatistik, Stand 1: Januar 1935*, publicado por la *Reichsorganisationsleiter* del PNSTA. Los tres volúmenes fueron impresos escritos a máquina con una nota según la cual la información en ellos contenida no se debía dar a nadie —excepto al cuerpo de redactores de la oficina del *Reichsleiter*— sin un permiso por escrito, y que eran libros que se debían guardar en un lugar seguro.

cabo los censos, y que tenían tras de sí una larga y distinguida tradición burocrática. Se trata de un material muy completo y detallado, libre de la jerga nazi, elaborado y aplicado de la misma manera que los censos anteriores. Ahí donde falta información es por la misma razón por la cual faltó en los censos previos. Así por ejemplo, la lista completa de las ocupaciones de las mujeres no pone a las prostitutas y lo que es más significativo, es imposible distinguir, como el propio censo lo señala, a un magnate industrial del propietario de una pequeña tienda, pues los dos entran en la categoría de "dueños de propiedades auto-empleados".

Y sin embargo, es posible sobre la base del censo y de la *Parteistatistik* determinar la proporción de miembros del PNSTA en algunos de los principales grupos ocupacionales en la sociedad alemana al momento de la toma del poder por los nazis. Esto a su vez nos revela bastante sobre las posibles variaciones al atractivo que tenían los nazis.[3] Puesto que el PNSTA era en buena medida un partido de varones —94.5 % de sus miembros lo eran—[4] y puesto que el objetivo de su esfuerzo de reclutamiento era también casi exclusivamente gente del sexo masculino, he localizado, donde me fue posible, el número de varones en cada categoría ocupacional.

Este aspecto tiene un peso importante sobre la interpretación de las estadísticas, puesto que muchas veces el PNSTA ha sido caracterizado como que tenía un especial atractivo para los trabajadores de cuello blanco, productos de la sociedad industrial avanzada, debido a su posición tan insegura como empleados que dependen de la administración para sus salarios tanto como los obreros dependen de las fábricas para los suyos. Pero al mismo tiempo, como los trabajadores de cuello blanco hacen trabajo "limpio" es decir, no manual, dentro de una oficina que los mantiene más cerca de la dirección, se estimula su tendencia a mirar hacia abajo y a temer a los obreros industriales. En los años treinta, tanto como ahora, una buena proporción de estos trabajadores de cuello blanco era de mujeres que hacían labores secretariales. Si las incluimos en nuestros números, la proporción de miembros del PNSTA entre los empleados de cuello blanco se convertiría en la *menos* nazificada de las ocupaciones no manuales. A primera vista, este resultado parece una sorpresa que contradice la interpretación predominante del nacional-socialismo y del fascismo en general, según la cual se trató de una revuelta de la pequeña burguesía. Este aspecto va a requerir de mayor análisis, el cual se hará más adelante. Por ahora baste con observar que la paradoja desaparece cuando se considera sólo a los trabajadores de cuello

[3] La elección también nos arroja información muy valiosa. Sin embargo, su interpretación es difícil puesto que lo que nos da se refiere sólo a unidades geográficas y es necesario hacer las inferencias sociológicas y políticas sobre la base de lo que se sepa respecto a su carácter social. Más aún, para los temas que aquí se analizan, es importante identificar al tipo de gente que se unió al partido más que a aquellos que votaron por él. Por eso he dejado de lado los resultados. Para una interpretación diferente de estos datos, véase Seymour Martin Lipset, *Political Man*, pp. 131-152; Rudolf Heberle, *Social Movements*, pp. 222-237, y Richard Hamilton, *The Bases of National Socialism*.

[4] *Parteistatistik*, 1, p. 41.

blanco *varones* como el objetivo de reclutamiento del partido, pues entonces este grupo ocupacional está en el tercer lugar en términos de la proporción de miembros nazis, aunque numéricamente sea el más grande en el grupo uno de la tabla 13 que presentamos más adelante, distinción que se observa con mucha claridad, pues he clasificado a las categorías ocupacionales por la proporción de membresía nazi que tenían.

Un lector alerta podría preguntarse si estos resultados pudieran estar distorsionados por el fenómeno del oportunismo. ¿Acaso no podría haber cambiado mucho la composición social del partido dos años después de que Hitler llegó al poder? Afortunadamente, los líderes del partido estaban muy preocupados por esta posibilidad, de modo que en varios lugares de la *Parteistatistik* aparece la expresion *Konjunkturritter* (que literalmente quiere decir caballeros del mercado creciente) para caracterizar a los oportunistas. Es muy posible que ésta fuera la principal razón del partido para recopilar los datos, lo que incluye información que nos permite evaluar esta objeción y decidir que tiene poca importancia.

Las elecciones del 14 de septiembre de 1930 fueron las primeras en las que los nazis aumentaron su voto hasta el punto en que parecían tener una buena oportunidad de ser el partido ganador, ya fuera legal o ilegalmente. Los miembros del partido que se les unieron antes de esa fecha, difícilmente lo hicieron por razones de oportunismo. La *Parteistatistik* nos proporciona datos sobre su distribución ocupacional, así como sobre la membresía total en 1935. Una comparación del porcentaje de todos los miembros del partido en diferentes ocupaciones en 1935, con la correspondiente distribución de los leales —como podemos llamar a aquellos cuya membresía es anterior a 1930— nos revelaría una diferencia sorprendentemente pequeña. La proporción de obreros industriales y trabajadores agrícolas (que no se pueden distinguir para este cálculo en el PNSTA) creció en 4 % y la de los trabajadores de cuello blanco disminuyó en 4.4 %. Todas las demás categorías ocupacionales mostraron cambios menores.[5]

Al interpretar la tabla número 13, lo primero que se debe tomar en cuenta es el hecho de que como partido supranacionalista, el PNSTA trató de reclutar alemanes entre todos los segmentos de la población. En su propaganda hacían mucho escándalo con la idea de una "comunidad del pueblo" y con la destrucción de los alineamientos de clase. La membresía total del partido, que era de 2 493 890 personas, resulta ser un 7.7 % del total de la fuerza de trabajo (*Erwerbpersonen*) que era de 32 296 496 personas. De estos poco

[5] Véase *Idem*, I, la tabla en la p. 70. Puesto que el número de leales al partido era tan pequeño como para sólo arrojar en la mayoría de los casos fracciones del porcentaje, he utilizado las cifras de membresía de 1935, a fin de compararlas con el censo. Mientras que la tabla nazi también proporciona datos sobre miembros menos leales que se unieron entre septiembre 15 de 1930 y enero 30 de 1933, e incluso después de esta fecha, nos podemos permitir hacer caso omiso de estos datos. Así que, si ignoramos cualquier diferencia de menos del 5 %, procedimiento que es recomendable debido a otras fuentes probables de error, podemos utilizar la tabla número 13 como una primera aproximación hacia una evolución del atractivo popular que ejercieron los nazis entre diferentes grupos ocupacionales.

TABLA 13

GRUPOS OCUPACIONALES SELECCIONADOS Y CLASIFICADOS POR LA PROPORCIÓN DE MIEMBROS DEL PNSTA, CON BASE EN CIFRAS DEL PARTIDO EN 1935 Y A LOS INFORMES OFICIALES DEL CENSO

(en miles)

	Número de miembros del PNSTA *en*		*Número de varones*		*Tasa de desempleo para Hombres*		*Ocupación*		*Proporción de nazis en hombres ocupación*		
Ocupación	*sub gpo*	*gpo*	*sub gpo*	*gpo*	*sub gpo*	*gpo*	*sub gpo*	*gpo*	*sub gpo*	*gpo*	
Grupo 1											
1. Maestros		84		307		212				.40	
2. Pequeños Comerciantes auto-empleados		188		1000 (est)		150 (est)				.25	
3. empleados de cuello blanco (total) de los cuáles		484		3916		2385		.24		.22	.20
a. técnicos y otros	197		1203		817		.23		.20	.24	
b. ventas, oficina	287		2713		1568		.24		.21	.18	
4. Estudiantes		34		334		187				.18	
5. Funcionarios		223		1464		1336				.17	
6. Artesanos auto-empleados		208		1279							.16
7. Campesinos		255		2005		1805				.14	
8. Profesiones libres		79		716		622			.03 a .61	.13	
Grupo 2											
9. Trabajadores en la industria y artesania (total) de los cuales		662		9939		7982		.42		.39	.08
a. calificados en metal	155		2232		2156					.39	.07
b. otros calificados	322										
c. no calificados	162										
d. mineros	22		446		446		.37			.05	
10 Trabajadores agrícolas		94		2530		1672		.15		.12	.06
Gupo 3											
11. Rentistas y pensionados		38		5822		2786				.01	
17. Amas de casa		65		9901							.0006

FUENTES: de la *Parteistatistik* Nazi, vol. I, pp. 55, 68, 70, 72 se pueden obtener cifras separadas para la mayoría de los grupos ocupacionales, aunque esta fuente junta a miembros de una misma categoría (véase *Arbeiter*) ocultando algunos aspectos sociales. Los principales datos para el número de personas en las categorías ocupacionales vienen de *Statistik des Deutschen Reich* (SDR) Bd. 453, H2, p. 22-23; sobre el desempleo, *ibid.*, pp. 9, 12-13, 15, 25-26. Los porcentajes para el desempleo y para la proporción de nazis en las distintas ocupaciones son cálculo mío. Además, para las ocupaciones específicas he utilizado SDR Bd., 458, 459 y 461 y también

Statistisches Jahrbuch für das Deutsche Reich (1934) y para las definiciones de grupos ocupacionales *Das Grosse Brockhaus* (15a ed.) Las fuentes utilizadas para cada grupo en esta tabla se encuentran a continuación.

1. Maestros: SDR, Bd. 453, H2, p. 23, en donde totalicé a las personas de las categorías censales números 356-360.

2. Pequeños comerciantes auto-empleados: SDR, Bd. 458, p. 35 en donde totalicé a las personas en las categorías Wz 414, 442, 411, 451 llegando a un total de 1 133 000 personas. Para excluir a los dueños de las grandes tiendas de departamentos y similares, simplemente reduje este total a 1 000 000. Probablemente esta cantidad sea baja, puesto que las pastelerías, sastrerías, etcétera, que producen y venden bienes, aparecen en otra parte del censo como artesanos auto-empleados (SDR, Bd. 453, H2, p. 17). Puesto que tres cuartas partes de los pequeños comerciantes eran varones, ofrezco para ellos solos una estimación de 750 000 (véase *ibid.* p. 52).

3. Trabajadores de cuello blanco: SDR, Bd. 453, H2, p. 52, en donde totalicé a empleados que no fueran de la gerencia en las categorías W-abt 2/3, 4 y 5. Los empleados en la agricultura y los domésticos quedaron excluidos.

4. Estudiantes: *Statistisches Jahrbuch* (1934) en donde totalicé a las personas desde el 10^{o} hasta el 12^{o} grado escolar en primarias, en escuelas de educación media y en universidades.

5. Funcionarios: SDR, Bd. 453, H2, pp. 14-15, 52.

6. Artesanos auto-empleados: SDR, Bd. 453, H2, pp. 16, 17.

7. Campesinos: la cifra para éstos en la población general dada por la *Parteistatistik*, vol. I, p. 53, es de 6 669 000, un total muy inflado porque posiblemente incluye a miembros de la familia que trabajan. Véase SDR, Bd. 453, H2, p. 52. Se puede obtener una estimación más realista en la cantidad para los campesinos que son propietarios o que trabajan la tierra si se utiliza como definición de campesinos a aquellos que trabajen entre 2 y 100 hectáreas, con un 90% de ellos como propietarios-operadores. Véase SDR. Bd. 459. H. vol. I, pp. 54-55. En cuanto a esto, hay otro volumen del censo que informa de un total de 2 005 000 *inhaber* o tenedores que bien podrían ser dueños, rentistas o tenedores por cualquier otra forma de tenencia. Véase SDR, Bd. 461, H. vol. I, p. 12. Si entonces consideramos como campesinos o propietarios al 90% de estos *inhaber*, llegaremos a un total de 1 805 000, o sea, un 27% de la cifra nazi.

8. Profesiones libres: la definición alemana de *Freie Berufe* es más amplia que la que se usa en inglés. Para la definición he utilizado *Der Grosse Brockhaus* (15^{a} ed.), vol. 7, p. 100. s. v. "Geistesarbeiter" y vol. 6, p. 563, s. v. "Freie Berufe". Sobre esta base he agregado las categorías del censo números 167, 171, 271, 361-5, 370, 373, 381, 383-4 (ingenieros y técnicos, químicos, arquitectos y maestros, constructores, editores y escritores, artistas, abogados, abogados de patente, consultores legales, cantantes y maestros de voz, actores, médicos, cirujanos dentales, dentistas y técnicos dentales) en SDR, Bd. 453, H2, pp. 22-24.

9. Obreros: SDR. Bd. 453, H2, p. 52 en *ibid.*, p. 22, para los metalúrgicos calificados he totalizado a los varones de las categorías censales 141-166 deduciendo a los propietarios y a las mujeres. Mineros: *ibid.*, p. 22, en la que no aparecen mujeres, aunque algunas sí estaban empleadas como trabajadoras sobre tierra.

10. Trabajadores agrícolas: *ibid.*, p. 52, véase también pp. 22, 12, 19.

11. Rentistas y pensionados: SDR, Bd. 453, H, 2, pp. 5, 6.

12. Amas de casa: SDR, Bd. 453, H, 2, pp. 5, 6.

menos de dos tercios, o sea 20 817 033, eran varones.[6] Si tomamos a los varones como el principal objetivo de reclutamiento de los nazis, es posible estimar que la membresía del partido representaba alrededor de 12% de la fuerza de trabajo. Si esta membresía hubiera estado distribuida de manera equitativa entre todas las ocupaciones, la "cuota" nazi hubiera sido de aproximadamente 12 % en cada una de ellas.

[6] Las cifras del censo están en SDR, Bd. 453. H 2, 6.

En lugar de eso, la tabla 13 se divide de manera natural en tres tipos de ocupaciones. El grupo 1 contiene principalmente una serie de ocupaciones de clase media baja, término que analizaremos con cuidado en seguida. En estas series, el poder de atracción del PNSTA varía de ser apenas una sombra sobre su "cuota", hasta más de tres veces esa cantidad. El grupo 2 contiene a los obreros manuales en la ciudad y en el campo. Para éstos, el atractivo del PNSTA cayó de más o menos dos tercios a la mitad de su "cuota". Los miembros del grupo 3 estaban esencialmente fuera de la economía y para éstos el atractivo nazi era mínimo. Veamos más de cerca a cada uno de estos segmentos.

En el grupo 1 encontramos un amplio contingente de pequeños propietarios que enfrentaban dificultades para colocar sus mercancías en el mercado. En la categoría 2 hay pequeños comerciantes que enfrentaban la competencia de las empresas que enviaban órdenes por correo. Muchos campesinos, pequeños propietarios rurales, enfrentaban deudas de hipotecas así como de mercado para sus productos. Artesanos tales como carpinteros, zapateros y relojeros poseían habilidades adquiridas con mucho esfuerzo para las cuales el mercado no tenía demanda, pues era un mundo fuera de la coyuntura histórica. Si tomamos todas estas cosas juntas, los dueños de pequeñas propiedades y de habilidades manuales constituyen lo que se conoce como la vieja clase media, el residuo histórico de una etapa más temprana del capitalismo. Y aunque sería demasiado afirmar que estaban destinados a extinguirse en el capitalismo avanzado, en la Alemania arrasada por la depresión sin duda tenían problemas.

La nueva clase media fue el resultado del aumento del gran gobierno y la gran industria. Sus principales componentes eran los empleados asalariados y los empleados en los negocios y el gobierno. Los maestros, que era una ocupación con la más alta proporción de miembros en el PNSTA, pertenecen a esta categoría. Muchos de los miembros del partido probablemente eran maestros de escuelas primarias. Hay aquí signos de una relación entre el grado muy limitado de educación, es decir, una habilidad mental adquirida con mucho esfuerzo y cuyos resultados no eran rápidamente mercantilizables, y el poder de atracción que ejercía el partido. Entre los empleados de cuello blanco, la proporción de miembros en el sector técnico era mucho más alta que en el sector de ventas y de oficina, aún cuando las tasas de desempleo eran casi idénticas. Lo mismo es cierto para las profesiones. Tal como es esta categoría censal alemana, el término *Freie Berufe* incluía tanto a segmentos de la vieja clase media, como abogados y médicos, y de la nueva, tales como ingenieros y una diversidad de técnicos. Se trata de un grupo heterogéneo unido por la necesidad de encontrar una salida en el mercado y también algún grado de aprobación social para sus capacidades. La tasa de fracasos para encontrar esto, según se la mide por las estadísticas de desempleo, variaba mucho de una profesión a otra. Era de 16 % para los químicos, 33 % para los ingenieros y técnicos en metalurgia, 61 % para los actores y menos de 3 % para los médicos. De modo que, de la proporción total de miembros del PNSTA, el 13 %, o aproximadamente la "cuota" en este sector, seguramente ocultaba amplias variaciones de una profesión a otra.

En síntesis, las características sociales del grupo 1 confirman la tesis tan conocida, aunque tantas veces puesta en duda, de que el PNSTA atraía en masa a las clases medias bajas. Los resentimientos que según esta evidencia alimentaban al movimiento nazi eran los del "pequeño hombre" enojado con las injusticias de un orden social que amenazaba con (o fracasaba al) gratificar las virtudes del trabajo duro y de la auto-negación conforme esos esfuerzos personales cristalizaban en la tienda del comerciante, en el pedazo de tierra del campesino, en la habilidad manual del artesano, en el empleo del trabajador de cuello blanco y en las capacidades del técnico y del periodista. Aquí estaba uno de los posibles resultados de la teoría del valor.

Aunque hay una disminución muy clara de nazis en el grupo 2, compuesto de obreros manuales, eso no es suficiente para sostener la tesis de que los trabajadores *industriales*, a pesar de la tasa verdaderamente catastrófica de desempleo, eran inmunes al atractivo de los nazis. Con un 12 % (exactamente 11.7) como su "cuota", el partido aparentemente consiguió, con una tasa de reclutamiento del 8 %, atraer algo así como dos tercios de su "cuota" esperada de obreros industriales. Incluso si concedemos que hay poca confiabilidad de las estadísticas y una proporción incierta de miembros nominales, su éxito aquí representa un desempeño efectivo y siniestro. Quizá el lector recuerde que los obreros metalúrgicos calificados habían sido una de las principales fuentes del impulso militante e incluso revolucionario de 1918. Aunque los datos muestran que no se pasaron al nazismo en grandes números, ni siquiera en 1935, los nazis fueron capaces de incursionar entre ellos hasta conseguir más de la mitad de su "cuota". La tasa entre los mineros, que es lo más cerca que podemos llegar con los datos disponibles hasta un segmento del proletariado industrial "puro", resulta ser la más baja de los grupos de trabajadores manuales.

Los miembros del grupo 3 comparten la característica común de estar en una posición marginal a la economía o de plano fuera de ella, y en buena medida, también del resto de las instituciones de la sociedad. Y lo estaban en un sentido diferente al del desempleo, si bien para los pensionados el efecto económico debe haber sido en muchos casos el mismo, si no es que más desesperado. Por supuesto que una ama de casa podía encontrar un trabajo *si* es que podía conseguirlo en esa época de tan desastroso desempleo, y aunque tanto los que recibían pensión como las amas de casa tenían una posición aceptada socialmente, seguramente muchos estaban económicamente atrapados y amarrados. Las consideraciones "objetivas" podrían fácilmente llevar a la conclusión de que también esos grupos estaban llenos de un resentimiento desesperanzado, pero de ser así —y creo que sí lo era— este resentimiento debe haber sido de una forma muy diferente al que encontramos en el grupo 1. Ahí donde las personas de este último contribuyeron por lo menos con su "cuota" de miembros nazis, las formas de resentimiento marginal sirvieron para producir sólo una doceava parte de la "cuota" entre los rentistas y pensionados varones y aún menos entre las amas de casas.

Las diferencias entre los grupos se pudieron deber a los esfuerzos frustados o no gratificados. Ya hemos podido llamar varias veces la atención hacia

el resentimiento que puede producir el trabajo duro sin recompensa. Toda la gente en el grupo 1 estaba de una forma o de otra sujeta a este tipo de experiencia frustante. Por su parte, los del grupo 3, estaban en posiciones sociales que los liberaban de la obligación de trabajar. Los obreros en el grupo 2 estaban en una situación diferente, pues grandes cantidades de ellos no podían *encontrar* trabajo.

En el grado en el que haya una clave explicatoria central de la forma fascista de resentimiento que sugieren estos datos, ella parece apoyarse en las diferentes formas de agravio moral que son generadas por los seres humanos frustados, que son capaces de trabajar duro y que desean hacerlo. Una ética vigorosa de trabajo podría ser el precursor histórico necesario para este tipo de movimiento reaccionario y cruel. Vale la pena seguir esta pista.[7]

¿Qué sucede con el carácter social del propio PNSTA? En tanto que era un partido muy organizado y disciplinado —lo cual constituye tanto la esencia como la inspiración para este tipo de resentimiento y agravio moral que aquí se analiza— tenía una vida propia. Este aspecto sólo lo analizaré tangencialmente cuando se observen sus efectos sobre sus miembros ordinarios. En este momento sólo nos interesa lo que podemos aprender de las fuentes estadísticas sobre qué tipo de gente eran. La tabla 14 presenta a la membresía categorizada de acuerdo con ciertas distinciones sociales contemporáneas que nos son conocidas y útiles. Dentro de la categoría del trabajo no manual, hay todavía la distinción entre, por un lado, los empleados de cuello blanco que desempeñan tareas rutinarias junto con el dueño de una tienda de menudeo, y por otro, los grandes propietarios,[8] los médicos, abogados, administradores y funcionarios gubernamentales. En este estrato, las personas por lo general ejercen un considerable control e influencia sobre las vidas de otras personas. En aras de la conveniencia nos podemos referir a estos grandes agrupamientos como clase trabajadora, clase media baja y clase media alta, aunque en la tabla preferí utilizar el término más neutral de categoría social, lo que permite una diversidad de combinaciones para hacer las estimaciones de la composición del partido en términos de clase social.

Con los datos disponibles no hay mucha dificultad para distinguir entre los trabajadores manuales y algunos de los principales componentes de la clase media baja. Pero hay dificultades más grandes para especificar cuál es la proporción del PNSTA que vino de la clase media alta. Por ejemplo, ¿en dónde debemos colocar a los maestros? Para hacer posible tanto una estimación mínima como una máxima del componente de la clase media ba-

[7] Para el Japón, esta hipótesis tiene sentido sobre la base de mi limitada información. El fascismo italiano bien pudo haber sido una mezcla de una ética del trabajo frustada, con un intento por imponer una ética de trabajo. En esta cultura mediterránea "hacer que los trenes salieran a tiempo" presentaba algunos de los problemas que los marxistas ven como "disciplinar a la fuerza de trabajo", mientras que en Rusia ese proceso histórico lo llevó a cabo el partido comunista. Hay aquí un campo fascinante para la investigación.

[8] Éstos no son identificables ni en las estadísticas del censo ni en las del PNSTA. He evitado cualquier intento de adivinar sus proporciones en el partido, puesto que mi interés principal son los movimientos plebeyos y populares.

TABLA 14

COMPOSICIÓN SOCIAL DEL PNSTA EN 1935

(en miles)

ocupaciones	*Número de miembros en*		*porciento de la membresía total del* PSDI *en*	
	ocupación	*categoría social*	*ocupación*	*categoría social*
1. Manuales				
Trabajadores en industria y minas	662		26.5	
Trabajadores agrícolas	94		3.8	
Campesinos (*Erbhofbauern*) y otros	255		10.2	
Total		1011		40.5
2. Manuales, clase media baja				
Artesanos autoempleados	208	208	8.3	8.3
3. No manuales, clase media baja				
Empleados de cuello blanco	484		19.4	
Pequeños comerciantes autoempleados	188		7.5	
Total		672		26.9
4. Mezcla de clase media baja a clase media alta				
Funcionarios	223		8.9	
Maestros	84		3.3	
Profesionales libres	79		3.2	
Total		387		15.5
5. Diversos	80	80	3.2	3.2
6. Sin ocupación				
Rentistas, pensionados	38		1.5	
Amas de casa	65		2.6	
Estudiantes	34		1.3	5.5
Total		136		
Gran total (126)	2494	2494	100	100

FUENTE: Parteistatistik I, 55,63,64,68,70

Nota: Las discrepancias se deben al redondeo de las cifras.

ja en el PNSTA, he puesto a todos los miembros posibles de la clase media alta en la categoría número 4 "misceláneos" Veamos ahora los resultados de una manera más general.

En un sentido aproximado y preliminar, la composición social del PNSTA en la tabla 14 presenta un modelo que es la imagen especular de lo que

reveló la clasificación por rango de las ocupaciones nazificadas que se presentó en la tabla 13. Si sumamos a aquellos que trabajaban manualmente en las categorías 1 y 2, obtendremos 1 219 000, lo que representa el 48.8 %, o sea, casi la mitad de la membresía del partido. Aquellos que claramente son clase media baja, es decir, la categoría 3, constituyen poco más de un cuarto o 26.9 %. Según esta interpretación, el PNSTA estaba formado principalmente por gente para la cual ejercía una mínima atracción. En otras palabras, la zona más débil del campo magnético nazi era la que atraía a la mayoría de sus miembros, debido a la estructura demográfica específica de la sociedad alemana, en la cual los trabajadores manuales sobrepasaban en número a los trabajadores de cuello blanco. En 1933, estos últimos junto con los funcionarios, componían el 17.1 % de la fuerza de trabajo, mientras que los obreros (incluyendo a los trabajadores agrícolas) eran el 46.3 %. [9] Poco más adelante voy a presentar una interpretación diferente, pero antes es necesario estar de acuerdo en que la atracción que ejercía el partido efectivamente cruzaba las líneas de clase, y que entonces era un partido popular o populista formado sobre todo por "gente pequeña", ya que más de tres cuartas partes de sus miembros pertenecían a esa categoría tan fluida y al mismo tiempo tan significativa.

Si observamos más de cerca la tabla 14, podemos ver que los obreros en la industria y la minería, que eran el 26.5 % de la membresía del PNSTA y los elementos más claramente clase media baja en la categoría 3 con 26.9 %, constituían juntos poco más de la mitad (53.4 %) de la membresía. Pero es obvio que la categoría 3 representa una concepción demasiado restringida de lo que es clase media baja, y que algunos de sus miembros han sido incluidos en otras categorías. Pero decidir cuántos, es cuestión de juicio. Al 26.9 % en la categoría 3, propongo aumentarle: 1) a todos los artesanos auto-empleados en la categoría 2, o sea 8.3 %; 2) a un poco más de la mitad de la categoría 4, o sea 8 % y 3) a otro 2 % de aquellos sin ocupación en la categoría 6. Aún así el total viene a ser menos de la mitad (45.2) del PNSTA.

De esta manera llegamos a la sorprendente conclusión de que la principal expresión organizativa de los resentimientos de la clase media baja probablemente no proporcionó más de la mitad de la membresía, pero por otra parte, éste era el grupo más grande en el partido, que junto con los obreros industriales conformaba poco más de un cuarto. Estos hallazgos nos ayudan a explicar la flexibilidad de la estrategia nazi, lo cual sin embargo no es su significado principal. Es muy probable que ni los movimientos políticos democráticos ni tampoco los autoritarios sean capaces de perseguir con consistencia los objetivos de aquellos cuyos intereses y aspiraciones afirman encarnar. En lugar de eso, los hallazgos sugieren que en la búsqueda del escenario principal y de los contornos del nacional socialismo, hemos empujado a una cierta forma de investigación hasta lo más lejos que puede llegar y aún así hemos obtenido resultados. Ninguna ingenuidad en la manipu-

[9] SDR, Bd. 453, H 2, p. 7.

lación de los datos del censo y de las cifras de la membresía podría efectivamente revelar cómo se sentía y comportaba la gente: sus miedos, enojos y explicaciones del mundo. Forzar al fascismo alemán dentro de una camisa de fuerza psicológica de puro resentimiento de las clases medias bajas sería equivocado, y en última instancia, no nos diría nada. Los datos estructurales pueden proporcionar la información indispensable sobre qué tipo de gente podía tener ciertos sentimientos o cuánta de esa gente podía haber estado ahí en ciertos momentos, así como su lugar en la compleja y cambiante red de las relaciones sociales. Pero eso no es suficiente. Para saber lo que los seres humanos sienten como injusto y lo que tratan de hacer respecto a esa concepción particular de injusticia, es necesario buscar otro tipo muy diferente de evidencias.

3. *Formas y orígenes del agravio moral nazi*

El hecho de que el PNSTA tuviera tantos obreros industriales o al menos urbanos, era una ventaja política muy clara. Incluso si el atractivo del partido era más efectivo entre las clases medias bajas, este hecho le daba un aire de verdad a su afirmación de que hablaba y actuaba por y para todos los alemanes, o mejor dicho, para todos los alemanes patriotas. Después de que ganaron el poder, sus políticas de conquista y saqueo —mientras duraron— efectivamente se tradujeron en beneficios para la mayoría de los alemanes. El rearme acabó con la plaga del desempleo y ayudó a generar ganancias para las empresas. Después de la guerra, muchos alemanes afirmaron con amargura que Hitler había cometido sólo un error: el de perderla. Debemos tener presente que en cualquier país un llamado nacionalista tiene alguna base y que en medio de la agitación de los últimos años de la República, en éste había un sentimiento de que todos los alemanes compartían un legado histórico común y de que estaban en el mismo barco por el hecho de ser habitantes del mismo estado.

Incluso si lo lograron con grados muy diferentes de éxito, los nazis pudieron atraer —y así lo hicieron— a todos los estratos de la población. Ahí donde pudieron meterse, fue porque evidentemente pudieron encontrar respuesta entre individuos con un cierto conjunto de experiencias compartidas y un cierto tipo de estructura mental, o al menos una serie de inclinaciones previas. Tanto las experiencias como la manera de interpretarlas eran productos históricos y sociales que debemos investigar. Para ello nos sirven los relatos autobiográficos de algunos nazis comunes y corrientes, miembros de las bases, reunidos por Theodore Abel en 1934.[10]

Una de las características más notables de estas autobiografías es la moral y la perspectiva de la vida tan convencionales que tenían estos individuos, como resultado de su educación. Hay un énfasis recurrente sobre el

[10] Véase Abel, *The Nazi Movement: Why Hitler Came to Power*. Para un análisis estadístico de los datos de Abel véase Peter Merkl, *Political Violence under the Swastika: 581 early nazis*.

trabajo duro, la honestidad, la obediencia leal a la autoridad debidamente constituida,[11] el patriotismo y las virtudes de ser un buen hombre de familia como receta para una vida satisfactoria y útil. Los escritos por lo general describen a los padres de familia en una forma idealizada que sigue estos cánones, incluso cuando se trataba de casos de familias de la clase obrera en las que el padre era socialdemócrata. Entre esos ejemplos podía haber signos de diferencias entre la madre y el padre por cuestiones religiosas, y aunque la atmósfera suena muy estricta, sí había lugar para la indulgencia de algunas travesuras y excesos infantiles, lo cual resulta coherente con la estricta demarcación de los papeles sexuales y con el énfasis en las virtudes de la masculinidad, que son muy notables en esos relatos.

La moral es común a hombres de muy diferentes ocupaciones y no aparece como específica de ninguna clase social particular. Más bien representa la suma de varias influencias históricas convergentes. En ciertos momentos hay fuertes ecos de la muy simple buena fe moral que era una forma de ser común y muy evidente entre los artesanos desde 1848, pero sin sus fuertes tonalidades religiosas, y también se reconoce con facilidad todo el conjunto de virtudes que eran los ideales del temprano capitalismo competitivo.

Por otra parte, este complejo institucional nunca puso pie firme en Alemania. Como sabemos, la competencia o *Concurrenz* se veía como el demonio. Así que, como se verá más adelante, había contradicciones: se espera que el individuo haga su vida a su propio modo y a través de sus propios esfuerzos, pero de algún modo, esto no debe hacerse en competencia con otros. Se puede también detectar algunas influencias que son muchó más recientes y que vienen del adoctrinamiento de las clases altas en el patriotismo y la obediencia. El sistema educativo, el ejército y las experiencias diarias en el contacto con quienes tenían la autoridad, tuvieron que ver en una parte importante de la población subordinada. Todo el conjunto es muy convencional y presenta la huella de experiencias históricas específicas, así como de su amalgama. Todo esto es pequeño burgués más que burgués (y difícilmente podría ser patricio, pues no hay ningún sentimiento de acostumbrarse a ser objeto de deferencias) con una fuerte carga de características burocráticas e incluso feudales. Las primeras toman la forma de un énfasis en la importancia del desempeño de una tarea limitada de manera disciplinada y las segundas aparecen como un sentimiento de honor y una lealtad difusa hacia los superiores.[12] Aún así, sería un error hacer demasiado hincapié en los aspectos estrictamente alemanes. Ya he afirmado en otra parte que el fascismo fue un fenómeno histórico mundial, aún cuando alcanzó su forma más virulenta y destructiva en Alemania. En general, existían las mismas causas,

[11] Sin embargo, Merkl en *Idem*, pp. 489-91, 691 informa sobre y analiza los 76 casos de un total de 581 que mostraron una hostilidad generalizada hacia toda autoridad.

[12] Para un excelente estudio histórico sobre la acción recíproca entre las características feudales y las burocráticas, véase Hans Rosenberg, *Bureaucracy, Aristocracy and Autocracy: The Prussian Experience 1660-1815*. Este autor muestra que las formas de obediencia ciega y amoral que algunos estudiosos ven como resultado de la sociedad industrial avanzada, aparecieron en Alemania mucho antes de la revolución industrial.

incluyendo una moral y una visión de la vida similares, como tendencias dominantes en muchas partes del globo.[13]

Equipados con esta manera de percibir y juzgar el mundo, que era una forma bastante difundida, aunque para nada universal en Alemania después de 1918, estos jóvenes pasaron por una serie de experiencias muy desilusionantes y amenazadoras. Para más de un soldado, el regreso a su tierra en situación revolucionaria en 1918, fue un golpe amargo y un desafío al que respondió como si fuera un castigo, como se puede ver en este relato:

> Las tropas regresaban una vez más a la patria, y aún así un signo de disgusto se veía en sus ojos. Chicos imberbes, desertores libertinos y prostitutas les arrancaban las insignias de los hombros a los luchadores del frente y escupían sobre sus uniformes grises. Y al mismo tiempo murmuraban algo sobre libertad, igualdad y fraternidad. ¡Pobre gente engañada! ¿Eran esto la libertad y la fraternidad? Gente que nunca había visto un campo de batalla, que nunca había oído el silbido de una bala, insultaba abiertamente a hombres que durante cuatro años y medio habían desafiado al mundo con las armas, que habían arriesgado sus vidas en innumerables batallas, con el único deseo de proteger a este país del horror.
>
> Por primera vez empecé a sentir un odio inmenso hacia esa escoria humana que pisoteaba todo lo puro y limpio que había bajo sus pies.[14]

Otros que también se convirtieron en nazis, referían experiencias similares y hablaban de ellas como "una bofetada en la cara de todo alemán decente", una situación en la que "el heroísmo se había convertido en cobardía, la verdad en mentira y la lealtad se premiaba con el amedrentamiento" Uno que era demasiado joven para pelear, contaba que llevaba un gorro monárquico de colores rojo, blanco y negro (de los que usaban los estudiantes que pertenecían a algún coro) mientras caminaba por las calles de Berlín el día de la revolución Dos hombres se le acercaron, le arrancaron la prenda y le golpearon los oídos. "Empecé a llorar —siguió diciendo—, no tanto porque hubiera perdido mi gorro, sino porque esos hombres habían sido tan viles como para golpear a un niño. El amargo resentimiento de ese momento me hizo una fuerte impresión que me duró para siempre" [15]

Golpes mucho más fuertes sintieron los hombres que descubrieron que las virtudes tradicionales de la frugalidad y el trabajo duro —o por lo menos, de los intentos por ponerlos en práctica— ya no eran el camino para la satisfacción y la seguridad económica en la Alemania de la postguerra. Muchos de los relatos dan cuenta del miedo a irse para abajo en el mundo o de las lágrimas de dolor frente a esa posibilidad. Lo que despertaba el resentimiento más agudo era que otras personas, sobre todo los judíos, parecían triunfar sin invertir mucho trabajo y en formas que a los nazis les parecían parasitaria. Así, el tabú tan difundido del que hemos hablado en un capítulo anterior sobre "el perro en el pesebre" reaparecía de forma ominosa, lo

[13] Véase *Social Origins of Dictatorship and Democracy*, cap. 8.
[14] Abel, *Nazi Movement*, p. 24.
[15] *Idem*, pp. 25-7.

mismo que el resentimiento hacia el esfuerzo sin recompensa. He aquí una historia típica:

> Mi tarea más urgente en 1919, era la de convertir de nuevo mi negocio en una cuestión importante, y esto era muy difícil puesto que durante los largos años de guerra nadie había tenido tiempo de preocuparse por eso.
>
> Después de muchos esfuerzos, por fin conseguí algunos pedidos. Pero todas mis esperanzas se desvanecieron cuando la inflación puso fin a mis empeños... El hambre y las privaciones volvieron a aparecer en mi hogar. Maldije al gobierno que permitía esa miseria porque yo estaba convencido en ese tiempo de que la inflación no era necesaria en la escala en la que se ponía en práctica. Pero ella cumplió su objetivo: la clase media que todavía tenía algunos fondos y que siempre se había opuesto al marxismo, aunque sin combatirlo realmente, estaba completamente agotada.
>
> (Este hombre sigue contando que rechazó la invitación de varios amigos para unirse a uno de los numerosos movimientos reaccionarios del día), puesto que tambien aquí hubiera yo sido un extraño. La única forma de salir de nuestra miseria era encontrar a un hombre que pudiera lograr la unificación de todos los alemanes que aún tenían algún respeto por el honor.[16]

La inflación, que alcanzó proporciones astronómicas en 1923 y acabó con los ahorros en efectivo, fue para muchos una experiencia traumática. Observemos ahora como veía la situación un hombre que anduvo de trabajo en trabajo hasta que se convirtió en empleado del gobierno:

> Por el momento hubo el falso auge de la inflación que fue la estafa más grande perpetrada sobre un pueblo frugal y decente. El mundo se volteó de cabeza. Los diligentes eran castigados, mientras que los usureros se hacían ricos. Por todas partes surgieron casas públicas repletas de rameras. Todas las compuertas de la indecencia se abrieron de par en par. Aquel que luchó en el frente y la parte decente de la población emprendieron una batalla sin esperanza en contra de esta profanación. El parlamentarismo celebraba verdaderas orgías. Surgieron unos treinta y cinco partidos que sólo confundían a la gente, un verdadero aquelarre. Desprovisto de preparación política, enfermo de cuerpo y alma, el pueblo alemán se tambaleaba atolondrado detrás de los diferentes fuegos fatuos.[17]

Como muchos otros, este hombre percibió en términos morales una cuestión económica y reaccionó sintiendo que existía una conspiración inmoral, que era la fuente de una polución que debía arrancarse de raíz. Es esta una vieja reacción al desastre económico, que incluía también la hostilidad hacia las clases dominantes, no sólo hacia los nuevos ricos, sino también hacia las clases gobernantes tradicionales debido a su aparente indiferencia, seguridad y poca voluntad de ayudar. Junto con los sentimientos anticapitalistas, esta corriente de hostilidad de clase dio al movimiento nazi su apariencia radical antes de la toma del poder.

[16] *Idem*, p. 122.
[17] *Idem*, pp 123-4.

En una de las autobiografías que se reproducen completas, el hijo de un albañil recuerda la amarga impresión que le quedó de su contacto con las clases altas durante sus años de escuela:

> Íbamos a la escuela descalzos. Aunque nuestras ropas estaban limpias y enteras, los hijos de las familias de clase media llegaban con cuellos y zapatos. Demasiadas veces se me hizo sentir que eso les daba una ventaja, aunque esa superioridad no estuviera justificada por logros o capacidades.[18]

Cuando creció, este hombre:

> Vio demasiadas veces cómo el trabajador honesto era explotado por quienes apoyaban al capitalismo. Sentía yo mucha amargura por la forma en que el burgués engreído con sus ademanes pasaba por alto a su paisano alemán que era sólo un trabajador. Mi propia visión de la vida y mis propias observaciones sobre ella me llevaron a ver que la lucha de clases no era una situación provocada por el grupo trabajador. La clase media fue la que creó los prerrequisitos para ella mientras que por su parte a los falsos profetas les era demasiado fácil meter la cuña de manera tan funesta entre el pueblo alemán.[19]

Después de una serie de altas y bajas y de perder completamente la herencia de su joven esposa por la inflación, este hombre se alistó en las SS, en donde, según afirma, encontró lo que estaba buscando: una resurrección de las virtudes tradicionales, "la expresión de la constancia, la virilidad, la honestidad, la sencillez, la modestia". En las últimas líneas de su autobiografía, hace referencia a la purga sangrienta de 1934 y al fin del "radicalismo" nazi cuando Hitler ordenó a las SS que ejecutaran a Roehm, líder de los camisas pardas, y a otros rivales potenciales. "Vimos venir el 30 de junio de 1934. De nuevo el destino reducía la conciencia de la vida a una fórmula final: el líder nos llama, pistola en mano. Y todo lo demás desaparece" [20]

Con su mezcla de resentimiento de clase y abdicación de la razón disfrazada de virilidad, que culminó en el asesinato, esta biografía es la síntesis del componente radical del nacional-socialismo y del fascismo en general. Hay otros relatos que nos proporcionan variaciones o ampliaciones del mismo tema. Hay quienes hablan en términos más altisonantes y estereotipados respecto a los *Junkers*, que usaban sus látigos sobre los trabajadores en los feudos, o respecto a los comerciantes que reducían los cupones y hacían "esta existencia terrestre lo más placentera posible para su 'señora' y para su consentido hijo único", o sobre el desprecio de las grandes empresas hacia los trabajadores, y todo para concluir con explosiones retóricas sobre la comunidad del pueblo que debía poner fin a tales hostilidades.[21]

Vale la pena mencionar brevemente otro relato que describe el desencanto de un trabajador de cuello blanco hacia el *Deutschnationale Volkspartei*, un partido monárquico y reaccionario que tenía el apoyo de los *Junkers* y de

[18] *Idem*, p. 247.
[19] *Idem*, p. 248.
[20] *Idem*, pp. 259, 62.
[21] *Idem*, pp. 140-41.

los grandes industriales. La solución al problema del desempleo, según como este hombre la veía, era un mejoramiento general de la situación económica para absorber a los desempleados. Esta política implicaba, para él:

> ...años de gobierno de las bayonetas para enfrentarse a la desesperación que seguirá. ¡Que diferente era la atrevida propuesta que salió del corazón cálido y benévolo de Hitler! Su idea no era la de utilizar los recursos del Estado para ayudar a los industriales y terratenientes, sino más bien aprovecharse inmediatamente de ellos ¡para aliviar la miseria de los millones de alemanes desempleados! [22]

Esta afirmación nos revela otro aspecto de las corrientes emocionales que había entre las clases menos afortunadas: el deseo de tener los beneficios de la revolución sin el costo de los conflictos y sufrimientos. Esta esperanza la compartieron los nazis con muchas formas de liberalismo estatal, desde Franklin Roosevelt en adelante. Pero hay una diferencia significativa. Incluso la versión estatista del liberalismo presupone la continuación del conflicto de grupo, mientras que la visión de los nazis lo que buscaba era disolver el conflicto dentro de los marcos de "la comunidad del pueblo" como parte de una intensificación de la lucha a escala internacional en contra del liberalismo y el marxismo.

Para este momento, espero que ya haya quedado suficientemente claro que los nazis obtuvieron el apoyo popular de la gente que se sentía moralmente agraviada por el orden social que la rodeaba.[23] Se sentían las víctimas perseguidas de la República liberal capitalista de Weimar, y este sentimiento de persecución aumentó para quienes se unieron al partido nazi pues, según Abel, entre 1930 y 1932 varios cientos de nacional-socialistas fueron apedreados, balaceados y atacados con navajas o asesinados en riñas callejeras por grupos organizados de izquierda,[24] y aunque los jueces eran por lo general bastante indulgentes con los nazis y con otros grupos de derechistas que recurrían ocasionalmente a la violencia, las fuerzas policiacas locales sí trataban con dureza y severidad a los alborotadores. [25] El resultado de la persecución física fue el de intensificar la lealtad hacia Hitler y su causa.

[22] *Idem*, p. 129.

[23] El estudio estadístico de Merkl llega a la conclusión de que para la mayoría de quienes respondieron a Abel, las experiencias de camaradería en las trincheras, la derrota, la revolución, el estar expuestos a la ocupación extranjera y las condiciones en las zonas fronterizas, parecen haber sido los factores que precipitaron su adhesión al nazismo. A esto agrega, como un factor distintivo y crucial, la revuelta política de la generación joven "que dió al movimiento motivado por la guerra el poder para seguir adelante hasta el triunfo en 1933". Véase *Political Violence*, p. 711. Para esta generación joven, la camaradería en la batalla, encarnada en la noción de *Volksgemeinschaft*, parece haber sido importante por sí misma y aunque la parte más joven de este contingente no parece haber sido directamente afectada por la depresión, como jóvenes ellos fueron testigos de lo que la generación más vieja experimentaba de manera directa. Sobre estos aspectos, véase *Idem*, pp. 413, 420, 422-3, 443.

[24] Abel, *Nazi Movement*, p. 105.

[25] Para algunos ejemplos, tal y como los veían los nazis, véase *Idem*, p. 95-110. Algunas veces, el tono de estos relatos hace sospechar que los autores ponían demasiado énfasis en sus virtudes de viejos luchadores en favor de Hitler y en contra de otros que buscaron y encontraron destinos más suaves, lo que sin duda era un problema muy candente en tiempo de las purgas de sangre que sucedieron precisamente cuando se estaban reuniendo estas autobiografías. De ahí que se

Por supuesto que los miembros de base del partido percibían y explicaban los golpes que recibían de parte de una sociedad trastornada, en términos morales muy simplistas. Puesto que en su mayoría se veían a sí mismos como rigurosamente morales y muy trabajadores, las catástrofes y amenazas de catástrofe en sus vidas *tenían* que deberse a una causa externa, que era el demonio. Si el esfuerzo no conducía a una recompensa en la forma en que tradicionalmente se la esperaba, quería decir que algo debía estar radicalmente mal y que era inmoral (en otros tiempos y lugares los seres humanos pueden estar preparados —y de hecho lo han estado— para no esperar mucha gratificación). Este algo era en parte conspiración, y en parte un defecto radical de todo el orden social. Los nazis comunes y corrientes hacían generalizaciones; es más: generalizaban demasiado. No hay prácticamente ningun análisis social y económico concreto en su diagnóstico popular del orden social. En lugar de eso hay un sentimiento muy difundido de maldad y polución. Y se pensaba que si se arrancaba esto de raíz, a la manera viril y tradicional, los que no estaban contaminados podrían vivir felices para siempre en una "comunidad del pueblo". Éstos eran los elementos esenciales del diagnóstico y del remedio populares para el sufrimiento.[26]

La concepción nazi de la comunidad del pueblo[27] fue una respuesta a una serie muy diversa de experiencias y frustaciones. El principal contenido de esta noción tiene sus raíces en un recuerdo idealizado de la vida en las trincheras, en contraste con las desilusiones de la existencia civil. Esto quiere decir que la vida en las trincheras era de camaradería y de apoyo mutuo, y no de anonimato y competencia individualista. Por medio de un giro algo contradictorio de la memoria, ellos pensaban que los hombres en las trincheras eran juzgados por lo que realmente eran y podían hacer, de modo que lo

haga tanto hincapié en el tema de la lealtad a lo largo de la lucha. Por lo demás, es bastante claro que este síndrome sí existía.

[26] En su libro *Mein Kampf*, Hitler afirma muchas veces que la lucha tendría que seguir en una escala internacional después de que el PNSTA hubiera ganado el poder en Alemania. Pero en las largas citas de las autobiografías de Abel hay muy poca mención de la perspectiva de una lucha internacional. Para mí, el motivo antisemita también parece muy callado en comparación con la propaganda oficial hitleriana. Abel, en *Nazi Movementes*, p. 164 y en la nota 14, informa que 60 % de quienes respondieron no hicieron referencia a esta cuestión ni mostraron actitudes antisemitas, lo cual sin embargo bien podía ser porque el tema era tácito en grados muy diversos por parte de todos aquellos que se unieron al PNSTA. Merkl utiliza las mismas autobiografías en *Political Violence* y en la p. 499 cuenta, que excepto en un 25 %, no hay evidencias de antisemitismo. Sin acceso a los documentos, debemos preguntarnos sobre la confiabilidad de medidas cuantitativas como éstas, en las que los resultados mostraron tal discrepancia viniendo de hombres tan honestos. Por lo tanto, uno debe tomar con reserva los sugerentes hallazgos de Merkl según los cuales aquellos que revelan agresividad física, muestran el menor prejuicio verbal (pp. 488, 489). Según el autor, esta relación inversa puede reflejar una equivalencia en la función psicológica entre la acción violenta y el discurso simbólicamente violento. Sin embargo, como sabemos, las consecuencias para otras personas son muy diferentes. Es más, el lenguaje y hasta las fantasías violentas pueden ser la preparación psicológica para una conducta destructiva.

[27] Para un tratamiento algo diferente de esta cuestión, véase Merkl, *Idem*, pp. 96-118. Estamos de acuerdo con él en lo esencial: que fue un concepto clave para los miembros del partido (p. 101), derivado en buena medida de la experiencia de camaradería en las trincheras (p. 98).

único que contaba era el desempeño, igual que en las situaciones competitivas, pero supuestamente no entraban cualidades "externas": un hombre era lo que era, independientemente de su educación y pasado social. Y los lazos que se establecían entre los hombres se basaban en lo más esencial frente al peligro compartido, lo cual les parecía ser algo más profundo y genuino. En este sentido, la noción de comunidad era un arma igualitarista en contra de las distinciones de clase —nuevas y viejas— que tanto se resintieron en la República de Weimar. La vida debía ser un viaje permanente en espera de que llegara *Der Tag*.

Esta utopía aparece sobre todo como un viaje para hombres solos, tal como había sido la vida en las trincheras. Con sus excesivas tonalidades de ritual y renacimiento, así como de igualdad frente a un medio ambiente hostil, la comunidad del pueblo, como el partido nazi mismo, mostraban un parecido muy significativo con las *Männerbünde*, que eran organizaciones de hombres adultos que los antropólogos han encontrado en muchas sociedades iletradas.

Pero no es necesario llegar tan lejos para reconocer en la concepción de la comunidad del pueblo el reflejo de los sufrimientos y los deseos que se dan en muchas otras sociedades, incluyendo la nuestra, de modo que esto bien podría ser pan humano. En una forma idealizada y no muy velada de la comunidad del pueblo, se trata del regreso imaginario a la seguridad de la familia y de la infancia e incluso quizá del útero materno. Una razón muy obvia de esta fantasía es el miedo a las tendencias atomizadoras y egoístas (que son muy notables en los informes de los campos de concentración) que se pueden producir cuando escasean los bienes y servicios habituales, y los individuos empiezan la rebatiña, por ellos, a costa de los demás. Esta reafirmación forzada de los lazos sociales es la defensa más común y natural en contra de dicha tendencia, pues en la medida en que el orden capitalista es un intento por acentuar e institucionalizar la competencia, todos sus críticos han hecho hincapié en alguna concepción de comunidad o han tratado de inventar una nueva. En la comunidad ideal, todos los pleitos, sufrimientos e inseguridades que son parte de la vida en todas las sociedades de las que tenemos registro, podrían (y eso se espera) desaparecer para ser reemplazados por la camaradería de las relaciones afectuosas y de confianza. Éste es un sueño humano muy antiguo y probablemente perpetuo.[28]

Ni los nazis ni los modernos abogados románticos de la comunidad han mostrado una clara conciencia de que en las comunidades reales, [29] tal como han existido en los pueblos de campesinos o en la mayoría de las sociedades iletradas, existen sanciones terribles para evitar la desviación de las normas

El día, T.

[28] Para un estudio general muy ilustrativo, véase Roger Mucchielli, *Le Mythe de la cité idéale*.

[29] Podemos definir a la comunidad como un grupo relativamente autónomo de gente, lo suficientemente pequeño como para que todos los individuos se conozcan bien entre sí, pero lo suficientemente grande como para hacerse cargo de las principales necesidades económicas del mismo con una división simple del trabajo.

de la comunidad. En la práctica, estas pequeñas agrupaciones están dominadas por el *Coq du parvisse* o pequeña oligarquía. Existe un verdadero poder detrás del trono, ya sea en forma masculina o femenina, que se constituye como una pequeña autocracia en la que difícilmente se encuentra refugio alguno para esconderse de los ojos desaprobadores de quienes conservan la tradición, y no hay lugar para aquellos que "quieren hacer sus propias cosas". Esta última es otra tendencia que es pan-humana, ya que simplemente significa satisfacer los propios deseos cuando y como sea que ocurran. Por supuesto que esto también es en última instancia imposible, pero aquellos que buscan cambiar las barreras tan frecuentemente insostenibles entre los seres humanos en la sociedad moderna, harían bien en considerar la posibilidad de que la destrucción de la comunidad fuera el logro más valioso de la moderna civilización industrial.

4. *Radicalismos de "derecha" y de "izquierda": semejanzas y diferencias*

Con el análisis de la comunidad hemos introducido la cuestión de las semejanzas y diferencias entre la variante nazi del radicalismo y otras formas que muy comúnmente (si es que no universalmente) se pueden considerar como versiones liberadoras de izquierda. En esta controversia, la observación más importante, y que debe hacerse desde el principio, es que el nacionalsocialismo, igual que otras variantes del fascismo, en la práctica pronto se convirtió en algo pseudo-radical. Los elementos populistas y radicales en el programa fascista original o bien lo abandonaron o bien retrocedieron hasta el fondo conforme el movimiento empezó a tomar con seriedad la responsabilidad política. Aunque las razones fueron diferentes en cada caso, la principal fue la necesidad de llegar a algún acuerdo con los líderes industriales y del alto mando militar para una política de conquista y expansión. A su vez, y por detrás de esa necesidad, estaba la imposibilidad de reorganizar a la sociedad —con o sin violencia revolucionaria— en un sentido pacífico y constructivo. Y de esto era incapaz el fascismo. De manera más precisa, los fascistas simplemente no estaban interesados en un orden social humano, pues para ellos éste era un objetivo afeminado y despreciable.

Si el fascismo era estructuralmente incapaz de contribuir a nada que pudiera llamarse liberación humana y si sus rasgos crueles y represivos eran obvios y predominantes desde el principio, no parece haber ninguna razón para buscarle comparación con los movimientos de izquierda. La cuestión simple y llanamente desaparece, pero, ¿es eso cierto? Sólo lo sería si tanto los movimientos revolucionarios como los regímenes liberales no hubieran también desarrollado características represivas bastante duras. Y sin embargo, han ocurrido cambios en el curso de la historia humana y de algunos de ellos se puede rastrear su origen en revoluciones, a menos que se desee abandonar cualquier concepción de la relación causal en la historia, que lejos queda de tener certeza matemática. No importa cómo se trate de

exorcizarla, la cuestión de las semejanzas entre los movimientos populares de protesta social represivos y los liberadores se mantiene, para desagrado de aquellos que están en la izquierda, para la satisfacción complaciente e ignorante de los que están en el centro del espectro político y para el agrado de los que están en la derecha.

Como fundamento para algunas breves observaciones comparativas, podríamos considerar los movimientos revolucionarios europeos desde la época de los *sansculottes* hasta hoy. Eso deja afuera al puritanismo y a la revolución puritana, en los que las semejanzas son aún más notables. Por otra parte, hay suficientes razones para tener dudas y reservas sobre las intenciones o los efectos liberadores del puritanismo, como para evitarnos complicar más estas cuestiones si se considerara el caso. En el aspecto emocional, en el contenido y en el origen de las demandas programáticas hay suficientes semejanzas si empezamos con los *sansculottes*. Como ya lo hicimos antes, el análisis se va a concentrar en las nociones populares y las ideas de quienes están en la base,[30] en la medida en que nos sean conocidas, y no sólo nos basaremos en las doctrinas oficiales elaboradas por pensadores profesionales.

En los movimientos de izquierda muchas veces ha existido la misma rabia hacia el esfuerzo no recompensado y la misma hostilidad hacia aquellos que parecían obtener las cosas buenas de esta tierra sin tener que trabajar por ellas, exactamente como sucedía entre los nazis. El concepto del esfuerzo frustado o inútil como origen de sentimientos morales de castigo, bien podría ampliarse hasta incluir al esfuerzo que interviene en el control de los deseos socialmente no aprobados. Para utilizar los términos de George Homans, hacer una inversión en el auto control que luego resulta ser inútil, muy probablemente se considerará lo suficientemente injusto como para hacer que la gente hierva de resentimiento. En tiempos de tensión política extrema, tales sentimientos pueden convertirse en una rabia y ganas de castigo muy generalizados por el tratamiento injusto de parte de quienes tienen la autoridad, lo que se simboliza por ejemplo con la guillotina, en la que los *sansculottes* veían una de las armas efectivas en contra de los especuladores y acaparadores y en general en contra de la aristocracia. Lo mismo que los nazis, aunque sobre bases diferentes, los movimientos de izquierda ven a sus enemigos como moralmente diabólicos y como causa de la polución, y por lo tanto consideran que deben ser destruidos, aunque en la izquierda puede darse una tendencia más fuerte en el sentido de creer en las posibilidades de la regeneración de los opositores por medio de un tratamiento adecuado. Aún así, en los dos lados hay una firme creencia en la existencia de una esencia irreconciliable de oposición que tendría que ser destruida antes de la victoria final y de la introducción de un nuevo orden social. Entre ellos existe, tanto en la izquierda como en la derecha, el mismo *ethos* de camaradería y la misma hostilidad hacia la privacía como causa potencial de extravío y apostasía, y aunque estas características son particularmente prominentes en los movimientos comunistas, existían también entre los *sansculottes*.

[30] Para la información sobre los *sansculottes*, véase el análisis detallado en Albert Soboul, *Les Sans-culottes parisiens en l'an II*, pp. 407-677.

En la actitud hacia los líderes, las diferencias empiezan a aparecer junto con algunas semejanzas importantes. En algunos movimientos de izquierda hay la misma demanda que existía entre los nazis para que alguna autoridad componga al mundo. La causa fundamental es seguramente la misma en ambos casos: un sentimiento de falta de poder individual y de incapacidad para controlar un mundo que parece diabólico y opresivo. Por su parte, los anarquistas rechazan de plano esta actitud. También hay razones para dudar de si el cariño e incluso la adoración por un líder que se da en los movimientos de oposición de izquierda tienen el mismo grado de auto humillación y abdicación de la razón que mostraron los nazis. En buena medida, la izquierda trató de poner en marcha un programa para lograr cambios específicos en las instituciones sociales y ése era en última instancia un llamado a alguna forma de auto-interés, sobre todo en la fase anterior a la toma del poder. Me atrevería a generalizar que en la izquierda, sólo *después* de la toma del poder se dio ese mismo tipo de auto-humillación que fue tan importante en el movimiento nazi. Entonces, como sucedió en el caso de Stalin y Mao y a pesar de sus diferencias tan significativas, el culto al líder se organiza desde arriba, sobre todo como arma para resolver las disputas políticas internas. También en esto la izquierda ha cambiado lo suficiente como para que resulten sospechosas sus afirmaciones de que es una fuerza liberadora.

Así pues, hay algunas diferencias cualitativas importantes. Entonces propongo lo siguiente: la rabia de los movimientos de izquierda encuentra su expresión en principios supuestamente aplicables a toda la humanidad. La hermandad, solidaridad, camaradería, fraternidad e igualdad están —por lo menos potencialmente— abiertas a todos los demás seres humanos en la misma situación de opresión. Esto no es para negar que lo que confiere su poder a más de un movimiento de oposición es el hecho de perseguir con tenacidad intereses de grupos bastante limitados y demandas que se perciben también de manera bastante limitada. Los mineros del carbón en Alemania nos proporcionan un buen ejemplo de esto. Y no es ésta una negación del hecho de que los intereses de grupo entre los menos afortunados, con frecuencia chocan entre sí de manera muy fuerte. Baste con recordar la hostilidad de muchos trabajadores a la competencia de los inmigrantes. Por eso, lo más que se puede afirmar es que muchas expresiones espontáneas de la rabia de las clases bajas *toman* las formas abiertas de principios aplicables en la generalidad, debido en parte a la conciencia clara del destino compartido y de la necesidad de tener aliados. El objetivo era un nuevo orden social para todo el mundo, y no sólo una "nueva Alemania". Incluso después de que los movimientos de izquierda hubieran tomado el poder, su atractivo universal podría seguir siendo un arma útil en el arsenal diplomático e incluso militar del nuevo régimen. Esto ha sido muy claro en los casos de China y la Unión Soviética, y es cierto desde mucho antes, desde Napoleón.

Se pueden también hacer distinciones entre los movimientos populares de derecha e izquierda en lo que se refiere al empleo de la fuerza y la violencia, o en general hacia las actitudes de castigo. Éste es un terreno muy difícil que requeriría de un libro por sí mismo para explorarlo de manera adecuada,

pero de nuevo sólo puedo ofrecer una visión preliminar. A primera vista, es tentador afirmar que en los movimientos de izquierda las actitudes hacia la violencia y los sujetos a los que ésta se dirige difieren mucho de las que tienen los movimientos populares de derecha como el nazismo. Se puede afirmar que para la izquierda, la violencia no es por lo general un fin en sí mismo, sino más bien algo necesario para alcanzar objetivos políticos y sociales. La rabia de la izquierda no se dirige a los débiles y a los que no tienen poder, es decir que sus objetivos no son los judíos y los gitanos, como en el caso de los nazis, ni tampoco los negros inermes que eran atacados por las chusmas en el sur de los Estados Unidos, y que sus métodos no son los del *pogrom*, sino que en lugar de eso, la rabia popular de la izquierda elige como su blanco a los símbolos y encarnaciones del poder opresivo: reyes, aristócratas, funcionarios del gobierno y en general gente con poder y riqueza.

Sería todavía más tentador creer en esas afirmaciones si realmente fueran ciertas, pues serían muy reconfortantes por lo menos para quienes están en la izquierda, ya que ellos representan un ideal y una tendencia —lo mismo que afirmaban los regímenes liberales— en el sentido de que pueden resolver de modo justo y pacífico los conflictos personales, ideal y tendencia a los que en más de una ocasión se han podido acercar en la práctica. Las afirmaciones de la izquierda son más cercanas a la verdad a la hora de caracterizar a sus enemigos, que son los movimientos fascistas. Estos *sí* glorifican la violencia y la fuerza, aunque sería necesario entrar en ciertas explicaciones y caracterizaciones al respecto, lo cual haremos poco más adelante, y muestran una tendencia a elegir blancos de ataque débiles, o en un lenguaje más llano, a destruir a los que no tienen fuerza, a los inermes.

Un breve examen del famoso episodio de las masacres de septiembre durante la revolución francesa nos bastaría para destruir la ilusión de que tales afirmaciones pueden ser parte de cualquier caracterización general de los levantamientos populares. Como se podrá observar en este caso, lo mismo que en varios otros, la agitación que despierta el agravio moral popular puede tomar formas liberales y también opresivas, y puede pasar rápidamente de una forma a otra, dependiendo de las circunstancias. Ahí donde ocurre una transformación de este tipo, ésta va, hasta donde puedo ver, sólo en una dirección: hacia un comportamiento de venganza y opresión. Las turbas que salen a las calles a linchar no se convierten en levantamientos revolucionarios, mientras que lo contrario sí sucede con frecuencia. Puesto que las masacres de septiembre han atraído la atención de distinguidos historiadores, y dado que revelan algunos de los procesos esenciales que nos interesan, sería útil mirar más de cerca las evidencias que nos proporcionan.

En un sentido muy amplio, es cierto que los blancos de ataque del populacho en las masacres de septiembre habían sido un conjunto de personajes que *habían* tenido mucha autoridad. Lo que desencadenó el levantamiento fue un rumor en el sentido de que la salida masiva hacia el frente de los buenos revolucionarios en armas dejaría vacía la ciudad de París de quienes apoyaban a la revolución y por lo tanto proporcionaría la ocasión para

un levantamiento contrarrevolucionario, cuyo centro estaría en las prisiones. Algunas de ellas estaban entonces llenas de personas que habían estado del lado perdedor en la defensa de las Tullerías el 10 de agosto de 1792, la ocasión en que el rey dio órdenes a la guardia suiza de mantener el fuego. Pero el hecho más contundente es que las turbas errantes lograron, en el curso de unos cuantos días, masacrar a más de mil prisioneros inermes.[31]

Jules Michellet escribió en 1850 el relato más útil y detallado que he podido encontrar, pues tuvo acceso a archivos, algunos de los cuales desaparecieron en 1871. Sólo dos de las cuarenta y ocho secciones en las cuales estaba organizada la "pequeña gente" de París realmente votaron por la masacre,[32] y sin embargo, esta limitación no tuvo ningún efecto práctico. Había demasiada gente enojada y excitada que llevaría a cabo estos actos tan terribles, y entre ellos estaban los *Boutiquiers* o dueños de pequeñas tiendas, que se habían visto forzados a cerrar debido a la confusión y el desorden de la época. El comentario que sobre ellos hace Michellet arroja una luz interesante respecto a su afinidad histórica con los nazis, a pesar de que el autor se equivoca en lo que se refiere a que su actitud sea una característica estrictamente francesa:

> L'ouvrier supporte souvente mieux la faim que le boutiquier la faillite. Cela tient à bien des causes,à une sourtout dont il faut tenir compte; c'est qu'en France la faillite n'est pas in simple malheur (comme en Anglaterre et en Amérique), mais la perte de l'honneur. *Faire honneur à ses affaires* est un proverbe français et qui n'existe qu'en France. Le boutiquier en faillite, ici, devient très-féroce.[33]

A esos *boutiquiers* se unieron toda suerte de aprendices, ayudantes de carniceros y población flotante que abundaba en París. Conforme cada prisionero salía por la puerta de la cárcel, la turba se le lanzaba encima con picas. Aquí y allá el populacho hacía justicia sobre la marcha en la selección de sus víctimas, separando por ejemplo a quienes estaban presos por deudas o a quienes por alguna razón les caían bien.[34] Hay dudas sobre los informes de actos de mutilación y de ataques sexuales a los cuerpos de las víctimas

[31] Pierre Caron, en su libro *Les Massacres de septembre*, p. 95, calcula —sobre la base de evidencias de archivos que sobrevivieron— que el número de víctimas fue entre 1 090 y 1 395.

[32] Jules Michellet, *Histoire de la Révolution Française, V, p. 52*

[33] *Idem*, V, p. 63 (subrayado en el original). "El trabajador muchas veces tolera el hambre mejor de lo que el pequeño comerciante tolera la bancarrota. Esto se debe a muchas causas, pero sobre todo a una que se debe tomar en cuenta: y es que en Francia la bancarrota no es un simple contratiempo (como sucede en Inglaterra y en América) sino que representa la pérdida del honor. *Mantén en alto el honor de los negocios*, reza un proverbio francés, que sólo existe en Francia. De ahí que el pequeño comerciante que llega al estado de bancarrota se vuelva terriblemente feroz".

[34] Esta cuestión aparece en el relato de Jean Jaurés *Histoire socialiste de la Révolution Française*, IV, pp. 232-243. En la p. 234, el autor muestra que él no estaba impresionado: Je n' aime pas les plaidoyers hypocrites des contemporains qui s'extasient sur "l'espirit de justice" du peuple parce qu'il a épargné et élargi les prisonniers pour dettes (No me gustan los que se lamentan hipócritamente de quienes en aquella época se extasiaban ante "el espíritu de justicia" del pueblo, porque éste ampliaba y protegía la prisión por deudas).

mujeres,[35] pero incluso con estas excepciones y reservas menores, la muchedumbre se comportó con una furia y brutalidad indiscriminadas.

A partir del relato de Michellet, queda claro que hubo un relajamiento progresivo de las inhibiciones hacia la agresión. Cuando empezó la masacre, el 2 de septiembre de 1792, la muchedumbre aún mostraba algunos signos de deferencia; por ejemplo, los que llevaban pies descalzos aún no se atrevían a ponerse los zapatos de los aristócratas muertos. Pero para el día siguiente, asesinar ya se había convertido en un placer.[36] El peor episodio ocurrió el 4 de septiembre. La muchedumbre salió a atacar el castillo de Bicêtre, que era un enorme depósito del viejo régimen en el que se hacinaban todo tipo de desgraciados y rechazados sociales, incluyendo locos, huérfanos, aprendices abandonados y sirvientes a quienes una palabra de sus patrones había mandado para allá. Bicetre era similar a la Bastilla, excepto porque en este caso el castillo estaba lleno de gente y que la turba vino a matar, en lugar de venir a liberar. Pero sólo un número relativamente pequeño llegó tan lejos, porque la mayor parte del populacho se detuvo en el camino para atacar el castillo de la Salprêtrière, una institución similar, pero para mujeres, que incluía prostitutas. Aquí asesinaron a unas 35 mujeres, de las cuales 30 eran prostitutas. En Bicêtre, la muchedumbre se tropezó con un grupo de niños abandnados y violó y asesinó como a treinta. Poco antes otro grupo había asesinado a las personas condenadas a las galeras en otra prisión, la Bernardins.[37]

Durante todo el tiempo que duraron los asesinatos, los líderes de la revolución no hicieron ningún esfuerzo serio por intervenir y ponerles un alto. Dantón y Robespierre aprovecharon la ocasión para promover sus intereses faccionales. Según el juicio de algunos historiadores modernos, la astuta inacción de Dantón tuvo buena parte de la responsabilidad en los acontecimientos. Aunque Marat hablaba entonces en términos que sonaban muy sedientos de sangre, es de dudar que hubiera tenido una influencia real o que hubiera contribuido de manera significativa al movimiento.[38] La opinión revolucionaria de la época, en la medida en que se revela a través de los periódicos y de los fragmentos sobrevivientes de correspondencia, era por lo general favorable o apologética. Durante tres semanas no salieron a la luz críticas fuertes, aunque bien se pudieron haber sentido desde antes. Después, durante buena parte del siglo XIX, el epíteto *Septembriseur*, puesto en circulación por la propaganda contrarrevolucionaria, ganó mucha popularidad como la expresión que designaba el lado brutal del extremismo

[35] Esto lo menciona Jaurés, pero véase Caron, *Massacres de septembre*, pp. 61-62, 65. Sin embargo, este tipo de conducta ocurre y no es producto de la pura imaginación. Para un ejemplo véase el material que existe sobre una fiesta orgiástica de la victoria entre los montañeses de Nueva Guinea en Ronald M. Berndt, *Excess and Restraint*, pp. 282-284.

[36] Michellet.*Révolution française*, V. p. 88.

[37] *Idem*. V, pp. 108-112. Caron en *Massacres de septembre*, pp. 6-7, 148-150, confirma en lo general a Michellet y agrega el caso de los condenados a galeras.

[38] Sobre esta cuestión véase el relato de Jaurés, *Histoire Socialiste*, IV, pp. 251-255, 262 y Louis R. Gottschalk, *Jean Paul Marat: A Study in Radicalism*, pp. 124-128.

revolucionario.[39] Para la sensibilidad de los modernos, el peor de los aspectos es el asesinato de los inermes.

Hasta ahora hemos analizado los movimientos populares de masas que son en buena medida espontáneos y sin líderes o que en el caso de que estuvieran organizados —como sin duda lo estaba el movimiento nazi— tenían seguidores masivos. Hay varios otros tipos de situaciones en las que las actitudes de grandes números de personas hacia la fuerza y la crueldad salen a la superficie de una manera que hace posible establecer más comparaciones entre los movimientos radicales y los revolucionarios.[40] Un tipo importante es el movimiento terrorista, que goza de bastante apoyo popular entre la población. Los movimientos guerrilleros en sus primeras etapas pertenecen a esta clase. Tanto los terroristas como los guerrilleros pueden por supuesto carecer de o no conseguir ningún apoyo de parte de la población, pero en este caso los dejaremos de lado pues no son importantes para nuestro asunto. Los ejemplos contemporáneos más concretos y recientes que sí son importantes para nosotros, son los de las bandas nacionalistas y asesinas que proliferaron durante la República de Weimar, la OAS en Argelia y Francia, el Ejército Republicano Irlandés, la Organización para la Liberación de Palestina y otras.

El propósito de esta forma de terror no es el de tomar el poder —no por lo menos a corto plazo—, y en este sentido difiere de una conspiración armada. De lo que se trata es de desorganizar al gobierno existente, minar su legitimidad y la inevitabilidad aparente de su autoridad, así como hacer públicas sus demandas a través de actos de terror tales como cometer asesinatos y poner bombas. Se trata de actos extremistas, cuya intención es movilizar y crear un sentimiento de desesperación, y al mismo tiempo de esperanza, en un sector de abajo de la población. Sin estos sentimientos —que bien pueden venir de sus frustraciones respecto a la identidad nacional, de sus demandas económicas y sociales o de una combinación de ambas— las organizaciones terroristas no pueden echar raíces y son suceptibles de marchitarse. Algunas veces, como en el caso de la OAS en Argelia, la organización terrorista también puede contar con un cierto grado de tolerancia tácita entre segmentos de los grupos que están en el poder y que tratan de utilizarla como arma en sus propias luchas. Este factor puede ayudar al grupo a conseguir una autoridad legitimada o por lo menos un cierto grado de respetabilidad política como sucedió con el PNSTA en Alemania. Aquí originalmente sólo una de las diversas sectas nacionalistas en competencia consiguió convertirse en partido de masas para luego tomar el poder en todo el país. En parte por jugar con las diferencias entre los países árabes es que la OLP logró en 1974 que su vocero hiciera un discurso desde el podio de las Naciones Unidas, que es el sello de una respetabilidad política por lo menos parcial.

[39] Caron, *Massacres de septembre*, pp. 8, 121-153, 167-168.

[40] Como en el caso de la izquierda y la derecha, la actitud hacia la igualdad social proporciona un criterio útil para distinguir entre los movimientos radicales y los reaccionarios. Un *pogrom* es claramente reaccionario, puesto que busca perpetuar e intensificar la desigualdad existente, e incluso eliminar a sus víctimas de la sociedad humana.

Claro que el podio en las Naciones Unidas difícilmente es comparable con la cancillería alemana, y como bien lo demuestra la suerte de la OAS, una organización terrorista puede desaparecer si sus principales oponentes resuelven sus diferencias a sus expensas y las de sus seguidores. Aunque los regímenes liberales están en desventaja cuando se tienen que enfrentar con la oposición terrorista debido a que no pueden recurrir a medidas policiacas efectivas sin con ello minar su legitimidad y hacer más públicas sus demandas, eso no necesariamente quiere decir que están inermes. Los terroristas pueden alejar de su causa a quienes los apoyan y provocar el fuerte antagonismo de otros sectores de la población debido a sus errores estratégicos y tácticos, y por su parte, los gobiernos pueden utilizar medidas efectivas de fuerza y también hacer concesiones. La fórmula liberal simple de ceder completamente a todas y cada una de las demandas sociales por el sólo hecho de que se expresan en una retórica fuerte y de algún modo suenan justificadas, seguramente no funcionaría incluso si alguna vez se hubiera intentado ponerla en práctica. Por lo general, las emociones desesperadas se resisten a la satisfacción y existe una especie de apetito político que aumenta conforme más se come. Y por lo demás, tambien puede existir algo, como una escala de prioridades sociales defendibles, que exige para la consecución de estos objetivos un apoyo público muy difundido y una distribución eficaz y racional de los limitados recursos de la sociedad. Ahí donde esta situación prevalece, es poco probable que el terrorismo se convierta en algo más que un problema policiaco sin mayor envergadura.

Lo que es muy característico, es que el terrorismo de izquierda haya sido dirigido hacia las figuras de autoridad, ya sea las locales en cada lugar —lo que es muy típico de las modernas guerrillas campesinas— o hacia otras simbólicas, que están en el centro y parecen ser las favoritas de movimientos más románticos que cuentan con mucho menos apoyo.[41] La diferencia es que los movimientos de derecha eligen como víctimas a figuras prominentes que simbolizan la oposición a sus políticas, tanto entre quienes tienen la autoridad como entre los líderes potenciales de la izquierda. Así, las víctimas del terror derechista en la Alemania de Weimar incluyeron —para mencionar sólo a los más famosos— a Karl Liebknecht y Rosa Luxemburgo, por una parte y a Walther Rathenau y Matthias Erzberger por el otro. Sin embargo, como me lo señaló en una conversación Michael Waizer, quien actualmente se encuentra haciendo una investigación sobre terrorismo, este tipo de distinción se puede estar alterando con el aumento de los ataques indiscriminados a individuos y grupos que tienen poca o ninguna relación con las políticas que son la causa de las quejas, y que definitivamente no

[41] Ahora que el Vietcong ha ganado en Vietnam, es útil recordar que ellos usaron el terror sistemático, aún si las consecuencias del terror americano eran peores y se empleaban en nombre de un régimen reaccionario y corrupto. Para un análisis muy sobrio, basado en parte en observaciones de primera mano, véase Douglas Pike, *Viet Cong*, sobre todo pp. 244-252, y Robert L. Sansom *The Economics of Insurgency in the Mekong Delta of Vietnam*, pp. 238-245. El análisis de este autor es, a mi juicio, muy superior porque coloca al uso del terror en su contexto social y económico de quejas populares, pero los hechos del terror se ven iguales en los dos relatos.

tienen ninguna responsabilidad en la creación o ejecución de las mismas, es decir, que son "civiles" en este tipo de guerra, y para mucha gente del público aparecen simplemente como observadores inocentes. Los periódicos han informado de muchos de estos casos en el Norte de Irlanda, pero no sólo los hay en esta parte del mundo. El primer ejemplo que conozco de esta forma indiscriminada de terrorismo sucedió en 1894. Ese año, un joven anarquista intelectual llamado Émile Henry puso un bomba en un café cerca de la Puerta de San Lázaro, en donde se encontraban reunidos tranquilamente bebiendo y oyendo música muchos modestos empleados y obreros. La explosión hizo mucho daño, hirió a 20 personas y una de ellas murió. Cuando se le reprochó por asesinar a gente inocente el autor del atentado simplemente respondió "Il n'y a pas d'innocents".* [42] Henry quería decir con eso que cualquiera que viviera como cuidadano común y corriente, pagara impuestos, tuviera un trabajo, etcétera, dentro de una sociedad burguesa a la que él tanto odiaba, contribuía a su funcionamiento y por lo tanto compartía la culpa. Por supuesto que este punto de vista, con su rígido determinismo, oculta cualquier concepción de los grados de responsabilidad moral y de las diferencias reales en los grados de influencia y de control sobre las decisiones sociales y políticas.

Esta concepción no es en sí misma ni nueva ni de izquierda. La encontramos desde bastante atrás, cuando el superpatriota Catón decía: *Delenda est Carthago*, frase que ha pasado a nuestro lenguaje, pues con el término de "La paz de Cártago" se describen las políticas deliberadas para la más absoluta destrucción. Sin embargo, Catón era un miembro de la clase gobernante. Tenemos muy poca información confiable sobre lo que sentían los simpatizantes de los movimientos terroristas respecto a las políticas de asesinatos indiscriminados. En el estudio de Peter Merkl sobre 581 nazis de base, aparecen 155 autobiografías que revelan una aceptación realista o romántica de la violencia, con o sin un involucramiento real en ella, y 187 casos de involucramiento real en casos de violencia. [43] Aún si es imposible tomar estas cifras al pie de la letra, nos bastan para poner de relieve los muchos sentimientos latentes que podrían convertirse en propósitos masivos de destrucción. Por otra parte, existe el hecho bien conocido de que a los líderes nazis les parecía necesario ocultar de la masa de la población alemana sus políticas y su maquinaria genocidas. Y sin embargo, en el final, estas distinciones no importaron. Simplemente resulta demasiado fácil encontrar suficiente gente que esté dispuesta a ejecutar políticas terribles, aun si no tienen tales inclinaciones agresivas al comenzar. Para quienes no están dispuestos a llevarlas a cabo, no queda nada más que el suicidio, ya sea que se trate de un individuo o de un grupo valiente.

El entusiasmo por el acto de violencia como algo que redime y resulta terapéutico tanto para la víctima como para la sociedad victimaria no parece

* No hay inocentes, T.

[42] James Joll, *The Anarchists*, p. 137.

[43] Merkl, *Political Violence*, p. 542.

ser una corriente importante entre los miembros ordinarios de los grupos, oprimidos o subordinados.[44] Por esa razón, con frecuencia resulta tan peligroso. En segundo lugar, puede traer represalias para todo el grupo. Como se señaló antes, el grupo tiende a protegerse a sí mismo castigando a quien protesta. Pero estas sanciones no siempre funcionan. Hubo ocasiones en que los esclavos asesinaron a sus amos en el sur americano. Para los dueños de los esclavos, el modelo y la motivación de estos actos individuales parecían inexplicables.[45] Actos de este tipo, cualquiera que fuera su motivo, no son lo mismo que todo un clima cultural y moral que acentúa las virtudes de la violencia y las acciones en contra del orden social. El clima que alcanza su manifestacion extrema en los experimentos con las ideas del asesinato sin razón, parece ser el juguete de los intelectuales a quienes repele y aburre la regularidad, la monotonía y el filisteísmo de la sociedad burguesa.[46] En los años recientes se ha vuelto uno de los temas principales del entretenimiento masivo en los Estados Unidos, junto con la preocupación por los desastres masivos. En tanto que ánimo, no tiene un contenido político específico y se puede voltear tanto a la izquierda como a la derecha. La carrera de Mussolini desde militante de izquierda a líder fascista ejemplifica bien el cambio de uno a otro.

Pero también respecto a esto es necesario hacer distinciones cuidadosas. La rabia contra la regularidad y el filisteísmo de la sociedad burguesa no era una característica general de los nacional-socialistas de base. Las evidencias del estudio de Abel muestran que en el PNSTA había un trastrocamiento en favor de la restauración de las virtudes burguesas tradicionales, de modo tal que el trabajo duro y el control de los impulsos recibieran otra vez su merecida recompensa en el nuevo contexto colectivo de la comunidad del pueblo. El arte y la propaganda nazi eran también completamente "sanos", acogedores y tranquilizadores. Este impulso en favor de la restauración de las virtudes tradicionales establece la diferencia entre el movimiento nazi y las rebeliones estudiantiles, con todo el surgimiento de la cultura juvenil durante los años sesenta. Los movimientos revolucionarios socialistas en los países atrasados también hacen hincapié en las virtudes del trabajo duro en un contexto colectivo y tratan de suprimir los intereses sociales malsanos, así como las preocupaciones por el yo. Así, exigen formas artísticas tan "sanas", tranquilizadoras y banales como las de los nazis. De modo que la distinción entre el socialismo revolucionario y el fascismo no resulta tan obvia a primera vista. Los dos son muy "cuadrados" y convencionales en el sentido moral y cultural De nuevo, la diferencia radica en el contexto dentro del cual tiene lugar el control sobre los impulsos y la dirección de la agresión hacia propósitos colectivos. Los movimientos socialistas han hecho esfuerzos

[44] La violencia como terapia recorre los escritos de Georges Sorel y en épocas más recientes aparece en Franz Fanon, *Les Damnés de la terre*, con un prefacio aprobatorio de Jean-Paul Sartre.

[45] Véase Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll*, pp. 361-363.

[46] Como testigo del perenne interés del hombre en el sadismo y en su expresión artística, véase Mario Praz, *The Romantic Agony*.

para reestructurar sus instituciones sociales y políticas a fin de reducir las desigualdades sociales y las causas institucionales de la agresión. Al hacerlo, algunos utilizaron la crueldad masiva. Todavía no me queda claro si el resultado final será una transformación histórica hacia acuerdos sociales más humanos, como creen los revolucionarios y sus seguidores. Sin embargo, han hecho el intento y aún están comprometidos en el esfuerzo, de modo que el objetivo y la función social que tiene la restauración de un control sobre los impulsos y de una autodisciplina es bastante diferente en la izquierda y en la derecha.

Parece que estos intentos por establecer una diferencia continuamente se repliegan en algún aspecto de las intenciones, esperanzas y posibilidades para el futuro. Y aún así, el argumento *podría* ser más firme en la medida en que hiciera hincapié en las capacidades institucionales, las tendencias y las direcciones históricas, en lugar de acentuar los programas, doctrinas y esperanzas individuales. Parece, pues, bastante posible sostener la afirmación de que el fascismo no hubiera podido desarrollarse en una dirección humana, pues su violencia tenía que ser puramente destructiva. Y la afirmación de que las formas izquierdistas de destrucción son parte de algún proceso histórico creativo, sólo el futuro la podrá verificar. La parte del registro que conoce el siglo XX aún está lejos de ser alentadora.

En este reconocimiento preliminar de las actitudes populares y el comportamiento respecto a la fuerza y a la violencia, sobre todo a la que se ejerce sobre los relativamente más débiles e inermes, merecen atención otros dos tipos generales de situaciones. La primera es un colapso total de la autoridad social y política, de *sauve-qui-peut*, tal como lo que se observó en ciertas partes de Vietnam del sur poco antes de la toma de Saigón por las tropas norvietnamitas. Un segundo tipo es la suspensión deliberada y temporal de algunos aspectos de la autoridad gubernamental, como el caso de estimular oficialmente un *pogrom* o el asesinato de los protestantes franceses en el día de las masacres de San Bartolomé.[47] Esto produce resultados similares y quizá hasta peores. Las características básicas son dos: una es la de liberar y quizá hasta intensificar cualquier tipo de agresiones reprimidas que existen en una población con el levantamiento de la prohibición para que se expresen y a su reemplazo por el lujo que significa tenerlas sancionadas socialmente. Este nivel será a su vez resultado de condiciones bastante específicas. Junto con el legado de la historia reciente, no hay razón para suponer que el resultado sería siempre igual de horrible. Por lo demás, este tipo de "liberación" difícilmente sucedería en circunstancias muy favorables. La segunda característica es la severa competencia por bienes escasos y aún por la vida misma que puede ocurrir cuando se da el retiro temporal o el colapso de la autoridad, sobre todo en el caso de una impopular. Por sí mismo, este tipo de competencia puede convertir de manera instantánea a los seres humanos

* Sálvese quien pueda. T.

[47] Sobre este acontecimiento y otros similares, véase el análisis de Natali Zemon Davis, "The Rites of Violence: Religious Riot in Sixteenth Century France", pp. 51-91.

más civilizados en salvajes. La gente se quita las máscaras, las limitaciones y las apariencias adquiridas y sostenidas a lo largo de su vida en la sociedad organizada, para atacar al prójimo por cualquier ventaja —que aunque pequeña es importante— siempre y cuando no perciba o defina la situación como definitivamente sin esperanza. La situación es peor aún cuando no hay ninguna forma regular o confiable de distribuir lo que la gente quiere —tal como la posibilidad de escapar— o bien un abastecimiento poco adecuado. Si las víctimas fueran capaces de improvisar su propio sistema de distribución, habría mucho menos venganza, competencia e incluso asesinatos.

Una situación semianárquica no parece tener características que la identifiquen con cualquier parte del espectro político tradicional. En relación con este tipo de colapso, los términos izquierda, moderado, conservador y reaccionario no arrojan mucha luz, y aunque hasta ahora esta situación es muy extraña puede suceder bajo cualquier tipo de régimen.[48]

En el extremo opuesto de la escala que va del *sauve-qui-peut* o la casi anarquía, está la situación del terror instrumental de un régimen que busca establecer o consolidar a una autoridad tambaleante. El discurso ordinario distingue entre el terror rojo y el terror blanco, con la implicación de que este último se refiere a quienes se esfuerzan por una restauración monárquica contrarrevolucionaria. Pero esto no es cierto. Uno de los terrores blancos más sangrientos sucedió con la represión de la Comuna de París y el inicio de la tercera República.[49] Podemos inferir con bastante seguridad que la mayoría de los ciudadanos franceses que en esa época áun eran pequeños propietarios tanto en el campo como en la ciudad, aprobó de corazón la matanza.

El grado y tipo de apoyo de masas para el terror rojo y el blanco difícilmente es la característica más importante, y tampoco tiene mucho sentido contar el número de víctimas de ambos para decidir cuál de ellos ha sido peor. Esta aritmética moral resulta torpe, pues hay algo que está mal con una persona que puede sentir satisfacción con los totales en cualquier lado que estén de la escala, sin importar cómo resultaron así. Más aún, ellos no probarían nada sobre la naturaleza de los sentimietos populares, los cuales sólo proporcionan parte del impulso original que está detrás de los terrores oficiales, sean éstos rojos o blancos. Así pues, los funcionarios públicos se hacen cargo de la cuestión con sus ficheros y categorías de víctimas. Tal vez a las viejas prohibiciones les faltaron los primeros, pero aún así trabajaron con las segundas. Lo más terrible aquí es la capacidad humana para obecedecer órdenes que se cree que son justas y adecuadas. Los experimentos de

[48] Lo más que se puede decir es que un régimen liberal firmemente comprometido con el gobierno de la ley, sería por lo menos capaz de explotarlo para sus propios objetivos levantando la prohibición sobre la agresión. Pero ¿cuántos regímenes liberales pueden permanecer o permanecen comprometidos con el gobierno de la ley cuando se enfrentan a una crisis que amenaza con el colapso social total?

[49] Véase Frank Jelinek, *The Paris Commune of 1871*, pp. 338-387. Para un análisis más reciente, veáse Henri Lefevre *La Proclamation de la Commune: 26 mars 1871*, sobre todo la parte 4, pp. 173-233.

Stanley Milgram que antes analizamos demuestran muy bien esta capacidad y revelan también algunas de las condiciones bajo las cuales esto se rompe.

Hacia el final de su libro, Milgram comenta lo siguiente respecto a esta capacidad para obedecer: "Éste es un defecto fatal que la naturaleza nos ha dado y que a largo plazo deja a nuestra especie apenas una pequeña posibilidad de sobrevivir". Poco después, en una nota a pie de página, señala correctamente que la eliminación de la autoridad propuesta por los anarquistas no constituye ninguna solución.[50] Pero la alternativa no se presenta entre la anarquía y la obediencia irracional, sino entre las formas más o menos racionales de autoridad. No hay nada de malo en obedecer a una autoridad que persigue objetivos humanos y que tiene una capacidad especial para su consecución. La humanidad ya tiene bastantes problemas sin que sea necesario crearle dilemas apocalípticos. Y en última instancia, la elección entre derecha e izquierda es menos significativa que la que se haga entre las formas más o menos racionales de autoridad.

[50] Stanley Milgram, *Obedience to Authority* pp. 188, 212 (nota 30). Algunas personas pueden tener la tendencia a afirmar que no es necesaria la demostración de tan terrible capacidad, pues la historia reciente ya nos ha proporcionado suficiente. Sin embargo una serie de legos supuestamente inteligentes y expertos, cuando se les pidió que estimaran el grado de obediencia en que podían resultar los experimentos, la estimaron en mucho menos, lo cual sorprendió hasta a los propios experimentadores. Véase sobre esta cuestión el capítulo tres.

CAPÍTULO TRECE

EL RELATIVISMO MORAL

1. *Aspectos evaluativos y descriptivos*

Sólo hasta épocas muy recientes un amplio número de gente educada se dio cuenta de que no hay ni puede haber ninguna fuente de autoridad moral, excepto los propios seres humanos. Y aún entre la gente educada, darse cuenta de esto no fue universal, pues con la decadencia de las sanciones divinas algunos pensadores influyentes trataron durante cierto tiempo de sustituir las reificaciones colectivas con algún giro teleológico tal como la Ley natural, la Historia y el Progreso. Pero tampoco éstas pudieron proporcionar un esquema objetivo para la aprobación y la condena morales.

El análisis histórico y social nos puede proporcionar una mirada sobre los tipos de moralidad que son posibles y probables bajo determinadas circunstancias. También nos puede decir algo sobre el costo en sufrimiento humano de los diferentes tipos de moralidad, y sobre quién carga con ellos. Este conocimiento es indispensable para elaborar un juicio moral informado, pero no es garantía de que éste sea correcto. Y muy fácilmente se puede convertir en una mezcla de consejos para nadar con las corrientes de la historia y en una justificación para todas las crueldades que ella registra.

Con la desaparición de las certezas tradicionales y el fracaso de las nuevas, mucha gente inteligente empezó a dudar de que hubiera o pudiera haber algo semejante a un juicio moral correcto, y éste es uno de los significados posibles —si bien extremos— del relativismo moral. Si elaboramos un poco más esta idea, es imposible hacer distinciones y juicios morales válidos, porque supuestamente es imposible establecer ninguna distincion válida o criterio independiente que nos permita hacer tales juicios. Los fascistas tienen sus códigos morales, los liberales y radicales tienen los suyos, y esto es todo lo que se puede decir. Éste es el lado evaluativo del relativismo moral.

También hay un lado puramente descriptivo o factual en el relativismo moral. Se trata de un punto de vista que hace hincapié en la enorme diversidad de códigos morales a los cuales los seres humanos, en diferentes momentos y en distintos lugares, han dado una lealtad apasionada, y que afirma que no hay manera de relacionar esta diversidad con generalizaciones que valgan la pena. Los diferentes códigos morales constituyen distintas maneras por medio de las cuales los seres humanos han tratado de vivir juntos en una gran diversidad de circunstancias que han sido descritas por antropólogos,

historiadores y otros científicos sociales. La explicación de la relación entre un código moral dado y un conjunto específico de circunstancias es todo lo que una persona inteligente podría pedir bajo esta variante del relativismo social.

Hasta donde puedo ver, no hay razón lógica de por qué las formas descriptivas y evaluativas del relativismo moral deberían ir juntas, aunque por lo general sí van.[1] Por ejemplo, sería posible afirmar que todos los códigos de moralidad pasados y presentes —excepto el nuestro— no han sido en realidad morales. En gran medida éste es el chauvinismo y provincianismo moral de los hombres y mujeres ordinarios en contra del cual el relativismo moral ha sido una reacción. En su relativismo historizado, la posición marxista muestra un chauvinismo similar: todas las moralidades del pasado son históricamente necesarias para y han sido históricamente superadas por la moralidad revolucionaria que conducirá a la liberación. Una moralidad que justifica todos los crímenes, incluyendo el estalinismo, pierde el derecho a ser tomada en serio. En Occidente ha sido muy extraña esta combinación de una conciencia de diversidad en los códigos morales con la adhesión a un modelo único de juicio. Las variedades de relativismo moral que han sido más influyentes han hecho hincapié tanto en la diversidad de conductas morales, como en la futilidad o el provincianismo moral de los esfuerzos para hacer juicios desde afuera sobre las diferencias. La frase "a cada país sus propios campos de concentración" resultaría irónica, pero por ningún motivo inexacta, para señalar el relativismo moral que ha definido a muchos de los escritos más serios sobre las relaciones humanas en buena parte del siglo XX.

Como sucede con el marxismo, y en buena medida junto con él, esta forma de relativismo moral ha obtenido importantes logros en cuanto a la liberación de la mente humana de ilusiones peligrosas y estrechas. Pero también, como sucede con el marxismo y junto con él, puede dejar un residuo de sus propias ilusiones peligrosas. Durante el siglo XX se ha producido una rápida desintegración de los esquemas morales tradicionales y un fuerte aumento en los conflictos que tienen un importante componente moral. Las formas convencionales del relativismo moral le parecen a mucha gente pensante una postura inadecuada desde la cual se deben enfrentar tales cuestiones. Algunos de los intentos por encontrar nuevas bases para el juicio moral son retrocesos de la razón, y en ocasiones de manera bastante explícita. Pero conforme las bases conocidas de la seguridad se hunden, la gente todavía forcejea y se agita en la problemática búsqueda del derecho a obedecer formas de autoridad que no pueden existir.

En cualquier caso, la moralidad y la ética se componen de las reglas que los seres humanos específicos han creado y que han persuadido o bien obligado a otros a aceptar con el fin de trabajar y vivir juntos. Equipados los seres humanos de manera muy pobre para la supervivencia con el puro fundamento biológico —con la importante excepción del cerebro— deben cooperar de

[1] La tensión entre los dos es bastante aparente en por lo menos uno de los principales clásicos sobre el relativismo moral, el libro de William Graham Sumner, *Folkways*.

alguna manera si quieren permanecer vivos. La supervivencia no es sino el prerrequisito mínimo absoluto para los otros propósitos colectivos a los que sirven las reglas morales. Además de estos propósitos y de la efectividad o ineficiencia que pudiera tener un código moral para su selección y mantenimiento, no veo ningún criterio con el cual se puedan hacer juicios sobre cualquier forma determinada de moralidad.

Sin embargo, este criterio de lo que es adecuado para cumplir con una serie de necesidades biológicas y de imperativos sociales, así como de sus respectivos conflictos, podría dar por resultado un método de juicio superior a la decadencia de los absolutismos morales y de las formas prevalecientes de relativismo. Éste es un tema que valdría la pena explorar, en parte sobre la base del espectro que cubre este libro y en parte con la ayuda de consideraciones que hasta ahora no han salido a la superficie.

Antes de analizar más el aspecto evaluativo del relativismo moral, convendría ocuparse de los aspectos descriptivos y factuales. Aunque los juicios morales, y sobre todo los juicios sobre la moralidad de los demás, son la causa de pasiones vitales que desempeñan un papel muy importante en los asuntos humanos —tanto el capitalismo como el socialismo llegaron al mundo como enormes conmociones de rechazo al orden social existente—, despertar la pasión moral resulta un trabajo relativamente fácil, en comparación con la descripción exacta y el análisis causal.

Hay miles de posibles propósitos colectivos, algunos de ellos bastante triviales en el sentido de que tienen muy poco que ver con la supervivencia humana, la felicidad o la infelicidad. En tales casos, el elemento de juicio moral en las reglas que la gente crea, puede ser bastante pequeño, aunque es posible que exista algo de él en cualquier empresa colectiva. Las reglas que gobiernan el juego del póker, el bridge y otros, no tienen más propósito que el de proporcionar placer a través de la habilidad y la suerte. Dichas reglas podrían ser diferentes y de hecho continuamente se inventan nuevos juegos y variaciones. Y sin embargo, hay mucho agravio moral que se desfoga en contra de aquellos que hacen trampa en las cartas o que deliberadamente violan las reglas de cualquier juego. Y en el otro extremo de la escala están las reglas morales que son esenciales, o que se cree que lo son, para la supervivencia del grupo o para tratar de lograr este objetivo. Los propósitos colectivos son en sí mismos fines éticos tales como el honor, la independencia, la salvación. Respecto a esto, es obvio que hay una gran cantidad de variaciones.

En esta coyuntura, nos encontramos con el aspecto factual central en el relativismo moral: ¿cuál acuerdo observable —si es que lo hay— existe en los principios de la justicia social?, y en el grado en que existen variaciones —como sin duda sucede— ¿cuáles son sus causas? A modo de observación preliminar es necesario señalar que ni uno solo de los especialistas, ni siquiera los que trabajan en equipo, pueden conocer todos los códigos morales que han establecido para sí mismos los seres humanos en un momento o en otro. Por eso necesariamente van a surgir excepciones que refutarán a cualquiera, menos a las proposiciones universales más banales, respecto al

sentimiento humano de justicia. En algún remoto lugar del mundo, un antropólogo todavía puede encontrar formas de moralidad que lleven al suicidio colectivo.[2] Desechar estos descubrimientos como si fueran simples curiosidades, sería un grave error porque tales variaciones extremas revelan mucho sobre la naturaleza de tipos de moralidad similares, pero más difundidos. No es necesaria mucha erudición para reconocer que un código moral que puede servir para un conjunto de circunstancias históricas, puede resultar suicida, o por lo menos completamente inadecuado, para un conjunto posterior de ellas. Don Quijote aparece como el paradigma de este tipo de transformación. Así que lo más que se podría esperar de un intento de generalización es establecer la existencia de tendencias ampliamente recurrentes.

Es muy posible que tales tendencias surjan a partir de experiencias poco placenteras, compartidas por los estratos bajos en muchas formas de sociedad humana, y no de experiencias de los estratos dominantes, porque estos últimos tienen más recursos y lugar para variar el curso de sus vidas.[3]

En la investigación de las tendencias recurrentes es mejor, como se señaló en el primer capítulo, comenzar buscando algunos problemas universales que todas las sociedades humanas deben resolver a fin de existir y perpetuarse. Entre estas cuestiones están las de la autoridad y las de producción y distribución de bienes y servicios. Para nuestros propósitos podemos considerar este conjunto como un solo problema: el de la división del trabajo, o de manera algo más precisa, el de la coordinación de las diversas actividades que cada individuo hace a fin de constituir este agregado de individuos en una sociedad. Sin esa coordinación no hay sociedad. Por lo general, la división del trabajo incluye la extracción de un excedente económico por parte de los grupos dominantes o de los individuos, para la creación de ciertos bienes y servicios, aunque en las sociedades iletradas este excedente puede ser bastante pequeño y mínimo el elemento de dominación. Cualquier arreglo que exista tiene poderosas sanciones por detrás, pero el grado en que ellas se aceptan por parte de la población varía considerablemente. Más aún, por lo menos algunos aspectos particulares de la división del trabajo están sujetos a una renegociación continua, incluso diaria, conforme la gente decide cómo ir cumpliendo con su día de trabajo. Éste es el contrato social informal en su nivel mínimo. También detrás de él hay sanciones morales, aunque no tan precisas ni tan claras como aquellas que gobiernan el esquema general de la división del trabajo en la sociedad.

El primer capítulo llamó la atención sobre varias características recurrentes en la resolución de estas cuestiones, por lo que no las repetiré aquí. Si los seres humanos fueran capaces de producir sólo un tipo de sociedad y un código moral, la especie se hubiera extinguido con rapidez. La variabilidad es un elemento esencial en la adaptación a circunstancias diferentes y

[2] Para un caso de este tipo, véase Jules Henry, *Jungle People*, pp. 59, 108-110.

[3] Hay características recurrentes muy notables también entre éstos: el arte, la intriga erótica y las técnicas ceremoniales para la expresión de la solidaridad social y la agresión.

cambiantes. De nuevo una causa de la variabilidad es biológica: la capacidad humana para *soportar* el dolor y el sufrimiento. No es necesario enseñarle a la gente a sentir el dolor, pero si es posible —y para un producto moderno y sensible de la cultura occidental algunas veces parece sorprendentemente fácil— enseñar a los seres humanos a soportar y aún a ignorar el dolor y el propio sufrimiento. La gente puede —y de hecho lo hace— soportar casi cualquier cosa, aunque sin duda hay enormes diferencias individuales en esta capacidad. Las principales razones se pueden resumir en dos: o bien son incapaces de concebir una forma de vida diferente, o si se imaginan una, son incapaces de hacer nada respecto a ella. Por lo general, estas dos razones funcionan de manera simultánea. Hay además dos causas principales de la variación y el cambio social y moral. Una es la elección que se hace de manera voluntaria o forzada entre las soluciones recíprocas o las predatorias respecto a la cuestión de la división del trabajo. Esta elección sucede en todas las etapas históricas, si bien en cada una de ellas toma formas algo distintas. La otra causa viene de la capacidad que se desarrolla históricamente para resolver los problemas de la escasez, las dificultades y la enfermedad. De ahí que esté íntimamente relacionada con la elección entre las soluciones recíprocas y las predatorias.

Esta capacidad tiene dos componentes principales. Uno es la tecnología o las herramientas para el control del medio ambiente natural, así como el conocimiento de cómo utilizar ambos. Para este componente, la historia humana proporciona evidencias claras de progreso, aunque sin duda no de progreso ininterrumpido. La evidencia viene desde muy atrás, a través de la historia escrita, y tan lejos en el pasado distante cuanto nos puedan llevar los registros arqueológicos. Si el progreso puede y va a continuar, es por supuesto otra pregunta para la cual no tenemos una respuesta segura. El otro componente es social y cultural y consiste en los acuerdos sociales y el cuerpo de conocimientos con los cuales y a través de los cuales los seres humanos hacen uso de los cambios tecnológicos, distribuyendo sus beneficios entre ellos. Si por progreso en cuanto a esta cuestión entendemos una reducción en la miseria socialmente producida, la evidencia de su existencia es patéticamente pequeña. Si juzgamos a partir de lo que sabemos sobre algunas tribus primitivas rezagadas y aisladas, entonces podemos decir que los seres humanos tuvieron la capacidad de proveerse de suficiente alimento y techo para vivir en ciertos medios ambientes favorables sin las plagas de la guerra, el hambre, la enfermedad y la opresión, en una etapa muy temprana del desarrollo tecnológico, apenas en el momento en que aprendieron a controlar el fuego y a fabricar algunos implementos simples para la cacería y la recolección. Si definimos a una sociedad decente como una sin esos azotes, veremos que la humanidad consiguió la capacidad de crear sociedades decentes en los albores de la historia, pero excepto por algunas partes aisladas del globo, los seres humanos no hicieron eso. La competencia con otras sociedades se los evitó al estimular y sancionar las cualidades predatorias y agresivas, que si bien no son instintivas, resultan terriblemente

fáciles de provocar. También hay algunos indicadores, a partir de la evidencia antropológica contemporánea, en el sentido de que puede ser que los seres humanos no estuvieran muy contentos con lo que yo llamé una sociedad decente, pues además de las quejas constantes sobre su suerte —que deberíamos ignorar como algo inevitable que se da sobre *cualquier* grado o forma de frustración— hay señales de que esa gente *sí* se siente tentada con facilidad por los frutos de la civilización y que en ocasiones los obtiene por métodos que lejos están de ser los del trabajo duro —por ejemplo por medio del robo.[4] Así que tanto los imperativos que provoca la competencia con otras sociedades humanas como las tentaciones de la "alta civilización" han empujado durante mucho tiempo a las sociedades humanas hacia afuera de las formas de organización social recíproca, hacia las predatorias. De hecho esto ha sido así a pesar del aumento en la capacidad humana para controlar y entender su medio ambiente físico y social.

2. *La Autoridad Racional y la Predatoria*

A las soluciones predatorias llegaremos en breve. Primero veamos más de cerca un aspecto de las relaciones recíprocas: el de la autoridad racional, a fin de distinguirla de la dominación y de la autoridad predatoria. La razón para hacer esto es que ha habido una notable tendencia reciente a considerar a cualquiera o a todas las formas de autoridad como algo irracional e ilegítimo. En cualquier sociedad compleja, con una división del trabajo compleja, en donde no todos pueden hacerlo todo —en otras palabras, en cualquier sociedad que afirma ser civilizada— muchas formas de autoridad son inevitables, y es mejor que haya una autoridad racional, que una irracional y opresiva. Porque la autoridad racional es justa, aun cuando algunas veces resulte dolorosa. ¿Cómo es posible saber si la autoridad efectivamente *es* racional?

Es bastante probable que la afirmación de que la autoridad racional nunca ha existido sea cierta. Sin embargo, hay suficientes elementos racionales en formas bien conocidas de la autoridad —por ejemplo, la del doctor muy capaz, la del piloto de una nave, la del comandante de un ejército revolucionario e incluso la del administrador muy hábil de una gran empresa industrial— como para que podamos, a partir de ellos, discernir sus características básicas. La autoridad racional es una forma de promover los propósitos individuales o colectivos, asegurando a ciertas personas el derecho, y en algunos casos incluso la obligación, de ejecutar ciertas tareas específicas y de dar órdenes a otras personas en el curso de su cumplimiento. Para que tal autoridad sea racional, deben serlo también los fines individuales y colectivos.

[4] Colin M. Turnbull, *Wayward Servants*, pp. 40, 42-43.

Defino como racional a cualquier forma de actividad para la cual, en un determinado estado de conocimiento, haya suficientes razones para suponer que el sufrimiento humano va a disminuir o que va a contribuir a la felicidad humana sin hacer que otros seres humanos sufran. Esta última estipulación es necesaria a fin de excluir las formas predatorias de autoridad, que muchas veces son bastante racionales desde el punto de vista de aquellos que se benefician con ellas, pero que no lo son desde la perspectiva de las víctimas. Según una distinguida tradición intelectual, es imposible utilizar el término racional para los propósitos humanos esenciales, y sólo se puede hablar de racionalidad en relación con los medios y los métodos. No creo que sea necesario entrar en este debate, aunque convendría señalar de manera explícita la posición que se tomará aquí para evitar confusiones innecesarias. En este punto hay poco qué decir sobre la racionalidad instrumental, aunque me gustaría hacer hincapié en que deberían tomarse en consideración los costos humanos y psicológicos. En cuanto a los valores y los fines, *no* tiene mucho sentido considerar las formas más crudas del sufrimiento, tales como el hambre, la enfermedad, las heridas o cualquier otra forma de dolor y sufrimiento, como fines en sí mismos.

En algunas formas de autoridad racional, la habilidad para la ejecución de una tarea difícil es la característica más importante, mientras que dar órdenes a otros no es más que incidental. Eso es cierto respecto del médico y del piloto de avión, aunque vale la pena notar que ahí donde están en juego las vidas de otras personas, los códigos morales dan a esta forma de autoridad el derecho a esperar la obediencia inmediata. Esta forma de autoridad racional está confinada a actividades y a relaciones sociales rigurosamente definidas, aunque en la práctica —como se observa claramente en el caso de la autoridad médica— exista una tendencia a derramarse a otras áreas. Hay otras formas de autoridad racional en las que el elemento principal es simplemente el de ordenar a la gente lo que deben hacer. La torre de control de un aeropuerto con mucho movimiento sirve como buen ejemplo de esta forma. En tales situaciones, el propósito de conceder la autoridad es el de coordinar la acción de un gran número de personas, de modo que cada una pueda conseguir su objetivo con un mínimo de riesgo y de inconvenientes. En este caso no importa quiénes sean los dueños de la autoridad, pero en el caso en el que no es necesaria ninguna o muy poca capacidad, como en el trabajo del policía de tránsito en una ciudad con mucho movimiento, es posible delègar la autoridad a las máquinas. En un mundo cada vez más atestado, estamos destinados a ver cada vez más este tipo de autoridad, lo que lejos está de ser un prospecto agradable. Pero no se afirma aquí que la autoridad racional sea siempre agradable, sólo se dice que es menos desagradable que el desorden o que la autoridad irracional.

Creo que es imposible afirmar que la autoridad racional siempre debe ser libremente electa, porque puede haber situaciones en las que la obediencia inmediata sea absolutamente esencial y en donde algunos individuos se nieguen a obedecer o lo hagan con más lentitud de lo necesario, ya sea por ignorancia, distracción o simplemente por ganas de molestar. Cuando el capitán

de un crucero en medio de una tormenta tiene que ordenar que se cierren las escotillas y que la cubierta quede libre de amarras, no puede esperarse a pasar una hora convenciendo a algún pasajero necio para que cumpla esa orden, puesto que tiene otras cosas que hacer. Aceptamos que ésa es una situación de urgencia, aunque no por eso es menos importante para este razonamiento, ya que este tipo de situaciones no está confinado a las urgencias. En una gran sociedad que es algo menos que perfecta, debe haber por lo menos algunos adultos que no puedan o no quieran escuchar razones o que insistan en fumar en la cama y en tirar basura a la calle, y que consideren que las regulaciones en contra de tales prácticas son manifestaciones de tiranía.

Si ponemos la cuestión de manera más general, no todas las formas racionales de autoridad pueden adaptarse a todos. Debe haber un elemento de obligación. Para quienes están sujetos a ella, siempre debe haber formas de reconocer lo que es la autoridad racional, pues de otra forma ésta se convierte en dominación. Éste es un problema permanente cuyas características cambian continuamente con el desarrollo de la capacidad humana para resolver los problemas existentes y para crear otros nuevos. La autoridad racional es una cosa entre los grupos de cazadores, otra entre las sociedades agrícolas sedentarias y una muy diferente en una sociedad industrial avanzada. Si la autoridad racional no se puede elegir libremente, entonces el elemento de sumisión libre, racional y deliberada, tiene que ser claramente predominante en ella.

Entonces, ¿cuál puede ser la base o el criterio sobre el que un ser humano maduro e inteligente decide obedecer las órdenes o sugerencias de otra persona? Si los elementos de tensión, peligro y necesidad de rapidez están ausentes, la autoridad racional puede y debe en cierto momento tomar la forma de análisis y sugerencias, en lugar de órdenes. En cualquier tipo de situación, las consideraciones racionales que están por detrás de la sumisión y la obediencia incluyen juicios sobre: 1) la importancia social de la actividad que se debe llevar a cabo —tal como proporcionar ayuda médica o algún tipo de bienes y servicios que van desde llantas para automóviles hasta alfileres—; 2) las mejores maneras de desempeñar esas actividades; y sobre todo 3) la capacidad de ciertos individuos para cumplir con las demandas de cierto tipo de funciones.

Aquí se hacen claros algunos de los principales obstáculos para la expansión de la autoridad racional. Entre más compleja es una sociedad y más diferenciadas son las actividades que lleva a cabo, menos posible es que cada ciudadano adulto pueda saber lo suficiente como para hacer un juicio inteligente sobre estos asuntos. Los miembros de cada ocupación posiblemente verán su propia contribución como indispensable y harán cada vez más demandas para ella, a expensas de los demás. Ésta no es una situación nueva, pero para mediados de 1970 ya era muy notable en las sociedades formalmente abiertas. También era muy visible bajo la superficie de sociedades formalmente movilizadas y autoritarias, como la china. La forma en que se puede remontar este obstáculo —si es que se puede— es algo que no pretendo saber. El aumento del tiempo de ocio puede o no proporcionar la base

para una mayor comprensión de cómo funciona la sociedad y de por qué tantas veces fracasa. Con una especialización cada vez mayor, resulta inevitable tener que delegar la autoridad hacia arriba en forma pseudo-demócratica, como sucede en el centralismo democrático comunista (o como esperamos, en algunas variantes más genuinas).

Una última observación. Los efectos negativos del aumento del conocimiento y la especialización, aunque son suficientemente reales, con frecuencia se exageran de manera tal que ocultan cuestiones sociales más importantes. Hoy día el conocimiento necesario para una política social informada y humana, es mucho mejor en términos de calidad y cantidad y es más accesible de lo que era en tiempos de Colbert. La autoridad incompetente e imperfecta es sólo una cuestión de ignorancia.

Ahora es tiempo de echar un vistazo más de cerca al elemento clave de la autoridad racional: los juicios sobre la capacidad. Es muy claro que el carácter de tales juicios va a variar históricamente con el estado de las artes productivas y del conocimiento social en general. Igualmente, el carácter de los problemas a enfrentar cambia con el tiempo y es en este sentido que la racionalidad es un concepto esencialmente histórico y en relación con el tiempo. No se puede considerar irracionales actos tales como bailar para hacer que llueva y que las cosechas se den cuando se los llevaba a cabo antes de que existieran las ciencias de la meteorología y la astronomía, pues aunque no eran útiles para ese propósito, probablemente sí lo eran para la moral, y esto es bastante obvio.

El problema real para establecer formas racionales de autoridad es el de encontrar cómo poner a prueba la capacidad de quienes tienen la autoridad por medios que sean efectivos y justos. La única forma de juzgar para el ciudadano común es por los resultados. Los aviones que se caen y los médicos cuyos pacientes mueren o las lavadoras que se descomponen dos días después de que termina la garantía son definitivamente inferiores a los productos y a los servicios que no muestran esas características. Los lazos entre causas y resultados son numerosos, complejos y obscuros y lo que es más, están en cambio constante. Y sin embargo, estas relaciones no son de ningún modo misteriosas. Con la desintegración general y bastante justificada en las sociedades modernas de los místicos y los hechiceros, la forma en que las cosas funcionan o dejan de funcionar se vuelve accesible a quienes tienen energía, ingenuidad y una dosis de curiosidad. Sus conclusiones entonces pasan a los otros y se convierten, junto con otras interpretaciones, en parte de la influyente opinión pública. Este proceso funciona de manera bastante imperfecta, incluso en las sociedades abiertas, pero es sólo en ellas en las que se puede verificar la capacidad de la autoridad, y de ello se desprende que la autoridad racional sólo es posible —en el grado en que de plano lo es— en dichas sociedades abiertas e informadas.

Unos cuantos comentarios sobre el elitismo nos servirán para concluir con este breve análisis de la autoridad racional. Hay formas de elitismo justificadas y otras injustificadas, que dependen de los criterios sobre los cuales se basan estas distinciones. Una élite basada en conocimientos y capacidades que

son útiles a la sociedad y que son difíciles de adquirir y de practicar, aparece como perfectamente justificada hasta el punto en que las distinciones sirven como acicates para adquirir esas destrezas. Sin embargo, esta cuestión es muy difícil de determinar y no hay necesidad de gratificar más de la cuenta a la gente por el accidente de tener talentos innatos que bien podrían desarrollar y utilizar sin gratificación. Las recompensas psicológicas que son el respeto social y el honor, seguramente son más efectivas para este propósito que las estrictamente materiales.

El elitismo injustificado existe ahí donde tienen prestigio actividades socialmente dañinas, o ahí donde el prestigio está basado en criterios falsos o inadecuados. Una forma es el esnobismo intelectual basado en el conocimiento de las cosas más abtrusas; otra es la aclamación que se da a un artista famoso o a una celebridad deportiva que simplemente alcahuetea los prejuicios del público. El esnob intelectual siente desprecio por esos dos, pero carece de ninguna pretensión mejor de distinción. Los criterios de excelencia cambian con el tiempo y con los requisitos del orden social en el que existen. El erudito caballero chino podía haber servido a un propósito útil para ayudar a mantener la paz y el orden, pero para mediados del siglo XIX tanto él como la sociedad a que pertenecía se habían vuelto históricamente obsoletos. Las habilidades literarias clásicas, combinadas con la perspicacia política de una variedad más bien limitada y tradicional, ya eran insuficientes en el umbral de una era industrial con poderes predatorios, deseosos de exprimir todo lo que pudieran de China. No se puede considerar irracional el prestigio y la autoridad de los sacerdotes y los magos —aunque en muchos casos bien podían haber sido socialmente dañinos— antes de que surgiera el conocimiento para demostrar que sus rituales eran puras tretas. Que la gente crea hoy en tales cosas, e incluso que busque las formas más extrañas y exóticas que se pueden encontrar, es algo diferente. Si los términos "patología cultural y moral" son algo más que epítetos etnocentristas, como creo que lo son, se aplican a tales abdicaciones deliberadas de la razón humana.

Como el conocimiento humano y el poder de juicio racional y de distinción han avanzado con el tiempo —de ninguna manera de forma regular— así también han avanzado la complejidad de la división del trabajo y los problemas con las cuales se tiene que enfrentar la razón humana. No sorprende que la autoridad racional haya mostrado poco más que un crecimiento escaso, pues aunque es la única forma igualitaria de autoridad porque se basa en el intercambio de bienes y servicios equivalentes, hay por supuesto muchas otras formas de ella. Aquí quisiera yo analizar sólo a la autoridad predatoria.

Básicamente hay tres formas por las cuales los seres humanos pueden conseguir lo que quieren en la forma de bienes y servicios (los servicios aquí incluyen la satisfacción de las necesidades y los deseos psicológicos). En primer lugar, la gente puede fabricar por sí misma los bienes que desea, ya sea individual o colectivamente. Por supuesto, lo que no puede provocar por sí misma es la admiración o la distinción. Eso deben dárselo otras personas. Y esto sólo es posible sobre bases racionales en una diversidad de empresas

colectivas. Las otras dos formas que hay para que la gente pueda conseguir lo que desea, son el robo o la compulsión que obliga a otros a hacerlo para ella. Ahí donde alguna de estas dos formas se convierte en la forma normal de vida para un grupo de seres humanos, entonces tenemos dominación y autoridad predatoria. En sentido estricto, la autoridad predatoria sólo existe en la tercera situación, es decir ahí donde alguien obliga a otras personas a crear bienes y servicios y donde las víctimas aceptan esta relación como (por lo menos en parte) legítima y moral. Por definición, robar no es legítimo, y sin legitimidad no hay autoridad, hay sólo dominación.

Junto con la dominación, la autoridad predatoria ha desempeñado un papel muy importante en muchos momentos en todas las civilizaciones, y no es algo extraño en las sociedades iletradas, puesto que obviamente funciona. Igual de obvio es que la racionalidad instrumental desempeñe una gran parte en su funcionamiento. El gobernante predatorio que deja de utilizar los métodos más efectivos para controlar a sus súbditos puede terminar tarde o temprano sin súbditos y dejar de ser gobernante y depredador. Esta observación ya era lo suficientemente clara para Tucídides, cuando escribió el Diálogo Melian, aunque dos mil años después Maquiavelo tuvo que recordárselo a la gente.

En cualquier caso concreto, resulta esencial ser cuidadoso al determinar el grado en el cual la élite efectivamente es o ha sido predatoria. Por sí misma, la extracción de excedentes no prueba la existencia de un gobierno predatorio. Sería inteligente recordar que en la historia humana la pobreza y la anarquía con frecuencia han formado la base a partir de la cual se inició la evolución social[5] —con más de una repetición del pasado. De modo que una élite verdaderamente predatoria es aquella que rinde muy pocos servicios a la población subyacente y que extrae para sus propósitos un excedente lo suficientemente grande como para crear pobreza en escala masiva, la cual no existiría si la población subordinada fuera abandonada a sus propios recursos. La esclavitud en las plantaciones es un ejemplo bastante claro. En otros casos, líderes enérgicos e incluso en ocasiones crueles pueden con el tiempo crear islas de relativa paz y orden en medio de un mar de sufrimiento general. No se puede negar que tales logros tienen una considerable cantidad de racionalidad. Así se nos dice que sucedió con la historia del absolutismo real francés en varios momentos de su desarrollo hacia un sistema en el cual, ya para la época de Luis XIV, llegaron a predominar los aspectos predatorios.

Estas consideraciones nos llevan a la conclusión de que hay una diferencia entre la autoridad racional y la predatoria, aún si no resulta tan fácil verla cuando nos la presentan los críticos partidarios de algún sistema dado de

[5] Sobre los remotos puntos o punto de partida, no sabemos casi nada. Algunas de las sociedades primitivas más simples no sufren ni de deseos materiales ni de desórdenes sociales, y en cambio muchas otras sufren mucho por causa de uno o de los dos, y eso ya les sucedía desde su época primitiva, antes de la intromisión de los blancos. Hasta donde conozco, no hay forma de saber cuál de estas dos situaciones predominaba en los albores de la historia humana, si es que alguna lo hacía. La historia escrita proporciona evidencias sobre períodos de hambre y desorden social.

autoridad. La diferencia me impresiona lo suficiente como para rechazar cualquier tesis en el sentido de que las preferencias políticas puedan no ser otra cosa que cuestiones de opinión, caprichos subjetivos o valores personales. Dicho de manera muy simple, en términos del sufrimiento que pueden causar, hay modalidades mejores y peores, mejores y peores sistemas sociales y propósitos colectivos. Y si a eso le llamamos predatorio o racional, es algo que ya no importa demasiado.

En otras palabras, sí existe eso que llamamos crítica moral significativa. El relativismo moral puro es una posición insostenible si uno se preocupa por el sufrimiento humano y es claro que las víctimas que están más allá de un cierto punto de condicionamiento posible no pueden evitar preocuparse. La crítica moral también es políticamente muy significativa, aunque tiene sus limitaciones, como trataré de demostrar más adelante. Como lo observó De Maistre, en cada transformación social y política importante en los últimos dos mil años, el viejo orden sufrió una derrota moral y la erosión de su legitimidad mucho antes de que tuvieran lugar los cambios políticos. Así sucedió con el triunfo del cristianismo sobre el paganismo, y también con los grandes movimientos revolucionarios, como la revuelta de los Países Bajos, la revolución puritana, la revolución francesa, la guerra civil norteamericana y las revoluciones rusa y china. En cada caso, el viejo orden dejó de tener sentido moral para sectores influyentes de la población antes de ser derrocado. Los cambios económicos y sociales pudieron hacer que el viejo orden dejara de tener sentido moral. Pero sin el desarrollo concomitante de los nuevos patrones de condena y de los nuevos objetivos para el futuro, los resultados de las transformaciones económicas y de otras hubieran sido muy diferentes y probablemente caóticos. En cada caso, la nueva moralidad afirmaba que era expresión de los sentimientos y aspiraciones de un segmento más amplio de la humanidad. Ha habido más que un ligero toque de hipocresía en todos estos cambios, conforme las nuevas modalidades servían para justificar que sus propias formas de crueldad y sufrimiento, que no eran por completo novedosas, fueran infligidas. Y aún así, el mundo se movió...

¿Acaso todas estas consideraciones apoyan la conclusión de que las moralidades y los sistemas sociales predatorios puedan considerarse patológicos en un sentido objetivo? A partir del rechazo del relativismo moral, la respuesta a esta pregunta podría permanecer ambigua. En algunas situaciones políticas, si bien es posible hacer un diagnóstico bastante exacto de la patología, esto no es ni necesario ni útil. En otras situaciones los juicios morales —con y sin juicios de patología— pueden ser totalmente inadecuados porque implican que se hacen las preguntas menos adecuadas sobre la naturaleza y las causas de la situación. Pero antes de explorar estas cuestiones, convendría clarificar brevemente el significado de patología.

El concepto de patología implica algún estado de salud correspondiente, sujeto a observación empírica y a determinación objetiva. Para que tenga más sentido lo decimos así: el estado de salud tiene que ser adecuado al organismo que se está considerando. Un caballo sin alas no presenta un estado patológico, pero un pájaro sin alas sí. La patología es un proceso o

condición dañino a un organismo particular, cuyas causas pueden ser internas o externas, como en el caso de una herida producida por un golpe. Algunas patologías con causas internas —por ejemplo el envejecimiento— pueden ser normales para los organismos particulares. Las sociedades humanas no son organismos biológicos; sin embargo, sufren de procesos que son dañinos y destructivos. El grado en el que los procesos históricos de decadencia puedan repetirse de manera tal como para hacerlos susceptibles de un diagnóstico definitivo es, por supuesto, muy problemático. Lo que sí es razonablemente cierto, es que dicha decadencia sucederá tarde o temprano. Es más, la decadencia no es la única forma de proceso dañino al cual están sujetas las sociedades humanas, y de ahí que sobre estas bases el concepto de patología parezca al principio muy prometedor, quizá incluso necesario; y si no lo utilizamos es porque puede revelar cosas desagradables sobre nuestra sociedad.

Si seguimos en el camino que abre esta reflexión, encontraremos importantes consideraciones que restringen la utilidad de ese concepto para el análisis social. Una de las principales dificultades es la de determinar el grado original de salud. Si un animal predatorio sufre una enfermedad que evita que se comporte de manera predatoria, entonces podríamos concluir que sufre una patología. ¿Acaso no se podría utilizar el mismo argumento para una sociedad humana predatoria?, pues mientras tenga éxito en serlo ¿no tendríamos que admitir que es perfectamente sana? Después de todo, han exsistido muchas sociedades guerreras organizadas con propósitos predatorios.

Como ya señalamos, sería posible responder a esta objeción y evadir la dificultad con argumentos empíricos en el sentido de que las sociedades predatorias han causado mucho sufrimiento. ¿No deberíamos entonces concluir que son en sí mismas una forma de patología? Digamos, por el momento, que el argumento es correcto desde el punto de vista lógico y factual, aunque en seguida diré algunas razones para rechazarlo. ¿Qué diferencia haría? Supongamos que alguien hubiera intentado decirle a Hitler y a los nazis que su moralidad era patológica —como de hecho lo hicieron muchos críticos del nacional-socialismo ya fuera de manera explícita o implícita—; ¿qué se podría esperar que sucediera? Probablemente a los líderes nazis les hubiera interesado saber que su versión de la ética del guerrero se estaba convirtiendo en objeto de una decadencia interna, para la cual algún científico social podría idear terapias administrativas adecuadas. Hay sin duda varios indicadores —incluyendo el estudio secreto sobre sus propios miembros que citamos en el capítulo precedente— que demuestran que los temores en ese sentido eran bastante fuertes. Pero nada excepto la burla y epítetos groseros hubiera recibido cualquier intento por decirle a los nazis que su moral era patológica.

Si alguien rechaza que la reducción del sufrimiento y el dolor sea un objetivo, no hay autoridad externa a la que se pueda recurrir para lograr que esa persona, grupo o estado, desista de los actos peligrosos. Ni Dios ni las fuerzas de la historia ni la supuestamente existente estructura racional del universo pueden servir como argumentos o sanciones efectivas. Aún si fuera posible

demostrar con seguridad matemática que una cierta forma de moralidad y de sociedad predatoria podrían llevar al exterminio de toda la humanidad, de todos modos un egoísta cruel y romántico podría manifestar su desprecio y encabezar la marcha hacia Armaggedon con su firme creencia en que la humanidad no merecía nada mejor que la destrucción. La fuerza, y sólo la fuerza, puede evitar tal locura. Y el uso de la fuerza incluso para propósitos estrictamente defensivos o "socialmente constructivos" da un poderoso impulso precisamente al establecimiento de las instituciones y los hábitos predatorios.

En un nivel del discurso menos apocalíptico, es necesario señalar que es bastante poderosa y recurrente la tentación que sienten los grupos e individuos de recurrir a acuerdos sociales predatorios y a morales predatorias que los justifiquen y que esto seguramente seguirá siendo así mientras no haya una solución universal satisfactoria al problema de la división del trabajo, dentro de las sociedades y entre ellas. Aún si se encontrara esa solución, hay suficientes razones para sospechar que no podría ser permanente, puesto que las distintas partes del mundo cambiarían de manera diferente y a distinta velocidad.

Si se aceptan las tentaciones de los acuerdos sociales predatorios y de la consecuente necesidad de defenderse de ellos como dos características permanentes en el escenario humano, se vuelve difícil tomar en serio la noción de moral predatoria como universalmente patológica.[6] Ahí donde una cierta forma de comportamiento es prácticamente inevitable, resulta imposible ser moralmente serio para condenarla, y por ello no basta con afirmar que la humanidad es responsable de su propia moral y de su propio destino, sino que el objetivo de la autoridad racional tiene que ser deliberadamente afirmado y elegido. Los seres humanos también tendrían que crear las condiciones básicas que hicieran posible la autoridad racional y que convirtieran las formas de autoridad predatoria en una cuestión patológica y no en una normal.

Hay buenas razones para dudar de que este cambio vaya a ocurrir o siquiera pueda suceder a escala global en el futuro previsible. Para ello tendrían primero que terminar la soberanía nacional y por supuesto todas las formas de egoísmo colectivo. Hay razones aún mejores para evitar gastar demasiada energía en lamentar esta situación, porque los lamentos se convierten con facilidad en una forma de auto-indulgencia que distrae la atención de otros problemas importantes. Y no es necesario tener el propósito de eliminar *todas* las formas de sufrimiento socialmente producido o ni siquiera todas las formas de autoridad predatoria. Los doctores no dejan de intentar la prevención y la curación de los distintos tipos de enfermedades, sólo porque no pueden recetar pastillas para la inmortalidad.

[6] Quizá se debería hablar de la "patología de lo normal", pero eso me molesta pues es sólo una pose de inteligente, ya que la frase por sí misma no explica nada. Tampoco el concepto de "guerra justa" sirve como fórmula para resolver el dilema. Entre más fácil parezca ser la aplicación del concepto, más sospechas debemos tener de estar haciendo racionalizaciones que sólo nos sirven a nosotros. No es necesario repetir que sí es posible establecer algunas distinciones.

3. *Principios de Distribución*

Por las razones antes mencionadas, propongo el análisis de las actitudes populares respecto a la distribución del producto social, hasta que hayan surgido otras consideraciones importantes. Las nociones sobre quién debería conseguir qué y por qué razón debería ser así, son el aspecto más importante de las concepciones populares sobre la justicia. Si la evidencia no muestra un conjunto de principios populares que pudieran servir como formas para resolver las disputas en más de una sociedad, eso sería una justificación para la forma más extrema de relativismo moral. En su forma más significativa, el relativismo moral no niega la posibilidad de descubrir las recurrencias e incluso las uniformidades, sino que simplemente niega que cualquiera de ellas, en el caso de que exista o pueda existir, sirva como base para resolver las disputas. Los seres humanos no luchan —como sostiene Homans— por principios de justicia social, sino por su aplicación.

La mejor manera de empezar es tratar de poner en orden las formas principales en las cuales los distintos pueblos realmente han tratado de enfrentarse a la cuestión de distribuir los bienes y los servicios. Como yo interpreto las evidencias, hay diferencias, y ahí radica la posibilidad de desacuerdo y de conflicto, tanto respecto a cuáles son los principios que se deben aplicar en algunos casos, cuanto respecto a qué es lo que deberían significar dichos principios en casos concretos. Pero esta diversidad no necesariamente quiere decir que no existan algunas soluciones preferibles, o que no pueda ser que no haya, de plano, ninguna solución posible.

Una forma que surge periódicamente en la literatura antropológica, pero que también se encuentra en otras partes, es la que consiste en tratar de quitarle importancia a todo el problema y borrarlo. "No te preocupes, no le pienses tanto, no te pongas muy exigente para conseguir lo que necesitas, pues ya te llegará tu turno y entonces sí podrás conseguir lo que quieras o al menos lo que necesites". Éste parece ser el mensaje moral que algunos grupos tratan de inculcar a sus miembros, y resulta sin duda una solución adecuada ahí donde el abastecimiento de bienes es inseguro, como por ejemplo entre las tribus de cazadores o entre los primeros cristianos que trataban de escapar y aislarse de las presiones sociales y morales que les producía la sociedad que los rodeaba. Esta situación ha quedado inscrita para siempre en la famosa exhortación del Nuevo Testamento respecto a aceptar como consuelo aquellas formas de vida que "no exigen faenas laboriosas ni demasiadas vueltas". Éste, como los otros principios, es aplicable sólo a un espectro limitado de circunstancias.

Una forma, muy parecida a la de quitarle importancia a esta cuestión, es la que sostiene el principio de igualdad en la distribución de bienes y servicios. No hay necesidad de señalar su atractivo. Su aplicación quiere decir que aquellos que ahora no tienen nada van a conseguir algo, lo cual es suficiente para dar cuenta de su atractivo, aunque insuficiente para explicar la pasión moral que lo sostiene. El principio de igualdad es más que pura demagogia para la envidia, ahí donde se combina —como con frecuencia sucede—

con alguna noción de que todos los seres humanos comparten valiosas cualidades en común y una suerte común. Este principio presenta dos ventajas para sustentar la existencia del grupo: es una buena forma de seguro social en contra de los desastres que pudieran golpear a los miembros individuales del grupo y también, en su mayor parte, está libre de ambigüedad en su aplicación. Bajo el principio de igualdad, no puede haber argumento respecto a cuánto merece una persona y por qué. Las partes son iguales y eso es todo. Y si bien pueden surgir disputas, suponiendo que hubiera un verdadero acuerdo sobre el propio principio, éstas serían respecto a aquellos bienes y servicios que por su propia naturaleza son difíciles o imposibles de dividir de manera igualitaria. ¿Qué teatro puede ofrecer lugares igual de buenos para todos los espectadores?

Hasta ahora, ninguna sociedad que sea lo suficientemente compleja como para hacer uso del lenguaje escrito, y muy pocas de las otras, han elegido organizar la distribución en torno al principio de igualdad, ni tampoco han optado por quitarle toda importancia a esta cuestión. Por sí mismo, este hecho no prueba que tales acuerdos sean imposibles, aunque sí que existen obstáculos poderosos, de lo cual no vamos a hablar aquí. Si tomamos al lenguaje escrito como índice empírico en bruto de la existencia de los acuerdos sociales llamados civilización, podríamos decir que todas las sociedades civilizadas, y muchas otras, se han organizado en torno a uno o más principios de desigualdad social que se reflejan en su manera de distribuir los bienes y servicios. Para los propósitos de este análisis, dichos sistemas se pueden reducir a dos tipos opuestos. En aquellos en los que existe la movilidad social, la distribución de bienes y servicios (incluyendo la estima y la distinción) dependen en cierta forma del desempeño real de un individuo durante su vida. Los desempeños legítimos son aquellos que por lo general se consideran como una contribución al bienestar social, mientras que los ilegítimos son aquellos que resultan socialmente dañinos. En ambos casos, lo que cuenta es el desempeño, y lo que constituye una causa obvia de posible desacuerdo y de conflicto potencial es cuáles de estos desempeños se deben castigar, de qué manera y en qué cantidad. Una sociedad así es inestable de manera inherente, pero el hecho de hacer hincapié en el desempeño significa que las cosas se hacen. Claro que lo que se hace puede variar a lo largo de todo el espectro de objetivos, que van desde los predatorios hasta los igualitarios. El tipo opuesto es aquél en el que los principios de distribución dependen de la posición social heredada. En cierto sentido, estos representan un desempeño congelado, puesto que es el de las generaciones precedentes, de modo tal que las relaciones de parentesco y descendencia cumplen un papel fundamental en el funcionamiento de los principios de distribución, y la unidad de consumo no es sólo la individual. Por esta razón también entra en juego algo más que el simple desempeño: la distribución tiene su lugar de acuerdo con cualidades humanas atribuidas que supuestamente son características de determinadas castas o estamentos en el orden social, cada una de las cuales tiene su propia función y su forma de honor social, o en muchos

casos de deshonor social. Un enfoque de este tipo sólo es posible en una sociedad estática que existe dentro de un medio ambiente estático.

Si observamos ahora más de cerca las causas de desacuerdo y conflicto, podremos fácilmente reconocer la relación que existe entre el surgimiento de las industrias modernas, y las gigantescas luchas entre los principios de distribución que se basan fundamentalmente en la posición heredadas con aquellos que se basan en el desempeño. La erosión de los sistemas habituales de desigualdad —que se basan en la posición y el honor social, y cuyo grado de aceptación por parte de la población de base difiere mucho en cada caso, y que lo más seguro es que nunca fue tan grande como lo describen las fuentes, que siempre reflejan los intereses y quehaceres de los estratos dominantes— permitió que salieran a la superficie una gran variedad de egoísmos de los grupos. De todos modos, estas formas de egoísmo grupal, así como la búsqueda del interés propio, de por sí no están muy lejos de la superficie en ninguna sociedad de buen tamaño y moderadamente compleja, para no mencionar a las más simples y pequeñas. Pero, ¿qué quiere decir esto de guiarse por el propio interés egoísta? En la mayoría de los discursos, simplemente se refiere a lo que están haciendo nuestros opositores y nuestros competidores, de modo que podríamos preguntarnos si no es más que un epíteto, es decir, un término emotivo desprovisto de un contenido factual identificable. Las bases para afirmar que estas palabras pudieran tener un componente factual genuino son, hasta donde yo puedo ver, las que mencionaré a continuación, con un importante peso sobre toda la cuestión del relativismo moral.

En cualquier caso concreto, es posible para un observador más o menos cuidadoso evaluar y distinguir las contribuciones relativas de cualquier empresa colectiva para el bienestar de la sociedad —en sus circunstancias concretas e inmediatas— y esto va desde la recolección de basura hasta proporcionar los cuidados médicos y la defensa común. Para que este argumento pueda sostenerse no es necesario que las evaluaciones sean demasiado precisas y basta con juicios burdos respecto al orden y la clasificación correspondientes. Y tampoco es necesario, para la validez del argumento, que haya acuerdo universal sobre esos juicios; es más, si uno desea tomarlo con seriedad, más le valdría asumir la existencia de un debate muy vivo y apasionado respecto de estas cuestiones. Pero también es necesario asumir que las discusiones se pueden llevar con inteligencia y que es posible llegar, porque ella existe, a una conclusión racional. Y es que sin la posibilidad de un modelo objetivo no existe manera de designar a ninguna forma de comportamiento colectivo como egoísta o antisocial.

El sólo hecho de establecer estos prerrequisitos nos basta para mostrar lo lejos que están las sociedades modernas de cumplirlos, ya sean comunistas, capitalistas o cualquier otra cosa. Aquellos que sostienen que estos prerrequisitos no pueden cumplirse bajo ningunas condiciones concebibles, o que los problemas que subyacen a la distribución social son irresolubles de manera inherente por medios racionales, tienen en sus manos un argumento que parece admisible, y la mejor respuesta que les puedo dar se basa en los

siguientes puntos: puesto que la distribución social tiene que cumplirse de alguna manera, lo mejor sería que se hiciera sobre bases racionales en el grado en que esto sea posible, pues de otra manera las relaciones humanas nunca podrán ser otra cosa que el caos, cuyo control parcial sólo se logrará por el derecho del más fuerte, derecho cuya base será la fuerza y el fraude. Obviamente que es posible *alguna* racionalidad, y es mejor que haya más de ella que menos. Podemos establecer distinciones entre las actividades colectivas sobre la base de la cantidad de daño y sufrimiento que causan en relación a los beneficios que supuestamente producen. Los alimentos no tienen que estar envenenados (como algunas veces lo están) y el correo no tiene que "perder" grandes cantidades de cartas, a menos que sea posible demostrar con claridad que su entrega a tiempo, así como la producción de alimentos que no estén en mal estado, requieran de costos sociales imposibles de aceptar para la población general. Es muy probable que el desempeño perfecto de cualquier empresa colectiva signifique costos prohibitivos.[7] Pero ésta no es una razón para aceptar *a priori* la situación tal y como es. Y por último, el significado de la racionalidad social, a pesar de cualquier esencia común, cambia con el tiempo y con las circunstancias históricas.

Las anteriores consideraciones llevan implícita una más, y es que la sociedad necesita de individuos competentes y dotados que sean capaces de explorar el significado y las aplicaciones de la racionalidad sin los estorbos o impedimentos de las prohibiciones oficiales y las no oficiales. Lo razonable en las relaciones humanas siempre se ha tropezado con enormes obstáculos. El obstáculo intelectual que consiste en decidir qué es lo que vale en la racionalidad y cómo se la asegura, no es necesariamente el más importante, pues el desacuerdo respecto a esta cuestión tan fundamental no constituye por ningun motivo una amenaza mortal a las empresas humanas, y más bien al contrario, puede ser un signo de vitalidad y un preludio al crecimiento y al descubrimiento. Claro que también puede ser una amenaza mortal si los seres humanos llegan a creer que la racionalidad por sí misma es un engaño y abandonan por completo la búsqueda.

Cualquiera que sea la posición que se adopte sobre esta cuestión del juicio objetivo, ella será suficiente para permitirnos ver que el principio de distribución de los bienes y servicios entre los miembros de una sociedad, según su desempeño, da lugar a más confusiones que las que se producen con el principio de la igualdad o de la asignación, según la posición y las concepciones tradicionales del honor social, o bien, de plano, del regateo y silenciamiento de todo el asunto.

Aunque se le ha dejado bastante de lado, existe una relación entre el desempeño y la parte que le toca a cada quien del producto social, la que seguramente funciona en la verdadera práctica, cualesquiera que sean los principios de desigualdad. Como lo muestran los materiales históricos, sobre todo en el caso de los mineros alemanes, la transición de la posición de

[7] Es necesario ser muy duro al responder a la pregunta ¿prohibitivo para quién y por cuales razones?, pues de otra manera se volvería a la lucha entre los egoísmos de varios grupos.

una situación con tradiciones corporativas que goza de los beneficios de una considerable protección paternalista y de bastante estimación social, a otra que se basa en el desempeño individual, da lugar a una serie de tensiones, pues algunos se benefician del nuevo acuerdo, mientras que otros pierden en él, además de que toma tiempo para que las nuevas experiencias colectivas se compartan y den lugar a la creación de una nueva identidad en la forma de sindicatos y movimientos políticos. Esos dispositivos sociales representan sin duda una adaptación a regañadientes al principio del desempeño y un intento por seguir este principio por lo que vale en sí mismo, así como para proteger a los trabajadores de los esfuerzos que hacen los patrones y administradores para voltear la nueva situación a su favor. En las primeras etapas de la industrialización, los hombres de negocios se ponen inquietos cuando perciben signos de que la fuerza de trabajo está aprendiendo el principio del desempeño, pues prefieren un cuerpo de trabajadores dóciles, que acepten la importancia del trabajo duro como una parte del honor social, y que le quiten todo énfasis a las gratificaciones seculares y materiales, o en otras palabras, cierto tipo de grupos en posición preindustrial. Excepto en el socialismo, en el cual la ética de la construcción revolucionaria impone actitudes similares, este tipo de fuerza de trabajo es cada vez más difícil de encontrar. Tanto el socialismo como el capitalismo constituyen intentos por cambiar la definición social aceptada de la relación entre el desempeño colectivo e individual y el reparto del producto social.

¿Hay alguna esencia de acuerdo significativo por detrás de las diversas definiciones sociales de lo que es un sistema de distribución justo o adecuado? Al considerar esta cuestión es importante reconocer que *cualquier* principio de distribución funcionará en desventaja para *alguna* persona durante *cierta* parte del tiempo. Los seres humanos en cualquier sociedad deben estar preparados para soportar tales consecuencias y esto es bastante posible; es más, quizá demasiado fácil, lo cual sin duda es alarmante.

También es razonablemente claro que ningún principio podrá por sí solo ser un acuerdo adecuado a todas las circunstancias posibles, y que los diferentes principios se adaptan a distintos tipos de circunstancias, entendiendo lo adecuado en el sentido de que su operación minimiza la miseria socialmente producida. Hacer caso omiso de la cuestión de la distribución, fomentar los movimientos hacia la distribución igualitaria o favorecer la distribución de acuerdo con la posición social heredada, son siempre formas de crear un sentimiento de seguridad y amortiguar las rivalidades sociales. La distribución, de acuerdo con la posición social heredada, requiere de una buena cantidad de preparación social y de por lo menos un abastecimiento regular y confiable de alimentos y de techo si es que se quiere conseguir resultados. Por su parte, la distribución de acuerdo con el desempeño es una manera de lograr cosas, sobre todo nuevas, en un orden social cambiante, y también es la única forma por la cual los individuos pueden mejorar su situación. Como lo señaló Marx, cualquier sistema de distribución depende mucho de aquello que los miembros de una sociedad (no necesariamente todos ellos) quieren producir.

Entonces, lo que hace enojar a los seres humanos es un cambio en los principios sociales a los que han estado acostumbrados, o la aplicación de principios que no se adaptan a un tipo particular de actividad o conjunto de circunstancias. La historia de la industrialización y de la modernización está llena de esos conflictos morales. El principio de gratificación de acuerdo con el mérito, como se mide por los precios en el mercado, entra en conflicto con el principio de gratificación de acuerdo con la posición social heredada. El triunfo del principio más nuevo fue para la burguesía y para su forma de organizar los asuntos humanos. El coraje moral que es políticamente significativo viene, entonces, de la aplicación de un nuevo principio que funciona en desventaja para importantes números de gente, sobre todo cuando ese principio los despoja de los resultados del trabajo duro. No es el sufrimiento objetivo la causa principal del agravio moral; es sólo su causa aparente. Percibir las causas como humanas es el primer paso necesario para hacer algo respecto a la miseria y la injusticia humanas.

4. *La Explotación*

Todos los problemas que hemos analizado se unen cuando se los relaciona con el concepto axial de explotación. En el grado en el que el término pueda tener un significado objetivo, designa las relaciones sociales no recíprocas. Algunas personas consiguen más de una relación de lo que justifica su contribución, y otras consiguen menos, de modo que el concepto presupone la posibilidad de una evaluación objetiva del valor de las actividades sociales y de la contribución de cada parte. Supuestamente, los trabajadores reciben salarios que no cubren su contribución al proceso productivo, mientras que los propietarios de las fábricas se llevan a casa más de lo que justifica su contribución. Los sacerdotes asustan a la población para que pague diezmos, sin rendir a cambio servicios adecuados, y la lista se puede ampliar a voluntad.

La ausencia de reciprocidad se puede referir a las relaciones sociales en las áreas institucionales de autoridad y coordinación social, producción y distribución, o de manera más común en las tres. Cualquier afirmación de que la explotación existe tiene que tomar en consideración todos los intercambios importantes. No basta con demostrar que una clase o casta dominante consume más bienes materiales de los que produce, sino que es necesario mostrar también que los otros servicios que proporciona, tales como coordinar las diversas actividades económicas y no económicas de la sociedad, administrar la justicia, proporcionar defensa en contra de los enemigos comunes etcétera, no los proporciona de manera adecuada, o que esas funciones sociales por alguna razón se vuelven menos valiosas de lo que eran.

Todos esos juicios dependen, para su validez, de la posibilidad de construir criterios objetivos para evaluar el desempeño social. No es necesario analizar las dificultades que hay para construir estos criterios, porque hay

otras limitaciones mucho más serias respecto al valor explicatorio del concepto de explotación que me han llevado a hacer muy poco uso de esa noción en este libro. Dichas limitaciones aparecerán dentro de poco. Ahora es importante notar que el hecho mismo de que existan los desacuerdos humanos sobre el valor de ciertas actividades, y por extensión, sobre el valor de la gente que las desempeña, no descalifica a la explotación por sí misma como un término científico imparcial. De paso, vale la pena también decir que imparcial no quiere decir neutral, pues un juicio imparcial puede condenar a alguien o a algo. La aceptación de una estimación baja sobre el valor del propio trabajo, y la de la contribución social más general, es en gran medida el resultado del condicionamiento social para los grupos de baja posición. Éste puede por sí mismo ser consecuencia de la explotación, y a la vez dar cuenta de muchas variaciones en las evaluaciones sociales. El hecho de que un gran número de negros y mujeres hayan aceptado que se les pague menos por trabajos idénticos a los que desempeñan los hombres blancos difícilmente se puede utilizar para demostrar que la explotación es una noción puramente arbitraria y subjetiva.

Al mismo tiempo, hay áreas en las cuales las decisiones sociales son inevitables y para las cuales es imposible construir criterios que arrojen decisiones definidas. En un caso concreto, ¿qué tan seria es la amenaza de los enemigos de afuera? Muy pocas sociedades humanas se han podido dar el lujo de ser capaces de pasar por alto esta cuestión. La mayoría de ellas deben tomar en consideración cuánto énfasis se debe dar a las virtudes militares y cuántos recursos se deben destinar al conflicto militar. Nadie puede tener una medida exacta y completa de las intenciones y capacidades de los opositores militares potenciales, y puesto que una estimación baja es más peligrosa que una alta, mucha de la historia humana ha sido una búsqueda inevitable de un margen de seguridad.

En un sentido burdo pero eficaz, los límites de la seguridad coinciden con las fronteras del control social factible, tal como ellas existen para una sociedad particular en un determinado momento del tiempo. La capacidad de las sociedades humanas para reconocer las causas del sufrimiento humano y hacer algo al respecto, cambia con el tiempo, y contribuye a producir cambios en los principios de la desigualdad social o en la evaluación de las diferentes tareas y funciones. En este sentido, la explotación es una categoría histórica y un descubrimiento histórico reciente que viene a existir en el momento en que los seres humanos se vuelven capaces —y lo desean— de hacerse ciertas preguntas sobre su propia sociedad. ¿Es esta actividad social —la de los sacerdotes, guerreros, agricultores, artesanos, etcétera— necesaria?, ¿necesaria para quién? ¿Y por qué?, ¿qué sucedería si la cambiamos o la dejamos de hacer? ¿Qué recursos materiales son necesarios para ella y quién debe conseguirlos? Toda sociedad desarrolla respuestas colectivas a estas preguntas, aunque algunos de sus miembros dejen de pensar en ellas, y sería un optimismo presuntuoso afirmar que siempre son posibles respuestas sin ambigüedad, además de que sería tonto esperar que la existencia de respuestas claras pudiera poner fin a la violencia, la crueldad y la injusticia. Pero sin

mejores respuestas y sin el conocimiento de la explotación, es imposible caminar en esa dirección.

Es más, la presencia o ausencia de la explotación, determinada por algun observador supuestamente imparcial, no hace mucha diferencia en cuanto a los sentimientos y al comportamiento humano. Siempre es necesario saber cómo la gente juzga su propia situación. Llamar a una institución social "explotadora" es algo que nos dice muy poco sobre cómo van a reaccionar las personas interesadas, y ésta ha sido la principal razón por la cual se ha evitado utilizar de manera más amplia dicho concepto en este libro. Hay demasiados mecanismos sociales y psicológicos potentes que pueden reprimir a los seres humanos para que expresen agravio moral por su situación, y muchas veces incluso para que lo sientan. No hay garantía de que laexplotación o el simple sufrimiento humano vayan a producir, de alguna manera, su propio antídoto.

Los seres humanos tienen que crear sus propios patrones de condena y sus propias formas de acción colectiva a fin de cambiar tales situaciones. Como ya se advirtió, no existe nada en la estructura del universo o de la Historia con mayúscula que garantice el éxito de esta empresa, ni siquiera que ella vaya a suceder. Pero de todos modos, repetidas veces han tenido lugar tales intentos. En el siguiente capítulo trataremos de desenredar los principales factores que los producen y sostienen.

CAPÍTULO CATORCE

LA INEVITABILIDAD Y EL SENTIMIENTO DE INJUSTICIA

1. *Observaciones introductorias*

Conforme nos acercamos al final de un largo viaje, quisiera volver con el lector a las preocupaciones que nos empujaron a emprenderlo juntos ¿Qué es el agravio moral?, ¿bajo qué condiciones sucede?, ¿cuándo y por qué se produce?, ¿es algo natural en todos los seres humanos?, y de ser así, ¿qué es lo que realmente quiere decir "natural"? ¿Acaso no es la ausencia aparente de un sentimiento de injusticia más significativa que su aparición? Aunque este libro ha explorado dichas cuestiones, el autor no pretende haber proporcionado las respuestas definitivas, si por definitivo se quiere decir el tipo de respuesta que podría convencer y satisfacer a todos. Tampoco pretendo presentar aquí un resumen convencional de aquello que se ha analizado con detalle a lo largo del libro. Más bien me propongo explorar, una vez más, cómo hace su aparición el sentimiento de injusticia, y esto lo voy a hacer a partir de los materiales que hemos estudiado juntos y con algunas consideraciones mías que espero puedan contribuir al tema.

Comencemos por preguntar si puede haber algunos temas comunes que aparezcan en la conducta de los Intocables Hindúes, en la de los trabajadores metalúrgicos alemanes en el Ruhr antes de 1914, en la incapacidad de Ulrich Bräker para enojarse con su patrón que lo vendió como mercenario a los ejércitos de Federico el Grande, en el respeto de los espartaquistas ante los sellos y las firmas, en las torturas que se auto-infligen los ascetas y en las reacciones de aquellos seres humanos a los que los nazis infligieron el trauma de los campos de concentración. En grados diferentes y de maneras diversas, toda esta gente sentía que sus sufrimientos eran inevitables. Para algunas víctimas, tales sufrimientos aparecían como algo ineludible y en cierta medida hasta legítimo. Se diría que es evidente que la gente está inclinada a legitimar cualquier cosa que le parezca inevitable, sin importar lo dolorosa que pueda ser, pues de otra manera el dolor resultaría intolerable. La conquista de este sentimiento de inevitabilidad resulta esencial para el desarrollo de un agravio moral que sea políticamente efectivo. Para que esto suceda, la gente debe percibir y definir su situación como consecuencia de la injusticia humana: como una situación que no debe, no puede y no necesita soportar. Por supuesto que en sí misma, una percepción así, ya sea un

nuevo despertar o el contenido de una tradición consagrada, no es garantía de que vendrán cambios políticos y sociales. Lo que sí es seguro es que sin la agitación muy considerable que produce el agravio moral, tales cambios no ocurren.[1]

Existe la tentación de suponer que hay una reacción directa de dolor y enojo contra los golpes que inflige el medio ambiente físico y social, como si ése fuera el principio de todos los intentos humanos por "hacer algo" respecto de lo que lastima a la gente. Sin duda, el dolor está ahí y es indispensable para la acción, y quizá hasta exista alguna respuesta casi automática de enojo que sea independiente de cualquier condicionamiento cultural y de los patrones sociales que el individuo hubiera adquirido. ¿Acaso alguien le tuvo que decir a Tersites que no era broma ser soldado de Agamenón? Homero no creía que fuera necesario explicar cómo el pobre soldado llegó a sentirse de este modo. Probablemente su reacción —atrapado como estaba en una campaña en la cual no tenía interés alguno— era tan comprensible para un griego hace tres mil años como lo es hoy para nosotros. Lo que resultaba excepcional para el público de Homero, y para nosotros hoy, es que un soldado raso tuviera la audacia de enfrentarse a Agamenón y de decirle a sus compañeros soldados que ya era hora de "volver a casa en nuestros barcos y dejar solo a este hombre aquí en Troya". Sin duda es el atrevimiento lo que se sale de lo común.

En esencia, nuestro problema consiste en establecer cuáles son las con diciones que hacen posible y efectiva esa audacia. Pero no podemos estar seguros de que una persona en los zapatos de aquel soldado raso o de alguno como él pudiera siquiera *sentir* el agravio para no hablar de lo que éste le importaría. Me temo que la idea de que hay un espíritu indomable de rebelión en todos los seres humanos no es más que puro mito. Como se puede observar en los materiales sobre los campos de concentración, es posible destruir ese espíritu e incluso la voluntad de sobrevivir. Por supuesto que ése es un caso extremo y que no todos los prisioneros reaccionaron de este modo, pero aún así, la evidencia es suficiente para mostrar que cualquier inclinación hacia el agravio, e incluso la capacidad para sentir dolor, pueden variar en un rango muy amplio hasta el punto de su total extinción.

Lo más que se puede afirmar con suficiente seguridad es que el sufrimien to en la forma de hambre, abuso físico o privación de los frutos del trabajo duro es sin duda y objetivamente algo doloroso para los seres humanos, y que ellos no buscan por sí mismos el sufrimiento. Incluso los ascetas se lo imponen en aras de otros objetivos tales como la salvación, la liberación de

[1] Incluso las fantasías de liberación y venganza pueden ayudar a preservar la dominación, al disipar las energías colectivas en una retórica y un ritual relativamente inofensivos. Para los grupos dominantes, ese fenómeno tiene la ventaja de justificar su alerta y mantener en buen funcionamiento las herramientas de la represión y en orden a sus partidarios. Entre los líderes tanto de los opresores como de los oprimidos, puede haber un entendimiento tácito de que ésta es la forma en que se supone que debe trabajar el sistema, o sea, que ésta es la forma que toma el contrato social.

las obligaciones sociales o el control del universo. Así que, en cuanto a la cualidad objetiva del sufrimiento, nuestra investigación ha llegado a un punto que puede servir de firme base de partida. Si ninguna cultura hace del sufrimiento un fin en sí mismo y si todas las culturas tratan ciertas formas de sufrimiento como inherentemente dolorosas, podemos de manera bastante justificada considerar la ausencia de dolor como debida a alguna forma de anestesia moral y psicológica. Desde este punto de vista, la afirmación de que no hay ningún espíritu indomable de rebelión adquiere un significado diferente, pues quiere decir que bajo ciertas condiciones específicas —sociológicas y psicológicas— dicha anestesia puede ser muy efectiva.

¿Cómo es que la introducción de una perspectiva histórica altera nuestra comprensión de la anestesia social? El análisis histórico trae, al centro de nuestra visión, la importancia que tiene mejorar las capacidades a fin de mejorar el medio ambiente natural y social junto con la cadena aparentemente infinita de nuevas causas de sufrimiento humano que esta mejoría produciría, así como con los cambios relacionados con ella en los principios de desigualdad social. Será necesario volver después sobre estas cuestiones, pues se trata de una perspectiva que da lugar a la pregunta sobre si podemos de manera legítima hablar de formas de anestesia históricamente necesarias que pudieran estar relacionadas con ciertos aspectos del sufrimiento humano para los cuales la sociedad humana aún no ha desarrollado técnicas adecuadas de control o eliminación. El control de las enfermedades es el ejemplo más claro de que no hay nada que los seres humanos puedan hacer respecto a las formas de sufrimiento históricamente necesarias, excepto soportar el dolor o recurrir a formas de anestesia cultural tales como la magia y la religión. En cualquier etapa determinada del desarrollo humano también habría formas de sufrimiento históricamente innecesarias —o históricamente inútiles— que son aquellas que la gente podría eliminar pero que no elimina supuestamente debido a la oposición de intereses creados. De modo que en cualquier caso concreto debemos preguntarnos si es históricamente necesario, para quién lo es y por qué.

Hay peligros latentes cuando se usa el concepto de necesidad histórica, algunos de los cuales ya han aparecido en los capítulos anteriores. Otros en cambio será mejor postergarlos para un contexto más adecuado. Para evitar dichos peligros, será necesario preguntarnos a quién se aplica la necesidad y quién obtiene qué de ella, y así retener el meollo de la verdad sin utopías: no es posible todo durante todo el tiempo.

Esto nos bastará como esquema preliminar respecto a los peligros teóricos. La tarea que tenemos entre manos consiste en determinar cómo los seres humanos se despiertan de la anestesia, cómo vencen al sentimiento de inevitabilidad y cómo puede tomar su lugar un sentimiento de injusticia. La situación de los Intocables hindúes es una de máxima aceptación de una posición de servilismo con un mínimo de fuerza, y por eso nos puede servir para ejemplificar el tipo de punto de partida en el que estamos interesados. En algunas formas más suaves, los mismos sentimientos y relaciones sociales

son bastante simples, por ejemplo en el caso de Ulrich Bräker, de los metalúrgicos del Ruhr y de muchísimos otros. Si seguimos adelante con nuestra inspección y reflexión, éstos dejarán de parecernos extraños pues los veremos como ejemplos de respuestas a una de las experiencias humanas más viejas y comunes: la autoridad patriarcal. En esta experiencia prototípica, la persona joven *desea* complacer al padre, incluso cuando también lo pueda odiar. Hay un intercambio de dependencia, servicios y confiada adoración infantil a cambio de los cuidados, la protección y otro tipo de afecto. En la vida diaria podemos ver la esencia de esta relación en el comportamiento del perro hacia su dueño.

No sé si los perros pueden desarrollar un sentimiento de justicia aunque sea rudimentario cuando sus amos los tratan mal. Es bastante probable que los psicólogos experimentales hayan demostrado algo de este tipo, como también es bastante obvio que los seres humanos pueden desarrollarlo y que lo han hecho. En este proceso de crecimiento y emancipación, es posible discernir tres procesos relacionados entre sí, aunque diferentes. En el plano de la personalidad humana individual, es necesario vencer ciertas formas de dependencia respecto de los otros y adquirir control sobre los propios impulsos, pues la dependencia, tanto como la falta de control, en el grado en el que realmente existen y no son una racionalización de las autoridades del estrato dominante, probablemente son un aspecto de la adaptación psicológica al hecho de la subordinación y de la falta de poder. Pero en efecto, la gente tiene que crecer.

También en el plano de la organización social es necesario vencer la dependencia. Aquí, el componente histórico se hace más obvio debido a la manera como se han sucedido las formas económicas (por ejemplo en Europa: ciudades-Estado, feudalismo, absolutismo, capitalismo, socialismo de Estado). Como parte del proceso para vencer esa dependencia, podría darse la creación de nuevas formas de solidaridad y de nuevas redes de cooperación, si el grupo subordinado estuviera compuesto por unidades atomizadas. Pero si ya fuera una unidad cohesionada con un alto grado de cooperación interna y con sentimientos de solidaridad, entonces lo que se requeriría sería re-dirigirlo. Así, en lugar de trabajar en la cooperación y el apoyo a los grupos dominantes, sería necesario encontrar formas de voltearse en su contra, y en lugar de la solidaridad que consiste en adoptar posturas heroicas que ponen en peligro al grupo, sería necesario encontrar formas de apoyar una resistencia efectiva. Por último, en el nivel de las normas culturales y las percepciones compartidas, sería necesario vencer la ilusión de que el estado actual de la situación es permanente e inevitable. El componente histórico también resulta crucial en esta área. Lo que es una ilusión en algún momento del *tiempo*, no lo es en otro. Las tendencias económicas y sociales se tienen que desarrollar hasta el punto en el que cambien las posibilidades, y ahí donde había realidad, ésta se convierta en ilusión. Es mucho más fácil para los historiadores explicar de manera convincente la ilusión

después de sucedido el acontecimiento,[2] de lo que es para los profetas sociales proclamarla de manera convincente antes de que suceda. Y aún es más difícil saber cuál de estos razonamientos es el correcto.

La conquista de la ilusión de inevitabilidad no está confinada a las revoluciones políticas muy democráticas, pues ha sido parte de toda la transformación que llamamos modernización e industrialización, que ha estado en marcha desde el surgimiento de las ciudades comerciales en la última fase del feudalismo europeo. Hubo una explosión anterior, de una forma distinta, que empezó antes de los presocráticos y desapareció poco a poco por la época de Alejandro Magno. Aunque los especialistas en historia de otras sociedades y culturas seguramente rebatirían esta afirmación, hasta donde he podido ver, la conquista de la ilusión de lo inevitable ha sido hasta hace muy poco tiempo un proceso dentro de la cultura occidental, detrás del cual, como podremos ver con más claridad si seguimos una perspectiva histórica, están los cambios en la capacidad de una sociedad para resolver los problemas tradicionales del hambre y la enfermedad —generando a su vez nuevos problemas— y algunos cambios asociados a éstos en los principios de desigualdad social. Ahora que el proceso como un todo ha salido a la luz, sería útil volver atrás para hacer algunas consideraciones sobre los aspectos psicológicos, sociológicos y culturales.

2. *La personalidad individual*

Si empezamos con el ser humano individual, será fácil ver que es muy difícil no sentirse inferior cuando una persona *es* inferior y casi todas las presiones sociales funcionan para recordárselo. El caso de los Intocables es sólo un ejemplo extremo de la manera en que funcionan esas presiones. Una posición segura, aunque baja, es mas fácil de soportar que ninguna posición. En la baja, el individuo puede recibir seguridad, a cambio de su obediencia y su lealtad, si la relación tiene algún tono de justicia y afecto.

Tanto la psicología freudiana como las teorías del condicionamiento que se remontan hasta Pavlov arrojan mucha luz sobre cómo se producen y mantienen la dependencia y la sumisión, y también sobre la forma en que se pueden romper algunas de estas ligas. Además, nos muestran por qué es tan difícil creer que la autoridad establecida desde hace mucho tiempo no necesariamente es benévola y cuál es el origen del temor reverente, de la conciencia y la gratificación, pero también del castigo y las frustraciones. Las gratificaciones que se dan de manera errática, en lugar de las consistentes, son —según algunos indicadores de la psicología experimental— mucho más efectivas para el aprendizaje y por lo tanto sirven para implantar actitudes e incluso sentimientos. Quizá por eso los inferiores prefieran tantas veces las formas

[2] ¿Quién podía estar seguro de que la Francia, bajo Luis XVI, que venía a ayudar a la revolución americana, estaba más cerca del colapso que la Francia a la muerte de Luis XIV?

pre-modernas de autoridad, que son mal humoradas e impredecibles, pero que los protegen de todos sus problemas, en lugar de las formas burocráticas, con su consistencia maquinal aplicada a un segmento muy pequeño de la vida. En las concepciones populares, la justicia patriarcal —cuyo carácter errático sugiere de manera permanente que hay posibles escapatorias e incluso la posibilidad de argumentar para la negociación— es preferible a la justicia perfecta, pues esta última es, como la némesis, algo para temer. La autoridad racional difícilmente es la elección del pobre.

Prácticamente es por definición que la autoridad implica algún grado de frustración de quienes están sujetos a ella, pues de otra manera, ¿cómo podría ser autoridad y cómo podrían los súbditos saber que existen? La idea de libertad como la de la aceptación completamente libre por parte de una persona racional de la ley racional, puede o no ser una buena filosofía, pero va directo en contra de la observación común, así como de todo lo que este autor ha aprendido de psicología y sociología. Ahí donde hay frustración, hay también la posibilidad de enojo, aunque el grado de variación en la cantidad y forma de éste sea muy amplio. De modo que decir que todas las actitudes hacia la autoridad son ambivalentes no resulta muy útil. En una sociedad en la que el sistema de autoridad ha funcionado de la misma manera durante tanto tiempo como todos pueden recordar, y que está además lo suficientemente aislada como para que los inferiores no tengan ni posibilidad de conocer ninguna otra cosa, parece posible imponer mucha frustración sin crear demasiado enojo. Y aquí de nuevo vienen a la mente los Intocables. Es probable que el enojo se dirija hacia adentro en formas auto-destructivas, aunque esto me parece dudoso: las personalidades no son por ningún motivo *tan* patológicas, desde ninguna definición del término.

El tipo opuesto de situación sucede en los casos de conquista y esclavitud, en los que los oprimidos traen consigo a la nueva situación patrones de condena en la forma de recuerdos de su propio pasado. Ya se ha señalado aquí que incluso la esclavitud en las plantaciones no era una institución total, como los campos de concentración,[3] pues los esclavos podían crear y mantener una sub-sociedad y una sub-cultura propias. Quizá por eso la relación entre amo y esclavo contenía tal potencial de enojo, pues no se debía a las privaciones y a la degradación, o más bien, no sólo a ellas, en tanto que pudieran asesinar el deseo de resistir. Con esta mezcla de enojo y dependencia —que muy probablemente también era de enojo por la dependencia— la relación podía ser muy ambivalente y cambiar de la rabia a la dependencia e incluso al afecto, según las circunstancias y expectativas del momento.

Sambo fue real y también lo fue el esclavo que cortó la garganta de su amo a media noche. Hasta podrían ser la misma persona ¿Cúal de ellos era máscara y cuál era real? En el grado en el que suceda como respuesta a los impulsos, engaños, amenazas o gratificaciones de otra persona, cualquier comportamiento será una máscara y por lo tanto será muy difícil llevarla o

[3] Para esta cuestión, tampoco el campo de concentración es una institución total. Este término es una exageración pero resulta útil para ciertos propósitos limitados.

actuar un papel de manera constante sin adquirir el carácter que va incluido con ella. Sabemos, que es cierto que los opresores son por lo general personas bastante ordinarias que han estado marcadas por las circunstancias y han cambiado debido a ellas. Es difícil creer que no sucedan estos mismos procesos entre los oprimidos.[4]

Para que se pueda producir la osadía y para que ella sea efectiva —esto es, para que sea algo más que una chispa ocasional y una rabia sin esperanza— es necesario que se produzcan cambios en el carácter humano tal como lo han dejado la miseria y la opresión. De manera burda diríamos que los mismos cambios son necesarios: 1) para la resistencia política efectiva, 2) para la adaptación a la nueva disciplina que impone la máquina, 3) para los esfuerzos individuales de luchar por subir uno o dos escalones en la escala social, lo que significa un reforzamiento del ego a expensas del ello, una domesticación de los impulsos naturales y una capacidad para posponer las gratificaciones presentes en aras de un futuro mejor.

Sin duda hay un olor a hipocresía en mucho de lo que hoy se dice respecto de las personalidades características de los pobres y oprimidos. Difícilmente corresponde eso con aquellos que más obtienen del orden social, precisamente por abogar por la renunciación y la auto-disciplina en los pobres. Es más, hay bastantes evidencias que demuestran que, así como las víctimas del orden social serán poco emprendedoras y faltas de energía en su trabajo cuando son otras personas las que se apropian de sus frutos, sin embargo trabajarán de manera muy disciplinada en aquellas tareas por ellas elegidas o que les prometan ganancias personales. Un ejemplo de esto son los esclavos que escatiman y acumulan para comprar su libertad. Otro, son los agricultores de granjas colectivas en el socialismo ruso, que son productores indiferentes debido a que el Estado se queda con la mayor parte de los beneficios, y en cambio en sus propios pedazos de tierra se entregan con tal energía y cuidado, que este sector de la economía hace mucho que resulta indispensable como proveedor de alimentos. También hay evidencias que muestran la extraordinaria fortaleza y adaptabilidad de muchos individuos de la clase baja frente a los infortunios, incluso ahí donde les es imposible organizar sus vidas de alguna manera para evitar que éstos sucedan.[5]

Lo que también muestran estos hallazgos, es que las situaciones de la vida, así como los proyectos, determinan en gran medida el comportamiento, tanto entre las víctimas del orden social, como entre sus beneficiarios. Para aquéllas, retrasar la gratificación puede ser una política no realista aunque ésta es una cuestión muy complicada sobre la que es necesaria una investigación más desapasionada. Por ejemplo, en nuestra sociedad muchas veces se afirma que trabajar más duro y ser un buen chico o chica no es realista

[4] Para un buen análisis, que muestre la diversidad entre amos y esclavos, véase John W. Blassingame, *The Slave Community*, sobre todo el capítulo 11. La diversidad es un tema recurrente en todo el libro de Eugene D. Genovese, *Roll Jordan, Roll*.

[5] Para un valioso material sobre este punto véase Oscar Lewis, *La vida: a Puerto Rican Family in the Culture of Poverty*.

porque de todos modos la estructura ocupcional contiene relativamente pocas tareas que resulten gratificantes. Más aún, supuestamente nuestra sociedad las reserva precisamente para las personas que tienen un pasado privilegiado y lo hace a través de una serie de mecanismos formales e informales.[6] Pero tampoco es pequeño el número de personas que consiguen a través del esfuerzo y la auto-disciplina realizarse en trabajos de más responsabilidad. ¿Acaso la adaptación "realista" de preferir la gratificación inmediata al trabajo duro no es más que una profecía para colmarse a sí mismo, una racionalización del fracaso dentro del sistema prevaleciente? Esto es también parte de la verdad. Para valorar su significación, uno debería encontrar qué proporción de las clases bajas trataron de lograr la movilidad ascendente, pero fracasaron, así como las razones de este fracaso. Hasta donde llegan mis conocimientos, aún no existen estudios confiables de este tipo.

Mientras tanto, vemos que destaca un aspecto más. La negativa de los negros a trabajar duro para los blancos es un legado histórico. Sin duda fue una adaptación realista para ellos y para muchos otros estratos subordinados y oprimidos.[7] Vencer este legado en una escala masiva y poder establecer un conjunto efectivo y no coercitivo de incentivos que realmente se afiance, es una tarea que ni el capitalismo ni la variante rusa del socialismo han podido resolver. Las afirmaciones de los chinos de que lo han resuelto a partir de una situación en la que existía una ética tradicional del trabajo, aún esperan un escrutinio serio e imparcial.[8]

Si volvemos ahora al punto de partida, vemos que en una sociedad jerárquica, la dependencia de cierto tipo es el principal hecho de la vida para los estratos bajos, y la personalidad humana se adapta a esto. El gran parecido entre las situaciones ayuda a explicar por qué las mismas exhortaciones de abstenerse de los placeres del mundo y los mismos llamados al autocontrol vienen tanto de aquellos que buscan ayudar a los oprimidos y cambiar sus vidas, como de aquellos que obtienen beneficios de su trabajo. Desde San Pablo hasta Lenin, los temas y las exhortaciones son muy similares. Las actitudes presumidas y remilgadas de la élite de la clase obrera alemana hacia el resto de los trabajadores antes de la primera guerra mundial están cortadas de la misma tela, pues eran una respuesta al mismo problema de tratar de

[6] Para algunos datos, véase *Work in America*. Informe sobre una fuerza especial para ciertas tareas a la Secretaría de Salud, Educación y Bienestar.

[7] Pero por ningún motivo todos. Los campesinos chinos y japoneses han tenido durante mucho tiempo la fama de ser trabajadores muy duros, mientras que la mayoría de los campesinos hindúes son descritos como indiferentes. Aunque he tratado de explicar algo de esas diferencias en mi libro *Social Origins*, toda la cuestión de la distribución cultural y los orígenes históricos de la ética del trabajo sigue estando, según yo la veo, muy abierta. No está nada claro si la famosa contribución de Max Weber en *The Protestant Ethic and the Spirit of Capitalism* constituyó una importante ruptura o un callejón sin salida.

[8] Para 1975 destacaba un aspecto importante. Las campañas para establecer un conjunto nuevo de motivaciones socialistas, que fueron el Gran Salto Adelante y la Gran Revolución Cultural Proletaria, fueron también períodos de deterioro considerable en el bienestar material de los obreros y campesinos. Estos hechos quedan claros en un libro muy favorable aunque honesto, el de Charles Hoffman, *The Chinese Worker*, pp. 158-168.

inculcar una nueva moral entre aquellos a quienes las gratificaciones efímeras ayudaban a hacer más tolerable una dura existencia.[9] Evidentemente hay mucho más sobre la necesidad racional de dominar los impulsos y deseos que el puro sermoneo burgués, pues ganar control sobre los propios impulsos es parte de la forma en que los seres humanos aprenden a resistir a la autoridad opresiva y a luchar en contra tanto de los aspectos físicos como de los morales en un medio ambiente duro y degradante. Decirse a sí mismo que los castigos del opresor no son merecidos, es parte del aprendizaje para resistir a su autoridad moral. La creación de nuevos patrones morales y su incorporación a la personalidad de los oprimidos es parte de todo el proceso. Como lo reconoce todo revolucionario, las víctimas deben forjar su alma de hierro. Las tragedias suceden cuando los líderes revolucionarios utilizan sus almas de hierro para exigir el sacrificio de sus seguidores.

Como vimos en el tercer capítulo, los psicólogos nos pueden decir algo sobre cómo penetra el hierro en el alma humana, aunque pocos de ellos utilizarían este lenguaje. Pero en todo caso, el hierro en el alma no determina la dirección ni las consecuencias de un movimiento político, sino que es meramente un ingrediente necesario en las tendencias políticas, desde las más revolucionarias hasta las más represivas (y puede ayudar a que aquéllas se conviertan en éstas) incluyendo los movimientos de auto-ayuda y de elevación social. Vale la pena recordar que el hierro en el alma de Sócrates, que era su propio espíritu guardián, al que Platón se refiere en la *Apología*, le indicó que debía resistir y cuestionar los modelos y los juicios morales de los atenienses y que debía aceptar la cicuta que se le ofrecía con expresiones de amor hacia la ciudad de Atenas y de obediencia a sus leyes.[10] Para entender hacia dónde pueden voltearse las energías físicas recién descubiertas, e incluso posiblemente recién creadas, o sea, para ayudar a conformar los patrones de condena, es necesario observar más allá, hacia lo que sucede en la personalidad humana y muchas veces hasta aquello que está sucediendo entre los pobres y los oprimidos.

Una vez más, la perspectiva histórica nos resulta útil y saludable, pues por ningún motivo toda la pobreza se debe a la opresión. La pobreza es el punto de partida de la humanidad. Si de manera muy burda la definimos como un abasto irregular e insuficiente de alimentos, combinado con un techo inadecuado para protegerse del malestar físico muy severo, entonces el punto de partida está puesto apenas hace dos siglos para el grueso de la población, incluso en los países económicamente más avanzados. Si los recursos físicos existen para eliminar este tipo de pobreza en un mundo habitado por más de dos billones de gentes, es una pregunta que no trataré de responder. Baste

[9] De una manera muy general, los estudiantes de los años sesenta fueron los primeros revolucionarios hedonistas. Este cambio marca un nuevo punto de partida histórico que no había sido posible hasta hoy y es un tema que se puede recoger y trabajar en el futuro, aunque hay bases para el escepticismo. Y es que las revueltas estudiantiles difícilmente fueron movimientos *de* los oprimidos y ni siquiera *para* los oprimidos en cuanto a sus consecuencias.

[10] Para este último aspecto véase el *Critón*.

con recordar que las dimensiones y las percepciones del problema han cambiado tanto, en un período muy breve de tiempo, como para quedar irreconocibles, y esto ha sido de manera tal que seguramente trajo una diversidad de nuevas fuerzas que debió soportar el individuo que sufre. Apenas desde hace poco tiempo ha sido posible y necesario que se afiancen los nuevos patrones de condena y los nuevos principios de organización social, pero si esto se va a lograr o no ya es otro asunto, sobre todo puesto que incluso la gente más inteligente e informada está en desacuerdo sobre lo que dichos patrones y principios deben ser.

3. *Aspectos sociales*

Detengámonos ahora en los aspectos sociales y económicos de cómo un orden social, que aparece como inevitable para la población subordinada, puede llegar a perder toda su aura o parte de ella. Una vez más, pero ahora con la atención dirigida hacia variables y procesos diferentes, la tarea consiste en entender cómo surgen los patrones de condena y a través de cuáles tipos de organización social los seres humanos los hacen efectivos. Me voy a concentrar casi completamente en la población urbana y sólo muy de vez en cuando utilizaré las experiencias agrarias para propósitos comparativos.

El primer ingrediente esencial, para todo el proceso, es una mejora bastante rápida en la capacidad de la sociedad para producir bienes y servicios, los suficientes como para que parezca posible "resolver" el problema de la pobreza en la forma en que tradicionalmente se le ha definido. Se podría ir más allá y afirmar que esa mejoría debía ser suficiente para hacer que la pobreza apareciera como un *problema* y no como parte del orden natural del universo. Debe hacerse hincapié en que una transformación así y en esta escala sólo ha ocurrido una vez en la historia humana, y sólo muy recientemente.

Es posible obtener una mejoría en la capacidad de la sociedad para producir e intercambiar bienes y servicios, que suceda de tal manera para que todos los sectores de la población tengan las mismas ganancias, y sin generar ningunas presiones por cambios institucionales. Esto quizá podría suceder en el futuro, pero hasta ahora no ha sucedido en ninguna parte, y es bastante poco probable que ocurra, porque una mejoría de este tipo seguramente daría lugar a cambios importantes en cadena en la división del trabajo, y por lo tanto en los sistemas de autoridad, así como en los procedimientos para distribuir los bienes y servicios entre la población. Ésta es una razón de por qué los marxistas consideran que los cambios a largo plazo en la estructura económica son la causa fundamental de todos los demás cambios sociales, incluyendo los patrones morales.

Hay otra buena razón por detrás de la posición marxista. Los cambios en las ideas y en los ideales no serán posibles hasta que y sólo que haya cambios en la capacidad de la sociedad para reducir su nivel de miseria socialmente

necesaria, basándose en un incremento de la productividad. Sin ese aumento en el potencial económico, las ideas de liberación no pueden ser nada más que sueños intelectuales y juegos para un número muy reducido de personas. Lo mismo podría no ser necesariamente cierto respecto a las nociones represivas sobre cómo se deben intensificar la sumisión y la sujeción, aunque también sobre esto la tecnología en avance constante ha hecho factibles posibilidades nuevas y alarmantes.

Sin embargo, la posición marxista es susceptible de una crítica seria desde el momento en que afirma, como lo hizo en ocasiones el propio Marx,[11] que los cambios económicos necesariamente *causan* cambios intelectuales y sociales. Algunas veces pueden provocarlos y otras no, y esta causalidad también se puede dar en dirección opuesta. Muchas veces las instituciones han sido adaptadas a consideraciones militares, políticas e incluso religiosas. Los sistemas de ideas y los significados culturales también muestran una dinámica de cambio por sí mismos, que podría tener consecuencias muy significativas para las instituciones económicas. Decir que los cambios en la organización económica son una condición necesaria para un cambio exitoso en la ley, la moral y las creencias religiosas, no es lo mismo que afirmar que los cambios económicos son siempre las causas de estos últimos. Las propuestas universales sobre la primacía de los cambios sociales, aún cuando se les califica con la útil cláusula de salvación que dice "a largo plazo", deben ser rechazadas.

De modo que, aunque aseguremos y hagamos hincapié en que las ideas no se pueden volver efectivas sin cambios económicos (y de otros), nos falta agregar otra cuestión importante. Sin los fuertes sentimientos morales de indignación, los seres humanos no actuarían en contra del orden social. Y en este sentido, las convicciones morales se convierten en un elemento igual de necesario para cambiar el orden social, junto con las alteraciones en la estructura económica. La historia de todas las luchas políticas importantes refleja el choque de pasiones, convicciones y sistemas de creencias, y esto queda muy claro desde épocas tan lejanas como nos alcance a señalar el registro histórico, desde los profetas hebreos y más todavía, desde las luchas de Ikhnaton, detrás de las cuales empieza a desaparecer el rostro de la historia. También es posible que las convicciones sean necesarias para que una sociedad siga trabajando en el sentido tradicional, aunque esto es más difícil de demostrar. La gente puede seguir comportándose según sus rutinas conocidas de una forma más bien cínica y caprichosa, con apenas algunos indicadores por parte de sus conocidos respecto a lo que se espera de ella. Y por otra parte, en una crisis o situación nueva, momento en el cual se pue-

[11] Véanse las famosas observaciones de Marx en "La miseria de la filosofía" (p.355):

> Al adquirir nuevas fuerzas productivas, los seres humanos cambian su modo de producción, y al cambiar su modo de producción cambian su manera de ganarse la vida y cambian todas sus relaciones sociales [...] Los mismos hombres que establecen sus relaciones sociales en conformidad con su productividad material, también producen principios, ideas y categorías en conformidad con sus relaciones sociales.

den producir el colapso y el caos, sus reacciones pueden ser imposibles de predecir.[12]

Por las razones mencionadas, es bastante poco probable que los beneficios de un aumento en la capacidad productiva lo sean equitativamente para todos los sectores de la sociedad. Un aumento en la capacidad productiva no es lo mismo que un cambio en la capacidad de la sociedad para resolver sus propios problemas, o lo que sería más exacto, hacer que las causas que desde hace mucho tiempo son culpables del sufrimiento humano *se conviertan* en problemas es sólo una contribución indispensable a esta capacidad. Para que surjan y se afirmen los deseos de hacer uso de este potencial o de los patrones de condena, deben suceder otras cosas y de hecho suceden.

El siguiente ingrediente que aparece como indispensable y frecuente es el marcado aumento en el sufrimiento de las clases bajas. Para que se afiancen los patrones de condena, éste debe incrementarse con la suficiente rapidez como para que la gente no tenga tiempo de acostumbrarse a él. Será necesario penetrar más en este aspecto, pues es importante que las causas aparentes del sufrimiento sean nuevas y desconocidas y que se las pueda rastrear hasta los actos concretos de personas concretas y fácilmente identificables. No tiene caso insistir en que tales juicios muchas veces han sido erróneos, pues lo que nos importa, desde el punto de vista de esta investigación, son las consecuencias.

En esta forma de sufrimiento, la ruptura de la organización social es probablemente más significativa en sus consecuencias políticas que las privaciones materiales directas, por dolorosas que éstas puedan ser. Para el individuo, esta ruptura significa el colapso o por lo menos la desorganización parcial de las rutinas diarias que le son conocidas. Los artesanos y vendedores pierden a sus clientes, aparecen nuevas formas de competencia "poco justas", otros empiezan a acumular de modo tal que se vuelve difícil encontrar alimentos o pagar por ellos cuando se los encuentra. El descuido de las cosechas en una economía que aún es dependiente de ellas puede intensificar en buena medida el desorden.

Por sí misma, la ruptura podría no provocar nada más que la apatía, la confusión y la desesperación. Si bien es posible que haga que la población sea

[12] Sobre la significación de las convicciones morales, yo adopto la posición de Max Weber. Un conductista riguroso podría objetar que no sabemos nada de los sentimientos de la otra gente y que todo lo que podemos observar es su conducta. Es necesario estar de acuerdo en que no podemos observar los sentimientos de la demás gente y sólo su conducta tal y como se manifiesta en el discurso, los gestos, la expresión facial y otras cosas. También es un riesgo utilizar la introspección para afirmar cómo se siente la gente sobre la base de tales evidencias, pero este riesgo no debe exagerarse en aras de preservar la castidad del método científico. Las respuestas humanas son lo suficientemente parecidas entre sí, para observadores que no sean socialmente sordos, mudos o ciegos, como para ser capacaes de decir cuándo aquellos a los que observan están tristes o contentos. En todo caso, la mayor parte de la evidencia histórica está compuesta por informes sobre lo que la gente dijo e hizo, de modo que los puristas pueden limitar sus correlaciones, inferencias y deducciones a datos rigurosamente conductuales y suprimir cualquier referencia a los sentimientos, si así lo prefieren. Es probable que las supresiones no hagan más que empobrecer un poco cualquier tesis histórica o política significativa.

más dócil, esta docilidad podría darse respecto de formas de autoridad nuevas y opresivas. Ya hemos visto que eso sucedió en el caso de los nazis y algo parecido desempeñó su parte en la resignación a su suerte de los trabajadores del hierro y el acero en Alemania. La destrucción del entorno social que apoya la moral y las expectativas tradicionales, no significa que automáticamente otro mejor tomará su lugar. De hecho, la destrucción completa de las instituciones existentes y de sus hábitos de cooperación podría hacer imposible la resistencia, incluso impensable, al destruir las bases desde las cuales se podría iniciar.

Para que se produzcan cambios que reduzcan el sufrimiento humano, tienen que suceder otras cosas. El desorden tiene que extenderse hasta las clases dominantes y dividirlas de tal forma que se puedan formar alianzas entre elementos de estas clases y elementos de las clases subordinadas. Una razón por la cual la revolución de 1849 produjo tan pocos resultados, fue que no se dieron estos alineamientos. Y también, para que tomen forma los patrones de condena, algunos elementos de las clases dominantes deben aparecer como parásitos para las clases bajas, es decir, como que no hacen ninguna contribución al funcionamiento del orden social y que por lo tanto están violando el contrato social implícito. En relación con esto, sería muy útil investigar con más cuidado el desarrollo histórico de las actitudes populares hacia el esfuerzo —la intensidad del trabajo en lugar del trabajo mismo— para ver si no ha sido hasta muy recientemente que se ha dado un valor cada vez mayor a esta cualidad.

Ahí donde las causas del sufrimiento aparecen a los ojos de los sufrientes como debidas a los actos de superiores claramente identificables, tales como patrones y funcionarios importantes, este tipo de actos puede aparecer en sus primeras etapas como violaciones de los derechos y normas establecidos, o sea, de nuevo como un rompimiento del contrato social establecido. Por eso, las solicitudes de remediarlo, dirigidas a las autoridades más altas, son siempre la primera respuesta típica. La autoridad suprema aparece como una figura benévola y paternal que sólo necesita conocer las injusticias para corregirlas. Esta reacción estaba muy extendida en Alemania, pero de ninguna manera confinada a ese país o medio cultural.[13] En otras situaciones podría haber estallidos de rabia por la violación de normas de conducta y por las gratificaciones que siempre crean los seres humanos en el curso de la cooperación antagónica en su lugar de trabajo. Viene a la mente el grito del pobre Karl Fischer: "¡Aquí no hay orden!", como un ejemplo muy revelador y triste. Para esas personas, el mundo se ha salido del carril y de ahí que su lamento sea en contra de las injusticias más esenciales.

Para un gran número de personas, el mundo se sale de su carril en la medida en que pierden cualquier posición moderadamente segura y respetada

[13] En el capítulo diez vimos la fuerza que tuvieron las creencias monárquicas ingenuas en el fuerte apoyo que consiguió el padre Gapón en su marcha de 1905 para pedir al Zar que aliviara los sufrimientos de los obreros. El domingo sangriento —cuando las tropas del Zar dieron su respuesta— significó un golpe muy duro a esas creencias.

dentro de él, incluso si sus servicios en la forma de fuerza de trabajo físico siguen siendo necesarios. Aunque es importante evitar la mirada romántica respecto a la seguridad de las clases bajas en los tiempos pre-modernos, no hay razón alguna para poner en duda que este proceso de atomización y degradación ha tenido lugar en una escala muy amplia. Mientras que el proceso puede crear elementos adicionales para los motines urbanos, sus consecuencias para el orden social no aparecen por sí mismas como muy significativas. Los levantamientos pueden ser controlados de manera relativamente fácil por tropas disciplinadas. Me atrevería a generalizar sobre que la formación de un gran cuerpo de semi-marginales o de proletariado constituye una de las formas políticamente menos efectivas del sufrimiento humano, así como seguramente la más dolorosa. La presencia misma del proletariado pre-fabril pudo —y de hecho lo hizo— aterrorizar a las clases altas en toda Europa en las primeras etapas de la industrialización. Ya De Tocqueville en sus *Memorias* hace patente el horror y el asco que muchos miembros de las clases altas sintieron ante estos fantasmas venidos de las profundidades durante los levantamientos de París en 1848, los cuales por lo demás no lograron nada. Unos meses después, el general Cavaignac —el primero de una siniestra estirpe de salvadores modernos de la civilización— apagaría de manera brutal las últimas llamaradas de este fuego. Después de 1848, el peligro ya había pasado. La revolución rusa nacería de una constelación de fuerzas totalmente diferentes: las demandas de los campesinos sin tierra y de los trabajadores de industria en las grandes fábricas de unas cuantas ciudades clave.

Una vez que una masa crítica de gente potencialmente descontenta empieza a existir a través del funcionamiento de fuerzas institucionales en gran escala, el escenario está listo para que aparezcan los "agitadores de fuera". Es importante reconocer la significación crucial que cumplen éstos, porque los críticos sociales parecen inclinados a minimizarla por miedo a llevar agua a los molinos de los conservadores y de la reacción. Desde los tiempos de los apóstoles, y quizá antes, ningún movimiento social ha podido existir sin su ejército de predicadores y militantes, que esparcen las buenas nuevas sobre la necesidad de escapar de los dolores y males de este mundo. Se trata siempre de una minoría activista que promueve y promulga nuevos patrones de condena. Son ellos una de las causas indispensables, aunque insuficientes, de las principales transformaciones sociales, tanto de las graduales y pacíficas como de las violentas o revolucionarias. Por lo general son gente joven, a la que no estorban ataduras ni obligaciones sociales. Éste es un indicador más de la importancia del espacio social y cultural que pronto analizaremos. Con frecuencia son gente de fuera de la localidad a la que sirven, cuya tarea consiste en encontrar y articular las demandas latentes para cuestionar la mitología dominante y así entrar en competencia con las fuerzas dominantes que les rodean. Los agitadores de fuera hacen el duro trabajo de minar el viejo sentido de inevitabilidad, y son también agentes viajeros que traen la nueva inevitabilidad. En los asuntos humanos, requiere mucho esfuerzo producir lo inevitable, viejo o nuevo, y nadie está del todo seguro de cómo

va a ser lo nuevo hasta que ya sucedió, y para entonces por lo general ya es muy tarde.[14]

En Francia, la debilidad de cualquier conciencia colectiva y de cualquier organización social más allá de los estrechos confines de la vecindad, así como la ocupación de París en 1848, seguramente contribuyeron al fracaso del levantamiento.[15] Como sea, en lo que se debe hacer hincapié es en que las nuevas formas de acción colectiva que surgen en contextos urbanos —partidos revolucionarios y sindicatos— muestran una fuerte tendencia a negociar con el *statu quo*.

Una razón clara para la vuelta a una estrategia gradualista y reformista es la experiencia de la derrota en los levantamientos revolucionarios. El gradualismo, el reformismo y las técnicas de oposición legítima no surgen de algún proceso innato de maduración ni de situaciones en las que hay tanto lío que la lucha deja de ser atractiva y deja de valer la pena. Un aumento en el tamaño del producto social que se divida bien podría ser un ingrediente útil para la tranquilidad doméstica, pero el registro histórico muestra que incluso en Inglaterra y todavía más en el continente, la represión preparó el camino para la negociación. Para los competidores más débiles, el gradualismo no era virtud por su propio derecho, como terminó siéndolo después para las clases dominantes, sino que más bien era una virtud impuesta por la necesidad.

Con esta observación no quiero decir que incluso en esta etapa temprana del desarrollo hubiera entre los estratos bajos de las ciudades algún impulso revolucionario poderoso que de alguna forma fuera sofocado o desviado. Tanto el modelo liberal como el marxista sobre el desarrollo de la clase obrera me parecen a mí equivocados, puesto que son demasiado esquemáticos y no pueden capturar las variables más importantes. Según el punto de vista liberal, el trauma de la industrialización en sus primeras etapas puede crear más o menos demandas radicales irracionales, pero con el paso del tiempo y el incremento en la productividad, los obreros aprenden las virtudes de la negociación colectiva y de las tácticas democráticas de presión de grupo y así se quedan incorporados de modo pacífico a un sistema de capitalismo liberal. Y de aquí sigue la muerte de la ideología. Según el esquema marxista, los obreros parten de una situación generalmente inerte que les permite, cuando mucho, algunos actos ocasionales de revuelta instintiva, pero a través de la experiencia de la industrialización que los reúne en las grandes fábricas y les impone un sistema común, adquieren una conciencia de

[14] Entre los líderes como entre los dirigidos también puede haber un escape intermitente del aburrimiento y las obligaciones rutinarias. Para algunas observaciones muy exactas sobre este aspecto de las huelgas en Francia a fines del siglo XIX, véase Michelle Perrot, *Les ouvriers en grève: France 1871-1890*, II, pp. 547-568. Con su política de pan y circo, los dirigentes rusos reconocieron hace mucho tiempo la importancia de conservar en sus manos el control sobre las formas para escapar del aburrimiento. ¿Hay acaso alguna correlación negativa entre las fiestas públicas y los disturbios públicos?

[15] Según Peter H. Amann en *Revolution and Mass Democracy*, el principal intento por lograr la organización fue un funesto fracaso.

clase revolucionaria. Esta consiste en darse cuenta de su papel fundamental en el proceso histórico, tal como lo percibió y delineó Marx, así como una voluntad de actuar en los movimientos históricos más importantes. En la variante de Lenin, esta conciencia no viene por sí misma, sino que tiene que ser llevada a los trabajadores desde afuera, por los intelectuales convertidos en revolucionarios profesionales, de modo que la experiencia de la vida en las fábricas bajo el capitalismo es un prerrequisito necesario que deben padecer las masas para luego pasar a esta *pris de conscience*• con ayuda de los intelectuales.[16]

Las evidencias sobre Alemania hacen necesario rechazar tanto la interpretación leninista como la que habla de una capacidad independiente de los trabajadores industriales para dar soluciones generales a los problemas de la sociedad industrial. En el grado en el que es posible discernir las reacciones y las actitudes de las masas, hay muy pocos indicadores de un deseo por componer la sociedad. Hay en ocasiones, eso sí, una acumulación de rabia, pero ésta no necesariameente se convierte —y Alemania sirve de ejemplo— en un deseo de cambiar el mundo, ni siquiera en la forma de nociones igualitarias muy simples o de un deseo de que los ricos y pobres cambien de lugar, y lo que es más cierto aún, no se convirtió en un apoyo masivo al socialismo, ni siquiera en el momento cumbre de la revuelta en el Ruhr en 1920

En lo que se refiere a los participantes de base, la revuelta en el Ruhr fue ante todo un espasmo defensivo en contra de la amenaza de las fuerzas de derecha, que revivían con demasiada rapidez. Este aspecto estrictamente defensivo ha sido uno de los principales componentes en el apoyo popular a otros movimientos revolucionarios. En la revolución rusa, las demandas obreras que salieron a la superficie después del colapso zarista fueron esencialmente defensivas: no eran por un orden social nuevo, incluso si ayudaron a traerlo. Y en China, para movilizar el apoyo campesino, los comunistas tuvieron que suavizar sus objetivos revolucionarios y hacer hincapié en algunas demandas de esta clase, como las objeciones en contra de los "malos" terratenientes, que para ellos eran los que no seguían los modelos tradicionales de comportamiento y que exageraban en las rentas que cobraban. A los comunistas les gusta afirmar que había demandas más radicales ocultas bajo el peso de la estructura campesina tradicional dominada por los campesinos más ricos, pero esto es muy dudoso. De todos modos, no tiene sentido

• Toma de consciencia. T.

[16] Sería adecuado mencionar que cuando empecé esta investigación sentía que los dos enfoques eran demasiado intelectuales —sobre todo en el leninismo— tanto en la actitud condescendiente hacia la capacidad de los obreros para encontrar sus propias soluciones a los problemas, como la fe algo arrogante en la capacidad de los intelectuales —por supuesto que sólo los intelectuales bolcheviques— para encontrar las respuestas adecuadas a todo. Esto me había impresionado mucho como algo particularmente repulsivo. Bajo la influencia del trabajo de E. P. Thompson esperaba yo en cierta medida llegar a algunos indicadores de que los obreros industriales eran capaces de desarrollar, a través de sus propias experiencias, sus propios diagnósticos y remedios para los males que les afligían, y pensé que estos dos podrían resultar algo más razonables y posibles que lo que los intelectuales estaban dispuestos a aceptar, pero que los obreros nunca habían obtenido el suficiente poder como para ponerlo a prueba. Y aquí me parece que podría estar una de las alternativas históricas suprimidas.

considerar a los regímenes revolucionarios modernos como expresión de los sentimientos espontáneos de la masa de la población oprimida. Tanto en Rusia como en China, la mayoría de la población era por supuesto campesina, pero los cambios verdaderamente revolucionarios, como la colectivización de la agricultura, se hicieron en contra de la voluntad de la masa, y en este sentido, la diferencia entre ambos países sólo es de grado y no cualitativa.[17]

Las nociones generales más espontáneas respecto a la reorganización de la sociedad alemana se dejaron ver entre los artesanos de 1848. Entre el proletariado de ese tiempo, no parece que hubiera nada: estaban completamente desarticulados. Los obreros de la última parte del siglo XIX, y hasta la Primera Guerra Mundial, daban como razones para su coraje —y así buscaban los remedios— unas muy específicas a sus propias circunstancias dentro de las industrias particulares. Este carácter particular y algunas de las razones más generales que tenía aparecen claras cuando se observa el contraste entre las respuestas a las experiencias de la industrialización de los mineros de carbón y las de los metalúrgicos. Aunque en un sentido amplio ambas son similares, las reacciones son muy distintas y dependen de la organización social en el lugar de trabajo, así como de las tradiciones sobre la naturaleza de la autoridad. Los mineros tenían su *Gedinge* y su *Berggesetz* y eran muy activos, mientras que los metalúrgicos carecían de las relaciones de cooperación y de las normas que resultaban del trabajo en equipo es decir, de una *Gedinge*, además de que carecían de una fuente de legitimación tradicional para sus demandas (es decir, de una *Berggesetz*), de modo que simple y llanamente aceptaban la autoridad de los jefes. Los patrones de condena que desarrollaron los trabajadores de manera espontánea y las maneras que usaron para ponerlos en práctica, reflejan la estructura de cooperación o de falta de cooperación en el lugar de trabajo, así como los patrones de legitimidad que derivan de la experiencia y que también son influidos considerablemente por factores que operan desde afuera del medio obrero.

Para resumir provisionalmente, diremos que las concepciones espontáneas entre los obreros pre-fabriles, los obreros fabriles y los modernos campesinos revolucionarios, han mirado sobre todo para atrás. Los suyos han sido intentos por revivir un contrato social que fue violado. La mayoría de las veces han sido esfuerzos por remediar agravios concretos y específicos en su ocupación particular. La enorme diversidad en las formas de la vida diaria, creadas a través de la industria moderna, casi seguramente ha sido el mayor obstáculo para la acción colectiva de los trabajadores de industria, obstáculo que sólo raramente y durante pequeños períodos se ha podido vencer, es decir, sólo en épocas de crisis intensas, tales como la derrota en la guerra, que desorganizó las rutinas diarias de toda la población. Las concepciones de justicia y de injusticia aparecen como generalizaciones de las experiencias diarias, sin las características que las harían dolorosas para cualquier ser humano que no siempre esté condicionado y vuelto a

[17] Véase el excelente estudio de Thomas Paul Bernstein *Leadership and Mobilization in the Collectivization of Agriculture in China and Russia: A Comparison.*

condicionar para soportarlas. Es difícil ver cómo la gente que tiene que dedicar la mayor parte de su tiempo y energía a su trabajo —y en este sentido, la sociedad industrial ha estado cambiando y promete cambiar más— podría desarrollar ideas muy diferentes. Bajo esta luz, resulta muy comprensible el componente poderosamente defensivo de la insurrección y la revolución. Y al mismo tiempo, estas consideraciones señalan la necesidad de ser muy cautelosos para hablar en términos de la creación o descubrimiento de nuevos patrones de condena —dentro de las masas o por ellas— para no decir nada de las revoluciones con expectativas crecientes. Lo que aquí resulta aparente es más bien la emergencia a la superficie de los patrones latentes, algunos de los cuales están profundamente enclavados en una experiencia histórica específica y en un conjunto particular de instituciones, mientras que otros aparecen como reacciones pan-humanas que salen a la superficie con el propósito de quebrar un sistema de dominación conocido desde hace mucho tiempo. Estos patrones latentes sólo son nuevos en el sentido de que los seres humanos apenas se han vuelto conscientes de ellos.

Sin embargo, en otros contextos, la experiencia puede llevar a nuevas reacciones que dan lugar a nuevos patrones de condena. A través del tiempo, un gran número de trabajadores alemanes pasaron desde las etapas de los llamados a la autoridad paternalista, hasta la organización para la defensa y promoción de sus propios intereses en los sindicatos, y por fin a la participación en movimientos revolucionarios. El factor clave aquí fue de manera muy clara la desilusión: conforme cada estrategia fracasaba para traer los resultados que se deseaban, los trabajadores la cambiaban. Mientras tanto, el contexto dentro del cual tendrían que ponerla en práctica estaba por supuesto cambiando, y también lo estaban los patrones que vienen de la satisfacción cada vez mayor. Los trabajadores franceses del siglo XIX no tenían idea de que pudieran existir vacaciones anuales pagadas. Para ellos tal prospecto era imposible de imaginar.[18] Hoy día una cancelación repentina de las vacaciones por parte de los dueños aparecería como la culminación de la injusticia y la arbitrariedad, y ¿qué grupo de trabajadores en la moderna industria capitalista soportaría las largas horas de trabajo, la disciplina arbitraria, la falta de procedimientos para la expresión y negociación de las demandas, la ausencia de previsión para el desempleo y otras formas de seguridad social, todas las cuales eran lugares comunes antes de la primera guerra mundial?

Las ideas sobre un nuevo orden social surgieron sobre todo entre los intelectuales disidentes. En este sentido, la evidencia, como yo la veo, apoya plenamente la tesis leninista de que los obreros industriales por sí mismos no crean nada, excepto puro sindicalismo, pero no apoya el corolario de que un partido de vanguardia, basado en los obreros, puede traer la revolución o la liberación. Los intelectuales alemanes sí establecieron un partido revolucionario. Luego, la presión de los trabajadores lo transformó en

[18] Perrot, *Les ouvriers en grève* I, p. 293.

uno reformista. Como se mencionó antes, esto sucedió en parte porque no hubo presión, por lo menos antes de 1914, de parte del sector avanzado del proletariado industrial, para convertirlo en revolucionario. La industrialización mató el tipo de ímpetus revolucionarios que había existido en 1848. Los mineros eran suficientemente militantes, sobre todo en el sector no organizado, pero tenían demandas muy concretas y esencialmente limitadas. Los metalúrgicos estaban inactivos. El carácter reformista de los otros sindicatos se puede rastrear hasta la supervivencia de las tradiciones y prácticas artesanales y en la atmósfera conservadora, de pequeño pueblo, tan característica de la industria alemana, y sobre todo de aquella en la que se afianzaron los sindicatos. Sin embargo la situación en el Ruhr constituye la evidencia decisiva en contra de la tesis de que había una reserva sustancial de descontento revolucionario que estaba a la espera de líderes adecuados que la destaparan.

Después de la guerra hubo levantamientos de masas en las regiones más industrializadas de Alemania y en Baviera, las cuales en la superficie parecían de apoyo masivo al socialismo revolucionario. Sin duda había suficientes voceros enemigos y líderes de esos movimientos que proclamaron que así era. Sin embargo, estas apariencias se disuelven si las examinamos más de cerca. Los levantamientos en gran escala no empezaron sino hasta después de 1919 y fueron en gran medida una respuesta defensiva a los miedos justificados de una vuelta a los viejos y malos días, o peor, un regreso al viejo régimen bajo los auspicios de los líderes del PSD en una coalición de facto con los militares y con el apoyo de los círculos de negocios de la derecha. En este sentido, sin duda, las experiencias de la guerra habían creado si no un deseo claro por una nueva sociedad, sí un deseo muy definido por no volver a la vieja. Los patrones de condena habían cambiado, pero este cambio se expresaba de manera negativa: los trabajadores sabían lo que *no* querían. Excepto por un grado limitado de socialización las demandas de los obreros de base —hasta donde se puede indagar—, eran sobre todo de carácter defensivo (por ejemplo el desarme de las *Freikorps*) o si no, tenían que ver con agravios inmediatos y locales.

Si observamos el proceso en conjunto, veremos que los trabajadores tomaron de los intelectuales las ideas y la ayuda organizativa que quisieron y las adaptaron a sus propósitos. Así, por lo general los sindicatos empezaban con ayuda de afuera, pero si ésta no servía a los propósitos de los trabajadores, pronto se marchitaban y morían. Había un proceso de interacción entre los obreros y los intelectuales en el cual las ideas de estos últimos se transformaban respecto a la finalidad de cambiar el orden social como un todo. Los obreros, en el curso de la movilidad hacia arriba en los sindicatos y en el partido socialista, se convirtieron en intelectuales de un nuevo tipo: burócratas políticos esencialmente pragmáticos, que tenían una visión de la sociedad mucho más amplia que la de los obreros que permanecían en la banca. Al mismo tiempo, este proceso de organización producía una división entre los obreros organizados y los no-organizados, siendo estos últimos un peligro constante para aquéllos. En todo el proceso había un elemento de

fuerte egoísmo de grupo. Los intereses de ciertos obreros, dentro del cuerpo de los que tenían una ocupación o negocio particular, ponían el tono político, y la estrategia política no reflejaba el interés de todos los trabajadores en ese negocio y por supuesto tampoco el de todos los trabajadores industriales ni el de la sociedad como un todo.

Afirmar que los obreros tomaron las ideas de los intelectuales y las modificaron, no significa minimizar el papel de estos últimos. Es difícil imaginar la existencia del PSD e incluso de los sindicatos sin la contribución de los intelectuales. Las organizaciones tuvieron influencia en las vidas de la clase obrera mucho más allá de las formas en que afectaban sólo a los miembros que pagaban sus cuotas. Los intelectuales tuvieron una poderosa influencia sobre los patrones de condena que se desarrollaron dentro de la clase obrera y en las formas en que se les puso en práctica, aunque esa influencia ha sido muy diferente de la que esperaban (y en ocasiones afirmaban ejercer) los intelectuales revolucionarios. Fueron precisamente éstos quienes llevaron a los trabajadores la concepción de que la sociedad humana *sí* tenía capacidad para resolver sus propios problemas, y quienes propusieron las principales maneras de hacerlo. Si los obreros se negaron a aceptar algunas de estas propuestas y se mostraron reticentes a convertirse en carne de cañón revolucionaria, en aras de unos ideales que ellos no habían creado a partir de su propia experiencia, ¿quién puede culparlos por eso?

El hecho de que hasta ahora los trabajadores hayan mostrado poca inclinación y quizá hasta poca capacidad para generar respuestas de amplio rango para los problemas que infestan a la humanidad, tampoco significa que las respuestas o contribuciones importantes para ellos no pudieran nunca venir de ese lado. Los niveles educativos se están elevando, además del hecho de que están cada vez más expuestos a otras corrientes en la cultura moderna. Los trabajadores se pueden convertir en una fuerza conservadora similar a los campesinos del siglo XIX[19] en Europa Occidental, que se aferraban a las limitadas ganancias que habían obtenido con gran costo y temían a las fuerzas del mundo moderno que las amenazaban. Mientras el capitalismo trabaje tolerablemente bien, ésta podría ser la tendencia predominante. Pero no hay garantía de que el capitalismo vaya a seguir trabajando de ese modo. En respuesta a las nuevas y más severas tensiones y equipados con un horizonte cultural más amplio, los obreros podrían generar una inventiva popular que culminaría en un nuevo diagnóstico y remedio para los males sociales.

Durante los últimos siglos, los obreros y los ciudadanos en general han creado tres niveles para obligar a que sucedieran los cambios que querían: los sindicatos, los partidos políticos "revolucionarios" y la muchedumbre o el populacho revolucionarios. Estos últimos son por supuesto mucho más viejos que la clase obrera industrial, mientras que la contradicción entre los primeros dos ha sido objeto de mucha discusión, pero ¿no hay acaso la misma

[19] Debo esta observación a mi alumno Mark Gould.

contradicción inherente entre la naturaleza de un partido revolucionario y la de una muchedumbre revolucionaria?

La esencia de un partido revolucionario es la de ser vanguardia consciente y estratega para sus seguidores, que siempre son —por lo menos en potencia— revolucionarios. En una sociedad que permite considerable libertad para que se formen organizaciones políticas de oposición, la vanguardia debe, como todos saben, negociar con los grupos dominantes. Al hacer esto, seguramente va a perder mucho de su compromiso con la revolución. Incluso en una sociedad auto-crítica como era la rusa antes de 1917, se observa la misma tendencia aunque en escala reducida. Lenin tuvo que dedicar una enorme cantidad de energía y de tinta para mantener a los socialistas rusos en el camino revolucionario.

Una muchedumbre revolucionaria es algo muy diferente que un partido revolucionario. Ahí donde éste es permanente o trata de serlo, aquélla resulta efímera. Ahí donde el partido está bien organizado y disciplinado, la muchedumbre revolucionaria lo está de modo muy laxo, pues por lo general presenta formas de comportamiento humano colectivo que surgen fuera de la estructura institucional normal, de las relaciones de obediencia política o de las obligaciones hacia el trabajo, para convertirse en vacaciones, liberaciones de la sociedad normal. Y por eso, como cualquier tipo de fiesta y de otras formas de euforia (o de aguda infelicidad), no pueden durar, pues muy pronto reaparecen los imperativos de la vida ordinaria —como conseguir alimentos e intercambiar por lo menos algunos bienes y servicios. En una sociedad urbana es imposible para cada individuo atender sus propias necesidades sin la ayuda de otros, y por esa razón se reafirman los imperativos de la cooperación y la fiesta termina. Entre tanto, podría haber cambios significativos —por ejemplo un derrocamiento del gobierno y la instalación de otro en su lugar. Como forma de comportamiento colectivo que se da fuera de las rutinas normales, la muchedumbre constituye un instrumento adaptable para alterar esas rutinas.[20] Y si la muchedumbre revolucionaria no tiene éxito para llevar a cabo cambios decisivos durante su breve período de existencia, podrá pasar de largo la oportunidad crucial de un levantamiento revolucionario que quizá no vuelva en mucho tiempo o nunca.

Uno de los principales propósitos del partido revolucionario es, por supuesto, el de servir a una estrategia de *avant garde** en un momento de crisis,

[20] Hay por supuesto otros tipos de muchedumbres que también toman la forma de liberación de la diaria existencia rutinaria y que sirven para sostener el orden social existente. Las festividades patrióticas y religiosas son los ejemplos más claros, pero creo que es equivocado acentuar con Durkheim la función de tales festividades en el sentido de reafirmar los valores básicos de la sociedad, a menos que se explique con mucho cuidado a qué se quiere llegar con esta afirmación. Con frecuencia las festividades religiosas y patrióticas sirven para una reafirmación y consolidación de estos valores, porque la masa de la población no puede vivir según ellos le indican, aunque pueda seguir creyendo en ellos. El simbolismo y la oratoria reaseguran a los espectadores que los dioses y los objetivos de sus padres existen, pero lo hacen en un compartimiento de la existencia separado y sagrado que no pone tensiones inecesarias sobre la vida diaria. Tales ejercicios colectivos de auto-engaño son obviamente necesarios para que las sociedades sigan adelante, y también para que cambien.

* Avanzada. T.

la cual consiste en dirigir a la muchedumbre hacia objetivos estratégicos en el momento correcto. Pero es exactamente en ese momento cuando es más posible que salgan a la superficie las contradicciones estructurales inherentes entre el partido y la masa. En tanto que forma de comportamiento colectivo fuera de las instituciones prevalencientes, es muy posible que la muchedumbre pueda crear sus propios líderes. Los estudios demuestran que la conducta colectiva en las muchedumbres puede ser bastante racional:[21] derrocan a sus propios dirigentes, reúnen su propia información, deciden sobre sus propias acciones y todo de manera tal que la podríamos llamar democracia instantánea. Mientras dure la muchedumbre, muestra un enorme grado de autonomía. Un líder de fuera, con una percepción aguda de los sentimientos del público puede persuadir a una muchedumbre e inclinarla hacia algún lado, proponerle nuevos objetivos y otras cosas por el estilo. (Podría ser más difícil disuadir a una muchedumbre enfurecida de atacar objetivos seguros pero triviales, sobre todo si éstos tienen un valor simbólico.) Y por otra parte, un líder así de poderoso debe por lo general compartir los sentimientos de la masa, de modo que es tanto su prisionero como su jefe. Entre más tiempo pueda actuar el partido revolucionario en condiciones legales, más probable será que haya diferencias estratégicas y de temperamento entre los líderes de la muchedumbre y el partido. Si este último se burocratiza, ya sea en la oposición o como dirigente de un régimen postrevolucionario, lo más probable es que le produzcan temor los levantamientos masivos. Esto le sucedió a los bolcheviques en época de Stalin y también ocurrió en China, con la importante diferencia de que Mao recurrió a los levantamientos de masas en la revolución cultural a fin de salirse con la suya en oposición al partido.

Para aquellos que creen que existe un fuerte e infalible "instinto revolucionario" entre las masas, este problema deja de presentarse. El partido revolucionario se vuelve superfluo el mismo día en que estalla la revolución, si no es que antes. Una creencia así no tiene más garantía que la arrogante tesis elitista de que un partido revolucionario es infalible por definición, debido a su propia naturaleza como vanguardia de la revolución históricamente inevitable. Tanto los partidos de masas como las muchedumbres pueden tener percepciones distorsionadas de las realidades sociales debido a sus formas de ser estructurales, incluso si las razones de ello no son las mismas para cada uno.

Es más, no hay garantía de que una muchedumbre revolucionaria haga su aparición en el escenario histórico precisamente en el momento adecuado, suponiendo que fuera posible determinar exactamente cuál es ese momento. Tanto los que abogan por el cambio revolucionario como los que se oponen a él, así como quienes se declaran neutrales, han dedicado una gran cantidad de tiempo, energía y tinta a analizar cómo y por qué se puede producir

[21] Véase Ralph H. Turner, "Collective Behaviour", en Robert E. L. Faris ed. *Handbook of Modern Sociology*, pp. 382-425 sobre todo 390-392, 418-423.

un ánimo revolucionario entre las masas. Y las respuestas cubren todo el espectro, que va desde las expectativas crecientes, pasando por las privaciones relativas, hasta ciertos procesos que se supone funcionan en la estructura de la sociedad capitalista. Y aunque se puede afirmar que no todo este trabajo se ha desperdiciado, a mi juicio no ha habido una conciencia clara de la naturaleza tan breve y frágil que tienen los levantamientos revolucionarios, sobre todo en las poblaciones urbanas, ni tampoco de la diversidad de circunstancias que se tienen que dar para que esto sea posible. Incluso cuando todas las circunstancias "objetivas" son favorables, el levantamiento puede no ocurrir debido a la memoria popular de algún fracaso reciente. Los levantamientos urbanos tienen un modo de estallar precisamente cuando ni amigos ni enemigos lo esperan. Esto es lo que sucedió en 1848 y luego en la revolución rusa de febrero de 1917, para no hablar de los "acontecimientos" de 1968 en Francia. Y al contrario, los levantamientos largo tiempo esperados pueden no ocurrir, como sucedió en 1830 en Inglaterra, cuando había mucho miedo de que se repitieran los trastornos de Francia. La contradicción entre planear una revolución y efectivamente llevarla a cabo va a permanecer siempre, tanto tiempo como la propia revolución siga siendo una de las formas principales para volver a alinear a las instituciones sociales con las capacidades sociales.

Para que se ponga en marcha cualquier transformación social, parece haber un prerrequisito que subyace a todos los hasta ahora descritos: el espacio social y cultural dentro del orden prevaleciente.[22] Una sociedad con un espacio de este tipo, proporciona enclaves más o menos protegidos dentro de los cuales los grupos oprimidos o insatisfechos encuentran un lugar en donde desarrollar sus acuerdos sociales distintivos, sus tradiciones culturales y las explicaciones del mundo que les rodea. El espacio social y cultural implica, precisamente, espacio para experimentar con la preparación del futuro. La ciudad medieval proporcionaba este tipo de espacio en una sociedad militar y agraria. El uso del espacio social no es sólo cuestión de probar diferentes estilos de vida, pues para que tengan lugar cambios institucionales, aquellos que lo habitan deben acumular, de manera intencional o no, fuerza suficiente para desafiar a la hegemonía prevaleciente. Este aspecto es lo suficientemente claro, no sólo en los ejemplos mencionados, sino también en otros muy distintos, como el triunfo de la cristiandad y los movimientos guerrilleros y revolucionarios. No todos los desafíos incluyen la violencia y sin

[22] En vista de que muchas veces son posibles las rutas alternativas para el mismo objetivo, y debido a que tantas veces la experiencia ha mostrado sustitutos funcionales para acuerdos sociales supuestamente necesarios, he recurrido al término de prerrequisito con algo de dudas. En este aspecto, recomiendo mucho el ensayo profundo e iconoclasta de Albert O. Hirschman, *Exist, Voice and Loyalty: Responses to Decline in Firms, Organizations and States*. En éste, el término parece no adecuado puesto que no lleva una secuencia particular del desarrollo histórico al nivel de la necesidad, y porque cubre un rango bastante amplio de experiencia histórica. Por ejemplo, en comparación con las dos sociedades teocráticas del antiguo cercano oriente, en las comunidades griegas que crecieron sobre la base de la agricultura, piratería, comercio y guerra ofrecían una enorme cantidad de espacio social y cultural. Este hecho no "explica" la polis griega y sus logros intelectuales, pero difícilmente habrían sido posibles sin él.

duda no todos la incluyen todo el tiempo, pero antes o después, en el final, lo que resulta decisivo es la distribución del poder.

Como lo señala Gaetano Mosca,[23] el rasgo más significativo que explica el triunfo de nuevas formas sociales no es su capacidad para resistir la persecución feroz, sino el carácter relativamente laxo y discontinuo de esa persecución que enfrentan. En nuestros términos diríamos que los inovadores utilizaban y disfrutaban del espacio social y que la persecución intermitente creaba mártires y mitos que servían para promover el movimiento en lugar de aplastarlo. Como señala Mosca, ahí donde la persecución fue total y gozó de apoyo popular —como sucedió con la persecución japonesa a los cristianos en el siglo XVII— sí tuvo éxito para destruir el desafío a la autoridad. La noción de que la fuerza nunca puede destruir a la idea no es más que un mito reconfortante y los revolucionarios lo han proclamado muchas veces antes de tomar el poder y después lo han tenido que descartar al hacer esfuerzos por establecer un sistema de virtudes prefabricadas, lo que requiere de tanta o más crueldad que la que sufrieron ellos mismos como revolucionarios.[24]

En relación a esto, se vuelve significativa la distinción entre sociedades totalitarias y no totalitarias. El término totalitario surgió como parte de la mitología de auto-servicio norteamericana para la guerra fría y no es una distinción absoluta. Una sociedad totalitaria es aquella en la que una pequeña élite dirigente controla los medios de coerción y persuasión y, en nombre de algún ideal, utiliza a la policía y a la propaganda para aplastar la disensión y reducir el espacio social y cultural a un mínimo absoluto. [25] En una sociedad totalitaria, literalmente no hay espacio para experimentar con el futuro o siquiera con el pasado. La naturaleza del pasado y del presente se define por medio de decretos cambiantes, que de todos modos mantienen una prohibición sobre la experimentación no oficial. Aún debemos ver si tales sociedades, basadas en la movilización permanente de la población subordinada, pueden sostener esa movilización por bastante tiempo después de que no existen más los líderes que tienen la verdadera experiencia en las luchas revolucionarias que las formaron.

[23] *The Ruling Class*, pp. 190-192.

[24] En la China de Mao no hay cifras oficiales disponibles o que sean seguras sobre el número de muertos por una hambruna o por sufrimientos inducidos políticamente en las ciudades, campos de trabajo, etcétera, aun cuando el mundo sabía que la violencia acompañaba acontecimientos tan publicitados como el Gran Salto Adelante (1958-1960) y la Revolución Cultural (1965-1968).Para algunas estimaciones que varían y no se pueden confirmar, hechas por especialistas extranjeros, véase Ezra F. Vogel, *Canton Under Communism*, p. 254, sobre la muerte por hambre en un cantón pobre durante la Revolución Cultural; Jurgen Domes, *The Internal Politics of China 1949-1972* p. 115, para las enormes cifras de muertos como consecuencia del Gran Salto Adelante. Sobre los sufrimientos de los chinos durante una hambruna en 1952, véase Bernstein, *Leadership and Mobilization in the Collectivization of Agriculture*, p. 293 y Bao Ruo-Wang y Rudolph Chelminski, *Prisioner of Mao*, pp. 10-11, 22, 185, 192, 248, 272, para las impresiones personales de un prisionero en un campo de trabajo, testigo de primera mano de varias muertes.

[25] Véase Robert Jay Lifton, *Thought Reform and the Psychology of Totalism*, sobre todo la tercera parte, para los efectos sobre los intelectuales chinos. El análisis general de este autor (cuarta parte) señala los principales procesos psicológicos y sus limitaciones, las cuales —como él sostiene— seguramente se podrían aplicar a cualquier población.

Queda pendiente un último aspecto de la relación entre las estructuras sociales y la formación de los patrones de condena: el papel que desempeña el nacionalismo. Debido a su naturaleza prometéica, deliberadamente he dejado este problema para el final, en espera de que la clarificación de otros aspectos del proceso pudiera ayudar a comprenderlo. En los tiempos modernos, el nacionalismo ha constituido el modelo más difundido y penetrante por medio del cual los seres humanos condenan o apoyan su medio ambiente social.

Si primero miramos el aspecto negativo, el de un nacionalismo que condena a una o más de las otras naciones, podremos inmediatamente darnos cuenta de que puede ser una de las características más importantes de los movimientos reaccionarios y también de los revolucionarios. El nacionalismo fue un componente importante del conservadurismo monárquico en la Prusia del siglo XIX, y en una forma mucho más virulenta, en los tiempos modernos del nacional-socialismo así como de otras formas de fascismo. Pero también el nacionalismo ha proporcionado mucho del fervor emocional de las luchas revolucionarias y así como lo hizo en la Revolución Francesa lo ha hecho ahora en China, en Vietnam del norte y en otros movimientos de liberación nacional en las zonas económicamente atrasadas. Es evidente que el Estado-nación es una vasija en la que es posible verter diferentes contenidos. Así, sabemos que a pesar de la prohibición oficial al Partido Social Demócrata como una organización antipatriótica y subversiva —prohibición que terminó de manera formal en 1890, pero que siguió siendo una premisa influyente de la política respetable— los obreros alemanes siguieron en 1914 su liderazgo y se unieron al carnaval de asesinatos. Por último, se podría decir que los movimientos nacionalistas y separatistas han tenido muchos éxitos durante los últimos cincuenta y tantos años y que el número y el fervor de sus partidarios es mucho mayor que el que está detrás de cualquier otro movimiento que se base en la conciencia de la clase obrera. Éstos son hechos importantes y sorprendentes que exigen una explicación y si utilizáramos al nacionalismo para hacerlo, eso no sería suficiente pues sólo nos llevaría a un razonamiento circular, o lo que es peor, a recurrir a la palabra magia. Lo que debemos entender es por qué estos sentimientos son tan poderosos.

En vista de que cualquier grupo oprimido o que sufre busca arreglárselas con su suerte, sus miembros y sobre todo sus líderes y sus voceros buscan una explicación para ese destino. Se puede caracterizar al *Homo sapiens* como el mamífero que da explicaciones. En el transcurso de buscarlas, el grupo se define a sí mismo en relación a sus enemigos, de modo que el enemigo externo es parte de la propia definición de grupo que se consigue a través de esta explicación de cuáles son las causas y quiénes los responsables de su sufrimiento. A su vez, el carácter de ésta explicación dependerá de las circunstancias de la vida diaria como se las interprete a través del conjunto de las experiencias pasadas que constituyen la cultura o las tradiciones del grupo.

Para los estratos más bajos, es muy probable que los materiales disponibles con los cuales se puede construir una explicación y una autodefinición contengan algunos elementos de las clases altas. No todas estas ideas serán aceptables, y entre más duras sean las reglas de quienes están en el poder, menos serán aceptadas las tradiciones de la clase alta por los que están abajo. Y sin embargo, excepto en el caso de un estallido revolucionario, y quizá aún entonces, siempre habrá alguna influencia de arriba. Si bajo circunstancias ordinarias, libres de crisis, los estratos dominantes son nacionalistas y usan frases patrióticas para conseguir más esfuerzo por parte de las clases bajas, es posible que éstas sospechen. Éste fue en buena medida el caso de Alemania antes de 1914. Un buen número de obreros de las fábricas —de los que respondieron a la encuesta de Levenstein de 1907–1911— expresaron lo que nos suena como un resentimiento espontáneo en contra de los llamados patrióticos de los dueños. A menos que no me haya yo percatado de algunas de las evidencias a pesar de mis varias lecturas de este material, no hay expresión de un punto de vista contrario. Pero esto es sólo una parte de lo que se puede considerar como evidencia. Los obreros que Levenstein eligió para citar eran los relativamente "avanzados" y ya estaban cerca del punto en que se definían a sí mismos en oposición a los capitalistas. Las declaraciones del PSD en esa época muestran su preocupación por la masa de trabajadores que aún no habían llegado a este momento de auto-definición. Ellas incluyen una buena cantidad de quejas sobre las corrientes chovinistas que prevalecían entre sus seguidores. Sobre esta base se podría inferir con bastante seguridad que en la Alemania de antes de la primera guerra mundial había un gran número de trabajadores que aceptaban la auto-definición que existía y era corriente en el resto de la sociedad.

Con estas observaciones en mente, vale la pena detenerse y examinar las ventajas más generales del nacionalismo como una explicación popular para el sufrimiento. En primer lugar, es simple, mientras que el marxismo no lo es. El nacionalismo le echa la culpa de todo lo doloroso que ocurre en la sociedad directamente a un grupo fácilmente identificable: los de afuera, el enemigo externo. No hay necesidad de matices ni de relaciones causales complicadas. Por lo demás, la conciencia de clases se opone a muchos hechos muy obvios de la experiencia diaria. Es difícil poner a los que detentan el poder dentro de un país en la misma categoría emocional e intelectual que los extranjeros, siendo que las noticias de cada día traen evidencias del conflicto entre "nuestros" líderes y los de otros estados. Tampoco es tan fácil hacer que un obrero metalúrgico crea que tiene mucho en común con un obrero de una fábrica de cerveza si el precio de ésta sube (en Alemania hubo ocasiones en que éste fue un serio problema, porque los mítines obreros se llevaban a cabo en las cervecerías). El enemigo externo es también un objetivo relativamente seguro para la agresión simbólica cotidiana, pues la represalia es mucho menos probable que en el caso de un ataque a quienes detentan el poder local. También por esa razón es posible que el ataque atraiga un apoyo social muy diverso. En síntesis, el nacionalismo oculta divisiones y debilidades dentro de las propias filas —conservadoras o radicales— y puede

atraer a un conjunto muy heterogéneo de aliados que sentirían repugnancia por cualquier declaración abierta de sus intereses.

En tanto que exhortación, el nacionalismo funciona mejor en aquellos estados que recientemente han sido derrotados en la guerra, sobre todo cuando a esa derrota le sigue la ocupación del territorio. También es útil en otras situaciones. Cualquier percepción de sí mismo que tiene un grupo es resultado de sus relaciones con otros grupos, ya que la identidad se crea a partir de esas relaciones y eso es algo que existe por encima y en contra de otros grupos. La identidad tiene fronteras fluidas e inciertas, al grado de que las relaciones sociales cotidianas son fluctuantes y ambiguas. Para el individuo, esta fluidez e incertidumbre muchas veces es causa de tensión e incluso de ansiedad, sobre todo en las modernas sociedades complejas. ¿Es el recién llegado al barrio o al lugar de trabajo un aliado o una amenaza?, ¿en qué medida y en cuáles situaciones?, ¿va a estar con nosotros o contra nosotros y por lo demás, quiénes somos nosotros? El nacionalismo como una forma de auto-definición es simplemente una faceta de un proceso social mucho más amplio. Es un intento por hacer que dicha auto-definición se corresponda con las fronteras de las unidades mayores del comportamiento social que hasta hoy han creado los seres humanos y que son pacíficas.

Como otras identidades sociales, la identidad nacional tiene límites fluidos e inciertos. Para que siga existiendo, los individuos concretos tienen que crearla y recrearla en circunstancias históricas continuamente cambiantes. Si vemos de nuevo la situación de los trabajadores de industria en Alemania antes del estallido de la primera guerra mundial, podremos ver cómo funciona el proceso y darnos cuenta también de algunos aspectos que el análisis no ha podido sacar a la luz con el suficiente énfasis.

Con el conocimiento que da la percepción tardía de los acontecimientos, que permite ver lo que se debió hacer o decir —enemigo solapado e inevitable del análisis riguroso— no es difícil hacer una lista de las fuerzas que integraron a los trabajadores alemanes a la sociedad más amplia. Había un lenguaje común y muchos elementos de experiencia nacional compartida, así como la influencia del sistema educativo y del servicio militar obligatorio, además de que existían las formas de seguridad social que proporcionaba el Estado, aunque los social-demócratas se habían propuesto mostrar al público las debilidades de esta legislación. En el hecho de que los dueños tuvieran que prosperar a fin de poder proporcionar empleos, hay un grado muy obvio de interés compartido. Para 1890 ya habían caído las peores barreras en contra de la acción política y económica por parte de los obreros. A pesar de algunas amenazas de revocación, existía el prospecto de una cuidadosa aplicación de tácticas cuyas virtudes ya la experiencia había demostrado que seguirían funcionando en el futuro, o al menos eso es lo que muchos líderes decían a los trabajadores.

Si queremos hacer una comparación bastante iluminadora sobre lo que les estaba ocurriendo a los trabajadores alemanes y sobre todo a los obreros de la industria, haríamos bien en observar la situación en Francia en la última parte del siglo XIX En este país, el legado de la revolución facilitó la identifi-

cación de los obreros con la Tercera República, sobre todo al principio (la desilusión con la república burguesa se produjo después, cuando los obreros se encontraron con que la intransigencia de los patrones era apoyada por el Estado).[26] En la Alemania Guillermina esto fue muy diferente, pues se trataba de un Estado creado a partir de la derrota del levantamiento popular de 1848 y en contra de la voluntad de una parte importante de la población. En segundo lugar, en Francia había mucha inmigración extranjera, de modo que los trabajadores de afuera competían con los franceses por los empleos. También en el Ruhr había muchos obreros extranjeros, pero aquí el apetito voraz de las minas del carbón que consumían más y más mano de obra, aparentemente amortiguaba los antagonismos. En Francia la situación llegó a ser virulenta. En respuesta a la amenaza sobre sus empleos, surgió una poderosa corriente de xenofobia y chauvinismo entre los trabajadores de industria, y en vano los socialistas trataban de infundirles sentimientos internacionalistas y de acusar de burgués al simbolismo del pasado revolucionario del país. Los obreros de base no aceptaban nada de eso y prefirieron movilizar sus propios recursos sobre la historia nacional francesa para defender su derecho al trabajo en lo que consideraban un mercardo nacional limitado. Esta defensa era más que puramente simbólica. Hubo muchos estallidos violentos en contra de los extranjeros, y para 1884, que fue una época de depresión en las condiciones económicas, los obreros franceses llegaron a considerar a los extranjeros como la causa de todos los problemas que les afligían.[27] De esta manera, el nacionalismo se convirtió en el diagnóstico y el remedio popular para su situación, los cuales surgieron de manera completamente espontánea, en contra de la voluntad de los líderes nominales de la clase obrera.

Así pues, las experiencias nacionales diferentes y la situación económica que enfrentaban los obreros de base, ejercía un efecto poderoso sobre la manera en que éstos percibían su propia situación. Pero sería equivocado e infructuoso buscar una explicación al nacionalismo en términos estrictamente económicos. Como ya se dijo, la noción hegeliana de la lucha por la identidad en y a través de las fuerzas en oposición, da cuenta de los hechos mejor que un análisis limitado de la pura situación económica.

Hay signos de un importante componente psicológico en este juego de fuerzas opuestas: el alivio y la seguridad por pertenecer a un grupo que tiene una causa. La membresía en un grupo puede salvar al individuo de las ansiedades que produce labrarse un lugar propio y significativo en el mundo, sobre todo cuando las posibilidades realistas de hacerlo son tan pequeñas. Y luego está la amenaza de tener un enemigo hacia el cual se siente desprecio, miedo y respeto, todo al mismo tiempo. ¿Ha existido alguna vez el compañerismo sin la amenaza de enemigos reales o imaginarios?[28]

[26] Perrot, *Les ouvriers en grève*, I, pp. 196-197.

[27] *Ibid*, pp. 170-174, 178-179.

[28] Vienen a la mente los pigmeos, tal como los describe Colin Turnbull en *Wayward Servants*, porque son el ejemplo contrario: no tienen enemigos humanos y en el bosque están en un medio ambiente seguro al que tratan con reverencia. Las relaciones sociales cooperativas son

Si volvemos a la situación alemana, nos preguntamos si las fuerzas integradas antes analizadas son suficientes para explicar por qué en 1914 los líderes del PSD votaron por los créditos de guerra y los obreros se congregaron en torno a los colores de la bandera al compás de la música marcial. Creo que no, por lo menos no por sí mismas. Hasta ahora no hemos dicho nada sobre el hecho de que las clases dominantes controlaban las palancas del poder, podían imponer fuertes sanciones a los obreros comunes y corrientes así como gratificaciones deslumbrantes a los líderes por su cooperación "razonable", contaban con la fuerza de una opinión pública bastante exitada por los acontecimientos así como por los sentimientos patrióticos que atravesaban a las demás clases. Para el líder obrero en 1914, la elección estaba entre ir con el nacionalismo o arriesgarse a la destrucción de una organización a la que debía su posición y a la cual había dedicado su energía e inteligencia desde la niñez. Para el obrero común y corriente, la elección estaba entre ir a la cárcel o unirse a esa bandera. Para ambos la decisión de resistir al impulso patriótico significaba la desgracia y los insultos por parte de sus compañeros, mientras que lo opuesto significaba la aceptación de una hermandad eufórica aunque efímera. El sistema social al que pertenecían los trabajadores —y aquí entran en la explicación los factores de integración que mencionamos antes— y que era en esencia el del partido y los sindicatos, no era lo suficientemente fuerte ni siquiera para proporcionar apoyo social efectivo a aquel individuo que quisiera quedarse fuera de los que llevaban la bandera. Las fronteras de la sociedad de la clase obrera eran fluidas y permeables, penetradas por las raíces de la burguesía que surgían de los intereses compartidos con otras clases. Un acto individual de desafío heroico amenazaba peligrosamente al grupo y a todos los que pertenecían a él (igual que en los campos de concentración y en las prisiones). Sólo en la guerra y después, cuando las ventajas de pertenecer al PSD o al sindicato dejaron de serlo y se convirtieron en problemas, y cuando se crearon prospectos de resistencia y se hizo más fuerte el agravio que la alimentaba, entonces se pudo difundir la actitud de desafío. Para decirlo más claramente, la intimidación parece haber sido uno de los factores decisivos en la adhesión de los trabajadores alemanes al nacionalismo, y es que éste es un aspecto significativo de la creación de cualquier forma de lealtad e identidad de grupo. No hay duda de que su importancia varía en cada caso, y que es posible que su significación escape al ojo del investigador en algunos casos por los cuales éste puede sentir una fuerte aprobación moral, mientras que parezca sobresaliente en aquellos hacia los cuales siente una fuerte aversión moral, pero

necesarias por su forma de cazar y permean mucho sus vidas, pero cómo el autor lo señala varias veces, los grupos se rompen continuamente y se vuelven a formar. Él ve este proceso de escisión y fusión como esencial para el mantenimiento de su forma de vida. La ruptura continua tiene su base económica, pues de otro modo los grupos se volverían demasiado grandes como para poderse mantener con la cacería, y es también una forma de evitar y evadir los antagonismos personales, tan explosivos. Esta sociedad sólo es posible por el tamaño del territorio que habita, y aquí de nuevo nos encontramos con la significación del espacio social.

de todos modos, la intimidación aparece como un aspecto crucial en la formación de las lealtades ahí donde el conflicto es severo y es alto el riesgo de la lealtad, esto es, en cualquier lucha significativa. Para las víctimas individuales, la intimidación no necesariamente es más placentera en el caso de una buena causa que en el de una mala, y sin duda el rebelde puede tener el peor de los dos mundos pues recibirá los golpes de aquellos que tienen la autoridad y también las recriminaciones y los golpes de sus compañeros. No es de extrañar que tan pocos de ellos eligieran deliberadamente ese papel.

5. *Definiciones culturales de lo inevitable*

Para este momento, un lector alerta habrá notado que el análisis ha desbordado sus propios diques conceptuales en cuanto a que ha sido necesario referirse a las concepciones culturales de lo inevitable, mientras se analizaban los aspectos de la personalidad y la estructura social. Aquí quisiera yo esbozar algunos cambios en la noción general de inevitabilidad.

En el mundo moderno y fuera de todo significado que pudiera tener en el discurso filosófico y teológico especializado, la palabra "inevitable" caracteriza algo doloroso y poco placentero como es la muerte y como son los impuestos, sobre lo cual los seres humanos supuestamente pueden hacer poco o nada. La gente soporta lo inevitable lo mejor que puede, encogiéndose de hombros, rechinando los dientes o haciéndose insensible para enfrentar un acontecimiento trágico. Aunque algo se defina como inevitable —por ejemplo los días de mal clima— de todos modos podría tener sentido hacer algunos preparativos, por limitados que fueran, y tomar algunas precauciones. Y al mismo tiempo, la definición misma descarta cualquier lucha seria o por lo menos le quita cualquier posibilidad de éxito. La noción de inevitabilidad implica una concepción del universo gobernado, por lo menos en parte, por las fuerzas ciegas del destino que no son sensibles a la voluntad y la acción humanas.

Este intento por echar una mirada objetiva sobre nuestra propia definición cultural de inevitabilidad, da lugar a dos problemas que vale la pena seguir aquí. En primer lugar, resulta bastante obvio que el concepto de inevitabilidad ha contenido diferentes cosas por razones distintas en diversos momentos de la historia. ¿Cuáles han sido entonces las bases para considerar que ciertas formas de sufrimiento son inevitables y cómo han cambiado estas bases y métodos de clasificación? La segunda duda es aún más fundamental: ¿tienen todas las culturas humanas la categoría de inevitabilidad, aunque la apliquen a cosas diferentes dependiendo de su capacidad para manejar su medio ambiente natural y social?, o ¿acaso el concepto de inevitabilidad con su aroma de legalidad y regularidad constituye alguna forma de ruptura histórica y de descubrimiento cultural importante?

Para tratar de responder antes a la segunda pregunta, tomemos al hambre y a la enfermedad como ejemplos concretos del sufrimiento. Los occidentales modernos y educados, que tienen una explicación y un remedio seculares

para estas desgracias y desastres, no están inclinados a tratarlos como inevitables. Pero las culturas humanas primitivas —hasta donde podemos hacer inferencias legítimas a partir de las evidencias antropológicas, lo cual parece bastante seguro en relación a esta cuestión, si bien no a todas las cosas— estaban mucho menos inclinadas a utilizar estos principios por la simple razón de que tenían menos recursos y conocimientos a su disposición. De todos modos, no faltaban las explicaciones simples y seculares. Así por ejemplo, los pueblos iletrados sabían que las cosechas no crecerían si no se plantaban las semillas y que los animales que cazaban podían encontrarse en algunos lugares, pero pocas veces en otros. Esos pueblos eran muy precisos para observar su medio ambiente natural y buscarle el significado. Sabían que una rama rota significaba que por ahí había pasado hacía poco tiempo un animal peligroso y podían hacer muchas inferencias correctas de este tipo que escapan al hombre letrado. Y es que tenían que hacerlo. Pero los recursos para aplicar esa racionalidad secular incluso en su propio medio ambiente eran bastante escasos.

Y ahí donde éstos les fracasaban, entonces recurrían —como hacen los modernos— a la magia, los conjuros y la religión. La enfermedad aparecía como consecuencia de la brujería, los problemas de las cosechas se podían deber a la incapacidad de los gobernantes —y por eso, como ha señalado Fraser, podía ser necesario y legítimo darles muerte. En estas circunstancias, no hay razón para dudar de que tales pueblos tuvieran un concepto de lo inevitable. Ahí donde hay un remedio mágico para cada desgracia, es difícil ver cómo podría surgir una concepción general de lo inevitable, y aunque quizá haya nociones —por rudimentarias que sean— de causa y efecto, el mundo aparece como sujeto a una serie de controles *ad hoc*. Si uno de ellos deja de funcionar, siempre hay la excusa de que algo anda mal en la aplicación de la magia o de que alguien utilizó una contra-magia más poderosa.

Resulta, pues, que el concepto de lo inevitable es en sí mismo producto de una larga evolución histórica. Ahí donde hay evidencia de una raíz secular y de sentido común en un momento posterior, es porque —como lo señaló Alfred North Whitehead en su libro *Science and the Modern World*— en tiempos anteriores el mito y la religión habían hecho una contribución indispensable, pues de ellos vino la idea de la lucha contra las fuerzas abrumadoras, aunque no desapareció el aspecto caprichoso de la cuestión. A la derivación que hace Whitehead del concepto de causalidad a partir de la religión hebrea y la mitológica griega, podríamos agregarle que una concepción de causalidad fortalece y también debilita a las definiciones culturales de lo inevitable, pues cuando se pueden conocer las causas entonces surge la posibilidad de cambiar y dominar las tendencias y los acontecimientos. El mito y la religión también parecen haber intensificado la relación entre las nociones de causalidad, inevitabilidad y juicios morales. También aquí, como en el caso de la causalidad y la inevitabilidad, seguía habiendo un elemento de tensión en cuanto a que la condena moral implicaba la posibilidad de que un actor humano pudiera haber actuado de otro modo y por lo tanto de alguna manera pudiera haber escapado a la cadena de causalidad. Estas dudas no han

desaparecido hasta hoy y la noción de inevitabilidad aún carga con tonalidades morales. En sus formas muy diferentes, tanto los conservadores como los revolucionarios utilizan esta noción para sostener sus propias esperanzas para el futuro.

En las civilizaciones preindustriales, el aspecto moral siempre ha sido decisivo. Los sufrimientos comunes de tipo crónico —a los que los seres humanos se educan a sí mismos para adaptarse, porque les parecen inevitables— aparecen en ellas como el destino que el individuo se merece, uno que es justo y adecuado. O por lo menos así lo tratan de hacer aparecer los estratos dominantes. En una sociedad estratificada, los principios de desigualdad social —generalmente sistematizados por los sacerdotes— explican y justifican las formas prevalecientes y rutinarias del sufrimiento. Puesto que estos principios también constituyen los términos básicos del contrato social implícito o explícito, habrá algunas formas de sufrimiento que tanto los estratos dominantes como los subordinados definirán como injustos e inadecuados. Incluso en aquellos casos en que la fuerza y el fraude desempeñen un papel importante para determinar las funciones respectivas del dirigente y del subordinado —como en el caso de la esclavitud en las plantaciones— también habrá una fuerte tendencia a que el contrato social vuelva a aparecer en la práctica real. Por lo tanto, en esas situaciones hay una buena parte de componente moral en la explicación del sufrimiento.

El desafío a esta moralidad y su inevitabilidad se convierten en un gran acto político. Como lo muestra la historia de los obreros metalúrgicos en el Ruhr antes de 1914, a los seres humanos se les debe enseñar cuáles son sus derechos. Desde esta perspectiva, el agravio moral se convierte en una inclinación históricamente adquirida, que se consigue con las luchas políticas más duras, las cuales han constituido el principal hecho político de los tiempos modernos. Por eso vale la pena abstenerse de los detalles una vez más, a fin de percibir sus características principales.

En la Europa del siglo XVIII y en Asia, la desigualdad social tomó la forma de estamentos o de órdenes jerarquizadas de acuerdo con la estimación o el honor social atribuido a la función social de los hombres. Por supuesto que en esto hubo muchas variaciones. Por lo general, los guerreros y los sacerdotes eran los únicos señalados de una forma distinta, mientras que el resto eran sólo una categoría residual o una serie de categorías residuales, aunque la jerarquización podía ser distinta en la propia base, como sucede con los parias del Japón. Sólo en la India hubo intentos por parte de los sacerdotes de ordenar a la sociedad por jerarquías.

Pero la práctica no correspondía a esta teoría. En cualquier lugar de Europa y Asia, la jerarquización era hereditaria tanto en la práctica como en la teoría, y también era posible algún grado de movilidad en todas partes. En China, la pertenencia al mandarinato era teóricamente abierta y se lograba pasando los exámenes, pero en la práctica las barreras económicas al aprendizaje lo convertían en un estrato hereditario. En Europa el individuo *nacía* miembro de la Iglesia, pero se *convertía* en obispo o incluso en párroco. También aquí las barreras económicas a la educación limitaban el

acceso a los rangos más altos. Para cada estamento había un estilo de vida prescrito, señalado por las reglas de etiqueta, el vestido y otros medios. El propósito de la actividad económica era moral: permitir a cada estamento vivir de acuerdo a su estilo adecuado. De las órdenes más bajas se esperaba que proporcionaran a las altas los medios para vivir así y que al mismo tiempo retuvieran lo suficiente como para mantener su propio honor social. Es dudoso que eso sucediera con frecuencia y la definición que debían tener los campesinos —que constituían la mayoría de la población— era, por decir lo menos, ambigua.

Para cada orden o estamento, el estilo de vida prescrito especificaba un código moral distintivo y apropiado, e incluso en muchos casos, un tipo de personalidad específica. Del guerrero se esperaba que fuera valiente y generoso, del sacerdote que fuera benévolo, del artesano que fuera diligente. Naturalmente que en la práctica había muchas desviaciones tanto de la personalidad ideal como de la moral ideal para cada orden, y por otra parte, también había fuertes sanciones sociales para evitar que los individuos adoptaran una forma de vida inadecuada para su rango, ya fuera en dirección hacia arriba o hacia abajo. La moralidad estaba socialmente determinada de manera explícita, y aunque estos sistemas no eran completamente inflexibles, sí estaban permeados por un aire de permanencia e inevitabilidad. El agravio moral surgía sobre todo de las violaciones al contrato social, particularmente en contra de aquellos individuos que no lo cumplían de acuerdo con los requisitos de su posición. Pero aquí y allá hubo movimientos heréticos europeos que se basaban en las memorias reales o supuestas de la igualdad entre los primeros cristianos y que dudaban de los términos del contrato mismo.

Ahí donde fue posible adquirir riquezas de una manera nueva, la consecuencia fue la de minar los viejos principios de desigualdad social y las viejas suposiciones de inevitabilidad. Las élites tradicionales se apropiaron de la riqueza en una diversidad de formas, pero también fueron posibles nuevos métodos, al principio sobre todo en el comercio, que permitieron a los encumbrados romper los viejos acuerdos. Los nuevos ricos pudieron simple y llanamente comprar los prerrequisitos necesarios para una existencia que había sido privilegio de los estratos dominantes, y conforme la modernización ganaba impulso y se convertía en revolución industrial, los viejos principios se desintegraban en ciertos aspectos entre el fuego y el humo de la revolución. Los principios y prácticas de desigualdad que en algún momento parecieron necesarios e inevitables, se convirtieron en fuente de burlas abiertas, primero entre los intelectuales y después entre amplios sectores del pueblo. De Tocqueville captó el significado político de esta metamorfosis de lo inevitable hacia una serie de abusos y lo expresó en un pasaje famoso:

> Sólo un gran genio podría salvar a un gobernante que tratara de aliviar a sus súbditos después de una opresión. El sufrimiento que se soportó con paciencia como algo inevitable parece imposible de soportar una vez que se ha concebido la idea de escapar de él. Todos los abusos que han sido eliminados sólo parecen servir para acentuar más aquellos que permanecen y para hacer más amargos los

propios sentimientos. Es cierto que la maldad ha disminuido, pero la sensibilidad ha quedado más aguda.[29]

Los líderes comerciales e industriales en ascenso en los pueblos no llevaron a cabo la serie de levantamientos revolucionarios que, empezando con la revuelta de los Países Bajos, destruyó la concepción de lo inevitable. Los sectores económicamente activos de la burguesía estaban demasiado ocupados haciendo dinero, muchas veces de manera parásita en los intersticios de los viejos regímenes, como para "hacer" una revolución que de hecho los asustaba mucho. Más bien estaban contentos de dejar que otras personas pelearan y pensaran por ellos. Pero una vez que el polvo se había asentado, fueron ellos los principales beneficiarios de los cambios políticos que fueron resultado de las revoluciones. Es más, los intereses comerciales y manufactureros fueron también los principales agentes de los cambios económicos sin los cuales hubiera sido imposible poner en práctica las nuevas ideas.

Los nuevos principios fueron igualitarios sólo en el sentido de que estaban dirigidos en contra de las viejas formas de privilegio. Tanto en sus intentos como en sus consecuencias, aún eran principios de desigualdad social. Las gratificaciones de la sociedad debían distribuirse de acuerdo al "mérito", sobre todo como éste se demuestra con el éxito en el mercado. Ya no era necesario que ningún individuo o grupo fuera capaz de contar con un puntal económico seguro, adecuado a la función que desempeñaba en y para el orden social. En teoría, era una carrera de velocidad y muy pocos se preocupaban por enderezar el punto de partida.

Durante el siglo XIX se difundieron a lo largo de toda Europa —de oeste a este— los nuevos principios, pero de manera dispareja, encontrando resistencia de las viejas élites, así como de aquellos que fueron sacados de sus nichos mucho más abajo en el orden social. Los cambios económicos y morales crearon nuevas clases y nuevos conflictos respecto a cuál era el peso que podía echar cada uno de ellos en la balanza de la justicia, que era una diosa en forma de *concurrenz* o sea, el funcionamiento automático del mercado que muchas veces aparecía más ciego que antes.

En Alemania, como ya se dijo, los obreros industriales no crearon, a partir de su propia experiencia, ningún principio de igualdad o desigualdad con el cual combatir los nuevos. Fueron los intelectuales quienes hicieron los diagnósticos de los males de los trabajadores industriales y quienes sugirieron los remedios. Marx fue sólo uno de ellos, y sus ideas para el largo plazo hicieron durante mucho tiempo un lento avance frente a los productos de la competencia. Por mucho que su nombre vino a dominar el escenario intelectual para los trabajadores alemanes a fines del siglo XIX, los principios y las estrategias del movimiento obrero alemán no fueron sólo los suyos.

En el famoso principio de que a cada quien según sus necesidades y de cada quien según sus capacidades, el marxismo deja lugar para las desigual-

[29] *Ancien Régime et la Révolution*, p. 223.

Competencia. T.

dades humanas. Pero se trata de una idea que rechaza por completo al mercado como instrumento para medir el valor humano, y hasta ahora ninguna sociedad ha alcanzado este objetivo, y hay razones para que siga el escepticismo sobre esta posibilidad.

Los movimientos obreros europeos —y no sólo los de Alemania— bajo la presión de sus seguidores y en busca de más beneficios inmediatos, se detuvieron cerca de este objetivo en sus principios de funcionamiento, si bien no siempre en su retórica sobre el futuro. Pero incluyeron en esos principios por lo menos una parte del objetivo, hasta ahí donde pudieran rechazar el lazo de unión entre el mercado y el mérito como el *único* determinante del valor humano. Probablemente la experiencia del propio trabajador fue un componente más importante en este rechazo de lo que Marx tuvo que decir, aunque el marxismo bien pudo haber puesto fuego y fe en aquello que por otras razones los trabajadores querían creer. También los conservadores habían rechazado esta relación por sus propias y muy diferentes razones. Sin embargo, por lo general a los trabajadores éstos les parecían aliados extraños y poco dignos de confianza. Con la ayuda de unos cuantos intelectuales disidentes, los obreros crearon sus propias organizaciones de defensa colectiva en contra del funcionamiento libre del mercado.

La dirección general de las presiones del movimiento obrero, tal y como ellas fueron tomando forma con los obstáculos que encontraban, seguía siendo hacia una sociedad organizada en y a través del mercado, esto es, hacia una sociedad capitalista. Mientras tanto, antes incluso de la primera guerra mundial, el mercado había empezado a mostrar síntomas que sugerían que quizá no sería el proyecto totalizador más satisfactorio para organizar a la sociedad humana. Incluso en su momento de apogeo, no había ganado en la práctica la lealtad universal por parte de aquellos que tenían la tarea de ver que los gobiernos efectivamente funcionaran y permanecieran en el poder. Después de la guerra, los problemas se volvieron peores y las presiones para revisar el contrato social tanto en la teoría como en la práctica se hicieron más fuertes. Estas presiones venían de varios lugares, además de las clases obreras industriales, y convergían en un punto: que la sociedad tenía una responsabilidad definitiva por el bienestar del individuo. Más concretamente, ésta tenía la obligación de encontrar formas para proteger al individuo en contra de los estragos de la mano invisible del destino que trabajaba a través del mercado.

La forma en la que las diferentes sociedades trataron de responder al nuevo imperativo y las clases y grupos a los que trataron de proteger, así como aquellos sobre quienes se echaron los costos de la protección, han variado mucho en el último medio siglo, sobre todo desde que se agudizó este problema. La democracia capitalista liberal, el fascismo, el comunismo y los movimientos de liberación nacional en los países atrasados han sido respuestas a esta cuestión. Sus conflictos internos y sus conflictos entre sí han sido intentos por establecer los términos de un nuevo contrato social que resultó necesario porque se desataron nuevas fuerzas productivas. Mientras tanto, la

humanidad ha utilizado esas fuerzas para la destrucción, en una escala sin paralelo en la historia humana. Al hacer responsable al Estado del bienestar humano, parece que estamos muy atrás de cuando se mataba al rey. Esto es, en sentido estricto, violencia revolucionaria. Pero ni los reyes nuevos ni los viejos se atenían a ningún contrato con sus súbditos y podían matarlos, a los propios y a los ajenos y en ocasiones hasta podían matarse entre sí, y todo esto en nombre de un "interés público", un "bienestar" sobre el que no hay acuerdo y que amenaza con convertirse en pesadilla. Sólo se puede esperar que la pesadilla sea parte de la ilusión universal de un presente eterno.

6. *El tiempo y el sentimiento de justicia*

Este esquema de las definiciones culturales cambiantes respecto a lo inevitable ha revelado, según espero, los aspectos más significativos de lo que ha sucedido con el paso del tiempo al sentimiento de lo que es justo e injusto y de lo que los seres humanos sienten que pueden y deben hacer respecto a la injusticia. El esquema no pretende cubrir todos los aspectos importantes. Su estructura deja en la oscuridad dos cuestiones importantes. Una de ellas aparece en la forma en que el paso del tiempo puede por sí mismo impartir a ciertos acuerdos humanos una aureola de justicia y autoridad. Muchas instituciones en muchos momentos y lugares han recibido la sanción de sus ancestros y han existido desde tiempo inmemorial, o por lo menos desde que los habitantes más viejos pueden recordar. Una expresión irónica del mismo cuerpo general de hechos es que el tiempo borra todos los crímenes. Ahora bien, el tiempo en sí mismo no hace nada, es la gente la que hace las cosas; ¿qué es lo que hacen y por qué?

En cuanto a la segunda cuestión, el tiempo, por así decirlo, entra en los juicios racionales morales de manera tal como para hacer que parezcan irresolubles. En este sentido, su efecto es el opuesto al de la primera cuestión, porque es tiempo *futuro*. Un dilema que enfrentan todos los *revolucionistas* serios es el siguiente: ¿cuántos sacrificios se puede imponer de manera justificada a los seres humanos en aras de aquellos que aún no han nacido? En esta forma, se da sólo una visión extrema de una elección que inevitablemente hace toda la gente, puesto que el simple hecho de seguir viviendo del modo como lo hacemos, también inevitablemente impone algunos sacrificios sobre las generaciones futuras.

La ilusión de que el simple paso del tiempo puede justificar ciertas formas de comportamiento humano presenta, a mi juicio, un problema más complejo: ¿es esto también una ilusión? Es posible que lo que ha dejado satisfechas a ciertas personas en el pasado las satisfaga hoy otra vez. Los que reciben tributos difícilmente se negarán a recibirlos a intervalos regulares, y todos los seres humanos olvidan la base original a partir de la cual se obtiene dicho tributo. La estabilidad y la posibilidad de predecir en las relaciones humanas tienen algunas ventajas incluso para los menos aventajados. Pero si hubiera

algun intento por incrementar el tributo y aumentar las obligaciones del *corvée*, quienes están sujetos a él podrían objetar que eso viola las costumbres establecidas desde tiempos inmemoriales. Por último, si los sujetos no tienen otras experiencias que pudieran sugerirles patrones de conducta diferentes, o proporcionarles patrones de condena, esto es, si la relación está cerrada y aislada, ¿sobre qué bases pueden esperar que cambie?

Tanto la psicología freudiana como la neo-pavloviana arrojan mucha luz sobre los mecanismos a través de los cuales el puro paso del tiempo en condiciones sociales estables aparentemente justifica las relaciones sociales prevalecientes. Los padres crían a sus hijos de manera tal que los valores y juicios de la generación precedente sean en buena medida también los de la generación siguiente. El *superego* es la internalización del pasado; a su vez, la serie de recompensas y sanciones que los seres humanos se imponen entre sí en la vida social puede enseñar a la gente a aceptar y valorar las relaciones sociales existentes de manera tal que, una vez condicionados los seres humanos, tendrán una fuerte tendencia a perpetuarlas.

Viene a la mente en relación con esto, la noción del precio justo. Todavía hoy la gente hace juicios morales similares sobre los precios. Las ideas populares en nuestros días pueden no ser muy diferentes de lo que eran en la edad media, pero sobre esto sabemos muy poco. ¿Qué quiere decir la gente, por ejemplo, cuando afirma que la carne está "muy cara"? Seguramente que buena parte del significado es que ahora está más cara de lo que estaba antes. El precio justo es en realidad el que la gente acostumbraba a pagar y conforme la gente se adaptaba a él, este intercambio social particular quedaba investido de un aura de legitimidad.

En una economía moderna de mercado, en la que los precios cambian continuamente reflejando así la fluctuación en la oferta y la demanda, se produce una continua alteración del sistema de intercambio a la cual la gente también se acostumbra y tiende a considerar como justa. Ésta es una de las principales razones por las cuales el desarrollo de las relaciones de mercado en las economías tradicionales ha provocado un clamor respecto a sus efectos inmorales.

Los efectos *son* inmorales según los patrones que ya explicamos en el capítulo anterior, es decir, cuando producen y sostienen intercambios en los que un grupo de gente es la que todo el tiempo obtiene ganancias enormes mientras que el otro sufre pérdidas muy severas. Esto ha sucedido con bastante frecuencia conforme el capitalismo se ha difundido por el mundo y ha proporcionado a los socialistas modernos uno de sus argumentos más efectivos. Pero, ¿acaso la dificultad radica en la institución del mercado?, ¿o es algo más profundo? Tanto la transición al industrialismo como una sociedad industrial dinámica implican un cambio continuo y rápido, ya sea que la coordinación social tenga lugar a través del mercado o a través de un control burocrático centralizado, es decir, el socialismo. Los logros de este último no nos resultan muy impresionantes, aun cuando los aspectos traumáticos han sido mucho menores en China que en la Unión Soviética. De todos modos, sería muy inocente esperar que burócratas despiadados y comprome-

tidos sean demasiado escrupulosos respecto a las víctimas de lo que ellos consideran como progreso. Mientras ocurran cambios en la sociedad humana, habrá grandes cantidades de sufrimiento por las injusticias, algunas reales y otras sentidas, y habrá también razones urgentes para protestar por ellas.

Estas consideraciones nos llevan a las cuestiones del tiempo futuro y de los sufrimientos futuros. Según algunas teorías revolucionarias del cambio social, el concepto de necesidad histórica une a los sufrimientos pasados y futuros.[30] Las dolorosas luchas de cada etapa histórica son una parte necesaria en el progreso de la humanidad hacia la siguiente etapa superior. La esclavitud, la servidumbre y la imposición de la disciplina a la fuerza de trabajo en el capitalismo temprano se han convertido, cada uno en su momento, en prerrequisitos históricamente necesarios para un grado de liberación del sufrimiento, que sí ha obtenido la sociedad capitalista liberal. Los sufrimientos de las luchas revolucionarias contemporáneas y los del futuro son igualmente necesarios y ellos incluyen no sólo a las víctimas entre las filas de los revolucionarios, sino también a las de la propia revolución victoriosa. Esto es lo que provoca los problemas más candentes, pues ¿con qué derecho puede un dictador revolucionario desarraigar y destruir las vidas de la generación actual en aras de beneficios futuros?, y sin embargo, ¿acaso es menor el sufrimiento cuando la responsabilidad de las decisiones (y los sufrimientos que estas producen) se distribuye entre las miles de decisiones individuales que tienen lugar a través del mercado?

Es bastante poco probable que haya soluciones para tales problemas y que puedan eliminar todo el sufrimiento, pero ésta no es razón para dejar de buscar formas que reduzcan el dolor, incluyendo nuevas maneras de pensar. Para repetir el ejemplo que ya usamos, diremos que la ciencia médica no abandona la búsqueda de formas para prevenir ciertas enfermedades por el hecho de que no se pueda lograr la inmortalidad. Las dudas respecto a las soluciones perfectas pueden ser también el principio de la sabiduría en las ciencias sociales, siempre y cuando no sean un pretexto para un empirismo cerrado y complaciente que se reduzca a puras trivialidades.

Para referirnos primero a la tradición radical, diremos que ya hemos visto que este uso del concepto de necesidad histórica implica una visión determinista que es insostenible e innecesaria porque implica la omnisciencia. La historia del siglo XX ha proporcionado demasiadas evidencias trágicas sobre el sufrimiento que pueden producir tales pretensiones. En una sociedad organizada de manera más o menos racional, ninguna persona o grupo puede tener el poder o la autoridad para imponer enormes sacrificios a una población subordinada en aras de inciertos beneficios futuros de los cuales a las víctimas no les tocará nada. Entre más inciertos sean los benefi-

[30] Dentro de la tradición marxista hay algunas cuestiones muy controvertidas que no trataré de desenredar, pues el problema que nos ocupa no es el de la historia intelectual, sino el de analizar una posición teórica. Quien sostuvo esta posición o si alguien la ha expresado desde este punto de vista, son cuestiones sin importancia, por importantes que puedan ser en otros contextos.

cios y más distantes estén en el tiempo, más débil es la justificación para imponerlos.

Por otra parte, es necesario llamar la atención sobre las enormes inconsistencias y los obstáculos en los argumentos para un enfoque descentralizado y con participación popular al máximo en la resolución de las principales cuestiones políticas. Estos argumentos parten de premisas que van desde las más reaccionarias, a través de las liberales, hasta las neonarquistas, y lo que comparten es una hostilidad *tanto* hacia la burocracia *como* hacia el mercado. Muchos problemas económicos y sociales son irresolubles sobre una base territorial pequeña, porque lo que la gente hace en una región puede tener efectos contrarios sobre los habitantes de otras regiones. Los ejemplos más conocidos hoy día son los de la irrigación y la polución industrial. Resulta perfectamente razonable insistir y tratar de poner en práctica sacrificios ahí donde hay fuertes razones para anticipar beneficios grandes y de amplia distribución en un futuro cercano. Todos los tipos de sociedades humanas han hecho y seguirán haciendo estas cosas en los problemas grandes y en en los pequeños. Porque no es tiranía detener a alguien que quiere prender un cerillo cerca de los depósitos de gasolina. El problema es que no hemos sido capaces de inventar formas adecuadas para evitar problemas más serios, ni tampoco ha sido siempre posible poner en práctica las reglas de que las personas a las que más les afectan los cambios propuestos son aquellas que más tendrían que opinar al respecto. Aparte de lo que tiene que ver con intereses materiales creados —y entre más pequeño sea lo que esté en juego, con más tenacidad y amargura se le aferrarán los seres humanos— hay un gran mérito en la pretensión radical de que todas las posibilidades de elegir libremente están teñidas por las irracionalidades y formas de sufrimiento superfluo que existen en el orden prevaleciente. El problema real es el de estar suficientemente seguros de no conseguir algo peor.

Al tratar de tener una perspectiva teórica respecto a estas cuestiones y ver cómo se mantienen juntas las diferentes partes de la sociedad humana, haríamos bien en eliminar cualquier hipótesis determinista sobre lo que tendrían que ser estas relaciones. En esta coyuntura, me parece que la reserva y el escepticismo son la postura más adecuada respecto al determinismo económico y al determinismo idealista en términos de valores, relaciones funcionales, necesidad histórica y lo demás. Quizá sería útil abandonar todas las nociones y tratar de pensar sobre todo en términos de las fuerzas contradictorias que producen situaciones específicas. No hace mucho tiempo que ir a la Luna y ver su cara oculta eran metáforas de lo imposible por definición, y algo que era descartado por los principios deterministas. Pero la experiencia nos ha enseñado otra cosa. En las cuestiones sociales, cuando decimos que algo es posible o imposible, tenemos que especificar de muy manera cuidadosa las fuerzas más relevantes que están en funcionamiento, las posibilidades de una intervención inteligente y los costos en sufrimiento humano. Esta liberación intelectual de lo inevitable puede ser uno de los pasos más importantes que en adelante tendremos que dar.

Aunque no tengo intención de terminar este análisis agregando una elegía más por la decadencia de la espontaneidad en la sociedad contemporánea, sí parece haber importantes cambios estructurales que han afectado a los sentimientos morales y a su expresión. Podemos llamarlos expropiación del agravio moral en analogía con la expropiación de los medios de producción que ha tenido lugar tanto en las sociedades capitalistas como en las socialistas. Es más, el fenómeno no es nuevo ni exclusivo de las sociedades industriales modernas. Durante muchos siglos, la iglesia católica ha tenido bastante éxito en expropiar la culpa, y esto lo ha logrado ayudando primero a crear el sentimiento de culpa y luego proporcionando los mecanismos burócraticos para aliviarla. O, como podría decirlo un economista, la iglesia católica ha logrado crear mucha de la demanda y la mayoría de la oferta.

Pero la culpa no es lo mismo que el agravio moral, incluso si los dos parecen en ocasiones mostrar una relación cercana. Más aún, con el nacimiento de la producción masiva, el mercado de masas en las sociedades capitalistas, el control gubernamental de la economía en las socialistas y las enormes y poderosas burocracias en las dos, ha cambiado todo el contexto en el cual puede surgir y hallar expresión el agravio moral. A estos elementos, en la situación moderna, es necesario agregar el de los puros números. Entre más gente haya, menos podrán contar los sentimientos del individuo, incluso si pudiera haber un mayor poder social debido a una división más compleja del trabajo.

La consecuencia de esto ha sido la de producir una cualidad sintética e indirecta en el agravio moral. Hoy día, el agravio moral visceral puede ser mucho más extraño o difícil de expresar abiertamente de lo que era hace varias generaciones, en parte porque para cualquier individuo puede resultar bastante inútil expresarlo. En lugar de eso, líderes de opinión de todo tipo encienden y apagan la corriente de la moral lo mejor que pueden, según consideraciones más amplias, o por el contrario, descubren las corrientes cambiantes del sentimiento público como fuerzas que pueden aprovechar para impulsar sus productos intelectuales y comerciales en dirección de la mayor influencia y ganancia. Los levantamientos de fines de los años sesenta y setenta, tanto en China como en Occidente, fueron esfuerzos por restaurar las reacciones impulsivas y darles un lugar de honor, pero el aparato social prevaleciente pudo en su mayor parte absorberlas o desviarlas.

Las transformaciones producidas por el crecimiento de la burocracia y de la industria modernas no redujeron en todas partes la libertad individual para expresar los gustos y disgustos morales. Para el sector moderadamente próspero dentro de las sociedades occidentales, podría haber incluso un incremento considerable en la elección de alternativas morales y un decremento sustancial en el peso de la ansiedad al hacer dichas elecciones. Al clasificar el correo del día, uno puede decir si expresa o no su agravio moral respecto de los prisioneros políticos en Chile o en la Unión Soviética, sobre

las víctimas negras o hispano parlantes de la injusticia racial en las ciudades estadounidenses, sobre la situación de los trabajadores agrícolas en California o la de las ballenas en el Océano Pacífico. Incluso es posible medir la intensidad del propio agravio moral por el tamaño del cheque quincenal, y también es posible seleccionar el color que más congenie con uno dentro del espectro político, eligiendo una organización dentro de las varias que trabajan por la misma causa general y enviándole a ese grupo un cheque. El sistema coloca la reserva de agravio moral de la sociedad exactamente en la misma forma en que el mercado coloca a la oferta de jugos de fruta o de papas envasadas. Aquellos que más necesitan el producto pueden no conseguirlo porque carecen de los recursos para expresarlo a través de los mecanismos del mercado, y los nuevos proveedores pueden tener problemas para penetrar en un mercado muy saturado. Pero estos obstáculos pueden exagerarse en relación con una mercancía como el agravio moral. Las causas para la expresión de tales sentimientos van y vienen sin límite, conforme el mercado distribuye de manera rápida e impersonal los recursos, el crecimiento y la fama de ciertos productores o la extinción lenta de otros.

Para los trabajadores, como ya se ha visto en muchos momentos de este libro, la expropiación y racionalización del agravio moral ha sido una parte importante de la experiencia capitalista. En la fase temprana de la industrialización en Europa occidental, la protesta obrera tomó dos formas principales. Una fue el breve destello en forma de huelga por alguna injusticia aparente que cometía el patrón —como el anuncio repentino de una reducción en los salarios o el despido de algún compañero— y la otra fue la participación junto con los artesanos, oficiales y algunos pequeños propietarios —en ocasiones incluso algunos campesinos— en los movimientos organizados para el cambio social. Estos últimos fueron desde los cartistas en Nueva Inglaterra hasta los levantamientos populares en el continenente europeo en 1848. Después vino la revolución organizativa, conforme los trabajadores adquirieron mayor disciplina y técnicas de organización sindical y pudieron planear con cuidado el momento de las huelgas para que éstas dieran por resultado un aumento en los salarios. En su estudio comparativo de la historia de la clase obrera, Peter Stearns hace hincapié en que la aceptación de los obreros de los imperativos de la organización los dejó con un enorme residuo de quejas que surgían de la propia situación del trabajo.[31]

Bajo el socialismo, estas cuestiones se arreglan de manera muy diferente, incluso si muchos de los resultados terminan por ser similares. En lugar de depender de las fluctuaciones del mercado para su oferta de agravio moral,

[31] Peter N. Stearnd, *Lives of Labor*, pp. 300, 310, 322-323, 349. Por todas partes en el libro de Perrot *Les ouvriers en gréve* hay informaciones y agudas observaciones sobre los contrastes entre la huelga "espontánea" al viejo estilo —que muchas veces incluía una buena cantidad de planificación y discusión secreta e informal entre los trabajadores antes de empezar— y la huelga como la demostración pública moderna cuidadosamente orquestada. Véase sobre todo el tomo 1, pp. 120-124, y el 11, 419, 425, 553-559. En Alemania, la resistencia obrera al "imperativo de organización" que la élite obrera imponía a los demás contribuyó a la explosiva situación de 1918 y de después.

así como para los usos que se le habrá de dar, una sociedad socialista planifica la producción y distribución de esta mecánica exactamente de la misma manera como decide respecto de la producción y distribución del acero y la electricidad. (Puesto que las sociedades socialistas no producen muchos productos relativamente frívolos e inútiles, como son los jugos de fruta o las papas envasadas, sería mejor utilizar ejemplos distintos.) De esta manera, es posible —según nos dicen algunas autoridades en la materia— determinar con cierta precisión las prioridades de la sociedad en cuanto el agravio moral y saber exactamente qué tan enojados deberían estar los ciudadanos por cada ofensa en contra de la moralidad socialista, la cual representa —según también nos dicen— un estado superior del desarrollo histórico por encima de la moralidad burguesa. Tan pronto como los planificadores se han puesto de acuerdo sobre la lista de los enemigos del pueblo adecuada a la configuración política, social y económica del momento, pueden jalar la palanca que pone en movimiento la enorme maquinaria del Estado socialista.

Las organizaciones del pueblo, los altavoces, los periódicos, la policía secreta y los juzgados, todos se lanzan a la acción y la campaña termina. Una persona razonablemente inteligente —sobre todo un producto educado de la civilización china, que durante muchos siglos había hecho hincapié en los matices de la indignación moral en un escenario de intriga y protocolo burocrático— [32] sabrá inmediatamente cómo ajustar las expresiones faciales y los tonos de voz para expresar el grado correcto de indignación en cada uno de los niveles del conjunto oficial de prioridades que jerarquiza todas las variedades posibles de la conducta execrable de los enemigos del pueblo. No se puede esperar que un campesino pobre o un obrero lo hagan así de bien, y lo que es peor, alguno de ellos podría tener dificultades para entender por qué los enemigos del pueblo en este año incluyen a algunos de los que eran héroes el año pasado y por qué es necesario hacer otra campaña exhaustiva tan pronto, si la última tuvo el éxito que se dijo que tuvo. Pero como el socialismo es un Estado de los obreros y los campesinos, que pertenece al pueblo, hay mucha gente dedicada a explicarle estas cuestiones a los campesinos y a los obreros y a cualquier otra gente que las quiera oír. Pobre de aquel que se niegue tercamente a escuchar los sonidos correctos o que trate de hacerlos por su cuenta en el socialismo, puesto que un Estado socialista es muy eficiente en su distribución de los recursos y materiales humanos, y aquellos que prefieran la paz y la tranquilidad y pensar por sí mismos en lugar de escuchar y tocar los sonidos correctos, serán enviados a reformarse a través del trabajo a los campos.

Todo esto parece una forma muy eficiente de enfrentarse a la necesidad del coraje y el agravio morales. Por lo menos, a los extranjeros que simpatizan con ellos observando el desfile de entusiastas manifestantes que marchan por la gran plaza de la capital llevando sus consignas cuidadosamente preparadas para la ocasión —y que nunca ven los campos de reforma por

[32] Para un estudio muy instructivo sobre esta configuración durante la dinastía T'ang, vease Howard J. Wechsler, *Mirror to the Son of Heaven: Wei Cheng at the Court of T'ang T'ai-tsung*.

medio del trabajo— todo esto les parece mucho más eficiente, equitativo e inspirador moralmente que el funcionamiento del mercado y la competencia o pseudo-competencia política en el capitalismo liberal. Pero ¿es realmente más eficiente y más equitativo en el sentido de enfocar el coraje moral hacia formas que son más efectivas para toda la sociedad y más satisfactorias para el individuo en cuestión?[33] La sociedad socialista, con todos sus efectos colaterales tan sofocantes, podría quizá tener la delantera en este sentido, si aquellos que deciden sus prioridades morales procedieran en una forma lo más racional e informada posible y escucharan con cuidado y con simpatía las demandas de los ciudadanos. Pero no es esto lo que sucede. Las prioridades morales[34] son decididas todo el tiempo por el Hombre Más Inteligente del Mundo y ellas reflejan sobre todo su pensamiento. Él toma las decisiones en su calidad de jefe del Comité de los Siguientes Hombres Más Inteligentes, que son sus leales consejeros y ayudantes, pero también sus rivales y sucesores potenciales. La política, que se presenta al público como resultado del debate racional, es en realidad el producto de un sistema de rivalidades, hostilidades y relaciones cambiantes de un grupo que se dan entre estas figuras, que ocupan la cima del sistema, y sus apoyos institucionales más abajo, en todas las jerarquías burocráticas en competencia. Y cuando el Hombre Más Inteligente del Mundo muere, como obviamente sucede de vez en cuando, la rivalidad se vuelve más intensa. Las discusiones sobre qué producir y sobre de qué enojarse son tanto armas en las bizantinas intrigas burocráticas como adaptaciones a las demandas de una situación más amplia.

En la importancia que tienen las rivalidades burocráticas y personales, los sistemas socialista y capitalista liberal se acercan uno a otro. Si hablamos de la expropiación del agravio moral en estas condiciones, no con ello estamos dando cuenta de la historia completa de la transformación que ha tenido lugar en los tiempos modernos, pero esta noción pueve revelar tendencias y distinciones históricamente significativas. En cualquier caso, la situación no es ya hoy la que era cuando Ulrich Bräker no pudo ni siquiera enojarse con su patrón noble que lo vendió a los ejércitos de Federico el Grande o cuando el pobre de Karl Fischer por fin se atrevió a descargar su juicio sobre el director de la fábrica que despedía a obreros a los que ni siquiera conocía. Los dos hombres no supieron qué hacer, y es que no podían saberlo por razones históricas que difieren mucho en esos dos casos y que también son muy distintas de las que prevalecen hoy. Y aún así, el historiador que trata de evitar tanto la nostalgia sobre el pasado como el optimismo barato sobre el futuro, puede hacer una pausa y mirar con asombro la forma en que las diferentes causas históricas pueden producir tales formas similares de infelicidad e impotencia humanas.

[33] Estos dos criterios difícilmente son compatibles en ninguna sociedad, pero cualquiera en la que sean completamente incompatibles está destinada a tener problemas.

[34] Las prioridades económicas son también prioridades morales.

CAPÍTULO QUINCE

EPÍLOGO: LA RECIPROCIDAD COMO HECHO, COMO IDEOLOGÍA Y COMO IDEAL

Sin el concepto de reciprocidad —o mejor dicho, de obligación mutua, término que *no* implica igualdad de cargas o de obligaciones— se vuelve imposible interpretar a la sociedad humana como la consecuencia de cualquier otra cosa que no sea la fuerza y el fraude perpetuos. Por grande que haya sido la importancia de estas fuerzas gemelas a lo largo de la historia humana, tal interpretación sería una exageración muy obvia.

Si existiera la reciprocidad perfecta, la sociedad humana se mantendría unida por una red de obligaciones relacionadas, cuyo desempeño sería igual en valor de acuerdo con criterios aceptados universalmente. Aquellos que tienen la autoridad, desempeñarían ciertas tareas de coordinación social y proporcionarían protección para los súbditos, dándoles servicios cuyo valor sería igual al de las obligaciones de éstos en lealtad, obediencia, impuestos, servicio militar, etcétera. La división del trabajo y la distribución de los bienes y servicios dentro de la sociedad también tendrían lugar a través del intercambio de bienes y servicios cuyos valores fueran equivalentes. Es obvio que ninguna sociedad funciona de esta manera ni parece posible que jamás vaya a hacerlo. Aparte de la dificultad muy obvia de ponerse de acuerdo sobre los criterios para evaluar cada tipo de contribución —la que ha sido, según mi juicio, muy exagerada, pues no es *tan* difícil para los seres humanos ver cuándo se ha abusado mucho de ellos— hay otro obstáculo: los seres humanos, según indican abundantes evidencias, no quieren ese tipo de sociedad, o dicho de manera más precisa, lo que quieren para sí y su gente más cercana es una situación mucho mejor que la que produciría la reciprocidad. Otros por supuesto aprenden a arregárselas con mucho menos. Visto de manera algo diferente, a lo que quiero llegar es a que la reciprocidad y la cooperación social por lo general no fluyen de manera inexorable de alguna tendencia innata en la naturaleza humana. Ya antes observamos que las reglas morales cuya violación produce un descontento que es casi instintivo, no necesariamente se deben a la frustración de estas tendencias humanas innatas por acuerdos sociales injustos u opresivos, sino que más bien, las reglas son consecuencia de la propia naturaleza humana en una situación social dolorosamente restringida, o para decirlo con más cinismo, son la consecuencia de un esfuerzo por lograr lo mejor de una mala situación con mucho enojo en contra de algunas personas cuya aparente falta de auto-control amenaza con hacerla aún peor.

La reciprocidad y la cooperación no se desarrollan de manera espontánea, excepto quizá sobre una base muy limitada entre grupos pequeños con un contacto personal constante, pues de otro modo, hay una tendencia hacia la irrupción del egoísmo individual y el interés de grupo. Según la ideología más o menos oficial, los gremios artesanales de la edad media supuestamente debían servir a la ciudad, y el propósito de sus reglas era asegurar la calidad del producto, pero en la práctica se usaban y cambiaban las reglas para promover los intereses egoístas de los miembros del gremio en contra de los de la ciudad, y por supuesto, en contra de los de otros gremios. Tendencias similares se pueden encontrar en las burocracias, en las que ciertas subdivisiones pelean en contra de los intereses del todo: en las organizaciones militares y eclesiásticas, en los intereses regionales frente a una forma de gobierno más amplia y en infinidad de ejemplos. Estas tendencias divisionistas existen en todas las sociedades y culturas, de cualquier tamaño que sean.[1]

Como quiera que sea la forma de cooperación o coordinación social (de la cual la reciprocidad es sólo una más) estará bajo amenaza continua por estas tendencias. Ahí donde existe la cooperación, ésta tiene que ser creada y recreada continuamente, y son los seres humanos específicos e identificables quienes tienen que desempeñar este acto de creación y recreación. Esto es cierto incluso en un mecanismo tan impersonal como el mercado capitalista competitivo.

Concebir la regla de la reciprocidad como una especie de tendencia automática para la restauración del equilibrio social basado en el intercambio justo sería una burda idealización de lo que efectivamente sucede. En la práctica, las violaciones de la reciprocidad son un lugar común en todos los "niveles" de la civilización. Hay sociedades respecto de las cuales parecería justo decir que las propias instituciones sociales son demasiado débiles como para hacer que se cumpla la reciprocidad y no hay sanciones efectivas, o bien, no sucede absolutamente nada cuando un individuo se niega a desempeñar su parte en la reciprocidad o cuando alguno que se siente ofendido puede andar por ahí encolerizado haciendo futilezas, sobre todo si esa persona tiene una posición alta. En tales casos, los modelos de reciprocidad pueden encender el conflicto, por el hecho de que despiertan expectativas que no pueden cumplir.[2] En las sociedades con sistemas más desarrollados de autoridad —pero no sólo en ésas— la mayor parte del tiempo prevalece en la práctica el derecho del más fuerte, y la parte ofendida se tiene que tragar su indignación.[3] Y sin embargo, lo que es importante para nuestros propósitos, es que los signos de la indignación aparecen con mucha frecuencia.

[1] Por eso es un sinsentido romántico atribuirlas a la alineación de los seres humanos entre sí, supuestamente producida por el capitalismo moderno por la sociedad industrial en general.

[2] Morton H. Fried, en *Evolution of Political Society*, pp.72-75, investiga una diversidad de reacciones tomadas de la literatura antropológica.

[3] Leopold Pospisil en *Kapauku Papuans and their Law*, pp. 178, 180, 183,184, da ejemplos concretos de una sociedad con muy poco de autoridad organizada, pero con un conjunto de "reglas" reconocidas sobre la propiedad.

La compulsión, el fraude y la fuerza desempeñan un papel abrumador en todo el proceso. Los ciudadanos de la República Romana no se sentaron a escribir un convenio social sobre cómo deberían vivir juntos los habitantes de Italia y conquistaron a las otras tribus de la Península obligándolas a la sumisión. Tampoco fue una reciprocidad desarrollada de manera espontánea la que mandó a los niños y a las mujeres a las fábricas llenas de estruendo y vapor del siglo XIX, o que ahora manda a los hombres al trabajo bajo el sol ardiente o en las profundas oscuridades de una mina, con el fin de que los hombres y las mujeres puedan disfrutar de un descanso y tomarse una cerveza en lata.

Y por otra parte, los reyes, estadistas, procónsules, capitanes de industria y otros de los que crean las nuevas formas de dominación y división del trabajo, por lo general justifican sus actos con el lenguaje de la reciprocidad. Los reyes llaman a sus súbditos "mi" gente o "nuestra" gente. ¿Qué gobernante se ha negado alguna vez cuando tenía la obligación de servir o proteger a su pueblo? El imperialismo encuentra su justificación en las cargas y responsabilidades del poder para crear una división del trabajo más "eficiente" entre las zonas metropolitanas y las dependientes. En general, los gobernantes y los grupos dominados hablan en términos de reciprocidad (aunque bien pueden no utilizar la expresión) para hacer hincapié en *su* contribución a las unidades sociales que encabezan y para alabar las virtudes y necesidades de unas relaciones sociales armoniosas. En esta forma, la noción de reciprocidad se convierte en una mistificación, una cobertura ideológica para la explotación.[4] Y con todo, el hecho mismo de su uso como retórica ideológica constituye una evidencia significativa de su papel central en el código universal. Como dice un dicho conocido, la hipocresía es el tributo que el vicio paga a la virtud. El uso retórico e ideológico de la concepción de reciprocidad da cuenta de su atractivo tan difundido y de su posible papel como la idea fundamental que está detrás de las concepciones de justicia e injusticia, igualdad y desigualdad.

En muchos tiempos y lugares diferentes, la crítica popular a la autoridad ha tenido como efecto que ésta no haya podido cumplir con su obligación de cuidar de sus súbditos, y que haya oprimido y saqueado ahí donde debió proteger y alimentar. La objeción clásica a la división del trabajo y a la distribución de los recursos y productos de la sociedad siempre ha sostenido que los juicios amañados son los que han permitido a los poderosos no trabajar en el calor del día y abrogarse los mejores frutos de esta tierra. En una palabra, que explotan porque toman sin dar. Pero con esto no quiero decir que las concepciones populares de la reciprocidad funcionen en términos de equivalencias exactas, distribuidas de manera uniforme a la manera de un economista de Manchester. En más de una sociedad iletrada sucede exactamente lo contrario: la obligación de suministrar un equivalente muchas

[4] Como se ha dicho en otras partes, yo sostengo que la explotación puede ser un término objetivo para describir cualquier relación que da a uno o más participantes y de modo sistemático y continuo muchas más ventajas y beneficios que a otros.

veces se atempera con lo que al occidental moderno le parece una indebida conmiseración por las fragilidades humanas. La noción de cantidad puede ser vaga y la de tiempo imprecisa, y hasta cierto punto, la intención puede tomar el lugar del acto.[5] Otras formas de intercambio son exactas y detalladas —quizá después de negociar, como en el caso del precio de una novia o una dote hasta el extremo de lo muy puntilloso. Eso, sin embargo, es la exactitud del ritual y el delicado ajuste entre una posición individual y otra. Es una exactitud más cercana al protocolo del siglo XVIII, que a los cálculos de una oficina. Y sin embargo, detrás de todas estas variaciones es posible percibir un plan básico general, una concepción de lo que deben ser las relaciones sociales, que por ningún motivo excluye la jerarquía y la autoridad y en la cual las cualidades y los defectos excepcionales pueden ser el origen de una enorme admiración y respeto. Al mismo tiempo, se espera de manera ideal encontrar en el curso de los intercambios mutuos un balance entre los servicios y los favores, la confianza y el afecto.

En circunstancias adecuadas, estas concepciones pueden y tienen un punto crítico. El rey ha fallado en su obligación de dar protección; por tanto, la relación entre el soberano y sus súbditos se ha roto y el contrato social implícito ha llegado a un fin temporal. Naciones y culturas tan diferentes como las de Inglaterra y China han pasado por esta experiencia que fue también, aunque en menor medida, un componente de la Revolución Francesa. El coraje por el fracaso de la autoridad para cumplir con sus obligaciones y con su palabra para con sus súbditos, puede ser una de las emociones humanas más potentes, y puede derribar tronos.

Al mismo tiempo, hay limitaciones inherentes respecto al nivel subversivo al que puede llegar esta forma tradicional de crítica. En esencia, aceptaba la existencia de la jerarquía y la autoridad mientras que intentaba hacer que se adaptara a un modelo idealizado de cómo se debería comportar. Las obligaciones se aceptan, pero deben ser de naturaleza recíproca: para las obligaciones del súbdito debería haber obligaciones correspondientes del gobernante, y todo ello debería redundar en beneficio de la comunidad. Esto parece ser en buena medida la forma más común, y difundida que ha tomado la concepción de reciprocidad.

La forma de crítica verdaderamente subversiva empieza cuando la gente pregunta si una función social específica debe necesariamente ser desempeñada, y si los reyes, sacerdotes, capitalistas e incluso los burócratas revolucionarios son algo sin lo cual la sociedad humana no puede vivir. Esta forma de crítica es de vieja estirpe en la historia humana, aunque, hasta donde yo puedo determinar, no ocurre en las sociedades iletradas.[6] Con ella uno podría afirmar que se reconoce una forma "pura" de reciprocidad —y por

[5] Véase Eileen J. Krige y J. O. Krige, *The Realm of a Rain Queen: A Study of the Pattern of Lovedu Society*, pp. 56, 182, 184, 288, 293, 197, y tambien Raymond Firth, *Primitive Polynesian Economy*, pp. 300-304, 306, 313, 338-344.

[6] Posiblemente un análisis detallado de las mitologías iletradas nos daría indicios sobre este punto de vista.

lo tanto, del código universal— puesto que la única base para la sociedad humana podrían ser las obligaciones recíprocas libremente aceptadas, una vez que fueran eliminadas todas las formas de autoridad. Pero esto no es sino "pura" especulación. Hasta ahora, en la historia humana las formas de autoridad se han sucedido una a otra y las nuevas han sustituido con bastante efectividad a aquellas que se volvieron históricamente obsoletas. Y si se pudiera dar algún salto cualitativo hacia un futuro diferente es una cuestión que una investigación empírica como la aquí emprendida sólo puede, en el momento actual, dejar de lado.